

HISTORIA

DEL

CONSULADO Y DEL IMPERIO.

P. 638

Dupl.

HISTORIA

DEL

CONSULADO Y DEL IMPERIO

DE

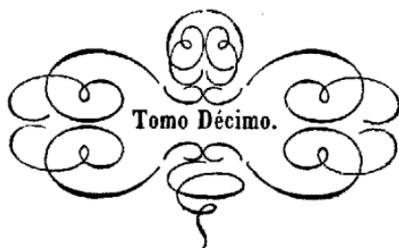
NAPOLEON,

POR M. THIERS.

Traducida y anotada

POR

DON ANTONIO ALCALA GALIANO.



NA 850590
NEA 850591



Madrid.

IMPRESA DE D. B. GONZALEZ.

Calle de la Madera baja, núm. 8.

1850.

ESTE TOMO ES PROPIEDAD DE SU TRADUCTOR.

HISTORIA

DEL

CONSULADO Y DEL IMPERIO.

LIBRO XXXI.

BAILLEN.

Situacion de España , pendientes los sucesos ocurridos en Bayona.— Disposiciones de las diferentes clases de la nacion española.— Soja indignacion en los españoles , próxima á estallar á cada instante.— Publicase de oficio las renunciaciones forzadas de Fernando VII y Carlos IV , y causa su publicacion efectos prodigiosos.— Levántanse simultáneamente Asturias , Galicia , Castilla la Vieja , Extremadura , Andalucía , los reinos de Murcia y Valencia , Cataluña y Aragón.— Formacion de Juntas en todas estas provincias ; declaracion de guerra hecha por ellas á Francia ; levantamiento de todo el pueblo español , y muerte dada á muchos capitanes generales.— Primeras providencias dictadas por Napoleon para reprimir el levantamiento de España.— Saca el Emperador francés de Paris , y de los campamentos de Boloña y Bretaña algunos regimientos viejos.— Envía á España tropas polacas.— Sujeta el general Verdier un levantamiento en Logroño ; el general Lasalle otro en Valladolid , y el general Frère otro en Segovia.— El general Lefebvre-Desnoettes , al frente de una columna , compuesta principalmente de caballería , desbarata á los aragoneses en Tudela , Mallen y Alagon , pero de súbito tiene que pararse delante de Zaragoza que le resiste.— Combates dados por el general Duhesme en las cercanías de Barcelona.— Va sobre Valencia el Mariscal Moncey , y hace estancia en Cuenca.— Movimiento del general Dupont sobre Andalucía.— Encuéntrase Dupont con los andaluces levantados situados en el puente de Alcolea , los arrolla , echa abajo las puertas de Córdoba y entra esta ciudad á viva fuerza.— Saqueo de Córdoba.— Muerte dada á los enfermos y heridos franceses en los caminos todos.— Detiénese en Córdoba el general Dupont.— Situacion apurada de la escuadra del almirante Rosily en Cádiz esperando á los franceses que no llegan.— Atacada esta escuadra en

la bahía de Cádiz por los españoles se ve forzada á rendirse, despues de haber hecho una animosa resistencia.—Rodeado el general Dupont de poblaciones levantadas, retrocede para acercarse á los refuerzos que ha pedido, y va á situarse en Andújar.—Inconvenientes de esta posicion.—Ignorancia absoluta que hay en Madrid en punto á todo cuanto pasa á los varios cuerpos del ejército francés, de resultados de haber sido muertos todos los correos.—Inquietud tocante á la suerte del mariscal Moncey y del general Dupont.—Salen la division de Frère á dar auxilio al mariscal Moncey, y la de Vedel á reforzar al general Dupont.—Envia Napoleon desde Bayona á España nuevos refuerzos.—Repártense por las fronteras columnas de gendarmeria y guardia nacional.—Fórmase la division de Reille para desahogar al general Duhesme bloqueado en Barcelona.—Júntase un ejército de sitio delante de Zaragoza.—Compónese una division de tropas veteranas al mando del general Mouton para tener á raya la region septentrional de la Peninsula y servir de escolta á José.—Pasa á España José Bonaparte.—Camina con lentitud.—Llénase de tristeza al ver levantados contra él todos los que habian de ser sus súbditos.—Sucesos militares en las tierras que va atravesando.—Ataque dado sin fruto á Zaragoza.—Júntanse las fuerzas de los españoles levantados en el Norte, mandadas por los generales Blake y Cuesta.—Va sobre estos generales el mariscal Bessiéres.—Batalla de Riosoco y brillante victoria del mariscal Bessiéres.—José, bajo los auspicios de esta victoria, se apresura á entrar en Madrid.—Cómo es recibido.—Sucesos militares en la parte meridional de España.—Campana del mariscal Moncey en el reino de Valencia.—Paso del puerto de los Cabrillas.—Ataca el mariscal á Valencia sin fruto.—Retírase el mariscal por la carretera de Murcia.—Importancia de los sucesos en Andalucia.—Sale la division de Gobert en seguida de la de Vedel á reforzar al general Dupont.—Situacion de este general en Andújar.—Dificultades que encuentra para su sustento.—Calor sofocante.—Va Vedel á situarse en Bailen, habiendo forzado el paso de Sierra Morena.—Sitúase Gobert en la Carolina.—Obstinacion del general Dupont en estarse en Andújar.—Las fuerzas españolas de Granada y los otros reinos de Andalucia, ya unidas, se presentan el 15 de julio delante de Andújar, y hacen fuego de artilleria á la ciudad sin trabar batalla.—Acude intempestivamente Vedel de Bailen á Andújar, y no mas oportunamente le envia Dupont de vuelta á Bailen.—Mientras queda Bailen desocupado, fuerza el general Reding el paso del Guadalquivir, y oponiéndosele el general Gobert muere en la pelea.—Reemplaza el general Dufour al muerto Gobert.—Corriendo la voz falsa de que se encaminan los españoles por un alajo á los puertos de Sierra Morena, acuden los generales Dufour y Vedel á la Carolina, y dejan por segunda vez desocupado á Bailen.—Consejo de guerra en el cámpamento de los españoles.—Queda resuelto en este consejo de guerra que, pues parece tan difícil atacar á Andújar, se vaya sobre Bailen.—Atacado Bailen por consecuencia de esta resolucion, es ocupado sin resistencia.—Al saber esta novedad el general Dupont marcha á Bailen.—Encuétrase allí con los españoles en gran fuerza.—Batalla de Bailen funesta á los franceses.—No pudiendo el general Dupont abrirse paso para juntarse con los generales sus subalternos, se ve forzado á pedir una suspension de armas.—Tardía é inútil vuelta de los generales Dufour y Vedel sobre Bailen.—Conferencias de que resulta la funesta capitulacion de Bailen.—Violacion de esta capitulacion á muy poco de haberse firmado.—Los franceses que debian haber sido restituidos á Francia, con permiso de volver á usar de las armas, quedan detenidos como prisioneros.—Bárbaros tratamientos que padecen.—Terrible efecto de la noticia de estos

Mayo 1808.

sucesos en toda España.—Entusiasmo de los españoles y abatimiento de los franceses.—Espantado José se resuelve á evacuar á Madrid.—Retirada del ejército francés á las orillas del Ebro — El general Verdier, entrada ya Zaragoza á viva fuerza, y hecho él dueño de buena parte de la ciudad, se ve obligado á evacuarla para juntarse con el ejército francés en Tudela.—El general Duhesme hace una tentativa inútil para ganar á Gerona, y, malográndosele, se ve obligado á encerrarse en Barcelona sin haber podido recibir auxilio del general Reille.—Rechazo de estos sucesos en Portugal.—Sublevación general de los portugueses.—Esfuerzos del general Junot para reprimir el levantamiento de Portugal.—Apresúrase el gobierno británico á favorecer á los portugueses levantados.—Vienen á la Península varios cuerpos de ejército ingleses.—Desembarca Sir Arturo Wellesley en la desembocadura del Mondego.—Va el general inglés sobre Lisboa.—Brillante combate de tres mil franceses contra quince mil ingleses en Roliza.—Sale Junot al encuentro de los ingleses con fuerzas escasas.—Batalla de Vimeiro fatal á los franceses.—Capitulacion de Cintra, en que se estipula la evacuacion de Portugal por los franceses.—No queda á los franceses de toda la Península mas terreno que el comprendido entre el Ebro y los Pirineos —Desesperacion de José, el cual manifiesta vivos deseos de volverse á Nápoles.—Pesar de Napoleon, tan pronta y cruelmente castigado por sus faltas.

CUANDO salió Napoleon de Bayona para visitar, de vuelta á Paris, las provincias de Gascuña y la Vendéa, ya no conservaba ilusion alguna de todas cuantas por algunos dias se habia formado relativamente al espíritu reinante en España y á la facilidad con que él podria disponer de los españoles. Acababa de estallar en la Península un levantamiento, primero de algunos puntos, y, muy en breve, universal, con clamores de ódio implacable á Francia y á su Emperador, que llegaban hasta sus oídos. Contaba sin embargo con sus soldados, si bien bisoños, y con algunos regimientos viejos, que habia mandado encaminarse á los Pirineos, para sofocar un movimiento que todavía podria no pasar de ser un levantamiento igual al de las Calabrias. Aunque iba ya desengañado y quizá pesaroso de la empresa que habia acometido, aún tenia que aprender mucho sobre el mismo punto, y, antes de estar de vuelta en

Al salir
Napoleon
de Bayona
ya ya
convertido
de sus
ilusiones en
punto
á España.

Mayo 1808.

Disposicion
de ánimo
de la nacion
española
al saber los
sucesos
de Bayona.

Paris, habia de haberse convencido de todas las consecuencias de la falta cometida en Bayona.

Los españoles, desde el mes de marzo hasta el de mayo, se habian sentido en pocos dias conmovidos por varias pasiones. Llenáronse, al principio, de esperanza al ver aparecer en España los franceses, y poco despues de alegría al ver caer la córte antigua de Cárlos IV; á lo cual sucedieron ansias vivas al saber que Fernando VII se veia obligado á ir á Francia á lograr que se le reconociese su titulo de rey, y enterarse pronto de todo cuanto iba á suceder en Bayona, y encenderse de súbito en sus ánimos un ódio ardiente al dominador de Francia. Es verdad que no en todos reinaban con igual violencia estos pensamientos y afectos. Las clases altas y aún las medianas, dando el valor debido á los bienes que podrian venir á España de las manos civilizadoras de Napoleon(1), y animadas de ódio menos feroz á los extranjeros que el que sentia la plebe, asi como menos alborotadas que ésta en el modo de mostrar sus pasiones, únicamente padecian en su altivez, vivamente ofendida por el modo con que se intentaba disponer de su suerte. No obstante, usando con estas clases de contemplaciones, y haciendo ante ellas un alarde repentino de fuerzas irresistibles, bien habria sido fácil contenerlas, y quizá lograr, al cabo, hacérselas amigas. Pero la plebe, y con especialidad los frailes, parte de la plebe encerrada en los claustros, estaba exasperada sobremanera, no bastando en ella á templar el dolor de su soberbia lastimada, ni la esperanza de una

(1) Este es un error que procurará refutar brevemente el que hace la presente traduccion en alguna nota.

regeneracion que no era capaz de apreciar, ni la tolerancia respecto á extranjeros que le eran odiosos, ni el amor al sosiego, ni el temor del desórden. El pueblo español, asi el de las ciudades y campos, como el de los conventos, ardiente, ocioso, cansado de su largo sosiego, en vez de estar satisfecho de gozarle, teniendo en poco el incendio de las poblaciones y la devastacion de los campos, en donde nada poseia, iba á satisfacer á su modo la propension á disturbios que habia satisfecho el pueblo francés en 1789, llevando á cabo una gran revolucion democrática; y á mostrar de lleno, para sustentar la causa del sistema antiguo de gobierno y sociedad, todas las pasiones demagógicas manifestadas por el pueblo francés al fundar un sistema nuevo. Iban los españoles á ser violentos, alborotados y sanguinarios en defensa del trono y del altar, como sus vecinos los franceses lo habian sido para acabar con el uno y el otro, é iban á serlo en proporcion de lo ardoroso de su temple y de lo feroz de su carácter. Sin embargo, estaba mezclado un afecto generoso en el pueblo español con todas las pasiones á que acaba de hacerse aquí referencia; el afecto de amor á su patria, reyes y religion confundidos en un amor solo; noble inspiracion, bajo cuya influencia iba á dar inmortales ejemplos de constancia, y con frecuencia hasta de heroismo.

Quien esto escribe, ni es, ni en tiempo alguno será adulator de la muchedumbre, habiéndose, al contrario, propuesto arrostrar su poder tiránico, por haberle tocado por castigo vivir en tiempos en que ella domina y desordena al mundo. Pero sin lisonjearla, bien está hacerle justicia diciendo que, cuando no vé,

Mayo 1808. siente, y en las poquísimas ocasiones en que conviene cerrar los ojos y obedecer á los ímpetus naturales, el pueblo, es, no un consejero al cual sea debido atenerse, pero sí un torrente con el cual debe irse. Aunque la plebe española, al resistirse á tener por rey á José, se resistía á un buen príncipe, y á unas buenas leyes, quizá obrando así acertaba mas que las clases superiores, pensando y procediendo con nobleza al dèsechar un bien que le venia de mano extraña, y viendo en su ceguedad mas claro que las gentes mas ilustradas al suponer posible hacer frente al conquistador ante quien habian caido vencidos los ejércitos mas poderosos y los capitanes mas insignes.

La partida de Fernando VII, seguida de la de Carlos IV y luego de la de los Infantes, habia puesto del todo en claro las intenciones de Napoleon, y, no pudiendo ya sufrir mas el pueblo de Madrid se sublevó el Dos de Mayo, segun en el libro anterior de esta historia va referido. Levantado, logró ser acuchillado por Murat, pero tuvo la indecible satisfaccion de matar á algunos franceses, expuestos á su furia cuando iban por las calles solos. En un abrir y cerrar de ojos, esparcida la noticia de este suceso por Extremadura, la Mancha y las Andalucías, iba á romper allí en llama el fuego que ya ardia oculto, cuando el pronto y terrible escarmiento hecho en los levantados por Murat, llenó de terror á las provincias conteniéndolas por algunos dias (1). Donde quiera se mostraban los semblantes silenciosos

(1) Al revés, la noticia de las crueldades de Murat en Madrid aceleró el levantamiento de España. Un parte dado por el alcalde de Móstoles, á quien llevó la pluma un sugeto de mas valer, corrió por la Península, produciendo efecto asombroso contra los franceses.

y tristes, pero con la señal de un odio profundo, reprimiéndose todos al ver amenazando una mano dura, pero aumentándose á cada hora, con relaciones ponderadas de la sangre vertida en Madrid, y de los sucesos de Bayona, la furia que en secreto dominaba los ánimos, con lo cual iba preparándose una explosion nueva tan repentina y general que tal vez no habria alcanzado á impedirle golpe alguno, aun siendo dado á tiempo. No obstante, si, tomando Napoleon con mas formal empeño tan grave empresa, hubiese tenido en todas partes las fuerzas competentes, y en vez de ochenta mil reclutas hubiese dispuesto de ciento y cincuenta mil veteranos, conteniendo con ellos á la vez á Zaragoza, Valencia, Cartagena, Granada, Sevilla y Badajoz, como tenia sujetos á Madrid, Burgos y Barcelona, ó, si presente Murat, y gozando de cabal salud hubiese acudido á todas partes, quizá podria haberse logrado atajar el incendio en sus principios, suponiendo posible á la fuerza material vencer á la moral, particularmente cuando esta última está excitada hasta lo sumo. Por desgracia mientras que el mariscal Moncey mandando veinte mil soldados bisoños ocupaba la region á la izquierda de la capital desde Aranda hasta Chamartin, y mientras Dupont con diez y ocho mil hombres estaba situado á su derecha desde Segovia al Escorial, y el mariscal Bessieres con cerca de quince mil se mantenía en Castilla la Vieja, y el general Duhesme con diez mil en Cataluña (1) á la espalda de los franceses Asturias,

(1) Lo restante de los ochenta mil soldados nuevos y jóvenes enviados á España estaba en los hospitales (*). N. DE M. THIERS.

(*) Mucho es haber hasta diez y ocho mil hombres en los hospitales, pero como no puede contradecirse este aserto, baste llamar á él la atención para ponerle en duda y no mas.

Mayo 1808. á su derecha Galicia, á su izquierda Aragon y por su frente Extremadura, la Mancha, las Andalucías, Valencia y Murcia seguian libres, y solo contenidas por las autoridades españolas, esto es, por empleados deseosos sin duda de mantener el orden, pero llenos de dolor, y asistidos por tropas que participaban de todos los pensamientos y afectos del pueblo de que eran parte; tropas, las cuales era claro que no mostrarian grande aliento para estorbar un levantamiento conforme á sus ideas y esperanzas. Sin embargo, reinando el terror causado por el Dos de Mayo, y esperándose á ver el paradero definitivo de lo que iba haciéndose en Bayona, todavia se contenian los españoles, pero dando señales de sus ansias crueles y extraordinarias y de una pasion violenta que pronto habria de tener salida.

Falsos
rumores
esparcidos
para excitar
los ánimos.

En esta situacion, la imaginacion popular, despierta y viva, daba acogida y crédito á las noticias mas extrañas. De estas era texto principal el viaje forzado de la familia Real á Bayona. Decian las gentes que tras de los reyes é infantes iban á ser llevados los personajes principales de España á Bayona, espantosa sima donde se hundiria lo mas ilustre de la nacion española. Despues de los reyes y grandes tocaria la vez al ejército, el cual, regimiento por regimiento, habria de ir á la misma ciudad y de allí á las remotas costas del Océano, donde ya estaban las tropas del marqués de La Romana, siendo su destino perecer por el engrandecimiento del tirano mayor del mundo. Ni paraban aquí las suposiciones, pues sonaba que la poblacion de toda España iba á verse sujeta á una conscripcion general, la cual le seria gravosa como ya lo era á Francia, quedando de resultas la flor del pueblo español

sacrificada á los atroces proyectos del nuevo Atila. Sobre esto se contaban particularidades singulares, suponiéndose fabricadas considerables cantidades de esposas, las cuales venian en los equipajes del ejército francés destinadas á llevarse maniatados á los infelices conscriptos españoles, no faltando quien afirmase haber visto y tocado tales instrumentos. Aun llegó á asegurarse que señaladamente habia depositadas millares de estas esposas en el arsenal del Ferrol, punto donde no se habia presentado un solo batallon francés ni llegado una caja perteneciente á Francia, pero donde ya estaba trabajándose mucho por mandado de Napoleon para la restauracion de la marina española, y preparándose una expedicion que pusiese las ricas colonias del rio de la Plata al abrigo de una agresion del poder británico. Agregábanse á tales rumores otros de no mas valor, diciéndose que, bajo un rey francés, todos los españoles iban á ser forzados á hablar y escribir en lengua francesa, y que una nube de empleados de la nacion vecina acompañando al rey su compatriota vendria á apropiarse todos los empleos de España (1).

La primera y mas grave consecuencia de esparcirse y ser creidas tales voces fué la de desertar casi entero el ejército español, temeroso de ser trasladado por fuerza á Francia. En Madrid cada noche faltaban de la guarnicion de doscientos á trescientos soldados, de los cuales unos se desertaban sin sus oficiales y otros con ellos, llevándose consigo sus armas y equipajes, y

Desercion
general
en el ejército
español.

(1) Aquí van revueltas verdades con mentiras. Es cierto que se creyó lo de las esposas; no tanto otras vulgaridades.

Mayo 1808. aun pertrechos de guerra. Así fueron desapareciendo poco á poco los guardias de Corps que estaban en el Escorial, de tal manera que en pocos dias no quedó allí ni uno solo. Lo mismo que en Madrid habia desercion en Barcelona, en Burgos y en la Coruña. En general los desertores huian, ó hácia el Mediodia, ó hácia las provincias que por estar mas distantes y alborotadas brindaban con asilo seguro á los fugitivos. Los salidos de Barcelona se encaminaban á Tortosa y Valencia. Los procedentes de Castilla la Vieja se iban á Aragon y á Zaragoza, tierra reputada invencible entre los españoles. Los de la Coruña marchaban á juntarse con el general Taranco (1), situado con un cuerpo de tropas en la parte septentrional del territorio portugués. Los de Castilla la Nueva tiraban en parte á la izquierda hácia Guadalajara y Cuenca por donde tenian por paradero á Zaragoza y á Valencia, y en parte á la derecha hácia Talavera, donde veian delante el asilo seguro é impenetrable de Extremadura. Los generales españoles acostumbrados á la subordinacion daban parte de una desercion tan espantosa, la cual los dejaba faltos absolutamente de medios para mantener el órden, fuese el que fuese el soberano á quien definitivamente tocase regir á la desdichada España.

Quedaban solo enteras y unidas las tropas del Mediodia de España, y particularmente las de Andalucía, donde estaban á la mayor distancia posible de las francesas, y á las cuales habrian querido ir á reunirse los que de ellas no eran parte, siendo estas fuerzas, por

(1) Taranco habia muerto, muchos meses antes.

desgracia de Napoleon, las mas numerosas, porque, ademas del cuerpo situado en el campo de Gibraltar ó de San Roque, cuya fuerza era de nueve mil hombres, habia la guarnicion de Cádiz, conservada en todos tiempos considerable en número, y la division mandada por el general Solano, marqués del Socorro, destinada primero á ocupar á Portugal, algo despues llamada á acercarse á Madrid, y por último enviada á Andalucía, donde era Capitan General el que la mandaba. Juntas estas tropas con las del campo de San Roque no ascendian á menos que á veinte y cinco mil hombres, y eran las únicas donde no habia propension á desertar (1). A estas fuerzas habia que agregar las de los regimientos suizos, desde muchos años antes empleados en el servicio de España. De estos últimos los dos regimientos de Preux y Reding habian pasado por mandado del mismo Napoleon á Talavera, con destino á agregarse á la primera division del general Dupont, el cual iba á ocupar á Cádiz, en cuyo puerto estaba una escuadra francesa, como no habrán olvidado los lectores de esta historia. Por órden del mismo Emperador debian ir á Granada otros tres regimientos suizos situados respectivamente en Tortosa, Cartagena y Málaga, á los cuales habria de recoger el general Dupont á su paso por Andalucía. Pensaba Napoleon que poniendo á estos suizos, como él decia, en *una corrien-*

(1) De puro desvariado viene á ser esto chistoso. ¿Cómo habia de haber propension á desertarse en tropas que iban á ser empleadas contra los franceses, cuando lo calificado de desercion por M. Thiers era irse los oficiales y soldados de los puntos ocupados por la fuerza francesa á otros donde pudiesen emplear las armas contra aquellos á quienes miraba España toda como enemigos?

Mayo 1808.

Cómo pensaban los militares y empleados de superior esfera en España.

Dolorosas consecuencias de la enfermedad de Murat.

te de opinion francesa, servirian á la causa del monarca nuevo y no á la del pasado. Por desgracia, todos los intentos del Emperador francés habian de malogrársele de resultas del movimiento que se llevaba consigo los ánimos todos. Los militares españoles constituidos en altos puestos y mandos, aunque á la par con las gentes ilustradas entre sus compatriotas se dolian poco de la pérdida del gobierno incapaz y corrompido que acababa de ser derribado; estaban asimismo indignados sobremanera por los sucesos de Bayona, y de buena gana se habrian desertado con los soldados á las provincias inaccesibles á los franceses. Unicamente Murat, que tenia sobre ellos cierto ascendiente, podria haberlos conservado en la obediencia; pero acometido el príncipe francés de una calentura violenta, debilitado, exhausto, en términos de apenas poder sufrir que le hablasen de negocios políticos, y de hacerle daño hasta oír las pisadas de sus oficiales, habia cobrado aversion al pais donde ya veia que no estaba destinado á reinar; atribuia á España su muerte que tenia por cercana, llamaba á su mujer é hijos con dolorosos clamores, y queria que le dejaran irse inmediatamente. Era, sin embargo, necesario detener á un hombre tan heroico, si bien convertido de repente en un niño débil, y detenerle contra su voluntad hasta la llegada de José, no fuese que de resultas de su partida desapareciese completamente el fantasma de autoridad de que se servian quienes le rodeaban, dando órdenes en su nombre. Sabedores los españoles del estado de Murat, el cual habia sido llevado al campo, donde ya nadie le veia, atribuian su enfermedad á castigo del cielo, si bien no tanto deseaban verle caer sobre Murat, á quien

mas compadecian que detestaban (1), cuanto sobre Napoleón, pasado entonces á ser objeto de su odio inexorable. Llegaban algunos de ellos á decir que Napoleón mismo, para sepultar en una tumba el secreto de sus maquinaciones abominables, habia mandado dar veneno á Murat. ¡Así la imaginacion popular, cuando está conmovida y excitada, desvaria é inventa, atendiendo poco á lo verdadero ó aun á lo verosímil!

Eran tan vivas las ansias en Madrid, que el menor ruido en una calle, ó las pisadas de una patrulla de caballería en una plaza, bastaban para atraer gran bullicio. Del mismo modo en cada ciudad se agolpaban las gentes á la llegada del correo á saber noticias, y luego seguian juntas horas enteras disertando sobre las que se habian recibido. Gentes de la plebe y de las clases superiores, clérigos y frailes, todos revueltos con la familiaridad comun en los españoles, estaban sin cesar tratando de los negocios políticos en los lugares públicos, agitados los ánimos por la ansiedad, el esperar, la cólera, y el odio, y no necesitándose mas que una chispa leve para encender una voraz llama.

Así estaban los espíritus cuando se esparció de pronto la noticia de las dos renunciaciones por fuerza sacadas á Carlos IV y á Fernando VII; noticia publicada de oficio en la Gaceta de Madrid de 20 de Mayo, de resultas de haberse exigido al Consejo de Castilla una manifestacion favorable á José. Por cierto tal noticia nada tenia de imprevisto, pues constaba por avisos traí-

Publicanse
de oficio
las renunciaciones
forzadas
de
Carlos IV
y
Fernando VII

(1) Sí, deseaban, pues le miraban con singular odio. M. Thiers sigue en su extraña tema de suponer á Murat querido en España. No se sabe de dónde saca especie tan peregrina.

Mayo 1808.

Efectos
repentinos
de la
publicacion
de tales
noticias.

dos por numerosos emisarios , que Fernando VII estaba en Bayona preso y expuesto á las instancias mas amenazadoras para que cediese su corona á la familia de Bonaparte. Pero el constar ya de oficio el sacrificio á que habian sido forzados el padre por su debilidad y el hijo por su cautiverio, obró en los ánimos de las gentes todas con inexplicable violencia , causando indignacion profunda el acto en sí, y ofendiendo todavía mas su forma irrisoria. El efecto de estas novedades fué instantáneo , general é inmenso.

Le-
vantamiento
de
Asturias.

En Oviedo, capital de Asturias, estaban ya muy alborotados los espíritus por dos circunstancias accidentales; una, hallarse convocada la Junta de la provincia que solia congregarse cada tres años, y otra estarse formando causa á algunos españoles por haber insultado al cónsul de Francia en Gijon. Esta causa, mandada formar por el gobierno de Madrid, habia provocado una desaprobacion general, porque todos se sentian prontos á hacer lo mismo que los perpetradores del insulto á quienes se iba á dar castigo. Llegada por el correo de Madrid la noticia de las renunciias de los reyes, faltó la paciencia. En aquella provincia, que es una España dentro de España (1) y donde habia á todas las innovaciones la aversion que en otro tiempo les habia manifestado en Francia la Vendéa, todos eran de una opinion, sintiendo los señores mas principales completamente lo mismo que el pueblo. Estos, pues, hicieron de cabeza del movimiento, y en el dia 24 de

(1) Error grave. Asturias es provincia ilustrada para serlo de España. De ella han salido Campomanes, Jovellanos, Argüelles, Toreno y otros poco inferiores á éstos.

Mayo 1808.

Mayo, día de la llegada del correo de Madrid, se concertaron todos, sirviendo de medianeros los frailes, y las autoridades municipales para los campesinos, á fin de alzarse con Oviedo. A las doce de la noche, pues, tocaron á rebato las campanas, y la gente de los montes bajó á la ciudad, entró en ella, y juntándose con lo inferior de la poblacion, acudió donde estaban juntas las autoridades, las depuso, y dió todo el poder á la junta. Esta escogió por presidente al marqués de Santa Cruz de Marcenado, señor muy principal de la provincia, muy enemigo de los franceses, y no menos adicto á la casa de Borbon; hombre, en suma, lleno de pensamientos y afectos patrióticos que deben ser tenidos en estima aun por un francés, no obstante haber sido contrarios á la causa de la Francia. Dando impulso esta nueva autoridad, fueron, sin titubear, consideradas nulas las renunciaciones hechas por los reyes, atroces los procedimientos de Bayona, y rota la alianza de España con Francia, procediéndose á declarar con toda solemnidad la guerra á Napoleon. Hecho esto, echóse mano á todas las armas que contenian los parques harto bien provistos en aquella provincia, por ser la industria en ella fabricar fusiles. Sacáronse de estos hasta cien mil, parte de los cuales fué distribuida al pueblo, reservándose otra parte para las provincias vecinas. Hubo donativos cuantiosos para sustentar la causa del levantamiento, proveyendo su tesorería; dádivas á que contribuyeron con crecidas sumas los hacendados mas ricos y el clero. Por último se proclamó estar restablecida la paz con la Gran Bretaña, y salieron en un buque corsario de Jersey enviados en diputacion á Londres para invocar la alianza y auxilios de Inglaterra

Declara
Asturias
la guerra
á
Francia.

Mayo 1808.

Envia
Asturias
diputados
á
Inglaterra.

Impide
un canónigo
que
se cometa
un asesinato
en varias
personas.

dos personajes, uno de los cuales era el vizconde de Matarrosa, despues conde de Toreno, tan conocido entre los hombres de nuestros dias como ministro, embajador y escritor notable.

Pero, por desgracia, no podian manifestar los españoles su entusiasmo patriótico sin acompañarle con actos de horrorosa crueldad, y así pronto iba á correr sangre en Asturias, como corrió despues en otras provincias, cuando, para honra de los asturianos, un clérigo impidió que entre ellos se derramase. Vinieron á Oviedo dos españoles comisionados por Murat para activar la causa que estaba formándose á los ofensores del cónsul de Francia en Gijon. Asimismo el comandante militar de la provincia, llamado Lallave, se habia mostrado poco favorable á un levantamiento que estimaba sobremanera imprudente; y por último un coronel de Carabineros Reales y el del regimiento de Hibernia habian sido de parecer contrario al de sus oficiales al tratarse de determinar si habria la tropa de oponerse al movimiento popular ó de favorecerle. Estos cinco personajes estaban todos declarados traidores, y la nueva autoridad los habia puesto presos para aplacar la furia de la plebe. Deseosa la junta de libertarlos de la saña popular, dispuso enviarlos fuera del Principado. Aprovechó el pueblo la ocasion para echarse sobre sus personas asi sospechadas, y una turba, compuesta principalmente de los voluntarios recién alistados, ya las tenia atadas á unos árboles para arcabucearlas, cuando un canónigo, portándose como á veces hacia en España el clero secular, que en todas partes se mostraba mas misericordioso que los frailes, tuvo la ocurrencia de acudir con una procesion al lugar donde se

estaban preparando á cometer el delito , y cubriendo con el santo Sacramento á los que iban á ser víctimas, consiguió salvarlos. No fué este el único esfuerzo hecho por la parte honrada del clero , pero fué el único hecho con feliz fortuna , porque en breve llegó á hacerse España teatro de crímenes atroces cometidos no solo en las personas de los franceses , sino en las de españoles los mas ilustres y celosísimos amantes de su patria.

El levantamiento de Asturias solo se anticipó dos ó tres dias al de lo restante de la parte septentrional de España. En Burgos no podian moverse las gentes por tener allí su cuartel general el mariscal Bessieres. Pero en Valladolid, donde ya no quedaba division alguna de las del general Dupont por haber todas ellas traspasado las sierras de Guadarrama; en Leon, en Salamanca, en Benavente y en la Coruña, la noticia de las renunciaciones tenia á todos afligidos é indignados. Sin embargo, en las llanuras de Castilla y del reino de Leon, por las cuales podia pasearse la caballería francesa sin tropezar con obstáculo alguno, como se veia estar la tierra demasiado abierta al enemigo, titubearon las gentes por algun mas tiempo antes de declararse. Pero Galicia, protegida como Asturias por montañas casi inaccesibles, fué la primera á responder á la señal dada por Oviedo. En la Coruña, capital de la provincia, habia aún un número bastante considerable de tropas españolas, aunque la mayor parte de las que guarnecian aquellos puntos habia ido con el general Taranco á Portugal. Conservábase en Galicia el espíritu de subordinacion al gobierno en lo militar y en lo político, siendo aquella provincia uno de los centros del poder de España. Mandaba en ella como capitán

Empiezan
á alborotarse
en
la Coruña.

Mayo 1808.

Vanos
esfuerzos
del
capitan gene-
ral
Filangieri
para contener
la inquietud
reinante
en
la Coruña.

general el general Filangieri, hermano del célebre jurisconsulto napolitano, hombre juicioso, de suave condicion, ilustrado, y generalmente querido, pero un tanto sospechoso á los españoles por ser extranjero de nacimiento, el cual trataba de mantener el órden en el distrito de su mando, y era del número de los empleados superiores en las carreras militar y política que no consideraban el acto de levantarse contra los franceses ni como prudente ni como provechoso á la nacion española. Notando Filangieri en el regimiento de Navarra que estaba de guarnicion en la Coruña señales de estar pronto á unirse con los que se levantasen, le habia enviado al Ferrol, y de este modo habia conseguido ganar algunos dias, pues hasta el dia 30 de Mayo el levantamiento llevado á efecto en Asturias el 24 y que se suponía efectuado ya ó próximo á estarlo en Leon, Valladolid y Salamanca, habia sido contenido en Galicia. Pero el 30 era dia de San Fernando, y en este dia era costumbre enarbolar en la casa del capitan general y en los lugares públicos banderas con la imágen del Santo (1), cosa que esta vez nadie se habia atrevido

(1) Aquí el autor sigue al conde de Toreno, pero cometiendo chistosas equivocaciones. Era uso en el dia de San Fernando, en honor del santo rey, hacer saludo y enarbolar en las plazas españolas la bandera de España; pero no, como se figura M. Thiers, una con la imágen del Santo. La idea de la tal imágen proviene, sin duda, de que el historiador francés, fiel á preocupaciones antiguas de sus paisanos, considera el levantamiento de los españoles contra Napoleon puramente obra del fanatismo religioso. No es menos ridícula ni falsa la suposicion de que el pueblo alborotado en la Coruña y resuelto á alzarse contra los franceses llevaba estampitas de San Fernando en las manos. Debía el autor citar la autoridad en que funda esta circunstancia de su narracion. Lo que hubo fué haberse sacado en procesion un retrato del Rey, dando á este obsequio casi las formas de un acto religioso. No debía callar M. Thiers que tal procesion fué ideada para divertir los ánimos de la alterada plebe, estorbando que se propasase á hechos de crueldad contra los verdaderos ó supuestos contrarios de la resistencia á los invasores de España.

á hacer, pues haciendo honores á San Fernando parecia que se hacian al soberano recién detenido en Bayona, el cual acababa de renunciar el trono. Al ver faltar la bandera no pudo contenerse ya mas la poblacion de la Coruña. Acudió un tropel de hombres, mujeres y niños á ponerse en frente de las tropas formadas delante de la casa del capitan general, gritando «*Viva Fernando*» y llevando consigo imágenes del Santo. Los muchachos mas atrevidos se metieron por en medio de los soldados que los dejaron atravesar por las filas. Siguiéronlos las mujeres, y en breve fué la casa del capitan general allanada y asolada, arbolándose en ella la enseña del Santo que no habia sido alzada hasta entonces. El capitan general Filangieri se vió obligado á ponerse en huida.

Al momento fué formada una junta, proclamada Galicia en levantamiento contra el gobierno de Madrid, declarada la guerra á Francia, dispuesto un alistamiento general como en Oviedo, y repartidos á la muchedumbre los fusiles encontrados en el parque. Salieron hasta cuarenta ó cincuenta mil de los depósitos del gobierno para armar todos los brazos que se ofrecian á cargar con ellos. Sin demora fué mandado volver del Ferrol el regimiento de Navarra, siendo recibido en triunfo á su vuelta. Abundaron donativos de los nobles y ricos y del clero. La tesorería del cabildo de Santiago envió de dos á tres millones de reales. Entretanto, como fuese muy estimado el capitan general Filangieri, y conociesen todos cuánto convenia tener á un personaje tan eminente por cabeza de la junta, brindósele con la presidencia de ella, y él hubo de aceptar. Cediendo un hombre tan excelente, aunque contra su

Mayo 1808.

Da ocasion
la festividad
del dia
de
S. Fernando
á que rompa
el
levantamien-
to en Galicia.

Declara
la guerra
á Francia
Galicia,
asi como
habia hecho
Asturias.

Mayo 1808. gusto, al ímpetu patriótico que arrastraba á sus ciudadanos, con leal proceder se puso á su cabeza á fin de remediar con la prudencia de sus disposiciones la temeridad de las de los levantados. Llamó, pues, de Portugal á las tropas del general Taranco, hizo entrar en los cuadros de las de línea para aumentarles el número á los mozos del pueblo que habian tomado las armas, empleó el armamento y pertrechos en considerable cantidad de que disponia para armar á las tropas recién levantadas, y así se dió prisa á dar vida y órden á una fuerza militar de algun valor.

Ase-inato
del general
Filangieri.

Entretanto, adelantó á los desfiladeros de los montes de Galicia, á fin de contener á las tropas enemigas que viniesen de los llanos de Leon y Castilla la Vieja los cuerpos que tenia en mejor pié, y los situó entre Villafranca y Manzanal. Pero, mientras andaba solícito en ir situando bien su gente, algunos hombres furiosos que no le perdonaban, ni su vacilacion anterior, ni su prudencia que se avenia mal con las desordenadas pasiones de la muchedumbre, atrozmente le dieron muerte en las calles de Villafranca. Habia allí una partida del regimiento de Navarra en el cual vivia aún el enojo de su destierro por algunos dias al Ferrol, y á los del mismo regimiento fué atribuido un delito que vino á servir de señal para la muerte dada á la mayor parte de los capitanes generales (1).

(1) Aquí se nota la extremada inexactitud de M. Thiers en esta narracion de los sucesos de España. Mai pudo la muerte del general Filangieri ser señal de la de varios capitanes generales de España, cuando antes habian sido muertos el marqués del Socorro en Cádiz, el conde de Torrefresno en Badajoz, y el capitan general de marina D. Francisco de Borja en Cartagena, sin contar otros varios personajes, no capitanes generales, pero sí de alta y mediana dignidad en las carreras militar y política, y aun personas un tanto oscuras á quienes

Mayo 1808.

Al momento cundió en el reino de Leon la conmocion de Galicia. Al llegar á la ciudad de Leon ochocientos hombres de tropa procedentes de la Coruña, tuvo efecto alli el levantamiento del mismo modo, y con las mismas formas que en los otros puntos. Formóse una junta, declaróse la guerra á Francia, decretóse el alistamiento general, y se armaron los mozos con las armas venidas de los parques y arsenal de Oviedo, la Coruña y el Ferrol. Leon es ya tierra llana, de la cual estaban á corta distancia los escuadrones del mariscal Bessieres, pero Valladolid está todavía mas cerca de los lugares á la sazón ocupados por los franceses, y, sin embargo, al imprudente entusiasmo de los españoles bastaba no estar viendo al enemigo, á pesar de tenerle solo á algunas leguas, para romper en movimientos de guerra. Era capitán general en Valladolid don Gregorio de la Cuesta, militar antiguo y rígido observante de la disciplina, hombre desabrido y caviloso, lastimado en su espíritu, como todos los españoles, por lo ocurrido en Bayona; pero persuadido de que no era posible resistir al poder francés, y propenso á creer que de él convenia á los españoles recibir su regeneracion, compensándose el daño que recibiese el orgullo de la nacion con el bien que le resultase de una reforma general de los abusos antiguos. Obraba, además, en

Le-
vantamiento
del reino
de Leon
y
de Castilla
la Vieja.

sacrificó el recelo y la ferocidad de la plebe. Pero dicho sea con buena paz: mas tocaria á un inglés que á un francés, y mas á un contrario de la primera revolucion de Francia que á un defensor y apologista de la misma como es M. Thiers, cargar tanto la mano en el vituperio de la crueldad española en 1808. Grande fué esta y abominable, pero no llegó á la que mostraron los franceses desde 1789 hasta 1794, sin tomar en cuenta las matanzas de setiembre de 1792. ¿No hubo generales franceses asesinados por sus soldados por sospecharlos traidores? Diganlo Dillon y otros.

Mayo 1808. su ánimo un pensamiento particular que era su aversion á la muchedumbre, y á la intervencion popular en los negocios del Estado. El pueblo de Valladolid, muy alborotado con los sucesos de Oviedo, la Coruña y Leon, y nada dispuesto á mostrarse mas insensible que las demas poblaciones del Norte de España á la noticia de la renuncia de su rey, se atumultuó, acudió delante de la casa del capitan general Cuesta, y le obligó á asomarse á sus balcones. Presentándose aquel guerrero anciano, con semblante descontento, procuró con razones muy sensatas oponerse á un levantamiento hecho tan cerca de las tropas francesas, pero su voz fué sofocada por clamores de vituperio. Hasta trajeron una horca algunos del pueblo, y la armaron en frente del palacio del general, á vista de lo cual éste hubo de allanarse, dando su aprobacion á lo que miraba como locura. Asi hubo en Valladolid su junta, su alistamiento y su declaracion de guerra.

Fuérzase á D. Gregorio de la Cuesta, capitan general de Castilla la Vieja, á declararse levantado contra los franceses.

Levantamientos en Segovia y Ciudad-Rodrigo.

Madrid y Toledo se contienen por tener sobre sí el ejército francés.

Segovia, situada á alguna distancia de Valladolid, en el camino de Madrid, no obstante estar muy cercana á ella, y acuartelada en el Escorial la tercera division del cuerpo de ejército del general Dupont, mandada por el general Frère, tambien hubo de levantarse. En esta ciudad, y en el alcázar que la domina, estaba el colegio militar de artillería, el cual se sublevó, y juntándose con el pueblo llenó la ciudad de trincheras. Mas lejos y á la derecha hizo lo mismo Ciudad-Rodrigo, dando muerte los del pueblo á su gobernador porque habia andado lento en declararse. Estremeciase Madrid al saber tales nuevas, pero el cuerpo de ejército del mariscal Moncey, la guardia imperial, la caballería de casi todo el ejército francés, en su recinto ó

cercanías, y á corto trecho en el Escorial, Aranjuez y Toledo el cuerpo de ejército del general Dupont, no le permitian dar muestra de sus afectos y deseo. Por otra parte, la capital de España creía que ya en el Dos de Mayo habia pagado lo que á su patria debía, y esperaba á que las provincias del reino viniesen á romper sus cadenas. Toledo, que habia amagado levantarse algunas semanas antes, habia sido contenida muy luego, y tambien esperaba verse libertada, sabiendo con mal disimulada satisfaccion con qué ímpetu general daba muestras de su indignacion España. Lo mismo pensaba la Mancha, y lo acreditaba dando asilo á los desertores del ejército, que en donde quiera encontraban alojamiento, víveres, y auxilios de toda clase para trasladarse á las provincias mas distantes, en que habia juntas tropas españolas.

Pero las ricas y poderosas Andalucías, contando con sus fuerzas y con la distancia que las separaba de los Pirineos; y aspirando á ser nuevo centro y cabeza de la monarquía, por estar ocupada Madrid, habian sido de las primeras en sentir el golpe dado á la dignidad de la nacion española. No habian esperado como en otros puntos á la llegada del dia de San Fernando, bastán- doles haber recibido la noticia de las renunciaciones de Bayona, con lo cual en el 26 de mayo habia tenido efecto el levantamiento. Ya habia algunos dias que en Sevilla le estaban trazando. Un noble de título español, oriundo de Extremadura, el conde de Tilly, hermano de un Guzman (1) que habia hecho algun papel en la revolu-

Le-
vantamiento
de las
Andalucías.

(1) Dice el original « hermano de otro Tilly. » M. Thiers no sabe que en España el hermano de una persona titulada no lleva por apellido el título de un hermano mayor sino el de su familia. M. Thiers, his-

Mayo 1808. cion de Francia, persona inquieta, arrojada, no del mejor concepto, é inclinado á novedades, fuesen las que fuesen, se andaba concertando en secreto con gentes de todas clases para preparar un levantamiento contra los franceses. Otro sugeto mas singular, tampoco de Sevilla, pero que desde el principio de la general inquietud se presentaba allí en público con frecuencia, cuyo apellido era Tap y Nuñez, y cuya profesion la de una especie de aventurero, ocupado en el contrabando con Gibraltar, buen español, por otra parte, y dotado, en grado sumo, del talento necesario para influir en la muchedumbre, habia adquirido un ascendiente prodigioso sobre la plebe sevillana. Este se entendió con los conjurados del conde de Tilly, y, llegada la noticia de las renunciias, todos de comun acuerdo, escogieron el 26 de mayo, dia de la Ascension, para llevar á efecto el levantamiento. En efecto, al caer la tarde del 26 una turba congregada por éstos, en la cual figuraban gentes del pueblo mezclados con soldados del regimiento de Olivenza, acudió al gran establecimiento de la maestranza de artillería, donde habia un rico depósito de armas, y le invadió apoderándose de todo cuanto contenia. En pocos instantes quedó armado el pueblo de Sevilla, y recorria, como embriagado de gozo, las calles de aquella espaciosa ciudad. El ayuntamiento, á fin de deliberar con mas sosiego é independencia se

torizador de la revolucion en Francia, no debia ignorar que el hermano del conde de Tilly, *Guzman*, fué al suplicio con Hebert y Chaumette como uno de los mas extremados demagogos, á quienes castigó el mismo Robespierre.—El *Guzman* habia sido religioso, y era un hombre de pésimas costumbres.

Mayo 1808.

habia salido de las casas consistoriales, y trasladado al hospital de la sangre. Tomaron posesion los levantados de la desocupada casa del ayuntamiento, y formaron allí una junta como era comun hacer entonces en toda España, nombrando los que habian de componerla el capitán de la atumultuada plebe Tap y Nuñez, á quien dictaban los nombres los que con él habian estado conjurados. Fueron elegidos para la junta hombres de los que agradaban en tiempos revueltos, esto es, gente turbulenta, y se les asociaron otros personajes de gravedad que compensasen su inquietud y la disimulasen. La recién nombrada junta, llena de orgullo andaluz, no tuvo reparo en proclamarse Junta soberana de España é Indias, no disimulando, segun se vé, su ambiciosa pretension de gobernar á España mientras estuviesen las Castillas ocupadas por los franceses. Todo esto pasó entre arrebatos de un entusiasmo imposible de describir. Pero al dia siguiente se volvió el entusiasmo sanguinario como era de temer. Retirada la autoridad municipal al hospital de la sangre, era sospechosa como toda autoridad antigua, porque, como es fuerza repetirlo, triunfaba en aquel momento la demagogia bajo la capa del entusiasmo monárquico. Acusaban á los del ayuntamiento de tibieza en su patriotismo y hasta de connivencia secreta con el gobierno de Madrid. El conde del Aguila, regidor (1) y caballero de los mas

Muerte dada
al conde
del
Aguila.

(1) El conde del Aguila no era cabeza del ayuntamiento de Sevilla, como le llama M. Thiers (yerro que vá regido en la traduccion presente), sino mero corregidor. Ni su mérito, ni su concepto entre las gentes rayaba un punto mas alto que la medianía. Por lo mismo fué mas escandaloso é infame el acto de darle muerte, que fué atribuido á instigacion de algun enemigo suyo privado.

Mayo 1808.

distinguidos de la provincia, vino en nombre de los del ayuntamiento á la junta á ofrecerle concertarse con ella. Al verle la muchedumbre enfurecida pidió su cabeza. La junta, que no participaba de los afectos feroces de odio de la plebe, intentó salvar la vida del conde del Aguila, y para ello le envió con apariencias de preso á una torre de las murallas de la ciudad. Caído el desdichado de ánimo, se arrojaron sobre él los alborotados, le llevaron con violencia á un patio de la cárcel, y allí le ataron á una reja y le mataron á tiros, hecho lo cual, la muchedumbre pasó á pasear por las calles las reliquias de su destrozado cadáver. En medio de la embriaguez popular, y del terror que comenzaba á apoderarse de las gentes de alta y mediana esfera, fueron dadas varias disposiciones dictadas por las circunstancias; declarar la guerra á la Francia, el alistamiento de todos los mozos y aun hombres desde diez y seis hasta cuarenta y cinco años, y enviarse comisionados á todas las ciudades principales de Andalucía para sublevarlas y ponerlas en dependencia de la junta que se titulaba Suprema de España é Indias. Fueron estos comisionados á Badajoz, Córdoba, Jaen, Granada, Cádiz y el campo de San Roque. Al declarar la junta la guerra á Francia contrajo uu empeño de no soltar las armas hasta que Napoleon hubiese devuelto á España su rey Fernando VII, y prometió convocar, terminada la guerra, las córtes del reino, á fin de llevar á efecto las reformas cuya utilidad, segun dicen era conocida, y á cuyo valor se daba el debido precio, sin necesidad de que enseñasen los extranjeros á los españoles cuáles son los derechos de los pueblos, porque los noveles levantados conocian bien ser nece-

Alistamiento
general,
y
declaracion
de guerra
á Francia.

Promete
la junta
de Sevilla
convocar las
córtes
para corregir
los abusos
del sistema
antiguo
de gobierno.

sario oponer á lo menos algunas promesas de mejoras á la constitucion de Bayona (1). Mayo 1808.

A Cádiz principalmente volvian la vista todos en Andalucía porque allí estaba el capitan general Solano, marqués del Socorro, que juntaba en su persona con el mando militar de la provincia el de las numerosas tropas esparcidas por la parte meridional de España. A verse con este general habia salido de Sevilla un comisionado encargado de decidirle á tomar parte en el levantamiento, habiendo ido otro con igual encargo á tratar con el general Castaños, que mandaba las tropas del campo de San Roque. El conde de Teba, que fué el enviado á Cádiz, se presentó con el entono comun á la sazón en los recién levantados. Iba mal, teniendo que habérselas con el marqués del Socorro, hombre de condicion fogosa, altanero, estimado del

Le-
vantamiento
de Cádiz
Y
muerte vio-
lenta dada
al marqués
del Socorro
D. Francisco
Solano,
capitan gene-
ral
de Andalucía.

(1) Nótase aquí el error de los que como M. Thiers suponen el levantamiento de España contra Napoleon como obra meramente de los que se oponian á sus reformas que el usurpador prometia y en parte traia; error por otra parte compensado con uno opuesto que supone haber sido el Dos de Mayo en Madrid, y la posterior declaracion de guerra á Francia y su Emperador por los españoles, un movimiento hijo del deseo de reformas, y del intento de poner coto á la exorbitancia de las prerogativas del trono. La verdad es que todos los españoles se alzaban para volver por la independencia y tambien por el honor de España contra Napoleon que intentaba sujetarla y la habia humillado, y para rescatar á su rey amado con delirio, por ver en él un tipo de soñadas perfecciones, y asimismo para que no volviese á haber validas como el Príncipe de la Paz. En esto iban acordes todos; en lo demás diferian, proponiéndose unos aprovechar el levantamiento para dar al gobierno español forma nueva, por la cual quedase ceñido el *monarca en su poder*, y no queriendo otros tal cosa, y aun queriéndola muchos de diverso modo. Pero aquí el historiador francés ademas de equivocarse incurre en contradiccion. Si los fanáticos españoles se levantaban, como dice él, contra las reformas, ¿cómo, segun su confesion, se les prometian reformas para satisfacerlos? Esto *aparte*, ni los apeteedores de reformas tomaban en cuenta la constitucion de Bayona, en la cual nadie reparaba, salvo unos pocos secuaces de José. Para los españoles reinar José era igual á ser sujetos al yugo duro y despótico de un extranjero.

Mayo 1808.

ejército y amado de la poblacion toda , el cual estaba, como todos los militares instruidos, muy convencido de lo grande del poder francés, y tenia por suma imprudencia la guerra en que España ciegameute se precipitaba. Asi lo habia dicho, al venir de vuelta de Portugal, ya en Badajoz, ya en Sevilla, con un atrevimiento en su lenguaje que habia disgustado mucho á los que estaban conjurándose. Presente esto en la memoria de todos, nacia de ello desconfiarse mucho del general Solano. Este convocó en su casa un consejo de generales para tratar de la proposicion que le hacian desde Sevilla, y los congregados fueron de parecer, asi como él, de que todas las razones imaginables militares y positivas se oponian á la idea de entrar en una contienda á fuerza de armas contra Francia; no obstante lo cual, salió de la misma reunion una declaracion, donde argumentándose contra el levantamiento y concluyendo por medio aprobarle, se disponia un alistamiento voluntario, accediendo así los generales por pura deferencia á un deseo popular que declaraban descabellado. Semejante documento, en que iba junto un acto de condescendencia con una desaprobacion, fué leído en público en las calles de Cádiz y produjo en todos la emocion mas viva. Atropellóse la gente, y acudió en gran número delante de la casa del capitan general. Un jóven llevó la voz de la turba, y entrando en disputa con el general Solano logró turbar á un militar tan valeroso, acostumbrado á mandar, y no á tener altercados con tales contrincantes, y sacarle la promesa de que al dia siguiente se haria del todo como el pueblo deseaba. Contenta la muchedumbre con lo conseguido en aquel dia, quiso, con todo, darse la satisfaccion de ha-

cer algun destrozo, y acudiendo á la casa del cónsul de Francia Leroy, la allanó y saqueó, no quedando á aquel malaventurado representante de la nacion francesa, poco antes tan temido, otro recurso que el de refugiarse á la escuadra del almirante Rosily, el cual habia tres años que estaba surto en la bahía de Cádiz, esperando en vano una ocasion propicia para hacerse á la mar.

Al dia siguiente, ya la plebe gaditana habia concebido un deseo nuevo, el cual era comenzar sin demora la guerra contra la Francia, abrasando con todos los fuegos de la costa que ciñe la bahía de Cádiz á la escuadra del almirante Rosily. Cebábase la muchedumbre con arrebatado gozo en la idea de tal triunfo, triunfo fácil y por demas insensato, pues iba á alcanzarse sobre una marina aliada en provecho de la inglesa. Ofrecia, sin embargo, alguna dificultad la empresa de destruir navíos tripulados y mandados por valientes, héroes desdichados de Trafalgar, que en aquella terrible jornada habian esperado la muerte en su puesto, mientras los marinos españoles huian casi todos del lugar del combate (1). Estaban, por otra parte, de tal manera revueltos con los buques españoles los franceses, que podian aquellos ser abrasados primero que

(1) Aquí vá á la par lo desvariado con lo injusto é insultante. Ya queda respondido en tomos anteriores de la presente traduccion, y no visiblemente en otros escritos, entre los que sobresale el del señor Mariani, á la inicua é infundada acusacion hecha por M. Thiers á la marina española por su conducta en los sucesos de Trafalgar. Pero el desvario consiste en pretender que habiendo España declarado guerra á Francia de resultas de la perfidia y violencia mudas por Napoleon con los principes y pueblo español, hubiesen de respetar la escuadra francesa y de mirarla como aliada. ¿Olvida M. Thiers cómo habia tratado el Emperador francés á sus aliados, ó niega á éstos el derecho de retribuir el dón que habian recibido?

Mayo 1808.

éstos ; parecer que daban los hombres mas entendidos del ejército y de la armada , á lo cual agregaban , que, teniendo España en el Norte la division mandada por el marqués de La Romana , ésta podria pagar los excesos que se cometiesen contra los marinos franceses. No obstante, en aquella hora la razon y la humanidad era poco probable que fuesen atendidas.

Convocada de nuevo al dia siguiente la junta de generales por el marqués del Socorro , se adhirió en todo al deseo popular , habiendo varios de los vocales achacado cobardemente al marqués la resistencia á medias hecha el dia anterior á las pretensiones del pueblo. Pero aún estaba por resolver la cuestion gravisima del ataque inmediato á la escuadra francesa. Tocaba resolver este punto mas á los oficiales de marina que á los de ejército , y aquellos declaraban unánimemente que habia peligro de que fuesen quemados los buques españoles antes que la rabia popular quedase satisfecha. Habiéndose hecho sabedor al público de este dictámen de personas competentes , con divulgarse la noticia, acudió otra vez atumultuada la plebe delante de la casa de Solano , á quien al momento pidieron cuenta los alborotados de la nueva resistencia hecha á la voz popular , para lo cual le diputaron tres personas que con él conferenciasen. Como se asomase uno de los tres diputados al balcon de la casa del general para dar parte del desempeño de su encargo , y no pudiese ser entendido lo que decia en medio del bullicio , la turba levantada creyó ó fingió creer que se resistian á darle satisfaccion, y allanó la casa. Viendo Solano el peligro huyó á la casa contigua de un irlandés amigo suyo establecido en Cádiz. Por desgracia, habia sido visto y

denunciado por un fraile que iba siguiéndole los pasos. Mayo 1808.

Perseguido el general por sus furiosos enemigos, fué alcanzado y herido entre los brazos de la valerosa señora, mujer del mismo irlandés; la cual se esforzaba por librarle de sus asesinos; y sacado de la casa fué llevado por la muralla, acribillado á heridas, y al fin derribado con una mortal, recibiendo él la muerte con la serenidad y dignidad propias de un militar esforzado. Asi preparaba el pueblo español su resistencia á los franceses, empezándola con dar muerte á sus mas ilustres y mejores generales (1).

Don Tomás de Morla (2), hipócrita adulador de la muchedumbre, que bajo la capa de un entono excesivo encubria una sumision ruin á todo poder, fué nombrado por aclamacion popular capitán general de Andalucía. Entró éste al momento en parlamentos con el almirante Rosily y le intimó que se entregase, lo cual declaró el valiente almirante francés que no haria sino despues de defender á todo trance el honor de su bandera. Con todo, D. Tomás de Morla trató de

Amenázase á la escuadra francesa con que va ser atacada en la Bahía de Cádiz.

Don Tomás de Morla nombrado por los

(1) La muerte dada á Solano fué un hecho atroz, y mas sensible por el indudable mérito de la víctima; y mas repugnante, si cabe, que otros actos de igual crueldad, por el indudable valor con que el infeliz y digno general recibió á la par insultos y heridas con semblante sereno. Pero en realidad de verdad, Solano, mas que otros personajes de los que al mismo tiempo cayeron asesinados por la muchedumbre furiosa contra cuantos se oponian á la guerra, se habia declarado y seguia mostrándose resuelto á sustentar la aborrecible causa del gobierno francés de Madrid.

N. DE A. A. G.

(2) A don Tomás de Morla llama M. Thiers Tomás de Morla, quitándole el *Don* español, y no poniéndole en su lugar el Monsieur francés con que distingue á los personajes de otras naciones. No parece esto casual, porque está muy repetido, y otro tanto sucede, aunque no siempre, con don Gregorio de la Cuesta. Créese el historiador francés dispensado hasta de la cortesía con los que osaron resistir á los franceses, y al cabo lograron su intento de no estarles sujetos.

N. DE A. A. G.

Mayo 1808.

levantados
capitan
general de
Andalucía,
entra
en tratos con
los
ingleses.

ganar tiempo , no atreviéndose ni á resistir al pueblo español ni á atacar á los franceses , y entretanto cuidó de situar los buques españoles de modo que corriesen menos peligro. Habia formado Cádiz su junta , la cual reconoció la supremacía de la de Sevilla , y se puso en comunicacion con los ingleses. El gobernador de Gibraltar , sir Hew Dalrymple , que mandaba las fuerzas británicas de los lugares vecinos , y que estaba observando con extremada solicitud todo cuanto en España ocurría , ya habia enviado á Cádiz emisarios á ajustar unas treguas con los españoles , y á ofrecerles la amistad de la Gran Bretaña , sus auxilios por tierra y mar , y una division de cinco mil hombres que iba á llegar de Sicilia. Aceptaron los españoles la tregua y la propuesta alianza , pero se detuvieron antes de tomar una resolucion de gravedad tal como era dar entrada en sus puertos á una escuadra inglesa , teniendo presente lo ocurrido en Tolon ; memoria que daba que pensar aun á los hombres mas obcecados.

Asociase
al le-
vantamiento
el general
Castaños ,
que
mandaba las
tropas
del campo
de
San Roque.

Mientras pasaban estas cosas en Cádiz , el comisionado , que lo fué por la Junta de Sevilla al campo de San Roque , con poco trabajo fué bien recibido por el general Castaños , á quien tenia deparado la fortuna papel superior en gloria al que él esperaba , y quizá á lo que él mismo deseaba. El general Castaños , como todos los militares españoles de aquellos dias , solo sabia de la guerra lo conocido en los tiempos antiguos , particularmente en la nacion mas atrasada de Europa. Pero si no excedia mucho á sus paisanos en experiencia militar , era político avisado , lleno de juicio y de sutileza , y hombre que en nada participaba de las pasiones feroces del pueblo español. Habia empezado juzgando el

levantamiento con tan severa desaprobacion, cuanto los demas generales sus colegas en mandos, y sobre ello habia hablado con franqueza con el coronel Rogniat, enviado al Campo de Gibraltar á una revista de inspeccion de las vecinas costas, y aun se prestaba, al parecer, á aceptar de buena gana la regeneracion de España de manos de un principe de la familia de Bonaparte, á tal punto que contaba con él el gobierno francés de Madrid, encargado de regir á España mientras llegaba José. Pero cuando vió Castaños ser tan general el levantamiento, y tan violento é imperioso, y estar dispuesto el ejército á asociarse á él, ya no titubeó, y se puso á las órdenes de la junta de Sevilla, desaprobando allá en su interior, pero con gran recato, la conducta que en público aparecia seguir con ardor y convencimiento. Habia en el Campo de San Roque de ocho á nueve mil hombres de tropa reglada. Otros tantos habia en Cádiz, sin contar los cuerpos desparramados por lo restante de Andalucía, con lo cual se juntaba un cuerpo disponible de entre quince y diez y ocho mil hombres de tropas regladas, propias para servir de apoyo al movimiento popular, y de núcleo á un ejército poderoso. Aunque se dió á don Tomás de Morla el título de capitán general de Andalucía, quedó para Castaños el mando general del ejército, que él aceptó, concentrando, en obediencia á órdenes de la junta, sus tropas entre Sevilla y Cádiz.

El ejemplo dado por Sevilla fué en breve seguido por todas las ciudades de Andalucía. Declaráronse contra los franceses Jaen y Cordoba, y aún consintieron en obedecer á la junta de Sevilla. Córdoba situada á orillas del Guadalquivir, en la parte superior de su

Siguen
Córdoba y
Jaen
el ejemplo
de Sevilla.

Mayo 1808. corriente, encomendó el mando de sus fuerzas á un oficial, cuyo cargo ordinario era perseguir á los contrabandistas y malhechores de Sierra Morena, el cual era don Pedro Agustín de Echavarri, habituado á la guerra de partidas en los famosos montes que guardaba. De los bandoleros á quienes solía perseguir hizo soldados, agregándoles el paisanaje de los lugares vecinos de la Andalucía alta, y fué hácia los puertos de Sierra Morena á atajar por allí el paso á los franceses.

Alzamiento
de
Badajoz
y muerte
dada
al capitán
general
conde de la
Torre
del Fresno.

Extremadura habia sentido la emocion general, porque en aquella provincia remota, frecuentada por los pastores, y muy poco por los comerciantes, habia penetrado menos que en otras el espíritu del mundo nuevo, y conservaba el ódio á los extranjeros su vigor antiguo. Pero, no obstante estar muy inquietos los extremeños con la noticia de las renunciias, y sentirse entre ellas el rebote del levantamiento de Sevilla, no rompieron en levantamiento hasta el 30 de mayo, día de San Fernando. El pueblo de Badajoz, como el de la Coruña, se irritó por no ver enarbolada en las murallas de la plaza la bandera con la imágen del Santo (1), y por no oír la salva de cañonazos con que todos los años se celebraba fiesta tan solemne. Acudió el pueblo á las baterías, y encontró en ellas á los artilleros cerca de sus piezas, pero sin atreverse á dispararlas en señal de honores y regocijo. Una mujer atrevida, abrumándolos á reconvenções, quitó á uno de ellos de las manos la mecha y disparó el primer tiro. A esta señal se con-

(1) Ya va dicho que no habia tal imágen, sino que se enarbolaba la bandera española como en los demas días de gala.

movi6, agavill6 y atumultu6 toda la poblacion, y corri6, segun costumbre, delante de la casa del general conde de la Torre del Fresno 6 forzarle 6 ser parte en el levantamiento, 6 6 quitarle la vida. Era el conde un militar cortesano, de condicion muy suave, sospechoso por ser amigo del Pr6ncipe de la Paz, y reputado poco favorable al pensamiento temerario de levantarse, generalmente en guerra contra los franceses. Empezaron los levantados 6 parlamentar con 6l, y en breve se sintieron descontentos de la ambigüedad de sus palabras. Entretanto, habia llegado un correo portador de 6rdenes del gobierno, lo cual caus6 recelos, dici6ndose que tenia comunicaciones reservadas de Madrid, 6 digase de la autoridad francesa, la cual suponian podia mas en el 6nimo del capitán general que los deseos del patriotismo espa6ol. Haciendo efecto en los 6nimos esta idea, fu6 entrada y allanada la casa del conde, que hubo de ponerse en huida, pero que, siendo seguido hasta un cuerpo de guardia donde se refugi6, fu6 all6 mismo muerto entre los brazos de sus soldados. Dado fin 6 la vida de aquel malaventurado, nombr6 Badajoz su junta, que reconoci6 la supremac6a de la de Sevilla, convidando adem6s al pueblo 6 tomar las armas, y reparti6ndole todas cuantas contenia el parque de la plaza, y, como esta sea fronteriza de Portugal, y tenga muy cercana la de Elvas 6 Yelves, donde estaba la division francesa de Kellermann, destacada all6 del cuerpo de ej6rcito del general Junot, fueron llamados 6 reparar las murallas de la ciudad todos cuantos de buena voluntad 6 ello se prestasen. Tambien fueron enviadas proclamas 6 las tropas espa6olas que estaban en Portugal, exhort6ndolas 6 desertar, pues que Ba-

Mayo 1808. dajoz en la frontera les ofrecia un asilo seguro y un lugar donde diesen prueba de su amor á su patria.

Sucesos
de
Granada.

En la otra extremidad de las provincias del Mediodia se alzó igualmente Granada, pero, así como las provincias menos prontas en conmoveirse, necesitó, sobre la inquietud causada por la noticia de las renunciaciones, la llegada del dia festivo de San Fernando para declararse levantada. Reinaba allí, como en toda España, suma agitacion, cuando en 29 de mayo entró estrepitosamente en la ciudad un oficial comisionado por la junta de Sevilla, y, atravesando un numeroso gentio dispuesto á alborotarse, se le llevó tras sí delante de la casa del capitan general Escalante. Este, hombre prudente y tímido, quedó muy cortado al oír lo que le proponia el oficial llegado de Sevilla, lo cual era nada menos que levantarse, y declarar la guerra á Francia. Difirió Escalante dar respuesta á tal proposicion hasta el dia siguiente, que era el 30, dedicado á San Fernando. En él se juntó atumultuado el pueblo y pidió una procesion en honor del Santo, pasando de aquí á tratar del rey cautivo, á quien proclamó con su titulo de Fernando VII, obligando al capitan general á formar una junta de que él fué hecho presidente. Dispúsose asimismo un alistamiento general, y siguió la declaracion de guerra. Fué enviado á Gibraltar para lograr de los ingleses municiones y armas un jóven, catedrático de la Universidad, don Francisco Martinez de la Rosa, despues célebre como embajador y ministro. Concedieron los ingleses con prontitud lo que se les pedia. Pronto fué regimentada una poblacion numerosa, á la cual se adestraba diariamente en el manejo del arma. Habia, como en otro lugar de esta obra queda di-

Envia
Granada un
comisionado
á
Gibraltar.

cho, tres lucidos regimientos suizos, uno en Málaga, otro en Cartagena, y el tercero en Tarragona, los cuales habia dispuesto Napoleon concentrar en Granada para situarlos en el camino principal de Andalucía, donde podria recogerlos al paso el general Dupont, que ya llevaba consigo los dos de la guarnicion de Madrid. Juzgaba Napoleon que poniendo estos cinco regimientos al lado de los franceses seguirian el impulso que ellos les comunicasen. Quedó malograda esta combinacion por el levantamiento de Granada, adonde vino el regimiento suizo de Málaga, cuyo coronel Teodoro Reding, gobernador de esta última ciudad, y suizo de origen, fué nombrado para el mando de las tropas granadinas.

En aquellas regiones, como en las demas, corrió horrorosamente la sangre. En Málaga fué asesinado el cónsul francés, y con él otro personaje español. En Granada don Pedro Trujillo, general ex-gobernador de Málaga, á quien hacian sospechoso sus relaciones de amistad y parentesco con la familia de Tudó, habiendo sido, á peticion de la plebe, preso y llevado á la Alhambra, y resuelto por la junta, deseosa de salvarle la vida, que fuese trasladado á prision mas segura, al pasar de una á otra fué arrebatado por los atumultuados, y asesinado vilmente, siendo en seguida su cadáver arrastrado por las calles. Tambien fueron presos para dar satisfaccion á iguales pretensiones otros dos personajes sospechados, uno de ellos el corregidor de Velez Málaga y otro D. N. Portillo, sábio economista empleado por el Principe de la Paz en introducir el cultivo del algodón en Andalucía, llevándolos á ambos fuera de la ciudad y depositándolos en un monasterio

Muere
asesinado en
Granada
el ex-
gobernador
de Málaga,
y en otros
lugares
cercaos
varios
españoles
sospechados
de amigos
de los
franceses.

Mayo 1808.

de cartujos, donde se figuraban las gentes que estarían mas seguros. Aprovechando los frailes un dia festivo en que el pueblo en gran número venia á comprarles y beberles su vino, excitaron al asesinato de los dos desdichados depositados en el convento, siendo obedecidos por los campesinos borrachos, los cuales al instante indignamente dieron muerte al pobre corregidor de Velez y á Portillo. Asi donde quiera estragos y asesinatos acompañaban deslustrándole el noble movimiento de la nacion española. No lejos de Granada, en Jaen, levantado ya, señaló un odioso delito la nueva revolucion, pues el corregidor, al cual, por desembarazarse de él, habian enviado á Valdepeñas, fué allí muerto á tiros por el paisanaje manchego.

Levantamiento de Cartagena y de Murcia.

Dáse á la escuadra española que iba á pasar de las Baleares á Tolon orden de no hacerlo.

Antes de todos los levantamientos de que acaba de dar razon la presente historia, Cartagena habia enarbolado la bandera de la independenciam, habiéndose ya alterado en ella la tranquilidad en el 22 del mes de mayo al recibirse la noticia de las renunciaciones y llegar el general de marina Salcedo con destino á las Islas Baleares para llevar desde ellas á Tolon la escuadra salida de aquel puerto. Cartagena formó su junta, mandó hacer su alistamiento, y envió á la escuadra española orden contraria á la de pasar á Francia. La sublevacion de Cartagena daba á los españoles levantados un número muy crecido de armas y municiones de guerra, que en breve fueron distribuidas por las tierras vecinas. Imitando Murcia á Cartagena se declaró dos dias despues, esto es, el 24 de mayo. Los voluntarios de ambos puntos se juntaron, poniéndose bajo el mando de don (1)

(1) M. Thiers dice Don Gonzalez, poniendo el don antes del apellido y no del nombre. Nótase esta menudencia, porque esto solian hacer

Pedro Gonzalez de Llamas antes coronel de Milicias. Dióse á estas fuerzas por punto de reunion la ribera del Júcar para que estuviesen en comunicacion con las valencianas.

Mayo 1808.

En efecto, en aquellos mismos dias acababa de alzarse Valencia, acompañando á su alzamiento circunstancias horrosas. La viva y populosa ciudad de Valencia, situada en medio de su hermosa huerta, no tenia menos pretensiones de dominar en España que Sevilla ó Granada. Su poblacion viva, ardorosa, alborotada, no era capaz de dejar que otra alguna se le adelantase. Así fué que se levantó en el dia mismo en que llegó la noticia de las renunciias. En uno de los lugares de mas concurrencia de la ciudad, leyendo á una turba allí acudida un hombre del pueblo atrevido y parlero la *Gaceta* de Madrid, donde estaban contenidas las renunciias, leido que la hubo la hizo trizas, gritando *mueran los franceses! viva Fernando VII!* Congregóse al instante alrededor de su persona un numeroso tropel de gente, y corrió á donde estaban las autoridades principales para arrastrarlas al levantamiento. Pero, antes que todo, el pueblo quiso darse una cabeza, y escogió para serlo al Padre Rico, religioso franciscano, hombre elocuente y audaz, que capitaneando el tumulto llevó su voz para hablar á las autoridades. Pasó al punto la plebe á verse con el capitán general, conde de la Conquista, al cual encontró como

Sucesos
horribles en
Valencia.

Pónese
á
la cabeza del
pueblo
de Valencia
el
Padre Rico,
religioso
franciscano.

los franceses al nombrar á los españoles, y esto no suelen hacerlo ya siendo mas conocidos que antes en Francia los usos de los extranjeros. Pero M. Thiers de lo que no es francés sabe poco. Tambien hablando de ingleses antepone el dictado *Sir* al apellido y no al nombre, cuando, como el *Don* español, debe ir delante del nombre de pila.

Mayo 1808. estaban los otros capitanes generales, nada inclinado á complacerla, así por su prudencia como por su aversion á la muchedumbre. Llevósele, con todo, consigo sin asesinarle, dejando para despues el hacer algo mejor, y fué en seguida al tribunal del Acuerdo, principal magistratura de Valencia, al cual dictó sus resoluciones, siguiendo el Padre Rico hablando, mandando y resolviendo por todos. Decidióse y llevóse al punto á efecto la formacion de una junta. En ella tuvieron asiento los señores principales de la provincia con los mas viles alborotadores de las calles (1). No pareciendo el conde de la Conquista ni bastante celoso, ni bastante alentado para mandar la tropa, fué escogido para ponerse á su frente el Conde de Cerbellon, grande de España, y propietario de los mas ricos de Valencia. Mandóse hacer el alistamiento general, y pidiéronse armas á Cartagena, que las envió con prontitud y buena voluntad.

Fórmase
en Valencia
una junta.

Hasta entonces todo iba bien, segun pedian el levantamiento y patriotismo de los españoles. Pero las autoridades, aunque avasalladas, parecian sospechosas, porque, en verdad, solo forzadas habian seguido un movimiento que juzgaban funesto, pues ponía á España entre los ejércitos franceses por un lado, y una plebe enfurecida por el otro. Quisieron, pues, los valencianos levantados cerciorarse de lo que escribian á Madrid los que estaban á su frente, y para el intento detuvieron á un correo, llevando delante del

(1) Insulto que, sobre ser grosero, falta á la justicia y verdad. Algun hombre de humilde esfera hubo en la junta de Valencia: vil y alborotador ninguno. Si el canónigo Calvo estuvo en ella uno ó dos dias, pronto salió de allí para una prision, que terminó en su suplicio.

Mayo 1808.

conde de Cerbellon la correspondencia de oficio , á fin de que fuese leida delante de la turba allí junta. Era efectivamente la correspondencia tal, que, leida, causaria la muerte de los empleados de superior esfera , pues en ella se pedia al gobierno de Madrid socorro contra el pueblo levantado. Viendo este peligro la hija del conde de Cerbellon , presente en aquel lance , se arrojó sobre la correspondencia y la hizo menudas piezas á vista de la turba asombrada , que hubo de pararse ante el valor de mujer tan noble. ; Nacion singular, que como todas las que son todavía sencillas , y no tienen mas virtudes ó vicios que los de la naturaleza, hermanaba con actos de atroz barbarie otros de sublime desprendimiento !

Accion noble de la hija del conde de Cerbellon.

Pero la plebe valenciana se resarcíó muy en breve de la falta de la sangre de que acababan de privarla. Habíase notado que don Miguel de Saavedra , baron de Albalat , asistia con poca exactitud á las sesiones de la junta de que era vocal , y á la cual concurría rara vez , porque algunos años antes , siendo coronel de Milicias , habia , para restablecer el órden alterado , mandado hacer fuego á la misma plebe valenciana sublevada , y , causándole inquietud el recuerdo de este hecho , tenia gusto en pasar la vida en el campo casi siempre. Esparcióse de súbito la voz de que el baron de Albalat era traidor á la causa de la patria. Fueron , pues , algunos en su busca á su casa , y cogiéndole le trajeron á Valencia , donde fué depositado en la morada del conde de Cerbellon , lugar en que creian mas segura su persona los que tenian empeño en conservarle la vida. El Padre Rico habia acudido á salvarle. El conde de Cerbellon , menos animoso que su hija , se mostró poco

Muerte dada al baron de Albalat , don Miguel de Saavedra.

Mayo 1808.

dispuesto á exponerse en favor de un amigo antiguo, que venia á pedirle amparo, y discurrió enviarle á la ciudadela, de que estaba enseñoreado el pueblo, gracias á la complicidad de las tropas, y donde estaban apiñados todos aquellos á quienes se intentaba libertar de la furia de la muchedumbre. Lleno de celo el Padre Rico en defensa del desdichado Saavedra, púsose al frente de la escolta del preso, y logró llevarle salvo por las calles de Valencia, no obstante los esfuerzos de una plebe sedienta de sangre. Pero, llegada la comitiva á la plaza principal de la ciudad, creciendo y haciéndose mas compacta la turba sediciosa, forzó el cuadro de soldados, en medio del cual estaba custodiado el infeliz baron de Albalat, y arrancándole de las manos de los que le defendian le mató desapiadadamente, paseando despues su cabeza enarbolada en lo alto de un palo.

Fué general la consternacion en Valencia, sobre todo, entre las gentes de superior esfera, que se veian tratadas como sospechosas, así como la nobleza de Francia en 1793. Así, para conjurar la tormenta, multiplicaban los donativos patrióticos, y se alistaban en las tropas recién levantadas, sin conseguir, con todo eso, desvanecer la desconfianza é ira popular que de dia en dia iban creciendo, siendo evidente, en efecto, que no alcanzaria una sola víctima á aplacar la rabia sanguinaria de la muchedumbre. Ya el fraile franciscano Rico veia minada su autoridad por un rival, el cual era el canónigo Calvo, hombre fanático, recién llegado de Madrid, donde se habian exaltado mucho sus pasiones en una contienda de jesuitas contra jansenitas, sustentando él contra los segundos la causa de los primeros.

Destruye
la influencia
del
Padre Rico
la
del canónigo
Calvo,
malvado que
de Madrid
había ido á
Valencia.

Mayo 1808

Habia venido Calvo á Valencia , segun parecia , con la esperanza de hallar allí mas vasto campo en que ejercitar su furia. Afectaba una devocion extremada , gastaba en decir misa mucho mas tiempo que otro alguno , y habia llegado á ser el ídolo principal de la plebe. Abrazó el canónigo el medio ordinario de los que en las revoluciones tratan de exceder á otros , y acusó al Padre Rico de tibieza. Estaban encerrados en la ciudadela de Valencia trescientos ó cuatrocientos franceses , casi todos comerciantes allí dedicados al tráfico , muchos de los cuales llevaban muchos años de estar establecidos en la ciudad , y habian sido metidos en su encierro por humanidad , y á fin de libertarlos de la ferocidad de la muchedumbre.

El atroz Calvo habia persuadido á una turba de fanáticos de que matar á aquellos infelices seria ofrecer á Dios el holocausto mas grato y el único digno de la causa de España. Dudando , sin embargo , poder penetrar en la ciudadela con su gavilla de asesinos , para consumir allí el crimen abominable que tenia trazado , apostó su gente junto á un postigo que caia hácia la marina , y luego se introdujo en la ciudadela , donde , afectando humanidad , hizo creer á los franceses que iban á ser todos muertos si no se escapaban con precipitacion por el postigo que iba al camino de la playa. Cediendo los malaventurados á su consejo , salieron todos , hasta las mujeres y niños , por la fatal salida , que miraban como única senda de salvacion , pero apenas habian asomado , cuando fueron cruelmente muertos á tiros , sablazos y puñaladas. Hartos de sangre los asesinos , y rendidos de cansancio , pedian perdon para unos sesenta , que aún estaban ile-

Dirige Calvo la furia de la plebe valenciana contra los franceses encerrados en la ciudadela.

Son horriblemente muertos á hierro trescientos franceses encerrados en la ciudadela de Valencia.

Mayo 1808.

sos. Viendo Calvo que decaía el celo en sus sicarios, aparentó que accedía á sus deseos, y se encargó de llevar consigo á las sesenta víctimas, hasta entonces respetadas. Llevóselas, pues, á otro lugar donde nueva cuadrilla, todavía fresca, consumó el execrable sacrificio. ; Así expiaban los infelices franceses culpas de su gobierno en que no habian tenido ellos la menor parte!

Vanos esfuerzos del Padre Rico para contener á Calvo en sus delitos.

En Valencia todos cuantos no eran de lo mas vil de la plebe sintieron un dolor profundo. Al dia siguiente, el Padre Rico, indignado de actos que deshonraban la causa del levantamiento, trató de poner patente ante la honradez pública los delitos de Calvo. Pero no pudo con su rival, y, quedando Calvo vencedor, Rico hubo de esconderse. Calvo con osadía se hizo nombrar vocal de la junta, con grande escándalo y no menos terror de toda la gente honrada. Quedaban vivos ocho infelices franceses escapados de la matanza general, como por milagro. Estos, no sabiendo á dónde refugiarse, habian ido á arrojarse á los piés del caudillo de los asesinos en el seno mismo de la junta. Allí Calvo mandó, ó toleró que los matasen, salpicando su sangre los vestidos de los de la junta, que huyeron poseidos de horror y miedo.

Mueren ocho franceses mas asesinados dentro de la misma junta.

Logra por fin el Padre Rico derribar del poder á Calvo, y aún hacer que sea llevado á una prision y al suplicio.

Sin embargo, tantos delitos al fin habian traido consigo algun remedio. Recobró el perdido valor el Padre Rico, salió de su escondite, pasó á la junta, embistió de frente con Calvo, le acusó de traidor, se redujo á defenderse, logró desconcertarle, y consiguio que fuese preso. Calvo, llevado primero á las Islas Baleares, y traido despues de vuelta á Valencia, fué juzgado y condenado á muerte, dándosele garrote en la

cárcel. Recobró con esto la gente honrada un tanto de ascendiente sobre los malhechores que habian estado dominando en Valencia. Esto aparte, un gran celo en tomar las armas, por conocerse que en breve habria necesidad de defenderse de la justa venganza de los franceses, si no disculpaba, compensaba en cierto grado los atroces crímenes de que acababa de ser odioso teatro Valencia.

Mayo 1808.

Todas las ciudades de aquella parte de la costa, como eran Castellon de la Plana, Tortosa y Tarragona, siguieron el ejemplo generalmente dado. La poderosa Barcelona, cuya poblacion igualaba á la de la capital de España, acostumbrada, si ya no á mandar, á nunca obedecer, ardia en deseos de levantarse. Al recibirse las noticias de las renunciias, que fué el 25 de mayo, fueron hechos pedazos los carteles impresos que de ellas daban cuenta, y acudió á los lugares de mas concurrencia un gentío numeroso, llena el alma de odio, así como los ojos de ira. Pero el general Duhesme, que mandaba doce mil hombres, parte franceses y parte italianos, contuvo el movimiento, y desde lo alto de la ciudadela y del castillo de Monjuich amenazó abrasar la ciudad si se movia. Tembló Barcelona bajo la mano de hierro del general francés, pero no se tomó el trabajo de disimular su rabia. Murat, constante en sus ilusiones en punto á España, habia devuelto á los catalanes el derecho de llevar armas, de que los habia despojado Felipe V, queriendo así recompensarlos por su sumision aparente. Ellos correspondieron á tal testimonio de confianza comprando al momento todos cuantos fusiles pudieron haber á la mano y toda cuanta pólvora y municion de plomo habia de venta en los despachos

El levantamiento contenido en Barcelona rompe en lo demas de Cataluña.

Mayo 1808.

públicos, viéndose á los campesinos de la montaña y á los paisanos de las poblaciones desprenderse de lo mas precioso que tenian para proporcionarse medios de adquirir armas. Cada dia el lance de menos importancia daba en Barcelona márgen á un alboroto. Fué herido un individuo particular por una piedra tirada desde el castillo de Monjuich, y el desdichado, cuya herida decian ser hecha por los franceses, fué paseado en unas parihuelas por toda la ciudad á fin de excitar la indignacion pública. Con haber acudido las tropas francesas quedó contenido este desórden en su principio. Otro dia, un pífano de un regimiento italiano vió á un muchacho español remedarle como burlándose de él, y, desenvainando el sable para darse á respetar, dió motivo á nuevo alboroto, que esta vez estuvo á punto de hacerse general. Pero tambien logró el ejército francés impedir con su firme continente este levantamiento. Contribuia asimismo á enojar á los catalanes la indisciplina de las tropas italianas, menos juiciosas en su conducta que las francesas. Sin embargo, viéndose en Barcelona tan sujetos los hombres mas alborotados, huyeron á Valencia, Murcia, Lérica y Zaragoza, quedando la capital de Cataluña mas sosegada, aunque no mas amiga de sus dominadores.

Levantáronse en tanto las otras ciudades principales de Cataluña, como Gerona, Manresa y Lérica, y otro tanto hicieron las poblaciones pequeñas. Con todo eso, siguiendo sujeta Barcelona, no podia emprender Cataluña cosa alguna formal, lo cual era prueba de que, si á tiempo hubiesen sido guarnecidas con fuerzas suficientes las ciudades mas populosas de España, podria, si ya no haberse estorbado el levantamiento ge-

neral, habérsele contenido ó hecho mas lentos sus progresos. Mayo 1808.

Por fin Zaragoza, la inmortal Zaragoza, no habia sido la última, como bien era de suponer, en lanzar el grito de la independenciam española (1). Habíase levantado el 24 de mayo, dos dias despues que Cartagena, dos dias antes que Sevilla y al mismo tiempo que Asturias. Al llegar á la capital de Aragon el correo de Madrid llevando la noticia de las renunciaciones, el pueblo, á ejemplo del de otras provincias, habia acudido en tropel delante de la casa del capitán general don Juan de Guillerme, y, viéndole tímido á la par que en otros puntos los generales, le habia depuesto de su cargo, poniendo en su lugar al jefe de su estado mayor el general Mori. Este, al dia siguiente 25, convocó á una junta para satisfacer al pueblo y rodearse de un Consejo con que compartir la responsabilidad. Conociendo así el general como la junta ser doble el peligro que corrían, amenazándolos por un lado la plebe y por el otro los franceses dueños de Navarra, se mostraban muy vacilantes. El pueblo, al cual apenas habria alcanzado á satisfacer el celo mas exaltado, aunque no pasó á matar á aquellos encargados del mando como habian hecho en otras partes, se desembarazó de unos caudillos que no participaban de su ardor, y entregó el gobierno á un célebre personaje, que era don José Palafox y

Turbulencias
en Zaragoza
y
levantamiento
de Aragon.

(1) El renombre inmortal de Zaragoza comienza en su resistencia á Napoleon. Antes no habia sido famosa por hecho alguno de guerra. M. Thiers ha oido hablar de Zaragoza con altos elogios, y como sin duda no puede dárselos con gusto por su heroica defensa en 1808 y 1809, le supone una inmortalidad anterior adquirida en otras contiendas.

Mayo 1808.

Nombra
Aragon por
su general
á don José
Palafox,
antes
guardia
de Corps.

Melzi, sobrino del marqués de Melzi, vice-canciller del reino de Italia. Era Palafox un jóven de buena presencia, de veinte y ocho años de edad, que habia servido en los guardias de Corps, y era conocido por haberse resistido á los amorosos deseos de una reina corrompida que habia puesto en él los ojos. Habiéndose despues allegado á Fernando VII, á quien habia ido á ver á Bayona, y encontrado allí cautivo y violentado, habia pasado á Zaragoza su patria, y oculto en sus cercanías, seguia esperando el momento de servir al rey, mirado por él como su único legítimo soberano. Enterado el pueblo zaragozano de estas particularidades, corrió en busca de Palafox para nombrarle capitan general de la provincia. Aceptó el nombramiento don José Palafox, llamó á su lado á un eclesiástico muy hábil y valiente, á un oficial de artilleria de grande experiencia, y á uno que habia sido su maestro, y, supliendo las luces de éstos lo que en él faltaba, pues nada entendia de guerra ni de política, se puso al frente del gobierno de Aragon. En breve habia de hacer su alma heróica las veces de todas las calidades necesarias para el mando. Palafox convocó las córtes del reino de Aragon, dispuso un alistamiento general, y llamó á las armas á la lucida y bizarra poblacion aragonesa. No solo fué bien oido el llamamiento, sino que á él se anticiparon todos, siendo tales la agitacion y el impulso, que, aun en los confines de Aragon con Navarra; en Logroño, á cinco leguas de las tropas francesas, se levantaron los habitantes. Otro tanto acaeció en Santander, á la derecha de las mismas tropas y casi detrás de ellas.

Así, en ocho dias, desde el 22 al 30 de mayo, sin

que provincia alguna se hubiese concertado con otra, se habia levantado toda España, dominada por el mismo pensamiento, que era la indignacion excitada por los sucesos de Bayona. Donde quiera las señales características de este alzamiento nacional habian sido unas mismas: vacilacion en las clases superiores, afectos unánimes é irresistibles en las inferiores y muy en breve igual celo y sacrificios en todas; formacion de gobiernos ó juntas en las respectivas capitales de provincia; alistamiento general; desercion del ejército para juntarse con los levantados; donativos del alto clero; ardor fanático en los eclesiásticos de inferior gerarquía; en una palabra, donde quiera patriotismo, ceguera, ferocidad, grandes hechos; por fin una revolucion monárquica, procediendo como si fuese democrática, porque el instrumento de ella era el mismo, siéndolo el pueblo, y porque tambien prometian ser iguales las resultas, las cuales habian de ser la reforma de las leyes antiguas de que daban esperanza á España para oponer á Francia sus propias armas (1).

(1) Aquí al querer el historiador francés pintar con breves y valientes pinceladas el levantamiento de los españoles, se muestra, á las claras, vacilante entre las preocupaciones antiguas de los adoradores de Napoleon y el conocimiento, moderno en su patria, de los sucesos de España en 1808. Sin embargo, despues al ir refiriendo los sucesos, se acalora cuando se vé obligado á contar los hechos con que los españoles se mostraron resueltos á sustentar su independencia y honor contra el poder francés y el Emperador, ídolo de M. Thiers, y una vez acalorado, vuelve á la tema de calificar el alzamiento de los españoles de obra del clero hecha por la ínfima plebe. El aventajado escritor M. de Carné, en su obra de *Los intereses nuevos en Europa*, dice del conde de Toreno que en su historia *ha secularizado el levantamiento de la Península*, confesando con expresarse así que el historiador español prueba no haber sido puramente efecto del fanatismo y la ignorancia la resistencia de España á la dominacion francesa.

Hay españoles que hoy suponen que en 1808 estaban todas las personas ilustradas de nuestra patria por someterse á Napoleon. No cabe error mas craso. Que debiesen opinar así es distinta cosa, y, aunque no sea este el parecer de quien escribe la presente nota, lo reputa ma-

Junio 1808.

Llegan con lentitud á Bayona las noticias de los levantamientos de España.

Todos estos levantamientos espontáneos, que estallaron desde el 22 hasta el 30 de mayo, solo fueron sabiéndose sucesivamente en Bayona, donde residía Napoleon y donde siguió residiendo durante todo el mes de junio y los dias primeros de julio. Al principio, solo hubo noticia de los efectuados á la derecha é izquierda del ejército francés, esto es, en Asturias, Castilla la Vieja y Aragon. La dificultad en las comunicaciones, que en España siempre es grande, vino á ser mayor en aquellos momentos, porque los correos eran no solo detenidos, sino con suma frecuencia asesinados, lo cual causaba que, aun en Madrid, los que mandaban el ejército francés casi nada sabian de lo que pasaba mas allá de Castilla la Nueva y de la Mancha. Sabíase solamente que en las demas provincias habia extremada turbacion é inquietud, pero se ignoraban las particularidades, y solo poco á poco, y corriendo junio, llegó á haber cabal noticia de lo ocurrido á fines de mayo, no sabiéndose aún esto sino por confianzas ó bravatas de los españoles que esparcian por Madrid lo que habian sabido por cartas particulares traídas á mano.

Luego que supo Napoleon en Bayona lo sucedido en

teria sujeta á duda. Pero que entonces la mayor parte de los españoles instruidos y amantes de reformas hechas con arreglo á las doctrinas filosóficas francesas del siglo XVIII se declaró espontánea y aun arduosamente por la causa del pueblo contra la usurpacion intentada por el Emperador francés es un hecho innegable. M. Thiers mismo cita en su historia entre los que figuraron en el levantamiento á los señores conde de Toreno y Martinez de la Rosa nada parciales del sistema antiguo de gobierno de España. Don Manuel Quintana con otros de la secta filosófica abrazó con entusiasmo la misma causa. Por ella padeció hasta morir *Cienfuegos*: sustentándola conservó su fama antigua Jovellanos. Otros abrazaron la opuesta contra su gusto y por creerse comprometidos.

Oviedo, Valladolid, Logroño y Zaragoza, sucesos pasados no lejos del lugar donde él estaba, y, con todo eso, solo llegados á su noticia siete ú ocho dias despues de consumados, dictó órdenes prontas y vigorosas para contener el levantamiento estorbando que llegase á adquirir extension y firmeza. Habia cuidado de situar entre Bayona y Madrid, á espaldas del mariscal Moncey y del general Dupont, el cuerpo de ejército del mariscal Bessières, compuesto de las tres divisiones de los generales Merle, Verdier y Lasalle. La primera de éstas habia sido formada con los terceros batallones sacados de las costas y con los cuartos batallones de las legiones de reserva. La division de Verdier lo habia sido con los regimientos provisionales, desde el número 13 hasta el 18 (1), porque los doce primeros componian, como en otro lugar de esta historia va dicho, el cuerpo de ejército del mariscal Moncey. En aquellos momentos iban llegando á España los cuerpos polacos admitidos en el servicio de Francia, los cuales consistian en un soberbio regimiento de caballería de novecientos á mil caballos, célebre despues con el nombre de *lanceros polacos*, y en tres buenos regimientos de infantería, cada uno con mil y quinientas ó mil y seiscientas plazas, conocidos con el nombre de primero, segundo y tercero del Vístula. Por último habia Napoleon ido trayendo sucesivamente, ya de París, ya de los campamentos establecidos en las costas, los regimientos de línea, números 4 y 15, los de ligeros números 2 y 12, y los

(1) Con todo no se formaron mas regimientos provisionales que los señalados con los números 13, 14, 17 y 18, pues faltaron partidas para componer los números 15 y 16.

Junio 1808.

de línea números 14 y 44, haciendo que unos sucediesen á otros desde París al campamento de Boloña, desde éste á los de Bretaña, y desde los últimos á Bayona, de modo que se les diese tiempo de descansar y ocasion de ser útiles donde hiciesen estancia. Mandó ademas á dos batallones aguerridos de la guardia de París venir á España en posta. Si no tenia, pues, á mano el gran conjunto de recursos que habia menester para comprimir inmediatamente el levantamiento de los españoles, suplía lo que le hacia falta con su singular talento de arreglo y órden, y ya habia conseguido juntar algunas fuerzas que permitian poner cierto remedio al mal, pues le llegaban seis regimientos franceses de creacion antigua y tres polacos. Tambien llegaban con el título de regimientos de marcha numerosas partidas destinadas á reforzar los regimientos provisionales (1),

(1) De estos varios títulos será fácil colegir qué complicacion habia introducido en la planta y arreglo del ejército lo extenso de las necesidades, y tambien de los recursos, todo lo cual manejaba Napoleon con tan pasmosa superioridad de entendimiento. Habia los regimientos antiguos de línea franceses señalados con los números desde el 1 al 112, y los regimientos de tropas ligeras que lo estaban con los números desde el 1 al 32, esparcidos aquellos y éstos por Polonia, Alemania, Italia é Ileria, y todos con batallones de depósito, ya á orillas del Rhin, ya á la falda de los Alpes. Habia ademas regimientos llamados provisionales, formados con compañías sacadas de los batallones de depósito, los cuales estaban en España sirviendo allí con una formacion interina. Habia ademas partidas sacadas despues de los mismos depósitos para ir á reforzar los regimientos provisionales, las que mientras iban de camino formaban regimientos de marcha. Las cinco legiones de reserva, cuyos tres primeros batallones componian el cuerpo de ejército del general Dupont, y cuyos cuatro batallones formaban una de las divisiones del mariscal Bessieres, quedando por ordenar y arreglar los quintos y sextos batallones, eran otra categoria mas de tropas. Por último, habia en el ejército imperial francés italianos, polacos y suizos, cuyas fuerzas componian parte del total de las de que disponia Napoleon. Es, pues, forzoso que siga con atencion constante categorías tan diversas y numerosas quien quiera apreciar el arte prodigioso con que manejaba Napoleon sus fuerzas, y, sobre todo, quien quiera comprender cómo sucedia al fin, á pesar de habilidad tan prodigiosa, que emperzasen los sucesos á ser inferiores á lo inmenso de la obra que el Emperador francés, por su desdicha, habia emprendido llevar á cabo.

y que, antes de entrar en estos últimos, hacian servicios por todo el camino que venian pasando. Junio 1808.

Napoleon mandó al momento al general Verdier que fuese con diligencia sobre Logroño con mil y quinientos infantes, trescientos caballos y cuatro bocas de fuego para hacer en aquella ciudad un escarmiento duro. Mandó tambien al general Lefebvre Desnoëttes, bizarro oficial de caballería que mandaba los cazadores á caballo de la guarda imperial, trasladarse á Pamplona con los lanceros polacos, algunos batallones de infantería provisional, y seis bocas de fuego, recoger ademas en aquella plaza varios terceros batallones de los que componian su guarnicion, con todo lo cual se juntaria una fuerza de cerca de cuatro mil hombres, y pasar volando sobre Zaragoza para restablecer en la capital de Aragon el órden alterado. Habian de ir delante del general Lefebvre Desnoëttes algunos diputados de los de la junta de Bayona á emplear la persuasion antes de hacerse uso de la fuerza, pero, si no alcanzase la primera, debia aplicarse, como remedio al mal, vigorosamente la segunda. Ordenó Napoleon al mariscal Bessières que, no bien hubiese concluido el general Verdier con su encargo en Logroño, fuese con la caballería del general Lasalle sobre Valladolid para restablecer el sosiego en Castilla la Vieja. Despachó á Madrid al general Savary á que supliese la falta de Murat, postrado en cama, y en nombre de éste diese órdenes sin que apareciese mudanza en el mando, y le encargó que fuese del Escorial sobre Segovia sublevada la division del general Frère, tercera del cuerpo de ejército del general Dupont, y que se encaminase, haciendo un movimiento á la izquierda por Guadalajara, una colum-

Dáse encargo al general Verdier de sujetar á Logroño, y al general Lefebvre Desnoëttes de hacer lo mismo con Zaragoza.

Va despachado á Madrid el general Savary á suplir la falta de Murat, á la sazón enfermo.

Junio 1808.

Ordenes
dadas por el
general
Savary
relativamen-
te á Segovia
y Valencia.

na de tres ó cuatro mil hombres á Zaragoza. Habiéndole asimismo llegado algunos rumores vagos del levantamiento de Valencia, dispuso que saliese de Madrid para allí la primera division del mariscal Monecy con un cuerpo auxiliar español para que llegase hasta Cuenca, y en esta ciudad se detuviese si las voces de estar levantada Valencia no se confirmaban, y, en caso de confirmarse, para que pasase á Valencia misma. Sin embargo, como parecia corta esta fuerza para reducir á la obediencia á una ciudad de cien mil almas (pues Valencia cuenta sesenta mil en su recinto y cuarenta mil en la huerta) ordenó Napoleon al general Duhesme que enviase de Barcelona sobre Tarragona y Tortosa la division de Chabran, la cual de camino sujetaria los levantamientos de Cataluña, mantendria en el servicio de Francia al regimiento suizo situado en Tarragona y desembocaria sobre Valencia por la costa; mientras desembocaba sobre la misma ciudad el mariscal Monecy por las vecinas sierras:

Ordenes
relativa-
mente
á Andalucía.

Pero mas particularmente dedicó Napoleon su solicitud á las Andalucías y á la escuadra francesa surta en Cádiz. Desde los primeros momentos habia pensado en enviar al general Dupont á Andalucía, donde juzgaba que habia habido descuido en dejar aglomerarse demasiables tropas españolas, y donde recelaba ademas que hiciesen alguna tentativa los ingleses. Habia adelantado á este general, situando su primera division en Toledo, la segunda en Aranjuez y la tercera en el Escorial, para tener así todo su cuerpo de ejército en escalones en el camino de Madrid á Cádiz, encargándole expresamente estar pronto á ponerse en movimiento, no bien recibiese la primera orden. Al tenerse noticias del

Direccion
dada
al cuerpo
de ejército
del general
Dupont.

levantamiento , se dió al general Dupont órden de marchar , y él lo hizo á fines de mayo para Sierra Morena. Contaba Napoleon con este general , que hasta entonces habia brillado por su valor y buena fortuna , y á quien tenia destinado el baston de mariscal para la primera ocasion de lustre , no dudando de que en España se le proporcionaria. El mismo ilustre general tampoco lo dudaba. ¡Horrorosos y crueles arcanos del destino, siempre imprevistos en sus favores y en sus rigores !

Napoleon , que no queria echar á su general como una saeta al fondo de España , sin los recursos suficientes para mantenerse allí , le señaló diferentes refuerzos. Como al principio solo le hubiese despachado con la primera division mandada por el general Barbou, ordenó á la segunda pasar á Toledo , para que se juntase con la primera , si pareciese necesario. Dispuso, ademas, que fuese toda la caballería del mismo cuerpo de ejército con sus dos divisiones de infantería , y asimismo los marinos de la guardia imperial , que iban destinados á tripular los dos navíos nuevos prontos en Cádiz , y, por último, los dos regimientos suizos , antes de la guarnicion de Madrid , llamados los de Preux y Reding , á la sazón acuartelados en Talavera. Con la division de Kellermann correspondiente al cuerpo de ejército del general Junot, situada entonces en Elvas ó Yelves , en la frontera de Portugal y Extrémadura , y con los otros tres regimientos suizos que estaban en Tarragona, Cartagena y Málaga , á los cuales suponía Napoleon concentrados en Granada , llegaria á contar bajo su mando el general Dupont veinte mil hombres á lo menos, aun cuando no se le agregasen las divisiones segunda y tercera ; fuerza , por cierto , suficiente

Junio 1808. para tener sujetas las Andalucías, y á Cádiz segura de un golpe de mano de los ingleses. Encargóse al general Dupont ir con toda diligencia al fin que mas cuidados daba á Napoleon, esto es, á Cádiz, á asegurar la plaza y la escuadra del almirante Rosily.

Conforme á estas órdenes habian de quedar en Madrid dos divisiones de las del mariscal Moncey y dos de las del general Dupont, porque éstas últimas, repartidas entre el Escorial, Aranjuez y Toledo, bien podian ser miradas como si estuviesen en la misma capital de España, donde, ademas, debian permanecer los coraceros y la guardia imperial; todo lo cual ascendia á unos veinte y cinco mil ó treinta mil hombres, sin contar los regimientos viejos, que, como escolta del rey José, iban á venir acompañándole. Habia fundamento para creer que todo ello era bastante á hacer frente á casos imprevistos, ignorándose entonces cuán intenso era el movimiento de España, cuán atrevido y sobre todo á qué punto se habia generalizado. Dióse nueva orden de hacer en Madrid, ya en el Real Palacio, ya en el Buen Retiro, verdaderas plazas de armas, donde pudiese haber depósitos de heridos y enfermos, de municiones y cajas, en suma, de todos los equipajes del ejército.

Estas órdenes, dictadas en derechura á las provincias del Norte, é indirectamente y por el conducto del Estado mayor francés de Madrid á las del Mediodia de la Península, fueron cumplidas sin demora. El general Verdier marchó, antes que todos, con el regimiento provisional, número 14, cerca de doscientos caballos y cuatro piezas de artillería, de Vitoria sobre Logroño. Llegado á la Guardia, poblacion poco distante del Ebro,

Pronta
dispersion
de los
levantados
de Logroño
por el general
Verdier.

supo que estaba ocupado por los levantados el puente por donde se pasa el rio para ir á la ciudad á que estaba destinado. Pasó, pues, el Ebro por El Ciego en una barca, y el 6 de junio por la mañana cayó sobre Logroño. Los levantados, que eran casi todos paisanos de las poblaciones y campos comarcanos, en número de tres ó cuatro mil hombres, tenían parapetada la entrada de la ciudad con toda clase de materiales amontonados, y habian puesto en batería siete cañones viejos montados en cureñas hechas mal y de prisa por maestros de carros de allí mismo, y se mantenian detrás de aquellos groseros atrincheramientos, animados de mucho entusiasmo, pero de poco valor verdadero. Recibidas las primeras descargas, huyeron los españoles de los soldados franceses, bisoños y jóvenes, los cuales, de carrera, vencieron y allanaron todos cuantos obstáculos habian intentado oponerles. Fué tan pronta la derrota de aquellos primeros levantados, que no tuvo tiempo el general Verdier de rodear á Logroño para envolverlos y hacerlos prisioneros. Los de la infantería francesa dentro del pueblo, y los de la caballería en el campo vecino mataron como unos cien españoles á bayonetazos y á sablazos, reduciéndose la pérdida de los vencedores á un muerto y cinco heridos, si bien de los últimos dos eran oficiales. Perdieron los levantados sus siete cañones y ochenta mil cartuchos de fusilería. El obispo de Calahorra, puesto, contra su voluntad, al frente de aquel levantamiento, alcanzó perdon para la ciudad de Logroño, la cual, por su ruego, quedó exenta de saqueo, teniendo solo que pagar una contribucion de treinta mil francos en provecho de los soldados franceses, entre quienes fué repartida sin demora esta suma.

Junio 1808.

No era la conducta de estos españoles levantados propia para dar alta idea de la resistencia que podian oponer sus compatriotas á los franceses. El general Verdier se volvió de allí á poco á Vitoria para reemplazar en el cuerpo de ejército del mariscal Bessières á las tropas de los generales Merle y Lasalle, que acababan de salir para Valladolid. El general Lasalle con los regimientos de cazadores de á caballo, números 10, y 22, y con el provisional de infanteria núm. 17, tomando á la division de Verdier y el general Merle con toda su division, compuesta de un batallon del número 49, otro del 86, un regimiento de marcha y otro de las legiones de reserva, se habian puesto en camino sobre Valladolid, por Torquemada y Palencia, siguiendo ambas orillas del Pisuerga, el cual corre desde los montes de Vizcaya á desaguar en el Duero, pasando antes por la misma Valladolid. Mientras asi iban adelante estos generales, el general Frère, saliendo del Escorial, hacia un movimiento hácia atrás para ir sobre Segovia levantada. Atravesaban, pues, á Castilla la Vieja dos columnas francesas, una adelantándose por el camino de Burgos á Madrid, y otra retrocediendo por el mismo camino. Como tenia el general Frère menos terreno que andar, llegó primero á Segovia, y la halló ocupada por los cadetes del colegio de artillería, y por una nube de campesinos que la habian invadido, y estaban cometiendo en ella todo linaje de excesos. Tenian la ciudad toda llena de trincheras ó parapetos, y puesta en batería la artillería, sirviendo las piezas los cadetes del colegio. Poco valieron tales obstáculos ante los soldados franceses, en quienes habia todo el ardor de la juventud, y que habian pasado

Toma
y sujeta á
Segovia
la division
del general
Frère.

ya un año en las filas del ejército, sin haber disparado siquiera un tiro. Escalaron, pues, con increíble viveza los atrincheramientos de Segovia, mataron á bayonetas un buen número de paisanos, y echaron del pueblo á los demas, que escaparon, saqueando antes las casas que habian venido á defender. Los infelices moradores de Segovia se habian dispersado para no estar expuestos á todo linaje de excesos de los que venian á asaltar su ciudad, y de los que la defendian, pero no pudieron escapar de los segundos, y, á lo menos esta vez, fueron muy contemplados por los primeros. De esto es fácil colegir por qué las gentes de la clase acomodada en España se inclinaban á someterse á la Francia, viéndose puestas entre una plebe sanguinaria y dada á la rapiña, y los ejércitos franceses exasperados. El general Frère trató con suma dulzura á la ciudad de Segovia, pero se apoderó de la inmensa cantidad de pertrechos de artillería contenidos en el colegio de este arma.

Los supuestos defensores de Segovia se habian replegado dispersos sobre Valladolid, como si viniese dándoles alcance el general Frère, que no tenia caballería que enviar á perseguirlos. El director del colegio de cadetes de Segovia, don Miguel de Cevallos, se habia retirado á Valladolid con sus alumnos. Según costumbre en soldados que han huido de los enemigos, los levantados de Segovia fugitivos, pretendieron que Cevallos, ó por cobardía ó por traicion, tenia la culpa de su vencimiento, y, no obstante ser infundada esta acusacion, le prendieron y llevaron preso á Valladolid. En el momento de entrar en esta ciudad el sospechado cautivo rompió allí un gran tu-

Muerte
dada á don
Miguel
de Cevallos
governador
del colegio
de cadetes
de artillería
de Segovia
por los
defensores
fugitivos de
la misma
ciudad.

Junio 1808. multo. Estaban haciendo ejercicio de fuego en la plaza por donde atravesó el preso los mozos recién alistados para la guerra, los cuales se arrojaron á Cevallos, y sin atender á los clamores de su mujer, que venia acompañándole, ni á los esfuerzos de un sacerdote, que, so pretexto de oírle en confesion, pedia que le diesen algunos instantes de vida, le mataron inhumanamente, y en seguida arrastraron su cuerpo por las calles. Hubo mujeres furiosas que pasearon por Valladolid los ensangrentados trozos de aquel cadáver despedazado.

Es derrotado don Gregorio de la Cuesta en el puente de Cabezón por las tropas del general Lasalle.

Tan lastimoso suceso, venido en seguida de otros muchos de la misma clase, hizo doloroso y profundo efecto en el capitán general don Gregorio de la Cuesta, puesto, contra su voluntad, al frente del levantamiento de Castilla la Vieja. Así es, que no se atrevió á resistir al clamoreo de una plebe desatinada, la cual pedia que saliese á toda prisa al encuentro de los franceses, que en una columna venian de Burgos sobre Valladolid. Era esta columna, como poco antes va aquí dicho, la formada por las fuerzas de los generales Lasalle y Merle, salidos de Burgos con algunos miles de soldados de infantería, y sobre mil de caballería, esto es, con un número doble ó triple que lo necesario para poner en huida á todos los levantados de Castilla la Vieja. Pensaba, con razon, el viejo y desabrido general español, que, cuando mas, podría él en una poblacion bien atrincherada, y con gente resuelta á defenderse hasta morir, hacer frente á los franceses, pero que era locura salir á oponerse en campo raso á las tropas mejores de Europa entera. Con todo eso, viéndose amenazado, si resistia, de una suerte igual á la que habia cabido á don Miguel de Cevallos, salió á

campaña con cinco ó seis mil paisanos metidos en cuadros, y con unos pocos desertores de tropas regladas, cien guardias de Corps fugitivos del Escorial, algunos centenares de caballos del regimiento de caballería de la Reina, y varias piezas de artillería. Situóse en el puente de Cabezon, sobre el Pisuerga, á dos leguas delante de Valladolid, punto que atraviesa la carretera que va á esta ciudad desde Burgos.

El general Lasalle habia venido ahuyentando á las cuadrillas de levantados con que habia tropezado en el camino, señaladamente en el pueblo de Torquemada, al cual habia tratado con rigor no corto. En Palencia habia salido á recibirle el obispo al frente de los vecinos principales, pidiéndole que perdonase á la ciudad, favor que le fué concedido por el general Lasalle, con solo la condicion de que se proveyese de algunos víveres á sus soldados. El 12 de junio por la mañana avistó el general francés á Cabezon, donde se habia situado don Gregorio de la Cuesta. Las disposiciones del general español no le acreditaban de tener ni mucha experiencia ni gran ojo de campaña, porque habia puesto delante del puente su caballería, detrás de ésta una línea de mil y doscientos infantes, su artillería en el mismo puente, algunos paisanos de guerrilla en los vados del Pisuerga, y á su espalda, en la otra banda del rio, y en las alturas que dominan su corriente, lo restante de sus escasas tropas. El general Lasalle, que traia consigo dos regimientos de caballería, y el provisional de infantería, núm. 17, mandó acometer al enemigo con su resolucion acostumbrada: la caballería arrolló á la española, echándola sobre la infantería de ésta, con la cual cerraron inmediatamente los cazado-

Junio 1808. res franceses llevándose la por delante hasta el puente y los vados del rio. Armóse allí una confusion horrosa, porque andaban revueltos y apiñados en un puente angosto los de á pié, los de á caballo, y los cañones, haciéndoles fuego las tropas españolas de la orilla opuesta, que disparaban sin distincion á amigos y á contrarios. Habiendo apoyado el general Merle con toda su division á la del general Lasalle, pasaron los franceses el puente, y tomaron muy pronto la posicion de la otra ribera del Pisuerga, acuchillando su caballería á los fugitivos, de los cuales dejó muerto un número bastante considerable. A quince muertos y veinte ó veinte y cinco heridos se redujo la pérdida de los vencedores, subiendo la de los españoles á seiscientos entre ambas clases. El general Lasalle, sin disparar un tiro mas, entró en Valladolid, consternada, pero casi contenta por verse libre de los bandidos que, so color de defenderla, la tenian en su poder. El mayor pesar de los españoles era haber visto á su principal general derrotado tan pronta y completamente. Don Gregorio de la Cuesta se retiró con algunos ginetes por el camino de Leon, estando cubiertas las vecinas tierras de levantados que huian á campo travieso, y diciendo él á todos que bien llevaban su merecido por haberse arrojado con gavillas indisciplinadas á hacer frente á tropas regladas, acostumbradas á vencer á las de toda Europa.

El general Lasalle cogió en Valladolid gran copia de armas, municiones y víveres, y trató á la ciudad con blandura. Hasta entonces lo ocurrido en Logroño, Segovia y Cabezon solo indicaba haber en los españoles suma presuncion, ignorancia y furia, pero nin-

guna costumbre de la guerra, y sobre todo no se veía la menor prueba de la tenacidad que despues manifestaron. Así, aunque en el ejército francés empezaba á saberse que era general el levantamiento de España, daba ello poco cuidado, creyéndose que seria un movimiento guerrero, si bien universal, sin duda alguna tan fácil de contener, cuanto pronto habia sido en llevarse á efecto. Lo que á la sazón pasaba en Aragon era á propósito para inspirar la misma confianza. El general Lefebvre Desnoëttes, llegado á Pamplona, habia puesto allí en orden su escasa columna, compuesta, como va dicho poco antes, de tres mil hombres de infanteria y artilleria, de mil de á caballo y de seis bocas de fuego. Acabadas de dar sus disposiciones, salió el general francés de Pamplona el 6 de junio, dejando allí á la diputacion encargada de ir á Zaragoza á llevar proposiciones de paz, porque la violencia de que los levantados daban muestras en todas partes daba harto á conocer que el único medio á que entonces podia recurrirse para convencerlos era la lanza de los polacos. Puesto en marcha el general Lefebvre, y llegado á Valtierra el 7, encontró donde quiera abandonados los pueblos por los moradores unidos con los levantados, y supo que el puente del Ebro en Tudela estaba cortado, y retirados y llevados á la misma ciudad todos cuantos barcos habia en el rio. Paróse, pues, el general francés en Valtierra, á fin de proporcionarse modos de atravesar el Ebro, para lo cual mandó bajar á este rio del riachuelo Aragon barcas de las que servian para pasarle, colocadas las cuales en frente de Valtierra, por ellas pasaron el mismo Ebro los franceses, poniéndose al dia siguien-

Pelea
el general
Lefebvre en
Tudela con
los
levantados
de Zaragoza.

Junio 1808.

te 8, sobre Tudela. Cubrían aquellos campos nubes de levantados, que, ocultos entre la maleza, se tiroteaban con los franceses. En tanto aparecía delante de la ciudad lo principal de la fuerza española, que sería de unos ocho á diez mil hombres. Mandábalos el marqués de Lazan, hermano de don José Palafox. El general Lefebvre, echando delante de sí los cazadores y numerosas partidas de caballería, fué arrollando á sus contrarios de puesto en puesto, hasta acorrálarlos contra las tapias de Tudela. Ya allí, trató de parlamentar, para evitar valerse de la fuerza, y sobre todo para eximirse de tomar á Tudela por asalto. Pero los españoles respondieron con tiros á sus parlamentarios, y hasta dispararon á su persona. Entonces él mandó embestir á bayoneta calada; y sus soldados, jóvenes, y arduos, se echaron á carrera sobre los puestos ocupados por los españoles, los arrollaron y les quitaron su artillería. Los lanceros, arrojándose á los fugitivos, derribaron á lanzadas á algunos centenares de ellos. Entraron en Tudela los vencedores, á paso de ataque, y en los primeros instantes se pusieron á saquear la ciudad, pero restableció muy en breve el orden el general Lefebvre, perdonando á los de Tudela. Costó aquel combate á los franceses unos diez hombres muertos ó heridos, habiendo perdido los levantados sobre trescientos ó cuatrocientos muertos, unos detrás de las trincheras, y otros en su fuga por el campo.

Dueño el general Lefebvre Desnoettes de Tudela, y habiendo encontrado cortado el puente de aquella ciudad, y levantada la gente de la comarca hasta una gran distancia, creyó conveniente, antes de alejarse hácia adelante, asegurar su marcha, desarmando á

Junio 1808.

las poblaciones vecinas, y componiendo el puente del Ebro, que es el conducto necesario de comunicacion entre Aragon y Pamplona. Empleó los dias 9, 10 y 11 de junio en la composicion del puente, en despejar el campo y en desarmar á los pueblos, mandando pasar á cuchillo á los que obstinados se resistian á someterse. El 12, aseguradas ya sus comunicaciones, emprendió de nuevo la marcha, y llegado el 13 por la mañana delante de Mallen, otra vez se encontró haciéndole frente á los levantados mandados por el marqués de Lazan, y con la fuerza de dos regimientos y ocho ú diez mil paisanos armados. Ahuyentadas las partidas españolas que cubrian los campos delante de Mallen, atacaron los franceses la posicion ocupada por los españoles; fácil empresa, porque los levantados indisciplinados, disparados los primeros tiros, se recogian huyendo á la espalda de la tropa de línea, y por encima de las cabezas de ésta volvian á tirar, matando mas de los suyos que de los franceses. Embistiendo el general Lefebvre por un costado á sus contrarios, sin dificultad los arrolló, derribando cuanto se le ponía delante. Los lanceros polacos enviados á dar alcance á los fugitivos no les dieron cuartel, y, acalorados en la persecusion, atravesaron á nado el Ebro para alcanzar á sus contrarios de los que mataron ó hirieron á mil, cuando menos. La pérdida de los vencedores no habia sido superior á la que tuvieron en la jornada de Tudela, no habiendo sido arriba de veinte hombres. El ímpetu en el acometer, la poca firmeza de los paisanos españoles, el verse apuradas las tropas de línea de la misma nacion al encontrarse con frecuencia puestas entre el fuego de sus contrarios y el de sus com-

Nueva
refriega en
Mallen.

Junio 1808. pañeros fugitivos, y, en suma; la confusion en todo que reinaba entre los levantados daban razon de ser tan breves aquellos combates, tan corta la pérdida de los vencedores, y tan crecida la de los vencidos, de los cuales menos morian en la pelea que en la fuga, atravesados por las lanzas de los polacos en el alcance.

El dia 14, prosiguiendo el general Lefebvre su marcha sobre Zaragoza, otra vez se encontró con los levantados, situados en las alturas de Alagon, y, tratándolos como habia hecho en Tudela y Mallen, los obligó á retirarse apresuradamente. Sin embargo, por llevar demasiado cansadas sus tropas, no persiguió á los vencidos por tan largo trecho como en los dias anteriores, y remitió al siguiente el dar vista á Zaragoza.

Llegó delante de esta ciudad el 15 de junio. Bien habria querido entrarla á viva fuerza; pero penetrar con tres mil hombres de á pié, mil de á caballo, y seis piezas de á cuatro, en una ciudad de cuarenta á cincuenta mil almas, llena de soldados, y sobre todo, de una nube de lugareños resueltos á defenderse como leones en una poblacion cuya ruina les importaba poco, pues todos eran de los pueblos vecinos (1), no era fácil

(1) Ya se dirá algo en otra nota sobre cuán desatinado es achacar la defensa de Zaragoza y la de otras ciudades de España, como hace M. Thiers, exclusivamente á la gente campesina ó lugareña de las cercanías. No fueron, como supone el historiador frances, los únicos autores, fautores y mantenedores de la guerra hecha á Napoleon los hombres de los lugares pequeños. El mismo Thiers, contradiciéndose, cuenta que el pueblo se alzó contra el poder francés en todas las poblaciones grandes. Sin duda, como es fuerza repetirlo, leyendo el autor de esta obra á historiadores españoles, ó haciendo que se los leyesen, y entendiéndolos mal, como viese que se hablaba mucho de paisanos ó paisauaje armado, hubo de creer, engañándole la semejanza de los dos vocablos, que en castellano paisano es lo mismo que paysan en francés. En la traduccion presente mas de una vez donde el original dice paysans va puesto paisanos, traduciendo mal á la letra; pero corrigiendo el yerro que supone, hechos de la gente del campo los que lo fueron de los españoles de todas las poblaciones grandes y chicas.

Llega el general Lefebvre Desnoettes á ponerse delante de Zaragoza.

Es imposible tomar de rebate una ciudad de tanta importancia, y hay, por lo mismo, necesidad de pararse delante de sus paredes.

empresa. Rodeaba á Zaragoza una muralla ó tapia vieja , flanqueada por un lado por un castillo , y de trecho en trecho por varios conventos de grandes dimensiones, y yendo á rematar por ambas extremidades en el Ebro. Aunque habia gran confusion dentro de la ciudad , donde las tropas regladas , los campesinos levantados, y los vecinos estaban muy descontentos unos de otros , quejándose los soldados de los bandidos que robaban , asesinaban , y en tratándose de pelear solo acertaban á huir , y los campesinos de las tropas, porque no los libertaban de ser derrotados; en punto á defenderse todos eran del mismo parecer , que era el de resistir á todo trance, y no entregar la ciudad hasta que estuviese reducida á cenizas. Los campesinos ladrones y fanáticos , animados de la necesidad de hacer algo despues de una larga inaccion , si bien eran en campo raso inútiles y cobardes , se mostraban esforzados defensores detrás de las paredes de una ciudad de que se habian hecho dueños. El valeroso Palafox , por otra parte, era del mismo parecer y senti; y, tomada la determinacion de defender la ciudad por los que no eran de ella, se hacia imposible ganarla por sorpresa. Así , no bien se acercó á las tapias de Zaragoza el general Lefebvre con sus escasas fuerzas, cuando vió la ciudad llena hasta los tejados de una poblacion inmensa de gente enfurecida , y sintió que llovía sobre él de todas partes una granizada portentosa de balas. Vióse , pues , forzado á detenerse , porque su fuerza principal consistia en caballería , y de artillería solo llevaba seis piezas de á cuatro. Acampóse en unas alturas hácia la izquierda , cerca del Ebro , y al momento dió parte de sus operaciones al cuartel general de

Junio 1808. Bayona , pidiendo ser reforzado considerablemente con infantería y artillería , á fin de derribar los muros que se oponian á su entrada , los cuales no solo consistian en la tapia que cerca á Zaragoza , sino en una multitud de grandes edificios que seria necesario ir tomando uno tras de otro , despues de estar tomada la muralla.

Operaciones
del general
Duhesme
en Cataluña.

La situacion de las cosas en Cataluña presentaba dificultades de otra naturaleza , pero quizá todavia mas graves. Allí , len vez de aparecer todo fácil en el campo , y todo difícil en la capital , sucedia cabalmente al revés , porque la capital Barcelona estaba en poder de los franceses , y el campo era una region montuosa , llena de fortalezas y de poblaciones crecidas levantadas. El general Duhesme con cerca de seis mil franceses , y seis mil italianos se encontraba como bloqueado en Barcelona despues del levantamiento general de los últimos dias de mayo. Gerona , Lérida , Manresa , Tarragona , y casi todas las villas y lugares de cuenta estaban levantadas , y los catalanes del campo bajaban hasta acercarse á las murallas de Barcelona á disparar tiros á las centinelas francesas. Sin embargo , habiendo recibido el general Duhesme el 3 de junio la órden que le mandaba enviar la division de Chabran por el camino de Valencia para que se uniese con la del mariscal Mancey , hizo que saliese el dia 4 , señalándole el camino por Lérida , para que de paso observase todo cuanto en Aragon ocurría. Puesto el general Chabran al frente de una buena division francesa , no tropezó con grandes obstáculos mientras siguió por el camino real , en el cual se mantuvo constantemente , y tratando bien á los pueblos les sacó víveres , que mal podian negar á la fuerza de su division , con lo cual llegó casi sin

disparar un tiro á Tarragona. Entró en esta ciudad muy á tiempo para impedir su levantamiento, porque el regimiento suizo de Wimpffen, que formaba su guarnicion, estaba todavia vacilante. El general Chabran sosegó á Tarragona, exigió de los oficiales suizos la palabra de honor de que serian fieles á la Francia, la cual consentia en tomarlos á su servicio, y todo lo repuso en órden en aquella plaza importante, á lo menos por algunos dias.

Pero cabalmente los catalanes levantados esperaban á la salida del general Chabran de Barcelona, y á ver desparramadas las tropas francesas para caer sobre ellas á confundirlas. Pasaba por ser el fomes del levantamiento de Cataluña el famoso monasterio de Montserrat, situado entre peñas altas en el cinto de montañas que rodea á Barcelona. El rio Llobregat, que corta esta sierra antes de desaguar en la mar, es uno de los obstáculos que es fuerza vencer para llegar á Montserrat. Intentaban los levantados enseñorearse de ambas riberas del rio, situarse allí con gran poder, y de este modo dejar encerrado al general Duhesme en Barcelona, cortándole la comunicacion con Tarragona, porque el Llobregat corre al mediodia de la primera ciudad, entre ella y la segunda. Queriendo el general Duhesme registrar bien la posicion de Montserrat, y estorbar que los levantados se situasen entre él y el general Chabran, mandó salir al general Schwartz, al frente de una columna de infanteria y caballeria con órden de caer sobre el Llobregat, de pasarle, y de ir en seguida por el Bruch á aparecer en Montserrat. Salido de Barcelona el general Schwartz el 5 de junio, al principio de su marcha tropezó solo con levantados,

Combates
del general
Schwartz
en las
cercanías del
Llobregat.

Junio 1808.

que le dejaron pasar sin disputarle el terreno. Pasó, pues, el Llobregat, atravesó con facilidad por Molins del Rey, Martorel y Esparraguera, y llegó así hasta el Bruch, pero ya en este último punto, cuando trató de pasar á Montserrat, oyó tocar á rebato ó somaten en todos los pueblos, y se vió acometido por una nube de guerrillas, y teniendo noticia que por donde quiera en la tierra vecina estaban parapetando las poblaciones pequeñas, cortando los puentes y poniendo intrasitables los caminos, él, temeroso de ser envuelto, tomó el partido de volverse al lugar de su salida. A su vuelta tuvo que vencer dificultades de toda clase, con particularidad en el pueblo de Esparraguera, donde habia una calle larga cortada y con parapetos. A cada paso hubo de tener refriegas encarnizadas. Los hombres le disparaban desde las ventanas, y las mujeres y niños arrojaban desde lo alto de los tejados sobre la cabeza de los soldados piedras y aceite hirviendo. Por fin, al pasar un puente, que estaba cortado de modo que se viniese abajo al sentir el menor peso, se hundió con el puente una pieza de artillería en el momento en que iba atravesando. El general Schwartz, dejando á muchos de los suyos muertos y heridos entró de vuelta en Barcelona el 7 de junio rendido de fatiga. Era evidente que aquellos campesinos fanáticos, de ningun valor en el campo raso, se harian muy terribles abrigados por las paredes de las casas, ó en las calles atrincheradas, ó en los puentes cortados, ó entre peñascos y matorrales, en suma, detrás de cualquiera obstáculo con que pudiesen cubrir el cuerpo en la pelea.

El 8 y 9 de junio, envalentonados los levantados

con la retirada del general Schwartz, tuvieron la osadía de situarse en las riberas del Llobregat, ocupando con bastantes fuerzas las poblaciones de San-Boy, San Feliu, y Molins del Rey. Seguía siendo su plan cercar al general Duhesme, y cortarle las comunicaciones con el general Chabran. Conoció aquel general que le era imposible dejar llevar á efecto semejante designio, y salió de Barcelona el 10 de junio con tres columnas para desalojar de sus puestos á los levantados. Llegados los soldados franceses á las márgenes del Llobregat cuando iba amaneciendo, pasaron el rio, dándoles el agua hasta la cintura, y corriendo en seguida á los pueblos ocupados por el enemigo los tomaron á bayoneta calada, haciendo prisioneros en ellos á muchos levantados, de los cuales mataron un número muy crecido, castigando á San-Boy con prenderle fuego. Al caer la tarde volvieron triunfantes los franceses á Barcelona, trayendo consigo la artillería enemiga, no sin grande asombro del pueblo, que tenía esperanzas de no volver á verlos. Impuso algun respeto á la inquieta población de la gran capital de Cataluña esta jornada, y mantuvo vacilantes á los moradores de las clases acomodadas, que allí, como en las demas partes, sentían batallar en sus ánimos el orgullo nacional profundamente lastimado, y el temor de una contienda con Francia bajo el predominio de una muchedumbre desenfrenada. Sin embargo, el general Duhesme, inquieto por la suerte del general Chabran, que estaba á alguna distancia de él en Tarragona, escribió á Bayona que el destino dado á este general de juntarse con el mariscal Moncey al pié de las murallas de Valencia haría correr gravísimos peligros á su division,

Junio 1808.

Salida
brillante y
feliz
del general
Duhesme
contra los
levantados
catalanes
situados en
las orillas
del
Llobregat.

Junio 1808. así como tambien á las fuerzas que quedaban en Barcelona. Por estos motivos pidió permiso para mandarle volver á su lado (1).

Movimientos
de
los varios
cuerpos
de ejército
francés
en las
provincias
del
mediodia de
España.

Tales eran los sucesos en la parte septentrional de España, de resultas de las órdenes enviadas desde Bayona misma á las tropas francesas situadas entre los Pirineos y Madrid. Las órdenes comunicadas por el con ducto del estado mayor francés de Madrid á las tropas que habian de operar en las provincias meridionales, fueron puestas en ejecucion con la misma puntualidad. Murat seguia en un estado en que no podia dar órden alguna, pero el general Belliard, mientras llegaba el general Savary despachó al mariscal Moncey y al general Dupont las instrucciones del Emperador. El mariscal Moncey, con su primera division mandada por el general Musnier, salió de Madrid para ir por Cuenca sobre Valencia. El general Dupont salió de Toledo con su primera division mandada por el general Barbou para pasar á Sierra Morena, atravesando la Mancha. Quedaron, pues, en Madrid dos divisiones de las del mariscal Moncey con la guardia imperial y los coraceros. La division de Vedel, segunda del cuerpo del ejército del general Dupont, fué á ocupar en Toledo el puesto que la division de Barbou dejaba vacante. La division de Frère, tercera de las de Dupont,

(1) En la anterior relacion de los combates que hubo en Cataluña, comete M. Thiers inexactitudes que seria muy largo ir refutando. Olvida dar á notar que los catalanes siendo dueños los franceses de Barcelona y Figueras, no por eso se arredraron de alzarse contra ellos. Hasta con cañones de palo hechos de pronto pelearon en un combate, circunstancia que no debia omitir un historiador tan obligado á contar los hechos de los enemigos de su patria, cuanto los de sus mismos compatriotas.

Junio 1808.

vuelta de Segovia al Escorial, pasó á Aranjuez á ocupar el puesto que dejaba vacante la de Vedel. Quedaban por consiguiente en la capital de España y sus cercanías sobre treinta mil hombres de infantería y caballería, con lo cual para aquella hora habia lo bastante. De esta fuerza solo fué destacada una columna como de tres mil hombres, que hubo intento de enviar á Zaragoza atravesando la provincia de Guadalajara, pero que no pasó mas allá de la capital de esta provincia.

El mariscal Moncey emprendió su marcha el 4 de junio con un cuerpo francés de ocho mil y cuatrocientos hombres, de los cuales ochocientos eran húsares, y con diez y seis bocas de fuego. Estaban destinados á seguirle mil y quinientos hombres de buena infantería española, y quinientos caballos de la misma nacion, con lo cual habrian de ascender sus fuerzas á mas de diez mil hombres, y á quince ó diez y seis mil al llegar delante de Valencia, suponiendo que allí se le incorporaria el general Chabran. Por desgracia esto último era muy dudoso, y, ademas, en la noche anterior al dia de la salida de la division francesa desertaron las dos terceras partes de las tropas españolas, desercion que debilitó el cuerpo auxiliar, á punto tal que ya de nada servia que saliese á campaña. Empezó, pues, su expedicion el mariscal Moncey con ocho mil y cuatrocientos hombres de tropas francesas, soldados nuevos y jóvenes, pero ardorosos y muy bien disciplinados. El primer dia hizo noche en Pinto, el segundo en Aranjuez, el tercero en Santa Cruz de la Zarza, y el cuarto en Tarancon, andando cada dia una distancia muy corta para no cansar á sus soldados

Marcha
sobre
Valencia el
mariscal
Moncey.

Junio 1808. y acostumbrarlos al calor, así como á las marchas. Llegado el mariscal Moncey á Tarancón dió descanso á su gente, teniéndola allí todo el día 8. El mariscal Moncey miraba mucho por sus soldados, y también por los pueblos españoles, y en todas partes encontró víveres y buen acogimiento. Conociendo á los españoles desde la guerra de 1793, se había granjeado entre ellos una reputación de humano, que le era de no corto provecho. A esto hay que añadir que en aquellas provincias del centro, no habiendo ciudad alguna importante que hubiese dado impulso al general patriotismo, seguía reinando bastante sosiego. Así que no tuvo que vencer grandes dificultades el mariscal Moncey, ni para marchar ni para el sustento de sus tropas. El 9 fué á hacer noche á Carrascosa, el 10 á Villar del Horno, y el 11 á Cuenca.

Párase
en Cuenca el
mariscal
Moncey para
dar tiempo
de acercarse
á Valencia
al general
Chabran.

Llegado á esta última ciudad, dispuso detenerse allí para proporcionarse noticias, así de Valencia como del general Chabran, con el cual contaba para dar cabal cumplimiento á su encargo. Pero las sierras que le separaban por su izquierda de la parte inferior de Cataluña, y por su derecha de la provincia de Valencia, no consentían que le llegase noticia alguna. Por el lado de la última provincia nada pasaba del puerto de Requena, y solo se sabía que el levantamiento valenciano era violento, y perseverante; haberse cometido en la capital horribles asesinatos, y ser imposible reducir á la población levantada de otro modo que por la fuerza. El mariscal Moncey, sabedor ya de haber llegado á Tarragona el general Chabran, y calculando que este general para ponerse en Tortosa y en Castellón de la Plana, siguiendo la costa, necesitaria los

días que faltaban hasta el 25 de junio, le envió orden de que para entonces estuviese allí sin demora y concertó las cosas para no desembocar él mismo en el llano de Valencia hasta el mismo día. Para esto tomó por partido el de estarse en Cuenca hasta el 18, salir de allí para Requena, y no forzar el paso de los puertos de las sierras de Valencia hasta el momento oportuno, para obrar acorde con el general Chabran. Proponiase en los seis días de estancia en Cuenca dar descanso á sus tropas, proveer al transporte de sus pertrechos, y lograr noticias circunstanciadas en punto al camino difícil y poco frecuentado que iba á seguir. Tal modo metódico de llevar adelante sus operaciones seguramente podia tener ventajas, pero tambien por otro lado malas consecuencias, porque daba al levantamiento tiempo de cobrar fuerzas y ponerse en orden; y adquirir cabal firmeza en Valencia.

Entretanto caminaba á Andalucía el general Dupont con muy otro paso, pues, salido de Toledo á fines de mayo, ya de camino se le habian agregado los dragones del general Pryvé que habian de reemplazar en su cuerpo de ejército á los coraceros, los marinos de la guardia imperial y los dos regimientos suizos de Preux y de Reding. Bien podia avaluarse la fuerza de la division de Barbou en seis mil hombres efectivos, los marinos de la guardia en quinientos ó seiscientos hombres, excelentes para ambos servicios de tierra y mar; la caballería compuesta de cazadores y dragones en dos mil y seiscientos; la artillería é ingenieros en setecientos ú ochocientos, y los suizos en dos mil y cuatrocientos, todo lo cual compondrian unos doce ó

Marcha
el general
Dupont
sobre
Córdoba.

Junio 1808.

Estado
de las cosas
en la Mancha
y
Andalucía
cuando llegó
allí
el general
Dupont.

trece mil hombres de fuerza efectiva (1). El general Dupont atravesó la Mancha sin dificultad, encontrando esta provincia por lo comun desierta, mas desierta todavía que suele estarlo, viendo en todas partes en los pueblos grandes y pequeños señales de un odio reprimido, pero violento, y hallándose obligado á marchar con infinitas precauciones á fin de no dejarse soldados rezagados. Pasó sin encontrar resistencia los terribles puertos de Sierra Morena, y el tres de junio llegó á Bailen, lugar de aciaga memoria, el cual no preveía entonces el general que habia de ser para él teatro de la mas horrorosa desgracia. Allí supo estar levantada Sevilla y toda la parte meridional de España, en movimiento de guerra todas las poblaciones, y juntas con los levantados las tropas de línea. Sin embargo, aún habia dudas tocante á la conducta del general Castaños que mandaba el campo de San Roque, y no faltaban esperanzas de conservarle fiel á la causa de la dinastía nueva, porque en varias conversaciones que habia tenido con oficiales franceses habia descubierto mucha vacilacion, y aun desaprobacion altamente el levantamiento. Lo cierto era que los tres regimientos suizos de Tarragona, Cartagena y Málaga que creian los franceses reunidos en Granada, y prontos á agregarse

(1) Estos guarismos están sacados de los estados de fuerza mas auténticos, y no han sido tenidos por exactos por el autor de la presente historia, hasta despues de haberse cerciorado repetidas veces de su exactitud. Importa que esta conste con todo rigor, porque el general Dupont en la causa que le fué hecha, se atribuyó muchas menos fuerzas que las supuestas en estos guarismos, al paso que la acusacion fiscal le supuso muchas mas. La verdad rigorosa es lo que vá aquí expresado, habiéndose para encontrarla consultado bien antes los estados de fuerza dados por el general Dupont, los procedentes del ministerio de la Guerra, y los que para su uso particular recibia y tenia Napoleon.

al ejército francés en el camino de Sevilla, acababan, viéndose rodeados por los españoles levantados, de abrazar su causa. Esto podia ser peligroso para la fidelidad de los dos regimientos suizos que Dupont llevaba consigo, de suerte que solo alcanzando victoria podria lograr que siguiesen siéndole fieles. El levantamiento de Badajoz y toda Extremadura hacia muy poco probable que pudiese venir á Andalucía la division de Kellermann, enviada de Lisboa á Yelves. Estas consideraciones, aunque nada á propósito para desvanecer temores, no eran capaces de mover al general Dupont á retroceder, porque, despues de haber tenido tantos y tan reñidos encuentros con los ejércitos austriacos, prusianos y rusos, y haberlos vencido siempre á pesar de serles inferior en número, hacia poco caso de las turbas allegadizas de paisanos que se le ponian delante. Pero, aun yendo sobre ellas con arrojo, juzgó oportuno dar aviso al estado mayor de Madrid de cuán extendido estaba el levantamiento, y pedir que se le reuniese todo el cuerpo de ejército para dominar á Andalucía, por la cual, decia, solo tendria que dar un paseo como conquistador.

Habiendo desembocado por los puertos de Sierra Morena sobre Bailen, y estando en la cuenca del Guadalquivir, tomó á la derecha, y determinó seguir la corriente del rio para pasar á Córdoba, y dar allí un golpe contundente á la vanguardia de los levantados. Llegado el 4 de junio á Andújar, supo nuevas particularidades en punto á lo ocurrido en Andalucía, y persistió con mas empeño en su idea de ir alentadamente sobre los levantados, pero persistió asimismo en su resolucion de reclamar que sin demora se juntasen

Llega
el general
Dupont
á Bailen.

Junio 1808. bajo su mando las tres divisiones de que se componía su cuerpo de ejército.

En Andújar ya se supo con mas exactitud qué dificultades iban á presentarse en el camino de Córdoba. Don Pedro Agustin de Echevarri, antes empleado, según poco mas atrás vá dicho, en limpiar á Sierra Morena de los malhechores que la infestaban, se había puesto al frente de los mismos malhechores y del paisaje de los pueblos vecinos, así de los pequeños como de Córdoba y de las grandes poblaciones inmediatas. Tenía ademas consigo dos ó tres batallones de milicias provinciales y alguna caballeria, fuerza que en su total seria de unos veinte mil hombres, de ellos, cuando menos, quince mil paisanos indisciplinados. A esta reunion daban el nombre de ejército de Córdoba, el cual por entonces se había acampado á orillas del Guadalquivir en el puente de Alcolea. Despreciando el general Dupont tales adversarios, se dió prisa á irse en derechura á ellos tomándoles el puente, el cual no podía valer lo que el de Halle tomado por el mismo general con ocho mil franceses á veinte mil prusianos. Continuó, pues, siguiendo rio abajo la ribera del Guadalquivir para acercarse á Alcolea y á Córdoba. El 5 estaba en Aldea del Rio, el 6 en el Carpio y el 7 al amanecer al frente del puente mismo de Alcolea.

Qué aspecto presentaba la cuenca del Guadalquivir, y la carretera principal de Andalucía.

No estaba mal escogida la posicion que habian tomado los levantados para cubrir á Córdoba. El camino real de Andalucía, que hasta Córdoba sigue por la cuenca del Guadalquivir, yendo ya por la derecha, ya por la izquierda del rio, se pasea por una de las regiones mas hermosas y alegres de la tierra, faldeando lindos collados todos poblados de olivares y naranjales, y

de soberbios pinares, entre los que descuellan algunas palmas. Por encima de estos collados asoman á la derecha y á corto trecho las pardas cumbres de la Sierra Morena, y á la izquierda se divisan á larga distancia las azuladas y vaporosas cimas de las sierras de Granada. El camino que al principio vá por la orilla derecha del Guadalquivir pasa á la izquierda en Andújar. Por el puente de Alcolea vuelve á pasar á la derecha para ir á parar á Córdoba, situada en la misma márgen del río, al cual domina con sus almenajes moriscos. Aunque por allí es vadeable Guadalquivir casi por todos los puntos, señaladamente en verano, es un obstáculo de alguna importancia por lo escarpado de sus orillas, y el estar enseñoreados los españoles del puente de Alcolea, que daba buen paso á la artillería, no dejaba de tener algun precio. El puente es largo y angosto y remata en el mismo lugarcillo de Alcolea. Los españoles habian cerrado la entrada con una fortificacion de campaña, la cual consistia en un espaldon y un foso profundo, y tenian guarnecida esta obra con tropas y artillería, habiendo echado adelante por derecha é izquierda del camino nubes de guerrillas emboscadas en los olivares. Además de esto, habian obstruido el paso del puente y llenado el pueblo de Alcolea de paisanos diestros tiradores, y situado algo mas atrás doce bocas de fuego en una alturilla que dominaba ambas riberas, colocando á alguna mas distancia á la espalda todo lo restante de su gente en una llanura alta y espaciosa. Para molestar á los agrosos les tenian preparado un movimiento que les distrajese la atencion, habiendo echado á la opuesta márgen del Guadalquivir, algo mas abajo de Alcolea, una columna de tres ó cuatro mil hombres, la

Medios
de defensa
que habian
juntado
los españoles
en el puente
de Alcolea.

Junio 1808.

cual, viniendo río arriba por la ribera derecha, ocupada por los franceses, habia de aparentar ir á caer sobre ellos por un costado mientras atacaban de frente el puente de Alcolea.

Era, pues, necesario al general Dupont ahuyentar la nube de guerrillas situada en los olivares, echarse sobre la obra de fortificacion, tomarla, pasar el puente, apoderarse de Alcolea, precipitar al mismo tiempo en el Guadalquivir al cuerpo de tropas que le habia pasado, y ponerse en seguida sobre Córdoba, distante solo dos leguas de aquel sitio. Tiempo habia para todo, pues se avistaron las opuestas fuerzas á las cinco de la mañana en un día hermoso del mes de junio. El general Dupont puso á la cabeza de su fuerza la brigada del general Pannetier, compuesta de dos batallones de la guardia de París, y otros dos de las legiones de reserva. Esparció á su derecha é izquierda algunas guerrillas, y puso en segunda línea la brigada de Chabert, y en tercera á los suizos, y á su izquierda toda su caballería, mandada por el general Fresia, á fin de contener al cuerpo que venia por la márgen del Guadalquivir río arriba. Habia tomado la precaucion de enviar al intrépido capitán Baste con unos cien marinos de la guardia á meterse debajo del puente para examinar si estaba ó no minado. Mandó que el ataque fuese duro y pronto para no perder tiempo en tantear las cosas.

Disposiciones de ataque dadas por el general Dupont.

Ataque y toma del puente de Alcolea.

Dada la señal, y roto el fuego por la artillería y guerrillas francesas, se echaron sobre el reducto los batallones de la guardia de París, mandados por el general Pannetier y el coronel Estève. Arrojárónse denodadamente los granaderos al foso, despreciando un fuego vivísimo de fusilería; y, subiéndose unos sobre los

hombros de otros, penetraron en la fortificacion por las troneras, mientras que el capitán Baste, que habia terminado su reconocimiento, se entraba en ella por un costado. Ganado así el reducto, corrieron los granaderos al puente, le pasaron con la bayoneta calada, perdiendo alguna gente, y entre ésta á su capitán, que esforzadamente los habia guiado al asalto, y sin demora llegaron al pueblecillo de Alcolea. Seguíalos la tercera legion que con ellos atacó el pueblo defendido por una nube de los levantados. Allí perdieron los vencedores mas gente que al pasar el puente, pero, si con mayor pérdida por su parte, mataron muchos mas de sus contrarios, haciendo prisioneros ó pasando á cuchillo á infinitos en las casas de la poblacion (1). Pronto quedó Alcolea en poder de los franceses. Durante esta accion tan viva, el general Fresia en la orilla opuesta del Guadalquivir habia contenido al cuerpo español que venia á distraer la atencion de los suyos por aquel lado, el cual se habia replegado con precipitacion al recibir recias cargas de los dragones franceses, pasando en desorden al otro lado del rio.

Tan brillante accion solo costó á los vencedores ciento y cuarenta hombres entre muertos y heridos, habiendo perdido los españoles doble ó triple número dentro del pueblo de Alcolea.

Tomado el puente, necesitaron los franceses detenerse un breve rato para cegar el foso del reducto y dar

(1) En Alcolea no hay pueblo, sino puramente unas pocas casas situadas á un lado del camino real, ó digamos á la izquierda para quien vá de Madrid á Córdoba. La refriega, pues, en las calles de Alcolea ha de ser ficcion, por la razon poderosa de que en las ventas de Alcolea no hay calles.

Junio 1808.

paso franco á la artillería y caballería de su ejército. A ello se atendió al instante, y pasaron todas las tropas el puente, dejando para guardarle el batallón de marinos de la guardia. El grueso de los españoles se habia reunido en el camino de Córdoba en lo alto de un llano, que por un lado iba á terminar en el Guadalquivir y por el otro en la falda de Sierra Morena. Al pié de este alto formó el ejército francés en columna cerrada por batallones, situando la caballería y artillería en los claros. El general Dupont, dado que les hubo algun tiempo para tomar aliento, les mandó ir adelante. Con solo ver los españoles aquellas tropas, yendo sobre el enemigo como si marchasen á la parada, se dieron á una desordenada fuga, dejando franco el camino de Córdoba y en poder de sus contrarios algunos prisioneros y parte de su artillería.

Llega
el ejército
francés
á las puertas
de
Córdoba.

Siguieron los franceses sin descansar, no obstante el calor abrasador del medio del dia, y á las dos de la tarde divisaron á Córdoba con sus torres y la hermosa mezquita, hoy catedral, que la dominaba. No queria el general Dupont dar tiempo de volver en sí á los españoles, y de que ocupasen á Córdoba en términos de hacer difícil el apoderarse de ella á un ejército, cuya artillería era solo de campaña. Resolvió, pues, entrarla al momento, pero quiso hacerle una intimacion para excusarle los horrores del asalto. Mandó llamar al corregidor, que se habia escondido por miedo tanto de los españoles quanto de los franceses y que no acudió al llamamiento. Tambien se resistieron los levantados á dar oidos á un clérigo que les fué diputado, é hicieron fuego á los oficiales franceses que se acercaron á la ciudad para parlamentar. Era, pues, la fuerza el medio

Intímase
la rendicion
á la ciudad
la cual
no responde.

único de entrar en Córdoba, y así acercando cañones á sus puertas, fueron éstas derribadas, y penetró en la ciudad la columna. Fué forzoso tomar algunas trincheras levantadas en las calles, y luego ir atacando una á una varias casas, donde peleaban los bandoleros de Sierra Morena. Fué encarnizada la pelea, y exasperados los soldados franceses por tal resistencia entraron en las casas y mataron á los bandidos que las ocupaban, arrojando á muchos de ellos por las ventanas á la calle. Mientras unos sustentaban la pelea, otros iban en columna persiguiendo al grueso de los levantados que se habia escapado por el puente de Córdoba é iba por el camino de Sevilla. Pero en breve degeneró el combate en verdadera rapiña, y fué saqueada la infeliz Córdoba, una de las ciudades mas antiguas y mas dignas de atencion de España. Los soldados, habiendo tomado buena parte de las casas á costa de su sangre y dado muerte á los levantados que las defendian, no tenian grande escrúpulo en punto á hacerse dueños de ellas, y aun usar todo el rigor de los derechos de la guerra. Hallando á los levantados que mataban cargados de botin, robaron á su vez, pero mas para comer y beber que para llenarse las mochilas. El calor era bochornoso y antes que todo querian beber. Bajaron á las bodegas llenas de los mejores vinos de España, abrieron á tiros los toneles, y hasta se ahogaron varios en el vino derramado. Otros, completamente borrachos, ya sin respeto á freno alguno, infamaron el carácter del ejército arrojándose á las mujeres y haciéndoles padecer toda especie de ultrajes. Los oficiales, dignos de serlo franceses, hicieron esfuerzos inauditos para poner término á tan horrorosos excesos, y

Junio 1808.

Son derribadas á cañonazos las puertas de Córdoba.

Peléase de casa en casa, y resultan de ello graves desórdenes.

Saqueo de Córdoba.

Junio 1808.

algunos hubo que se vieron obligados á desenvainar la espada contra sus propios soldados. Las tropas que habian ido dando alcance á los fugitivos hasta mas allá del puente de Córdoba quisieron á su vez entrar en la ciudad á comer y beber, porque desde el dia antes no habian recibido sus raciones, y así aumentaron la desolacion. Los campesinos se dieron á robar por su parte, y la malaventurada ciudad de Córdoba era en aquellas horas presa á la par de bandidos españoles y de soldados enemigos exasperados y hambrientos. Era aquel espectáculo doloroso, y tuvo las mas espantosas consecuencias por el ruido que en breve hizo en toda Europa. El general Dupont mandó tocar generala para traer los soldados á sus banderas, pero ellos ó no oian, ó se negaban á obedecer, no conservándose de todo el ejército en buen orden mas que la caballeria y artilleria, acampadas fuera de Córdoba y mantenidas firmes en sus filas, aquella por el cuidado de sus caballos, y estotra por el de sus cañones. Si un cuerpo enemigo hubiese vuelto atrás habria cogido á toda la infanteria francesa dispersa, perdida de embriaguez y sumergida en el sueño y disolucion. El mismo cansancio y exceso en la bebida al cabo dieron fin al desórden, porque no pudiendo mas los soldados saqueadores se habian echado en tierra en medio de los muertos y heridos, y al lado de los españoles hechos prisioneros ó muertos á sus manos (1).

(1) Esta parte de la narracion de M. Thiers merece la reprobacion mas severa por su notoria inexactitud y por su intencion de disculpar las atrocidades cometidas por las tropas francesas en el saqueo de Córdoba. La verdad es como aquí sigue. Rotos y ahuyentados los españoles que con corta fuerza militar y numeroso paisanaje habian intentado defender el puente de Alcolea, los fugitivos se desparramaron por los campos, siendo pocos los que entraron en la ciudad de Córdoba y

Al día siguiente por la mañana, al primer toque de tambor, la misma gente vuelta á ser dócil y hermana, como solia, toda acudió á sus banderas. Restablecióse inmediatamente el orden, y salieron los desdichados moradores de Córdoba del desconsuelo en que durante algunas horas habian estado sumergidos. Excepto el palacio episcopal (1) que habia sido tomado por asalto, y donde estaba el estado mayor de los rebeldes, los lugares sagrados en general habian escapado de la devastacion, no obstante estar reputados los conventos focos principales del levantamiento de los españoles. Fueron recogidos los soldados de las casas particulares, y acuartelados en edificios públicos, donde les fueron repartidas sus raciones de un modo regular para quitar todo pretexto á la indisciplina, con lo cual volvieron á quedar las cosas en su estado ordinario. Registradas las mochilas de los soldados, el dinero encontrado en ellas fué pasado á la caja de su respecti-

Junio 1808.

Restablécese
el orden
en
Córdoba.

poquísimos los que en ella se detuvieron, pues otros la atravesaron huyendo, sin esperar á que se acercasen los franceses. Por un aturdimiento, propio de aquellas horas, en que nadie mandaba, estaban cerradas las puertas de la ciudad, pero no defendidas. Llegados á una de ellas, que tiene por nombre el de Puerta Nueva, los de Dupont, y, viendo que de la ciudad nadie se les presentaba como amigo ó contrario, de un cañonazo echaron abajo la puerta, débil, como de ciudad, aunque murada, no fuerte. Penetrando por las calles de Córdoba los vencedores, desde una ventana fué disparado un tiro dirigido al general Dupont, y que hubo de acertar á otro. Tal acto vituperable y ademas loco, dió motivo y señal para el saqueo, el cual fué horroroso, como consta, diga M. Thiers lo que dijere. La defensa de los españoles en las calles de Córdoba, las trincheras y parapetos allí formados, la presencia de los campesinos y bandoleros en la ciudad, la defensa y toma del palacio arzobispal (L' archeveché), siendo así que Córdoba no tiene arzobispo y sí solo obispo, son puras ficciones faltas del menor fundamento.

N., DE A. A. G.

(1) Este es el calificado de arzobispal por M. Thiers, donde no hubo defensa, aunque sí asalto.

N. DE A. A. G.

Junio 1808. vo regimiento. Habian sido cogidos muchos depósitos de dinero, de él parte de los rebeldes, y procedente de los donativos hechos por los particulares y el clero á la causa del levantamiento, y otra parte de la hacienda pública. El importe de uno y otro pasó á la caja general del ejército para pago de sueldos atrasados (1). Poco á poco los moradores, perdido el miedo, fueron volviendo á sus casas, y hasta deseaban con ansia que se quedase con ellos el ejército francés para no verse expuestos á nueva pelea en sus calles y habitaciones. Un hecho singular y que podia dar márgen á apreciar debidamente el valor de los servicios que podian esperarse de los suizos, fué que doscientos ó trescientos de ellos que estaban con don Pedro Agustin de Echevarri se pasaron á los franceses despues de la toma de Córdoba; y que, al mismo tiempo, como igual número de los de los regimientos de Preux y de Reding, que con ellos venian, se desertaron á los españoles, por donde se hacia evidente que tales soldados extranjeros, batallando en sus ánimos su aficion al servicio de Francia, y ese afecto antiguo á España, andarian fluctuando entre los dos opuestos partidos hasta venir á abrazar definitivamente al que fuese favorecido por la fortuna, no pudiendo de manera alguna contarse con ellos, en caso de ocurrir un revés, á pesar de la fidelidad conocida y justamente celebrada de los soldados de su patria.

(1) La única cosa que de esto fué distraida, si puede decirse que hubo en ello distraccion, consistió en haberse dado una gratificacion á los generales y oficiales superiores, gratificacion de que hay asiento en las cuentas del ejército, y de que tenian necesidad indispensable los que la recibieron. Fué de tres á cuatro mil francos (11,400 á 15,000 rs.) por cabeza. Este hecho resulta de una averiguacion legal muy rigurosa y prolija.

Junio 1808.

El rayo que habia caido sobre Córdoba sirvió de aterrizar y juntamente de exasperar á los españoles. Pero, excediendo al terror el ódio, pronto en toda Andalucía fué concebido el proyecto de juntarse en uno armados todos los habitantes para caer sobre el general Dupont y confundirle, vengándose en él del saqueo de Córdoba, que era comun pintar con los mas negros colores. Hasta en las poblaciones mas pequeñas hablaban las gentes de mujeres, niños y ancianos degollados, de vírgenes violadas, y de templos profanados, asertos mentirosos hasta un grado sumo, pues, si habia sido grande la confusion por algunas horas, el saqueo habia sido poco considerable (1), y solo muertos algunos de los levantados cogidos con las armas en la mano. Levantóse, con todo eso, un clamor unánime en toda Andalucía contra los franceses, ya antes bastante detestados, para que hubiese necesidad de aumentar con patrañas el ódio que inspiraban, juraron los españoles no dejar vivo á uno solo de ellos, y cumplieron su palabra en cuanto en lo posible.

No bien atravesaron los franceses la Sierra Morena, sin dejar casi un solo puesto guarnecido á sus espaldas, por ser muy corto su número, cuando se esparcieron por su línea de comunicacion nubes de los levantados de los que habian huido de Córdoba, ocupando los puertos y angosturas, entrándose en los pueblos de la carretera y sus inmediaciones, y matando sin compasion á todos cuantos franceses encontraban, fuesen viajeros, ó enfermos, ó heridos. Así fué asesi-

Efecto causado en toda España por el saqueo de Córdoba, de resultas del cual creció mucho el ódio á los franceses.

Dan muerte á los franceses los españoles en todos los caminos que sigue el ejército de los primeros.

(1) Este, si, es aserto mentiroso. Córdoba fué horrorosamente saqueada.

Junio 1808. nado el general René con circunstancias atroces. En Andújar los rebeldes (1) de Jaen, aprovechando haber salido de la primera ciudad los enemigos, entraron en ella y pasaron á cuchillo á los enfermos que en el hospital habian quedado. Habria perecido allí asesinada la mujer del general Chabert, si no hubiese intervenido, salvándole la vida, un sacerdote. En la villa de Montoro, situada entre Andújar y Córdoba, hubo un suceso digno de canibales. Habia quedado allí una partida francesa como de doscientos hombres para custodiar una atahona destinada á fabricar el pan del ejército hasta que se estableciese en Córdoba. En el mismo dia, vispera del en que entró en Córdoba el general Dupont, y por consiguiente antes de los supuestos excesos cometidos en aquella ciudad, los habitantes de las cercanías, venidos unos de Sierra Morena, y otros de los lugares vecinos, se arrojaron de súbito y en crecido número sobre los franceses allí situados, y los mataron todos con refinamientos de inaudita ferocidad, crucificando á algunos en árboles, ahorcando á otros, y poniéndoles hogueras debajo de los piés, enterrando á varios vivos ó poco menos, y aserrando á algunos entre dos tablas; brutal é infame barbarie que no escaseó padecimiento alguno á tan desgraciadas víctimas de la guerra. Cinco ú seis soldados, escapados por milagro de la matanza, vinieron á traer al ejército la noticia de tal atrocidad, horrorizándole con su relacion, y disponiéndole mal para la clemencia. Así iba tomando la guerra un carácter atroz, sin que por ello variase

(1) Rebeldes los llama M. Thiers, contradiciéndose á sí propio, y faltando á toda justicia.

del todo la índole de los soldados franceses, que vol-
vian á mostrarse dulces de condicion y humanos, segun
era en ellos constante costumbre, y segun se habian
acreditado de serlo en toda Europa, por la cual se ha-
bian paseado como conquistadores, pero como bárba-
ros nunca (1).

Establecido en Córdoba el general Dupont, y apro-
vechando los recursos de tan gran ciudad para reponer
su ejército y reparar sus pertrechos, pero no teniendo
bajo su mando mas que unos doce mil hombres, de los
cuales mas de dos mil eran suizos, con quienes mal
podia contar, no estaba capaz de ir adelante por An-
dalucia, antes que se le agregasen las divisiones de los
generales Vedel y Frère, que se habian quedado una
en Toledo y otra en el Escorial. Habia pedido con ins-
tancia que se le reuniesen, y se prometia con tal re-
fuerzo de diez ú once mil hombres de infanteria, con
el cual llegaria á constar de veinte y dos mil su cuerpo
de ejército, atravesar por toda Andalucia como vence-
dor, apagar el incendio que abrasaba á Sevilla, traer
á la obediencia del rey José al general Castaños con
las tropas de línea, poner en paz la parte meridional
de España, salvar la escuadra del almirante Rosily, y
burlar así todos los proyectos de los ingleses relativa-
mente á Cádiz. Aguardaba, pues, con impaciencia la
llegada de los refuerzos que habia pedido, no dudando
de que vendrian pronto, segun los partes que habia

Hace
estancia
en Córdoba
el general
Dupont
para esperar
allí la llegada
de
refuerzos.

(1) Ridícula pretension por lo que toca á España es la de que en ella
se portaban con humanidad los franceses. Y, en verdad, los prusianos
tampoco les reconocieron las calidades que M. Thiers les atribuye, pues
de algo hubo de nacer el ódio que les cobraron.

Junio 1808. dado á Madrid. Restaba, sin embargo, saber si habrían sido recibidos en la capital de España sus avisos, pues, estando guardando el paso de Sierra Morena los malhechores que antes la infestaban mataban á todos los correos sin dejar pasar uno solo.

Aprovecha el levantamiento de Andalucía el tiempo que se le deja para tomar órden y arreglo.

Pero mientras el general Dupont, que habia entrado el 7 de junio, seguia alli esperando refuerzos, tomaba mas consistencia el levantamiento de Andalucía. Las tropas de línea españolas, en número de doce ó trece mil hombres, iban concentrándose alrededor de Sevilla. Los nuevos alistamientos, aunque hubiesen dado de sí menos que lo que se esperaba, habian producido tropas que empezaban á cobrar buen órden y disciplina. De estos soldados nuevos unos entraban en las filas del ejército, aumentando la fuerza efectiva de los cuerpos antiguos, y otros formaban batallones de voluntarios, yendo todos armándose é instruyéndose. Así aprovechaba el tiempo el levantamiento, y preparaba sus medios de obrar, en desventaja del ejército francés, cuya situacion á cada momento iba empeorando, porque, sin tomar en cuenta la no llegada de los refuerzos, el calor que por dias crecia aumentaba la cantidad de los enfermos, y hacia notable mella en el aliento de los soldados. Al mismo tiempo la escuadra francesa corria gran peligro en Cádiz.

Sucesos en Cádiz mientras está el general Dupont detenido en Córdoba.

En esta ciudad no habia pasado, y aun seguia creciendo la inquietud, pues, desde que fué muerto el infeliz Solano, dominaba allí la infima plebe. El nuevo capitan general don Tomás de Morla procuraba conservarse en su puesto adulando á la muchedumbre, por consentirle cada dia la suma de excesos que alcanzaba á satisfacerla. Aquella plebe, muerto ya á sus

manos el general Solano, se habia dado á pedir que se acabase con la escuadra francesa y se diese muerte á sus marineros. Era cosa natural desearlo, pero difícil conseguirlo contra cinco navíos franceses y una fragata, tripulados por cuatro ó cinco mil marineros escapados del combate de Trafalgar, y que disponian de cuatrocientas á quinientas bocas de fuego, siendo capaces de haber incendiado todas las escuadras españolas y todo el arsenal de la Carraca, antes de consentir que un hombre solo subiese á su bordo, á lo cual debe agregarse que fondeados á la boca del puerto de Cádiz, á poca distancia de la ciudad, y mezclados con la escuadra española que estaba armada, podian destruir á ésta, y destrozár la misma poblacion con sus fuegos (1). Verdad es que entonces habrian llamado los españoles en su favor á los ingleses, y que habrian caido vencidos sus contrarios entre los fuegos cruzados de los fuertes de los primeros, y de los buques de los segundos, pero habrian perecido cruelmente vengados de aliados ciegos y de bárbaros enemigos.

Don Tomás de Morla, que conocia la situacion de las cosas mejor que el pueblo gaditano, no habia querido exponerse á tales peligros, y con su astucia ordinaria habia emprendido venir á tratos. Para ello habia propuesto al almirante Rosily que se alejase un poco, entrándose mas adentro de la bahía, y dejando á la

Junio 1808.

Pide
la plebe de
Cádiz
que se acabe
con la
escuadra
francesa.

(1) Quien conozca la bahía de Cádiz (de lo cual segun se verá de aquí á poco da M. Thiers una descripcion inexacta hasta rayar en ridicula) por fuerza ha de conocer cuán imposible es que hiciesen daño de consideracion en la ciudad los navíos situados á grande distancia de la tierra. A la escuadra española podrian, si, haberle hecho alguno y no leve.

Junio 1808. boca del puerto la escuadra española, á fin de que ésta quedase separada de la suya, y así se evitase que una con otra viniesen á las manos, dejando á cargo de los buques españoles cerrar la entrada del puerto de Cádiz á los ingleses, lo cual, decia, estaban resueltos á hacer; porque, aun habiendo ya estipulado con ellos una tregua, afectaban los españoles no querer entregarles los departamentos de marina de España. En efecto, persistian en Cádiz en no admitir el auxilio de cinco mil hombres de desembarco que los ingleses les habian ofrecido. El almirante Rosily, que por instantes estaba esperando la llegada del general Dupont, del cual le constaba que venia marchando, habia aceptado estas condiciones, seguro de verse dentro de pocos dias dueño del puerto y departamento de marina de Cádiz. Por esto habia separado los buques franceses de los españoles, y pasado á situarse mas adentro de la bahía, cuya entrada seguia ocupando la fuerza naval española.

Convenio del almirante Rosily con el capitán general don Tomás de Morla en virtud del cual pasa la escuadra francesa á fondear en lo interior de la bahía de Cádiz.

Asi habian pasado los primeros dias de junio, tiempo empleado por el general Dupont en apoderarse de Córdoba. Pero pronto se habia enterado el almirante Rosily de que las aparentes contemplaciones del capitán general don Tomás de Morla eran solo una añagaza para ganar tiempo, y proporcionarse medios de rendir á la escuadra francesa en lo interior de la bahía sin que de ello pudiese resultar daño á la poblacion de Cádiz ó al grande arsenal vecino.

Para formarse idea de esta situacion, fuerza será saber que la bahía de Cádiz, semejante á la de Venecia, y á todas las de Holanda, está compuesta de grandes lagunas, formadas todas ellas por aluvion del Gua-

Descripción de la bahía de Cádiz.

dalquivir (1). En medio de estas lagunas hay construidos diques, canales, astilleros, y soberbios almacenes, y se ha aprovechado un conjunto de peñas, situadas á alguna distancia mar á fuera, y unidas con la tierra firme por una calzada artificial, para formar una gran bahía y cerrarla. En esta porcion de rocas está labrada la ciudad de Cádiz, y desde lo alto de ellas domina la bahía que lleva su nombre, y, cruzando sus fuegos con los de la tierra baja de Matagorda, que le hace frente, deja imposible la entrada á escuadras enemigas. La bahía abre al Oeste, y por la parte del Este hay un puerto espacioso que por canales se comunica con los grandes establecimientos conocidos con el nombre general de arsenal de la Carraca. Hay desde esta entrada, que protege la plaza de Cádiz, hasta la Carraca la distancia de tres leguas. Cerca de la entrada son muy numerosos los fuegos para impedir el paso á los enemigos. Pero, penetrando mas en la bahía, y en medio de las lagunas aprovechadas para abrir los diques, la imposibilidad de llegar allí á viva fuerza ha dispensado de prodigar defensas y baterías.

(1) No cabe en lo posible encarecer los desvaríos de la descripción de la bahía de Cádiz que va en el texto de esta historia. Nada tiene que ver el puerto de Cádiz con el Guadalquivir, aunque de él no dista mucho. Desemboca, sí, en la bahía el Guadalete dividido en dos brazos, uno con su propio nombre, en cuya orilla derecha está asentada cercana al mar la ciudad del Puerto de Santa María, y otro con el nombre de rio de San Pedro, próximo á la punta de la Cabezuela. No hay por allí lagunas parecidas á las de Venecia ú Holanda, aunque sí algunos caños y tierra baja, y numerosas salinas. No está cerrado el puerto por ninguna calzada ó muelle saliente. Los fuegos se cruzan mal de Cádiz á la costa opuesta, salvo en el estrecho que se hace entre los castillos de Matagorda y el hoy destruido de Fort Luis por el lado de tierra firme, y el de Puntales, ó el Puntal en la isla gaditana, castillo que dista un buen cuarto de legua de la ciudad de Cádiz. M. Thiers vió á Cádiz y sus cercanías muy de priesa, pero con su imaginacion hubo de ver aquellos lugares segun los describe. muy otros que son real y verdaderamente.

Junio 1808.

Notando
el almirante
Rosily
que por todas
partes hacen
preparativos
para atacar
su escuadra,
se previene
á la
defensa.

Al ver el almirante Rosily los morteros y obuses que con gran número de brazos iban poniéndose en todas las baterías, cuyos fuegos hacen efecto en la bahía, y al notar que se equipaban lanchas cañoneras y bombarderas, ya no dudó cuál era el objeto de tales preparativos, y formó el proyecto de meterse, durante la luna llena y en la pleamar de las mareas mas vivas, aprovechando la corriente, con los navíos armados en el arsenal de la Carraca, donde estaria al abrigo de los fuegos mas terribles y en disposicion de defenderse largo tiempo y de hacer mucho daño antes de entregarse. Pero necesitaba para ello vientos del Oeste ó Poniente, y solo soplaba el del Este ó Levante, por lo cual se vió obligado á suspender la ejecucion de su proyecto. En breve, la prevision de los oficiales españoles le imposibilitó hacer la maniobra que pensaba, porque echaron á pique en los canales que iban á la Carraca unos cascos viejos de buques, y situaron al ancla una linea de cañoneras y bombarderas con artillería de muy grueso calibre, haciendo otro tanto por la parte de Cádiz, asi en lo tocante á las lanchas armadas, como en punto á los barcos echados á pique. Quedó asi la escuadra francesa encerrada en el centro de la bahía y en situacion de la cual no podia salir, estando tan expuesta á los fuegos de tierra, quanto á los de las lanchas cañoneras, y privada de medios de trasladarse á un lugar donde hacer daño á sus enemigos.

Habiendo
los españoles
terminado
sus
preparativos
empiezan
á cañonear á

El 9 de junio, concluidos estos preparativos mandó Morla, sin tomarse el trabajo de parlamentar de nuevo, romper el fuego contra la escuadra del almirante Rosily. Veinte y una lanchas cañoneras, y dos bombarderas por la parte de la Carraca, y veinte y cinco de

la primera clase, y doce de la segunda por el lado de Cádiz, empezaron á disparar á los buques franceses. El navio *Príncipe de Asturias*, destinado á ser francés, se habia aproximado á la línea de las cañoneras por la parte de Cádiz para servirles de apoyo. Las baterías de tierra, cubiertas por fuertes espaldones, que las ponian al abrigo de las balas de los navios franceses, añadian á los fuegos de que acaba ahora aquí de hablarse el de sesenta cañones de grueso calibre, y el de cuarenta y nueve morteros. Los cinco navios y la fragata de que constaba la division naval del almirante Rosily se portaron entre tan recia granizada de balas y bombas con serenidad y brios dignos de los héroes de Trafalgar. Por desgracia, no les consentia el estado de la marea acercarse á las baterías de tierra, á las cuales habrian deshecho, y recibian los tiros sin poder devolverlos con alguna eficacia, á causa de lo espeso de los espaldones. Pero se vengaban de esto sobre las bombarderas y cañoneras, de las cuales estropearon y echaron á pique un número muy crecido. El fuego, roto el dia 9 á las tres de la tarde, duró hasta las diez de la noche. Al dia siguiente 10, volvió á empezar á las ocho de la mañana y continuó hasta las tres de la tarde con las mismas circunstancias que en el dia anterior. Al terminar tan doloroso combate habian sido disparadas á los franceses dos mil y doscientas balas de las cuales solamente ocho habian caido á bordo de sus buques sin hacerles daño alguno considerable, pues solo habian tenido de pérdida trece muertos y cuarenta y seis gravemente heridos, al paso que por parte de los españoles quince cañoneras y dos bombarderas habian sido puestas fuera de servicio, quedando cincuen-

Junio 1808.

la escuadra
francesa
sin intimarle
antes
la rendicion.

Cañoneo
horrible que
dura
dos dias.

Junio 1808. ta entre heridos y muertos (1). Poco habria sido esto tratándose de alcanzar ventaja de algun bulto, pero era mucho y demasiado para un combate que nada podia dar de sí, ni era posible que viniese á parar en otra cosa que en una matanza inútil. Don Tomás de Morla, que se figuraba haber hecho lo bastante para contener á la plebe gaditana, y que temia algun acto de desesperacion de la escuadra francesa, envió un oficial de parlamentario á intimar al almirante Rosily que se rindiese, haciendo valer la imposibilidad de defenderse en que estaban los franceses en una bahía cerrada, donde ya se hallaban como presos. En seguida le insinuó que estaba dispuesto á ofrecerle condiciones honrosas, con tal que el almirante se prestase á ellas un tanto. Dió por respuesta el almirante Rosily que la propuesta de rendirse era inadmisibile, porque sus tripulaciones se le rebelarian negándose á obedecer, pero que daba á escoger entre dos condiciones, siendo la una la de salir á la mar con promesa de los ingleses de no ir en su seguimiento hasta pasados cuatro dias, y la otra la de quedarse inmóvil en la bahía hasta que los sucesos generales de la guerra hubiesen decidido cuál suerte habria de caberle, así como á la plaza de Cádiz; comprometiéndose entretanto á poner en tierra sus pertrechos de artillería, á fin de desvanecer todo temor de su conducta. A esto respondió don Tomàs de Morla que él por sí no podia aceptar ni una ni otra de estas condiciones, y que se veia obligado á remi-

Parlamentos
para
que cesase el
fuego entre
españoles
y franceses.

(1) La pérdida de tantas cañoneras por los españoles es pura invencion destinada á consolar á los lectores franceses y consolarse el autor de que perdiese allí Francia una de sus escuadras.

tirse á la junta de Sevilla, pasada á ser la autoridad absoluta de todos obedecida en la parte meridional de España. Fuese ó no en Morla la proposicion de esta nueva demora un engaño hijo de su deseo de ganar tiempo, convenia al almirante Rosily aceptarla, porque por instantes se estaba anunciando ir á llegar el general Dupont, del cual se sabia que el 7 de junio habia entrado en Córdoba, y asi la aceptó, esperando cada dia, como quien espera el fallo de vida ó muerte, oir el estampido de los cañonazos en el horizonte avisando la llegada del ejército francés.

El general Dupont, dueño de Córdoba el 7, bien podia, en efecto, estar en las playas de Cádiz el 13 ó el 14. Pero entretanto, la tierra vecina iba poblándose de reductos y cañones, y otros medios formidables de destruccion. Conociendo bien el almirante que, á no ser libertado por el general Dupont, habria de caer rendido ante tal conjunto de fuegos, y de perder inútilmente dos ó tres mil marineros, los mejores de Francia, formó un proyecto desesperado, ciertamente no capaz de salvarle, pero que, á lo menos, le presentaba una probabilidad de salvacion, ó, sino tanto, la satisfaccion de vengarse matando un número de hombres muy superior al de los que él perdiese. No obstante estar atascado por la parte de Cádiz el canal por donde va la salida de la bahía, habia descubierto el almirante un paso navegable, y resolvió, para el dia en que otra vez hubiese de empezar el fuego, lanzarse como furioso sobre la escuadra española, mal armada é inferior en número á la suya, quemarla antes que llegasen los ingleses, echarse en seguida sobre éstos si se presentaban, y destruir ó quedar él destruido, re-

Junio 1808.

Pro-
posiciones de
convenio
remitidas á
la junta de
Sevilla.

Proyecto
desesperado
del
almirante
Rosily
en caso de
renovarse las
hostilidades.

Junio 1808. mitiendo á la suerte el salvar de su division el todo, ó, si ya no, una parte. Pero para golpe tal de desesperacion necesitaba aprovechar la primera casualidad propicia, esto es, un viento favorable. Esperó, pues, hechos ya todos sus preparativos, á que, ó llegase el general Dupont, ó le diese una respuesta aceptable la junta de Sevilla, ó soplase en su favor el viento.

No habiendo favorecido el viento el proyecto del almirante Rosily, y no admitiendo la junta de Sevilla las condiciones que aquel proponia, se ve obligado á rendirse.

Piérdense las últimas reliquias del combate de Trafalgar

Llegado el 14 de junio, ni una sola de estas esperanzas habia venido á ser realidad. No se habia presentado el general Dupont, la junta de Sevilla exigia la rendicion de la escuadra pura y simplemente, y, en cuanto al viento, soplabá del Este ó Levante, y echaba al fondo de la bahía en vez de impeler hácia afuera (1). Justamente hacia el viento que se habria necesitado algunos dias antes para meterse en la Carraca cuando todavía no habia estorbos en el paso del canal. Los enemigos habian triplicado sus medios de ofender. Iba, pues, la escuadra á quedar destruida de un modo, aunque lento, infalible, llevando un fuego de artillería á que no podria corresponder de modo que se vengase de sus contrarios. Con rendirse quedaba á lo menos la probabilidad de ser puesto en libertad dentro de pocos dias por un ejército francés victorioso. Fué, pues, forzoso arriar bandera, sin otra condicion que la de sacar salvas las vidas. Los valerosos marineros de Trafalgar, constantes en su desdicha, de resultas de las combinaciones de una política que atendia á las cosas

(1) Aquí olvida² y contradice el historiador francés lo que él mismo deja dicho poco antes sobre la disposicion de la bahía de Cádiz. Es claro, y esta historia lo acaba de confesar, que el viento del Este ó Levante es favorable para salir del puerto de Cádiz, pues sopla de tierra hácia fuera.

del continente mas que á la de los mares, fueron en esta ocasion, otra vez mas, sacrificados, cayendo prisioneros de una nacion aliada, que, despues de haberlos ayudado tan mal en Trafalgar, se vengaba en ellos de sucesos generales á que los infelices no habian contribuido. Fueron desarmados los navíos, y llevados prisioneros los oficiales á los fuertes, entre frenéticos aplausos de una plebe enfurecida. Asi concluyó en la misma Cádiz la alianza marítima de las naciones francesa y española, con grande gozo de los ingleses, que ya habian desembarcado, y se estaban portando en el puerto de Cádiz, como si de él fuesen dueños. Asi iban desvaneciéndose una despues de otra todas las ilusiones formadas relativamente á la Península, y cada una de ellas al desaparecer descubria un peligro enorme.

El almirante Rosily habia caido vencido por no haber podido el general Dupont llegar á tiempo de darle favor, y el general mismo se veia en grande apuro, metido con diez mil soldados nuevos en medio de las Andalucias levantadas. Habia supuesto Napoleon que todo se allanaria ante su general, que en el camino recibiria de refuerzo cinco ó seis mil suizos, y que una division francesa, atravesando pacificamente á Portugal, vendria á reunírsele por Yelves, con lo cual podria él ir sobre Sevilla y Cádiz con veinte mil hombres; pero casi todos los suizos rodeados por la España levantada se habian dado á su servicio; Portugal, empezando á participar de la conmocion de España, no estaba fácil de atravesar, y el general Kellermann apenas habia podido adelantar hasta Yelves, al frente de alguna caballería. Iban, pues, volviéndose dificultades todas las facilida-

Junio 1808. des soñadas, cuyo fundamento era la anterior sumision de España á Francia, y á sus propios reyes. Cada pueblo grande ó pequeño se habia hecho un matadero de soldados franceses, los víveres desaparecian, y solo quedaba á los invasores donde quiera un clima abrasador.

Al detenerse el general Dupont en Andalucía, distaba infinito de suponer que estuviesen en tan mala situacion las cosas. Aunque nunca habia contado mucho ni con los suizos que habian de agregársele viniendo de Granada, ni con la division francesa que habia de venir á unírsele, atravesando á Portugal, habia, sí, contado con sus propias tropas, y con tener juntas sus tres divisiones, de modo que, viéndose al frente de veinte mil franceses, ni por un momento dudaba de que podria sujetar á Andalucía. Pero le era forzoso saber si habian podido llegar á Madrid sus correos, y si estaban detenidas sus dos divisiones por incertidumbre de lo que pudiese ocurrir en el centro de España. Quedóse, pues, unos diez dias en Córdoba esperando instrucciones y socorros que no le llegaban. En tanto la noticia de la pérdida de la escuadra, la de haber hecho causa comun con los levantados los suizos y las tropas del Campo de San Roque, y la respuesta dada por el general Castaños á un enviado que pasó á verle; respuesta que probaba estar el general español irrevocablemente empeñado en la causa del levantamiento, vinieron á convencer al general Dupont de ser peligrosísima la situacion en que se encontraba. Por un lado veia venir sobre él á su derecha y desde Sevilla el ejército de Andalucía, y por el otro, á su izquierda, y por Jaen, las tropas de Granada. Estas últimas, por

El general
Dupont
pasados diez
dias
en Córdoba,

lo pronto , le amenazaban con mayor mal, pues desde Jaen, con pocos pasos que diesen, se pondrian en Bailen, cabeza de los desfiladeros de Sierra Morena, de donde distaba el general francés como veinte y cuatro leguas francesas, estándose en Córdoba. No era posible mantenerse en tal situacion ni dejar al enemigo dueño de los puertos de Sierra Morena sin perderse. Bastaba consentir que allí estuviesen las indisciplinadas partidas de don Pedro Echavarri, que los infestaban deteniendo á los correos y convoyes. Tomó, pues, por partido el general francés, aunque muy á su despecho, el de salir de Córdoba, y retroceder hasta á Andújar, donde iba á ponerse á orillas del Guadalquivir, á siete leguas de Bailen y á corta distancia de los desfiladeros de Sierra Morena. De este modo, en vez de dar el *paseo de conquistador* por Andalucía, se veia forzado el general Dupont á hacer un movimiento de retirada.

Como por nadie se viese estrechado, se movió con buen órden y lentitud. Salió el 17 de junio, al caer la tarde, á fin de caminar de noche, como suele hacerse en tal estacion y clima tan cálido. Con las noticias que habia de las crueldades de los españoles ningun enfermo ó herido capaz de resistir á las fatigas de ponerse en viaje queria quedarse atrás desamparado. Fué, pues, forzoso al ejército francés tomar consigo una cantidad inmensa de bagajes y carros que gastaron mas de cinco horas en desfilas, y que los españoles y los ingleses en sus Gacetas calificaron de cajas llenas de los despojos de Córdoba. En esta ciudad habian encontrado los franceses seiscientos mil francos (sobre dos millones, doscientos ochenta mil reales vellon) y de ella habian tomado poquísimos vasos sagrados, pues de los

 Junio 1808.

y viendo que no le llegan refuerzos retrocede hasta á Andújar.

Larga fila de bagajes y carros que sigue al ejército francés, por no querer herido ó enfermo alguno quedarse atrás sin custodia.

Junio 1808. robados en el saqueo casi los mas habian sido devueltos , sin contar con que bastarian tres ó cuatro cajas para llevarse el mejor botin imaginable en punto á objetos preciosos. La causa verdadera de haber tan interminable fila de equipajes era ser en crecido número los enfermos y heridos , y venir siguiendo á aquel ejército , destinado á España , muchas familias de oficiales suponiéndole con destino á una larga residencia , y no á una guerra activa. Hubieron con todo de quedarse atrás en Córdoba algunos enfermos y heridos encomendados á la guarda de las autoridades españolas , las cuales cumplieron la palabra que dieron al general Dupont de asistirlos con el mayor cuidado. En efecto, si eran de temer en España matanzas horrorosas , como las que van aquí referidas en las aldeas y pueblos de menos cuenta poblados por feroces campesinos , no habia que temerlas tanto en las grandes ciudades , donde habitualmente predominaban las gentes de la clase media , humanas y juiciosas , que no participaban de las atrocidades cometidas por la plebe.

No tuvo el general Dupont que pelear durante su marcha retrógrada , pero , al llegar sus tropas á Montoro , quedaron todas ellas horrorizadas al ver , ó colgados de los árboles , ó á medio sepultar en la tierra , ó hechos trozos los cadáveres de los franceses allí sorprendidos por el enemigo. Nunca los soldados franceses habian oido ni visto cosa semejante , ni en los suyos ni en sus contrarios , aunque habian guerreado en mil partes distintas y lejanas , en Egipto , en Calabria , en Suiza , en Polonia y en Rusia. Fué profundo el efecto causado en sus ánimos , quedando , mas que exasperados , á pesar de ser grande su ira , entristeci-

Qué
piensan y
sienten
los soldados

dos al pensar qué suerte esperaba á los que de entre ellos fuesen heridos, ó cayesen enfermos, ó quedasen rezagados en un camino por cansancio, sed, ó hambre. Apoderada así del ejército todo una especie de pena, dejó en él dolorosísimas señales.

Al día siguiente 18 de junio llegó el general Dupont á Andújar, situada á orillas del Guadalquivir. Habian huido de la ciudad todos los moradores, temerosos de que en ellos vengasen las muertes hechas, así en la misma ciudad, como en los pueblos vecinos, de suerte que estaba la poblacion enteramente abandonada. Registradas las casas todas para encontrar víveres, fueron hallados los suficientes para sustentarse por algunos días. El general Dupont puso dentro de la misma Andújar á los marinos de la guardia imperial, tropas las mas firmes y de mejor conducta entre cuantas él traia consigo. Despachó emisarios á convidar á los habitantes á venirse á sus casas, prometiéndoles no hacerles daño alguno, y logró, en efecto, que volviesen. Proporcionaba Andújar para los heridos y enfermos algunos recursos, que fueron aprovechados con orden, y cuidando de no agotarlos inútilmente. Tambien se atendió á traer allí víveres, ya ofreciendo dinero, de que habia una buena suma, ya saliendo á recogerle con un merodeo bien arreglado. Tenia Andújar un puente viejo sobre el Guadalquivir con torres morunas al extremo, que hacian veces de cabeza de puente, y en las cuales fueron puestas de guarnicion tropas escogidas. A derecha é izquierda del puente fueron hechas algunas obras de fortificacion, y luego quedaron situadas, á la orilla del rio y algo mas adelante la primera brigada, á ambos lados de la poblacion la se-

Junio 1808.

franceses
al ver
los cadáveres
de sus
compañeros
hor-
rorosamente
destrozados
en la villa
de Montoro.

Situase
el ejército
francés en
Andújar.

Junio 1808. gunda, detrás de la ciudad los suizos, y la caballería en el llano, y á alguna distancia, observando la tierra vecina hasta la falda de los montes de Sierra Morena. En suma quedó allí de tal modo establecido el ejército, que, habiendo bastante actividad para encontrarle provisiones, le era posible sostenerse largo tiempo esperando con seguridad los refuerzos que á Madrid había pedido.

In-
convenientes
de la
posicion de
Andújar y
superioridad
de la
de Bailen.

Todo habria sido acertado en esta resolucion de retroceder para acercarse á los desfiladeros de Sierra Morena, si, con respecto á éstos, hubiese tomado el ejército francés la mejor posicion para guardarlos. Por su desgracia, no fué así, siendo este el primer yerro de que tuvo el general Dupont, algo despues, que arrepentirse. El verdadero motivo para abandonar á Córdoba y los recursos que daba una poblacion tan grande era el temor de ver por la izquierda de los franceses adelantarse hasta á Jaen los levantados de Granada, y de allí venir á pasar el Guadalquivir por Menjibar, llegar á Bailen, y cerrar los desfiladeros de Sierra Morena. Como Córdoba dista veinte y cuatro leguas de Bailen, el peligro, quedándose allí, era extremado. En Andújar solo se estaba á siéte leguas de Bailen, pero siete leguas era al cabo alguna distancia, y quedaba algun peligro de que el enemigo se echase de súbito sobre los desfiladeros y los ocupase. Además, aun al otro lado de Bailen habia otros caminos por donde tambien podia irse á los desfiladeros de Sierra Morena, como era el que por Baeza y Ubeda va á parar á la Carolina, puesto en el cual verdaderamente comienza el desfiladero. Era, pues, necesario desde Andújar estar cuidando de Bailen, y no solo de Bailen, sino tambien de

Baeza y Ubeda, lo cual requería grandes esfuerzos de vigilancia. El partido mas conveniente al salir de Córdoba habria sido abundar completamente en el juicioso pensamiento que movia á abandonarla, y pasar á la misma Bailen, donde, con solo estar allí el ejército, quedaba guardando la cabeza de los desfiladeros, siendo fácil solo con unas pocas partidas de caballería tener bien observado el camino que viene de Baeza y Ubeda. Bailen tenia además otras ventajas, y era dar una buena posición en collados de bastante altura, con excelente aire, desde donde se descubria toda la corriente del Guadalquivir, y podia caerse sobre cualesquiera enemigos que se atreviesen á pasarle. Sin duda, si este rio no hubiese sido vadeable por muchos puntos, lo mejor habria sido situarse á corto trecho detrás de él, en una posición dominante desde la cual pudiese descubrirse todo y arrojarse sobre un cuerpo que hubiese atravesado el rio, para precipitarle en el barranco que le sirve de cáuce. Cabalmente en Bailen habia todas estas ventajas. El sacrificar á Andújar como lugar de recursos importaba poco para desatender las razones que aquí acaban ahora de exponerse. Fué, pues, como es forzoso repetirlo, un yerro verdadero el pararse en Andújar, en vez de irse á la misma Bailen para atajar al enemigo en cualquiera tentativa de cerrar el paso de los desfiladeros. Esto aparte, con una vigilancia activa, no era imposible remediar esta falta y prevenir sus consecuencias. Establecióse, pues, el general Dupont en Andújar, esperando de Madrid refuerzos que no le llegaban, por ser raro que lograrse un correo atravesar á Sierra Morena.

Tales eran, á fines de junio, las resultas de los es-

Junio 1808.

Resultas
de
los primeros
esfuerzos
hechos para
reprimir el
levantamiento de
España.

fuerzos hechos para reprimir el levantamiento de España. El general Verdier habia disipado el alboroto de Logroño, y el general Lasalle el de Valladolid y toda Castilla la Vieja. El general Lefebvre habia arrollado á los aragoneses y encerrádolos en Zaragoza; pero habia tenido que pararse, detenido delante de las murallas de la misma ciudad. El general Duhesme en Barcelona estaba obligado á pelear todos los dias para mantenerse en comunicacion con el general Chabran, despachado á Tarragona. El mariscal Moncey enviado á Valencia no habia pasado de Cuenca, esperando á que la division de Chabran adelantase mas para reunirsele. Por último, el general Dupont, habiendo entrado triunfante en Córdoba, tomado esta ciudad y saqueádola, habia retrocedido hácia los desfiladeros de Sierra Morena, temeroso de vérselos cortados, y habia trocado su posicion en Córdoba por la de Andújar. La escuadra francesa de Cádiz, por no haber recibido socorro, acababa de rendirse.

De todas estas particularidades apenas habia cabal noticia en Madrid y en Bayona. Solo se sabia en esta última ciudad lo relativo á Segovia, Valladolid y Zaragoza, y algo de lo de Barcelona. En cuanto á lo que pasaba en la parte meridional de España habia completa ignorancia ó poco menos, pues si algo llegaba á saberse en Madrid era por emisarios secretos, empleados por los conventos ó por las familias principales de España. Sonaba, en efecto, entre los españoles adictos á Fernando VII, que la escuadra francesa habia sido destruida; que las *tropas regladas de Andalucía venian marchando sobre* el general Dupont; que éste se habia visto forzado á levantar el campo; que estaba bloqueado en las an-

Junio 1808.

gosturas de Sierra Morena; que el mariscal Moncey no saldria de las sierras de Requena, no menos escabrosas que las de Andalucía; que Zaragoza continuaria invencible; que el revés padecido en Valladolid por don Gregorio de la Cuesta nada valia, pues éste volvia con el general Blake, capitaneando á los levantados de Asturias, Galicia y Leon, para cortar el camino de Madrid á los franceses; que el nuevo rey José, de quien todos los dias decian que iba á salir de Bayona, no se moveria de allí, y que el formidable ejército francés pronto se veria forzado á evacuar la Peninsula toda. Una vez llegadas á Madrid tales nuevas, verdaderas ó falsas, eran en seguida circuladas en papeletas manuscritas ó insertas en gacetas impresas en el fondo de los conventos (1) y echadas á volar por toda España. Abundantes cuestras hechas para los levantados daban claro testimonio de la alegría que en Madrid causaban sus triunfos y del deseo que reinaba de darles todos los auxilios posibles.

Al estado mayor francés llegaban todos estos rumores, y, si bien de ellos nada creia, sin embargo los oia con inquietud, y de ellos daba parte á Bayona. El desdichado Murat habia pedido con tanto ahinco volver á Francia que, no obstante el deseo de Napoleon de conservar en Madrid tal fantasma de autoridad, le habia dado licencia para irse, de la cual se habia aprovechado el príncipe con la impaciencia de un niño.

Rumores esparcidos por Madrid y por toda España sobre los peligros que corrian los varios cuerpos del ejército francés.

Habiendo reemplazado á Murat el general Savary, envia socorros al mariscal Moncey y al general Dupont.

(1) Patrañas dignas de un novelista. Los conventos no tenian imprentas. Pero las habia en las capitales de provincia declaradas contra los franceses, y allí se imprimian gacetas, proclamas, y folletos en abundancia.

Junio 1808.

Desde entonces habia quedado el general Savary de cabeza reconocida del gobierno francés en España, y hacia temblar á todo Madrid con su aspecto amenazador, y su reputacion de ejecutor desapiadado de la voluntad de su soberano. Como hombre por demas sagaz, apreciaba bien la situacion de las cosas, y de ningun modo disimulaba á Napoleon la gravedad del peligro. Sintiendo temores en punto á los cuerpos de ejército del mariscal Moncey y del general Dupont, ambos muy adelantados, se resolvió á desprenderse de tropas de Madrid y á mandar salir dos divisiones para el Mediodía de España. Ya habia sido detenido en Valdepeñas un convoy de galleta y municiones enviado al general Dupont, y habia habido necesidad de una pelea encarnizada para pasar de aquel pueblo. El general Savary envió la division de Vedel, segunda del cuerpo de ejército de Dupont, y cuya fuerza era de hasta seis mil hombres de infanteria, desde Toledo á Sierra Morena, con órdenes de despejar los puertos y de juntarse con su general superior. Calculábase que éste, cuya fuerza, al ponerse en marcha, era de doce ó trece mil hombres, como, con juntársele la division de Vedel, llegaria á tener bajo su mando diez y siete ó diez y ocho mil, podria mantener la campaña en Andalucía. Mandósele que en cualquier caso se hiciese firme en las angosturas de la Sierra Morena, á fin de impedir que los levantados penetrasen en la Mancha. Entretanto, el general Savary, dotado de segurísimo tino, y adivinando que quien en mas peligro estaba era el general Dupont, porque venian marchando sobre él las tropas regladas del campo de San Roque y de Cádiz, se disponia á enviarle á Madridejos, donde promedia el camino entre

Sale la division de Vedel destinada á ocupar los puertos de Sierra Morena, y dándose nuevas instrucciones al general Dupont.

Madrid y Andújar, su tercera division mandada por el general Frère, con la cual constaria su cuerpo de ejército de veinte y dos ó veinte y tres mil hombres, y se pondria en estado de ser superior á todos los sucesos. Sin embargo, atendiendo á una observacion de Napoleon, fué enviada la division de Frère, no á Madrideojos, situado en el centro de la Mancha, sino á San Clemente, donde no estaba á mas distancia del general Dupont que en Madrideojos, y podia, si de ello hubiese necesidad, acudir en socorro del mariscal Moncey, cuya suerte era ignorada, así como la de Dupont, y á quien ya no habia esperanza de socorrer por Tarragona, pues el general Chabran, obligado á retroceder á Barcelona, habia ya entrado de vuelta en la capital de Cataluña.

Tomadas estas precauciones, ya se creyó desvanecido todo temor tocante á los dos cuerpos de ejército francés enviados al Mediodia de España, y que podia esperarse á ver qué daban de sí los sucesos. Solo quedaban en Madrid dos divisiones de infantería, que eran la segunda y tercera del cuerpo de ejército del mariscal Moncey, con la guardia imperial y los coraceros. Esto bastaba por lo pronto; y la llegada del rey José acompañado de nuevas tropas en breve habria de reponer en un pié respetable las fuerzas empleadas en el centro de la Península. Solo renunció el general Savary, aprobándosele el Emperador, á enviar una columna sobre Zaragoza, y dejó al estado mayor de Bayona el cuidado de enviar á aquella ciudad levantada fuerzas capaces de sujetarla.

En aquellas horas acababa de ser llevada á término la Constitucion de Bayona, segun en el libro anterior

Junio 1808.

Pasa destinada á San Clemente la division de Frère para que en caso de necesidad vaya á socorrer ó al mariscal Moncey ó al general Dupont.

Junio 1808.

Nuevas
fuerzas
reunidas su-
cesivamente
por
Napoleon
á medida
que se le vá
descubriendo
lo grave
del levanta-
miento
de España.

de esta historia vá referido. Importaba apresurar la partida de José por dos razones ; la primera la necesidad de sustituir con su autoridad la del lugar-teniente general Murat, y la segunda, la urgencia de que llegasen á Madrid los refuerzos que estaban detenidos para servir de escolta al nuevo rey. Napoleon, en efecto, lo habia dispuesto todo para proporcionarle una reserva de tropas viejas, parte de las cuales habia de seguirle á Madrid, parando otra parte en el camino para reforzar al mariscal Bessières, á fin de hacer frente á los levantados de Asturias y Galicia que traian consigo á pelear de nuevo á los de Castilla la Vieja, derrotados en el puente de Cabezón, cuando los mandaba don Gregorio de la Cuesta, al paso que otra parte tercera habia de ir sobre Zaragoza á contribuir á la rendicion de ciudad tan importante. Napoleon, como en esta historia queda dicho, habia llevado de París al campamento de Boloña y traído de éste á Rennes, y de Rennes á Bayona, seis regimientos antiguos ; los de ligeros, números 2, 4 y 12, y los de línea, números 14, 15 y 44, y ademas dos batallones de la guardia de París, las tropas del Vístula y varios regimientos de marcha. A los seis regimientos de antigua creacion enviados á España habia agregado dos sacados de la orilla del Rhin, que eran los de línea, números 49 y 51, y habia dado órdenes para sacar de las orillas del Elba otros cuatro de los de superior mérito, que eran los de línea, números 28, 32, 58 y 75, los cuales formaban parte de las tropas de observacion de las costas del Atlántico, componiendo todo ello un total de doce regimientos viejos, sobre los cuerpos provisionales primitivamente mandados á España. Así iba preparándose en

Bayona una reserva considerable para hacer frente á los apuros de la nueva guerra, que, á ojos vistas, iban creciendo. No redujo á esto sus prevenciones. Temeroso de que las partidas de guerrilla de Navarra, Aragón, y la parte alta de Cataluña viniesen á insultar las fronteras francesas, lo cual, para un conquistador que dos meses antes se creía señor de la Península desde los Pirineos hasta Gibraltar, habria sido un lance desabridísimo, formó cuatro columnas á lo largo de los Pirineos, cada una de ellas con la fuerza de entre mil y doscientos y mil y quinientos hombres, compuesta de gendarmería de á caballo, de guardias nacionales escogidas, y de montañeses de los Pirineos, formados en compañías de guerrillas, y por último de algunos centenares de portugueses procedentes de las reliquias del ejército portugués trasladado á Francia. Tocaba á estas columnas guardar la frontera, rechazar toda agresion de las guerrillas españolas, y, si fuese necesario, bajar á la falda de los Pirineos para allí dar auxilio á las tropas francesas cuando éstas lo necesitasen.

Sin embargo, para los Pirineos orientales no era esto bastante, pues se hacia forzoso acudir á dar socorro al general Duhesme, bloqueado en Barcelona. En esta provincia habian llegado las cosas á tal punto que el castillo de Figueras, donde se habia entrado una corta guarnicion francesa cuando en el mes de marzo del año anterior fueron sorprendidas las plazas fuertes de España, estaba completamente bloqueado y próximo á rendirse por falta de víveres.

Napoleon resolvió formar allí un cuerpo corto de ejército, como de siete á ocho mil hombres, mandado por el general Reille, uno de los mas hábiles entre sus

Junio 1808.

Fórmanse en los Pirineos columnas con encargo de alejar de allí las guerrillas españolas.

Fórmase una columna bajo el mando del general Reille para ir á dar auxilio al general Duhesme bloqueado en Barcelona.

Junio 1808. ayudantes de campo, enviarle con un convoy de víveres á Figueras, y reunirle despues al pié de las murallas de Gerona con el general Duhesme, con lo cual ascenderia el cuerpo de ejército francés de Cataluña hasta á cerca de veinte mil hombres. Pero no era fácil juntar tanta fuerza en el Rosellon, no habiendo de ordinario situada tropa alguna en Provenza y Languedoc. Sin embargo, Napoleon acertó con el modo de lograrlo, porque á la columna de gendarmería, guardias nacionales, montañeses y portugueses, que, mandados por el general Ritay, debia guardar los Pirineos occidentales, agregó dos regimientos nuevos italianos, uno de caballería y otro de infantería, que eran parte de las tropas toscanas, y que él desde mucho antes habia cuidado de poner en camino para Aviñon. En el Piamonte estaban los cuerpos de que habian sido sacadas la division francesa de Chabran y la italiana de Lechi, y de ellos sacó Napoleon destacadas nuevas tropas, fáciles de encontrar, porque abundaban en conscriptos los depósitos; fuerza á la cual envió hácia Languedoc, dándole el título de batallones de marcha de Cataluña. Tomó ademas de Marsella, Leon y Grenoble varios terceros batallones, que en estas ciudades estaban de depósito, y uno de la quinta legion de reserva acuartelada en Grenoble, y, por último, dirigiendo su atencion á todos los regimientos que tenian sus depósitos en las orillas del Saona y del Ródano, y que por agua podian enviarle en pocos dias algunas partidas á Aviñon, sacó á cada uno de ellos una compañía, y de todas estas compuso dos batallones excelentes, á los cuales dió por título el de primero y segundo provisional de Perpiñan. Con tal industria consiguió jun-

tar segundo cuerpo de ejército de siete ú ocho mil hombres, destinado á Cataluña, sin debilitar de un modo sensible sus fuerzas en Italia ni en Alemania. Por fortuna suya, el sosiego de que entonces gozaba Francia le permitia privarse, sin el menor inconveniente, de las tropas de depósito. Solo que estas tropas, de diverso origen y de varia composicion, italianas unas, otras suizas, esotras portuguesas y francesas, bisoñas casi todas y nada aguerridas, venian á ser unos amalgamas de gente, y poco podian valer, á no ser por la habilidad de los oficiales superiores á quienes tocase por cargo mandarlas.

Tomado este cuidado para traer á la frontera de España las fuerzas necesarias, atendió Napoleon á disponer de ellas conforme las circunstancias de aquel momento requerian. Habia ido sucesivamente encaminando á Zaragoza los tres regimientos de infantería del Vístula y parte de la division de Verdier, con el mismo general Verdier, mucha artillería de batir, y una columna de guardias nacionales escogidas levantada en los Pirineos, todo lo cual componia un cuerpo de ejército de diez á once mil hombres. Dió encargo al general Verdier de dirigir el sitio, no siendo el general Le-febvre-Desnoëttes general sino del arma de caballería, y mandó allí tambien al general Lacoste, uno de sus ayudantes de campo, á dirigir los trabajos del ramo de ingenieros. Todo daba á esperar que con tantas fuerzas y mucha artillería habria de rendirse la capital de Aragon levantada. Pero, si así no fuese, Napoleon traia destinados para sujetarla sus regimientos viejos que venian marchando á los Pirineos.

Acudió en seguida á formar en buen orden, con los

Envia
Napoleon
sobre
Zaragoza
un ejército
que le haga
el sitio,
y forma
el cuerpo de
ejército
del mariscal
Bessières
con destino
á hacer frente
á los
levantados
del norte
de España
y á escoltar
al rey José
á Madrid.

Junio 1808.

regimientos llegados á Bayona, el cuerpo de ejército del mariscal Bessières, destinado á cubrir la marcha de José á Madrid y á hacer frente á los rebeldes del Norte, los cuales cada dia daban motivos á que corriesen sobre ellos voces muy propias para causar cuidado. De los seis regimientos mandados venir primero habian llegado cuatro, que eran los de línea, números 4 y 15, y los ligeros 2 y 12, con los dos batallones de París. Púsolos Napoleon á las órdenes del bizarro general de division Mouton, que estaba en España desde que en ella habian entrado los franceses, y con ellos formó dos brigadas, compuesta la primera de los regimientos ligeros, números 2 y 12, con partidas de la guardia imperial, y mandada por el general Rey, y formada la segunda del regimiento de ligeros, número 4.º y del de línea 15, con un batallon de la guardia de París, mandándola el general Reynaud. La division, antes del general Verdier, parte de la cual le habia seguido á sitiar á Zaragoza, fué reunida toda al mando del general Merle y formada en cuatro brigadas mandadas por los generales Darnagnac, Gaulois, Sabattier y Ducos. El general de caballería Lasalle, que ya tenia bajo su mando á los regimientos de cazadores de á caballo, números 10 y 22, y una partida de granaderos y cazadores, tambien de á caballo, de la guardia imperial, recibió por agregacion á esta caballería el regimiento de cazadores de la misma arma, número 26, y un regimiento provisional de dragones. La division Mouton constaria como de unos siete mil hombres, la de Merle de algo mas de ocho mil, y la de Lasalle de dos mil caballos, siendo todo el cuerpo de ejército de diez y siete mil hombres. Varios cuerpos de corta fuerza, compuestos de

gente de los depósitos, de convalecientes y de batallones y escuadrones de marcha, formaban en San Sebastian, Vitoria y Burgos guarniciones para la seguridad de estas plazas de armas, con lo cual ascendía á veinte y un mil hombres el cuerpo de ejército del mariscal Bessières, destinado á tener sujeta la parte septentrional de España, á reprimir á los rebeldes de Castilla, Asturias y Galicia, á cubrir el camino de Madrid, y á dar escolta al rey José.

Así, ya habia enviado Napoleon sucesivamente mas de ciento y diez mil hombres á España, de los cuales cincuenta mil esparcidos mas allá de Madrid, estaban repartidos entre Andújar, Valencia y sus cercanías y recinto de la capital de España, mandándolos respectivamente el mariscal Moncey, el general Dupont y el general Savary; veinte mil en Cataluña, mandados por los generales Reille y Duhesme; doce mil delante de Zaragoza á las órdenes del general Verdier, y entre veinte y uno y veinte dos mil en las inmediaciones de Burgos, gobernados por el mariscal Bessières, quedando algunos pocos miles desparramados en los varios depósitos de las fronteras. Contra tropas de línea, y para una guerra hecha á España en los términos regulares, habria sido esta fuerza mucha y aun sobrada, á pesar de componerse de gente moza, bisoña y poco aguerrida; pero contra un pueblo levantado todo, que en ningun lugar resistia en campo raso, pero que se atrincheraba en toda poblacion grande, mediana ó pequeña, é interceptaba los convoyes, asesinaba á los heridos y obligaba á cada cuerpo á destacar de sí partidas que le debilitaban á punto de dejarle reducido á nada, era, como vá á verse en esta narracion, escasa

Junio 1808. **sobremanera.** Napoleon necesitaba mandar inmediatamente sesenta ú ochenta mil hombres mas de tropas veteranas para sujetar un levantamiento tan formidable, siendo probable que con esto lo habria conseguido; pero, como solo queria sacar gente de sus depósitos del Rhin, los Alpes y las costas, y no trataba de disminuir los crecidos ejércitos que aseguraban su dominacion en Italia, Iliria, Alemania y Polonia, daba una prueba mas de la verdad repetida con frecuencia en esta obra, que declara ser imposible guerrear á un tiempo en Polonia, Alemania, Italia y España, sin exponerse á quedar flaco en fuerzas en uno ú otro de estos teatros de la guerra, y, muy en breve, acaso en todos.

Entrada
en España
del rey José,
escortado por
la brigada
del general
Rey.

Llegado el momento de que entrase José en España, resolvió Napoleon que la brigada de Rey, una de las dos de la division de Mouton, fuese á ponerse al lado del rey nuevo en Irun, y le escoltase por todo el pais en que mandaba el mariscal Bessières, territorio que abarcaba cuanto hay desde Bayona hasta Madrid. Los nuevos ministros de España, los señores Ofarril, Azanza, Cevallos y Urquijo, unos de ellos antes ministros de Fernando VII, y otros que lo habian sido de Carlos IV, reunidos todos por su comun interés de libertar á España de una espantosa guerra, sujetándose á la nueva dinastía, venian asistiendo al recién nombrado monarca, á quien asimismo acompañaban los que habian sido de la junta. Componíase la régia comitiva de cien coches que caminaban á las mismas jornadas que las tropas. José era suave de condicion, y afable, pero hablaba muy mal el castellano, y conocia igualmente mal, si cabe, á España; de suerte que con su figura y hablar y preguntar, daba harto á recordar que

Marcha
y conducta
del rey José
al atravesar
por su
nuevo reino.

era extranjero. Así que, recibido y juzgado con una mala voluntad muy natural, daba márgen á ser mirado del modo menos favorable posible. Cada noche, al hacerla, ya en un pueblo mediano, ya en uno pequeño, esforzándose por hablar con los vecinos de mas cuenta, si bien le costaba trabajo traerlos ante sí, les daba ocasion á burlarse con sus modales de extranjero, y con su mal acento en la lengua en que queria expresarse. Aunque á veces con su bondad, harto visible, movia á buen afecto, no por eso dejaban los españoles, al separarse de él, de ir á hacer mil pinturas mas ó menos ridículas del rey *intruso*, que era como le llamaban. Los mas de ellos se complacian en decir que era un menguado, constreñido con repugnancia suma á reinar en España, y victima de un tirano, opresor, así como del mundo entero, hasta de su misma familia.

Las ideas que hubo de concebir José en Irun, Tolosa y Vitoria, fueron de profunda tristeza, y su alma débil, que ya mas de una vez se habia dolido, durante los dias pasados en Bayona, de haber perdido el reino de Nápoles, se llenó de amarga pena al ver al pueblo al cual venia él destinado á regir levantado todo, matando á los soldados franceses, y haciéndose matar por ellos. Ya escribiendo José desde Vitoria daba señales de vivo dolor en sus cartas. *A nadie tengo en mi favor*, fueron las primeras palabras que, hablando con el Emperador, puso por escrito, y las que le repitió con mas frecuencia.—*Necesitamos cincuenta mil hombres de tropas veteranas y cincuenta millones, y si tardais, ya será necesario al doble en gente y dinero.*—Tal era la conclusion de las cartas que todas las no-

Hace un electo doloroso en el rey José el aspecto que presenta España.

Junio 1808. ches escribía. Dejando á los generales franceses el desahuido encargo de sujetar la rebelion, quiso, como era natural, reservarse el papel de *clemente* y á todas sus instancias pidiendo soldados y auxilios pecuniarios agregaba quejas diarias sobre los excesos á que se entregaban los militares de su nacion, constituyéndose acusador de éstos y apologista no menos constante de los españoles levantados; linage de contestacion que en breve habia de crear entre él y el ejército francés fatales desavenencias, y de dar enojo á Napoleon mismo. Verdad era que los soldados franceses cometian muchos desmanes, pero menores que los que podia merecer la crueldad atroz de que, con frecuencia, eran victimas.

No era necesaria esta correspondencia para poner patente á Napoleon cuán grave era el yerro que habia cometido, si bien no queria convenir en ello. Ya lo sabia todo, y conocia cuán general y violento era el levantamiento de España; pero confiaba, al ver que los levantados con tanta prontitud huian en campo raso, en que podria sujetarlos sin hacerlo á demasiada costa.— Paciencia y buen ánimo, escribía á José. No os dejaré carecer de recurso alguno; tendréis tropas hasta la cantidad suficiente, y nunca os faltará dinero en España si os manejaís con mediano tino. Pero no os constituysais acusador de mis soldados, á cuyo ardiente celo, vos y yo debemos lo que somos. Tienen que haberse las con bandidos que los asesinan, á los cuales es forzoso contener infundiéndoles terror. Tratad de grangearos el cariño de los españoles, pero no desanimeis al ejército, porque eso seria una falta irreparable.—A estas palabras agregó Napoleon instrucciones muy severas

Respuestas
de Napoleon
á las cartas
de
su hermano
José.

á sus generales, encargándoles expresamente que nada tomasen, pero que usasen con los rebeldes del rigor mas duro. No saquear, y arcabucear, para quitar juntamente el motivo y el gusto de rebelarse, vino á ser la órden que mas á menudo reiteraba en su correspondencia.

Julio 1808.

Sucesos
de la guerra
en Aragon
y
Castilla
la Vieja
mientras
viene José
de camino.

Inútil asalto
dado
á Zaragoza
por
el general
Verdier.

Mientras así llevaba á efecto José su viaje al paso de la infantería, continuaba la guerra con varia suerte en Aragon y Castilla la Vieja. El general Verdier, llegado delante de Zaragoza con dos mil hombres de su division, y encontrándose allí con los varios refuerzos que Napoleon habia ido sucesivamente enviando, como eran la infantería polaca y los regimientos de marcha, tenia á sus órdenes sobre doce mil soldados y una artillería numerosa venida de Pamplona. Ya, por su órden, habia el general Lefebvre-Desnoëttes tomado los puestos exteriores y encerrado á los sitiados en la plaza, así como plantado numerosas baterías, dirigiéndolo el general Lacoste. En los dias 1 y 2 de julio, resolvió, á apremiantes instancias de Napoleon, probar un ataque decidido con veinte bocas de fuego de grueso calibre y diez mil hombres de infantería lanzados al asalto. La ciudad de Zaragoza está toda asentada á la orilla derecha del Ebro, y solo tiene un arrabal en la izquierda del mismo rio. Por desgracia, á pesar de órdenes reiteradas del Emperador para que se echase un puente sobre el Ebro, de modo que pudiese la caballería acudir á ambas riberas, y quedasen los sitiados privados de toda comunicacion con los de afuera, esto no habia sido llevado á efecto. Entraban, pues, sin dificultad en Zaragoza por el arrabal, situado á la orilla izquierda del rio, víveres, municiones y refuerzos de

Julio 1808. desertores, y paisanaje levantado; de modo que casi todos los aragoneses armados habian venido á parar, por decirlo así, en reunirse dentro de su capital populosa. Ceñia á Zaragoza un muro ó tapia flanqueado por la izquierda por un alcázar ó palacio llamado de la Inquisicion; por el centro por un gran convento, que es el de Santa Engracia, y por la derecha por el de San José, de no menores dimensiones. El general Verdier habia mandado plantar una batería de brecha de gran poder contra el palacio, reservándose dirigir él mismo este ataque, el mas dificultoso de todos y el decisivo, y encomendando al general Lefebvre-Desnoëttes los ataques de los conventos de Santa Engracia, en el centro, y de San José á la derecha, á los cuales batian en brecha otras dos baterías.

El 1.º de julio, á una señal dada, abrieron un fuego violento, así contra los abultados edificios que flanqueaban el muro del recinto como contra la ciudad misma, los veinte morteros y obuses sostenidos por toda la artillería de campaña. Cayeron en la malhadada ciudad mas de doscientas bombas y de mil y doscientas granadas, y le prendieron fuego en varios puntos, sin que por ello descaeciesen un punto de ánimo los defensores, casi todos ellos gente forastera, y que situados en las casas vecinas á los puntos de ataque, poco daño habian padecido. Dirigidos los zaragozanos por algunos oficiales de ingenieros españoles, habian puesto en batería diez bocas de fuego, con que correspondian perfectamente al de sus contrarios, y tenian en los puntos por donde éstos podian penetrar en la poblacion columnas compuestas de soldados que habian desertado del ejército español, y no menos que

diez mil paisanos emboscados en las casas. El 2 de julio por la mañana, abiertas anchurosas brechas en la casa de la Inquisición y en los dos conventos que flanqueaban el recinto, se arrojaron al asalto las tropas francesas con el ardimiento propio de soldados de corta experiencia y pocos años; pero recibieron de la casa de la Inquisición un fuego tan terrible, que hubieron de pararse atónitos, sin que, á pesar de vivos esfuerzos de sus oficiales, se atreviesen á ir mas adelante. Otro tanto sucedió en el centro en el convento de Santa Engracia. Solo por la derecha logró el general Habert apoderarse del convento de San José y abrirse entrada hasta dentro de la ciudad; pero, cuando intentó internarse mucho, encontró atrincheradas las calles, y las paredes de las casas todas atravesadas de mil aberturas ó aspilleras, de donde llovía un diluvio de balas. Sin duda los soldados viejos de Austerlitz y de Eylau habrían arrostrado tal fuego con mas serenidad, pero ante obstáculos físicos de tal especie quizá no habrían adelantado mas terreno. Era claro que para vencer semejante resistencia se habia menester medios de destruccion nuevos y mas poderosos, y que, en vez de enviar soldados al matadero, mandándolos ir á pecho descubierto contra las casas, era preciso derribar éstas á cañonazos, sepultando bajo sus escombros á los que las defendian.

El general Verdier, conservándose dueño del convento de San José, de que por su derecha se habia apoderado, mandó á sus tropas volver á su campamento, habiendo perdido de cuatrocientos á quinientos hombres entre muertos y heridos; pérdida gravísima para una fuerza que solo tenia la efectiva de diez mil

Julio 1808. hombres. El gran número de oficiales heridos daba testimonio de los esfuerzos que habian tenido que hacer para mantener firmes á aquellos soldados nuevos delante de obstáculos tales.

El general Verdier resolvió esperar refuerzos, y, sobre todo, mas considerables medios en artillería para renovar el ataque á una plaza que, al principio, se habia creído fácil de rendir en pocos dias, pero de la cual se veia ya que resistia mejor que una fortificada segun las reglas. Avisado Napoleon de estar así las cosas, le envió al momento los regimientos de línea, números 14 y 44, que acababan de llegar á Bayona, y ademas varios convoyes de artillería de grueso calibre.

Loca
confianza
que
inspiraba
á los
españoles
la resistencia
de
Zaragoza.

Por toda la parte del Norte de España causó emocion extremada la noticia de la resistencia de Zaragoza, aumentando singularmente la jactancia de los españoles. Llegado José á Briviesca, de todos los puntos recibió pruebas de cuán odiados eran por los naturales del pais los franceses, y de cuánto confiaban en sus propias fuerzas los que se resistian á ser sus súbditos. En donde quiera encontraba soledad ó despego, ó una exaltacion de orgullo increíble, como si los españoles hubiesen alcanzado sobre los franceses las mil victorias que éstos habian alcanzado sobre toda Europa. Era, con particularidad, el fundamento principal de sus esperanzas el ejército de don Gregorio de la Cuesta y don Joaquin Blake, compuesto de los levantados de Galicia, Leon, Asturias y Castilla la Vieja, el cual venia sobre Burgos por Benavente. No dudaban de que este ejército alcanzase una pronta victoria sobre las tropas del mariscal Bessières, y, esto conseguido, tal triunfo, junto con la resistencia de Zaragoza, no podia, en su sentir,

menos de dejar libre de enemigos toda la parte septentrional de España. De la meridional no habia noticias ciertas, pero corrian voces fatales para el mariscal Moncey en Valencia, y para el general Dupont en Andalucía, las cuales cada dia iban teniendo aumento y anunciando desgracias de mas gravedad, y, en todo caso, decian los españoles que, segun parecia probable, uno y otro se verian obligados á retirarse para remediar los reveses que los suyos padeciesen hácia el Norte. Tambien era de este parecer Napoleon, que juzgaba estar en el norte de España su mayor peligro, porque en él estaba la base de operaciones de sus ejércitos, y por lo mismo habia ordenado al mariscal Bessières tomar consigo las divisiones de Merle y de Mouton (menos la brigada de Rey dejada al lado de José), agregar á ellas la de caballería de Lasalle, salir pronta y animosamente al encuentro de Blake y la Cuesta, caer sobre ellos, y á cualquiera costa desbaratarlos, siendo, en su concepto, el interés primero de su ejército y la principal condicion para mantenerse dominante en España, ser dueño de la parte septentrional y del camino que vá de Bayona á Madrid. Así que, sin dejar de recomendar mucho á la atencion del general Savary la España meridional, tan impenetrable y tan poco conocida, le habia dictado que enviase al mariscal Bessières por Segovia todas cuantas fuerzas no le hiciesen falta indispensablemente en la capital, porque, segun él decia, un revés en el mediodía de la Península seria una desdicha, pero uno grave en el Norte seria quizá la pérdida del ejército, y, cuando menos, la de toda la campaña; pero se veria forzado á desocupar las tres cuartas partes del territorio español para

Julio 1808. recobrar la posicion que en la septentrional hubiese perdido.

Movimiento
del mariscal
Bessières
contra
los generales
Blake
y
Cuesta.

Partió, en efecto, el mariscal Bessières de Burgos el 12 de julio con la division de Merle, con la mitad de la de Mouton (la brigada de Reynaud) y con la de caballería de Lasalle, con lo cual juntaba once mil hombres de infantería y mil y quinientos de á caballo, así de cazadores y dragones, como de la guardia imperial, y con estas fuerzas se fué arrojado sobre el gran ejército de los levantados del Norte, mandados, segun aquí vá dicho, por los generales Blake y la Cuesta.

Cómo estaba
compuesto
el ejército
de
los generales
Blake
y
Cuesta.

El capitan general don Gregorio de la Cuesta, despues de su derrota en el puente de Cabezon, se habia retirado al reino de Leon, y, no obstante estar muy descontento de los levantados, cuya imprudencia le habia hecho llevar un revés muy sensible, tenia empeño en recobrar el honor perdido, y habia procurado poner en algun órden los elementos confusos de que su ejército se componia. Llevaba consigo como dos ó tres mil hombres de tropa reglada, y entre siete y ocho mil voluntarios, estudiantes, y gente del pueblo, así de las ciudades como campesina. Con esta turba queria juntar las fuerzas levantadas en Asturias, y, sobre todo, las de Galicia, harto mas poderosas, porque en ellas venia gran parte de las tropas de la division, antes de Taranco, que habia vuelto de Portugal. Los asturianos pensando, antes que en otra cosa, en sí mismos, y, reputándose invencibles en sus montañas, mientras en ellas se mantuviesen abrigados, no habian querido acudir al llamamiento de Cuesta y se habian contentado con enviarle dos ó tres batallones de tropas regladas. Pero la Junta de la Coruña, menos prudente y mas

generosa, contra el dictámen de su general don Joaquin Blake, sucesor en el mando de Filangieri, habia resuelto que las fuerzas todas de su provincia pasasen á los llanos de Castilla la Vieja á probar allí la suerte de las lides. Don Joaquin Blake, nacido de una de las familias inglesas católicas que venian á buscar fortuna á España, era un militar de profesion, y no poco instruido en la que seguia. Habíase dedicado, sirviéndose de las tropas de línea de que disponia, á formar un ejército bien ordenado, capaz de hacer frente á contrarios tan hechos á la guerra como eran los franceses, y para ello habia llenado los cuadros de su tropa reglada con parte de los levantados, y compuesto con los demas algunos batallones de voluntarios, á los cuales diariamente hacia que se ejercitasen en las maniobras militares, á fin de darles algun conocimiento y firmeza, y, ó ya por no querer medir tan pronto sus fuerzas con las de los franceses, ó ya por entender bien hasta qué punto decide de las cosas en la guerra el buen orden y arreglo de las tropas, pedia algunos meses de plazo antes de bajar á los llanos de Castilla, y queria, entretanto, que le dejasen ir disciplinando su ejército al abrigo de las montañas de Galicia. Pero, vencido por la voluntad de la Junta, hubo de ponerse en camino, y de adelantar hasta Benavente. Bien podria haber llevado consigo hasta veinte y siete ó veinte y ocho mil hombres de tropas, de ellas la mitad veteranas, y la otra mitad bisoñas, pero se dejó atrás dos divisiones á la desembocadura de las montañas, y con tres, cuya fuerza efectiva era de quince ó diez y ocho mil hombres, tomó el camino de Valladolid. Juntó sus fuerzas con las de don Gregorio de la Cuesta en las cercanías

Julio 1808. de Medina de Rioseco el 12 de julio. Los dos generales eran muy poco á propósito para obrar acordes, siendo Cuesta imperioso y desabrido, y estando el otro descontento por venir á aventurarse en campo raso contra un enemigo hasta entonces invencible, por lo cual con dificultad se prestaba á acceder á ajeno deseo. Don Gregorio de la Cuesta, como general mas antiguo, tomó el mando y pasó á verse con su colega en Medina de Rioseco, á fin de concertar sus operaciones. Entre los dos podian poner en línea de veinte y seis á veinte y ocho mil hombres, y, si éstos hubiesen sido buenos soldados, bien habrian podido prometerse vencer á los franceses, no pasando de once á doce mil los que iba á oponerles el mariscal Bessières.

Campo
de batalla
de Rioseco.

Medina de Rioseco está asentada en una mesa, ó llanura elevada. Por la izquierda de ésta (mirando desde el campamento de los españoles) pasa el camino de Burgos á Palencia, por el cual venian los franceses mandados por el mariscal Bessières, y por la derecha de la misma altura vá el de Valladolid. Una partida de caballería francesa, que venia despejando el terreno entre ambos caminos, indujo á error á los generales españoles, poco ejercitados en hacer movimientos, dándoles á creer que venian sus contrarios por el camino de Valladolid, ó sea por su derecha. Era el 13 de julio por la tarde. Engañado el general Blake por estas apariencias, aprovechó la noche para situar su cuerpo de ejército á la derecha de Medina en el camino de Valladolid. Al rayar el día, que en tal estacion amanece muy temprano, conocieron los generales españoles que se habian engañado, y Cuesta, que se habia puesto en movimiento despues que su compañero, se detuvo ya

Posicion
que toman
los dos
generales
españoles.

en su marcha y cuidó de apoyar su izquierda por el camino de Palencia, por el cual venian los franceses; hecho lo cual, creyéndose mas en peligro, pidió socorro á Blake, que no tardó en enviarle una de sus divisiones. Quedaron, pues, los españoles formados en dos líneas, de las cuales la primera adelantada é inclinada á la derecha estaba mandada por Blake, al paso que la segunda, situada mas atrás y hácia la izquierda, estaba á las órdenes de Cuesta. Ambos permanecieron inmóviles en esta situacion, esperando á los franceses en lo alto de la mesa, estando demasiado faltos de costumbre de maniobras para mejorar tan cerca del enemigo la posicion que habian tomado.

El mariscal Bessières, que aún tenia consigo, no obstante haber hecho una marcha rápida, cerca de nueve ó diez mil hombres de infantería y mil y quinientos de á caballo, aunque vió que le hacian frente veinte y seis ó veinte y ocho mil hombres, no por eso sintió la menor turbacion, porque tenia formado de sus soldados altísimo concepto; y con dos regimientos viejos, el de ligeros, número 4 y el de línea número 15, y algunos ginetes de la guardia imperial, se sentia seguro de arrollar todo cuanto delante de sí veia. El valeroso Bessières, oficial de caballería de la escuela de Murat, y, como éste, nacido en Gascuña, en lo jactancioso, pronto en obrar y arrojado se parecia la príncipe con quien habia servido. Iba, pues, adelantando con sus tropas por la falda de la mesa en que está Medina de Rioseco, cuando descubrió á lo lejos las dos líneas españolas formadas una detrás de otra, y saliendo la segunda por su izquierda mucho mas allá que la primera. Resolvió el mariscal aprovecharse de la

Prontas
disposiciones
del mariscal
Bessières.

Julio 1808. distancia que entre ellas quedaba, cayendo desde luego sobre un costado de la primera, y, arrollado que la hubiese, echarse con todo el golpe de su fuerza sobre la segunda. Fué, pues, adelante, al momento, con el general Merle por su izquierda, destinado á atacar la línea de Blake, y el general Mouton por su derecha destinado á ir por el costado de Merle, sosteniéndole, y á caer sobre la línea de Cuesta. Seguía á ambos la caballería gobernada por el esforzado y brillante Lasalle.

Batalla
de Rioseco.

Las tropas francesas, jóvenes, y participando de la confianza de sus generales, subieron á la mesa con singular denuedo. Echáronse resueltas sobre la línea de Blake por su costado izquierdo, arrostrando un fuego violento de artillería, por ser la artillería el arma mejor servida en los ejércitos españoles, y, llegando á tiro de fusil, rompieron el fuego con bastante acierto, porque desde que habian entrado en España se habian adestrado en el ejercicio. Hecho esto, arrojáronse á la línea enemiga, llegando á ella con la bayoneta calada. Los españoles no se mantuvieron firmes, y una carga de los cazadores á caballo mandada por el general Lasalle acabó de arrollarlos, con lo cual quedó desamparada la segunda línea española, deshecha la primera. Pero aquella, al ver tal espectáculo, se hizo adelante espontáneamente, y con gran valor trató de hacer frente á los franceses, aprovechando el desórden que en las filas de estos habia entrado de resultas de su misma victoria. Logró, en efecto, contenerlos por breves instantes, y aún echarse sobre una de sus baterías que habia seguido á su infantería, apoyándola en este esfuerzo los guardias de Corps y los carabineros reales, que cargaron con bi-

zarria. Creyéndose vencedores los de la infantería española, ya iban echando á volar por el aire sus sombreros, entre aclamaciones de «*Viva el Rey,*» cuando el mariscal Bessières, que tenia de reserva trescientos caballos, así de granaderos como de cazadores montados de la guardia imperial, hizo á éstos lanzarse á galope, gritando por su parte «*Viva el Emperador, No haya mas Borbones en Europa,*» á cuya terrible embestida quedaron al momento arrollados los guardias de Corps y carabineros reales, tratados por sus enemigos como lo habian sido por los mismos en Austerlitz los caballeros guardias del emperador Alejandro. Entonces, habiendo acabado el general Merle con la primera linea enemiga mandada por Blake, se echó sobre el centro de la segunda mandada por Cuesta, á la cual iba embistiendo por su lado el general Mouton, y que no pudo resistir largo tiempo, acometida á la vez por los soldados bisoños del primero, y por los veteranos del segundo de estos generales. Desbaratada la segunda linea española como la primera, dióse á la huida en confuso desórden por el llano de Rioseco, buscando abrigo en la poblacion. Al punto, los mil y doscientos caballos de Lasalle, arrojados contra una turba de veinte y cinco mil fugitivos poseida de indecible terror, y que tiraba las armas, y lanzaba los alaridos propios de gente desesperada, hizo en ella una matanza horrorosa. En breve llegó á presentar á la vista aquel llano un espectáculo lastimoso, cubierta la tierra de cuatro ó cinco mil infelices derribados por las espadas de los ginetes franceses. No habian presentado una vista mas espantosa ni los campos de batalla de las regiones septentrionales de Europa, cubiertos por

Horrorosa
derrota
del ejército
español.

Julio 1808. los mismos franceses de tantos cadáveres. Quedaron en poder de los vencedores diez y ocho bocas de fuego, varias banderas, y gran cantidad de fusiles que dejaron en el suelo los fugitivos. Mientras la caballería francesa, no teniendo otro modo de hacer prisioneros á los que huían, se encarnizaba en acuchillarlos, la infantería se habia arrojado al pueblo de Medina de Rioseco, cuyos habitantes, engañados por las falsas nuevas dadas por algunos soldados que se habian retirado del campo de batalla antes de acabar la pelea, creyendo vencedor el ejército de los suyos, se habian asomado todos á las ventanas. Pronto hubieron de quedar cruelmente desengañados, al ver pasar por delante de sus ojos el torrente de los fugitivos. Parte de los soldados españoles, recobrando el perdido espíritu al verse abrigados por paredes, se pararon á resistir á sus contrarios. El general Mouton, con los regimientos cuarto de ligeros y décimoquinto de línea, entró en la poblacion á bayoneta calada arrollando todos cuantos obstáculos se le oponian. En tal confusion, portándose los soldados franceses como en una poblacion tomada por asalto, se dieron á saquear á Medina de Rioseco, que les fué dejada á discrecion por algunas horas. Los frailes franciscanos, que desde las ventanas de su convento habian hecho fuego á los franceses, fueron pasados á cuchillo (1).

(1) En la relacion de la batalla de Rioseco está ponderado por M. Thiers el triunfo de sus compatriotas y el número de las tropas que les hicieron frente. Esto aparte, es innegable que los franceses alcanzaron allí una victoria completa, pero no mal disputada. Lo que no debia callar el historiador francés, pues otros de sus paisanos lo cuentan, y porque sirve para demostrar cuán errado iba Napoleon en las cosas de España, es que, al saber el Emperador francés la ventaja conseguida por Bessières, exclamó: « Esta es otra batalla de Villavieja ».

Tan sangrienta victoria, que sujetó á la dominacion francesa toda la parte septentrional de España, y que, por algun tiempo, habia de retraer á los levantados de aquella region de bajar á pelear á tierra llana, solo costó setenta muertos y trescientos heridos á los vencedores; feliz efecto de un ataque bien ideado, y llevado á ejecucion con extremados bríos.

El mariscal Bessières restableció el órden en su ejército al dia siguiente, y fué con prontitud sobre Leon para acabar de dispersar á los levantados, los cuales huian con toda la ligereza de sus piernas, sobresalientes en correr como piernas españolas (1).

La noticia de la victoria alcanzada por los franceses en Rioseco causó, por lo pronto, una mudanza notable en el lenguaje y disposicion de ánimo de los españoles (2). Ya creian un poco menos que iba á verse libre de sus enemigos la parte septentrional de su suelo, esto es, el

Feliz influencia de la victoria alcanzada en Rioseco.

sa,» y añadió, que en general habia afirmado la corona en las sienes de José, como en 1711 Vendoma en las de Felipe V. La comparacion era descabellada, como advierte el mismo general Foy en su no acabada Historia de la guerra de la Peninsula. Felipe V era adorado del pueblo castellano: José aborrecido. Aquel, donde quiera, hallaba amigos: estotro contrarios. La batalla de Villaviciosa fué ganada sobre alemanes por españoles: la de Rioseco sobre españoles por franceses. La una fué dada en los principios de una guerra: la otra al cabo de largo pelear con alternado suceso. Tal fué el éxito final. Felipe V reinó en España: José no, por mucho que duela á M. Thiers y á sus paisanos.

N. DE A. A. G.

(1) Insulto grosero es este, y feo despique de que al cabo no se sujetase España á la dominacion francesa.

N. DE A. A. G.

(2) La credulidad popular en España, llena de violento ódio á los franceses, fué causa de creerse leve y de poca monta el triunfo de éstos en Rioseco. Solo cerca de donde fué la batalla produjo ésta efecto en los ánimos. Mas lejos, todos hablaban de Bailen, de Valencia y de Zaragoza, ponderándose las ventajas adquiridas por los españoles, y anticipándose las que ocurrieron, y abultándose las conseguidas.

N. DE A. A. G.

Julio 1808. camino de Madrid , y que la dominacion extranjera en la Península iba á caer por sus fundamentos.

Acelera
José su viaje
y se
resuelve á
entrar
en Madrid.

Continuando José su viaje con la misma lentitud con que le empezó , habia llegado á Burgos. Por el camino seguia tratando de captarse el afecto de las gentes , dedicándose á ganárselas á fuerza de halagos , y de afectacion de humanidad , quitando siempre la razon á los soldados franceses , y dándosela á los levantados. No obstante, notando cuán poco le resarcian las conquistas que hacia de la pérdida del tiempo que malgastaba, y recibiendo del general Savary reiteradas instancias de que viniese á presentarse en su nueva capital, perdido ya el temor de resultas de la victoria de los suyos en Rioseco , se dejó de inútiles contemplaciones con pueblos que á ellas correspondian de harto mala manera , y de un tiron se puso de Burgos en Madrid. Entró en la capital de España el 20 por la tarde, siendo recibido con fria curiosidad (1) por los madrileños, y sin oír vivas, salvo los del ejército francés, que, si bien nada contento con él , aclamába en su persona la del glorioso Emperador, por el cual iba en todo lugar y tiempo á pelear y á morir.

Cómo
es recibido
José
por el pueblo
madrileño.

Aunque habia entrado José en Madrid , acabada de conseguir por el ejército francés una victoria que debia volverle un tanto favorable la corriente de la opinion popular, halló en la capital así como en los demás

(1) Aún la fria curiosidad fué de pocos. Las calles estaban casi desiertas. Algunos espectadores mostraban torvo y amenazador el semblante. El Alferez mayor de Madrid, marqués de Astorga, conde de Altamira, huyó por no tener que llevar el pendon de José, cuando á pocos dias de su entrada en Madrid fué proclamado rey con solemne aparato.

pueblos de España, una repugnancia á su persona, propia, en verdad, para desesperarle. Los ministros que habian aceptado el cargo de servirle estaban consternados, y le declaraban que, si hubiesen previsto hasta qué punto estaba opuesta la nacion á tenerle por rey, no habrian abrazado su partido. Los diputados á la junta de Bayona que le habian acompañado habian ido dispersándose poco á poco. Los consejeros de Castilla, muy acusados de haberse prestado á todo cuanto de ellos exigia Murat, se resistian á prestarle juramento de fidelidad y obediencia. Solamente los principales del clero, fieles al principio de *dar al César lo que es del César*, habian venido á hacerle rendimiento como á rey de hecho, respetando en él, especialmente, al hermano del autor del Concordato. Hablando con ellos José, se expresó en favor de la religion de un modo muy significativo, y tanto los conmovió con sus palabras y modos, que, despues de verle, dieron de él buen testimonio, produciendo en Madrid un efecto que le era favorable. El cuerpo diplomático, cediendo no al rey nuevo de España, sino al Emperador de los franceses, habia acudido presuroso y solícito á hacerle obsequios. Tampoco habian podido dispensarse de presentársele algunos grandes de España, comensales ordinarios é indispensables de Palacio, y, con todos estos, generales franceses, ministros extranjeros, clero español, y cortesanos, que lo son por costumbre, habia compuesto José una córte, la cual, si hubiesen logrado sus armas prontas victorias, habria venido á ser respetada y obedecida, si ya no amada.

Pero si los suyos habian alcanzado una victoria señalada en el Norte de España, era muy dudoso que lo-

Sucesos
en el
Mediodia de
España.

Julio 1808. grasen otra igual en el Mediodia. Un mes entero habia pasado sin recibirse noticias del general Dupont, y, para saber cuál era su suerte, habia sido forzoso que hubiese atravesado los puertos de Sierra Morena la division del general Vedel, segunda de su cuerpo de ejército, enviada á sacarle de apuros. Entonces habia habido noticias de haber sido tomada Córdoba, y poco despues evacuada, y de estar el ejército francés situado en Andújar. Despues, el levantamiento habia vuelto á cerrar el paso entre la capital y los generales Vedel y Dupont, como cierra el mar sus aguas sobre el sulco que en ellas abre un navío, faltando enteramente noticias sobre el estado de aquellas fuerzas. En cuanto al mariscal Moncey, tambien por largo tiempo habia estado ignorada su suerte, y cabalmente entonces acababa de ser sabida. Lo que por él habia pasado durante los varios sucesos en Castilla, Aragon, Valencia, y Andalucía, habia sido lo que sigue.

Ya queda dicho que habia hecho estancia en Cuenca esperando que pudiese adelantar el general Chabran hasta á Castellon de la Plana, siendo la verdad que éste, al contrario, se habia visto forzado á retroceder para no quedarse cortado definitivamente de Barcelona, y aún habia tenido necesidad de obrar con sumo vigor para atravesar las poblaciones de Arbós, Vendrell y Villafranca del Panadés, todas ellas levantadas, y de juntarse con su general superior que habia salido hasta el Bruch á recogerle. Ambos habian entrado juntos de vuelta en Barcelona, y todos los dias se veian obligados á entrar en encarnizada pelea con los levantados catalanes, que hasta á las puertas mismas de la capital de su provincia venian á combatirlos.

El mariscal Moncey, ignorando todas estas circunstancias, habia esperado desde el 11 hasta el 17 de junio en Cuenca, y, entonces, figurándose que el tiempo corrido bastaba para que pudiese estar el general Chabran cercano á Valencia, se habia puesto en movimiento por el camino casi intransitable de Requena, añadiendo á su detencion demasiado larga en Cuenca una lentitud en marchar, buena sin duda para no cansar á su gente ni dejar de ella soldado alguno rezagado, pero fatal por demas para el conjunto de sus operaciones. Habia pasado por Tórtola, Buenache y la Minglanilla, donde habia llegado el 20. El 21, al llegar á las márgenes del Cabriel, habia avistado varios batallones enemigos, uno de los cuales era de suizos, emboscados en el puente de Pajazo, en una posicion en extremo difícil de forzar. Corre en aquel paraje el rio Cabriel entre peñascos espantosos, llegándose por una angostura al puente que dá paso por él, salvado el cual, queda por pasar otra angostura de no menos difícil tránsito. Los levantados de Valencia, á quienes se habia dejado tiempo para situarse en tan fuerte posicion, tenian lleno de estorbos el puente, artilleria puesta delante, y por los peñascos vecinos esparcidas numerosísimas guerrillas. Trajo el mariscal Moncey á aquel punto por un camino asperísimo algunos cañones á fuerza de brazos, y, venciendo los obstáculos hacinados en el puente, en seguida envió por su derecha é izquierda columnas que vadearon el Cabriel, envolvieron á sus contrarios emboscados entre las breñas, les mataron mucha gente, y así se apoderaron del puesto disputado.

El mariscal Moncey pasó el dia 22 en dar descanso á sus tropas y poner mas transitable el camino

Julio 1808.

Marcha
el mariscal
Moncey de
Cuenca
á Requena.

Paso
del puerto de
las
Cabrillas.

Julio 1808. para su artillería y bagajes. El 23 llegó á Utiel, y el 24 dió frente á un desfiladero largo y angosto que, por entre las sierras que pisaba, da paso al famoso valle tan célebre por su hermosura, y cuyo nombre es el de la Huerta de Valencia. Este desfiladero, llamado el puerto de las Cabrillas (1), está formado por el cáuce de un riachuelo, que es necesario atravesar al vado seis veces, y gozaba de la reputacion de inexpugnable. El mariscal Moncey, con su tardanza, habia consentido que se apoderasen de aquel lugar los levantados, y que en él acumulasen medios de hacerle resistencia. Vencer de frente los obstáculos allí opuestos á los invasores era casi imposible, y habria de costar una pérdida enorme. El mariscal Moncey encargó al general Harispe, héroe de los Vascos, que tomase consigo los soldados mas listos y mejores tiradores, y que, haciéndoles dejar las mochilas, los guiase á las alturas que por ambos lados ciñen el camino, para desalojar de ellas á los españoles, y dejar á un lado las obras defensivas del puerto, con lo cual quedaban inútiles. El general Harispe, al cabo de esfuerzos inauditos y de mil refriegas, fué ganando peñasco por peñasco el terreno que ceñia la posicion de sus enemigos, hasta llegar á ponerse á la espalda de éstos, los cuales, viéndose así envueltos, se pusieron en huida, dando así al ejército francés franco un paso de que mal podria haberse hecho dueño si le hubiese atacado de frente. El mariscal Moncey, victorioso, hubo de pararse de nuevo en la Venta de Buñol, para dar tiempo á que le alcanzasen sus ba-

(1) M. Thiers le llama las Cabreras, pensando sin duda en la isla de Cabrera.

Julio 1808.

gajes, y á que reparase sus averias su artillería, que, por la calidad de los caminos por donde le habia sido forzoso pasar, habia venido, en verdad, á malísimo estado. Mas para reparar este daño faltaban medios, así como habian faltado para sustentarse en el áspero y desnudo pais que el ejército francés acababa de pasear. Pero la artillería española, que toda habia caido en manos de los franceses, les dió piezas que substituir á las suyas, con lo cual el 26 se puso la columna en movimiento para Chiva. Al siguiente dia 27, desembocó en la bellísima llanura de Valencia, cortada por mil canales, por los que corren en todas direcciones las aguas del Guadalaviar; tierra cubierta de plantas de cañamo, que crece hasta una altura extraordinaria, y poblada de naranjos y palmas con toda la vegetacion propia de la Zona Tórrida. Era á propósito tan alegre vista para regocijar á los soldados, cansados del triste terreno que habian venido pisando. Pero, si, gracias á la lentitud de su marcha, llegaban los franceses en bastante buen estado, reunidos todos á sus banderas, bien alimentados, y capaces de sustentar la pelea, tambien, de resultas de la misma lentitud, encontraban á sus contrarios bien preparados, y en disposicion de defender la ciudad de Valencia. A dos leguas de ésta, tenian los invasores que atravesar, por el pueblo de Cuarte, el gran canal que distrae las aguas del Guadalaviar; que componer el paso del puente sobre el mismo, el cual estaba cortado, y que tomar el pueblo, y con él una multitud de partidas apostadas á derecha é izquierda en las casas del llano, ó emboscadas en los cañaverales. Poco detuvieron tales obstáculos á los franceses, que pasaron el canal, habilitaron el paso

Llega
el mariscal
Moncey
al llano de
Valencia.

Julio 1808. del puente, se apoderaron de Cuarte, y, corriendo á campo travieso y pasando los canales, mataron, si bien perdiendo algunos de los suyos, á los de las numerosas guerrillas que sobre ellos despedían una granizada de balas.

Pónese
el ejército
francés al pié
de las
murallas de
Valencia.

Al caer la tarde se acamparon los franceses debajo de las murallas de Valencia. El mariscal Monecy se resolvió á tomar la ciudad de rebate atacando las dos puertas de Cuarte y San José, que eran las que primero se presentaban viniendo de Requena. Rodaba á Valencia un muro grueso, cuyo pié bañaban aguas. Presentábanse cubiertas sus puertas por caballos de frisa, y obstáculos de toda clase, y millares de levantados, situados en los tejados de las casas, estaban prontos á hacer un fuego de fusilería por demas mortífero.

Vanos
esfuerzos de
los franceses
para
echar abajo
las puertas
de Valencia.

El 28 al amanecer, el mariscal Monecy, obligado que hubo á las guerrillas enemigas á replegarse, envió dos columnas de ataque contra las puertas de Cuarte y San José. Pronto vencieron los franceses los primeros obstáculos con que tropezaron, pero, al llegar á las puertas, vieron serles forzoso antes de derribarlas á cañonazos arrancar los caballos de frisa que las cubrían. Los soldados, jóvenes y valerosos, varias veces se arrojaron, recibiendo el fuego de sus contrarios, á ir á ejecutar á hachazos tan peligrosa operacion, pero, al cabo de varias tentativas dirigidas por el general de ingenieros Cazals, y en que tuvieron pérdida considerable, conocieron serles absolutamente imposible forzar las puertas, objeto de sus ataques, y que, aún si lo consiguiesen, mas allá habian de encontrarse con calles atrincheradas como las de Zaragoza, donde habrian á cada paso de renovar el asalto. Bien conven-

cido ya de esto el mariscal Moncey, retiró sus tropas, si bien quedándose dueño de los arrabales de Valencia que habia tomado (1).

Tan sangrienta tentativa, que le habia costado trescientos hombres entre muertos y heridos, le dió margen á graves reflexiones. Habia llevado consigo entre ocho y nueve mil hombres, y de ellos habia dejado mil en el camino, ó enfermos ó incapacitados de pelear. Acababa de saber, por prisioneros que habia hecho, que el general Chabran se habia replegado á Barcelona. Tenia delante de sí una ciudad de sesenta mil almas, donde habia, cuando menos, hasta cien mil, de resultas de estar allí amontonados todos los habitantes de los campos y lugares vecinos, gente resuelta á defenderse hasta morir, por temor de que en ella se vengasen los franceses del abominable asesinato de que habian sido victimas sus compatriotas. Para vencer tal resistencia no tenia el mariscal artillería de grueso calibre. Renunció, pues, juiciosamente á dar de nuevo principio á un ataque que no tenia probabilidad alguna de buen éxito, y era solo á propósito para aumentar las dificultades que habia de encontrar en su retirada, porque aumentaria el número de heridos que le seria forzoso llevar consigo. Tuvo, pues, bastante buen juicio, una vez tomada esta determinacion, para ponerla por obra sin tardanza. Habíase sabido que el capitán general, conde de Cerbellon, el cual no estaba en Valencia,

Retirada
del mariscal
Moncey
porel camino
de Murcia.

(1) Compendiosamente está aquí referido que fueron rechazados los franceses de la ciudad de Valencia, ciudad aunque amurallada, no plaza fuerte; y que hubieron de volverse á Castilla. Pero, al cabo, no hay en esta narracion inexactitudes de mucho bulto, aunque sí bastantes, cuya correccion pediria mas lugar que el de una nota.

Julio 1808. sino en campaña al frente de los levantados de la provincia, se hallaba con siete ú ocho mil hombres en las orillas del Júcar; riachuelo que va lamiendo las faldas de las sierras valencianas, y luego camina á desaguar en el mar á algunas leguas de distancia de la ciudad de Valencia, y cerca de Alcira; y debia presumir que el intento de este general era atravesar la Huerta é ir á situarse en el puerto de las Cabrillas, para atajar por allí el paso á los franceses. Grave dificultad habria sido esto, y bien podria haber sucedido que el mariscal Moncey, perdidos ya los mejores soldados de su cuerpo de ejército, y llevando consigo gran cantidad de heridos, saliese mal de la empresa de forzar el paso que tan bien habia llevado á efecto en la ocasion primera. Por otra parte, el camino real que, huyendo de las sierras de Valencia, atraviesa el Júcar en Alcira, y entra en la provincia de Murcia pasando por Almansa, era mucho mejor que el de las Cabrillas, aunque mas largo. Resolvió, pues, el mariscal Moncey ir en derecha sobre el Júcar, dar allí batalla al conde de Cerbellon y forzar el paso del puerto de Almansa, volviendo, despues, á Castilla por Albacete.

Llegado el 1.º de julio á las inmediaciones del Júcar, encontró en ellas á los levantados de Valencia y Cartagena situados detrás del rio, cuyo puente habian cortado. El ejército francés vadeó el Júcar por tres puntos, y, habilitando en seguida el puente, pasó por él su crecidísimo bagaje. Descansó el 2, y, recibido aviso el 3 de que otra fuerza de levantados intentaba defender el paso de los montes de Murcia en el llamado puerto de Almansa, se dió priesa el mariscal Moncey á pasar esta angostura, donde no hubo de tropezar con

dificultad alguna de bulto, pues por donde quiera derrotó á los levantados y les quitó su artillería. Prosiguiendo en su marcha lenta y metódica, llegó el 5 á Chinchilla, y el 6 á Albacete. En esta última poblacion supo con verdadero gozo que la division de Frère, destinada al principio á situarse en Madridajos, como en escalon en el camino de Andalucía, y que despues, por órden del Emperador, habia sido puesta en San Clemente, estaba á corta distancia suya, y, en efecto, el 10 de julio se reunieron estas fuèrzas.

El mariscal Moncey traia su division en buen estado, sin haberse dejado en el camino un solo herido ni una sola pieza de artillería. Pero es fuerza repetir que si su lentitud le habia permitido traerse á su division entera, por ella se le habia malogrado la empresa de tomar á Valencia, de la cual ciertamente se habria hecho dueño, como se habia hecho de Córdoba el general Dupont, si hubiese caminado con bastante viveza para sorprender á los levantados antes que hubiesen tenido tiempo para hacer sus preparativos de defensa. Sin embargo, su modo lento y firme de marchar por medio de provincias levantadas, venciendo á sus contrarios donde quiera, y no dejando en el camino bagajes, heridos, ni enfermos, tenia cierto mérito que Napoleon tuvo gusto en conocer y celebrar.

Mientras el mariscal Moncey llevaba á cabo marcha tan difícil, la provincia de Cuenca, tan sosegada al principio, se habia levantado, arrojándose sobre el hospital en ella establecido por el mariscal Moncey para depósito de sus soldados enfermos. El general Savary se habia visto obligado á enviar á castigarla al general Caulaincourt con una columna de tropas. Este

Escarmiento
hecho
en la ciudad
de Cuenca.

Julio 1808.

general dió por castigo á Cuenca dos horas de saqueo, aprovechadas, por desgracia, por sus soldados con gran provecho de su interés, pero con grave perjuicio del concepto del ejército todo (1).

Los sucesos de Valencia eran de fecha algo anterior al dia de la batalla de Rioseco, pero la noticia de ellos vino á llegar á Madrid casi al mismo tiempo que la de la victoria del mariscal Bessières. No obstante estar los españoles por demas ufanos de la obstinada resistencia opuesta en Zaragoza y Valencia á sus enemigos, y aunque resistencia tal declaraba ser necesarios ataques poderosos para rendir á las grandes ciudades levantadas, los franceses, con todo eso, se mantenian en la campaña vencedores en todas partes, no pudiendo ponerse delante de ellos los levantados sin quedar desbaratados inmediatamente. El general Duhesme, junto con el general Chabran, habia salido con él de Barcelona, tomado el fuerte de Mongat, y héchose dueño en seguida del pueblo de Mataró y saqueádole, y, si bien habia probado en balde tomar por asalto la plaza de Gerona, habia entrado de vuelta en Barcelona, dejando esparcido el terror donde quiera que pasaba, y reprimidos con duro rigor los movimientos de los catalanes. El general Verdier, aunque estaba detenido delante de Zaragoza, era, con todo, señor de Aragon entero, y habia enviado al general Lefebvre con una columna á dar castigo á la ciudad de

Queda
la situacion
militar de
los franceses
en España
del todo
dependiente
de los
sucesos que
van á ocurrir
en el
Mediodia de
la
Península.

(1) Fué el saqueo de Cuenca casi tan escandaloso como el de Córdoba. Añadióse al robo el sacrilegio, pues dentro de la catedral murieron arcabuceados algunos soldados franceses, castigados por su general por haber tomado para sí parte del botin destinado á otros. Asi se acreditaban los franceses en España.

Calatayud, lo cual habia sido llevado á efecto. Por último, en Medina de Rioseco, segun acaba de referirse en esta historia, habian aniquilado los franceses al único ejército considerable que hasta entonces les habia hecho frente. Estaba, pues, asegurado el ascendiente de los invasores en el Norte de España, y la dificultad de sujetarla consistia en las provincias meridionales. En estas el general Dupont, acampado á orillas del Guadalquivir, y como respaldado á Sierra Morena, tenia contra sí un ejército numeroso, compuesto, no solo de paisanaje levantado, sino tambien de tropa de línea. No se reducian los españoles á mantenerse haciéndole frente en el campo, sino que le tenian reducido á la defensiva en la posicion de Andújar, de modo que, si allí tenian los franceses un revés, juntándose los levantados de Andalucía y Granada por un lado con los de Cartagena y Valencia, y por otro con los de Extremadura, podian pasar á la Mancha, atravesarla y ponerse delante de Madrid con fuerzas considerables, lo cual habria dado á la guerra un aspecto del todo nuevo. Distaba, sin embargo, mucho el gobierno de Madrid de temer tal desastre, á pesar de cuanto sobre este punto decian los españoles. En efecto, el general Dupont tenia ya consigo la division de Vedel, con lo cual constaba su cuerpo de ejército de diez y seis ó diez y siete mil hombres, y daba suma confianza la habilidad probada de aquel general, no siendo posible figurarse que el mismo que delante de Albeck con seis mil hombres habia hecho frente á sesenta mil austriacos, y sabido salir de tal apuro haciendo á sus contrarios cuatro mil prisioneros, pudiese quedar vencido por gente levantada y sin disciplina, en la cual acababa el mariscal

Julio 1808.

Inquietud
en punto á la
suerte
del general
Dupont,
al cual son
enviados
refuerzos
que se
le agreguen
en
Andalucía.

Bessières de hacer tan horrorosa matanza , aunque llevaba consigo tan pocos soldados. Habia , pues , confianza , si bien no completa. El general Savary , de acuerdo con Napoleon , que solo muy de lejos podia dirigir aquellas operaciones militares , y esto con la incertidumbre en la direccion que daban de si el tiempo y la distancia , habia enviado á Madrideojos al general Gobert á ocupar alli el lugar de la division de Frère , tercera del cuerpo de ejército del general Dupont , empleada , como poco antes va aquí dicho , en dar socorro al mariscal Moncey cerca de San Clemente. Llevaba el general Gobert orden de situarse en mitad de la Mancha , y , si las circunstancias lo requiriesen , de adelantarse hasta la Sierra Morena , y juntarse allí con el general Dupont , en cuyo cuerpo de ejército haria las veces de tercera division , por estar la del general Frère empleada en otro servicio. Como hubiese ya uno de los cuatro regimientos de Gobert sido despachado á Andújar escoltando un convoy , solo llevaba el general consigo tres regimientos de infantería de gente lucidísima aunque jóven , y un soberbio regimiento de coraceros mandado por el mayor Cristophe , excelente oficial de caballería. Juntas estas fuerzas , no parecia posible la duda sobre cuál suerte cabria en Andalucía á las armas francesas. No se habian reducido á esto las prevenciones del general Savary. Habia traído á las cercanías de Madrid la division de Musnier , vuelta de Valencia , la de Frère , encargado de dar auxilio á ésta , y la columna de Caulaincourt pasada á Cuenca á darle un duro castigo. Seguia en Madrid la division de Morlot del cuerpo de ejército del mariscal Moncey con la guardia imperial , y asimismo acababa de llegar la bri-

gada del general Rey, que habia venido de escolta del rey José. Todo ello componia un total de veinte y cinco mil hombres, y aun habria sido de hasta treinta mil, á no haber habido gran cantidad de heridos y enfermos, con lo cual bastaba para burlar todas las esperanzas de los españoles. Estos no dejaban de persistir en propalar que Zaragoza no se rendiria como no se habia rendido Valencia, que el general Dupont se veria forzado á pasar la Sierra Morena de vuelta á Castilla, que vendrian persiguiendo al mismo Dupont los levantados de Extremadura, Andalucía, Granada, Cartagena y Valencia, que los del norte de la Peninsula volverian á presentarse en el camino de Burgos, y que, al ver sobre sí tal golpe de fuerzas, el rey nuevo tendria que huir volviéndose de Madrid á Bayona. Los franceses, al contrario, esperaban ver pronto á Zaragoza tomada por asalto, al ejército del general Verdier en libertad para ir sobre Valencia junto con el cuerpo de ejército del mariscal Moncey, y al general Dupont victorioso adelantar por Andalucía y sujetar completamente toda la region meridional de España. Una ú otra de estas dos suposiciones habia de pasar á ser realidad, segun lo que sucediese en Andalucía, y por eso allí, en los dias de que se va ahora aquí hablando (del 15 al 20 de julio), tenian vuelta y clavada exclusivamente la vista franceses y españoles.

El general Dupont, como queda dicho en esta historia, al salir de Córdoba habia pasado á situarse en Andújar á orillas del Guadalquivir, posicion mal escogida, porque mejor habria sido situarse en la misma Bailen, cerca de los puertos, que, con solo establecerse á su proximidad, habrian quedado guardados, y don-

Situacion
del general
Dupont
en
Andújar.

Julio 1808.

de estarían asentados los franceses en un lugar sano, elevado, dominante, desde el cual podrían precipitar al Guadalquivir á todos cuantos hubiesen intentado atravesarle. Dupont, como vá dicho, habia puesto la brigada de Pannetier algo á la izquierda y delante del puente de Andújar, la de Chabert un poco mas atrás y á la derecha, los marinos de la guardia dentro de la misma ciudad, los dos regimientos suizos detrás de ella, y la caballería á alguna distancia en la llanura. Habíanle dejado allí los españoles, sin pensar en molestarle durante los últimos dias de junio y toda la primera mitad de julio, porque los levantados de Andalucía y Granada necesitaban de todo este tiempo para ordenar y arreglar sus fuerzas, concertarse, é ir á juntarse entre Córdoba y Jaen. El único acto de hostilidad hecho hasta allí por los levantados habia sido ocupar á Sierra Morena con una nube de bandoleros que mataban á los correos é interceptaban los convoyes. Tan bien puesta estaba la gente de Echevarri que no podia pasar un solo hombre á caballo entre los puertos del Rey y Despeñaperros y la Carolina sin ser salteado, porque hasta las mujeres y niños estaban de guardia, dando aviso de que alguien venia, no bien asomaba alguno en el camino. Durante este ocio desabrido de cerca de un mes, causado en parte por la tardanza con que llegaban los refuerzos solicitados, el general Dupont habia destacado varias fuerzas por los contornos de Andújar á escarmentar á los levantados y proporcionar víveres á las tropas. Habia enviado á Jaen al capitan Baste, que lo era de los marinos de la guardia imperial, oficial igualmente entendido que arrojado, con el encargo de dar castigo á los de aquella ciudad que habian contri-

Julio 1808.

Expedicion
del capitán
Baste
á Jaen.

buido á que fuesen degollados los enfermos y heridos franceses, y de sacar de la misma poblacion recursos que en ella abundaban. El capitán Baste, con un batallón, dos cañones, y como cien caballos, se habia entrado denodadamente en Jaen, ahuyentado de allí á los habitantes, y traidose de aquel lugar un crecido convoy de viveres, vinos, y medicamentos de todas clases.

El general Dupont, aun no tomando, por su desgracia, en la debida cuenta los inconvenientes anejos á la posicion de Andújar, pero sintiéndolos, si bien confusamente, seguia lleno de cuidado en punto á Bailen, y á la barca de Mengibar, por donde algo delante de Bailen se pasa el Guadalquivir para ir á Jaen y Granada. Así que, no habia dejado de poner allí destacada alguna corta fuerza, y estaba haciendo incesantes reconocimientos por aquel lado. Aún mas allá se extendia su inquietud, porque se veia obligado á adelantar partidas de reconocimiento por la izquierda de Bailen hasta Baeza y Ubeda, de donde arrancaba un camino de herradura que, pasando por Linares, iba á parar detrás de Bailen en las cercanías de la Carolina, y casi á la misma entrada de los puertos. Bien viene aquí repetir que habria estado libre de estos cuidados con haberse situado en la misma Bailen, á la cual habria guardado con estar allí presente, y desde donde le habria bastado enviar algunas patrullas de caballería sobre Baeza y Ubeda para estar á cubierto de una sorpresa. Era, con todo eso, su principal afán tener sustento, no obstante estar en la rica Andalucía. Los carneros, que abundan en las Castillas y Extremadura, en Sierra Morena escasean mucho, así que no habia

Dificultad
de
sustentarse
en
Andújar.

Julio 1808. por allí otra carne que la de cabra, nada sana y poco nutritiva. Tambien habia escasez de trigo, porque la cosecha del año anterior habia sido, ó devorada, ó destruida por los levantados, y la del año corriente aún no estaba segada. Los soldados se veian obligados á segar por sus propias manos para tener pan, y, en general, estaban á media racion de tan necesario artículo, en lugar del cual recibian cebada que cocian con la carne. Solo tenian para moler el trigo un molino á la misma orilla del Guadalquivir, y se veian con frecuencia obligados á defenderle de los enemigos que venian á atacarle. Veíanse en un suelo tan abrasado privados de legumbres frescas. El vino, aunque excelente, á alguna distancia, y, con especialidad, en Valdepeñas, solo podia llegarles por Sierra Morena, estando Valdepeñas en la Mancha. Llegábales, con todo, á fuerza de dinero, pero solo lo bastante para los enfermos. Tambien les faltaba vinagre, necesario por demas en paises calientes. El agua del Guadalquivir casi siempre estaba tibia. Para soldados jóvenes y poco hechos á climas duros era en extremo trabajosa y peligrosa tan larga estancia en Andújar. Sin contar los heridos, tenia el ejército muchos soldados en el hospital, atacados de disentería. Aumentaba estas penalidades la profunda tristeza causada por la carencia absoluta de noticias. Esto no obstante, los soldados, aunque poco aguerridos, sentian en su interior su propia superioridad, y, llenos de la mayor confianza en su general, anhelaban tener ocasion de medir sus fuerzas con las de sus enemigos.

Llegada
á la Carolina
de
la division
de Vedel.

Pronto llegó la division de Vedel á aumentar en ellos la confianza. Salida ésta de Toledo hácia fines de junio, habia llegado el 26 del mismo mes á Despeña-

perros, donde empiezan los puertos, y habia forzado el paso de éstos, matando alguna gente de don Pedro Agustin de Echevarri, hecho lo cual, habia desembochado á la Carolina, linda colonia alemana, fundada hácia fines del siglo próximo pasado por Cárlos III. El valle estrecho, por el cual atraviesa el camino real por Sierra Morena, ensancha un tanto en la Carolina, algo mas en Guarroman y mas todavía en Bailen, donde abre del todo, desembocando sobre el Guadalquivir. Entre la Carolina y Bailen, en Guarroman, vá á rematar el camino de herradura, de que poco antes aquí queda hablado, el cual desde Baeza y Ubeda viene por Linares á la entrada de los puertos.

La division de Vedel, hecha una breve detencion en la Carolina, habia pasado á situarse en la misma villa de Bailen, dejando atrás un batallon á guardar la entrada de los puertos y adelantando dos á hacer lo mismo con la barca de Mengibar, que dá paso por el Guadalquivir. No bien se habia juntado el general Vedel con el general Dupont, cuando éste, señalándole posicion, le habia encargado tener una vigilancia extrema por su espalda é izquierda para que no pudiese el enemigo hacerse dueño de los puertos y cerrar su paso al ejército francés. Llegado el general Vedel, ya era menor inconveniente dejar á Bailen desocupado, pero seguia siendo desventajoso estarse en una posicion defensiva, mediando seis leguas entre una y otra division, y teniendo delante un rio vadeable en muchos lugares, que bien podia pasar de noche un enemigo arrojado, yendo en seguida á situarse entre las dos divisiones francesas. Debe tenerse en cuenta que, no obstante la llegada del general Vedel, las tropas de su nacion que

Julio 1808. hacian frente á las de los levantados de Andalucía no eran bastante numerosas para poder dividirse sin peligro. El cuerpo de ejército de Dupont estaba muy debilitado por contar muchos enfermos. La division de Barbou solo podia presentar al enemigo cinco mil y setecientos hombres, ó seis mil y cuatrocientos, contando los ingenieros y artilleros. Los marinos eran á lo mas cuatrocientos, y los dragones y cazadores á caballo mil y ochocientos, siendo el total de la fuerza ocho mil y seiscientos franceses. Los suizos, ya enviando desertores á los españoles, ya recibéndolos de los que con éstos servian, estaban reducidos á mil y ochocientos hombres en tal fluctuacion de ánimo que no era posible contar con ellos á todo evento. La division de Vedel tenia cinco mil y cuatrocientos hombres de todas armas, con doce piezas de artillería. Contando, pues, juntos los ocho mil y seiscientos hombres del general Dupont, y los cinco mil y cuatrocientos del general Vedel, habia un total de catorce mil combatientes, que ascendia á diez y seis mil agregándole los suizos. No era esta fuerza demasiada, aun estando toda ella junta, para hacer frente á los cuarenta ó cincuenta mil levantados (1), cuya llegada anunciaba la fama.

(1) Nunca tuvo arriba de treinta mil hombres consigo Castaños, contando todas las fuerzas que habia sujetas á su mando en Andalucía. Los cuarenta ó cincuenta mil hombres que supone M. Thiers á los que califica de levantados ó insurgentes son ficcion pura.

Aquí vendria bien, aunque podria haberse dicho antes ó decirse despues, reclamar contra la calificacion de levantados ó insurgentes que dá siempre M. Thiers á los españoles armados en defensa de su patria contra una agresion injusta. Insurgentes ó levantados los llamaban Napoleon y sus secuaces, y el oirse llamar así era de las cosas que mas encendieron la ira de los españoles. Con harto mas motivo debe indignar ahora un historiador, que confiesa haber sido un acto pérfido y violento el cometido por el Emperador francés en Bayona contra los reyes y el pueblo de España, culpar á los españoles de estar en levantamiento contra una legítima autoridad. ¿ Por dónde de-

Pronto vino la división de Gobert, que traía de re-fuerzo cuatro mil y seiscientos hombres, entre infantería y caballería, con lo cual tenía el general Dupont bajo su mando un cuerpo de ejército llegado insensiblemente á la fuerza que él deseaba (aunque no constaba mas que de diez y ocho mil franceses y dos mil suizos) en la hora misma en que los levantados se habian resuelto á tomar la ofensiva. Con la division de Gobert llegaban al general Dupont noticias del revés llevado por los suyos delante de Zaragoza y de Valencia, de haberse retirado sobre Madrid el mariscal Moncey, y, de resultas de esto, del apartamiento en que quedaba el ejército de Andalucía, y tambien le llegaron órdenes de mantenerse firme á la orilla del Guadalquivir, sin internarse mas en las provincias andaluzas. Imprudencia habria sido, en efecto, segun estaban las cosas, empuñarse mas adelante en el mediodia de España.

En aquel momento se le estaban, sin embargo, presentando, sin salir de la defensiva, buenas ocasiones de dar golpes duros á los españoles levantados. De ellos los de Granada, mandados por el general Reding, cuyas fuerzas eran en parte de suizos, habian venido á Jaen en número de cerca de doce ó catorce mil hombres. Mientras así iban sobre Jaen las tropas granadinas, las de Andalucía, bajo el mando del general Cas-

Operaciones que podian intentarse contra los levantados de resultas de los puestos que ocupaban.

bían ellos obediencia á Napoleon? ¿Pudo lo hecho en Bayona dar un derecho á quien pretendia regirlos? ¿Eran un rebaño para que una renuncia de sus reyes, aun siendo acto espontáneo, pudiese traspasarlos á otro amo? No por cierto, sean cuales fueren las doctrinas políticas que profese quien á esto responda. Pero M. Thiers los cree propiedad de Napoleon cuando mira como un levantamiento el resistirse á llevar su yugo. Así, al cabo de cuarenta y mas años, sin pasion de codicia de mando, ratifica el historiador francés iniquidades, cuya disculpa, si alguna admitiesen, consentiria en el arrebafo que llevó á cometerlas.

Julio 1808. taños, en número de mas de veinte mil, subiendo por la ribera del Guadalquivir, habia llegado delante de Bujalance, y por algunas guerrillas y partidas de caballería daban á conocer no estar muy lejos. Aunque era imposible en España á los franceses tener espías, porque ni un solo campesino queria hacer traicion á la causa de su patria (noble afecto, por el cual estaba compensada y explicada la ferocidad del pueblo español), fácil era, guiándose por las señales que á cada instante llegaban de la marcha de aquellos dos ejércitos, formarse de ella una idea cabal, y oponerse á sus intentos ya conocidos. Bien podia el general Dupont, dejando en Bailen y Mengibar la division de Gobert, echarse adelante con las de Barbou y Vedel al otro lado del Guadalquivir, interponerse á los dos ejércitos enemigos con catorce ó quince mil hombres, derrotarlos uno despues de otro, ó á ambos juntos, y volverse á su posicion dejándolos muy mal parados. Fuese cual fuese la fuerza de los españoles, nada tenia de temeridad exponerse á un encuentro con ellos, siendo uno contra dos. Esta operacion, que habria obligado al general francés á hacer un movimiento ofensivo adelantando tres ó cuatro leguas, no era, por cierto, un quebrantamiento de la órden de no internarse por la parte meridional de España. Pero, en caso de juzgar tal resolucion demasiado atrevimiento, bien podia el mismo general, sin salir de una rigurosa defensiva, y esperando á sus contrarios, reunirse con Vedel y Gobert en el mismo pueblo de Bailen, y en tal posicion con veinte mil hombres podia estar muy seguro de aniquilar á todos cuantos se presentasen á hostilizarle. Salir de Andújar para venirse á Bailen no era quebrantar la ór-

Julio 1808.

den de no volver á Sierra Morena , así como no era in-
fraccion de la de no internarse en Andalucía adelantar-
se cuatro leguas para oponer una defensiva activa á sus
contrarios.

Inmóvil el general Dupont cuando tenia á los es-
pañoles á su frente , y no concibiendo ni disponiendo
cosa alguna , aunque ya tenia tres divisiones bajo su
mando , no dió mas disposicion que la de quedarse él
con sus tropas en Andújar , y dejar la de Vedel en Bai-
len , y la de Gobert en la Carolina , encargando á estos
dos mirar bien por sí , y estar de continuo vigilantes y
atentos á cuanto los rodeaba , á fin de que no fuesen
por Baeza , Ubeda y Linares á cortarles el paso de los
puertos.

El 14 de julio por la tarde asomó en las alturas in-
mediatas al Guadalquivir , en frente de Andújar , el
ejército enemigo. Las tropas granadinas , mandadas por
el general Reding , se habian quedado en Jaen , apres-
tándose á unirse con las de Andalucía. Estas , que eran
las que asomaban delante de Andújar , y cuyo mando
tenia el general Castaños , venian de la Andalucía baja
por Sevilla y Córdoba , y tambien , como las de Gra-
nada , tiraban á unirse en un solo ejército , pero antes
querian tantear la posicion de Andújar para saber si
era posible tomarla. Su fuerza era como de veinte mil
hombres , en parte de tropas regladas , en cuyos cua-
dros habia muchos mozos recién alistados , y en otra
parte de voluntarios regimentados en cuadros de nueva
creacion. Tenian estas tropas mejor aspecto y mas fir-
meza que todas cuantas hasta entonces habian hecho
frente en España á los franceses , porque se componian
principalmente de las del campo de San Roque , y de

Lastimosa
irresolucion
del general
Dupont
que espera
al enemigo
sin hacer
cosa para
prevenirle.

Asoman
delante
de Andújar
los
levantados
de
Andalucía
el dia 14
de julio.

Julio 1808.

Cañoneo
de
los españoles
á la posición
de Andújar
en el día 15
de julio.

la division que , al mando del general Solano, habia estado ocupando la parte del mediodia de Portugal.

El dia 15 de julio por la mañana , presentándose en masa los españoles , obligaron á los puestos avanzados franceses á retirarse y á abandonarles las alturas que dominan las orillas del Guadalquivir. Entonces cada cual acudió al puesto que le estaba señalado para la batalla : la guardia de París á la obra de fortificacion de delante del puente , la tercera legion de reserva á la márgen del rio , los marinos de la guardia al recinto de Andújar , la brigada de Chabert á la derecha de la misma ciudad , los suizos á la espalda de ésta , y la caballería con el regimiento provisional, número 6 , al llano , y á buena distancia para observar á las guerrillas indisciplinadas que iban alrededor del ejército español como van alrededor del ruso los cosacos.

La vista del enemigo alegró á los soldados franceses , sacándolos de su aburrimiento , y , aunque entre ellos habia muchos enfermos , todos ansiaban con extremo llegar á las manos con los españoles. Pero éstos no eran capaces de pasar el rio teniendo al frente al ejército francés , y así se redujeron á molestarle con un cañoneo de corto efecto que no les hizo gran daño , y al cual respondieron flojamente por no gastar sus municiones , pero dirigiendo bien sus balas que , al caer en medio de tropa apiñada , le mataban de cada tiro mucha gente. A la derecha del rio , ocupada por los franceses , tambien se presentaron las guerrillas de sus contrarios , de las cuales unas habian pasado el Guadalquivir á largo trecho de Andújar , y otras se habian descolgado á la espalda de la misma ciudad de las cumbres y angosturas de Sierra Morena. El general Fresia

lanzó sus escuadrones contra aquellas gavillas, mientras el regimiento número 6 se afanaba por alcanzarlas á bayoneta calada. Mataron los franceses alguna gente de aquella como bandada de aves de rapiña, y á la demas la obligaron á ir á buscar abrigo entre los montes.

Aquella jornada solo denotó en los españoles un conato de probar sus fuerzas contra la posicion de su enemigo, buscando el punto por donde pudiesen caer sobre él con menos peligro y á menos costa. Habia, con todo, razon de esperar al dia siguiente algun esfuerzo mas formal. Por, esto el general Dupont despachó á uno de sus oficiales al general Vedel para saber lo que pasaba, ya en Bailen, ya en la barca de Mengibar, y pedirle, si no tenia enemigos á su frente, que le enviase de socorro un batallon ó hasta una brigada; auxilio que habria sido supérfluo, si hubiesen estado juntas en Bailen todas las fuerzas francesas, como ya se ha dado á notar mas de una vez en esta obra. El fin del dia 15 pasó en Andújar reinando el mas profundo sosiego.

Por el lado de Bailen, los levantados de Granada, situados delante de Jaen, se habian aparecido á lo largo de la ribera del Guadalquivir, tanteando, por donde quiera, y buscando por todas partes la flaca de sus contrarios. A algun trecho delante de Bailen habian pasado la barca de Mengibar y arrollado los puestos avanzados del general Vedel. Pero éste, acudiendo allí con el grueso de su division, y desplegando sus batallones, de modo tal que ostentase bien su fuerza, habia intimidado á los españoles á punto de hacerlos desaparecer completamente. Mas á la izquierda del ejército francés, y por el punto de Baeza y Ubeda, causa

Movimiento precipitado del general Vedel sobre Andújar.

Julio 1808. de perenne inquietud, habian tambien pasado el Guadalquivir los levantados, y destacado de sus tropas partidas de guerrillas sueltas, las que, no obstante ser poquísimo de temer, puestas en campaña á alguna distancia bien podian dar motivo á singulares equivocaciones. El general Gobert, situado en la Carolina, habiendo recibido aviso de haber aparecido aquella fuerza, *habia enviado á toda prisa á Linares partidas de coraceros con encargo de observarla y tenerla á raya.*

Pasa
el general
Vedel
intempesti-
vamente
de Bailen
á Andújar.

Estando así las cosas, el general Vedel, como ya no veia enemigos á su frente, iba á volverse de Mengibar á Bailen, cuando le llegó el ayudante de campo del general Dupont, que le era enviado á pedirle de refuerzo un batallon ó una brigada, segun la ocasion lo requiriese. Sabedor por este ayudante de campo el general Vedel de que el grueso de los enemigos se habia presentado delante de Andújar, y suponiendo que allí únicamente estaba el peligro, cediendo á un celo irreflexivo, se resolvió á ir con su division entera á la ciudad amenazada, enviando á decir al general Gobert que viniese á ocupar á Bailen, punto que, por salir de él la segunda division, iba á quedar desocupado, y, hecho esto, se puso inmediatamente en camino al caer del dia 15, y en la noche de este dia al 16 no paró de marchar, movido en verdad de un pensamiento que le honra, pero no por esto menos digno de ser tachado de imprudente, pero no sabia lo que podria suceder en Bailen, despues de su salida, y, con su ausencia, dejaba en duda la suerte de un puesto de la mayor importancia para la seguridad del ejército todo.

Aparecióse el general Vedel en Andújar con todas sus tropas el dia 16 por la mañana. Lejos de repre-

derle el general Dupont por su precipitacion, cedió, al revés, al gusto de verse reforzado cuando tenia al frente un enemigo que se presentaba en mayor número que el dia anterior y mas dispuesto á un ataque formal, y así aprobó la accion de su subalterno hasta darle por ella gracias. Los soldados de Dupont, que en dos meses no habian visto francés alguno, prorumpieron en clamores de alegría al presentárseles sus compañeros, y creyeron llegado el momento en que iban á castigar á los españoles por su jactancia. Era aquella efectivamente buena ocasion de remediar los yerros antes cometidos, arrojándose sobre el enemigo con catorce mil franceses y dos mil suizos, y echándole arrollado á buen trecho para largo tiempo, cosa fácil sobremanera, atendiendo al ardor que entonces animaba á los soldados, jóvenes y nuevos en su oficio. Pero el general Dupont dejó á los españoles seguir cañoneando á Andújar todo el dia, y se contentó con recrearse en ver las vacilaciones é inexperiencia de sus contrarios, sin hacer contra ellos cosa alguna, fuera de dispararles de cuando en cuando algunas andanadas de artilleria. Los españoles, aunque deseosos de forzar la posicion de Andújar, no atreviéndose á intentarlo en todo el dia (1)

(1) No pensaron los españoles en operacion alguna formal contra Andújar en el 16 de julio. Dupont hubo de recelar que lo hiciesen y aún lo achacaba á causas hijas del fanatismo que en ellos suponía. En una carta suya del mismo 16, interceptada y publicada en una de las gacetas de la Junta de Sevilla del mismo julio: *Hoy es* (escribia, por el 16) *el aniversario de la batalla de las Navas de Tolosa, y la preocupacion religiosa dá á este dia importancia en los entendimientos españoles.* ¡Singular cosa, por cierto, culpar como fanatismo el recuerdo de una victoria gloriosa un francés servidor de un emperador que tanto caso hacia de los aniversarios de Marengo y de Austerlitz! Esto aparte, M. Thiers, que de ello no habla, tiene que blasonar de la supuesta ventaja alcanzada por sus paisanos el dia 16 en compensacion de lo que pasó el 19.

Julio 1808. no hicieron mas que bajar de las alturas que ocupaban junto á la orilla del rio, y subirse otra vez á ellas, retrocediendo sin probar á ir mas allá, por ver delante las bayonetas francesas. Por breves momentos aparentaron ir á atravesar el Guadalquivir por la izquierda de Andújar y hácia el punto de Villanueva, pero desde allí veian por la ribera á ellos opuesta ir marchando la division del general Vedel, vista que les heló el aliento. Acabóse, pues, el dia 16 en no menos sosiego que el anterior, teniendo los franceses pocos muertos y heridos, y muchos mas los españoles, en quienes habia hecho estrago el fuego de la artillería su enemiga, no obstante ser inferior en número á la suya, y haber sido ya mas lenta en sus disparos.

Aprovecha
el general
Reding
la
evacuacion
de Bailen
para
presentarse
alli.

No habian pasado con igual felicidad las cosas por la parte de Bailen y de la barca de Mengibar. El 16 por la mañana, mientras iba marchando á Andújar el general Vedel, sin necesidad alguna de hacerlo, el general Reding, que al frente del ejército de Granada habia hecho algunas pruebas de echarse sobre Bailen, renovaba sus tentativas con mas arrojo que en el dia anterior, siendo en él natural este aumento en su osadía por haber desaparecido completamente de aquel lugar la division del general Vedel. Atravesado el rio por la barca de Mengibar, no encontraron las tropas españolas al pié de las alturas de Bailen otros enemigos que al general Liger-Belair con algunos centenares de soldados, el cual, con tan corta fuerza, no tuvo mas partido que tomar que el de retirarse en buen orden. En aquellos momentos llegaba el general Gobert, avisado por el general Vedel de estar desocupada Bailen, y trayendo consigo, para defensa de aquel lugar, tres

Julio 1808.

batallones y algunos coraceros. La division del general Gobert, muy reducida en número por haber dejado detrás de sí destacadas varias partidas en la Carolina, Guarroman y Bailen, habia venido á quedar muy corta de fuézas en su marcha por las angosturas de Sierra Morená, y al llegar al enemigo solo era una cabeza de columna. Sin embargo, aquel general jóven, entendido y fogoso, con sus tres batallones y sus coraceros, contuvo á los españoles, á cuya infantería dió una récia carga el mayor Cristophe que mandaba los coraceros, arrollándola como á gente poco acostumbrada al embate de tan poderosos ginetes. Pero, cuando estaba el mismo general Gobert dirigiendo estos movimientos, recibió en mitad de la frente un balazo, de tiro disparado desde un matorral donde estaban emboscados tiradores españoles, de los que donde quiera se encontraban. Cayó Gobert sin sentido, quedándole pocas horas de vida, y siendo amargamente llorado por el ejército entero.

Accediendo el general Gobert á detener á la columna de Reding, queda muerto entre Mengibar y Bailen.

El general Dufour, al cual tocaba sucederle en el mando, acudió al lugar de la pelea, y vió á las tropas francesas desanimadas con el golpe que las habia privado de su general, por lo cual hubo de estimar lo mas oportuno replegarlas sobre Bailen. Los españoles, que andaban buscando la parte flaca de la posicion de sus contrarios, aunque no tenian proyecto hecho de dar un ataque formal, no pasaron adelante de donde estaban en aquella hora, pero sintieron que si apretaban á su adversario por aquel lado entraria bien el acero.

El general Dufour volvió á Bailen, donde tenia una buena parte de la division de Gobert. Habiendo

El general Dufour, sucesor en el

Julio 1808.

mando
del general
Gobert,
cree que
tos españoles
tratan
de envolver
la posición
de Bailen
por Linares,
y acude
á la Carolina
para
impedirlo.

visto que no le seguian los españoles, sino que se quedaban fijos en la orilla del Guadalquivir, se inclinó á creer que el ataque formal de aquellos se dirigia á otro punto. En efecto, cuando habia tan poca apariencia de peligro por la parte de Mengibar, iba apareciendo uno de la mayor gravedad en Baeza y Ubeda. Los reconocimientos hechos por esta última direccion, ó ya fuesen desempeñados por oficiales poco entendidos, ó ya aparentasen fuerza muy superior á la que tenian las partidas sueltas que habian atravesado el Guadalquivir por mas arriba de Mengibar, todos daban á entender que estaba un verdadero ejército en el camino de heradura y travesía que desde Baeza iba pasando por Linares á parar cerca de la Carolina por la espalda de Bailen. A estos indicios se agregaban instrucciones secretas del general Dupont, el cual, habiendo cometido el yerro de no situarse en Bailen, le agravaba en vez de repararle, por la continua inquietud que sentia y que comunicaba á los generales sus subalternos. En el dia anterior, y aún en el mismo 16, habia escrito al general Gobert que debia tener puesta constantemente la vista en el camino que de Baeza y Ubeda iba á Linares, y que, á la primera señal de un movimiento de los enemigos por aquel lado, debia retroceder con toda su fuerza desde Bailen á la Carolina, porque en este último punto estaba la salvacion del ejército, siendo, por lo mismo, forzoso guardarle á toda costa. ¡Precaucion singular y que fué la perdicion del mismo ejército, llevando por objeto salvarle!

El general Dufour, al cual tocaba de derecho llevar á ejecucion las instrucciones dadas por el general superior, despues de muerto Gobert, habiendo recibi-

do noticias propias para infundirle temor en punto al camino de Baeza y Linares, no pudo contenerse, y en la misma tarde del 16 salió de Bailen para la Carolina, creyendo que iba á libertar al ejército de la desdicha de quedar envuelto. El fatal lugar de Bailen, donde tocaba á la grandeza del poder francés fracasar por la vez primera, quedó otra vez evacuado y expuesto á ser ocupado por los españoles.

Ciertamente, el general Dufour tenia en abono de su conducta las instrucciones que habia recibido, las noticias que le habian llegado, y la confianza en que estaba en punto á la pronta vuelta del general Vedel á Bailen. Al salir, pues, como hizo, en la tarde del 16 para pasar á la Carolina, dejó solo una corta partida destacada observando las alturas que dominan á Mengibar y la orilla del rio.

La noticia de haber sido muerto el general Gobert, y replegándose su division, llegaron á Andújar al caer la tarde del mismo dia 16, porque solo dista de allí Bailen como seis á siete leguas francesas, distancia que un oficial á caballo atraviesa con facilidad en dos ó tres horas. Llegaron tan fatales nuevas cabalmente al entrar la noche, y al concluir el cañoneo inútil cuyos cortos efectos van aquí poco antes referidos.

El general Dupont, en cierto modo participante del yerro del general Vedel con haberle aprobado, empezó á dolerse de que éste hubiese desamparado á Bailen para venir á Andújar. Al momento, no obstante estar todavia ignorante de la partida del general Dufour á la Carolina, pensando cuán grave habia de haber sido un ataque, en el cual habia caido muerto el general Gobert, y, retirándose su division, mandó al

 Julio 1808.

Sale
el general
Dufour
de Bailen
para
la Carolina
el 16 por la
tarde.

Al saber
el general
Dupont
la muerte de
Gobert,
se dá priesa
á enviar
de vuelta
á Bailen
la division
de Vedel.

Julio 1808.

general Vedel salir sin la menor demora de vuelta á Bailen , ocupar esta poblacion con gran fuerza , derrotar á los levantados en Bailen , la Carolina y Linares , en suma , donde quiera que se apareciesen , y , hecho esto , volverse apresurado á ayudarle á acabar con los que estaban delante de Andújar . Ni por un momento le ocurrió ir él mismo con Vedel , ó á una jornada de distancia de éste para estar mas seguro de impedir las desgracias que recelaba . ¡Fatal é increíble ceguedad , de que no faltan ejemplos en la guerra , si bien , por fortuna , y para salvacion de los pueblos y de los ejércitos , no siempre traen consigo desastres á tal punto espantosos ! ¡Pero injusticia seria en este caso acusar á la Providencia , porque , despues de los sucesos de Bayona , no merecian los franceses ser favorecidos por la fortuna (1) !

Habia algunos dias que el calor era bochornoso , siendo poco mas frescas las noches que los dias , á lo cual se agregaba escasear de continuo los víveres en Andújar . Apenas hubo , aún imponiéndose privaciones , con que dar á los soldados de Vedel lo necesario para matar el hambre . Así que , salieron estos de Andújar á la media noche , entre el 16 y 17 , muy cansados todavía de la marcha que el dia antes habian hecho para llegar allí , y dejando á sus compañeros de la division de Barbou muy entristecidos por tal separacion . Duró la marcha de los de Vedel toda la noche , y no llegaron á Bailen hasta las ocho de la mañana del dia 17 , muy alto ya el sol en el horizonte , y con un calor otra vez excesivo .

(1) ¡Reflexion sana y justa de que se olvida M. Thiers con frecuencia !
N. DE A. A. G.

Llegado á Bailen el general Vedel, quedó por demas admirado al saber que el general Dufour habia salido de allí para la Carolina, dejando solo delante de Bailen una partida de poca fuerza, pero cesó su admiracion de allí á poco, al saber qué causa habia movido al general su compañero á dar tal paso, que era el rumor generalmente esparcido, de haber pasado un cuerpo de ejército español por Baeza y Linares á ocupar los puertos. Al recibir el general Vedel esta noticia, sin reflexionar mas que lo habia hecho el dia antes, cuando desde Mengibar acudió á Andújar, no dudó un instante de la veracidad de la voz llegada á sus oidos, y creyó completamente que los españoles, cuyo empeño en obrar contra Andújar habia sido tan poco, y que no habian aprovechado la ventaja por ellos alcanzada en Mengibar sobre el general Gobert, llevaban adelante la ejecucion de un proyecto hábilmente calculado, como era el de engañar á los franceses con un ataque falso, é ir á envolverlos por Baeza y Linares. Sin embargo, á pesar de estar dominado por una idea que no queria profundizar, mandó hacer un reconocimiento delante de Bailen, para ver si se descubria algo desde aquella altura, desde la cual se registraba toda la parte de la cuenca del Guadalquivir por aquellas inmediaciones. Nada descubrió la partida enviada ~~ni~~ á la falda de las alturas, ni en las orillas del mismo rio. Entonces ya no quedó duda al general Vedel, quien dió por supuesto que toda la fuerza enemiga habia pasado por Baeza y Linares para caer en la Carolina, donde, puesta á la espalda del ejército francés, cortaria á éste el paso por los puertos de Sierra Morena. Asi que, no titubeó, y si no hubiese sido por ser tal

 Julio 1808.

Sabedor el general Vedel de que el general Dufour habia salido de Bailen para la Carolina, se resuelve á seguirle y queda así Bailen desocupada por tercera vez.

Julio 1808. el calor del medio del día , que no bajaba de cuarenta grados del termómetro de Reaumur, y era causa de que cayesen accidentados soldados y caballos , en aquella misma hora se habria puesto en camino. Pero , al caer el mismo día 17, salió de Bailen , llevándose consigo hasta la partida apostada á guardar las alturas inmediatas al Guadalquivir. ; Tanto era su temor de no llegar á la Carolina con fuerzas suficientes! En sus días de próspera fortuna , sucede á los generales encontrar subalternos que remedien sus yerros, pero el general Dupont dió esta vez con unos que le agravaban cruelmente los que él habia cometido.

· Verdadero
proyecto de
los ejércitos
españoles
mientras
se les estaba
suponiendo
el de
envolver
al ejército
francés por
los puertos.

De todos estos supuestos movimientos del ejército español hacia la Carolina por Baeza y Linares , ni uno habia que fuese cierto. Partidas de guerrilla mas ó menos numerosas habian inundado las tierras cercanas al Guadalquivir , y llegado hasta Sierra Morena, alucinando á oficiales poco entendidos ó nada atentos á lo que notaban. Pero de los dos ejércitos principales el de Granada se habia movido sobre Bailen , y el de Andalucía sobre Andújar , siendo la verdadera intencion de ambos ir examinando y tanteando la posicion de los franceses para ver por qué lado seria posible atacarlos con mas probabilidad de buen éxito. La impaciencia de los levantados los impelia á pedir que se atacase sin demora , fuese por el punto que fuese , y la prudencia del general Castaños , encargado del mando supremo, tenia que estar en pugna con las declamaciones de hombres alborotados de su mismo estado mayor , á fin de libertarse de un revés como el que habian llevado Blake y Cuesta. Las tentativas hasta allí hechas eran un modo de entretener á los impacientes , y de buscar

Julio 1808.

el punto por donde fuese menos imprudencia tomar la ofensiva. La respetable actitud de los franceses delante de Andújar en los dias 15 y 16, y su resistencia menos invencible entre Mengibar y Bailen, pues en este último lugar habia sido muerto uno de sus generales, y cedido por ellos el campo, daban á conocer que sobre Bailen debian caer los españoles, si querian aventurar un esfuerzo de que pudiesen prometerse feliz salida. Este raciocinio del general Castaños le acreditaba de perspicaz como militar, é iba á ser premiado por la fortuna, tan favorable á este momento de sagacidad y prevision, cuanto adversa al general Dupont, en castigo de un momento de yerro. Llamó el general español á consejo de guerra, donde los mas imprudentes pretendian que sin mas demora fuese atacada de frente la posicion de Andújar. Pero el cuerdo y avisado Castaños reputaba que hacerlo así seria tentar demasiado á la fortuna, y no queria exponerse á un revés harto fácil de prever. En su sentir, los sucesos del dia anterior prometian mejor suerte á un ataque dado por Bailen, proyecto que le convenia, tanto mas cuanto cargaba sobre el general Reding y las tropas de Granada la responsabilidad de la empresa. Para dar mas valor á esta tentativa dispúsose agregar á las fuerzas del general Reding la division de Coupigny, una de las mejores del ejército de Andalucía, y que el general Castaños se quedase con las dos divisiones de Jones y La Peña al frente de Andújar, á fin de encubrir mejor á los franceses por dónde iban á ser formalmente atacados. El general Reding tenia ya consigo cerca de doce mil hombres, y siendo reforzado con seis á siete mil, llegaria á juntar bajo su mando diez y ocho

Consejo de guerra celebrado ante el general Castaños, donde se resuelve atacar á los franceses por la parte de Bailen.

Julio 1808. mil (1) á lo menos, quedando como quince mil al general Castaños para traer ocupada la atencion de los franceses por Andújar.

Formado este proyecto, pasóse sin tardanza á ponerle por obra, y mientras la division de Coupigny se ponía en movimiento para ir por la orilla del Guadalquivir, rio arriba hasta Mengibar, y juntarse con el general Reding, á fin de dar unidos el ataque á Bailen; al dia siguiente 18, las tropas del general Castaños se estuvieron desplegando con ostentoso alarde en las alturas que hacen frente á Andújar.

Entretanto, durante este mismo dia 17, fácil era, con prestar alguna atencion, divisar desde el campamento francés un movimiento de los españoles hácia su derecha, consecuencia del plan que acababan de adoptar. El general Fresia, que mandaba la caballería francesa, habia enviado por el puente de Andújar un regimiento de dragones á recorrer la tierra del otro lado del Guadalquivir, muy cerca de los españoles, los cuales, viendo esta fuerza, formaron en batalla y recibieron á tiros á la caballería su enemiga. Pero el coronel del mismo regimiento de dragones distinguió muy claramente el movimiento de los españoles de izquierda á derecha hácia Mengibar, ó, lo que era lo mismo, hácia Bailen. Sin conocer el secreto de sus contrarios, era evidente á los franceses, por la direccion que llevaban los españoles, y aún por las falsas voces esparcidas de que iban á hacer una tentativa sobre la Carolina, que el peligro iba siendo de bulto hácia la iz-

De resultas
de un indicio
en que repara
un coronel
de caballería
toma
el general
Dupont
la determina-
cion
de levantar
el campo,
pero
por desgracia
remite
á dentro

(1) Nunca tuvo arriba de quince mil, de los cuales destinó una parte, mandada por el coronel Cruz Mourgeon.

quiera de su posición, ya fuese hacia Bailen, ya hacia la Carolina misma, por lo cual, la maniobra mas segura de todas era la de concentrar las fuerzas en aquellos puntos. Además, la noticia de la salida del general Vedel para la Carolina, siguiendo al general Dufour, y de estar del todo desocupado Bailen, que recibió Dupont en aquella tarde, debería haberle decidido á ponerse en camino sin demora. Tiempo tenía aún en la tarde y prima noche del 17 para situarse en Bailen, pues los españoles no hubieron de llegar allí hasta el 18.

Julio 1808.

de veinte
y cuatro
horas llevar
su determi-
nacion
á efecto.

Pero el general Dupont, constantemente ofuscado con la gran fuerza enemiga, que delante de sí veía desde Andújar, y no pudiendo persuadirse de que el peligro hubiese mudado de lugar, á lo cual se agregaba tener que llevar consigo una cantidad crecidísima de enfermos, de los que no quería dejar atrás ni uno solo, porque cada hombre rezagado era una víctima segura de un asesino, remitió al día siguiente poner por obra su primer pensamiento, á fin de dar á la administración del ejército el tiempo necesario para poner en movimiento los hospitales y bagages. ¡Tardanza funesta y digna de ser eternamente llorada!

Quedó, pues, aplazada al día siguiente 18 la ejecución de lo resuelto en punto á levantar el campo. En efecto, en el mismo día 18, recibió el general Dupont noticias de los generales Dufour y Vedel, por las que supo que seguían buscando al enemigo por las vecinas cañadas; que habían llegado á Guarroman sin tropezar con él, y que iban á marchar á la Carolina y Santa Elena, y adonde quiera corria la voz de que estaba; que iban resueltos á atacarle con sumo ímpetu, y á

Julio 1808. destruirle, y que, hecho así, volverian á tomar posición en Bailen para quedarse allí, ó para ir á juntarse con su general superior en Andújar. Pero entretanto, quedaba Bailen en descubierto, y expuesta á ser ocupada aún por la partida mas corta, cuando todo estaba declarando que allí marchaban con grandes fuerzas los españoles. Así es que, habiendo en aquel dia adelantándose una patrulla hasta la orilla del arroyo del Rumblar, torrente que es necesario atravesar para pasar de Andújar á Bailen, habia tropezado allí con tropas españolas. Forzoso era, pues, darse prisa y salir los franceses de Andújar sin perder un momento, para estar en Bailen antes que sus contrarios.

No teniendo todavía el general Dupont inquietud alguna grave, y creyendo que las tropas vistas en la orilla del Rumblar eran solo una partida allí destacada á hacer un reconocimiento, dió órdenes para emprender la marcha en el mismo dia 18. No quiso empezar su movimiento hasta que entrase la noche, á fin de ocultarle al general Castaños y de llevarle de delantera siete ú ocho horas. Bien podria haber volado el puente de Andújar, con lo cual habria hecho mas largo á los españoles el venir dándole alcance, pero, temiendo con tal explosion poner sobre aviso á sus contrarios, se contentó con hacinar estorbos en el puente, de modo que para despejarle fuese necesario algun tiempo, y, recién cerrada la noche, entre ocho y nueve de ella, comenzó su marcha de retirada. Traia, por su desgracia, como poco antes aquí vá dicho, una cantidad crecidísima de bagages, porque habia crecido infinito en sus tropas el número de enfermos con el calor y los malos alimentos, estando casi la mitad del cuerpo de ejército

Retirada
de Andújar
dispuesta
para
la noche del
18 al 19
de julio.

Julio 1808.

padeciendo disentería. Sin embargo, solo los mas debilitados por el mal estaban en los hospitales, siendo grande la cantidad de soldados á quienes se obligaba á seguir en las filas cuando apenas podian con las armas. Los dolientes de mas gravedad fueron puestos en carros, quedándose á pié siguiéndolos quinientos ó seiscientos hombres, á quienes faltaban medios de transportar, los cuales caminaban, flacos y descoloridos, moviendo á lástima con su aspecto. Nunca, hasta allí, habia sido tanto el calor, pues pasaba de cuarenta grados. Los españoles mas viejos no se acordaban de haber visto cosa semejante. Salieron, pues, de Andújar los franceses en la noche, rendidos por el calor del día, pudiendo apenas respirar hombres ó caballos, y moviéndose en una atmósfera de fuego, aunque algunas horas antes habia el sol desaparecido del horizonte. El ejército no habia recibido su racion completa, y los soldados, al emprender su marcha, iban molestados por el hambre y la sed, y muy entristecidos al ver una retirada que denotaba no estar en buena situacion las cosas.

Forzoso era á los que se iban retirando mirar por sí por la espalda, porque el general Castaños, mejor servido en materia de espías que el general Dupont, podia recibir de dentro de la misma Andújar avisos de que se retiraban sus enemigos, y venir á darles alcance. Por esto, no puso el general Dupont á la cabeza de sus bagajes mas fuerza que la brigada de infantería del general Chabert, por ser la que estaba mas atrás y á la derecha del puente, y la mas distante del enemigo, debiendo por lo mismo hacerse menos notable su movimiento. Así que, deslizándose esta bri-

Marcha
del ejército
francés
de Andújar
á Bailen.

Julio 1808. gada con gran silencio de derecha á izquierda por la espalda de Andújar, fué á formar la cabeza de la columna. Constaba la misma brigada de Chabert de tres batallones de la cuarta legion de reserva, y de uno suizo al servicio de Francia (el de Freuler), regimiento seguro por haber militado con los franceses largos años. Acompañaban á esta fuerza de infantería, que seria de hasta dos mil y ochocientos hombres, una batería de seis piezas de á cuatro, y un escuadron de caballería, siguiendo los bagajes, que bien cubrirían de dos á tres leguas de terreno. Detrás de los bagajes iban los regimientos suizos de Preux y Reding, antes al servicio de España, tropa reducida por la desercion hasta no contar arriba de mil y seiscientos hombres. En pos de ellos marchaba la brigada de Pannetier, compuesta de dos batallones de la tercera legion de reserva, y de otros dos de la guardia de París, fuerza que en total seria de cerca de dos mil y ochocientas plazas. Por último, venia cerrando la marcha con los marinos de la guardia imperial, y lo restante de la artillería, la caballería, que consistia en dos regimientos de dragones, dos de cazadores á caballo, y un escuadron de coraceros, y que, de contar dos mil y cuatrocientos hombres montados, habia venido á ser de mil y ochocientos solamente. Todo el cuerpo de ejército del general Dupont, que al salir de Toledo constaba de arriba de diez mil franceses, y dos mil y cuatrocientos suizos, y que, todavía al desamparar á Córdoba, era de ocho mil y seiscientos franceses y dos mil suizos, ya no llegaba á tener mas que siete mil y ochocientos franceses, y mil y seiscientos suizos, ó, en total, nueve mil y cuatrocientos hombres en la

Julio 1808.

hora en que salió de Andújar. Estas tropas, sobre ser tan escasas en número, venían cortadas por los bagajes en dos trozos, uno de las cuales, y este el delantero, era el mas flaco en fuerzas, siéndole muy superior el de retaguardia, así en el número como en la calidad de la tropa que le componia. El general, segun acaba aqui de decirse, lo habia dispuesto así, porque, temiendo ser perseguido, juzgaba tener el peligro á su espalda y no á su frente.

Caminaron los franceses toda la noche, con un calor que no templaba el menor soplo de viento, y por entre una nube de polvo levantado por las columnas que iban de marcha. Los caballos rendidos, y anegados de sudor, cuando respiraban, en vez de sorber aire, tragaban polvo. ¡Triste noche, que precedió á un dia aún mas horróroso!

A las tres de la madrugada llegaron los del general Dupont á las orillas del Rumblar, arroyo ó torrente, que, cuando lleva agua, corre por entre peñas escarpadas, en medio de un barranco bastante hondo. Un puentecillo echado sobre su cáuce da paso de la una á la otra de sus orillas. Al llegar allí, los soldados trataron de apagar la sed, pero encontraron enteramente seco el arroyo, y se vieron forzados á proseguir su camino. Pasado el puente, subé algo la carretera, atravesando entre alturas pobladas de olivares. Allí solian estar los puestos avanzados de la division francesa, á cuyo cargo estaba guardar á Bailen, distante del Rumblar solo tres cuartos de legua. Pero, en vez de las avanzadas del general Vedel, vieron los franceses con lá luz del dia, que empezaba á clarear, partidas de tropa española, las cuales los recibieron con una descarga de fusile-

Llegan los franceses á las orillas del Rumblar el dia 19 á las tres de la madrugada.

Tropiezan los franceses con los españoles delante de Bailen donde creian que iban á encontrar á los suyos.

Julio 1808.

ría (1). Al momento se puso en defensa la brigada del general Chabert, correspondiendo con su fuego al de su enemigo. Estaba allí cortado por varios batallones españoles formados en columna cerrada el paso por el camino, que en aquel lugar es una cañada entre alturas poco considerables. Si aquellas tropas hubiesen defendido las orillas del Rumber, ciertamente los franceses no habrían podido pasarle. Era la fuerza allí situada la vanguardia de los generales Reding y Coupigny, cuyas divisiones, según el plan adoptado por el estado mayor español, habían pasado el río por la barca de Menjibar el día 18, y marchado inmediatamente sobre Bailen, población que encontraron desocupada por sus enemigos, y en la cual se situaron. Al caer de la tarde habían cubierto el camino de Andújar con algunos batallones, que eran las tropas con que habían tropezado las del general Dupont el 19 por la madrugada, cortándoles el paso á Bailen.

Al momento se puso en defensa la vanguardia francesa por la derecha del camino y en los olivares. Componíase de un batallón de la brigada de Chabert, de cuatro compañías de cazadores de infantería y granaderos, de un escuadrón de cazadores á caballo, y de dos piezas de á cuatro. Rompió un fuego vivísimo de guerrillas, mientras salía á galope un ayudante de campo á traer los otros tres batallones del mismo ge-

(1) El proyecto de los españoles era caer sobre Andújar al romper del día 19, viniendo los de Reding y Coupigny por la parte de Bailen, por la cual no tenían que pasar el Guadalquivir, y las otras dos divisiones de La Peña y Jones con Castaños, forzando el paso del río. Estaban poniéndose en marcha los españoles llegados el día antes á Bailen, cuando tropezó con ellos Dupont al venir retirándose de Andújar.

Julio 1808.

neral Chabert, lo restante de su artillería y la brigada de cazadores á caballo. La vanguardia, mientras le llegaba este refuerzo, peleaba lo mejor que podia, y, tiroteándose durante una hora ó dos, mató mucha gente á los españoles, perdió no poca de la suya, y logró sostenerse. Por fin, á las cinco de la mañana, muy alto ya el sol sobre el horizonte, llegó lo restante de la division de Chabert al lugar de la pelea. Los soldados de esta brigada, no obstante venir jadeando, sin haber podido resollar ni matar la sed, embistieron con fuerza á los batallones españoles, ya por el frente, ya por el costado, y los obligaron á abandonar la hondonada por donde iba el camino para replegarse á su cuerpo de batalla. Así llegaron las opuestas fuerzas combatiendo á un llano corto y un tanto desigual, ceñido por ambos lados por alturas pobladas de olivares, y que remataba en el pueblo de Bailén. Allí aparecia formado en batalla y en tres líneas el ejército español de Reding y Coupigny, compuesto de hasta de diez y ocho mil hombres (1), y cuyo frente estaba cubierto de una artillería tremenda por el número y calibre de las bocas de fuego de que constaba. Estas tropas iban á ponerse en marcha sobre Andújar para coger por la espalda á los franceses, mientras los atacaba de frente el general Castaños, cuando la vanguardia enemiga se apareció á detenerlas en su movimiento.

Apenas habian arrollado las tropas francesas á los batallones españoles, que encontraron atajando el camino, y no bien desembocaron en el llano, cuando

El ejército francés, arrolladas las avanzadas españolas, desemboca en el llano de Bailén.

Primer combate entre el ejército español y la brigada de Chabert.

(1) Unos doce ó trece mil tendria allí.

Julio 1808.

Tardía
llegada de lo
restante
del ejército
francés.

rompió sobre ellas la artillería española un fuego horroroso de balas de cañon y de metralla. Sin demora puso el general Chabert sus seis piezas de á cuatro en batallá, pero, luego que estas hubieron disparado algunos tiros, quedaron desmontadas é inutilizadas. Poco podian hacer, en efecto, seis piezas de á cuatro contra mas de veinte y cuatro de á doce bien servidas. A las ocho de la mañana, y cuando llevaba ya cuatro horas de duracion la pelea, llegó lo restante de la artillería francesa con su caballería, y la brigada suiza compuesta de los regimientos de Preux y Reding. La brigada de Pannetier, que cerraba la marcha de su ejército con los marinos de la guardia imperial, tuvo orden, al llegar, de situarse á retaguardia, en el puentecillo del Rumlár, de modo que impidiese el paso por él á las tropas del general Castaños, si, por casualidad, venia éste dando alcance á los franceses. Nueva desdicha era, sobre otras tantas, no arrojar en masa el general Dupont todas cuantas tropas tenia para abrirse camino por Bailen, y de este modo reunirse con las divisiones de Vedél y Dufour.

Fuese como fuese, al llegar á los franceses refuerzos, se embraveció é hizo mas general la pelea, desembocando ellos en el reducido llano de Bailen con la brigada de Chabert, la de los suizos, y la caballería, y esforzándose por ganar terreno. Sin embargo, era en balde haber procurado con su artillería de á cuatro y á ocho acallar á la formidable batería de á doce que cubria á la mitad del ejército español, pues, á cada instante, quedaban desmontadas las piezas de la primera sin hacer gran daño á la de sus contrarios, logrando solo con algunas balas que caian en la profunda for-

mación de los españoles, llevarles de sus tropas filas enteras. La brigada suiza de los regimientos de Preux y Reding, situada en el centro, se portaba con firmeza, aunque con dolor y repugnancia peleaba contra los españoles, en cuyo servicio había militado largo tiempo, y contra sus propios compatriotas, de los cuales había varios batallones en el ejército que se les oponía.

En este momento, queriendo los españoles aprovecharse de su superior número para envolver á sus enemigos, procuran trepar á una alturilla, que á la derecha de estos había. El general Dupont envia allí al momento los dragones del general Pryvé, el batallon suizo al servicio francés de Freuler, y un batallon de la cuarta legion de reserva. Adelántanse denodados estos dos batallones de infantería, mientras por su derecha lleva el general Pryvé sus escuadrones á trote. Como no permitiese el camino, lleno todo de maleza y olivos, que caminase en buen orden la caballería, el general Pryvé manda á esta esparcirse en guerrillas, y llegar á su destino, como pueda, mientras los dos batallones desplegados sostienen el fuego de los españoles. Llegados á la altura los ginetes franceses se forman, y en seguida se precipitan á galope sobre los batallones de sus contrarios, á los cuales desbaratan y obligan á recogerse á su línea de batalla, tomándoles antes tres banderás.

Los españoles, rechazados en la tentativa, que por la derecha de sus enemigos habian hecho, hacen otra igual por la izquierda de los mismos, sobre unos altos que la dominan. El general Dupont, resuelto, al fin, á poner en línea todo lo restante de sus tropas, excep-

Esfuerzos de los españoles por las alas de los franceses, los cuales frustra la caballería de estos con vigor extraordinario.

Julio 1808. to un batallón de la guardia de París, al cual deja en observación en el puente del Rumblar, opone la brigada de Pannetier al nuevo movimiento de los españoles, y manda á sus dragones, pasándolos de su derecha á su izquierda, repetir la maniobra que también le ha probado.

Mientras hacen frente los tres batallones de la brigada de Pannetier á los españoles, que amenazan á la izquierda de sus contrarios, tiroteándose con ella el general Pryvé, empezando otra vez lo que ya había hecho, lleva sus ginetes en guerrillas por entre zarzales y olivares, los forma, no bien llegan á lo alto, y luego los arroja sobre los españoles, que, rotos al empuje, de nuevo se recogen á su cuerpo de batalla. Entretanto, sigue manteniéndose la brigada suiza en medio del llano sin menoscabo de su firmeza, mientras el general Dupré, llegado á ponerse en línea con sus cazadores á caballo, ejecuta cargas brillantes sobre el centro de sus enemigos. Pero cada vez que estos se ven acometidos por su derecha, ó por su izquierda, ó por su centro, á bayonetazos ó cuchilladas, se recogen á dos líneas inmóviles, que aparecen en el fondo del campo de batalla, como un muro de bronce impenetrable, líneas que sobre contener un número de tropas tres ó cuatro veces superior (1) al de las francesas, están apoyadas por su espalda en el pueblo de Bailen, y por sus costados en alturas muy pobladas de árbo-

Estado
de
la batalla á la
mitad del
día.

(1) ¿Cómo tres ó cuatro veces superior, aún según M. Thiers? ¿No confiesa éste que llevaba consigo el general Dupont nueve mil hombres? ¿Y pretende acaso que los generales Reding y Coupigny tenían treinta y seis, ó, siquiera, veinte y siete mil?

les; y, en fin, cubiertas por su frente por una formidable artillería. Al ver tal espectáculo los soldados franceses comienzan á sentir que descaece su espíritu. Son las diez de la mañana: el calor ahoga: hombres y caballos apenas pueden resollar, y en el campo de batalla, abrasado por el sol, no se encuentra en parte alguna un palmo de sombra ó una gota de agua con que se restauren los combatientes durante los cortos intervalos de una horrorosa refriega.

Pero apenas se acierta con lo que hacia entretanto el general Vedel, tan pronto en los dos dias inmediatamente anteriores en ir de un lugar á otro, llegando á Andújar, cuando allí no se le necesitaba, y tan tardío en esta ocasion, cuando tan necesaria era su presencia. Se le esperaba, con todo, no pareciendo posible que tardase, oyendo el estampido de los cañonazos, que en aquellas cañadas largas y hondas por fuerza habia de retumbar hasta en la Carolina. El general Dupont da aviso por las filas de que ya llega, á fin de reanimar con esta noticia á sus soldados, y, en seguida, se resuelve á probar un movimiento general para tomar por asalto los puestos defendidos por sus enemigos. Pasea al frente de sus tropas, y manda que allí traigan las banderas tomadas por su caballería, á vista de las cuales, reviviendo en sus soldados el valor juvenil, rompen éstos en gritos de *viva el Emperador*. Bien inspirados algunos oficiales en aquella hora por el peligro, aconsejan formarse en columna cerrada por su izquierda, y acometer á un solo punto, esto es, al de la carretera por donde hay paso á Bailen y á la Carolina, ó, lo que es lo mismo, por donde está la division de Vedel, con lo cual se lograba salvarse, resignán-

 Julio 1808.

Desaliento de los bisoños soldados franceses al ver las masas de fuerza enemiga que no hay esperanza alguna de romper.

Ataque general y desesperado dado por los franceses á todo el frente de la línea española.

Julio 1808. **dose á un sacrificio, aunque doloroso, necesario, como era el de abandonar los bagajes llenos de enfermos. El general Dupont, constante en su ceguedad, desconoce el valor de tan juicioso consejo, y persiste en embestir de frente á toda la línea española, como queriendo acabar de un golpe con todo el ejército de sus contrarios. A una señal dada, arrójanse en masa los soldados franceses á sus enemigos, pero, siendo recibidos con un fuego horroroso, así de metralla como de fusilería, llegan á fluctuar, y hasta se muestran como vacilantes, descomponiendo un tanto su formación. Acuden los oficiales, componen la línea, y de nuevo la traen adelante, mientras el valiente general Dupré se arroja con sus cazadores á caballo por los claros que deja su infantería, y da ejemplo á los suyos echándose sobre la línea de los españoles, abriendo en ella claros, y aún tomando cañones, que no puede traerse consigo, pero, cuando intenta ir mas adelante, se siente de continuo atajado por un fondo espeso é impenetrable, que ve delante sin la menor esperanza de romperle. El desdichado general, hechos mil esfuerzos heróicos, cae de su caballo derribado, herido por una palanqueta en la parte inferior del vientre.**

Malógrase
el ataque
general de los
franceses.

Cae muerto
el general
Dupré.

Son las doce del dia. La desigual batalla cuenta ya de duracion ocho ó nueve horas. En el ejército francés todos los oficiales superiores ó han muerto ó están heridos, de suerte que han quedado mandando batallones los capitanes, y las compañías los sargentos primeros. Toda su artillería está desmontada. El general Dupont, desesperado y con dos heridas, compensa con su valor los graves yerros que ha cometido. Pide á sus soldados otra y la última prueba de su celo y re-

Julio 1808.

solucion de sacrificarse, y para ello les forma en línea. Entonces todos se ponen en movimiento, dándoles ejemplo los marinos de la guardia imperial, que no cesan de ser [dignos de sí mismos. Pero, hecho un nuevo esfuerzo sobre la primera línea enemiga, divisan los franceses á la segunda, como antes, inmóvil, y se vuelven otra vez á la entrada del triste y fatal llano de que no han podido pasar. En tal momento de angustia acaba de desanimarlos un acaecimiento inesperado, aunque fácil de prever. Los regimientos suizos de Preux y Reding, que al principio se habian portado bizarramente, estaban, sin embargo, poseidos de vivo dolor por tener que hacer fuego á suizos y á españoles, sus compatriotas los primeros, y sus con-militones antiguos los segundos, y, aunque veian á un lado á los suizos de Freuler, que estaban al servicio de Francia, pelear con singular fidelidad, no resisten ni á su disgusto ni á la mala fortuna, y, sin hacer caso de los esfuerzos de sus oficiales, se desertan casi todos. En pocos momentos, desamparan el campo de batalla mil y seiscientos hombres del ejército francés, cuyo número allí y entonces habia quedado ya tan reducido. En efecto, no habia ni tres mil hombres en pié en aquel terreno, donde estaban nueve mil en la misma mañana. Mil y ochocientos habian caido muertos ó heridos por las balas enemigas: mil y seiscientos se habian pasado á los españoles, y como dos ó tres mil de los demas, rendidos de cansancio, abatidos por el calor y la disenteria, se habian echado al suelo, dejando caer junto á ellos sus armas. Todos los ánimos están poseidos de desesperacion. El general Dupont pasea las desiertas filas de su ejército, y ve en los semblantes

Desercion
de los dos
regimientos
suizos
de Preux y
Reding.

Julio 1808.

Aparecen
de repente
por
la espalda del
ejército
francés las
tropas
del general
Castaños.

de todos cuantos en ellas permanecen el dolor de que él mismo está consumido. Se ase, con todo, de una postrera esperanza, y pónese á escuchar por si oye cañonazos del general Vedel. ¡Pero en balde aguza el oído! En el llano abrasado y ensangrentado que está pisando ningun ruido suena, salvo el de algunos fusilazos sueltos, porque, por ambas partes, se habia hecho punto en la pelea. Sin embargo, retumban de súbito descargas de artillería, interrumpiendo el triste silencio que comenzaba á reinar, pero este estruendo daba á los franceses un motivo nuevo de desesperacion, porque los cañonazos sonaban no por su izquierda ó frente, sino por su espalda, y hácia el puente del Rumblar. En efecto, el general Castaños, recibido aviso á las dos ó tres de la mañana de haber los franceses desocupado á Andújar, habia, sin la menor tardanza, enviado á darles alcance todas cuantas tropas le quedaban al mando del general La Peña (1), el cual, haciendo una señal de antemano convenida, anunciaba su llegada al general Reding tirando cañonazos. Ya con tal suceso está perdido todo; los tres mil franceses

(1) En efecto, la llegada del general La Peña con su division, en la cual venia lucida caballería, como el regimiento de Farnesio y el de Pavía mandado por el bizarro Principe de Anglona, contribuyó sobremanera á que el general Dupont se rindiese viéndose cercado. Pero antes no habia podido abrirse paso por Bailen, y el camino real, aunque lo habia intentado varias veces.

Con la llegada de La Peña quedaron muy superiores en número á los franceses los españoles. Pero tambien los primeros tenian cerca las divisiones de Vedel y Dufour, cuyas fuerzas juntas llegaban á diez mil hombres. Así, al hacer sus cómputos M. Thiers para decir cuánta ventaja en número llevaban á los franceses sus contrarios, ó ha de contar el total de ambos ejércitos, dando veinte mil á los suyos, y suponiendo de sesenta á ochenta mil á sus enemigos, ó ha de contar las divisiones que pelearon en Bailen, y entonces no puede dar á Reding y Coupigny ni doble fuerza de la que seguia inmediatamente á Dupont.

que aun siguen en sus filas (1), los tres ó cuatro mil desparramados por el campo, y los heridos y los enfermos, todos van á ser pasados á cuchillo entre los dos ejércitos de los generales Reding y La Peña, cuya fuerza debia de ascender á cerca de treinta mil hombres (2). Con este pensamiento llega á colmo el dolor del general Dupont, el cual no ve ya otro recurso que el de entrar en tratos con sus enemigos.

Entre sus oficiales habia uno llamado M. de Villoutreys, que era caballerizo del Emperador, y que, teniendo deseos de hacer servicio, habia sido agregado á aquel cuerpo de ejército, y á este oficial encargó el general Dupont que pasase á verse con el general Reding y á proponerle una suspension de armas. Atravesada M. de Villoutreys el triste llano, teatro de las primeras desdichas del ejército francés, y, llegado á presencia del general Reding, en nombre de Dupont le propone una tregua por pocas horas, fundándose en que ambos ejércitos estaban cansados. Satisfecho sobremanera el general Reding de ver ya concluida la refriega con los franceses, pues que con tales contrarios siempre es de temer una mudanza de la fortuna, conviene en la tregua, con la condicion de que haya de ser ratificada por el general Castaños, y, por lo pronto, promete suspender el fuego.

Julio 1808.

Reducido á la desesperacion el general Dupont, se resuelve á celebrar tratos con sus contrarios.

Va diputado á verse con los generales Reding y la Peña M. de Villoutreys, caballerizo del Emperador.

(1) Aquí aparecen reducidos á seis mil ó poco mas de cinco mil los franceses que seguian á Dupont, ¿ cómo, pues, hubieron de entregar las armas hasta mas de ocho mil, segun M. Thiers, sin contar los nueve mil y mas de los generales Vedel y Dufour?

N. DE A. A. G.

(2) Aquí con la llegada de la division de La Peña, se supone ser treinta mil hombres los españoles. Ponderado está excesivamente su número, pero aún así, ya confiesa M. Thiers que Reding y Coupigny tenian muchos menos.

N. DE A. A. G.

Julio 1808.

Vuelve M. de Villoutreys con el general Dupont, el cual le da por nueva comision pasar á ver al general La Peña, y tratar de detenerle en el puente del Rumblar. Acude á este punto M. de Villoutreys, y encuentra allí tiroteándose con algunos soldados de la guardia de París las tropas del general La Peña. Este, menos avenible que Reding, y muy lleno de pasiones de español, declara que consiente en acceder á la tregua, pero interinamente y esperando la aprobacion del general supremo del ejército, y agrega á esto anunciar que no se dará cuartel á los franceses si no se entregan á discrecion. Cesa, con todo, el fuego por allí como en la otra parte. Dánse por fin al descanso los franceses en medio de la fatal llanura donde habian peleado, y en la cual yacen revueltos tantos muertos y moribundos, reinando en rededor un calor que abraza, y un espantoso silencio, y faltando el agua, á no ser en algunos charquillos cenagosos medio escondidos entre piedras en el arroyo del Rumblar, agua que se disputan con violencia los sedientos. ¡Todo está inmóvil, pero entre los unos reina la alegría y entre los otros la desesperacion!

Conceden los generales españoles á sus contrarios una tregua de algunas horas.

Vuelto M. de Villoutreys con su general, recibe encargo de ir por el camino de Andújar hasta encontrar al general Castaños, á fin de que éste ratifique la tregua consentida por los generales sus subalternos. El desdichado general Dupont, hasta entonces de tanto brillo y tan feliz fortuna en su carrera, va á recogerse á su tienda, confundido de penas de espíritu, que casi le tienen insensible al dolor físico que le causan dos heridas crueles. Estas vueltas da la fortuna, así en la guerra como en la política, y donde quiera en

el mundo ; mundo inquieto, mudable, teatro donde las dichas y las desdichas se eslabonan , suceden , y borran , dejando en pos de sí , al cabo de una larga série de contrarias sensaciones , solamente la nada y miseria. Tres años antes , á orillas del Danubio , llegando el mismo general Dupont , casi sin aliento de puro apresurado , á dar auxilio al mariscal Mortier en Diernstein , habia logrado salvarle. ; Pero estaban trocados los tiempos y lugares , y el espíritu con ellos ! La ocasión á que acaba de hacerse aquí ahora referencia era en diciembre , y en tierras del Norte , mandando el general á soldados viejos llenos de salud y vigor , á quienes excitaba un clima rigurosamente frio , en vez de estar abatidos por uno caluroso y que debilita ; tropa avezada á todas las vicisitudes de la guerra , exaltada por la idea del honor , y hecha á nunca dudar en punto á morir antes que rendirse. A tal gente , aun cuando su situacion fuese apurada por algunos momentos , siempre habia tiempo de acudir á darle socorro y salvarla. Además , entonces aún se mostraba propicia la fortuna : nadie llegaba tarde , nadie se equivocaba , ó , si alguien erraba , otro enmendaba lo producido por su yerro. En España , donde habian entrado de tan mala manera los franceses , eran los soldados jóvenes y novatos , y estaban rendidos por el clima , y nada acostumbrados á pasar trabajos. Por otro lado , comenzaba á no ser ya próspera la suerte , y , si alguien erraba , otro agravaba el yerro. Dupont habia acudido á socorrer á Mortier en Diernstein , y Vedel no habia de acudir á dar socorro á Dupont hasta que ya no fuese tiempo de sacarle salvo.

Fuerza es repetir que no se acierta con lo que

Julio 1808.

Marcha
y lentitud del
general
Vedel
durante la
batalla
de Bailen.

entonces estaba haciendo el general Vedel, pues no parecia, estando á muy pocas leguas de distancia con dos divisiones, una de las cuales sola habria cambiado la suerte de tan fatal jornada. El general de quien va ahora hablando esta historia, habiendo salido de Bailen el 17 por la tarde, llegado en la noche del mismo dia á Guarroman, y puéstose de nuevo en marcha de allí á la Carolina el 18, constante en perseguir á un enemigo fantástico, el cual, segun decian, iba á cortarle por los puertos, al cabo, en el mismo dia 18, habia llegado á convencerse que el general Dufour y él andaban en busca de una vision, porque el supuesto ejército español que habia ido á los puertos á ocuparlos, y dejar encerrado el ejército francés en las sierras de Andalucía, se reducía á varias partidas de guerrilla, á las cuales habian tenido por terribles cuerpos de tropas oficiales, que, ó observaban mal, ó daban fácilmente entrada en sus ánimos al miedo. Con reconocimientos hechos por todos lados, y con haber cogido algunos prisioneros, y hécholes preguntas, como tambien á algunos campesinos, habian venido á conocer la verdad los generales Dufour y Vedel, y ambos se propusieron volverse á Bailen, siendo personas en quienes no faltaba el celo. El general Vedel, que habia salido despues que su compañero, é internándose menos en la sierra, debía ser el que antes llegase á Bailen. Pero con hacer ir y venir tanto á su desdichada gente la tenia rendida de cansancio, porque casi sin comer ni descansar la habia llevado de Bailen á Andújar, de aquí de vuelta á Bailen, y de este último pueblo á la Carolina, y era fuerza darles para descansar lo restante del dia 18, La frescura del aire de la sierra en la Ca-

rolina, y el haber allí viveres, frutas y legumbres, eran en aquel momento una razon poderosísima de escoger tal lugar para hacer alto. Además, las cureñas y carros de la artillería, muy estropeados de ir por malos caminos, y en tiempo por demás seco, necesitaban alguna composición. Por último, ignoraban todos el triste secreto de lo que estaba ocurriendo, y creían que llegarían á Bailen á tiempo si se ponían allí en el día siguiente. En efecto, no habrían llegado tarde si hubiesen emprendido su marcha en el siguiente día 19 á las tres de la madrugada, porque, llegando á Bailen á las once, habrían cogido los franceses al general Reding entre dos fuegos, y convertido en una victoria como la de Marengo la que fué en Bailen horrible tragedia.

Al empezar el mismo día 19, y á las tres de la madrugada, algunos oficiales diligentes, que se habían levantado mas temprano que los demás, á fin de atender á sus tropas, oyeron hácia Bailen cañonazos, que, retumbando de ecos en ecos, sonaban hasta en lo mas hondo de las cañadas de Siera Morena. Juzgaban ellos que tales cañonazos solo podrian ser del general Dupont entrado en batalla con los españoles, porque no habia fuerzas francesas fuera de las de su inmediato mando en las orillas del Guadalquivir, pero, con todo eso, parecia imposible que unos disparos de artillería, cuyo sonido declaraba salir de una posicion, que debia ser la de Bailen, fuesen hechos por el general á quien habian dejado los suyos en Andújar con los españoles delante. Esto no se entendia, ni parecia comprensible, pero lo cierto era oirse el estampido de reiteradas descargas, y el precepto vulgar de acudir á donde se oye

Julio 1808. fuego, precepto constantemente invocado, aunque con no poca frecuencia desatendido, no consentía vacilaciones. Poniéndose al instante en camino con el fresco de la mañana las tropas francesas que estaban en la Carolina, bien podían, apretando el paso, llegar á tiempo para dar á sus contrarios un golpe contundente. El general Vedel, tan pronto en resolver en los dias 16 y 17, dá muestras en el 19 de una irresolución inexplicable. Malgasta dos horas en reunir su columna, y hasta las cinco no emprende su marcha. Es ya terrible el calor, y, como marchan sus tropas en columnas distantes unas de otras muy corto trecho, levantan un polvo que las sofoca. En cada grieta ó hueco de peña en que hay un poco de agua se dispersan los soldados á matar la sed. Asi no llegan hasta las once á Guarroman, donde promedia el camino de Bailen á la Carolina. En aquel momento, siendo menos acalorada la pelea en Bailen, suena mucho menos el estruendo de los tiros, aunque todavía se dejan oír algunos cañonazos, ya más claros, ya más vagos, según de donde sopla el viento:

El general Vedel, sin mala intención, porque en vivo celo del honor de las armas francesas por nadie era excedido, pero, sí, movido por una obcecación parecida á la que había persuadido al general Dupont de que su peligro solo estaba en la parte de Andújar, se obstina en dudar y en suponer que los cañonazos oídos provenían de algún combate entre puestos avanzados á la orilla del Guadalquivir. Quiere, por esto, sobre todo, no volver á Bailen sin dejar antes completamente registradas las cañadas vecinas, y quedar cerciorado de que no hay enemigos en el camino de travesía de Li-

Julio 1808.

nares, que cabalmente remata en Guatromañ, por lo cual envia á aquel camino á reconocerle una partida de caballería. Entré estas cosas, llega la hora de las doce, y cesa el ruido de los cañonazos, por estar ya concluida en Bailen la batalla. Este silencio de la derrota y desesperacion ya no deja duda al general Vedel, el cual cree definitivamente que se ha equivocado. En aquel instante, acababan de echarse sus tropas sobre una manada de cabras, y, como venian hambrientas, les dá su general dos horas para hacer y comer el rancho. A las dos de la tarde se ponen de nuevo en camino, marchando ya sin impaciencia, porque reina donde quiera el mas hondo silencio. Como á las cinco de la tarde desembocan sobre Bailen y descubren allí á los españoles. Sin figurarse exactamente lo que ha sucedido, concluyen que se han interpuesto sus enemigos entre el general Dupont y las divisiones de Vedel y Dufour. Entoncés ya no titubea el general Vedel, y se resuelve á abrirse paso por entre el ejército español, arrollándole hasta ir á reunirse con su general superior. Dispónese, pues, á atacar por su costado derecho, porque por allí, rodeando y envolviendo la posicion de Bailen, puede llegar al camino de Andújar y encontrarse con el general Dupont, fuese donde fuese. Pero, en el instante en que está dando órdenes al intento, viene un parlamentario español á darle aviso de que hay treguas. Resistése á creerlo el general Vedel, y despacha á uno de sus oficiales á verse con el general Reding y saber lo que pasa, declarando que dá de término media hora, pasáda la cual, si no recibe respuesta, romperá el fuego. Pónese á esperar, dictando entretanto órdenes para la pelea, y, pasáda la media hora,

Llegada del general Vedel á las cinco de la tarde, cuando ya hacia largo tiempo que estaba concluida la batalla.

Intentando el general Vedel sacar de su aprieto al general Dupont, su superior, ataca al ejército

Julio 1808.

español, pero
tiene que
detenerse en
virtud
de órden que
le traen
para no pasar
adelante.

viendo que no vuelve el oficial enviado de parlamentario, ataca con brio á los españoles. Sus tropas embisten con ardor, y envolviendo á un batallon de infantería española le hacen prisionero. Los coraceros cargan y desbaratan á cuanto se les pone delante. Pero de repente se aparece en el campo una porcion de oficiales españoles, entre los cuales viene un ayudante de campo del general Dupont, á mandar al general su subalterno que pare el fuego, y reponga las cosas en la situacion en que las ha hallado. Al recibir el general Vedel esta órden de su superior, se vé obligado á detenerse, no obstante estar muy animado en la pelea. Pero pueden tanto con él sus ilusiones que no llega á figurarse cuán grande es la desdicha de su ejército, y, al revés, se imagina que la tregua invocada para detenerle es el principio de negociaciones entabladas con el general Castaños, cuya celosa adhesion al levantamiento era reputada por los franceses muy dudosa, y á quien creian dispuesto á venir á tratos en la primera ocasion de hacerlo que se presentase.

De este modo habia empleado el tiempo el general Vedel durante el dia 19, y tal fin tuvo un dia tan funesto. Al saber los españoles que habia llegado la division de Vedel, quedaron poseidos de terror, y consumidos de rabia con la noticia de que un batallon de los suyos habia caido prisionero. Querian arrojarse sobre la division de Barbou, y pasarla toda á cuchillo, suponiendo que la tregua pedida habia sido un engaño para dar tiempo á que llegase el general Vedel, y, llegado que fuese, renovar la pelea. Daban, pues, gritos furiosos, y fué fuerza que el general Dupont los aplacase, dando la órden que aquí acaba de referirse. Caso

era aquel de tomar consejo del espanto y rabia de los enemigos para darles nuevo ataque, cayendo en columna cerrada sobre su izquierda. Así lo propuso al general Dupont el general Pryvé, que mandaba los dragones, hasta señalándole las alturas por donde era factible reunirse con la division de Vedel. Pero el malaventurado general Dupont, debilitado por la enfermedad que desde algun tiempo hasta entonces se padecia en su ejército, y padeciendo tambien de sus heridas, así como participando del abatimiento general, estaba sumergido en su misma pena, y oyó lo que le decia el general Pryvé sin responderle, como si en lo sumo de su desesperacion ya no entendiese lo que le hablaban (1).

Pasaron ambos ejércitos la noche en el campo de batalla, esperando á lo que de sí darian los tratos del dia siguiente. Pero mientras entre los españoles todo abundaba, los franceses carecian de todo, y para estos últimos fué la noche igual en lo mala al dia, faltándoles vino, pan, y hasta agua, de suerte que solo pudieron tomar algun sustento los que todavía tenian un poco sobrante de su racion en sus mochilas, ó algo de beber en sus calabazas.

En el dia siguiente 20 por la mañana, M. de Villoutrays, que habia sido despachado al cuartel general de los españoles á pedir la ratificacion de la tregua, volvió diciendo que el general Castaños se prestaba gustoso á tratos, si eran con razonables condiciones, y que, para

(1) Todas estas circunstancias están tomadas del voluminoso proceso hecho al general Dupont en los años corridos desde 1808 á 1811, documento muy curioso y muy reservado.

Julio 1808.

Empiezan las negociaciones con los generales españoles.

Es escogido el general Marescot para tratar con el general Castaños.

Véase el general Marescot con el general La Peña antes que con otro alguno de los españoles.

Pretensiones violentamente descomulgadas del general La Peña.

Noble ímpetu de desesperación del general Dupont.

el intento, pasaba á Bailen. El general Dupont discurrió valerse en estas circunstancias del célebre general de ingenieros Marescot, el cual iba en su ejército como de paso, y con una comision que desempeñar en Gibraltar, y que habia conocido y tratado mucho al general Castaños en 1795. Mandóle, pues, llamar, é instóle á que usase de su influencia con el general español para sacarle menos desventajosas condiciones. Poco deseoso el general Marescot de negociar y firmar una capitulacion; que mal podia dar ventajas ó gloria á los suyos, hubo, al principio, de negarse á desempeñar la comision con que le brindaban, pero, cediendo al cabo á las instancias del general Dupont, consintió en pasar al cuartel general de los españoles.

Para llegar donde estaba el general Castaños era necesario tomar el camino de Andújar y atravesar por la division de La Peña. El general Marescot encontró á este general español en el puente del Rumber, encolerizado, amenazando, quejándose de lo que suponía ser movimientos del ejército francés para escaparse, diciendo que él tenia poderes para ajustar tratados, exigiendo que todas las divisiones francesas se entregasen á los españoles sin la menor demora y á merced, y declarando que, si dentro de dos horas no recibia respuesta, iba á echarse sobre la division de Barbou y exterminarla. Para contenerle se vió obligado el general Marescot á prometer que traería respuesta en el término de dos horas.

Volvió, en efecto, sin perder tiempo á enterar al general Dupont de tan dolorosas particularidades. Al recibir el general superior de los franceses tales nuevas, se levantó de su decaimiento, y exclamó que an-

Julio 1808.

tes se dejaria matar hasta con el último soldado de los suyos que entregarse á merced de su contrario. Entonces llamó á consejo á todos los generales de division y de brigada para saber si podia contar con que se sacrificasen, como igualmente los soldados, pero casi todos respondieron que la tropa, rendida de cansancio, muerta de hambre, y casi enteramente perdido el aliento, ya no queria pelear. Para cerciorarse de si era ó no así salió el general Dupont de la tienda en que estaba, y con sus subalternos recorrió el campamento, procurando levantar el caido espíritu de los jóvenes que componian sus tropas. Soldados viejos de los de Egipto, ó Santo Domingo, acostumbrados á arrostrar el hambre y la sed y el calor, no se habrian hecho sor-dos á la voz de su general, pero tanto no podia esperar: se de mozos de veinte años, abatidos por calores excesivos, que en treinta y seis horas no habian podido comer ni beber, que sabian estar puestos entre dos fuegos, y que se veian reducidos á pelear en la proporcion de uno contra tres, teniendo su artillería desmontada. Se quejaron, pues, á sus generales de haber sido sacrificados, y algunos, en el exceso de su desesperacion, hasta arrojaron al suelo sus armas y cartuchos. El general Dupont habia menester ser alentado en vez de estar capaz de dar aliento á ánimos caidos, y, así, se volvió á su tienda consternado. Aun los oficiales que mejor se habian portado en el dia anterior declararon ser el caso en que estaban desesperado, y sostuvieron que bien podian capitular con honor despues de haber peleado con tanto denuedo, olvidando que el acto último, así como puede realzar, tambien oscurece los anteriores, y que por el último suelen ser

Los mas
de
los soldados,
extenuados,
se niegan
á renovar la
pelca.

Julio 1808.

los hombres juzgados. En otra situación, y no teniendo al general Vedel á su izquierda, bien habrían merecido disculpa por prestarse á capitular, porque no les quedaba otro recurso que exponerse á ser pasados á cuchillo; recurso, sin embargo, que algunas veces sale bien á quienes á él apelan. Pero con la division de Vedel tan cercana, y siendo muy probable que se lograría juntarse con ella, haciendo el último esfuerzo, no tenían disculpa los que se prestaban á rendirse antes de haber hecho la última prueba para salvarse. Solo pueden dar razon de tanta debilidad el cansancio del cuerpo y la postracion del espíritu. Por otra parte, se lisonjeaban los soldados franceses de que se contentarían sus contrarios con que evacuasen á Andalucía, y los dejarían retirarse por tierra á la parte del norte de España, sin exigirles la entrega de sus armas. Todos, pues, opinaban por capitular con el enemigo, en vez de renovar una lid, en su entender, ya imposible.

Quedan encargados definitivamente de los tratos con la plana mayor del ejército español los generales Marescot y Chabert.

Arrastrado el general Dupont por el general desmayo, cedió, y dió poderes al general Chabert para los tratos, habiéndole elegido, porque en el dia anterior, puesto al frente de su brigada, se habia portado con extremada bizarría. El general Marescot no habia querido aceptar otro encargo que el de acompañar al general Chabert, dándole consejos y apoyo. A estos dos generales fué agregado M. de Villoutreys, que ya habia llevado proposiciones á los que tenían el mando del ejército español.

Pusiéronse en movimiento sin demora para tratar, no con el general La Peña, sino con el mismo general Castaños, al cual encontraron á medio camino de Bailen á Andújar en la casa de postas, llamada del Rey,

Julio 1808.

teniendo consigo al conde de Tilly, de la junta de Sevilla y de los que mas en ella podian, y al capitán general de Granada, Escalante. El general Castaños, personaje suave de condicion, humano y juicioso, recibió á los oficiales franceses con atenciones que no hubieron de mostrar ni el capitán general Escalante, deseoso de dar al olvido con su violencia de entonces su debilidad de los dias pasados, ni el conde de Tilly, cuya conducta era la de un demagogo. Cumpliendo fielmente los oficiales franceses sus instrucciones, pidieron primeramente que las divisiones de Vedel y Dufour, que ninguna parte habian tomado en la pelea, y no estaban cercadas, y por lo mismo podian libertarse de la suerte de la division de Barbou (la cual habia sustentado la batalla mandándola el general Dupont), no fuesen comprendidas en la capitulacion, y que á la misma division de Barbou se consintiese retirarse á Madrid, dejando ó no en depósito sus armas, segun lo que de sí diese la negociacion entablada. Los generales españoles se negaron obstinadamente á admitir tales proposiciones, porque ya tenian en su poder la division de Barbou, y si consentian en celebrar tratos era para hacerse dueños de las de Vedel y Dufour, por entonces, puestas fuera de su alcance. Por esto exigian que fuesen incluidas en la capitulacion estas dos divisiones, si bien concedian á cada una de las que componian el ejército francés condiciones diferentes y conformes á la situacion en que respectivamente estaban. Así, exigian que la division de Barbou quedase prisionera de guerra, y las de Vedel y Dufour con libertad para volverse á Francia, pero por mar.

Primeras
condiciones
propuestas
por la una
y la
otra parte.

Los negociadores franceses resistieron con calor á

Julio 1808.

tales pretensiones, y, por fin, al cabo de largos debates, convinieron ambas partes en las condiciones siguientes: primera, que las tres divisiones francesas pudiesen retirarse sobre Madrid; y segunda, que al llevar á efecto la retirada, las divisiones de Vedel y Dufour conservasen sus armas, y la de Barbou, por estar cercada, entregase las suyas. Aunque eran tales condiciones dolorosas, por empañar el lustre de las armas francesas, con ellas quedaban salvadas las tres divisiones, y así accedieron á ellas los comisionados del general Dupont, yendo ya á ponerlas por ambos lados por escrito, cuando sobrevino nuevo incidente que puso el colmo á las desdichas del ejército francés de Andalucía, en el cual parecia que estaba cebando su saña la fortuna. El general Castaños recibió un pliego cogido á un oficial francés, jóven despachado de Madrid por el general Savary al general Dupont. Contenia el pliego instrucciones extendidas el 16 ó 17 de julio, cuando todavía no habian recibido en Madrid la fausta noticia de la batalla de Rioseco. Antes de ser sabido este triunfo de las armas francesas, habia en Madrid suma inquietud, pareciendo muy dudoso que se tomase á Zaragoza, y se habia dispuesto concentrar todas las tropas del mediodía de España en la capital, y, como consecuencia de las órdenes de reconcentrarse, escribian al general Dupont que, no obstante las instrucciones que antes tenia, ya era tiempo de que volviese á la Mancha. Al recibir el general Castaños un papel, para él tan precioso, llegado por casualidad á sus manos, comprendió que conceder á sus contrarios retirarse á Madrid era, no ya conseguir la evacuacion voluntaria de las Andalucías por los franceses, sino pura y simplemente

Sobreviene un incidente durante la negociacion, por el cual empeora la situacion del ejército francés.

favorecerlos en su proyecto de concentracion ; pues, aun sin lo ocurrido en Bailen, se habrian retirado; que, esto supuesto, nada ganaban los españoles en la propuesta capitulacion, fuera de la estéril gloria de despojar á la division de Barbou de sus cañones y fusiles que en Madrid les serian devueltos, y que se hacia, pues, forzoso impedir la vuelta de veinte mil soldados á la region del norte de España, donde acudiendo no dejarían de poner en situacion ventajosa la causa del rey nuevo.

Así, al ir á extender las condiciones de la capitulacion, y estipular la retirada por tierra de las tres divisiones francesas, una sin armas, y con ellas las otras dos, el general Castaños, constante en su moderacion en las formas, pero ya perentorio en la sustancia del negocio pendiente, declaró que no consentia en articulo semejante. Entonces prorrumpieron en estrepitosas quejas los generales franceses, suponiendo haberseles faltado en cierto modo á la palabra empeñada, pues recordaban haber sido admitida poco antes la condicion que se les negaba en aquel momento. Convino en que así era el general Castaños, pero, para probar su buena fé, dió á leer al general Marescot la carta interceptada del general Savary, y preguntó si, sabido lo que acababa de saber, podia exigirsele que persistiese en conceder las condiciones á que primero habia accedido. El general Marescot leyó la carta, y comunicó su contenido á sus colegas, que, consternados, vieron ser forzoso asentar los tratos en nuevos fundamentos. Por consiguiente, quedó estipulado que la division de Barbou fuese prisionera de guerra, y que solo las de Vedel y Dufour se obligasen á evacuar á España por mar;

Condiciones
definitiva-
mente
impuestas
á los
franceses.

Julio 1808.

que estas últimas no entregasen sus armas, pero que, para impedir choques, las dejasen en depósito, habiendo de serles devueltas al embarcarse en Sanlúcar y Rota, y que las tropas francesas fuesen transportadas por mar á Francia, bajo bandera española, cuidándose de que los ingleses respetasen esta bandera. En seguida, hubo de atenderse á ciertas menudencias materiales, consiguiendo los negociadores franceses, como en casos tales es de costumbre, que los oficiales conservasen todos sus equipajes y los de grados superiores cada cual un furgon exento de ser registrado, pero que, para cerciorarse de que los soldados no se llevaban vasos sagrados, les serian registradas las mochilas. Hubo una disputa acalorada sobre este artículo deshonroso á los soldados, y que en ningun caso deberian haber firmado oficiales franceses. El general Castaños, diestro en todas ocasiones, alegó en abono de tal artículo el fanatismo del pueblo español, al cual era forzoso dar satisfaccion, y, dijo que, si no podia darse noticia de haber sido registradas las mochilas de los soldados franceses, creeria el vulgo que se llevaban los vasos sagrados de Córdoba, y no dejaria de caer sobre ellos; y, por otra parte, los oficiales franceses por sí propios harian el registro, con lo cual no resultaria de él desdoro al honor del ejército francés. Los de éste habian ya comenzado á ceder, y, siguiendo por el camino empezado, cedieron de nuevo consintiendo en todo, quedando solo extender definitivamente la capitulacion, lo que fué remitido al dia siguiente 21.

Mientras iban así discutiéndose y aprobándose una á una las dolorosas condiciones de esta capitulacion, llegaron al lugar de las conferencias un ayudante de

Artículo
deshonroso
á
los franceses
que
estipula sean
registradas
las mochilas
de sus
soldados.

Julio 1808.

campo del general Vedel y el capitán Baste de los marinos de la guardia imperial. Ambos oficiales venían á volver por el interés de la división de Vedel, por el motivo que á continuación vá aquí á expresarse. Cuando en el día 20 por la mañana, mejor enterado de las cosas el general Vedel supo la desdicha ocurrida al general Dupont, en que á él cabía no poca culpa, se entregó á la desesperación, y, al momento, ofreció empezar de nuevo el ataque en la noche siguiente, ó sea la del día 20 al 21, prometiendo abrirse paso por el cuerpo de ejército del general Reding, y libertar de su ahogo al general Dupont, con tal que éste por su lado hiciese un esfuerzo. Añadió que si el general Dupont nada quería intentar debía, á lo menos, no sacrificar la división de Vedel, la cual, por su situación, en todo diferente de la en que estaba la de Barbou, por no hallarse como ésta cercada, tenía derecho á ser tratada con mejores condiciones; mensaje que iban encargados de llevar al general Dupont el capitán Baste y el ayudante de campo del general su subalterno. El capitán Baste, hombre entendido, intrépido, y aficionado á mezclarse en las cosas del mundo, insistió con el general Dupont para que en la noche siguiente hiciese la prueba de dar un golpe desesperado, abandonando todo su bagage, y aun, si de ello hubiese necesidad, su artillería, poniendo en pié á todos los soldados que estuviesen capaces de mantenerse levantados y de moverse, y esforzándose á abrirse camino por entre sus contrarios; maniobrando al intento el general Dupont por su izquierda y el general Vedel por su derecha. Es evidente que era muy posible el logro de esta tentativa, pero el general Dupont, que seguía como con-

Vanos
esfuerzos
para salvar
la división
de Vedel.

Julio 1808. fundido, y apenas entendiendo lo que le hablaban, alegó contra acceder á tal proposicion el completo desaliento de su ejército, y estar ya entablada una negociacion y casi concluido un tratado, y aún quizá firmado, en el camino de Andújar, por lo cual remitió al capitán Baste á los mismos negociadores á que entre ellos volviese por la causa del general Vedel.

De resultas de haber sido así remitido al lugar de las conferencias, habia venido allí el capitán Baste, el cual, recién llegado, se dirigió primero á los negociadores franceses, á los que encontró cansados de una contestacion larga, y poco en estado de volver á armar disputas de que habian salido siempre vencidos. Como el capitán venia de un lugar donde todos estaban llenos de ardor y de indignacion á solo la idea de entregarse, y se veia trasladado á otro donde todo era abatimiento y desesperacion, no pudo comprender un modo de pensar y sentir de que él no participaba, y se volvió indignado á la presencia del general Dupont.

Dá el general
Dupont
al general
Vedel
autorizacion
de escaparse
á Madrid.

Terminado este incidente, pasaron los tres negociadores franceses, siguiendo á los tres españoles, á Andújar, donde iba á ser definitivamente extendida la capitulacion, destinada á una inmortalidad para Francia de tan amargo desconsuelo, y el capitán Baste se volvió á Bailen al campamento del general Dupont á contar lo que habia pasado. Al oirlo, recobrando el general Dupont sus ideas de honor, encargó al capitán Baste que diese al general Vedel por consejo que, sin tardanza, se pudiese en marcha de vuelta á la Carolina, para pasar de allí á Sierra Morena, atravesarla, y escaparse apresurado á Madrid. Los dos generales Vedel y Dufour podian llevar á Madrid hasta nueve ó diez

mil hombres, y ganando delantera y excediendo en velocidad á los españoles, sin duda tenian mucha probabilidad de llevar á efecto con toda felicidad su retirada. Con ella quedaba salvada mas de la mitad del ejército francés de Andalucía de la cruel catástrofe que sobre él habia venido; salvacion que se deberia á un pensamiento noble del general Dupont, el cual sabia hasta qué punto, procediendo así, agravaba la desdicha de la mitad restante donde él mismo estaba.

El capitán Baste salió de allí al momento para el campamento del general Vedel situado entre Bailen y la Carolina, y llevó, con las tristes nuevas de lo que pasaba en Andújar, autorizacion de retirarse sobre Madrid. El general Vedel, sin perder un minuto, dió órdenes de ponerse en marcha, y en aquella misma noche emprendieron la retirada sus tropas juntas con las del general Dufour. De resultas del continuo ir y venir de estas dos divisiones, habia en ellas, cuando menos, quinientos ó seiscientos hombres cojos ó derrengados. Tambien habian tenido algunos heridos en la accion de Menjíbar, de suerte que se veian obligadas á dejarse atrás seiscientos ú ochocientos de los suyos, destinados á ser bárbaramente muertos. ¡Gran dolor separarse así de sus compañeros, pero, eso es la guerra! La salvacion de todos preferida constantemente á la de algunos encallece los corazones, ó, si no tanto, dispone á estarse á cada paso resignando unos á la desdicha de otros. Quedaron, pues, abandonados aquellos infelices compañeros de los que se retiraban en los pueblos inmediatos al camino, y los demas emprendieron la marcha hácia Madrid con precipitacion increíble, de modo que, al dia siguiente 21,

Empieza
á retirarse el
general
Vedel.

Julio 1808. al amanecer, estaban ya en la Carolina, y, á pesar del calor del dia, en él adelantaron hasta llegar á Santa Elena.

Furor
de
los españoles
al saber que
ya
retirándose
la division
de Vedel.

A pocas horas de haber comenzado su marcha esta columna, fué sabido su movimiento en Bailen, así en el campamento del general Reding, como en el del general La Peña. Con la noticia rompieron los españoles en alaridos de canibales. Pretendian que los franceses habian faltado á la fidelidad rompiendo la tregua; acusacion nada fundada, pues nada estorbaba á la division de Vedel moverse, no estando en situacion de impedirselo sus contrarios, y tampoco los españoles por su parte se habian dictado por regla semejante inmovilidad, habiendo, en las treinta y seis horas corridas despues de la batalla, estado de continuo maniobrando alrededor de la division de Barbou para tenerla mas completamente cercada, lo cual constituia un quebrantamiento de la tregua real y verdadero, de que no se habian quejado ni vengado los franceses por carecer de medios con que hacerse respetar en su desventura. Pero no quedaba ni asomo de razon, ni idea de justicia en aquella gente furibunda, pasada por casualidad á ser vencedora. Gritaban, pues, todos en el campamento español que era necesario acabar con toda la division de Barbou, olvidando que seis mil franceses reducidos al último apuro y acosados eran capaces de salir de un desmayo momentáneo con un acto de noble desesperacion, arrollando á sus enemigos, y abriéndose paso. Tal vez es de sentir que entonces no llevasen al extremo su barbarie los españoles, y que no hiciesen nacer en sus enemigos la noble desesperacion que, levantando el espíritu caído, es capaz

de salvarlo todo. Fuese como fuese, acudieron á Andújar oficiales en gran número á llevar la noticia de que iban marchando las divisiones de Vedel y Dufour, y á dar aviso de la exasperacion del ejército español. Al momento, llevando los negociadores españoles la voz de una plebe militar ruin y furiosa, declararon que seria tratada la division de Barbou con el rigor mas terrible si no volvian las de Vedel y Dufour á los puntos que primero ocupaban. Fácil era dar á esto respuesta, porque no debia hacerse mas con la division de Barbou que reducirla al estado de prisionera, y amenazar pasarla á cuchillo era una infamia, siendo lo debido responder á quienes osaban proferir semejante amenaza, como se responde á asesinos. Pero faltaba allí un hombre como el héroe de Génova, el imperterritito Massena. Acudieron muchos al desdichado Dupont, le acosaron con nuevas instancias, y le dijeron que iba á ser causa de que fuese pasada á cuchillo su fiel division de Barbou que con tanto valor habia peleado á su lado, y esto por salvar á dos divisiones, por cuya culpa verdaderamente se habia perdido el ejército, lo cual, tratando de las tropas de Vedel y Dufour, era la verdad pura. Entonces, cediendo el general otra vez, envió al general Vedel una órden formal revocando la que le habia dado de retirarse.

Llegada á la division de Vedel esta contraórden, hubo en ella una como sublevacion general, apareciendo todos resueltos á continuar su retirada á Madrid. Fué forzoso enviar allí otro oficial, que llevaba encargo de hacer al general Vedel responsable de todas las consecuencias de su conducta, si persistia en su retirada. Entonces juntó el general Vedel sus oficiales, les

El general Dupont, instado á ello por sus oficiales, envia á la division de Vedel una contraórden relativa á su retirada.

Julio 1808. puso patente su situacion, alegó el peligro en que iban á poner á sus compañeros, y los redujo á rendirse. Menos dócil la tropa no queria acceder á tales proposiciones, y, si no hubiesen estado los soldados en una tierra donde todos cuantos andaban separados de las filas eran muertos, habrian desertado todos; pero en España les era necesario estar unidos y obrar acordes. Por esto hubieron de someterse, y volvieron de Santa Elena á la Carolina, y de aqui á Guarroman, ya resignados á participar de la suerte de la division de Barbou.

Vuelve
la division
de Vedel
á
Bailen.

Desesperacion del
general
Dupont al
firmar
la
capitulacion
de Bailen.

Por fin, en el dia 22, vino de Andújar á Bailen la funesta capitulacion del general Dupont. Este, mas de una vez, al ir á firmarla estuvo titubeando. Dábase el desdichado palmadas en la frente, y tiraba la pluma, pero, en seguida, cediendo á instancias de hombres, que en la pelea habian sido tan esforzados, y fuera de ella se mostraban tan débiles, escribió su nombre, antes tan glorioso, al pié de un documento, que habia de serle perenne suplicio durante su vida. ¡Mas le valiera haber muerto en Albeek, Halle, ó Friedland, y tal vez en los mismos campos de Bailen! ¡Y asi hubo de pensar despues, llevado ante los jueces, que dieron contra él una sentencia que le desdoraba!

Horribles
pa-
decimientos
del ejército
francés
mientras
duran las ne-
gociaciones.

El hambre habia sido lastimosa auxiliar de los españoles, mientras tan cruel negociacion estuvo pendiente. En tanto que estaba bloqueada la division de Barbou, no habian querido darle un bocado de pan, y, desde el 18 por la noche, los pobres soldados que la componian no habian recibido racion alguna, sustentándose con algunas reliquias de las pasadas, de suerte que el dia 22 habia de ellos muchos que en tres dias

nada absolutamente habian comido. Así estaban, á la sombra de los olivos, muertos de hambre, resollando con trabajo, y sin siquiera un poco de agua con que apagar la sed.

Firmada la capitulacion, consintió el general Castaños que se diesen víveres á los franceses. Bien podia ser humano, porque acababa de darle la fortuna un triunfo de bastante lustre para mostrarse generoso, como lo son aquellos cuyo espíritu está satisfecho. Por otra parte, el general español se acreditó de digno de un triunfo, debido á la casualidad (1), mas que al valor ó á la superioridad del entendimiento, dando pruebas de verdadera humanidad, y de perfecta modestia, en suma, portándose de un modo que le acreditaba de notablemente cuerdo. Dijo á los oficiales del ejército francés con la mas noble franqueza: "Cuesta, Blake y yo, no »éramos de parecer favorable á este levantamiento, pero »hemos cedido á un movimiento de la nacion toda; »movimiento tan unánime que tiene probabilidad de »lograr el objeto que se propone. Que no insista Na- »poleon en una conquista imposible, y que no nos »obligue á arrojarnos en brazos de los ingleses (2), que »nos son odiosos, y cuyo socorro nos hemos resistido »á aceptar hasta ahora. Que nos devuelva nuestro rey, »poniendo á la devolucion condiciones que le satis-

Julio 1808.

Dan al
fin algunos
víveres
á los
franceses.

(1) Despique es este, aunque haya alguna verdad en él. Pero ¿no tiene parte lo llamado casualidad en todos los lances de la guerra, y en los de la política, y en cuanto pasa en el mundo?

N. DE A. A. G.

(2) Mas que dudoso es que así hablase el general Castaños, sobre todo en punto á los ingleses, á los cuales se mostraba muy adicto. El lenguaje que M. Thiers le presta es el que usaban á la sazón en España los pequisimos parciales que todavía contaban los franceses.

N. DE A. A. G.

Julio 1808. »fagan, y quedarán para siempre reconciliadas la nación francesa y la española.»—

Desfila
delante del
ejército
español el
francés.

Al día siguiente desfilaron delante del ejército español las tropas francesas (1), traspasado de dolor su espíritu. Bien es verdad que eran todos aquellos soldados nuevos y jóvenes, y que no podían comparar su abatimiento de aquella hora con sus triunfos pasados. Pero en su número había oficiales que habían visto desfilar ante ellos los austriacos de Melas, y de Mack, y los prusianos de Hohenloe y de Blucher, y á estos consumía una vergüenza rabiosa. Las divisiones de Vedel y Dufour no rindieron las armas, si bien después hubieron de entregarlas en depósito, pero la división de Barbou pasó por tanta humillación, sintiendo en tal instante no haberse dejado matar, hasta no quedar de ellos un solo soldado (2).

(1) Imposible se hace refutar cumplidamente en una nota los asertos de M. Thiers relativamente á los sucesos de Bailen, que tanto, y con razón, le amargan. Por fortuna, acaba de ser nombrada por el gobierno una comisión que, juntando datos, se encargue de esta refutación, casi necesaria, y sin duda justa. Es de notar que exagera el historiador francés el número de los españoles hasta lo sumo, y disminuye algo el de los franceses. Aún así, no puede negar, que hubo refriega, y que los suyos no se abrieron paso. Aún así, cuadran mal las sumas con los números dados, al afirmar en las primeras, dichas á bulto, ser tres ó cuatro tantos que los soldados de Dupont los de Reding y Coupigny. Aún así, creyéndose que el general Dupont con ocho mil hombres había vencido á veinte mil prusianos situados con ventaja en el puente de Halle, y suponiendo á las tropas españolas malas, como las declara M. Thiers, es cosa superior á humanos alcances, y que debería el historiador francés explicar, por qué no arrollaron sus paisanos á la pobre gente que se le ponía delante á cerrarles el camino. Explíquelo M. Thiers como quiera, el triunfo de los españoles en Bailen es glorioso, así como admirable. Los favoreció, es verdad, en algo la casualidad, ó lo que tal nombre lleva. Pero en todos los sucesos del mundo tiene su parte mayor ó menor lo llamado casualidad.

N. DE A. A. G.

(2) Cerca de veinte mil franceses cayeron en poder de los españoles, acercándose á nueve mil los que con Dupont rindieron las armas, y á diez mil los que con Vedel y Dufour las dejaron en depósito. Esto consta por documentos tan fehacientes, cuanto los citados por

Julio 1808.

Conducta
atroz
del pueblo
español con
los
franceses.

Inmediatamente fueron puestas en camino en dos columnas las tropas francesas para Sanlúcar y Rota, donde habian de embarcarse con destino á Francia en buques españoles. Cuidaron de que no entrasen en las grandes ciudades de Córdoba y Sevilla, para libertarlas del furor popular (1), y les señalaron las jornadas por las poblaciones menos crecidas, de Bujalance, Ecija, Carmona, Alcalá, Utrera y Lebrija. En todos estos lugares fué atroz la conducta del pueblo español con sus enemigos. Los desdichados franceses, que se habian portado como valientes, guerreando sin crueldad, y sufriendo sin vengarse que fuesen muertos sus enfermos y heridos, eran recibidos á pedradas, y á menudo á navajazos por hombres, niños y mujeres. Estas en Carmona y Ecija escupieron á la cara á los prisioneros, y los muchachos les arrojaron barro. Temblaban de coraje los maltratados, y, no obstante verse sin armas, mas de una vez tuvieron tentacion de ejercer represalias terribles, abalanzándose á todo cuanto se les pusiese á mano para con ello defenderse y ofender, pero los contuvieron sus oficiales, á fin de evitar que todos fuesen muertos. Ponian cuidado los encargados de su guarda de que durmiesen fuera de poblado, y

M. Thiers, á no ser que los archivos españoles no merezcan crédito, y, sí, le merezcan cabal los franceses. Agréguese á esto la pérdida que tuvo Dupont en la refriega en Bailen. ¿Como se aviene este número de veinte mil hombres muy cabales, confesado por M. Thiers en otras ocasiones, con suponer tal inferioridad de número en los franceses en las horas de la pelea, y de las operaciones inmediatamente posteriores?

N. DE A. A. G.

(1) Aqui se olvida M. Thiers de lo que repetidas veces deja dicho, en punto á que el odio á los franceses no reinaba en España en los pueblos grandes, y, sí, en los pequeños y en los campos.

N. DE A. A. G.

Julio 1808. los juntaban en campo raso, como ganados, para libertarlos de un trato mas duro todavía. En Lebrija y otras poblaciones mas cercanas á la costa, fueron detenidos y condenados á hacer estancia, so pretexto de que aún no estaban prontos los buques españoles donde habian de embarcarse. Pero en breve supieron la causa de esta demora. La Junta de Sevilla, movida por las pasiones demagógicas mas ruines, habia negado su aprobacion á la capitulacion de Bailen, y declarado que los franceses se quedasen prisioneros de guerra, dando para su conducta varios pretextos, ilusorios todos y de mentira descarada, pues entre las razones alegadas por la Junta era una la de no haber seguridad de lograr el consentimiento de los ingleses para que pasasen los franceses á su patria por mar; razon falsa, porque los ingleses, no obstante estar tan encarnizados en la guerra, manifestaron á los que habian caido en su poder prisioneros una compasion generosa, y de allí á poco, segun esta historia referirá, dejaron irse á Francia por mar otras tropas que estaban muy interesados en detener como prisioneras. Los oficiales franceses se dirigieron al capitan general de Andalucía, don Tomás de Morla, reclamando contra tan indigna violacion del derecho de gentes, pero solo recibieron de él respuestas indecorosas en extremo, las cuales consistian en decir que habia perdido todo derecho de invocar la justicia de la nacion española un ejército que habia violado todas las leyes divinas y humanas (1).

Violacion
de la
capitulacion
de Bailen.

(1) Justo es culpar á los que no cumplieron la capitulacion de Bailen, porque una culpa no autoriza á cometer otra; pero justo es tambien tener en cuenta las razones, que, si no abonan, ni siquiera del todo disculpan la falta á la fé en los españoles de Andalucía respecto á

Julio 1808.

En Lebrija la plebe furiosa acudió una noche á un lugar de depósito, donde estaba un regimiento francés de dragones, de los cuales mató á setenta y cinco, contándose en el número doce oficiales, y si no hubiese acudido el clero á socorrerlos, habrían sido muertos todos. Por último, los generales que habian cometido la grave falta de separarse de sus tropas para viajar á parte con sus equipajes llevaron la pena mas rigurosa, por haberse así quedado solos. No bien habian llegado al Puerto de Santa Maria con sus furgones, exentos de ser registrados, cuando, no pudiendo contenerse el pueblo al ver unos carros, donde, segun decian, venia encerrada toda la riqueza de Córdoba, se echó sobre ellos, y los hizo pedazos, robando su contenido. No fueron los últimos que tuvieron parte en este saqueo hombres revestidos de alguna autoridad en España (1). Sin embargo, aunque iba en los furgones robados el peculio de los generales y oficiales franceses, y aún la caja del ejército, no apareció en ellos mayor suma que la de un millon y cien mil, ó un millon

Mueren
asesinados
en Lebrija
muchos
prisioneros
franceses.

los capitulados de Bailen, la explican, y atenúan un tanto lo que tiene de vituperable. España habia sido invadida con perfidia: con no menos perfidia habia faltado Napoleon á la fé debida á Fernando en Bayona. El Emperador francés calificaba de rebeldes y de canalla á los españoles, porque defendian su patria y honor, calificacion que mas de una vez admite y repite la historia aquí traducida. Todo esto como que dictaba al pueblo español no guardar fé con quien no la guardaba, y aún declaraba no ser debido guardarla, pues los declaraba bandoleros. Locura es comparar la conducta seguida con los franceses por los ingleses á la que con los primeros seguian los españoles. Eran los ingleses muy odiados por Napoleon, y ellos le pagaban con igual afecto, pero la guerra entre unos y otros era seguida en términos regulares. Los franceses no ponian en consejo de guerra á ingleses ni los arcabuceaban; y sí á muchos españoles; llamando perdon el no darles castigo.

N. DE A. A. G.

(1) Fea calumnia que deberia probar M. Thiers.

N. DE A. A. G.

Julio 1808. y doscientos mil reales, según confesión de los mismos diarios españoles, siendo estas todas las resultas del saqueo de Córdoba. Los generales franceses estuvieron á pique de ser muertos, y solo pudieron escapar de la furia de la desmandada plebe metiéndose en barcos. Fueron llevados á Cádiz y detenidos en calidad de prisioneros hasta que salieron embarcados para Francia, donde los esperaban rigores no menos duros.

Juicio
de
esta historia
sobre
la campaña
de Andalucía
y la
desdichada
capitulacion
de Bailen
en
que terminó.

Tal fué la famosa capitulacion de Bailen, nombre que en las niñeces de la mayor parte de los que hoy viven era repetido con frecuencia igual á la con que repiten hoy el de Austerlitz ó el de Jena. En aquellos dias los inhumanos perseguidores de los desgraciados, juzgando sin conocimiento ni compasion tan lastimoso suceso, achacaron á cobardía y á deseo de salvar los furgones cargados con los despojos de Córdoba, el horroroso desastre que cayó sobre el ejército francés. Así juzga la bajeza de los cortesanos, siempre desatada contra aquellos á quienes los personajes revestidos del supremo poder dan señal de que sacrifiquen. En la dolorosa campaña de Andalucía, cuya narracion acaba de hacer esta historia, hubo muchas faltas cometidas, pero ni una sola que fuese quebrantamiento del honor. El primer yerro fué el del mismo Napoleon, que, tras de haber con sus hechos en Bayona causado en el pueblo español un furor inaudito, con el cual venia á ser sumamente peligrosa toda operacion militar, se contentó con enviar ocho mil hombres á Valencia y doce mil á Córdoba, como creyendo que con esto bastaba. Pronto advirtió el Emperador su yerro, pero fué cuando era ya tarde. Despues del yerro de Napoleon siguen errores militares del general Dupont y del general Ve-

del, su subalterno. El primero, al desocupar á Córdoba para situarse mas cerca de los puertos de Sierra Morena, debia, por este mismo motivo, haberse acercado á ellos mas, y hasta punto de tener bien cerrado por allí el paso. Cometida ya la falta de situarse en Andújar, y no en Bailen, no fué menos grave yerro no haber seguido al general Vedel cuando le envió de vuelta á Bailen en la tarde del 16, y, tras de esta falta, no haber levantado el campo en el dia 17, en vez de hacerlo en la noche del 18, así como en la batalla de Bailen haber ido embistiendo al enemigo con varias partes de sus tropas sucesivamente y en linea paralela á la suya, en lugar de hacerlo con todo el golpe de su fuerza y en columna cerrada, cayendo sobre su costado izquierdo (1), y por último, despues de esfuerzos de valor, por demas honrosos, haber cedido demasiado al general descaimiento. La falta del general Vedel fué venir el dia 16 con toda su division á Andújar, y dejar en descubierto á Bailen; yerro del cual le disculpa poco, si algo, habérsele aprobado el general su superior; y fué, sobre todo, falta gravísima la de seguir al general Dufour á la Carolina, abandonando así por la segunda vez á Bailen, sin tomar precau-

(1) El autor de esta historia se arroja á dar así sus fallos en puntos de competencia especial de los militares, porque los da conformes á lo que dicta el simple buen juicio, y, ademas, porque tiene en su apoyo autoridades del mayor peso, como son la de Napoleon y la de Berthier. En efecto, los fallos en el texto de esta obra dados sobre las operaciones militares del general Dupont son las opiniones de Napoleon y de Berthier, tomando las del primero de las preguntas que mandó hacer á los acusados por el fiscal de la causa, y las del segundo del discurso que pronunció en el proceso.

Julio 1808. cion alguna para defenderla, á lo cual se agregó que, desengañado en la Carolina, no se volviese al punto atrás, sino que, al contrario, perdiese todo el dia 19 en vanas contemporizaciones. Por fin, la falta de los generales que servian á las órdenes de Dupont fué impelerle á capitular, como hizo, y, despues de haber peleado esforzadamente en el campo de batalla de Bailen, dar muestras de la mas vituperable flaqueza en la negociacion general, cediendo á todas las amenazas de los generales españoles, como si hubiesen sido los mayores cobardes del mundo, cuando merecian ser contados entre los mas valientes; nueva prueba de que son dos prendas muy diferentes el valor personal y el que sabe no abatirse en la desgracia.

Así, un yerro grave de Napoleon en punto á España; haber escogido mal el general Dupont su posicion militar; la lentitud excesiva de este último en mudar de puesto; una batalla mal dada; movimientos errados del general Vedel, y desaliento en los generales y soldados, fueron las causas del cruel revés que en Bailen llevaron las armas francesas. Todo cuanto se haya dicho de mas es calumnia pura. Ha sido comun repetir que causó todas las desgracias de aquel ejército francés llevar una fila larguísima de equipajes. Suponiendo á un general capaz del cálculo necio de perder su honor, y carrera militar, y el logro del baston de mariscal, que le estaba guardado, por algunos centenares de miles de francos, cantidad inferior á la que daba Napoleon á sus generales menos favorecidos, en ocho ó diez furgones cabian todas las supuestas riquezas de Córdoba en materia de oro ó

plata, y se trataba de centenares de carros, cuyo número excesivo tenia por causa evidente la situacion de los ánimos en España, pais donde no podian los franceses dejarse atrás un solo herido ó enfermo. Por último, ya queda dicho aquí poco há que los famosos furgones fueron robados sin hallarse en ellos arriba de trescientos ó cuatrocientos mil francos, ó sea de un millon y cien mil á un millon y doscientos mil reales. Todo cuanto puede decirse, en suma, es que el general Dupont, oficial de instruccion, capacidad, y sumo brillo en las batallas, no tuvo la indomable firmeza de que habia dado pruebas un Massena en Génova, y de que las dió éste mismo en Essling. Pero estaba enfermo, herido y rendido por un calor de cuarenta grados: sus soldados eran muchachos extenuados por el hambre y las fatigas: habian sobrevenido desdichas sobre desdichas y azares sobre azares, y, si bien se profundiza en las causas de tan trágico acontecimiento, se verá que no fué el menos reprehensible el mismo Emperador, el cual puso á tantos hombres en una situacion por demas falsa. Debe, con todo eso, añadirse, por interés del honor de la milicia, que en situaciones de tan extremado apuro la resolucion de morir es la única en que hay dignidad, y á la par esperanza de salvacion; porque, ciertamente, al llegar el general Vedel, haberse resuelto á arrostrar la muerte para pasar por medio de la division de Reding habria dado posibilidad de reunirse á las dos partes del ejército francés, con lo cual habrian salido triunfantes de su aprieto, en vez de salir de él humilladas y prisioneras, y sacrificando en el campo de batalla la cuarta parte de la gente que murió despues en espantoso cautiverio, habria pasado á

Julio 1808. ser victoria lo que fué el mas ruidoso revés de época tan extraordinaria (1).

Efecto
producido
en Madrid
por la
noticia de la
capitulacion
de Bailen.

La noticia de tan extraño desastre, reputado imposible en Madrid, desde el punto en que habia llegado el ejército del general Dupont á veinte mil hombres, por haberle reforzado, una despues de otra, las divisiones de Vedel y Gobert, corrió veloz por la capital de España, comunicada allí primero por secretos conductos por donde sabian las cosas los españoles, despues por algunos oficiales escapados del ejército francés, y que de posta en posta habian atravesado la Mancha, y, por último, por la llegada de M. de Villoutreys, el cual venia encargado de llevar el convenio de Bailen al Emperador. La relacion circunstanciada de tal revés llenó de consternacion á todos los franceses, y á cuantos habian unido con la de estos su fortuna. Los españoles estaban embriagados de orgullo, no del valor y habilidad manifestados por los suyos en aquellos sucesos, si bien habian peleado valerosamen-

(1) Aquí, por amor á la verdad, y, sobre todo, por la viva repugnancia que al autor de esta historia siempre ha causado ver tratados con injusticia á aquellos á quienes ha sido contraria la fortuna, va expresado un fallo sobre los sucesos de Bailen, que ha de checar con todas las preocupaciones reinantes en los dias del Imperio. Pero todo hombre de recto juicio que hubiere leído los preciosos documentos de que ha sido dueño el que escribe la presente obra no podrá dar otra sentencia que la que aquí se declara. Los documentos á que acaba de referirse esta nota son de diversas clases, y todos ellos de infinito precio y concluyentes. Ante todo, hay varios tomos de documentos relativos al succso de Bailen en el archivo del ministerio de la Guerra, en los cuales están las preguntas de los interrogatorios que habian de hacerse á los acusados, hechas por el mismo Emperador, quien descubre en ellas la opinion que tenia en punto á los yerros militares cometidos en aquella campaña. Existe la correspondencia del mismo Emperador con el general Savary, que no es el documento de menos importancia, y ademas la correspondencia del general Dupont con los generales sus subalternos, y el proceso entero hecho á los generales Dupont, Marescot, Vedel, Chabert y otros del mismo ejército. Napoleon, en su primer impetu de cólera, quiso que fuesen arcabuceados todos cuantos habian tenido parte en hacer la capitula-

te, sico de los obstáculos de toda clase que habia creado á los franceses su patriótico levantamiento, obstáculos que habian sido la causa principal de las desdichas del general Dupont. Faltando los veinte mil hombres destinados á conquistar á Andalucia, ó, en caso de no alcanzar su poder á tanto, á replegarse sobre la Mancha, cubriendo á Madrid, la situacion de José y los suyos habia venido á ser por demas azarosa. Era evidente que los levantados de Valencia, Cartagena y Murcia se pondrian en comunicacion con los de Granada y Sevilla, ensoberbecidos por su imprevisto triunfo, y que, arrastrando todos ellos consigo á los de Extremadura y la Mancha, que acaso no se habian atrevido á salir á campaña, en breve vendrian sobre Madrid. Aunque estaba abultadísimo por la fama comun el número de españoles regimentados en las tropas de línea, y lo que abundaba en España era las partidas que, con el nombre de guerrillas, cubrian los

cion, pero, de allí á poco, atendiendo á reflexiones que le hizo el siempre juicioso Cambaceres, y á lo que le dictaba su buen alma, despues de pasársele el primer arrebato, sometió á un tribunal de honor compuesto de personajes de los mas altos del imperio el juicio del negocio de Bailen. La sentencia dada por este tribunal fué degradar de sus empleos y honores á los generales, y por decreto imperial fué mandado que quedasen depositados tres ejemplares manuscritos del proceso entero, uno en el archivo del Senado, otro en el del ministerio de la Guerra, y otro tercero en el del Supremo Tribunal Imperial. Cuando, hecha la restauracion de la monarquía antigua, llegó el general Dupont á gozar del favor del Rey (época en la cual, en sentir de quien esto escribe, fué mas culpado que lo habia sido en Bailen), logró de Luis XVIII una orden que anuaba el decreto del Emperador, y mandaba destruir los tres ejemplares del proceso. De estos fué fácil dar con los dos que estaban en el Senado y en el ministerio de la Guerra, pero el tercero, destinado al archivo del Supremo Tribunal Imperial, no estaba allí, porque tal tribunal no llegó á instaurarse, y, sí, paraba en poder de una de las familias subidas á mayor altura en tiempo del Imperio, en donde todavia pára. En este manuscrito precioso, donde todo está puesto en claro, segun el parecer del escritor de estos renglones, está contenida la justificacion del general Dupont, ó, á lo menos, la que puede encontrarse de su

Julio 1808.

campos, detenian los convoyes, mataban á los heridos y enfermos, y asolaban á España todavía mas que los mismos ejércitos franceses, con todo eso, podia llegar el general Castaños con las tropas de Valencia, Murcia, Cartagena, Granada, Sevilla y Badajoz, esto es, al frente de sesenta ó setenta mil hombres, muy envalentonados con los sucesos de Bailen, á los cuales no habia que oponer mas que las divisiones de Musnier, Morlot y Frère, la brigada de Rey, y las tropas de la guardia imperial. Todos estos euerpos, si no tuviesen muchos enfermos y heridos, debian haber compuesto una fuerza de hasta treinta mil hombres para entrar en batalla, pero, en el estado de salud de las tropas, solo contaban de veinte á veinte y cinco mil, á lo mas, capaces de servicio activo. Sin embargo, maudadas por un general alentado, como por ejemplo Murat, en vez de estarlo por José, bien habrian podido veinte mil franceses derrotar á sesenta

conducta, ciñéndose á lo que dictan la razon y la justicia. Si hubiese logrado dar fin de él el general Dupont habria acabado con los documentos con que puede rehabilitar su fama ante la posteridad; prueba evidente esto de que vale mas que todo fiarse en la verdad, y dejar que sea sabida. Por otra parte, quien lea en el proceso el juicio dado por el general Berthier, pues en él dieron el suyo cada cual de los personajes principales del Imperio, verá con una superioridad de razon, y de humanidad muy honrosas al mismo general, prendas de que no dieron ejemplo los jueces no militares, una opinion casi idéntica á la expresada en la presente historia. A esto debe agregarse que el mismo Napoleon, pasando con el tiempo á ser mas justo, solia repetir, *En Dupont hubo mas desdicha que culpa*. Cuando esto decia el Emperador, ya sentia los golpes primeros de la fortuna adversa, y con su grande entendimiento, y alma no menos grande, apreciaba mejor hasta qué punto es debido tomar en cuenta las circunstancias para juzgar con equidad á los hombres. Esto aparte, el autor de la presente historia no ha tropezado en su carrera con persona alguna de los que fueron actores en los sucesos, que en esta parte de la presente historia va ahora contando, ni tenido relaciones de amistad ú odio con ellos, ó con sus familias, de suerte que habla movido por un puro desecho de ser imparcial.

N. DE M. THIERS.

mil españoles, y lanzar vencidos sobre la Mancha y Andalucía á los vencedores de Bailen, si viniesen á presentarse delante de la capital de España. Verdad es que tenian los franceses á su espalda una poblacion crecida, la cual les era necesario mantener guardada y sujeta, pero era muy posible (como poco despues escribió Napoleon) tener á las cercanias de Madrid un ejército considerable, y bastante á imponer respeto á los contrarios de fuera y de dentro de su recinto. El mariscal Bessières, despues de su victoria en Riosco, habia ido sobre Galicia, donde se preparaba á entrar. A éste debia haberse llamado con sus tropas á Burgos, dándole por único oficio cubrir el camino de Madrid á Bayona. En tal caso, podia sacarse de su cuerpo de ejército la brigada de Lefebvre, separada por poco tiempo de la division de Morlot, antes de saberse la ventaja alcanzada en Riosco, como tambien la division de Mouton compuesta de regimientos viejos, que eran el de cazadores á caballo, núm. 26, recién llegado á España, y los de línea 43 y 51, próximos á llegar á Bayona (parte todos estos de los doce regimientos viejos mandados pasar á España), con lo cual habria un refuerzo de cerca de diez mil hombres de tropas excelentes, y capaces de pelear contra todos los ejércitos españoles. El mariscal Bessières se habria quedado todavía, contando las tropas de marcha y las columnas móviles situadas en Victoria, Burgos, y Aranda, con cerca de catorce ó quince mil hombres. Por último, los regimientos de línea, números 14 y 44, que tambien eran parte de los regimientos antiguos enviados á España, habian reforzado al cuerpo de ejército del general Verdier en el sitio de Zaragoza,

Julio 1808.

Recursos
que
quedaban á
los franceses
en Madrid
despues
de perdido
su ejército de
Andalucía.

Julio 1808. haciendo ascender su fuerza hasta ser de diez y siete mil hombres. En rigor, ya se efectuase ó se difiriese el récio ataque nuevo que pensaba darse á Zaragoza, y cuyo buen éxito estaba anunciándose todos los dias como probable y aún como cercano, bien podian los sitiadores desprenderse de los dos regimientos de que acaba ahora aquí de hacerse mencion y enviarlos á Madrid. Si caia Zaragoza, llevarian estos soldados, ademas de la fuerza real y efectiva que consigo traian, la que les daria su triunfo, con lo cual serian de grande auxilio. Si lo contrario, quedaria solo aplazada á otro dia la toma de Zaragoza, pero estaria Madrid puesto á cubierto de toda tentativa, y cualesquiera enemigos, fuesen los que fuesen, que se acercasen á sus puertas serian rechazados y echados á gran distancia. Al cabo, en España, con los treinta mil hombres que podian juntarse en Madrid, los catorce mil que habian quedado con el mariscal Bessières, los diez y siete mil del general Verdier, los once mil del general Duhesme en Cataluña y los siete mil del general Reille, habia todavía cerca de ochenta mil franceses, y, por cierto, con semejante fuerza bien era posible hacer frente á los españoles, sin contar con que á cada instante iban apareciendo en Bayona nuevos refuerzos prevenidos por Napoleon. Pero habria sido necesario, como es fuerza repetirlo, para sostenerse en Madrid el nuevo príncipe, que éste fuese un guerrero y no una persona de condicion suave, juiciosa é instruida, y no de profesion militar, si bien hombre que en los momentos de peligro se acordaba de que era hermano de Napoleon (1).

(1) No saca el autor de esta historia meramente de su cabeza las observaciones que van arriba en el texto, pues, si bien era su opinion

Julio 1808.

No habia, pues, motivo de desesperar, porque con traer al mariscal Bessières de Galicia á Castilla la Vieja, dejándole por único encargo el de guardar el camino de Madrid, y llamar á esta capital parte de las fuerzas que al mismo mariscal obedecian, y parte de las que estaban sitiando á Zaragoza, y agregar á éstas las que acababan de pasar por Bayona, habia lo bastante para mantenerse dueños de Madrid, y derrotar á los levantados que osasen presentarse delante de sus murallas. Pero el desdichado rey de España no tenia un carácter de temple igual al de su hermano. La alegría de los españoles que le eran enemigos, el desconsuelo de los que habian abrazado su causa, el apocamiento de cinismo de sus ministros, la poca firmeza de los generales franceses, que á su lado estaban, y el apuro de verse

Espanto del rey José el cual se resuelve á desocupar á Madrid.

constante, reflexionando en los sucesos que ahora van aquí contándose, que despues de la tragedia de Bailen, quedaban á los franceses en Madrid fuerzas bastantes para seguir ocupando la capital de España, acaba de dar con una apuntacion hecha por el Emperador en Burdeos en 2 de agosto de 1808 que le confirma en su opinion, y de la cual ha sacado los cálculos que en su obra hace, y aun indicaciones sobre cómo deberian haberse concentrado en aquella ocasion las tropas francesas. Lo único hecho aquí ha sido rebajar números de guarismos exagerados contenidos en la misma apuntacion al especificar la fuerza de los cuerpos que quedaban en España. Estando Napoleon deseoso de empeñar á su hermano en que se mantuviese firme, como era natural, le pintaba la situacion mas lisonjera que lo que era, y, cuando habia dudas en punto á fuerzas, preferia suponerlas mas numerosas. Aunque, despues de perdir los los veinte mil hombres de Dupont, quedaban mas de ochenta mil franceses en España, segun debia contarse, en realidad apenas habia tal número, por ser grande el estrago hecho en ellas por las enfermedades y por sus enemigos (*).

N. DE M. THIERS.

(*) Aquí acierta M. Thiers, como tiene que confesar quien conoce el estado de las cosas en aquellos dias. Eran pocas las fuerzas españolas que podian venir sobre Madrid, y, viniendo de diversos puntos, fácil era á veinte y cinco mil franceses vencerlas ejército por ejército. Pero M. Thiers no quiere confesar del todo, ni el desaliento de los suyos, ni la cortedad de las fuerzas por que los franceses habian sido vencidos en varios puntos de España.

N. DE A. A. G.

Julio 1808. en una poblacion para él enteramente desconocida, todo contribuia á causar suma turbacion en su espíritu, y á llevarle á abrazar la resolucion funesta de salir de su nueva capital, á los diez dias de haber pisado su suelo. Debia haberlo arrostrado todo, antes de resolverse á desocupar á Madrid, porque solo el efecto que en la opinion produciria tal paso forzosamente habia de ser inmenso. Mientras permaneciese en la capital de España podian ser considerados los sucesos de la guerra como un alternar de reveses con ventajas, siendo posible poner en cotejo la jornada de Riosoco con la de Bailen, no obstante ser aquella de importancia muy inferior, y la toma de Zaragoza, cuya caida se estaba esperando por momentos, formaria en breve un contrapeso á la resistencia feliz de Valencia, quedando Madrid, como que seguia ocupada por los franceses, de testimonio de la superioridad de éstos en la Península. Los españoles levantados podian todavía dudar de su propio poder, y los ingleses, presumiendo menos del suyo, no habrian hecho los poderosos esfuerzos que hicieron para auxiliar á sus aliados. Pero abandonar á Madrid parecia en el rey nuevo una confesion formal de que no era capaz de sustentar con la fuerza el reino que pretendia haber recibido de la Providencia divina, porque lo que ésta quiere sabe sustentarle y no lo deja caer. Con ver su capital libertada de franceses iba toda España á alzarse, y á la vergüenza particular del suceso de Bailen, que solo caia sobre algunos generales, habia de suceder una confusion cruel para Napoleon; la de verse confundido en su política, lo cual era consecuencia forzosa de la evacuacion de la mayor parte de la Península.

Seguia todavía en Madrid el general Savary, aunque José nada aficionado á su persona ni á su modo de pensar y proceder, habia hecho cuanto cabia para alejarle de su lado. El general Savary representaba el sistema de los actos de justicia militar, de la aplicacion á tener en buen estado al ejército francés, costase á España lo que costase, de la sumision absoluta á la voluntad de Napoleon y de la indiferencia á la de José, cuando ésta no era exactamente conforme á las órdenes dictadas por el Estado mayor imperial. Queriendo José captarse el favor del pueblo en España, y estando por lo mismo muy inclinado á sacrificar el interés del ejército francés al de los españoles, miraba con sumo desvío al general Savary y al conjunto de cosas que el mismo general representaba á su lado. Asi que, habia pedido á Napoleon que le diese por cabeza de sus fuerzas en España al mariscal Jourdan, por el cual estaba acostumbrado á ser servido en Nápoles, y que era hombre recto, juicioso y sosegado, de no mucha actividad, cual convenia á la blandura de su señor inmediato, y nada dispuesto á postrarse ante Napoleon, á quien entendia poco y queria todavía menos. Como tuviese priesa José de tener consigo al mariscal Jourdan, y de ver lejos de sí al general Savary, habia dado á entender á éste que haria bien en partirse á Francia; pero el general, de suyo constantemente indócil, excepto cuando le mandaba Napoleon, le habia respondido que tendria sumo gusto en irse luego que le diese licencia de hacerlo el Emperador, á quien sumisamente obedecia, y esperando la llegada de esta licencia, seguia en Madrid pintando las cosas y los hombres en su correspondencia diaria con el Emperador, con rasgos y co-

Julio 1808.

Conducta
del general
Savary
en Madrid
y consejos
que da al rey
José.

Julio 1808.

lores nada lisonjeros. Despues del desastre de Bailen tuvo José á grandísima dicha hallarse con el general Savary á su lado , porque podria compartir con él la responsabilidad de las graves determinaciones que era forzoso tomar, y así le consultó con mas deferencia que solia. El general Savary, aunque no era apocado de espíritu, viendo cuán incapaz era aquel desdichado monarca de mantenerse en Madrid con veinte mil hombres, juzgó mas cuerdo dejarle salir de la capital de España, y aun le aconsejó que, cuanto antes, se retirase.—Y ¿qué dirá el Emperador?—le preguntó José con inquietud.—El Emperador regañará, respondió el general Savary, pero ya sabe Vuestra Majestad que su cólera es ruidosa, y hace poco daño. Sin duda él se sostendria aquí, pero lo que le es posible no lo es á otros. Baste con un desastre como el de Bailen, y no tengamos otro mas. Cuando estemos á orillas del Ebro bien concentrados, bien situados, y en disposicion de tomar otra vez la ofensiva, el Emperador tomará el partido que convenga, y enviará á V. M. los socorros necesarios.—

Toma José
por partido
salir
de Madrid.

No se hizo el rey José repetir este consejo por el general Savary, sino que, al recibirle, dió órdenes para que se retirasen de Madrid sus tropas. Pero habia en la capital de España mas de tres mil enfermos y heridos, y copiosísimos pertrechos de guerra amontonados en el Buen Retiro, sitio Real que empezaba á convertirse en una fortaleza. Habia, pues, necesidad de algun tiempo para sacar de allí tanta gente y efectos. Emprendióse esta obra sin tardanza. Por desgracia, aumentaba las dificultades de tal operacion la mala voluntad de los madrileños. En breve, notándose los

preparativos que estaban haciendo los franceses, corrió la voz de que se retiraban, y arrebatados de gozo los españoles y resueltos á hacer que fuese mas desastrada la retirada en cuanto de ellos pendiese, fueron juntando sus carros y carruajes de todas clases, y, formándolos en montones les prendieron fuego, queriendo mejor ver aquellas cosas de su propiedad destruidas que puestas al servicio de sus contrarios. Así presentaba muchas mas dificultades el transportar los heridos y enfermos, y lo correspondiente á la administracion, necesitándose dejar correr algunos dias, antes de poner en movimiento las tropas.

Con solo esparcirse la voz de resolucion semejante, desaparecieron todos cuantos por brevisimos dias habian abrazado la causa de los franceses. De los ministros de José dos, que fueron los señores Piñuela y Ceballos, se fueron de su lado sin dar razon alguna de su conducta. Particularmente Ceballos, convertido despues en un folletista dedicado á disfamar á la Francia, procedió de un modo digno de su vida pasada. Habiendo sido un bajo adulator del Principe de la Paz, y despues su enemigo encarnizado, obsequioso servidor de Fernando VII en los dos meses que éste reinó, y luego ministro de José, á quien nunca debia haberse prestado á servir, se escapó vergonzosamente del lado de su nuevo señor al saber la noticia del suceso de Bailen, sin decir cosa alguna á los franceses, cuyo partido abandonaba, y diciendo, si, á los españoles, con los cuales se volvia, que, si habia consentido en ser ministro de José, lo habia hecho á fin de tener permiso de venir á España y ocasion de servir á una causa cuyo triunfo habia constantemente previsto y de-

Julio 1808.

Conducta
de
los españoles
al saber que
se retiraban
de Madrid
los
franceses.

Julio 1808.

seado. El viejo don Miguel de Azanza y los señores de Ofarril y Urquijo, procediendo como personajes de dignidad, que, al aceptar por rey al príncipe francés, sabian lo que hacian y querian, por ser su deseo la regeneracion de España, no abandonaron á José, y, si, le siguieron, traspasada el alma de pena. El marqués Caballero, tratado por sus compatriotas con un desprecio insultante, que merecia harto menos que el señor de Ceballos (1) se quedó en la córte de José como en un asilo. Entre los grandes de España, el príncipe de Castelfranco, que habia hecho frente á la tempestad, sintió descaecer su ánimo á la última hora, y, habiendo prometido irse con los franceses, se quedó en Madrid. Ni uno de los que siguieron á José pudo llevarse consigo un criado español, porque todos los de condicion inferior querian quedarse entre sus compatriotas. En el Real Palacio y caballerizas habia cerca de dos mil empleados, necesitándose tan numerosa servidumbre para atender á los muchos magníficos caballos que de ordinario tenian los reyes de España, y casi toda esta gente desapareció en una noche, de suerte que apenas pudo encontrar José quien le sirviese en su retirada.

(1) ¿Por qué merecia menos ódio y desprecio que don Pedro Ceballos el marqués Caballero? ¿De dónde saca M. Thiers tanta saña contra el uno, y tanta indulgencia con el otro, uno de los hombres peores de una época nada buena? De que Ceballos escribió contra la usurpacion francesa, y Caballero abrazó el partido de los enemigos de su patria, no ciertamente por amor á las reformas de que era violento y maligno contrario. Pero Ceballos por haber escrito una exposicion en que pinta hechos del emperador francés, confesados por M. Thiers vituperables en grado sumo, á ninguna obligacion faltó. Hizo mal en entrar al servicio de José, pero cuando así obró aún no conocia el levantamiento de España que creó en los españoles una obligacion de correr la suerte misma que la nacion entera. De Caballero no se hable. M. Thiers parece que ha teido algun escrito suyo por donde le ha cobrado cierta aficion. Mal objeto de estimacion ha escogido.

Salió de Madrid el nuevo rey el 2 de agosto (1) para pasar á Chamartin, sin que se le hiciese el menor insulto, pues su persona habia merecido cierta especie de respeto. Vieron los madrileños irse las tropas francesas con un jubilo muy natural, pero no se atrevieron á hacerles ofensa alguna, porque todavía temblaban al verlas, y, no obstante una presuncion, en aquellas horas no infundada, todos se decian unos á otros confusamente que bien podria ser que volviesen. Contando desde este dia, ya no tenia José persona alguna favorable á su causa en España, ni del pueblo que siempre le habia sido contrario, ni de las clases altas y medias y bien educadas, las cuales, despues de haber estado vacilantes, durante algun tiempo, por temor de la Francia y esperanza de las mejoras que de ella era razon prometerse, ya no dudaban al ver á la misma Francia darse por vencida con desocupar á Madrid sus tropas.

El ejército francés se retiró pausadamente por el camino de Buitrago, Somosierra, Aranda y Burgos. Como, al paso, encontrase señales numerosas de la crueldad de los españoles, no pudo contener su exasperacion, y se vengó en mas de un lugar, y como en él se agregaba el hambre á la ira, hizo muchos destrozos en su tránsito, y dejó donde quiera rastros de su presencia, con lo cual hubo de subir al último grado el odio de los españoles á sus enemigos. Atemorizado José de los malos efectos que así iban á provocar los suyos, se afanaba en balde por impedir los excesos que come-

Agosto 1808.

Salen
de Madrid
los franceses
el
2 de agosto.

Retírase
el ejército
francés
por
Buitrago,
Somosierra
y Aranda.

(1) Hubo de ser el 31 de julio. El 1.º de agosto muy temprano estaba ya Madrid libre de franceses.

Agosto 1808.

Afectos
que
se muestran
en el ejército
francés
durante
su retirada.

tian los franceses por donde pasaban. Pero solo consiguió ofender al mismo ejército, cuyos soldados decían que debía tener mayor empeño en favor de ellos que le defendían que en el de los españoles que le odiaban. Cuando van mal las cosas, viene la desunión á la par con la desdicha. Los ministros de José andaban desavenidos con los generales franceses, de suerte que se miraban mal mutuamente la corte nueva de España y el ejército que le servía de único apoyo. Reinaba la tristeza en los oficiales superiores, y la irritación en los soldados, así como la furia de la venganza en las poblaciones que los franceses atravesaban.

Alargase
el
movimiento
de retirada
hasta
Miranda.

El rey José y los que á su lado estaban iban desanimándose á cada paso, y no se creyeron seguros, siquiera en Burgos. Se asustaron de tener todavía á su espalda toda la tierra comprendida entre Burgos y las provincias Vascongadas, y juzgaron conveniente pasar á la línea del Ebro, poniendo el cuartel general en Miranda. Habían llamado á sí al mariscal Bessières por su derecha, y dispusieron hacer otro tanto por su izquierda con el general Verdier, teniendo en poco dejar sin fruto todos los esfuerzos hechos para tomar á Zaragoza, los cuales entonces mismo iban á ser favorecidos por la fortuna. Solo cobraron algun aliento cuando se vieron amparados con el Ebro por delante, teniendo juntos con los veinte mil hombres salidos de Madrid los veinte mil y mas del mariscal Bessières, los diez y siete mil del general Verdier y todas las reservas de Bayona.

Operaciones
del sitio
de Zaragoza.

En medio de todas estas faltas, era una mas, y gravísima, abandonar tanto terreno, y dejar inútiles tantos trabajos, especialmente los muy considerables

hechos para seguir el sitio de Zaragoza. Desde que se habian dado los últimos ataques á ciudad tan obstinada, se habian aumentado notablemente medios de toda clase para rendirla, probando todo ello que las defensas del arte, aún con la mayor habilidad combinadas, valen menos que el valor de habitantes resueltos á dejarse matar dentro de sus casas mismas. Acababan de Hegar al campamento francés dos regimientos viejos, el número 14, tan desdichado y tan heróico en la batalla de Eylau, y el 44 tan señalado en la misma refriega y en el sitio de Dantzick, con lo cual ascendia á diez y seis ó diez y siete mil hombres el ejército sitiador; y habia sido traída de Pamplona por el Ebro y el canal de Aragon la artilleria de batir necesaria para derribar los conventos que flanqueaban el muro ó tapia que ceñia el recinto de la ciudad sitiada. El coronel de ingenieros Lacoste, ayudante de campo del Emperador, habia dado con suma habilidad disposiciones para abrir en breve tiempo espaciosas brechas en el muro, y echar á tierra los robustos edificios que le servian de apoyo. Estando ya todo pronto, el 4 de agosto por la mañana, empezaron á vomitar sus fuegos sesenta piezas entre morteros, obuses y cañones de á diez y seis sobre la ciudad y el convento de Santa Engracia, el cual estaba en el centro del muro en un ángulo saliente que éste forma donde promedia por el frente que daba á los sitiadores. A derecha é izquierda de este convento habia dos puertas por donde intentaban los franceses penetrar para caer rápidamente por una calle bastante ancha en el Coso, especie de paseo interior, que atraviesa á Zaragoza cuan larga es, y del cual quien se apodera bien puede llamarse dueño de la ciudad toda.

Agosto 1808.

Habiendo logrado la artillería francesa, como á las doce del dia, apagar los fuegos de la española, y abiertas ya anchas brechas en el muro, formáronse las columnas de asalto, dos de las cuales, capitaneando la de la derecha el general Habert, y la de la izquierda el general Grandjean, se arrojaron al derribo de la muralla dando vivas al Emperador. Los españoles, cuya resistencia no consistia en defender una muralla, falta de baluartes y aún de esplanadas, sino en sus calles atrincheradas y casas aspilleradas, esperaban á los soldados enemigos mas adentro de las dos brechas, y, no bien vieron que las habian traspasado, cuando los recibieron con un diluvio de balas de fusilería. Mas afortunada la columna de la derecha fué la primera en penetrar en la ciudad, y, destruyendo los obstáculos que detenia á la de la izquierda cerca de la puerta del Cármen, la ayudó á entrar á su vez, hecho lo cual, se precipitó, no obstante el fuego que de las casas le hacian, á la calle de Santa Engracia, que corre perpendicular al Coso, objeto principal de los ataques de los sitiadores. Cortaban la calle tres trincheras grandes pobladas de artillería. Arrebatados por su ardor los soldados franceses, tomaron por asalto aquellas trincheras, y en ellas trece piezas de artillería, matando á los españoles que las servian, y desembocaron al Coso, creyéndose ya dueños de Zaragoza. Pero aún quedaban por la espalda de los agresores los levantados, paisanos y frailes unos, y otros soldados de línea, atrincherados en las casas, y resueltos á dejar que allí con ellas los abrasasen antes que abandonarlas. Fué, pues, necesario volver á desalojarlos de su abrigo antes de situarse en el Coso. Así se hizo, peleándose de casa en casa, per-

diendo gente para tomar cada una de éstas, y, vendiéndose, una vez ya tomadas, con dar muerte á los que desde allí habian hecho fuego.

La columna de la izquierda habia encontrado en su camino un tropiezo considerable, que era un edificio, espacioso convento de Carmelitas, ceñido para su defensa de un foso, y donde se habian metido tropas españolas en bastante número, mandadas por oficiales de experiencia, estando allí como en un campamento atrincherado. Habia sido forzoso tomar el convento, y se habia hecho con sumo vigor, pero no sin gran pérdida de gente. Terminada esta obra, los franceses de la columna de la izquierda, así como los de la derecha, se habian puesto á hacer disparos de fusilería de casa en casa, mientras seguia su artillería arrojando granadas y bombas que, pasando sobre las cabezas de los suyos, iban á castigar la ciudad y destrozarla. Duraba desde la mañana tan horrenda lid con increíble encarnizamiento, cuando, cansados los soldados franceses comenzaron á desparramarse por las casas que acababan de ganar y á buscar en ellas el sustento que necesitaban, y principalmente los vinos de que sabian que estaban todas las grandes poblaciones de España abundantemente provistas. Por su desgracia, fracasó su valor en el escollo de este merodeo imprevisto, y en breve la mitad de las tropas vencedoras quedó sepultada en el ócio y embriaguez. A pesar de todo cuanto hicieron los generales franceses, casi todos ellos heridos, no lograron traer á las filas á sus soldados, ni para pelear, ni aun para mirar por su propia seguridad. Si hubiesen sospechado los españoles en qué estado se habian puesto sus enemigos que estaban atacándolos, bien podrian

Agosto 1808.

haberlos hecho arrepentirse de la sangrienta ventaja alcanzada en aquel día. Fué forzoso esperar al siguiente para proseguir en la difícil conquista de Zaragoza, llevándola á efecto casa por casa, y calle por calle. Los sitiadores, sobre haber sido heridos muchos de sus oficiales, y señaladamente los dos generales Verdier y Lefebvre-Desnoëttes, de los cuales el primero recibió un balazo en un muslo, y el segundo una récia contusion en las costillas, habian perdido entre mil y ciento y mil y doscientos hombres, de ellos como trescientos muertos, y de ochocientos á novecientos heridos. Los dos regimientos viejos, números 14 y 44, se figuraban repetido para ellos en las calles de Zaragoza el terrible fuego de fusilería de los campos de Eylau.

Al día siguiente, no habiendo podido el general Verdier de resultas de su herida volver á tomar el mando de los ataques, el general Lefebvre-Desnoëttes, que le habia sustituido, reunió las tropas dispersas por las casas, se atrincheró con los suyos en las calles conquistadas que iban á parar al Coso, y, para economizar la sangre, resolvió emplear la zapa y la mina, creyendo que no debia usar de mas contemplaciones con una ciudad española que las de que con ella usaban los españoles mismos.

Abandónase
la conquista
de Zaragoza
de resultas
de
la retirada
de
los franceses
á la línea
del Ebro.

En esta situacion de las cosas, llegó al campamento francés la noticia del desastre de Bailen, de la evacuacion de Madrid y de la retirada general de los suyos á las orillas del Ebro. Los generales y soldados sitiadores de Zaragoza hubieron de sentir un disgusto amargo al considerar cuán en balde habia sido derramada tanta sangre, y que estaba próxima á írsele de las manos una presa, por cuya posesion tanto se ha-

Agosto 1808.

bian encarnizado. Como el cuerpo empleado en el sitio de aquella ciudad habia de formar en Tudela á orillas del Ebro la izquierda de la nueva posicion en que iba á situarse en España el ejército francés, fueron puestos en camino para allí los heridos, y la parte de la artillería que se pudo transportar, siendo clavada la restante, y emprendió su retirada el ejército de Verdier, llena de pena el alma y de tristeza el rostro de los que le componian, humillados hasta el último punto de haber de retroceder delante de soldados, á los cuales no habian llegado á tener en mucho, no obstante la obstinacion manifestada en el sitio de Zaragoza por los paisanos (1) y frailes. Volvieron de la ciudad sitiada sobre Tudela como unos diez y seis mil hombres, unos de ellos aguerridos desde tiempos bastante antiguos, otros novísimamente, y todos capaces de vencer en campo raso á un número de españoles triple ó cuádruplo del de gente que contaban en sus filas.

Retirase
de Aragon
sobre Tudela
el cuerpo de
ejército
que estaba
sitiando
á Zaragoza.

En Cataluña se habian visto obligados los franceses á encerrarse dentro de las murallas de Barcelona,

Operaciones
en
Cataluña.

(1) La gloriosa defensa de Zaragoza, adornada, por otra parte, por autores crédulos con circunstancias novelescas sacadas de relaciones vulgares, está referida por M. Thiers con tal inexactitud, que seria forzoso escribir una relacion nueva para refutar la suya. Una de las mas graciosas pretensiones del historiador francés es atribuir la defensa de la capital de Aragon á los campesinos y no á los zaragozanos. Sin duda éstos, en quienes sobresale la pretension de ser guapos, y de no consentir que su ciudad imperial sea domeñada, han de admirarse mucho si saben que sus hechos de valor le son negados para traspasarlos á la poblacion de los lugares vecinos, pues á la de los campos no podría ser, no habiendo por allí gente esparcida en caserios.

Fuera de ésto, se hace notable que M. Thiers no nombra á don Lorenzo Calvo de Rozas que tanta parte tuvo en la defensa de Zaragoza en junio, julio y agosto de 1808. Pero Calvo no era eclesiástico ni campesino, y despues fué y ha sido liberal, muy extremado por cierto, y, segun la idea de M. Thiers, la resistencia de España á Napoleon era una rebelion de frailes y de la ínfima plebe.

Agosto 1808.

habiendo el general Duhesme probado en vano á sofocar el levantamiento por la parte meridional del Principado á fin de poder comunicarse con Valencia; pero, no teniendo ya que pensar en lo que por este último lado pasaria , despues de haberse retirado del territorio valenciano el mariscal Moncey , habia tanteado operaciones por la parte del Norte , á fin de mantenerse en comunicacion con Francia , y asimismo con la columna del general Reille. Habia , pues , subido con lo principal de sus fuerzas é ídose por Mataró y Hostalrich sobre Gerona , con el proyecto de tomar esta última plaza , una de las mas importantes de Cataluña que los franceses habian cometido el yerro de no ocupar á su entrada en España. Llegado á Mataró , se habia visto forzado á tomar esta poblacion por asalto , y á entregarla á la furia de los soldados , cada dia mas exasperados por la guerra bárbara que les hacian los catalanes. Desde Mataró habia ido sobre Gerona , con esperanzas de sorprenderla y tomarla , escalándola. Sus granaderos , armados de escalas , habian ya trepado por el muro exterior , é iban á penetrar en la ciudad , cuando fueron rechazados por el pueblo revuelto con algunos soldados y frailes. Falto el general Duhesme de artillería de batir , y desesperanzado de rendir á Gerona á viva fuerza , se habia vuelto á Barcelona , viéndose forzado en el camino á sustentar continuas refriegas , y reducido á saquear poblaciones en venganza de haber sido en ellas muertos sus soldados. Pero , durante su correría , no habia podido ponerse en comunicacion con el general Reille , el cual , por su lado , habia llegado hasta Figueras sin lograr dar un paso mas adelante , y habiendo de contentarse con au-

Agosto 1808.

xiliar al vecino castillo de San Fernando, ocupado por una corta guarnición francesa, dejando allí víveres y municiones en cantidad suficiente. Pero, cada vez que habia intentado internarse, habia sido salteado á cada paso por atrevidos miqueletes, que con su velocidad y destreza en tirar burlaban el valor de los soldados franceses, no acostumbrados á correr tras de gentes de la montaña hechas á cazar gamuzas. Así el general Reille habia tenido grande pérdida de soldados sin sacar ventaja alguna, y, sabedor de haber entrado el general Duhesme de vuelta en Barcelona, se habia reducido á guardar la frontera, esperando, antes de arrojarse á nueva empresa, á tener mas recursos y recibir nuevas órdenes.

Tal era la situación de los franceses en el mes de agosto de 1808 en España, que con tanta rapidez habian invadido y cuya conquista habian estimado tan fácil. Habian perdido toda su parte meridional, dejando en ella un ejército prisionero, y cediendo al efecto que en ellos hizo tal revés, abandonado á Madrid, interrumpido el sitio de Zaragoza casi ganada, y retrocedido hasta el Ebro, mientras el único de sus cuerpos de ejército, situado en Cataluña, que no habia evacuado la provincia cuya ocupación le estaba encargada, se veia encerrado en Barcelona, bloqueándole allí por tierra innumerables miqueletes, y por mar la marina británica, que apresurada habia acudido á aquellas aguas desde Gibraltar al correr la voz de haberse levantado España contra sus invasores.

Quedaba todavía en el fondo de la Península un ejército francés, cuya suerte bien podia dar margen á grande inquietud, el cual era el del general Junot, es-

Situación
general de los
franceses
en España en
el mes de
agosto
de 1808.

Sucesos
de Portugal.

Agosto 1808. tablecido en paz en el territorio portugués, y señor de aquel reino antes de la terrible conmocion que acababa de trastornar completamente á España. De aquel ejército no habia en Francia la menor noticia, ni era posible enviárselas, estando cortadas con él todas las comunicaciones por las Andalucias y Extremadura levantadas hácia sus regiones meridionales, y por Galicia y Leon en igual estado por la parte del Norte.

Cunde en Portugal el movimiento de España.

No bien se levantaron los españoles en el mes de mayo, anunciando, segun es en ellos costumbre, haber vencido á sus contrarios antes de alcanzar victoria alguna, no se habian descuidado en punto á llenar á Portugal por el conducto de Galicia y Extremadura de noticias funestas al ejército francés. Las Juntas habian escrito á todos los cuerpos españoles que estaban en el reino vecino, convidándolos á desertar todos juntos y venir á unirse con sus compatriotas levantados. El general Junot, enterado muy pronto, si bien confusamente, de lo que en España pasaba, pero sabiéndolo solo por mayor y á bulto, habia conocido serle necesario tomar precauciones duras contra las tropas españolas, antes auxiliares de las suyas, las cuales, lejos ya de servirle de auxilio, habian venido á ser, en la situacion nueva de las cosas, motivo de grave apuro. Tenia cerca de Lisboa la division de Carrafa, compuesta de tres ó cuatro mil hombres, á cuyo cargo estaba tener sujeta la provincia de Alentejo. A esta division, rodeada de súbito por una francesa, fundándose en las circunstancias, le intimó que soltase las armas, lo cual hicieron los españoles temblando de coraje. Sin embargo, de ellos lograron escaparse algunos centenares, así de infantes como de caballos, y, atravesando

Desarman los franceses á las tropas españolas que habia en Portugal.

Agosto 1808.

el Alentejo, pasaron á la Extremadura española. Un regimiento francés de dragones enviado á darles alcance cogió otra vez prisioneros á algunos de los fugitivos, de los cuales otros consiguieron llegar á Badajoz.

El general Junot habia juntado en el Tajo hasta cierto número de barcos inservibles, y los hizo anclarse en medio del canal, á tiro de cañon de los fuertes, metiendo en seguida en ellos á los soldados españoles, despojados de sus armas, pero bastantemente provistos de todo cuanto les era necesario.

Mientras así procedian los franceses en Lisboa con la division de Carrafa, la antes de Taranco, cuya fuerza era de diez y seis batallones, situada en Oporto, donde no la contenia fuerza alguna francesa, se habia levantado y hecho prisionero al general francés Quesnel con toda su plana mayor, y tomado el camino de Galicia para ponerse allí á las órdenes del general Blake, llamando entretanto al arma á los portugueses. No faltaba á estos deseo de levantarse, porque los portugueses, aunque eran enemigos de los españoles, bien mirado, son españoles que detestan á otros como ellos. Al ver en su tierra á los franceses, habian sentido en su interior que eran de la casta de moros cristianos, habitantes de la Península, y aborrecedores de todo cuanto no es de ella (1). Lo que mas deseaban era levantarse contra los nuevos señores de su territorio, pero

Meté
el general
Junot en
barcos
fondeados en
medio del
Tajo á
los soldados
españoles,
quitándoles
las armas.

En los
portugueses
hay gran

(1) Bien puede preguntarse á M. Thiers, si viendo su patria dominada por extranjeros, aconsejaria ó no á los franceses levantarse á sacudir el yugo. Y por cierto no le pareceria accion de bárbaros moros aborrecedores de los extranjeros la de volver por el honor y la independencia de Francia. ¿Cree el descomedido é injusto historiador francés que solo tienen patria sus paisanos?

Agosto 1808.

deseo de
levantarse,
pero los
contiene el
miedo.

con el ejército francés delante no se atrevían á tanto, y el buen orden en que tenia Junot sus tropas contribuía á hacerles menos doloroso estar sujetos. Sin embargo, al saber el levantamiento de España y oír á los españoles blasonar de haber vencido á los franceses, habian, como era natural, concebido la idea de seguir el ejemplo dado por sus vecinos, y ya solo necesitaban ver á los ingleses, sus aliados antiguos, y, á la par, sus tiranos, para arrojarse á un alzamiento general.

Estaba, en efecto, el almirante Sir Cárlos Cotton cruzando desde el Cabo de Finisterre al de San Vicente, pero solo veían los portugueses sus navíos mar afuera, sin atreverse á acercarse á la costa, y así esperaban con impaciencia que viniese un convoy trayendo un ejército inglés. Lisboa, tenida á raya por el general Junot con el grueso de sus tropas, no podía arrojarse á hacer un movimiento; pero Oporto, donde sobre pensar y sentir los habitantes como buenos portugueses, tenían el pesar de no ver ya á los ingleses en su puerto, estaba pronta á alzarse á la primer señal que diese Inglaterra.

Situacion
del ejército
francés
en Portugal.

Bien conocia el valeroso general Junot cuán peligrosa era su situacion. En el momento en que cayó vencido el general Dupont, habia un mes que estaba sin noticias de Francia, porque por la mar, sujeta á los ingleses, no podia pasar un solo buque, ni por donde se extendia el levantamiento de los españoles, que ceñía á todo Portugal desde el Norte al Mediodía, un solo correo. La noticia del suceso de Bailen, transmitida por el entusiasmo de los españoles al ódio de los portugueses, se esparció por todo Portugal con increíble prontitud, causando en los ánimos una emocion extraordi-

naria. Al contrario la victoria de los franceses en Rioseco, no obstante ser anterior á la tragedia de Bailen, apenas era sabida, por ser comun entre los hombres propagarse las noticias lisonjeras y hablarse poco de las no favorables. Poco importaba esto, sin embargo, y la ventaja alcanzada por los suyos, que hubieron de saber en breve, pasó á ser, como dirá esta historia, un recurso para volver el aliento á los soldados del general Junot. Estos, si bien eran de pocos años y nuevos en el servicio, estaban ya aguerridos por la trabajosa marcha que habian hecho en Portugal, descansados, puestos en buen órden y arreglo, adestrados y aclimatados, de suerte que se presentaban á la vista con el mayor lucimiento. Como, al entrar en aquel reino, eran hasta veinte y tres mil hombres, y se les habian agregado tres mil, llegaban á veinte y cuatro mil aun despues de su dura marcha; gente muy en estado de sustentar el honor de las armas francesas antes de rendirse, si á ellos tambien tocaba caer vencidos, para que fuese expiado en toda la Península el atentado de Bayona.

Viéndose el general Junot tan lejos de Francia, y encerrado entre los levantados españoles, que blasonaban de vencedores, y el mar que veia poblado de velas inglesas, no se alucinaba en cuanto al peligro en que se hallaba, pero, siendo entendido y valiente, estaba resuelto á portarse de modo que consiguiese ver aprobada por Napoleon su conducta. Al intento celebró un consejo de guerra compuesto de generales educados en la escuela de su emperador, y en él fueron las resoluciones conformes á las buenas máximas de la milicia. Por desgracia, aunque estas fueron reconocidas en teó-

Agosto 1808.

francés
de Portugal
un consejo de
guerra en
que
resuelven
qué conducta
han
de seguir.

rica, al aplicarlas, no fueron seguidas con el vigor y exactitud cabal con que el maestro y señor de todos sabia reducir las á práctica. Abandonar todos los puntos de menor importancia que ocupaban, juntarse en masa en Lisboa para mantener sujeta esta capital y ponerse en situacion de arrojar al mar á las primeras tropas inglesas que desembarcasen, era, naturalmente, el plan que todos hubieron de concebir y aprobar. Quedó, pues, resuelto desocupar las provincias de los Algarbes, Alentejo y Beira, sin dejar en ellas tropas de las que allí habia sino en las dos plazas de Almeida por la parte del Norte, y de Yelves ó Elvas por la del Mediodía, y en la costa en las de Setúbal y Peniche, concentrándose el ejército entre Lisboa y Abrantes. Buena era esta resolucion, pero no del todo, pues con mantener ocupados tantos puntos quedaban embebidos de cuatro á cinco mil hombres de los veinte ó veinte y dos mil hombres de servicio de que constaba el ejército; y, tomando en cuenta los que seria forzoso dejar en Lisboa, bien podria no pasar de diez ó doce mil soldados la fuerza que habria para oponerse á un desembarco del enemigo, cuando lo debido era contar con quince ó diez y ocho mil hombres para una accion decisiva.

Muéstrase
el almirante
ruso
Siniavin
muy mal
dispuesto
respecto á los
franceses,
negándose á
auxiliar
al general
Junot
de modo
alguno.

Tenian los franceses consigo un aliado que podia prestarles grandes servicios, el cual era el almirante ruso Siniavin con su escuadra, tripulada por marineros, como tales de poco valor, pero excelentes soldados. Si éste hubiese abrazado la causa de ambas naciones con franqueza, fácilmente habria guardado á Lisboa él solo y dejado disponibles tres ó cuatro mil hombres mas de los franceses. Pero persistia en mostrarse, como ya

habia hecho antes, ruso, apasionadamente adicto á Inglaterra, lleno de ódio á Francia, y muy dispuesto á recibir con los brazos abiertos al enemigo. A todas cuantas propuestas de que le auxiliase le hacia el general francés respondia, ó con frialdad ó con negarse del todo, siendo así que, por estar situado en medio del Tajo, estaba mas obligado á defender la entrada del rio que los mismos franceses. En grave apuro ponía á estós tal circunstancia, particularmente porque se veian forzados á mantener sujeta una poblacion enemiga de trescientas mil almas en que habia veinte mil gallegos, que hacen allí de mozos de cordel, como en París los naturales de Saboya y Auvernia, y que se mostraban harto mal dispuestos. Sin embargo, como estuviese en Lisboa el principal establecimiento del ejército francés de Portugal, Junot confiaba en que con los soldados del depósito, los enfermos y los encargados de custodiar los pertrechos, podria imponer respeto á los mal intencionados habitantes de la capital de la monarquía portuguesa. Mandó al general Loison que se saliese de Almeida con su division toda, y al general Kellermann que desocupase á Yelves con la suya, si bien dejando uno y otro alguna guarnicion en la una y la otra plaza. Era su proyecto, cuando tuviese ya consigo estas dos divisiones, tener un gran número de tropas pronto á caer en la costa sobre el ejército inglés, cuyo próximo desembarque anunciaba la fama.

Ya iba viéndose venir en Portugal el levantamiento, de cuya llegada avisaba un ruido sordo, aunque aun no hubiese llegado á estallar, y, en tanto, era imposible conseguir que llegase un correo. Fueron, con todo eso, despachados tantos mensajeros al general Kellermann,

Desocupan
á Almeida el
general
Loison y á
Yelves
el general
Kellermann.

Agosto 1808.

y mas todavía al general Loison, con quien era mas difícil comunicarse que con el primero, por estar mas distante la provincia en que estaba situado, que ambos recibieron á tiempo el aviso. El general Loison, se halló cuando se puso en marcha cercado. ya de gente levantada, en quien habia cundido la plaga del levantamiento de los españoles. Los curas, no menos ardorosos en Portugal que en España, se habian puesto al frente del paisanaje, y estaban guardando todos los pasos, y guerreando como entonces era costumbre hacerlo en la Península, esto es, tapiando y atrinchando las entradas de los pueblos, llevándose los víveres y matando á los franceses enfermos, heridos ó rezagados. Pero el general Loison en lo duro no era excedido por oficial alguno de su tiempo, y así, dejando en los fuertes de Almeida mil y cuatrocientos ó mil y quinientos de los suyos, y de los menos capaces de resistir á la fatiga de un viaje largo, los proveyó de víveres y municiones, y con tres mil que le quedaban emprendió su marcha atravesando la parte del Norte de Portugal desde Almeida por la Guarda y Abrantes á Lisboa. Varias veces tuvo que arrollar á los rebeldes y pasar por entre ellos escarmentándolos con rigor sumo, pero supo hacerse respetar donde quiera, abrirse franco camino, y proporcionarse víveres, hasta que llegó á Abrantes con solo la pérdida de doscientos hombres en un tránsito por demás trabajoso y peligroso.

Con igual felicidad salió de Yelves el general Kellermann. Ya, al saberse el levantamiento de Andalucía y Extremadura, habian empezado á alborotarse los Algarves y Alentejo. El general Kellermann destacó al-

Agosto 1808.

gunas de sus tropas por todos lados, y señaladamente á Beja, donde hizo un severo escarmiento, con que logró contener la rebelion, hecho lo cual, y dejando en Yelves, como el general Loison en Almeida, á todos aquellos de los suyos menos capaces de resistir á una marcha en medio del calor bochornoso de julio, consiguió entrar sin tropiezo. en Lisboa por la ribera izquierda del Tajo. Ya en todo Portugal no quedaban tropas francesas mas que en Almeida, Yelves, Setúbal y Peniche, y en Lisboa y sus cercanías.

Por todos lados corria como cierta la voz de que iba á llegar á Portugal un ejército británico, procedente, segun unos, de Gibraltar y de Sicilia, y, segun otros, de Irlanda y del mar Báltico. El almirante Sir Carlos Cotton habia comunicado con tierra varias veces, parlamentando con los portugueses, ya en la boca del Tajo, ya en la del Duero, y prometiéndoles en todas partes que pronto desembarcarian los suyos. Sirvió entonces de nuevo estímulo á los ánimos la noticia del desastre ocurrido al general Dupont, llegada por aquellos dias á Portugal, con lo que todo este reino, en donde solo habia habido sublevacion en algunos lugares, se levantó desde los Algarves hasta el Miño.

En Oporto fué donde primero rompió el incendio. Estaban allí cargando pan para el sustento de una partida de tropas francesas situada en aquella ciudad, cuando, viéndolo el pueblo, se alborotó, se arrojó á los carros, y los robó, y con esto en un instante estuvo la ciudad toda levantada. Púsose á capitanear el levantamiento el obispo, y fué enarbolada en todas partes la bandera portuguesa entre vivas al Príncipe

Corre la voz en Portugal de estar próximo á llegar allí un ejército inglés.

Levantamiento de Oporto y de varias provincias de Portugal.

Agosto 1808.

Regente. Propagóse por las provincias el incendio, estando á pique de prender en la misma Lisboa, y, atravesando el Tajo, fué á esparcirse por el Alentejo, donde se juntó con el que por segunda vez habia aparecido hácia Yelves, nacido del roce con la Extremadura española. Los de Oporto se habian puesto en completa comunicacion con los ingleses, y otro tanto hicieron los de Yelves con los españoles. Un cuerpo de estos, compuesto de tropa reglada, se adelantó desde Badajoz hasta Evora para auxiliar el levantamiento portugués.

Junot, hombre por demás vivo y arrojado, cedió, por desgracia, al deseo de sofocar el levantamiento donde quiera que se mostraba. Para ello mandó al general Loison salir con su division á dispersar á los levantados del Alentejo, que se habian situado en las cercanias de Evora, y envió al general Margaron con alguna caballería contra una turba que desde Coimbra venia hácia Lisboa. Mas habria valido en estación tan calurosa tener las tropas frescas y descansadas alrededor de Lisboa que disminuir su número á efecto del hambre y los trabajos, enviándolas á reprimir sediciones, tan prontas á renovarse cuando desaparecia el poder que las sujetaba, cuanto á someterse cuando la fuerza les caia encima.

Sujétanse
movimientos
contra
los franceses
en Coimbra
y Evora.

Bastó al general Margaron presentarse con su caballería para dispersar y acuchillar á algunos centenares de levantados que se habian juntado por la parte de Coimbra. Pero el general Loison tuvo que atravesar todo el Alentejo para dar con la fuerza del levantamiento de aquella provincia, donde los levantados se habian situado cerca de Evora ciudad, teniendo de auxiliar un cuerpo de tropas españolas. Llegó el gene-

Agosto 1808.

ral francés, hecha una marcha trabajosa y fatigosa, delante de Evora, y, encontrando allí formados en batalla á los españoles y portugueses, cayó sobre ellos por un costado, los arrolló y desbarató, les quitó su artillería y les mató un crecido número de gente. Como estuviesen cerradas las puertas de Evora, los franceses escalaron el muro, y, entrando por allí en la ciudad, la saquearon. Dentro de pocos dias hubieron de volverse á España los españoles y de reducirse los portugueses, si bien por breve plazo, á la obediencia. Los soldados franceses estaban cargados de botin, pero rendidos de cansancio, y tuvieron otra vez que emprender el camino de vuelta á Lisboa con un calor que los ahogaba.

Entretanto iban llegando al fin los ingleses, de cuya venida habian llegado tantos avisos y anuncios. No bien se levantó Asturias contra el poder francés y envió á Londres dos emisarios á dar á conocer en Inglaterra el levantamiento de España, se hizo cargo el gobierno británico de la ocasion imprevista que se le presentaba de aumentar al gobierno francés las dificultades con que estaba luchando, y de suscitarle resistencias mas obstinadas que todas cuantas se le habian opuesto hasta entonces. El ministerio de Canning y Castlereagh resolvió, como era natural, dirigir todos los esfuerzos de la Gran Bretaña á la Península y levantar en ella á sus enemigos obstáculos de harto mas bulto y de mucha mayor duracion que los que por breves dias les habia puesto delante en las Calabrias. Fueron, pues, comunicadas órdenes á todas las fuerzas británicas de mar y tierra esparcidas por el Mediterráneo, el Golfo de Cantabria, el canal de la Mancha y el mar Báltico, para que todas concuriesen á este único ob-

Viene
á Portugal
una
expedicion
inglesa.

Agosto 1808.

¡jeto. Salieron despachados á las costas de España y Portugal cargamentos de armas y sumas de dinero. Todas las tropas puestas en pie con motivo de la expedición con que amenazaba Francia desde Bóloña, parte de las cuales acababa distinguirse en la empresa de Copenhague, recibieron por destino el de pasar á hacer grandes operaciones en el nuevo campo de batalla que se abría. Imposible era, en efecto, que encontrase Inglaterra otro mejor escogido, ó para ella más cómodo, porque, con un buen viento, podían sus escuadras trasladarse en cuatro dias de las costas de Inglaterra al cabo de Finisterre, á las bahías de la Coruña y de Vigo, y á las bocas del Duero y del Tago. La numerosísima marina inglesa, que no paraba de estar de crucero á lo largo de tanta extensión de costas, podía en pocos dias abastecer un ejército de viveres y municiones, mientras los enemigos del mismo ejército, puestos en un terreno casi montañés é inculto, así como falto de caminos, habrían de pasar grandísimo trabajo para encontrar sustento. Los pesados y firmes batallones británicos, desembarcando en las numerosas ensenadas y calas de la Península, y poniendo el pié en tierra en puestos bien atrincherados, y adelantando con denuedo si alcanzaban alguna ventaja, así como retrocediendo pronto, si ocurría algun revés, para abrigarse en el mar, que era su apoyo, refugio y depósito de viveres y municiones, alternando en sostener, si se tomaba la ofensiva, á los ágiles españoles contra el impetuoso choque del ejército francés, ya en dejarlos, si era forzosa una retirada, salir de ahogos como mejor pudiesen, ó con dispersarse, ó con someterse por corto plazo, y, en suma, empezando una vez y otra esta

Agosto 1808.

maniobra sin cansarse, hasta que se rindiere, de puro cansadas y agotadas sus fuerzas, el poder francés, iban á guerrear del único modo que les convenia, y, segun el cual, y no mas, podian quedar vencedores en el continente.

Dieron los ministros ingleses con extremada prontitud todas las órdenes necesarias para una expedicion considerable. Cinco mil hombres mandados por el general Spencér, que de Egipto habian pasado á Sicilia, fueron transportados á Gibraltar, y de Gibraltar á Cádiz, donde, teniendo escrúpulo en recibirlos los españoles, quedó aplazado á otra época aceptar sus servicios. Los cinco mil ingleses no admitidos en Cádiz habian desembarcado en la desembocadura del Guadiana, en territorio portugués, y allí estaban aguardando un momento favorable para dar principio á sus operaciones. Diez mil hombres estaban juntos en el puerto de Cork, en Irlanda. Estos se embarcaron inmediatamente en una escuadrilla convoyada por varios navios de linea, llevando por cabeza á un oficial que ya se habia dado á conocer en la India; y que acababa de prestar señalados servicios al general Cathcart en su expedicion á Copenhague, siendo el personaje de quien ahora hace mencion esta historia Sir Arturo Wellesley, célebre despues por su feliz fortuna, y tambien por sus grandes calidades militares, con el titulo de duque de Wellington. Llevaba este general por instrucciones hacer rumbo á la Coruña, ofrecer á los españoles de Asturias y Galicia el auxilio de las tropas inglesas, y, en suma, obrar contra los franceses dónde, cómo y cuando le fuese posible. El general Spencér tenia orden de pasar á ponerse bajo su mando

Reúnense
fuerzas britá-
nicas sobre
las costas de
Portugal.

Aparecen
por la vez
primera en el
teatro de
las grandes
guerras
de Europa
tropas ingle-
sas mandadas
por sir
Arturo
Wellesley.

Agosto 1808.

luego que él le requiriese hacerlo. Con tal auxilio, iba á verse Sir Arturo Wellesley mandando quince mil hombres, fuerza, con todo, que no pasaba de ser una parte de la destinada á la Península. En Ramsgate y Harwich habia cinco mil hombres prontos, mandados por los generales Austruther y Aekland, y ya iban navegando á aquellos puertos buques de transporte para llevarlos á Sir Arturo Wellesley. Gracias á estar tan próximos los puntos á que debian ir, y á los grandes recursos de que disponia la marina inglesa, bastaban diez ó doce dias para juntar en un mismo punto fuerzas tan considerables. Por último, Sir Juan Moore, que venia de vuelta del Báltico con once mil soldados, habia de pasar en breve al punto que señalasen los generales ingleses en las costas de la Península para concentrar allí sus fuerzas todas.

Juntos ya al fin hasta treinta mil ingleses, no habia estimado posible su gobierno dar el mando de tanta fuerza á Sir Arturo Wellesley, en quien eran pocos todavia los años, servicios y renombre para mandar un ejército, segun veian las cosas en la Gran Bretaña, tan crecido, y así quedó encargado del mando superior de las tropas de la expedicion Sir Hew Dalrymple, gobernador que era de Gibraltar, á cuyas órdenes habia de ir de jefe de estado mayor el general Sir Enrique Burrard. Mientras se juntaban todas estas fuerzas y llegaba Sir Hew Dalrymple, habia de dirigir las primeras operaciones Sir Arturo Wellesley, al frente de los diez mil hombres que consigo traia de Cork y de los cinco mil desembarcados en la costa de los Algarves. El almirante Sir Carlos Cotton, á cuyas órdenes estaban las fuerzas navales británicas en aquellos mares,

Toma
interinamen-
te el mando
de las tropas
inglesas
sir Arturo
Wellesley.

tenia orden de auxiliar todos los movimientos de los ejércitos de sus compatriotas. Agosto 1808.

Las tropas inglesas de Cork se embarcaron el 12 de julio, y el 20 ya estaban á la vista de la Coruña, presentando á la de los españoles una numerosísima escuadrilla y llenándolos de gozo y aliento por verse tan bien auxiliados. La presencia de fuerzas tan considerables, anuncio seguro de que vendrian detrás otras muchas, los consolaba un tanto del dolor de la derrota llevada en Rioseco por los generales Blake y Cuesta, haciéndoles concebir nuevas y altas esperanzas del buen éxito de la contienda empeñada contra Napoleon. Sin embargo, haciendo como los andaluces, no habian querido recibir en territorio español á las tropas inglesas, especialmente donde el arsenal del Ferrol estaba tan cercano, y habian solo aceptado una gran cantidad de armas y una suma de dinero que ascendia á quinientas mil libras esterlinas (sobre cuarenta y ocho millones de reales) rogando á los ingleses que convirtiesen sus esfuerzos á libertar á Portugal; cuya evacuacion por los franceses importaba á España tanto quanto la de su tierra propia.

Al momento se habia trasladado sir Arturo Wellesley con sus tropas á Oporto, donde habia sido recibido con extremada alegría, porque los comerciantes portugueses, que vivian solo de sus tratos mercantiles con los ingleses, al ver á estos se sentian satisfechos á la par en su interés y en sus pasiones. Desde entonces quedaron resueltamente dirigidas á Portugal las empresas del ejército británico, resolucion que acomodaba á los españoles, siempre recelosos de los extranjeros; y tambien á los ingleses, cuyo principal deseo debia ser

A instancias de los españoles pasan á Oporto las fuerzas inglesas en vez de desembarcar en la Coruña.

Agosto 1808.

libertar á Portugal, redundando todo ello en pró de la causa comun por ser el objeto de la nueva liga lanzar á los franceses de la Península entera. Restaba saber qué punto de Portugal seria elegido para desembarcar en él, haciendo frente el ejército francés, sin correr el peligro de ser arrojados inmediatamente al mar los que lo intentasen.

Sir Arturo Wellesley dejó á su convoy cruzar desde la boca del Duero á la del Tajo, y pasó en persona á verse con sir Carlos Cotton en la desembocadura de este último rio para concertar con el almirante su plan de desembarco. Hacerle en la misma entrada del Tajo tenia la ventaja de ponerse en tierra muy cerca del objeto de la empresa, pues solo dista de allí Lisboa dos leguas, y, ademas, podia darse á la numerosa poblacion de la capital portuguesa tal impulso, que no pudiesen resistir los franceses á la conmocion que resultaria, porque eran, cuando mas, quince mil, contándose en este número los enfermos, entre trescientos mil habitantes, todos ellos sus contrarios. En efecto, si se sublevaba la poblacion en el momento en que asomase y se adelantase un ejército inglés á darle auxilio, quizá en un dia solo acabaria Portugal con sus invasores. Pero, como estos eran dueños de todos los fuertes, y, tenian ya por costumbre dominar al pueblo de Lisboa, y, por otra parte, es la costa de ambas orillas del Tajo, en su desembocadura, alta y áspera, y muy combatida por la resaca del mar, bien podia suceder que una mudanza de tiempo pusiese al embate de los franceses todos una parte del ejército inglés antes que la otra parte pudiese echarse á tierra. Por otro lado, no venia bien desembarcar tan cerca de contrarios te-

Razones
por las cuales
prefieren
los ingleses
para punto
de desembarco
la
embocadura
del Mondego.

mibles y poderosos á quienes todavía no estaban acostumbrados los ingleses á hacer frente y dar batalla.

Movido por todas estas consideraciones sir Arturo Wellesley, y puesto de acuerdo con sir Carlos Cotton, resolvió desembarcar entre Oporto y Lisboa en la desembocadura del Mondego, cerca de una ensenada bastante cómoda dominada por el fuerte de Figuera, á la sazón no ocupado por los franceses. La eleccion de este punto, situado á razonable distancia de Lisboa, daba á sir Arturo Wellesley tiempo de poner en tierra sus fuézas antes que viniesen sobre ellas los franceses, de esperar la llegada de la division del general Spencer á quien habia enviado orden de pasar á reunirse, y, puesto ya en tierra portuguesa con quince mil hombres, de adelantarse hácia Lisboa por la costa para aprovechar las ocasiones que le presentase la fortuna. Como los franceses, cuya fuerza sabia que era, á lo mas, de veinte á veinte y dos mil hombres, tenian muchos puntos que guardar, y señaladamente la capital de la monarquía portuguesa, nunca podrian venir sobre él con fuerza superior á la de diez ó doce mil hombres, y, yendo él de continuo pegado á la ribera del mar, ya para tener sustento, ya para reembarcarse si de ello tuviese necesidad, podia acercarse á Lisboa y probar á dar por allí un golpe feliz sin correr demasiado peligro. Sabedor de que de allí á poco habia de venir á sustituirle en el mando sir Hew Dalrymple, con impaciencia anhelaba haber ejecutado, antes que llegase su sucesor, alguna cosa de brillo; resoluciones las suyas en todo juiciosas y cuerdas, que denotaban en el general, de quien vá ahora hablando esta narracion, las prendas que muy pronto mostró en su carrera, las de

Plan
de campaña
de sir Arturo
Wellesley.

Agosto 1808.

Desembarcan
las tropas
inglesas el
día 1.º
de agosto en
la embocadu-
ra del
Mondego.

sano juicio y firmeza; las primeras de todas, despues de las de una gran superioridad de entendimiento.

Dió principio sir Arturo Wellesley al desembarque de sus tropas, el 1.º de agosto, en la desembocadura del Mondego. El mar vecino, casi siempre alborotado con el oleage que levantan los vientos ponientes ó del Oeste, interrumpió varias veces la operacion de poner en tierra los soldados y pertrechos. Sin embargo, en cinco ó seis dias quedaron desembarcadas en Portugal las tropas inglesas procedentes de Cork en número de nueve á diez mil hombres con el inmenso equipaje que siempre llevan consigo los ejércitos británicos. En aquel momento iba aportando al mismo fondeadero la division del general Spencer, el cual, antes de recibir órdenes de sir Arturo Wellesley, y sabedor del desastre ocurrido al general Dupont, se habia embarcado para pasar á hacer servicio en otros puntos, pues ya ningunos podia prestar en Andalucía, libertada, por entonces, de los ejércitos franceses. Como tuviese aviso este general de que iba á llegar el convoy de Cork, pasó á juntarse con él en la boca del Mondego, donde el 8 de agosto acabó de desembarcar sus tropas juntándolas con el cuerpo de ejército de sir Arturo Wellesley. Así, se veia ya este último con un ejército de entre catorce y quince mil hombres, compuesto casi enteramente de infanteria y artilleria, pues en él apenas se contaban cuatrocientos ginetes, lo cual es condicion ordinaria de toda expedicion por mar, porque transportar en barcos los caballos es obra dificultosa, y á largas distancias hasta imposible. Pero la infanteria aquella era lucidísima y con todas las buenas calidades del ejército inglés. Es sabido que los ejércitos ingleses

Carácter
del ejército
inglés.

están compuestos de gente de todas clases, á las cuales lleva á sus filas un enganche voluntario, y que sirven, ó por toda la vida, ó por poco menos, estando sujetos á una disciplina militar, por cuyas disposiciones reciben palos ó azotes, á veces hasta quedar muertos, por faltas aun muy leves; disciplina que convierte al buen sugeto y al malo en uno siempre el mismo, obediente, y que vá al peligro con inalterable sumision, siguiendo á oficiales llenos de honor y denuedo. El soldado inglés, bien comido y bebido, notablemente certero en sus punterías, lento en caminar, porque está poco acostumbrado á hacer marchas, y carece de natural ardor é ímpetu, es firme y casi invencible situado en ciertos puestos donde favorece la naturaleza del lugar su carácter propio para hacer resistencia, pero se vuelve débil si le obligan á marchar, á atacar y á vencer dificultades de las que solo se superan á fuerza de viveza, audacia y entusiasmo. En suma, tiene firmeza, pero no arrojo. Asi como el soldado francés por su ardor, brios, prontitud y disposicion á arrostrarlo todo, era instrumento predestinado de la superioridad intelectual de Napoleon; el soldado firme y lento de Inglaterra era á propósito para el entendimiento, no de largo alcance, pero, sí, firme y resuelto, de sir Arturo Wellesley (1). A tales soldados, era necesario, siendo

(1) Se ha quejado, y no sin razon, el ilustre general inglés Napier, de este juicio de los soldados británicos, juicio injusto, aunque en él haya algo de justicia y aun de acierto, pero mas de ódio y despique por las victorias alcanzadas por los ingleses en España sobre los franceses. Dice bien el general Napier al asegurar que Mr. Thiers aquí despoja á sus paisanos de casi todas las calidades propias del buen soldado. Dicho sea de paso: el mismo Napier, que con tanta injusticia y tales insultos trata á los españoles en su Historia de la guerra de la Península, guiado por noticias y aun pasiones francesas, lleva en alguna parte su merecido.

Agosto 1808.

posible, alejarlos del mar, reducirlos á marchar, á acometer empresas arrojadas, en suma, á dar muestras de sus defectos en vez de ir á estrellarse contra sus buenas calidades, yendo á atacarlos en posiciones fuertes. Pero el denodado y hervoroso Junot no era hombre capaz de proceder con tanta prudencia y cálculo, siendo muy de temer que fuese á quebrar los ímpetus de su valor y del de sus soldados contra la fria obstinacion de los de la Gran Bretaña.

Movimiento de los ingleses hácia Lisboa empezado el 8 de agosto y hecho por la costa.

Púsose en camino sir Arturo Wellesley el dia 8 de agosto, yendo pegado á la ribera del mar, de modo que siempre tuviese á mano provisiones y medios de retirarse. Ya, al empezar su campaña, tuvo desavenencias no pequeñas con el ejército portugués. Los levantados portugueses habian formado, juntando todas sus fuerzas en las provincias septentrionales de su reino, un ejército de cinco ó seis mil hombres mandados por el general Freire. Quería sir Arturo Wellesley tener consigo estas tropas para que le cubriesen por sus costados, pero los portugueses, ya porque tuviesen miedo, como de ello los acusó á su gobierno el general inglés (1) de verse con los franceses muy de cerca, ya por no tener grande confianza en auxiliares prontos en toda ocasion á recogerse á sus navíos al primer revés que llevaban, dejando á sus aliados solos y expues-

Desavenencias entre ingleses y portugueses.

(1) Con estas palabras lo dice el general sir Arturo Wellesley, despues duque de Wellington (*), en su correspondencia con el gobierno británico, novísimamente dada á luz en Inglaterra; obra que contiene un conjunto de documentos á la par curiosos y entretenidos, asi como importantes.

N. DE M. THIERS.

(*) Con paz sea dicho del duque de Wellington: él y sus paisanos suelen ser injustos tratando de las naciones peninsulares.

N. DE A. A. G.

tos al rigor de sus contrarios, mostraron pretensiones á las cuales no quiso acceder sir Arturo Wellesley, como era la de ser sustentados por el ejército británico con los recursos sacados de sus buques. Negada esta pretension, tomaron los portugueses por partido obrar por su cuenta propia, y echaron por los caminos de tierra adentro, dejando el de la costa á sus aliados, y solo dándoles mil y cuatrocientos hombres de infantería ligera y cerca de trescientos de á caballo para que les sirviesen en partidas de descubierta.

Apenas supo Junot en Lisboa, primero por la mal disimulada alegría de los habitantes, y luego por noticias positivas, que habia desembarcado en Portugal un ejército británico, cuando tomó la determinacion de ir sobre él para arrojarle al mar. Concentrarse al momento, retirar hasta al último soldado de todos los puestos de menor importancia, reducirse á guardar á Lisboa, y aun no dejar en esta ciudad otros soldados que los enteramente imposibilitados de ponerse en marcha para salir al encuentro de los ingleses con quince ó diez y ocho mil hombres, escogiendo para darles batalla un momento en que ellos no pudiesen aprovecharse de sus ventajas naturales, poniéndose en la defensiva, era la única resolucion cuerda que podia tomar Junot, pero éste, por su desgracia, se concentró, no del todo, obrando lleno de una impaciencia extrema de habérselas con aquellos enemigos, de cualquier modo ó en cualquier lugar y hora, para echarlos al mar cuanto antes fuese posible.

Ya habia Junot sacrificado de cuatro á cinco mil hombres de su fuerza, repartiéndolos en Almeida, Yelves, Setúbal, Peniche, y algunos otros puestos. Las

Al saber Junot que habian desembarcado los ingleses, toma la resolucion de irse en derechura sobre ellos.

Agosto 1808.

correrías á que habia enviado á los generales Loison y Margaron y otros mas, habian dejado imposibilitados de hacer servicio, ó rendidos de cansancio, á muchos soldados, cuya conservacion era de gran precio, y así tendria, cuando mas, unos diez mil hombres que oponer á un enemigo, cuya fuerza era ya de catorce ó quince mil, y podia, de allí á muy poco, subir á ser de treinta ó cuarenta. Junot mandó al general Loison venir de Alentejo, y al general Delaborde salir con su division al encuentro de los ingleses á observarlos y molestarlos hasta que pudiesen estar juntas todas las tropas de que contra ellos podia disponer. Él se preparó á salir en persona y con la reserva cuando ya sus contrarios estuviesen cerca de Lisboa, porque entonces podria entrar con ellos en batalla, y vencerlos, sin exponerse el general á pasar fuera de la misma capital mas que tres ó cuatro dias. No sin razon pensaba, que no podian estar ni él ni la reserva por largo tiempo fuera de Lisboa sin que de su ausencia resultasen gravísimos inconvenientes.

Movimiento
del general
Delaborde
hacia
Leiria á fin de
observar
á los ingleses
y
molestarlos
mientras
llegaba
sobre ellos
todo
el ejército
francés
de Portugal.

En obediencia de estas disposiciones, el general Delaborde con las tropas del general Margaron hubo de ir por Leiria, saliendo el primero al encuentro de los ingleses, mientras que el general Loison, volviendo del Alentejo á marchas forzadas, iba á juntarse con él por Abrantes, y el mismo Junot se disponia á completar esta concentracion de fuerzas, llevando consigo todas cuantas pudiese distraer del servicio de guardar á Lisboa.

El general Delaborde, siguiendo su marcha por el camino de Leiria, en el dia 14 ó 15 avistó á los ingleses. Antes de entrar en combate con ellos esperaba que

reuniese con sus fuerzas las suyas el general Loison, Agosto 1808. que hacia cuanto podia para llegar á tiempo, pero cuyas tropas venian extenuadas y rendidas del cansancio y calor sumo. El 16 de agosto tropezó el general francés con los puestos avanzados de sus enemigos, y el 17 ya hubo de pelear de un modo que probó cuántas ventajas podrian haberse conseguido si se hubiese dejado á los ingleses anticiparse en atacar á sus contrarios.

Siendo el general Delaborde oficial antiguo, lleno de brios y experiencia, iba por el lado de los ingleses siguiendo el camino de la costa que remata hácia Torres-Vedras en los montes de que está rodeada Lisboa, y el 16 por la mañana ya estaba inmediato á ellos en las cercanías de Obidos. Maniobraba retirándose delante de sus contrarios pausadamente, y esperando á que se le presentase favorable la ocasion para darles á conocer el valor de los soldados que mandaba, pero sin empeñar un combate decisivo, no debiendo ni queriendo aventurarle antes de estar generalmente concentradas las tropas francesas. Encontró al fin la posicion que andaba buscando en las cercanías de Roliza, en medio de un llano arenoso atravesado por varios arroyos, y que remataba en alturas, á que subia el camino real dando revueltas para bajar despues al pueblecillo de Zambugeiro. El 17 por la mañana iba el ejército inglés siguiendo por el llano de Roliza á la division de Delaborde, cuya fuerza era de menos de tres mil hombres. Marchaban los ingleses con pausa y muy unidos, siguiendo á los franceses, que se mostraban listos, resueltos, y nada intimidados por verse tan inferiores en número á sus contrarios, pues eran

Glorioso
combate de
Roliza.

Agosto 1808. uno contra cinco, ó sea como tres mil contra catorce ó quince mil. Creyó el general Delaborde que no debia dedicarse á defender á Roliza en medio del llano, porque, aun defendiendo tal punto con feliz suceso, no podria menos de ser en él envuelto dentro de breve tiempo, quedando reducido, para no caer prisionero, á retirarse con precipitacion y desórden. Por esto prefirió hacer una retirada voluntaria del centro del llano á las alturas por donde pasaba el camino para ir á Zambugeiro. Situóse, en efecto, en la cima de los cerros por los cuales subia la carretera, y allí esperó con denuedo á los ingleses, que siguieron adelante en su marcha, yendo delante en su ejército la brigada del general Nightingale formada en una sola linea, y apoyada por las de Hill y Fane, puestas en columnas cerradas, mientras por la izquierda inglesa la brigada de Crawford daba un rodeo para envolver á los franceses, y por la derecha hacia otro tanto la fuerza auxiliar portuguesa, á fin de anticiparse á sus enemigos en llegar á Zambugeiro.

Dejando el general Delaborde á los ingleses entrarse trabajosamente en los barrancos llenos de mirtos, cistes, y otros de los crecidos arbustos que nacen en las regiones meridionales, resolvió caer sobre ellos en el momento en que mas enredados estaban con los estorbos que les presentaba el terreno. Primero mandó á numerosas y diestras guerrillas molestarlos con un tiroteo certero, y luego ordenó á sus batallones embestirlos á bayoneta calada, hasta arrollarlos á las faldas de los cerros. Varias veces renovó esta maniobra, con lo que dejó muertos ó heridos á mil y doscientos, ó mil y quinientos de sus enemigos. Cuatro horas segui-

das mantuvo tan desigual pelea, maniobrando constantemente con singular arte y precision, y causando á los ingleses una pérdida doble ó triple que la que él tuvo, y no se retiró sino cuando se vió expuesto á ser rodeado por las columnas que por derecha é izquierda iban sobre Zambugeiro. En balde fué que varias partidas de tropa enemiga intentasen detenerle, porque las desbarató, y se abrió paso, llegando por fin á Zambugeiro con quinientos ó seiscientos de los suyos fuera de combate, pero sin dejar en el campo mas que á los muertos, y llevándose consigo sus heridos, de suerte, que hubo de quedar en los ánimos de sus contrarios hecho un efecto terrible en punto á lo que podian tropas francesas bien mandadas, pues mucho debia temerse de todas ellas juntas, cuando menos de tres mil hombres acababan de hacer tan denodada resistencia (1).

(1) Aquí ocurre, sin poderlo remediar, un pensamiento. Si así resistian tres mil franceses, no cabales, á quince mil de tropas inglesas, á las cuales concede M. Thiers algun mérito, aunque poco, ¿cómo los seis mil de Dupont no pudieron con los diez y ocho ó veinte mil españoles, gente, segun el mismo M. Thiers, falta de todas las calidades militares?

La verdad es, que hablando de Bailen y de Roliza M. Thiers realza á sus compatriotas y deprime á los enemigos de Francia con una injusticia é inexactitud que rayan en delirio. Bien que M. Thiers no llega donde otros franceses. A la mano tiene quien esto escribe un compendio histórico para las escuelas francesas, en que, hablando de la batalla de Vimeiro, la cual confiesa M. Thiers que fué perdida por los franceses, se dice lo siguiente:

¿Qué combate hubo en el año de 1808?

El de Vimeira, en que fueron obligados los ingleses á retroceder hasta á la ribera del mar.

Y en el mismo año supone no haber habido otra batalla. Comparado con esto, parece M. Thiers imparcial en grado sumo. Pero otras obligaciones estaban impuestas á hombres de su carrera y de su singular talento. Digno era M. Thiers por mil títulos de lograr el lauro de imparcialidad de que carece.

Agosto 1808.

El general Delaborde pasó á Torres-Vedras, donde habia de juntarse con el general Loison, procedente de Abrantes, y con el general Junot que vendria de Lisboa.

Sir Arturo Wellesley habia aprendido por propia experiencia en la recien pasada refriega lo que él ya por otra parte sabia, y era que tenia al frente un enemigo dificilísimo de vencer, por lo cual estaba resuelto á no ir adelante sino con circunspeccion suma. Acababa de avistarse en la mar un convoy numeroso cargado de nuevas tropas. Eran éstas las brigadas de Anstruther y Ackland recien embarcadas, á las cuales seguia de cerca el cuerpo de ejército de sir Juan Moore. Traíanle estas brigadas de refuerzo cinco mil hombres, á lo menos, y no venia con ellas el general sir Hew Dalrymple, doble ventaja para sir Arturo Wellesley, que recibia aumentos de fuerza sin venir á quedar sujeto en el mando. Por eso resolvió acercarse al mar por Lourinha á fin de incorporarse las dos brigadas de Anstruther y de Ackland, para lo cual pasó á situarse en las alturas de Vimeiro, que cubren un lugar favorable al desembarque. Allí el dia 19 se le reunió la brigada de Anstruther, y el 20 la de Ackland. Descontando lo que habia perdido en muertos y heridos en Roliza, venia á contar el ejército inglés, con el recien recibido refuerzo, diez y ocho mil hombres de activo servicio.

Des-
embarcan
junto
á Vimeiro las
dos
brigadas
inglesas de
Anstruther
y de
Ackland.

Juntándose
Junot con
los generales
Delaborde
y Loison va
sobre
los ingleses.

Sabedor el general Junot de que venian acercándose los ingleses, se habia dado priesa á salir de Lisboa con todos cuantos soldados tenia disponibles, y se habia encaminado á Torres-Vedras, donde acababa de llegar el general Loison. Por haber querido el ge-

neral Junot conservar demasiados puestos, aunque habia tenido que evacuar muchos, y por haber echado sus tropas á sofocar los levantamientos principales, si bien habia dejado sin ahogar otros de menos importancia, no podia juntar bajo su mando arriba de entre nueve y diez mil hombres capaces de entrar en batalla, y se veia obligado á pelear con la mitad menos de fuerza que su enemigo con la terrible infantería inglesa que seguia á sir Arturo Wellesley. Aventajaba mucho al general inglés el francés en el número de su caballería, pero esta arma servia de poco en los lugares que iban á ser campo de la próxima batalla. Sin embargo, nueve mil franceses, mandados como lo habian sido los tres mil del general Delaborde, bien podian, defendiendo con teson las posiciones que están delante de Lisboa, hacer frente á diez y ocho mil ingleses, é imposibilitarles la conquista de la capital de Portugal, suponiéndose que escogiesen el terreno para pelear con habilidad igual á la manifestada en Roliza.

Los ingleses tenian que pasar el promontorio que forma la orilla derecha del Tajo, á cuya espalda tiene su asiento Lisboa; promontorio lleno de cañadas angostísimas que era necesario atravesar para llegar á la ciudad; sitios en los cuales habria sido fácil acabar con los ingleses, cuando en ellos se hubiesen internado, dejándoles todos los inconvenientes anejos á tomar la ofensiva. Pero, arrebatado Junot por su excesivo ardimiento, no quiso esperarlos en lugares donde podria haberlos vencido, y resolvió ir á buscarlos en la posición que ocupaban para desalojarlos de ella y arrojarlos al mar. Con esta idea llegó en la tarde del día 20 á ponerse delante de las alturas de Vimeiro.

Agosto 1808.

Situacion
del ejército
inglés
en Vimeiro.

Sir Arturo Wellesley se habria visto en situacion muy apurada en Vimeiro, si hubiese sido atacado allí con vigor y tino, y fuerzas suficientes, porque ocupaba alturas que por las espaldas eran peñones tajados sobre el mar, y, si era forzado en semejante puesto, podrian ser precipitadas al agua sus tropas antes de tener tiempo de embarcarse, estando, en suma, obligado á vencer ó á pasar por un desastre completo. Pero tenia consigo diez y ocho mil hombres, y una artillería numerosa ocupaba puestos á que era muy dificultoso llegar, y sabia por varios conductos que iba á habérselas con un enemigo cuyas fuerzas eran la mitad de las suyas, á lo cual se agregaba estar él dotado de una firmeza de carácter que igualaba á la de sus soldados, y así no sintió la menor turbacion de espíritu. Cortaba la cadena de puestos ocupados por los ingleses un barranco, que servia de madre al riachuelo de Maceira, y en lo hondo estaba el pueblecillo de Vimeiro. Pero el general británico tenia bastantes medios de mantener en comunicacion unas con otras alturas, y de trasladar sus fuerzas y persona de las de un lado á las de otro. En las situadas á su derecha habia puesto cuatro brigadas, y dos en las situadas á su izquierda. Su infantería, formada en tres líneas, con formidable artillería en los claros, presentaba á la vista como tres altos de soldados, que se dominaban y reforzaban unos á otros.

Si esta posicion hubiese sido reconocida anticipadamente, siendo tan fuerte, los franceses deberian, ó haber renunciado á ganarla por fuerza, ó haberse resuelto á asaltarla por un solo lado con todas sus fuerzas juntas. Si lograban desalojar de parte de ella á los

Batalla
de
Vimeiro.

ingleses, bien podian arrollarlos completamente y despeñarlos al abismo á que estaban respaldados. Pero llegaron á avistarlos al amanecer del dia 21, sin haber tomado las precauciones convenientes, y sin encubrir sus movimientos al enemigo. Notando el general Junot que el ala izquierda de los ingleses era la menos bien defendida, mandó á los suyos hacer un movimiento de izquierda á derecha para cargar mas número en este costado, pero, descubierto este movimiento por sir Arturo Wellesley desde las alturas que ocupaba, se dió priesa á hacer otro tanto en direccion contraria para restablecer el equilibrio entre las opuestas fuerzas lo cual hizo el general inglés con mas rapidez que su adversario, porque solo tenia que andar la cuerda del arco, y necesitaba mucho menos tiempo para trasladar sus tropas de la una á la otra ala.

Los franceses, mientras estaba maniobrando su derecha, trabaron por su izquierda la batalla contra Vimero, donde estaba la derecha de los ingleses y la mayor fuerza de la posicion por estos ocupada. La brigada de Thomière, de la division de Delaborde, marchó denodada al enemigo, dirigiéndola en este ataque el valeroso Delaborde con vigor sumo. Pero el terreno, no escogido por este general, como lo habia sido el campo de batalla en Roliza, presentaba obstáculos casi insuperables, siendo forzoso, sobre la dificultad de trepar á una altura escarpada, arrostrar los fuegos de dos líneas de infantería, y de una artillería tremenda por el número y calibre de las piezas, y luego estar viendo sin desalentarse la tercera línea inglesa, formada por la brigada de Hill, coronando las alturas mas atrás á corta distancia. Arrojáronse los franceses

Agosto 1803.

con ardimiento , exponiéndose primero al fuego de la metralla , y luego al de la fusilería inglesa constante y certera en sus tiros , pero no pudieron siquiera llegar á las líneas de sus contrarios. Viéndolos así detenidos el general Kellermann , que mandaba la reserva francesa compuesta de dos regimientos de granaderos sacados de todos los cuerpos de ejército , pasó con uno de estos regimientos á asaltar la mesa de Vimeiro , llevando delante una batería de artillería , que procuró situarse en lugar conveniente. Pero las piezas de los franceses quedaron en breve desmontadas por el fuego terrible de los ingleses. De entre los primeros cayó gravemente herido el coronel Foy. No por esto dejó de hacerse adelante el general Kellermann con sus granaderos , el cual , trepando por la cuesta , llegó hasta á desembocar en la mesa , pero , al llegar allí , fué recibido con tal fuego por su frente y costados , que cayendo sus valientes soldados unos sobre otros , y no pudiendo adelantar un paso , hubieron de volver rechazados al pié de la cuesta. Viendo esto cuatrocientos dragones , que componian toda la caballería inglesa , intentaron aprovecharse de la situacion peligrosa de los granaderos sus contrarios para darles una carga. Pero el general Margaron , que estaba allí mismo al frente de su valerosa caballería , cayó á galope sobre los dragones ingleses , y , acuchillándolos , tomó en ellos venganza del revés llevado por la infantería francesa. A su vez , el segundo regimiento de granaderos del ejército francés se echó adelante á cerrar con el enemigo , aunque sin esperanza de hacerse dueño del puesto disputado. Mientras así iban las cosas por la izquierda , la brigada de Solignac , de la division de Loison , encontraba por la

derecha los mismos obstáculos. Donde quiera tres líneas de infantería, una artillería formidable, y un terreno escarpado, por donde era imposible trepar arrojando el fuego hecho desde arriba, detenían á los esforzados soldados del general Junot, locamente arrojados al asalto de un puesto en que sus enemigos peleaban con todas sus naturales ventajas, y ellos sin una sola de las que les eran peculiares.

Eran las doce del día, y la pelea empeñada con tan malos azares, sin ser de modo alguno probable á los franceses poder superar las dificultades que les estaban opuestas, habia ya costado á estos hasta mil y ochocientos hombres, lo cual era la quinta parte de toda su fuerza efectiva. Obstinarsé mas en tal empeño era exponerse á perder el ejército todo sin utilidad alguna. Resignóse, pues, el general Junot, por consejo de sus mas valientes oficiales, á retirarse, y lo llevó á efecto sobre Torres-Vedras con el mejor orden, acuchillando su caballería á las tropas de infantería ligera, ó de caballería inglesa, que tuvieron la osadía de ir á darle alcance.

Hecha tan infructuosa tentativa para arrojar á los ingleses al mar, ya no quedaba al general francés esperanza de mantenerse en Portugal. Aun juntando en Lisboa todas cuantas fuerzas tenia disponibles, no podia contar con mas que diez mil hombres en estado de pelear, y con tan escaso número de gente se veia precisado á tener sujeta una poblacion enemiga de trescientas mil almas, y á hacer frente á un ejército inglés que, dentro de pocos dias, iba á contar veinte y ocho ó veinte y nueve mil combatientes. Cierto es que, aún le quedaba por recurso el de retirarse atravesando las

El general Junot, dada la batalla de Vimeiro, se retira sobre Torres-Vedras.

Agosto 1808. provincias septentrionales de Portugal y España, retirada que habria de parecerse á la de los diez mil, siendo forzoso llevarla á efecto por entre poblaciones levantadas, dejándose muchos millares de enfermos en manos de los portugueses, y sembrando los caminos de muertos y moribundos, hasta dejar la mitad del ejército perdida. Una y otra resolucion eran imposibles de ejecutar. Entrar en tratos con los ingleses, gente civilizada y puntual en cumplir los empeños que contraia, era un partido ciertamente nada vituperable segun las reglas del honor, particularmente despues de las jornadas de Roliza y Vimeiro.

Vése
el general
Junot
obligado á
entrar
en tratos con
los ingleses.

Va
el general
Kellermann
enviado
al cuartel
general
de
sir Arturo
Wellesley.

A consecuencia de esta determinacion, escogió el general Junot para llevarla á efecto al general Kellermann, el cual hermanaba con grandes dotes militares no poca agudeza y sutileza, y que fué enviado al cuartel general inglés con encargo de tratar de la suerte de los prisioneros y heridos. En aquel momento ocurría una gran mudanza en el ejército británico, que era haber llegado á tomar el mando de todo él sir Hew Dalrymple, con el jefe de su estado mayor sir Henrique Burrard (1). Sir Arturo Wellesley, constantemente feliz en su brillante carrera, no dejaba el mando hasta despues de alcanzada una victoria debida particularmente á faltas de su adversario, y no sentia que con

(1) Si hubiese M. Thiers leído y consultado el parte dado por el general inglés noticiando la batalla de Vimeiro, diligencia que debe hacer todo historiador imparcial, habria visto que sir Henrique Burrard llegó al ejército inglés á tomar el mando de él antes de empezar la batalla, y mucho antes que sir Hew Dalrymple, y que, juzgando muy acertadas las disposiciones dadas para la pelea entonces próxima por sir Arturo Wellesley, le dejó por horas con el mando, y con la responsabilidad, que vino á ser la gloria, de la jornada.

esta victoria terminase la campaña, quedándole á él atribuida exclusivamente la conquista de Portugal. Los generales sir Hew Dalrymple y sir Henrique Burrard, por su parte, mal enterados de la situacion de las cosas, é ignorando qué dificultades podia haber aún que vencer, estaban, por demas, gozosos de encontrar en la hora de su llegada á los franceses prontos á entregarles la posesion de Portugal, sin necesidad de probar de nuevo fortuna. Sin embargo, si hubiesen ellos apreciado en lo debido su situacion, y cuánto iba á mejorársele con la llegada del cuerpo de ejército de sir Juan Moore, no se habrian mostrado tan avenibles. Pero habiendo entrado en larga conversacion con el general Kellermann, á quien trataron haciéndole todas las distinciones que él merecia, le dejaron traslucir cuán dispuestos estaban á venir á tratos. Aprovechó la ocasion el general francés con extremado tino, y desde luego convino con ellos en una suspension de armas, dejando para despues ajustar un arreglo definitivo respecto á la evacuacion de Portugal.

Vuelto el general Kellermann al cuartel general francés, dió parte al que tenia el mando supremo, y á sus compañeros, de la disposicion de espíritu de los ingleses, y se convino en tratar de la evacuacion del territorio portugués, con tal que fuese con condiciones de todo punto honrosas. Pasó otra vez el general diputado al cuartel general enemigo, y se señaló por lugar donde labian de celebrarse conferencias el de Cintra. Duraron muchos dias las negociaciones, mostrándose en ellos tanta cortesia en las formas, quanto calor en la sustancia de los pactos. No querian los ingleses conceder á los franceses, en punto á honores militares,

Agosto 1808.

Circunstancias que disponen a los generales ingleses á entrar en tratos.

Abrense conferencias en Cintra.

Agosto 1808. todas las ventajas que éstos exigian. Particularmente se negaron á tratar al almirante ruso Siniavin con las consideraciones que para él reclamaba Junot, mas por escrúpulos de honor que por obligacion, porque el almirante, que bien podia haber salvado la causa comun dando auxilio á los franceses, y que por no quererlo hacer habia sido causa de su perdicion, no merecia que por guardarle miramientos hubiese dificultades en las negociaciones. Exigia Junot que el almirante ruso quedase en libertad para retirarse á los mares del Norte con su escuadra, y amenazaba llevarlo todo á sangre y fuego, y no entregar á Lisboa sino medio arruinada, si no le concedian lo que pedia. Por fortuna, el mismo almirante Siniavin, aliado tan desabrido quanto mal auxiliar, hizo alarde de su deseo de negociar por su propia cuenta, no queriendo deber favor alguno al ejército francés, del cual sabia que no los habia merecido. Dióse priesa Junot á consentir en elio, y así, allanada la principal dificultad, pronto se pusieron de acuerdo ingleses y franceses.

Convenio
de
Cintra para
la
evacuacion
de Portugal.

El dia 30 de agosto fué firmado el convenio con fecha en Cintra. En él se estipulaba que se retirase el ejército francés con todos los honores de la guerra, y llevándose consigo todo quanto era de su pertenencia; que fuese transportado en buques ingleses á los puertos de Francia mas vecinos, que eran los de La Rochela, Lorient, y otros cercanos; que pudiesen las tropas de aquel ejército volver inmediatamente á servicio activo; que los heridos y enfermos fuesen tratados con esmero, y transportados despues á su patria cuando el estado de su salud les consintiese resistir las molestias del viaje, y que las condiciones de esta estipulacion comprendie-

sen á las guarniciones de Almeida y Yelves, que se habian quedado muy internadas en aquel territorio. Fué, ademas, estipulado que los franceses no se llevasen cosa alguna que perteneciese á Portugal, cuyas rentas habian manejado con igual órden que pureza, pues dejaban en las arcas públicas ocho millones de francos, siendo así que á su llegada las habian encontrado absolutamente vacías. Quedó, por fin, pactado que á nadie se averiguase su conducta pasada, siendo respetados en sus personas y bienes los portugueses que habian abrazado la causa de los franceses.

Era este convenio tan honorífico al ejército francés, cuanto cabia apetecer, pues todo él quedaba en salvo y repuesto en situacion tal que dentro de un mes volveria á emplear sus armas contra España. Los ingleses eran incapaces de imitar á los españoles violando la capitulacion de Cintra como sus aliados habian violado la de Bailen. En efecto, juntaron en la boca del Tajo los numerosos convoyes de transportes que acababan de desembarcar en las costas de Portugal treinta mil soldados, y los prepararon para embarcar los veinte y dos mil franceses que quedaban de los veinte y seis mil mandados por el general Junot. Pasaron á los buques ingleses los franceses en los dias primeros de setiembre, y fueron con toda fidelidad puestos en tierra en las costas de Saintonge y Bretaña.

Así, desde fines de agosto, estaba desocupado por los franceses hasta la ribera del Ebro el territorio de la Península, con tanta facilidad invadido en febrero y marzo. Dos ejércitos franceses habian capitulado, con honor el uno, y de un modo afrentoso el otro, y las demas tropas de su nacion no eran señoras de mas

Agosto 1808.

Embárcase
el ejército
francés
de Portugal
y llega
de vuelta á
Francia.

Agosto 1808. terreno que del que se dilata del Ebro á los Pirineos.

Fatal
conclusion
de la
empresa de
conquistar
á España.

De los ciento y treinta mil hombres que habian pasado estos montes no quedaban sesenta mil en servicio activo, aunque aun habia ochenta mil en España. Verdad es que, suponiendo tanta pérdida, no se cuentan los veinte mil hombres que con bandera británica iban navegando de vuelta á Francia. Tal paradero tuvo una empresa acometida con tropas nada aguerridas y escasas en número, y, además, hija de una política torcida é inícuca, en la cual perdió Francia en un momento su concepto de leal en su proceder, y su prestigio de invencible, pudiendo la Europa tener fundamento para creer que el ejército francés habia perdido su superioridad antigua. Error era creerlo, y, en breve, el mismo ejército iba á dar nuevas pruebas en cien lides de que seguia siendo lo que antes.

Decláranse
contra
Francia las
colonias
españolas.

Para colmo de confusion, las ricas colonias españolas, que en los gigantes proyectos de Napoleón ocupaban tanto lugar, iban todas escapándose de las manos, levantándose al saber los sucesos de Bayona, abriendo sus puertos á los ingleses, y declarándose por la causa del cautivo Fernando, Méjico, y la espaciosa América Meridional desde el Perú hasta la boca del rio de la Plata.

Desesperacion de
José,
que muestra
vivo deseo
de volverse
á Nápoles.

Así se malograban á un tiempo á Napoleón todos sus planes, desbaratándose los el arrojado de una nacion engañada y exasperada. Nada faltaba al merecido castigo de su culpa, nada ciertamente, pues hasta su mismo hermano, espantado de la carga echada sobre sus hombros, y echando de menos con profunda pena el dulce y pacífico reino de Nápoles, le escribió el 9 de agosto desde las orillas del Ebro una carta de de-

sesperado, que equivalia á la reconvenccion mas dura. —A todos tengo aquí contra mí, le decia José, á todos sin excepcion. Aún las gentes de alta esfera, vacilantes al principio, han venido á parar en seguir el ejemplo que dan las de inferior clase. Ni un solo español me queda adicto de veras á mi causa. Felipe V solo tenia que vencer á un competidor, y yo tengo por contrario una nacion entera. Como general, seria sufrible mi oficio, y aun fácil de desempeñar, porque con una mediana fuerza de tropas veteranas del ejército grande venceria á los españoles; pero, como rey, hago un papel insufrible, pues para tener súbditos sumisos tengo que matar á crecido número de españoles. Renuncio, pues, á reinar en un pueblo que no me quiere por rey. Sin embargo, querria no retirarme de aquí como vencido. Enviadme, pues, uno de vuestros ejércitos viejos, y, puesto yo á su frente, entraré en Madrid y entablaré tratos con los naturales de España, y aún les devolveré á Fernando VII, si consentis en ello, pero quitándoles la parte de su territorio que está entre la frontera y el Ebro, porque, una vez victoriosa Francia, tendrá derecho de obligar á pagarle su victoria. Logrando así el imperio francés una recompensa de sus esfuerzos y de la sangre de sus hijos derramada, yo pediré para mí la devolucion del trono de Nápoles, de que todavía no ha tomado posesion el príncipe á quien se le teneis destinado. Por otra parte, yo soy hermano vuestro, y siendo de vuestra propia sangre, la justicia y el parentesco dictan que sea yo preferido, logrado lo cual, me iré á continuar labrando, en medio de la paz y sosiego que cuadra con mis aficiones, la felicidad de un pueblo que consiente en

Agosto 1808. ser feliz bajo mi imperio.—Tal es la sustancia de lo que escribia á Napoleon José desde las orillas del Ebro. No cabia juicio mas severo ni mas justo que el que resultaba de tal lenguaje de un rey desesperado, reducido á reinar contra su voluntad sobre un pueblo que se resistia á obedecerle. Bien lo comprendió así Napoleon, y probó por la respuesta que le dió, y de que hablará despues la presente historia, hasta qué punto le habia dolido la involuntaria dureza de un juicio desfavorable de su conducta salido de los lábios de su propio hermano.

FIN DEL LIBRO TRIGÉSIMOPRIMERO.

LIBRO XXXII.

ERFURT.

Llega á conocimiento de Napoleon la capitulacion de Bailen cuando está él viajando por las provincias meridionales de su Imperio.—Explosion de su ira y pena al recibir la noticia de suceso tan funesto.—Da órden para que sea puesto preso el general Dupont cuando vuelva á Francia.—Cumple Napoleon la palabra que habia dado de visitar la Vendea, donde es recibido con entusiasmo.—Llega á Paris el 14 de agosto.—Irritacion y audacia que producen en el Austria los sucesos de Bayona.—Explicase Napoleon con el conde de Metternich.—Quiere Napoleon forzar á la córte de Viena á que declare cuáles son verdaderamente sus intenciones antes de tomar él un partido definitivo en punto á la distribucion de sus fuerzas.—Obligado Napoleon á retirar de Alemania parte de sus tropas veteranas, consiente en desocupar el territorio prusiano.—Condiciones con que le desocupa.—Vése Napoleon en mas necesidad que en otro algun tiempo de hacerse á la córte de Rusia su amiga.—Expresa con frecuencia el emperador Alejandro deseos de tener nuevas vistas con Napoleon para entenderse con él en derechura sobre los negocios de Oriente.—Señálase para celebrar estas vistas la ciudad de Erfurt y por época los últimos dias de setiembre.—Dispónese todo para dar el mayor lustre posible á las vistas de ambos emperadores.—Entre tanto hace Napoleon preparativos en la parte militar para hacer frente á todo evento.—Estado de las cosas en España durante la estancia de Napoleon en Paris.—Operaciones del rey José.—Cómo distribuye Napoleon sus fuerzas.—Pasan del Piemonte á Cataluña tropas francesas é italianas.—Salen de Prusia para España el 1.º y 6.º cuerpo de ejército.—Van al mismo punto todas las divisiones de dragones.—Nueva conscripcion.—Costo de estos armamentos.—Medios empleados para impedir una gran baja en los fondos públicos.—Efecto de las manifestaciones diplomáticas de Napoleon en las varias córtes.—Intimidada la de Austria, se contiene.—La Prusia acepta con alegría que le desocupen su territorio, pero al mismo tiempo pide que le den nuevo y final alivio de sus cargas pecuniarias.—Empeño apresurado del emperador Alejandro en pasar á Erfurt.—Oposicion de la madre del emperador ruso á este viaje.—Llegan los dos emperadores á Er-

Agosto 1808.

furt el 27 de setiembre de 1808.—Trátanse uno á otro con extrema-
da cortesía.—Afluencia de soberanos y grandes personajes en lo civil
y lo militar que acude á Erfurt de todas las capitales de Europa.—
Dáse allí al mundo un espectáculo magnífico.—Ideas políticas cuya
aprobación en Erfurt se propone Napoleon.—Intenta sustituir al pro-
yecto quimérico de particion del imperio turco la concesion inme-
diata de la Moldavia y la Valaquia á Rusia.—Efecto que hace en la
imaginacion de Alejandro este cebo nuevo.—Entra en los intentos de
Napoleon el emperador ruso, pero, pues ha de tener menos, quiere
tenerlo pronto.—Excede á la impaciencia de poseer las provincias
linderas del Danubio, despertada en el emperador Alejandro, la del an-
ciano señor de Romanzoff su ministro.—Pónense de acuerdo ambos
emperadores.—Satisfaccion reciproca y fiestas brillantes.—Llega á
Erfurt el baron de Vincent, representante del Austria.—Dedicase de
consumo los emperadores Napoleon y Alejandro á poner al enviado
austriaco en mala situacion.—Avenidos ya uno y otro emperador,
tratan de poner por escrito lo resuelto entre ellos de palabra.—De-
seoso Napoleon de que salga de las vistas de Erfurt la paz general,
quiere que se empiece por hacer proposiciones pacificas á la Ingla-
terra.—Consiente Alejandro en ello, con tal que por hacerlo no se de-
more tomar él posesion de las provincias linderas del Danubio.—En-
cuéntrese dificultoso acertar con un modo de extender proposiciones
que satisfagan á uno y otro deseo.—Convenio de Erfurt firmado el
dia 12 de octubre.—Napoleon, para hacerse mas grato á Alejandro,
concede á la Prusia una rebaja notable en las contribuciones de guerra
que le estaba sacando.—Primer idea de un enlace matrimonial entre
Napoleon y una hermana de Alejandro.—Disposiciones que mani-
fiesta el czar en punto á este casamiento.—Satisfaccion de ambos
emperadores, que se separan el 14 de octubre, habiéndose dado muy
visibles testimonios de mútuo buen afecto.—Salen de vuelta, Alejan-
dro para San Petersburgo, y Napoleon para Paris.—Llega el empera-
dor francés á San Cloud el 18 de octubre.—Da disposiciones antes de
pasar á ponerse al frente del ejército de España.—Napoleon, perdido
el temor de que en breve tiempo se le declare enemiga el Austria, saca
de Alemania otro cuerpo de ejército mas, que es el 5.^o—Queda el
ejército grande convertido en ejército del Rhin.—Composicion, planta
y arreglo del ejército de España.—Salen de Paris para Bayona Napo-
leon y Berthier.—Quédase en Paris el señor de Romanzoff para seguir
la negociacion abierta con Inglaterra en nombre de Francia y Rusia.
—Cómo es recibido en Lóndres el mensaje de los dos emperadores.—
Esfuerzos de los señores de Champagny y de Romanzoff para eludir
las dificultades que á la negociacion pone el ministerio británico.—
Temiendo la Inglaterra desanimar á los españoles y austriacos, rom-
pe de pronto las negociaciones.—Respuesta amarga dada por el Aus-
tria á lo que desde Erfurt se le comunica.—Segun las intenciones
que manifiestan las varias córtes, se vé claro que nó puede Napoleon
hacer en España mas que una campaña muy breve.—Cómo com-
bina las cosas el emperador francés para conseguir en España en
poco tiempo ventajas decisivas.

Viaje
de Napoleon
por las
provincias
meridionales
de Francia.

NAPOLEON había pasado en Bayona y en los departa-
mentos situados á la falda de los Pirineos los me-
ses de junio y julio, en los cuales habian ocurrido los

sucesos que acaba de referir la presente historia. Habia ido sucesivamente visitando á Pau, Auch, Tolosa, Montauban y Burdeos, siendo en todas partes festejado y recibido con arrebatos de entusiasmo por las poblaciones, á las cuales siempre es grato un príncipe que por ellas pasa dando ocupacion á la pública ociosidad, y en las que habia esta vez un ansia superior á la comun en tales casos de ver al príncipe extraordinario, que, con tan justos títulos, excitaba curiosidad de verle y admiracion en todos. Los vascos habian ejecutado sus danzas graciosas y pintorescas, y Tolosa le habia manifestado sus afectos con el ímpetu ordinario en sus habitantes. Nada, ó casi nada, se sabia en aquellas provincias de los negocios de España, porque Napoleon no consentia se diese á luz cosa alguna contraria á sus intentos. Era, con todo eso, sabido por comunicaciones, imposibles de evitar entre la una y la otra falda del Pirineo, que estaba levantado contra los franceses Aragon, y que se oponian gravísimas dificultades á que se estableciese José en el trono de España, pero se estimaba de corto valor la resistencia que podria hacer al vencedor del continente la desdichada nacion española, debilitada y puesta en confuso desorden por veinte años de mal gobierno. Engañábanse, pues, con él, y lo mismo que él, las gentes, sobre lo que habia de pasar al otro lado de la frontera, incesantes todos en ver en el emperador francés el emblema de la victoria, del poder y de la superioridad del entendimiento. Cuando mas, algunos realistas viejos y tercios, á cuyo discurso daba claridad el odio, pronosticaban, sin saber lo que decian, desdichas cuyo origen habria de venir de España. Pero las turbas acudian ruidosas y entu-

Agosto 1808. siasmadas á ver y saludar al restaurador del órden, de la religion y de la grandeza francesa, creyéndole todavía feliz, cuando él empezaba á dejar de serlo, y cuando algo á modo de un rayo de luz triste y opaco habia penetrado en su ánimo temerario y firme.

Va ya
Napoleon
con
casi todas
sus ilusiones
desvanecidas
al partirse
de Bayona.

Napoleon, al salir de Bayona, iba ya casi libre de ilusiones en punto á los negocios de España, pues sabia cuán violento y general era el levantamiento de los españoles, haberse retirado á Valencia el mariscal Moncey, y estar defendiéndose con teson Zaragoza, y luchando con grandes obstáculos el general Dupont en Andalucía. Pero sabia asimismo la brillante victoria alcanzada por el mariscal Bessières en Rioseco, la entrada de José en Madrid, haber sido enviados á Dupont numerosos refuerzos, y estar hechos grandes preparativos delante de Zaragoza para rendirla, y se lisonjeara de que prosiguiendo el mariscal Bessières en aprovechar la ventaja lograda echaria á Galicia á todos los levantados de las provincias del Norte de la Península; de que el general Dupont, ya auxiliado con nuevas tropas, arrojaría á los españoles que en el Mediodía le estaban haciendo frente hasta á Sevilla, y aun quizá hasta á Cádiz; de que Zaragoza habria de ser tomada un dia ú otro, y de que con los regimientos viejos que iban llegando á España, quedando bastante reforzados los varios cuerpos de ejército franceses que allí estaban guerreando, seria fácil, en algun tiempo, y poco á poco, sujetarla. Bastaba conseguir á orillas del Guadalquivir un triunfo como el de Rioseco para que fuesen substituidos á los tristes sucesos que acaba de narrar la presente obra otros de tanto lustre como los que aquí ahora van supuestos. ¡Por desgracia iba á ser es-

crito en la historia sangrienta y heroica de aquellos dias, en vez de otro nombre como el de Rioseco, el de Bailen! En cuanto á Portugal, habia un mes que nada se sabia de allí; nada absolutamente.

En Burdeos, donde pasó Napoleon los tres dias primeros de agosto, fué donde tuvo noticia de la tragedia por siempre lamentable de Bailen. Imposible es describir el dolor que por ella sintió, y los arrebatos de su ira al considerar humilladas por tal suceso las armas francesas. Aún vive la memoria de su dolor y enojo profundamente grabada en todos cuantos estaban á su lado entonces, á quienes mil veces se lo ha oido referir el autor de la presente obra. Excedia su pena á la que habia sentido en Boloña cuando supo que habia renunciado á la idea de venir al canal de la Mancha el almirante Villeneuve, porque en este nuevo caso venia junta con el malogramiento de sus planes la deshonra, primera que habian tenido y única que tuvieron sus gloriosas banderas. Estaban vengados Cárlos IV y Fernando VII. Creencia ha sido y es de los hombres piadosos en todos los siglos que mas allá de esta vida hay para el bueno galardón, y castigo para el malo, y aún los sabios han considerado y miran esta creencia como conforme al designio general que todas las cosas demuestran; pero los observadores atentos y profundos han hecho asimismo otra reflexion, y es que, aun durante la vida terrenal, suelen en los sucesos del mundo llevar lo malo y lo bueno la paga merecida. En la tierra misma acontece encontrar su primero y justo castigo quien falta al buen juicio, á la razon ó á la justicia. Sin duda Dios se reserva completar en otro mundo el ajuste de la cuenta abierta, así á los que rigen los

Hasta llegar
a Burdeos
no sabe
Napoleon
los sucesos
de
Audalucia.

Agosto 1808. imperios, como á los mas humildes pastores de ganados.

Napoleon abarcó con una sola ojeada todo el alcance del suceso de Bailen, conociendo cuánto desaliento habia de haber causado al ejército francés, y cuánta soberbia á los levantados españoles, por lo cual consideró cierta la evacuacion de casi toda la Península por sus tropas, aun antes de haberla sabido. Los partes que de hora en hora le iban llegando le enteraron pronto del punto á que habian de llegar las resultas del desastre ocurrido, mandando á los franceses en España un príncipe bondadoso, pero débil y vano. Si hubiese sido rey de España Murat, habria juntado todas cuantas fuerzas le quedaban y caido sobre Castaños antes que éste viniese á Madrid. Pero el débil José, mas por ignorancia que por timidez, iba retirándose apresurado á las orillas del Ebro, habia levantado el sitio de Zaragoza, ya medio ganada, y detenido á Bessières cuando caminaba victorioso, y apenas se creia seguro teniendo delante de sí el Ebro por antemural, y puestos los piés casi en la falda del Pirineo.

Consecuencias
que tienen
en lo demas
de Europa
los sucesos
de España.

Las menos fatales consecuencias de tanto revés eran las que se sentian en España misma, siendo de muy superior gravedad las que habria de tener en lo restante de Europa. Iban á cobrar el perdido aliento los vencidos contrarios de la Francia. El Austria, incesante en sus preparativos de guerra desde los dias de la campaña de Polonia, y en la apariencia resignada á su suerte, de resultas del convenio en virtud del cual le habia sido devuelta la plaza de Braunau, excitándola á ira y temor los sucesos de Bayona, y avivando sus

afectos y esperanzas el acontecimiento de Bailen, iba á volverse de nuevo amenazadora, cambiando el aparente rompimiento de sus relaciones con Inglaterra, conseguido de ella á fuerza de amenazas, en una amistad secreta é íntima con el gobierno británico. Y, viéndose en tal situacion, era forzoso traerse de las riberas del Vístula y del Elba una parte del ejército grande para trasladarla á las márgenes de los rios Ebro y Tajo. Iba, pues, Napoleon, por su culpa, á pasar de una situacion de gloria y triunfo á otra, cuando menos, llena de dificultades y peligros, en la cual habria menester valerse de todas las fuerzas de su superior entendimiento. Bien es cierto que podia alcanzar á tanto, pues su ejército grande estaba todavía entero y capaz de confundir al Austria, aun destacando de él á España fuerzas numerosas. Pero, de árbitro absoluto que era de los sucesos en 1807 el emperador francés, se veia reducido á tener que luchar de nuevo para serles superior y aprovecharlos. A tan graves pesares se agregaba el de estar lastimado en su amor propio. Visto estaba que se habia engañado, y de ello nadie podia dudar en Europa. Habian sido vencidos sus invencibles soldados, y vencidos por gente levantada, falta de orden y firmeza, por lo cual la opinion popular, cortesana inconstante, cuyo mayor recreo es tratar con desvío á aquellos á quienes mas ha lisonjeado, habria de pasar, segun era probable, á abultar las desdichas ocurridas, callando todo cuanto de ellas daba razon, como ser de pocos años y servicios los soldados obligados á capitular, la influencia de un clima duro, un concurrir inaudito de circunstancias fatales, y un momento de error en un general de mérito incontestable hasta entonces.

Agosto 1808.

Sin embargo, de creer era que la opinion voltaría iba de súbito á rebajar el valor de la prudencia política de Napoleon y del heróico esfuerzo de sus soldados. Padecian, pues, á la par el amor propio y la prudencia en varon tan esclarecido, asaltado de repente por noticia tan funesta, y castigado de todos modos, segun castiga lá infalible Providencia. Con todo ello, bien podia su desgracia no pasar de ser un saludable aviso, pues aún habia de triunfar del revés momentáneo que acababa de llevar, y triunfar completamente, y á punto de seguir siendo omnipotente en Europa, si hubiese acertado á aprovechar la primera y cruel leccion recibida.

Injusta
irritacion
de Napoleon
con
el general
Dupont.

Sucedió entonces lo que sucede con frecuencia, y fué pagar por todos un desdichado que tenia su buena parte en la série de faltas cometidas, pero una parte solamente. Profundamente enojado Napoleon con el general Dupont, y descubriendo con su ojeada rápida y superior los yerros militares en que el mismo general habia incurrido, los cuales alcanzaban á dar razon de su desdicha (1), pero dejándose llevar á creer todas cuantas suposiciones deshonorosas agregaba contra el vencido la malevolencia, exclamó, que Dupont era un traidor, cobarde y ruin, que, por querer salvar algunos carros cargados, habia perdido su ejército, por lo cual haria

(1) En el archivo de la secretaria de Estado existe, segun antes aqui va dicho, una minuta de un interrogatorio hecho al general Dupont por mandado de Napoleon, documento con el cual es fácil formarse una idea exacta de la opinion que el emperador francés se habia formado de la catástrofe de Bailen, y de la conducta del general Dupont. Bien vió tan gran guerrero los yerros militares que bastaban para dar razon de la tragedia ocurrida, pero dejó que en él influyesen los rumores calumniosos que corrian contra el general Dupont, é hizo que se le tomase declaracion sobre estos rumores, á que él mismo daba poco crédito. Algo despues, llegó ya á no creer tales calumnias.

él que le arcabuceasen.—Han manchado nuestro uniforme, dijo hablando de él y de los demas generales sus compañeros, y ha de lavarse la mancha con su sangre.—Mandó que, no bien volviesen á Francia el general Dupont y los generales sus subalternos, fuesen prësos y procesados ante el supremo tribunal imperial. Por otro lado su cólera, en gran parte sincera, era tambien en grado no corto fingida; porque queria explicar á todos cuantos andaban á su lado los desengaños llevados en España, atribuyendo á un general y á sus faltas, y supuestas cobardías y codicia, el giro imprevisto que habian tomado los sucesos. En breve, doblándose á su voluntad la bajeza de los cortesanos, se desató en juicios implacables respecto al general Dupont, el cual, segun ha dicho esta historia, solo habia andado torpe en discurrir, y dejándose aterrado por un conjunto de circunstancias propias para confundirle. pero á quien, de súbito, convertian los lisonjeros sus detractores en un cobarde, amante de juntar botin y guardarle, y digno del último suplicio. Por otro lado, no se extendian tales indignidades fuera del círculo del estado mayor imperial, porque Napoleon, cortando, en cuanto cabia, los vuelos á la fama, habia prohibido publicar cosa alguna relativa á España, y á fin de que nadie sospechase cuántas y cuán graves dificultades acababa él mismo de suscitarse, y habia aplicado la prohibicion á la victoria de Rioseco, así como á la capitulacion de Bailen, de modo que, comprendido el mariscal Bessières en la general tragedia, vió cubierto el hecho mas glorioso de su carrera militar con el mismo velo que encubria el desastre del general Dupont. Pero existian los periódicos ingleses, que pronto

 Agosto 1808.

Motivos
que tenia
Napoleon
para mostrar
un enojo
superior
al que real y
verdaderamente
sentia.

Agosto 1803.

Vuelve
en Napleon
la
generosidad
tratándose
del general
Dupont.

Cómo
es recibido
Napoleon
en Burdeos.

pusieron en la noticia, no ya del vulgo, pero, sí, de las gentes ilustradas, los reveses padecidos en España por las armas francesas. Esto aparte, en breve llegó á ser tal el desate en los que estaban al lado de Napoleon contra el general Dupont porque habia sido desdichado, que, despertándose en el Emperador la generosidad despues del cálculo, varias veces exclamó: ¡Desventurado! ¡qué caída despues de las glorias de Albeck, Halle y Friedland! ¡Eso es la guerra! ¡Basta un dia, un dia solo, para oscurecer el lustre de una carrera entera brillante.—Y, conteniéndose á si propio, comenzaba á decir que Dupont habia sido meramente desgraciado, porque, descubriendo su entendimiento superior las duras condiciones de la vida humana, parecia como que leia escrito su destino en el de uno de sus generales.

La juiciosa é ingeniosa poblacion de Burdeos le dió fiestas magnificas, á que él asistió con semblante sereno, sin dejar asomar al rostro afecto alguno de los que le tenian ocupado el espíritu. A los que, sin atreverse á hacerle preguntas, se acercaban, con todo, algo en sus conversaciones al grande objeto que le habia traído á las provincias meridionales, decia él que algunos campesinos españoles, fanatizados por los clérigos, y pagados por la Inglaterra, intentaban poner obstáculos á que reinase en España su hermano, pero que nunca desde que él servia se las habia habido con tan cobarde canalla, á la cual habia ya acuchillado el mariscal Bessières, matándole varios millares; que con unos pocos escuadrones franceses bastaba para poner en huida un ejército entero de levantados españoles; que no tardaria la Península en quedar sujeta al cetro de José, y que las

provincias meridionales de Francia, tan interesadas en vivir en trato amistoso con las de España, recogerian el principal fruto de tal empresa. Creian las gentes todo cuanto él queria cuando le veian, y con esto quedaban satisfechas, si bien, dentro de breve tiempo, habian de pensar de otro modo, al saber por las correspondencias de comercio los sucesos gravísimos que estaban pasando al otro lado de los Pirineos.

Bien queria Napoleon pasar de una tirada de Burdeos á Paris para dedicarse en su capital á las tres ocupaciones, por lo pronto mas urgentes, que eran entrar en explicaciones con el Austria, estrechar su union con la Rusia, y trasladar una parte de su ejército principal de las riberas del Vistula á las del Ebro. Pero habia prometido hacer una visita á la Vendea, y, no yendo allí, habria dado muestras, ó de mirar aquella provincia con desconfianza, ó de tener sobre sí asuntos tan graves que le estorbaban cumplir las promesas que habia hecho de asistir á ciertos puntos. Uno de estos era la Vendea, y no podia ni queria dejar de presentarse en ella, á no ser que se lo impidiese una necesidad absoluta. Resolvióse, pues, á pasar por Rochefort, La Rochela, Niort, Napoleon-Vendea, Nantes, Saumur, Tours y Orleans, dictando órdenes por el camino, recibiendo á cada paso centenares de partes, y despachando tanto número de negocios cuanto era el de los que llegaban á su noticia.

Llegado el 5 á Rochefort, fué allí recibido con entusiasmo por una poblacion toda de gente marinera, que habia visto doblarse, durante su reinado, la actividad en el trabajo en los arsenales y astilleros. Fué á visitar la isla de Aix y las obras que estaban hacién-

Agosto 1808.

Napoleon, no obstante serle urgente estar pronto en Paris, cumple la palabra dada á la Vendea de pasar á visitarla.

Va Napoleon sucesivamente á Rochefort, La Rochela, Niort, Napoleon-Vendea, Nantes y Saumur.

Agosto 1808.

dose en el fuerte de Boyard, queriendo examinar por sus propios ojos lugares á que sin cesar estaba enviando órdenes de la mas alta importancia. La curiosidad, admiracion y gratitud llamaban á verle á la poblacion de las ciudades y campos. Al pasar de Rochefort á la Rochela, Niort y Napoleon-Vendea, halló en todas partes turbas las mas numerosas, que le daban clarísimas muestras de buen afecto. El varon prodigioso, que habia libertado de la guerra civil aquellas provincias, restituyéndoles sosiego, seguridad, prosperidad y hasta el ejercicio del culto del pueblo, era para aquellas gentes algo mas que hombre, y como á manera de un semi-dios. ¡Napoleon, llevando en aquella hora el castigo del mal que en España habia hecho, se veia galardonado por el bien que habia hecho á Francia! Si por sus obras malas habia padecido la condigna pena, por las buenas gozaba merecido aplauso, y sus pesares quedaron desvanecidos al encontrarse con la Vendea agradecida y entusiasmada, tal que no podria haber recibido mejor á Luis XVI, si éste hubiese aparecido, salido del sepulcro en que el delito de mil y setecientos noventa y tres le habia precipitado. No menos grato acogimiento le fué hecho en Nantes y Saumur, á punto de que, no pudiendo Napoleon contener el gozo que sentia, le expresó de lleno en su correspondencia, así como en la que habia escrito desde Burdeos se manifestaba rebosando pena y cólera, y dando órdenes precipitadas.

Llegada
de Napoleon
á Paris.

Llegó el Emperador á Paris el 14 de agosto por la tarde, víspera del dia de su santo y de la gran fiesta en que él se preparaba á aparecer con todo el lustre de su poder, y con tal serenidad en su semblante que

Agosto 1808.

alcanzase á desconcertar las conjeturas de la malevolencia. Especialmente queria mostrar al cuerpo diplomático, que tenia vivo anhelo de volver á verle, y de observarle, una actitud firme y capaz de imponer respeto, hablando de un modo que resonase en toda Europa.

Acababa de recibir de Rusia noticias que le quitaban todo temor por aquel lado, pintándole al gobierno ruso constante en su sumision al logro de sus intentos, á trueco de las satisfacciones en las cosas de Oriente que de él esperaba. Pero las noticias de Austria eran de una índole muy diferente, pues por aquel lado todo aparecia amenazando guerra. No pueden haber olvidado los lectores de la presente historia que el Austria, á pesar de las promesas hechas por el emperador Francisco en Urschitz, desconsolada de no haber aprovechado la ocasion de la batalla de Eylau para arrojarse á las orillas del Oder, mientras se veia Napoleon en apuros en las del Vístula, y, despues, un poco menos descontenta de resultas del convenio que le habia devuelto á Braunau, habia afectado, recien ocurrido el suceso de Copenhague, participar de la indignacion de todas las potencias del continente respecto á Inglaterra. Habia, en efecto, el gobierno austriaco mandado salir de Viena al ministro británico Mr. Adair, pero, segun es probable, dándole á entender que nada significaba tal rompimiento de relaciones, al cual no debia darse ni la menor importancia. Lo cierto era que las escuadras inglesas en el Adriático seguian dejando navegar sin ser molestada la bandera austriaca, y que, ni por un momento, habia parado en Trieste el comercio de los frutos ultramarinos. Pero al saber la córte de Viena el

Noticias
relativas
al estado de
Europa
que
encuentra
Napoleon
en Paris.

Cólera
y temor de
la córte
de Viena.

Agosto 1808. lazo armado en Bayona á la familia real de España, y, sobre todo, al tener noticia de los reveses que para Francia habian resultado de tales sucesos, ya no pudo contenerse, y casi se quitó la máscara. Habíase apoderado de la familia y gobierno imperial y de sus allegados un terror, en parte fingido y en parte sincero.—He ahí la suerte que espera á todas las monarquías antiguas del continente, exclamaban todos en las tertulias de Viena. Ha sido una zalagarda espantosa de que á todos resulta un peligro evidente, que dá en los ojos á quien quiera que esté dotado de un tanto de prevision, porque todo soberano que descuide su propia defensa ha de ser tratado como lo han sido Cárlos IV y Fernando VII (1).—Hasta el archiduque Cárlos, por lo comun mas reservado que otros personajes de la misma córte y menos mal dispuesto respecto á Francia, habia exclamado:—Bien, moriremos, si es necesario, con las armas en la mano, pero sin consentir que se disponga de la corona de Austria con la facilidad con que se ha dispuesto de la de España.—

Influencia
de los sucesos
de Roma
en la córte de
Austria.

Las noticias llegadas de Roma igualmente habian contribuido á acalorar los ánimos en Viena, y á que las lenguas de allí se soltasen. Habiendo el general Miollis, como en otro lugar de esta historia va dicho, recibido y cumplido la órden de ocupar militarmente á Roma, dejando al Papa meramente la autoridad espiritual, el Pontífice se habia recogido al palacio de San Juan de Letran, y mandado atrancar sus puertas y

(1) No decian tan mal los austriacos. M. Thiers tiene que confesar, que, visto lo hecho en Bayona, la única seguridad de un príncipe ó de un Estado consistia en que Napoleon no le necesitase ó no le codiciase.

ventanas, como si en él esperase un asalto, encerrándose allí con sus sirvientes domésticos y negándose á todo trato, excepto con los enviados extranjeros, y dándose por oprimido y víctima de una usurpacion abominable, con protestas diarias contra la violencia á la cual tenia que ceder. Venia juntamente con estos sucesos haber Napoleon agregado al reino de Italia las provincias de Ancona, Macerata y Fermo, dándoles por título el de departamentos del *Metauro*, de *Musone* y de *Tronto*.

Estos hechos habian irritado al público en Viena, no menos que los sucesos de España, y en la corte y pueblo de Austria hablaban las gentes del modo mas amargo posible, aun delante del general Andréossy, embajador de Francia. De los que así hablaban unos, en efecto, creian todo cuanto decian, figurándose real y verdaderamente que Napoleon queria renovar todas las familias que en el continente reinaban, pero otros no creian tal cosa, y, entendiendo bien que su sistema, cópia del de Luis XIV, podria aspirar á incluir en sus dominios á Italia y España, pero no al Austria, repetian, con todo eso, las hablillas corrientes para persuadir al vulgo siempre crédulo. Todos, sin embargo, estaban conformes en decir que, sin llegar á una agresion, era necesario apercebirse á la defensa, y, aun despues de saber muy ponderados los reveses llevados por los ejércitos franceses, se dejaban ir á ideas de algo y bastante mas que una guerra defensiva. Eran en todo ajustados á tal disposicion de los ánimos los preparativos militares.

El ejército austriaco habia estado de continuo en pié de guerra, y estaba en constantes ejercicios, per-

Preparativos
de guerra
del Austria.

Agosto 1808.

feccionando su planta y órden , á lo cual atendia solícito el archiduque Cárlos. Aun no bastando tales esfuerzos , costosos por demas , á las rentas del Austria, acababa aquel gobierno de aumentar extraordinariamente sus fuerzas , con providencias imitadas algunas de ellas exactamente de lo que en Francia se hacia, porque, ademas del ejército activo, se habia discurrido formar uno de reserva , que consistia en tener juntos y constantemente adestrándose reclutas en todos los pueblos, y prontos á acudir en cualquiera hora á sus banderas. El número declarado de estas tropas era de hasta sesenta mil , y el real y efectivo de hasta cien mil. Con tanto refuerzo habria de ascender á mas de cuatrocientos mil hombres el ejército activo. Ademas, estaba levantada con el nombre de milicias, y con planta muy semejante á la de la guardia nacional de Francia , casi toda la poblacion , regimentada , con vestuario y armamento , y en constante ejercicio diario. La poblacion austriaca , de ordinario ajena de las cosas de su gobierno , se sintió en cierto modo lisonjeada de ver que á ella recurriesen , y , ya por gusto de ser tenida en algo , ya por temor del peligro que amenazaba de afuera, habia acudido á las armas con pronto y vivo empeño. Brindábanse á servir nobles , plebeyos de la clase media y aun la plebe. Donativos de los Estados y de particulares habian dado lo suficiente á equipar tales turbas , y estaba evaluado en no menos que trescientos mil hombres el número de personas dispuestas á hacer un servicio militar voluntario, y aun activo, en defensa de la monarquía austriaca. Cuatrocientos mil hombres de tropa activa y trescientos mil de sedentaria eran para una poblacion de quince ó diez y seis millones de almas,

Especie de alistamiento general en Austria con el título de reserva.

Enorme aumento de las fuerzas austriacas en aquella época.

que era todo cuanto entonces contaba por suyo la casa de Austria, componian una fuerza enorme y muy superior á la que en otra ocasion alguna anterior habia puesto en pié aquel gobierno. Probable era, en efecto, que, gracias á armamento tan considerable, pudiese el Austria poner en campaña trescientos mil combatientes reales y efectivos, lo cual no habia hecho antes, siendo ello un poder inmenso, y tal como no le habia presentado potencia alguna de cuantas se habian declarado contrarias á la Francia. Acababan de ser comprados catorce mil caballos de tiro para la artillería y mandados tener prontos fusiles para la infantería hasta en número de un millon. Mientras á orillas del Inn iba desmantelándose Braunau, trabajaban veinte mil jornaleros en Hungría en ceñir de fortificaciones á Comorn; obras que declaraban un intento de seguir una guerra larga y obstinada, en la cual, si quedaban los austriacos vencidos en la frontera, se recogerian á lo interior de su monarquía á defenderse allí con encarnizamiento. Ya iban juntándose tropas, hasta formarse apariencias de cuerpos de ejército hácia Bohemia y Galitzia, sin duda para hacer frente por allí á las tropas francesas situadas junto á los rios Vístula y Oder.

Habíase comunicado poco á poco el ardor de la corte de Viena á todas las clases de la poblacion austriaca, y, cuando en los baños de Tœplitz, Carlsbad y otros de Alemania afectaban las gentes tratar á los franceses con una arrogancia que no era costumbre usar con ellos, en las calles de Viena la plebe amenazaba á los dependientes del general Andréossy, en Trieste una turba popular habia insultado al cónsul de Francia, y en Stiria, en los caminos militares concedi-

Agosto 1808.

dos á los franceses, los correos de estos eran asesinados. La Alemania humillada por los triunfos de las armas francesas, y pisada por los ejércitos de la misma nacion, comenzaba á sentir estremecimientos de cólera y tambien de esperanza, é indignándola, y alentándola á la par los sucesos de España, le habian dado ocasion de mostrar lo que en secreto pensaba y sentia.

Aunque tenia poco que temer del continente Napoleon, contando con el auxilio de la Rusia, era sin embargo para él determinacion tan grave la de trasladar parte de su principal ejército de las riberas del Vistula á las del Ebro, y podia dar tanto valor á sus contrarios ver mudadas sus fuerzas del Norte al Mediodia, que intentaba él, antes de hacerlo, forzar al Austria á dar razon de su conducta, para saber con exactitud cabal lo que de ella deberia pensarse, porque, si deseaba la guerra, estimaba mejor hacerla inmediatamente, aplazando á otra época reprimir el levantamiento de España; y hacérsela con sus fuerzas todas, sin necesidad de que á ella contribuyesen los rusos, y hasta dejarla confundida, para pasar despues de las cercanías del Danubio á los Pirineos á sujetar á los españoles y echar á la mar á los ingleses. Pero esto era un caso extremo, y el emperador francés preferia no tener ya que sustentar esta nueva guerra, porque ya no era la guerra su aficion dominante. La gloria militar, despues de sus triunfos en Rívoli, las Pirámides, Marengo, Austerlitz, Jena y Friedland, no podia darle ya satisfacciones muy vivas. En adelante, no debia ser para él la guerra otra cosa que un medio de mantener su sistema político; sistema por desgracia sacado de quicio y que habria de exigir nuevos triunfos numero-

ros y sangrientos. Así pues, sin intencion de provocar al Austria, tenia empeño en hacer que se explicase con toda la claridad posible.

Por esto, al dar audiencia á los representantes de las varias potencias y tambien á los cuerpos principales del Estado, en el dia 15 de agosto, aprovechó la ocasion para explicarse con el conde de Metternich, no entrando con él en una conversacion acalorada y provocativa, como la que algunos años antes habia tenido con lord Whitworth, de la cual habia resultado la guerra con Inglaterra, sino hablando con suavidad y serenidad, pero, sí, para sacar una respuesta perentoria. Mostróse afable y sereno con los enviados de todos los gobiernos, y hasta lleno de agasajo con el general de Tolstoy, aunque tenia motivo de quejarse de sus arranques de soldado. Pero con el señor de Metternich fué amistoso y franco, sin dejar por esto de estrecharle. Cuidando de no llamar la atencion de los concurrentes con levantar la voz, habló, sin embargo, de modo que algunos le oyesen, y particularmente el señor de Tolstoy.—Queréis, ó hacernos la guerra ó meternos miedo (1), dijo al conde de Metternich.—Afirmando este embajador que ni una ni otra cosa queria su gobierno, le replicó Napoleon al instante, ya con tono mas suave, pero positivo:—Entonces ¿á qué vienen vuestros armamentos que os tienen alborotados é inquieta á toda Europa, poniendo en peligro la paz y arruinándoos en

Agosto 1808.

Larga conversacion de Napoleon con el embajador de Austria.

(1) Esta conversacion fué puesta por escrito inmediatamente por Mr. de Champagny, y se remitió copia de ella á Viena al general Andréossy. En el archivo del ministerio de negocios estrangeros está tal cual fué tomada por escrito. En esta historia no vá de ella mas que un breve resúmen.

Agosto 1808.

vuestra Hacienda?— Como asegurase el conde de Metternich que eran solo defensivos los preparativos de que hablaba Napoleon, éste, como inteligente profundo en la materia, se puso á probarle que eran de naturaleza muy diferente.—Si fuesen (le dijo) los armamentos que estais haciendo, como pretendéis probar, meramente de defensa, serian menos precipitados. Cuando quiere uno dar á sus ejércitos nuevo orden y planta, se toma tiempo, y nada atropella, porque se hacen mejor las cosas haciéndolas despacio, pero no forma almacenes, ni dispone reuniones numerosas de tropas, ni compra caballos; particularmente de los de tiro para la artillería. Vuestro ejército es de cerca de cuatrocientos mil hombres. Vuestras milicias ascenderán á casi otro tanto. Si yo os imitase, habria de agregar cuatrocientos mil hombres á mi fuerza efectiva, y eso seria un armamento loco. Pero no necesito levantar tanta gente. Con menos de doscientos mil conscriptos me basta para mantener mi ejército grande en un pié formidable, y enviar á España cien mil hombres de tropa veterana. No seguiré vuestro ejemplo, porque pronto nos seria necesario armar á las mujeres y niños, y volveríamos á un estado de barbarie. Pero, entretanto, vuestras rentas padecen perjuicio, vuestro cambio, que estaba ya tan bajo, va á bajar mas y á interrumpirse vuestro comercio. ¿Y por qué es todo eso? ¿Os he pedido yo algo? ¿He formado acaso pretensiones á una sola de vuestras provincias? El tratado de Presburgo lo deja todo arreglado entre uno y otro imperio, la palabra de vuestro soberano en las vistas que tuvimos, debe haberlo concluido todo. Algo quedaba que ajustar tocante á Braunau, que habia quedado en nuestro poder, y tocante á las tierras

linderas del Isonzo, cuyos aldeaños aún no estaban bien demarcados, pero á todo ello ha quedado proveido en el convenio de Fontainebleau (convenio de 10 de octubre de 1807.) Nada os pido, nada quiero de vosotros mas que relaciones de seguridad y paz. ¿Hay por veutura entre nosotros una sola dificultad que allanar? Pues dádmela á conocer para que la allanemos sin demora.—Habiendo de nuevo afirmado el conde de Metternich que no pensaba su gobierno cometer acto alguno de agresion contra Francia, y alegando por prueba de su aserto que no estaba dispuesto movimiento alguno de tropas, replicó á ello, al punto, Napoleon, con la misma dulzura que antes, pero con no menos firmeza, que estaba el embajador equivocado, pues se habian juntado tropas en crecido número en Galitzia y Bohemia, en frente de la Silesia y de los cuarteles del ejército francés, siendo esto incontestable, y consecuencia inmediata de ello tener que oponerle tropas igualmente juntas y en número no menos considerable; y, que en vez de acabar él de demoler las plazas fuertes de la Silesia, iba, al contrario, á reparar algunas de ellas y á armarlas, pertrecharlas y avituallarlas todas, así como á convocar los contingentes de la Confederacion del Rhin, y á ponerlo de nuevo todo en el pié de guerra.—A mi no me sorprenderán, bien lo sabeis, dijo al conde de Metternich. Siempre estaré en situacion de defenderme y ofender. Quizá contais con el emperador de Rusia, y os equivocais. Estoy yo seguro de su adhesion á mí y de la desaprobacion formal que ha manifestado en punto á vuestros armamentos, así como de lo que resolverá en las circunstancias que sobrevengan. Si de ello dudase, en seguida entraria en guerra con él, á la

Agosto 1808.

par que con vosotros , porque no quiero yo dejar puestos en duda los negocios del continente. Si me ciño puramente á prevenirme , es porque en punto al continente tengo la mas completa confianza , y completísima en lo que hará el emperador de Rusia. No creais buena esta ocasion para hacer guerra á Francia, pues eso seria en vosotros un error gravísimo. No quereis la guerra , y de vos lo creo , señor de Metternich, y tambien de vuestro emperador y de los hombres ilustrados de vuestra patria. Pero la nobleza alemana, descontenta de las mudanzas hechas , está llenando á toda Alemania de sus quejas. Os dejais mover por esto, y comunicais vuestra emoeion á las turbas llevándolas á armarse, de modo que, de armamento en armamento, vais llegando á una situacion extraordinaria , incapaz de continuar por largo plazo , y, poco á poco, os vereis en el punto en que es comun desear una crisis para salir de una situacion insufrible; crisis que será la guerra. Así la naturaleza moral como la fisica , una vez llegado el estado precursor de la tempestad , necesita que rompa la tormenta para que se purifique el aire , y la serenidad completa se restituya. Eso temo yo de vuestra conducta presente. Os lo repito , añadió el emperador francés , nada quiero de vosotros , ni os pido otra cosa que la paz y relaciones quietas y seguras, pero , si haceis preparativos , los haré yo tales que no quede la superioridad de mis armas mas dudosa que en las campañas anteriores , y así , para conservar la paz, habremos venido á parar en la guerra.—

Terminada esta conversacion , colmó Napoleon al conde de Metternich de testimonios de aprecio , por-tándose en todo como quien desea la paz sin temer la

guerra, y está resuelto á no quedarse á oscuras. Al conde de Metternich, y á los demas que allí asistian y le oyeron, no pudo quedar la menor duda en punto á sus verdaderas intenciones, habiéndose él mostrado entonces tan firme quanto sereno y hábil.

El dia siguiente 16 fué dedicado á dar órdenes multiplicadas. En él hubo M. de Champagny de comunicar por escrito á Viena la conversacion que acababa de tener Napoleon con el conde de Metternich, y de sacar de las palabras que habian mediado conclusiones precisas. Díjose en París al mismo embajador austriaco, y se encargó al general Andréossy repetir en Viena, que era necesario absolutamente suspender los armamentos empezados á hacer, y suspenderlos de manera que acabase todo recelo, y, si no, dar principio á la guerra sin demora alguna. Luego Napoleon, á fin de tantear mejor al Austria, le pidió que inmediatamente reconociese por rey de España á José. Sin duda alguna era este el medio mas infalible de saber lo que pensaba, ó, á lo menos, lo que queria en aquella hora, porque, si él lograba arrancar al gobierno austriaco que, contra todo quanto sentia, y contradiciendo su lenguaje usado últimamente y sin el menor rebozo, reconociese la nueva dignidad real de José, prueba seria el reconocimiento de que la córte de Viena no estaba capaz de empresa alguna ó de atreverse á algo, y de que por cierto tiempo, cuando menos, nada habia que recelar de ella contra la paz.

El conde de Metternich, que en París daba muestras de mucho celo para evitar la guerra, prodigando en sus conversaciones con los ministros del emperador francés y con el mismo emperador protestas pacificas,

A fin de tantear mejor Napoleon las disposiciones de la córte de Austria, hace que le pidan en su nombre que reconozca por rey de España á José.

Agosto 1808.

se dió priesa á responder que el Austria daria satisfaccion cumplida en punto á sus armamentos. Pero en lo tocante á reconocer por rey de España á José, tomando tono menos positivo, y mostrando menos desembarazo, declaró que él, por su parte, no preveia que á ello se negase su gobierno, pero que, sin embargo, nada podia decir de seguro sin referirse sobre el particular á su córte. Era evidente que en el punto del reconocimiento de José se tropezaba con la principal dificultad de aquellos momentos, y que, para conseguir del Austria un desmentir solemne de lo que allí pensaban y sentian, y acababan de declarar, lo cual seria lograr de ella una humillacion completa, seria necesario un esfuerzo no inferior al que habria que hacer para despojarla de nuevo de algunas provincias. No por esto dejaba de ser la pretension de Napoleon un medio de poner en aprieto al gobierno austriaco, y de forzarle á usar de mas circunspeccion si no estaba pronto á arrojarse á la guerra.

Seguro
Napoleon de
que mas
tarde ó mas
temprano
habria de
entrar en
nueva guerra
con el
Austria, trata
solo de
cerciorarse
de si antes
tendria
tiempo de
hacer
en España
una campaña
breve pero
decisiva.

En verdad, Napoleon empezaba á creer necesaria una nueva y última para dejar al Austria definitivamente vencida, pero queria saber si antes tendria, á lo menos, seis meses de tiempo para hacer en España una campaña rápida, trasladando allí cien mil hombres de su tropa veterana, sin que su preponderancia en las tierras de allende el Rhin corriese peligro. No llevaba otro objeto en todas sus manifestaciones y pretensiones de que se le diese explicacion de lo que el Austria intentaba.

Tirando el emperador francés á dar aspecto mas grave á sus pretensiones, reclamó de todos los principes de la Confederacion del Rhin que le diesen su pri-

mer contingente, corto en verdad, pero bastante á ocasionar en Alemania hablillas propias para causar inquietud, y á dar que pensar al Austria. Si paraba todo en romper, desde luego, la guerra entre esta y Francia, subirian los mismos contingentes, todavía escasos en número, á su fuerza efectiva legal, y, no siendo así, irian las mismas tropas alemanas á España á tomar parte con la fuerza que tenian en la nueva guerra que se habia traído sobre sí Napoleon, cuyo intento era que los príncipes de la Confederacion se empeñasen en todas cuantas contiendas tenia él que sustentar, llevando buena parte de la carga que sobre Francia pesaba; política acertada, mirándola por un lado, y errónea considerándola por otro, pues si con ella comprometia á los príncipes sus ahados llevándolos en su seguimiento, los exponia á participar del ódio general que tarde ó temprano habian de suscitar tan repetidas sacas de gente, así en la ribera derecha del Rin como en la izquierda, y tanto á la parte del Norte cuanto á la del Mediodía de los Alpes y Pirineos.

El empeño que habia tenido Napoleon en compeler al Austria á explicarse no era el único que le dictaban las circunstancias de aquellos dias. Fuese cual fuese el número de tropas que habian de separarse del ejército grande para ir á guerrear en España, era forzoso que hiciesen sus ejércitos un movimiento de retirada en Polonia y Alemania para acercarse á las orillas del Rin. Ya, cuando habia tomado Napoleon por partido el de empeñarse en el negocio de España, habia mudado por la vez primera la colocacion de sus tropas, y las habia trasladado del espacio comprendido entre los rios Prégel y Vístula, al contenido entre el

Agosto 1808.

Pide Napoleon á los príncipes de la Confederacion del Rin el primer contingente de tropas con que están obligados á auxiliarle.

Resuélvese Napoleon á evacuar á Prusia, dictándosele las circunstancias.

Agosto 1808. mismo Vistula y el Oder. El mariscal Soult, dejando los granaderos de Oudinot en Dantzick y la caballería pesada en la tierra vecina á la desembocadura del Vistula, se habia replegado con el cuarto cuerpo de ejército á Pomerania, Brandenburgo y Hannover. El mariscal Bernadotte seguia ocupando las ciudades anseáticas con las divisiones de Boudet y Molitor, y los españoles y holandeses. El mariscal Davout, con el tercer cuerpo de ejército, los sajones y polacos y lo restante de la caballería, se habia replegado al ducado de Posen, tomando por base la orilla del Oder. El general Victor, ascendido á mariscal, habia establecido sus cuarteles en Berlin con el primer cuerpo de ejército, y el mariscal Mortier con el cuarto y quinto estaba acantonado en Silesia.

Era la intencion de Napoleon, al prolongar así la ocupacion de la Prusia, forzarla á saldar definitivamente la cuenta de las contribuciones de guerra, y, ademas, ver él, situado en un puesto ventajoso, irse manifestando las consecuencias de su alianza con la Rusia y de su guerra sorda con el Austria, á lo cual se agregaba que de este modo tendria siempre vivo y alentado su ejército, manteniéndose sobre la tierra enemiga, á lo menos en parte, pues algo de sus gastos era pagado de su tesoro extraordinario.

Razones que
tenia
Napoleon
para evacuar
la Prusia
y retirarse á
las orillas del
Elba.

Era, sin embargo, indispensable poner fin á una ocupacion tan prolongada. En efecto, comenzada la guerra de España, venia á ser imposible conservar bajo su dominio tanta extension de terreno, siéndole forzoso desamparar cierto número de provincias. Nacia esta necesidad, no de deseos de complacer á la Rusia, con la cual todo consistia en concederle hacer conquistas

en Oriente, ni del de dar satisfaccion á la Prusia, que, agobiada por la carga que sobre sí llevaba, pedia entrar en tratos con cualesquiera condiciones, reservándose el derecho de no llevar despues á efecto lo que estipulase, si se veia imposibilitada de hacerlo, ó si la dispensaba de cumplirlo la fortuna, ni tampoco del de conciliarse la buena voluntad del Austria, con la cual estaba en el caso de no usar ya de contemplaciones, sino de la precision en que se veia de recoger y estrechar sus fuerzas y enviar parte de ellas á los Pirineos. Presentábasele, con esto, la ocasion de sacar de un movimiento de retirada, venido á ser necesario, un modo de entrar en un ajuste ventajoso con la Prusia, y, asimismo, de hacer alguna cosa grata á la Rusia, porque, despues de un arreglo de los negocios del Oriente, objeto principal del anhelo del emperador Alejandro, lo que mas deseaba este soberano para libertarse, segun decia, *de las importunidades con que personas desdichadas le echaban en cara su desdicha*, era ver evacuada por los franceses la Prusia y declarada esta potencia, por un ajuste de cuentas definitivo, ya libre del pago de las contribuciones de guerra que debia.

Habia algunos meses que estaba residiendo en París el principe Guillermo, hermano del rey de Prusia, enviado á Napoleon para solicitar el alivio de la carga con que su patria estaba gravada. Este príncipe, con su porte lleno de dignidad y serenidad, y con su prudencia, habia acertado á captarse el aprecio de todos, y muy particularmente el de Napoleon, no obstante lo cual, hasta entonces en balde habia alegado estar la Prusia imposibilitada de pagar las sumas que querian imponerle por tributo, y no menos en balde habia

Agosto 1808.

ofrecido la sumision mas completa y absoluta por parte de la casa de Brandenburgo ; sumision de que presentaba por fianzas la celebracion de un tratado de alianza ofensiva y defensiva. Napoleon no se habia, con todo, dejado vencer, ni por tales representaciones, ni por tales ofertas, porque creia que todos cuantos recursos devolviese á la Prusia serian por ella empleados en rehacer sus fuerzas para hacerle guerra. Antes de la campaña de Jena, bien podria haber contado con ella, pero despues bien conocia que habria de ser su enemiga implacable, y que la única política previsora era agotarle las fuerzas, si no conseguia acabarla. Con todo eso, obligado entonces á traerse algo mas atrás sus tropas, consintió en dar oidos á las proposiciones del principe Guillermo, y, al cabo de conversaciones no poco prolifas, convino en desocupar á la Prusia entera, salvo tres plazas fuertes situadas á orillas del Oder, que eran las de Glogau, Stettin y Custrin, las cuales se quedarian en poder de los franceses hasta que hubiesen satisfecho los prusianos las contribuciones estipuladas; evacuacion concedida á precio del pago de una suma de ciento y cuarenta millones de francos, asi de contribuciones ordinarias como de las extraordinarias que estaban por pagar todavía. Habia de ser pagada esta suma, la mitad en dinero ó letras de cambio aceptables, y la otra mitad en títulos sobre las posesiones del patrimonio real ó del público de la Prusia; de manera que todo quedase saldado dentro de un plazo poco distante, el cual fuese para las letras de cambio de once ó doce meses á razon de seis millones al mes, y para los títulos sobre tierras, cuando mas, de año y medio. La evacuacion habia de comenzar in-

Accede por fin Napoleon á las instancias del príncipe Guillermo que habia venido á París á solicitar la evacuacion de la Prusia por los franceses.

Condiciones de la evacuacion de la Prusia.

mediatamente, retirándose las tropas francesas á la Pomerania sueca, las ciudades anseáticas, Hannover, Westfalia y las provincias de Sajonia y Franconia quitadas á la Prusia y puestas á disposicion de la Francia. Pero, quedándose Napoleon dueño de Stettin, Custrin y Glogau á las orillas del Oder, y de Magdeburgo á las del Elba, y con sus tropas en Hannover, Sajonia y Franconia, seguia señoreando parte de Alemania, y en situacion de dominar en toda ella. Para mayor seguridad suya, hizo insertar un artículo secreto en el convenio de evacuacion, artículo ignorado hasta el dia presente, por el cual se obligaba la Prusia á tener, durante diez años, reducida su fuerza militar efectiva á los límites siguientes: diez regimientos de infantería, cuyo total fuese de veinte y dos mil hombres, ocho de caballería, cuya fuerza toda ascendiese á ocho mil, un cuerpo de artillería é ingenieros que contase seis mil, y por último la guardia real de seis mil igualmente, ejército que no pasaria de cuarenta y dos mil hombres. Quedaba ademas obligado el rey de Prusia á no formar milicia alguna local que pudiese servir de disfrazar un armamento de cualquiera clase. Por último, el mismo monarca contraia el empeño de hacer causa comun con el imperio francés contra el Austria, dando al primero por auxiliar en caso de guerra una division de diez y seis mil hombres de todas armas, solo con la condicion de que este cuerpo auxiliar no pasase de doce mil, si rompía la guerra en el año de 1809, por no tener entonces la Prusia su ejército formado de nuevo. Napoleon, cuyo intento era tener enfrenada á la Prusia y no humillarla, consintió en dejar secreta esta parte tan desabrida del tratado. Nada mas pudo conseguir el

Agosto 1808.

Estipulaciones secretas del tratado de evacuacion.

Agosto 1808.

digno y juicioso príncipe que con tanto acierto estaba volviendo en París por el interés de su patria , porque Napoleon , no obstante haberse ya dado á sí propio el golpe que algun dia habia de acabar con su poder, aún era bastante formidable para infundir temor á toda Europa y dictar la ley á todos sus contrarios.

Firmado este convenio , escribió el emperador francés al rey y reina de Prusia, dándose y dándoles la enhorabuena de ver por último ajustadas todas las desavenencias entre su córte y la de ellos , y prometiendo de allí en adelante seguir con la Prusia en las relaciones mas amistosas , si no venian afectos apasionados de ódio á descarriar otra vez á la córte de Berlin. Por duro que fuese para Prusia tal tratado , valia mas que la situacion en que antes estaba, pues, al cabo, quedaba libertada de las tropas francesas , y , si bien se veia limitada en sus armamentos , es dudoso que pudiese entonces pagar un número de tropas superior á lo que el tratado le consentia.

Este arreglo , sobre dar á Napoleon la ventaja de dejar saldadas sus cuentas con la Prusia , y la de permitirle retirar de Alemania sus tropas , tenia el mérito de ser grato á la Rusia , á cuyo emperador molestaban singularmente las quejas de los prusianos, manteniendo en él vivo deseo de verse libertado de tal molestia. Ahora , pues , hacerse grato á la Rusia era lo que en aquellos momentos convenia , sobre todo , á la política de Napoleon , para quien no llegaba bastante pronto la hora de concertarse con ella , así como la de explicarse con el Austria, y de terminar sus contestaciones con la Prusia.

Nada habia mudado la situacion de las cosas en

San Petersburgo. Alejandro, constantemente dominado por la pasión de que en el momento que pasaba estaba poseído, ya no era dueño de sí mismo desde el punto en que Napoleón había consentido en tratar de la partición del imperio otomano. Apetecía, particularmente, á Constantinopla mas todavía que las mejores provincias del mismo imperio, porque en Constantinopla veía no solo provecho, sino gloria y lustre. Pero conceder la posesión de la llave de los estrechos que separan á Europa de Asia era cabalmente lo que repugnaba á Napoleón, sobre toda otra concesión del mundo. Nunca, según ha referido antes la presente historia, había adherido formalmente á tal cosa el emperador francés, y, cuando había permitido á su embajador M. de Caulaincourt consentir que se le manifestase por la Rusia semejante deseo, lo había hecho declarando ser su voluntad tomar para sí los Dardanelos si dejaba á los rusos ser dueños del Bósforo, lo cual no podía convenir al gobierno de San Petersburgo. Sin embargo, Alejandro aún esperaba vencer sobre este punto á Napoleón, pues repetía, sin cesar, que no codiciaba el territorio alguno allende la sierra del Balkan, ni la menor parte de la Romelia, sino puramente á Constantinopla con sus afueras inmediatas, dejando á Andrinópolis á quien quisiese tenerla, y, en cierta jerigonza familiar que usaba en sus conversaciones con el embajador de Francia, y que había él compuesto, daba por nombre á la lengua de tierra codiciada como una casa destinada, en cierto modo, á ser alojamiento del portero de los estrechos, *la lengua del gato*.—Y bueno, solía decir con frecuencia á M. de Caulaincourt, ¿teneis noticias de vuestro soberano? ¿Os ha hablado de la lengua del gato? ¿Está

Agosto 1808.

Relaciones de Napoleón con Alejandro desde que había empezado la guerra de España, y situación de la corte de San Petersburgo.

Avívase en Alejandro el deseo de ser dueño de Constantinopla.

Agosto 1808.

dispuesto á comprender las necesidades de mi imperio, y á confesarlas, como comprendo yo y confieso las del suyo?—No respondia M. de Caulaincourt á tales preguntas, si no con evasivas, alegando de continuo lo mucho que tenia en qué pensar Napoleon, y que éste, por entonces, estaba á grande distancia, pero próximo á volver, y que, vuelto á París, podria convertir su atencion de los negocios del Occidente á los del Oriente. A esto replicaba al instante Alejandro diciendo que, para terminar esta discordancia de opiniones, se hacia necesario tener nuevas vistas con el emperador francés, vistas llegadas á ser indispensables, si habia de dar de sí fruto la política abrazada en Tilsit, lo cual era urgente sobremanera. Entretanto, él, por su parte, estaba en apuros casi lo mismo que Napoleon, porque las cosas de Finlandia habian tomado un sesgo poco menos malo que las de España. Las tropas rusas, habiendo arrollado á las suecas hasta Uleaburgo, y reuniéndolas al llevárselas por delante, se habian dividido en frente de sus contrarios, y, á su vez, habian sido obligadas á retroceder, y aun vencidas, gracias á la incapacidad del general Buxhoevden, privado de la corte, y cuya privanza únicamente le sostenia contra los clamores de desaprobacion del ejército. Al mismo tiempo, una escuadra inglesa tenia bloqueada á la rusa en los puertos de Finlandia y llena de terror la costa vecina. No podia, pues, el emperador Alejandro apartarse de su capital inmediatamente. Pero, como en setiembre habria de quedar impedida por los hielos la navegacion en el Báltico, y de desviarse de allí los ingleses por algunos meses, Alejandro quedaria entonces en libertad, y, así, pedia que fuese señalado, á mas tardar, por dia en

Expresa Alejandro con frecuencia su deseo de tener nuevas vistas con Napoleon.

Agosto 1808.

que hubiesen de celebrarse las vistas en que se prometia arreglarlo todo con Napoleon, uno del mismo mes. A todas estas instancias respondia M. de Caulaincourt del modo mas propio para llevarle á tener paciencia, prometiéndole que, de cierto, se celebrarían las vistas en el momento que él señalaba.

Esto aparte, nada habia descuidado Alejandro para disponer á Napoleon á coadyuvar al logro de sus intentos. Entrada de los ejércitos franceses en España, ocupacion de Madrid, haber hecho por fuerza á los príncipes españoles trasladarse á Bayona, y despojádos allí de sus derechos, y la proclamacion de José como rey de España, todo ello era declarado por el emperador ruso cosa natural y bien hecha, y complemento necesario del sistema político de su aliado.— Vuestro emperador, habia dicho á M. de Caulaincourt, no puede sufrir que haya Borbones reinando tan cerca de él. De parte suya tal política es consiguiente, y en eso convengo yo. No me dá celos, estaba sin cesar repitiendo, su engrandecimiento, sobre todo, cuando nace de justo motivo, como ha sucedido ahora. Que no dé á él celos el engrandecerme yo del modo que es necesario á mi imperio, é igualmente fácil de justificar.—

Completa aprobacion que dá el emperador ruso á todo cuanto Napoleon habia hecho en España.

Envalentonadas las gentes principales de San Petersburgo por los reveses mas desabridos que peligrosos llevados por las tropas rusas en Finlandia, é indignadas mas ó menos sinceramente por los sucesos de Bayona, encontrando un pretexto plausible de quejas en estar cortada la navegacion por el mar vecino, de nuevo hablaban de un modo indecoroso de la política que dictaba la alianza con Francia, siendo, por otra parte, cierto que tal política no lucia entonces ni por lo moral, ni

Agosto 1808.

por lo feliz, porque despojar Alejandro de la Finlandia á un pariente cuyas naturales extravagancias habia estado largo tiempo excitando, y de cuyas flacas fuerzas costaba trabajo triunfar, nada mejor era que lo hecho por Napoleon en España, á lo cual se parecia mucho.—Es fuerza, habia dicho en propios términos á M. de Caulaincourt el emperador Alejandro, *tener paciencia y barajar*, y pasar por estos momentos dificultosos sin doblarse.—El emperador ruso, hombre de sumo tino, evitaba cuanto era posible hablar á M. de Caulaincourt de los reveses padecidos por las armas francesas en España, sin tocar tan desabrida materia sino cuando no podia callar sobre ella sin una afectacion embarazosa para el mismo embajador á quien queria el monarca contemplar; pero, cuando el clamor del partido favorable á los ingleses en San Petersburgo divulgó y celebró el desastre del general Dupont, ponderando la desgracia de los franceses, hasta dar por destruido el ejército que, á la sazón, estaba entero en las orillas del Ebro, y por prisionero al rey José, á tiempo que éste tenia puesta su córte en Vitoria, Alejandro habló de ello á M. de Caulaincourt, como quien no estuviese ni en público ni en secreto, satisfecho de los reveses llevados por un ejército durante largos años contrario del suyo, sino, al revés, como sintiéndose pesaroso de tal suceso, y no viendo en él mas que una cosa sencilla, de poca monta y fácil de explicar.—Vuestro soberano, decia, ha enviado á España soldados nuevos y mozos, y en corto número, y, ademas, no ha ido él mandándolos: sus generales han cometido yerros que él remediará muy pronto. Con algunos miles de sus soldados veteranos, uno de sus buenos generales, y su presen-

Suma
 medida del
 emperador
 Alejandro al
 tratarse de
 los reveses de
 los franceses
 en España.

cia allí por unos pocos días, pronto volverá José á Madrid y quedará triunfante la política abrazada en Tilsit. Yo, por mi parte, no tendré mudanza, y voy á hablar al Austria de un modo que le dé qué pensar en punto á su imprudente conducta. Probaré al emperador vuestro señor que soy fiel amigo, así como en la próspera fortuna, en la adversa. Levisima desdicha es la ocurrida, pero, tal cual es, le dará ocasion de ponerme á prueba. Repetidle, con todo, que es necesario que nos veamos, y cuanto antes sea posible, para entendernos y dominar á Europa.—Alejandro, por otra parte, habia cumplido su palabra, é impuesto silencio á los murmuradores y á quienes se mostraban indignados ó temerosos, imponiéndosele especialmente á la legacion austriaca, y mandando á los que asistian á la emperatriz madre portarse con tal reserva, que, en el cuarto de aquella princesa, hablaban de los reveses de las armas francesas en España con no menos recato que de los de las rusas en Finlandia.

Tal era el aspecto de la córte de San Petersburgo, de resultas de los sucesos de España, y cuando estos ejercian su influencia. Enterado Napoleon con cabal exactitud de todo cuanto allí ocurría por las cartas de M. Caulaincourt, que, escrupulosamente y por preguntas y respuestas, le comunicaba sus diálogos diarios con el emperador Alejandro, al fin, habia tomado por partido el de aceptar las vistas con que le brindaban. Esta fué la determinacion principal de cuantas le inspiró su situacion nueva. Reputaba llegado el tiempo, no de satisfacer todos los deseos del emperador ruso, cosa imposible de llevar á efecto sin grave peligro de la seguridad de toda Europa, pero, sí, á lo menos una

Agosto 1808. parte de ellos , seduciendo de nuevo á aquel monarca, y concediéndole algo considerable, como, por ejemplo, las provincias linderas del Danubio , y , en punto á lo demas, desengañiéndole, ó haciéndole esperar; en suma, dejándole contento , lo cual era posible , porque habia lo bastante para satisfacer los mas ambiciosos deseos con la posesion inmediata y real y verdadera de la Valaquia y de la Moldavia. Unas vistas, sobre tener la ventaja de entenderse en derechura con el jóven emperador ruso en unas circunstancias graves , y de cerciorarse de lo que sentia Alejandro en lo íntimo de su pecho , y de ganarle la voluntad concediéndole una cosa de gran importancia , siendo públicamente celebradas á la faz de Europa entera, darian al mundo un grande espectáculo , que haria efecto en la imaginacion de las gentes, y vendria á ser visible testimonio de una alianza, la cual era fuerza hacer , no solo real y verdadera y firme, sino tambien aparente, para imponer con ella respeto y temor á los contrarios del imperio francés.

Resuélvese
Napoleon
á tener vistas
con
el emperador
Alejandro.

Mientras apretaba Napoleon al Austria con sus preguntas y concedia á la Prusia la evacuacion de su territorio, despachó á M. de Caulaincourt un correo, autorizándole á consentir, en su nombre, en tener unas vistas solemnes con el emperador Alejandro. Este habia indicado para celebrarlas los dias últimos de setiembre, porque en ellos quedaba cerrada por los hielos la navegacion del Báltico , y Napoleon aceptó que fuesen entonces, porque así le convenia. Alejandro mostró deseo de que el lugar donde se viesen ambos emperadores fuese ó Weimar, donde residia su hermana, ó Erfurt, donde se gozaria de mas libertad , y Napoleon escogió á Erfurt, siendo su territorio uno de los

que aún quedaban en su poder, despues de hechos los nuevos repartimientos de Alemania, y del cual no habia dispuesto todavía en favor de soberano alguno de los de la Confederacion del Rhin. Resuelto así de un modo general cómo y dónde serian las vistas, y dejandò al arbitrio del emperador Alejandro señalar definitivamente el dia y hora, dictó órdenes para que tuviesen las conferencias todo el lustre apetecible.

Habia todavía á orillas del Rhin varias fuerzas de la guardia imperial, y Napoleon destacó un soberbio batallon de granaderos de la misma á la ciudad de Erfurt, en donde mandó igualmente que formasen, para hacer guardia de honor á los soberanos que habian de asistir á las vistas, un lucido regimiento de infanteria ligera, otro de húsares y otro de cazadores escogidos, entre los que venian de vuelta de Alemania. Despachó allí á oficiales y empleados de su casa imperial con las cosas mas ricas de entre los muebles y alhajas de la corona, á fin de que se pusiesen con elegancia y suntuosidad las mejores casas de la ciudad, adaptándolas á lo necesario á los personajes que allí iban á concurrir, emperadores, reyes, príncipes, ministros y generales. *Quiso que contribuyesen al esplendor de tan importante reunion las letras francesas, y ordenó á la direccion de teatros que enviase á Erfurt los principales actores de los de Paris, y á Talma, el primero entre todos, para que representasen las tragedias de *Cinna*, *Andrómaca*, *Mahoma* y *Edipo*. Excluyó de las representaciones las de comedias, aunque hacia de las inmortales obras de Molière el caso de que son merecedoras, porque, segun decia él, no las entienden en Alemania.— Hay que ostentar ante los alemanes la grandeza y be-*

Agosto 1808.

Señálanse por época y lugar de las vistas de ambos emperadores la ciudad de Erfurt y el mes de setiembre.

Preparativos para dar lucimiento á las vistas de los dos emperadores

Agosto 1808.

lleza de nuestra escena trágica, porque es mas fácil que sean comprendidas por ellos que la profundidad de Molière.—Encargó por fin que se hiciese alarde de un lujo asombroso, queriendo que Francia impusiese no menos respeto por el lustre de su civilizacion que *por el de sus armas*.

Dadas estas órdenes, empleó el tiempo que le quedaba para preparar las cosas de la milicia, así para el caso en que solo tuviese por contraria á España auxiliada por los ingleses, como para el de verse obligado á guerrear, ademas de con España é Inglaterra, con el Austria, teniendo que vencer á ésta de nuevo, y sin tardanza. No habia mejorado para él la situacion de las cosas en España, desde que se habia retirado su ejército á las márgenes del Ebro. José tenia repartidos entre Cataluña, Aragon, Castilla la Vieja y las provincias Vascongadas, contando algunos refuerzos que acababan de llegarle, mas de cien mil hombres, en parte de soldados, aunque mozos y nuevos, ya aguerridos, y en parte de veteranos llegados sucesivamente, y regimiento á regimiento, de las orillas del Elba á las del Rhiu, y de las de éste á los Pirineos. Sobraba con esto, mandando un general alentado, para dar un duro golpe á los levantados españoles, que, separados unos de otros, venian sobre sus contrarios desde todos los puntos de España, ya de Galicia, ya de Madrid, ya de Zaragoza. Pero, al lado de José, todo se volvia afanarse, quejarse y pedir nuevos recursos, sin acertar á aprovecharse de los que allí habia. Napoleon habia procurado alentar con el vigor de su lenguaje el decaido espíritu de José.—Sed digno de vuestro hermano, le habia escrito, y sabed portaros con el decoro

Situacion de los negocios de España, mientras Napoleon estaba tratando en Paris de arreglar todas las cosas de su imperio.

que á vuestra situacion conviene. ¿Qué me importan unos pocos levantados, á los cuales sujetaré con mis dragones, y que no hay apariencias de que puedan vencer á ejércitos, con cuya fuerza no han podido todas las del Austria, Rusia y Prusia? *En España encontraré yo las columnas de Hércules, pero no límites á mi poderio.*—Habiale en seguida avisado de que le enviaria poderosísimo socorro, á lo cual agregaba darle consejos llenos de cordura y prevision que José y sus generales no eran capaces de entender, y menos todavia de seguir. José habia resuelto tener consigo la reducida córte que tenia en Nápoles, en la que se contaba en primer lugar el mariscal Jourdan, hombre honradísimo, como va dicho en esta historia, juicioso, tardo y no de muchas luces, tal, en suma, cual convenia á los medianos alcances del rey á quien servia; personaje muy aficionado á dominar, porque los hermanos del emperador francés se vengaban del predominio que él ejercia sobre ellos, tratando de ejercerle igualmente sobre otros. Despues del mariscal Jourdan habia pedido José que viniese con él M. Roederer á ayudarle en la gobernacion política, y administracion de la Hacienda de España, lo cual no le habia concedido Napoleon, desconfiando, no de las intenciones, ni del talento del mismo Roederer, pero sí de su buen juicio en la práctica del gobierno. Excepto este último, tenia José consigo todos sus familiares de Nápoles, y en su córte, medio militar y medio política, gustaban todos de murmurar de Napoleon, dando á advertir sus rarezas, pretensiones y faltas de justicia y razon, y, si bien no osando negar su superioridad intelectual, complaciéndose en decir de él que juzgaba las cosas de lejos, y por lo mismo mal y

Agosto 1808.

Consejos
de Napoleon
á su hermano
José.

Córte política
y militar del
rey José.

Agosto 1808. someramente, y, en suma, que se equivocaba, lo cual no les sucedia á ellos. Ni aún distaban mucho aquellas gentes de creer que quien era su hermano debia tener una parte mas ó menos grande de su superior entendimiento, y que, con un poco de su experiencia en las cosas de la guerra, podria mandar lo mismo que él las operaciones militares.

Animado José por el alentado lenguaje de Napoleón, y falto ya de temor por venir llegándole de todas partes socorros, habia recobrado algun valor, montaba con frecuencia á caballo, siguiéndole su fiel Jourdan, y tenia aficion á representar el papel de rey guerrero, dictando movimientos de tropas, presentándose á los soldados, y pasando revistas. Aunque perdido ya el temor, no se habia atrevido á quedarse en Burgos, ni aun siquiera en Miranda, y habia sentado definitivamente sus reales en Vitoria, donde tenia consigo dos mil hombres de una guardia real compuesta una mitad de españoles y otra de napolitanos, dos mil hombres de la guardia imperial y tres mil de la brigada de *Rey*, que nunca se separaba de él; fuerza cuyo total era de siete mil hombres. Tenia á la derecha al mariscal Bessières con veinte mil hombres esparcidos entre Cubo, Briviesca y Burgos, ocupando esta última ciudad con su caballería, á su izquierda desde Miranda á Logroño al mariscal Monecy con diez y ocho mil, y desde Logroño á Tudela al general Verdier, que aún contaba á sus órdenes entre quince y diez y seis mil, á pesar de haber perdido tanta gente delante de Zaragoza. A su espalda tenia José todavía los depósitos y regimientos de marcha, mescolanza nada firme de soldados destacados de todos los cuerpos, pero buenos para cubrir un ejér-

Establece
José
sus reales
en Vitoria.

Posicion
del ejército
francés
á las orillas
del Ebro.

cito por la parte opuesta á donde es superior el enemigo, y cuyo número no bajaba de quince ó diez y seis mil hombres. De los regimientos veteranos que habia ido Napoleon sacando sucesivamente del ejército grande los llegados novísimamente, que eran los de línea, números 51 y 43, con el de cazadores, número 26, habian servido de formar la brigada de Godinot; tropa excelente, que, lanzada de súbito sobre Bilbao, habia echado de allí á los levantados, y causádoles la pérdida de mil y doscientos hombres muertos ó heridos. Por último, las columnas móviles de gendarmería y montañeses que guardaban los puertos de los Pirineos en número de tres ó cuatro mil hombres; la division del general Reille, cuya fuerza era de entre seis y siete mil, y la del general Duhesme en Cataluña, que contaba entre diez y once mil, hacian ascender á un total de cien mil hombres las fuerzas francesas que aún seguian en España.

Napoleon se cansaba mandando á la plana mayor de José instrucciones que eran mal entendidas, como ya aquí va dicho, y todavía peor llevadas á efecto. Desde luego habia convertido en regimientos definitivos los provisionales, cuyos números eran desde el 113 al 120, y dado orden de agregar á los mismos ya hechos definitivos todas las partidas que iban de marcha para que formasen un conjunto mejor dispuesto; de concentrar la guardia imperial, parte de la cual estaba con el mariscal Bessières y otra parte con el rey José, y de componer de ésta y de los regimientos veteranos una buena reserva necesaria para los casos imprevistos. En cuanto á la distribucion general de las fuerzas habia dictado las disposiciones siguientes. Considerando

Instrucciones
de Napoleon
que soy muy
mal
entendidas
por José
y por los
generales
que á las
órdenes
de éste
servian.

Agosto 1808. á Aragon y Navarra como un teatro de operaciones separado con una línea segura de retirada sobre Pamplona, habia mandado formar allí una fuerza distinta de hasta quince ó diez y ocho mil hombres, á cuyo cargo quedaba cubrir la izquierda del ejército, guardar á Tudela que era la cabeza del canal de Aragon, y juntar allí piezas y pertrechos de artillería en número considerable para emprender de nuevo el sitio de Zaragoza. Poniendo en seguida en Castilla la Vieja y en la misma Burgos, por donde pasa el camino principal de Madrid, el centro de las operaciones principales, habia mandado formar allí otra masa de cuarenta ó cincuenta mil hombres, prontos á arrojarse sobre cualquiera cuerpo de levantados españoles que intentase ponérseles al frente, por la derecha ó por la izquierda, y á desbaratarle, porque ya no habia ejército alguno español que pudiese resistir á treinta ó cuarenta mil franceses reunidos. Por último, habia ordenado que con tan firme y amenazador continente esperasen la llegada de refuerzos y la de su misma persona, con la que se prometia asistir allí muy en breve.

Todo ello, perfectamente concebido, y con suma claridad indicado en las instrucciones de Napoleon, por nadie era comprendido en Vitoria, pasando el tiempo las gentes que asistian á José en asustarse de los menores movimientos de sus contrarios, y en ver centenares de millares de levantados españoles en donde quiera. Así, cuando de resultas de haberse retirado el mariscal Bessières habia vuelto á presentarse en Castilla la Vieja el general Blake, seguido de unos veinte mil hombres, le suponian con cuarenta ó cincuenta mil. Poco despues de la capitulacion de Bailen habia

Disposicion
en la córte
de José,
sucedida la
desgracia
de Bailen,
á ver en
todas partes

venido pausadamente adelantándose sobre Madrid el general Castaños con quince mil hombres, y ya le daban por venir acercándose al Ebro con cincuenta mil. Por fin, á los valencianos y aragoneses, que contaban diez y ocho ó veinte mil hombres, se reputaba contar cuarenta. Figurábanse, pues, José y los suyos con ciento y treinta ó ciento y cuarenta mil hombres delante, gente bastante hábil y temible para obligar á capitular á ejércitos franceses como habia sucedido en Bailen, y, cuando quedaban reducidas á su justo valor tales ponderaciones en fuerza de noticias mas exactas, se disculpaban alegando ser dificultoso saber en España lo cierto.—La verdad en la guerra, les respondia Napoleon, es cosa difícil de averiguar en todos tiempos y lugares, pero siempre es posible llegar á saberla cuando hay quien se tome el trabajo necesario para ello. Teneis una caballeria numerosa, y al bizarro Lasalle; arrojad vuestros dragones por diez ó quince leguas á la redonda, lleváos presos á los alcaldes, curas y administradores de correos, y á personas de nota, tenedlos en prision hasta que hablen, sabed cómo hacerles los interrogatorios, y averiguareis la verdad. Pero nunca llegareis á saberla durmiéndoos en vuestras líneas.—

Tan importantes lecciones eran perdidas, y los lisoujeros de José seguian poblando el espacio de enemigos imaginarios. Particularmente en los últimos dias de agosto, como se habiesen presentado por las cercanias de Tudela los aragoneses, valencianos y catalanes capitaneados por el conde del Montijo, el mariscal Moncey, que, desde su campaña en Valencia, seguia muy intimidado, se habia imaginado que estaban próximos á caer sobre él todos los levantados de España, y dado

Agosto 1808.

precidísimas
fuerzas de
españoles
levantados.

Singular
aventura
del general
Lefebvre-
Desnoëttes
que enseña
á mirar con
menos temor
á los
levantados
españoles.

Agosto 1808. priesa á situarse en un puesto defensivo, pidiendo con altos clamores socorro. Al momento se habia adelantado el general Lefebvre-Desnoëtes, que sustituia en el mando al general Verdier herido en un asalto dado á Zaragoza, y, atravesando el Ebro por Alfaro con sus lanceros polacos, habia ahuyentado á todo cuanto se le habia puesto delante, mostrando así lo que valia el tremendo ejército de Aragon y Valencia.

Tan singular lance, cubriendo de confusion á las gentes atemorizadas, habia servido de traer los ánimos á apreciar con mas exactitud los contrarios con quienes habia que pelear. Envalentonado José con lo que acababa de ver, y con las cartas severas que de Paris recibia, habia discurrido entonces remedar las grandes maniobras de su hermano, y, establecido en Miranda como en un centro, se proponia echarse, ya sobre uno, ya sobre otro cuerpo enemigo, para irlos venciendo sucesivamente, como habia hecho Napoleon con frecuencia. Cierto era que los españoles se prestaban algo al éxito de tal combinacion, porque el general Blake con los levantados de Leon, Asturias y Galicia tiraba á entrar en Vizcaya por la derecha del ejército francés, una parte crecida de las tropas del general Castaños intentaba ponerse en las orillas del Ebro al frente del mismo, y los aragoneses y valencianos, con otros, penetrar en Navarra para rodearle y envolverle por la izquierda; siendo la esperanza de todos cercarle, cortarle el camino de Francia, y lograr así otra ventaja como la de Bailen; quimera insensata, por no ser posible renovar contra sesenta mil franceses muy resueltos, no obstante la timidez de algunos de los que los mandaban, lo que habia podido hacerse una vez contra ocho mil

Pretende José remedar las grandes maniobras de Napoleon.

franceses desanimados. A plan tan ridiculo, remedo de lo que habia dictado y favorecido el acaso en Bailen, trataba José de oponer la imitacion no menos ridicula de los modos de hacer las operaciones en grande usados por su hermano, arrojándose en masa alternativamente sobre cada uno de los cuerpos de ejército de los levantados para irlos desbaratando unos tras otros; cosa intentada con acierto, pero sin considerar que en la guerra está el punto de todo en la precision y oportunidad en la ejecucion, por lo cual son en ella las imitaciones malas, como suelen serlo en las demas cosas. Así, mientras las tropas de Blake amagaban á Bilbao y las de Aragon á Tudela, José enviaba allá sus cuerpos á toda priesa, y solia acudir en persona y sin resuello para llegar pasado ya el tiempo, ó bien se detenia sin llevar sus tentativas á efecto cumplido, volviéndose en seguida á Vitoria con sus tropas extenuadas, y escribiendo luego al Emperador su hermano que habia seguido sus consejos, y que, en breve, adquiriendo alguna experiencia se prometia hacerse digno de él; lastimoso espectáculo dado con frecuencia al mando de hermanos de escaso valer que pretenden imitar á sus hermanos de inmensa superioridad intelectual y logran solo igualarlos en sus yerros ó en sus vicios.

No podia Napoleon dejar de sonreirse al saber tales miserias de la vanidad de su hermano, pero pronto vencia el enojo á sus tentaciones de risa, cuando reflexionaba qué de tiempo y de fuerzas se estaban así desperdiciando. Pensó, pues, en enviar á los que tan mal le imitaban uno de sus mas animosos generales, que era el mariscal Ney, para infundirles nuevos brios, y luego les mandó reducirse á poner otra vez en órden y

Manda
Napoleon
á sus
generales
en España
que
no cansen
las tropas en
movimientos
hechos
en balde
y que
le esperen
dedicándose

Set. 1808. arreglo el ejército, reponer sus pertrechos y artillería, guardar bien la ribera del Ebro, y mantenerse quietos esperando su llegada.

á poner
de nuevo en
orden
el ejército.

Fuerzas
que saca
Napoleon
de Alemania
é Italia para
enviarlas
á España.

En seguida se resolvió definitivamente en punto á las tropas que habia de destacar, así de Italia como de Alemania, para sujetar á España completamente. Pensó que no necesitaba menos de ciento á ciento y veinte mil hombres si habia de acabar pronto con el levantamiento de los españoles, arrojando al mar á los ingleses. Habia tenido noticia de la capitulacion de Cintra, y, juzgándola honrosa al ejército que habia peleado y quedado en libertad de volver á servir, habia escrito á Junot.—Como general podiais haberlo hecho mejor; como soldado nada habeis hecho contrario al honor.—Al mismo tiempo envió á Rochefort órdenes para que fuesen allí recibidas y equipadas las tropas procedentes de Portugal, que, aclimatadas, aguerridas y armadas de nuevo, podian todavía hacer grandes servicios aumentando con unos veinte mil hombres el número de los socorros destinados á la Península.

Sácense dos
divisiones de
Italia para
Cataluña.

Ya estaban de vuelta en Italia, habia algunos meses, los italianos hechos buenos soldados sirviendo en el Norte. Napoleon ordenó al príncipe Eugenio que enviase diez mil de ellos al Delfinado y al Rosellon, mandándolos el general Pino. Formó con dos lucidos regimientos franceses, el 1.º de ligeros y el número 42 de línea, sacados del Piamonte, el fondo de una division, cuyo mando fué encomendado al general Souham, completándose con varios batallones pertenecientes á regimientos de que ya habian ido tropas á Cataluña. Esta division, contando su artillería y caballería, ascendia á cerca de siete mil hombres. Vinieron así como diez y

seis ó diez y siete mil hombres caminando de los Alpes á los Pirineos, con los cuales, el cuerpo de ejército del general Duhesme, la columna de Reille y una brigada de napolitanos, puesta ya en camino para Perpiñan, mandándola el general Chabot, ascendia á cerca de treinta y seis mil combatientes el número de tropas destinadas á Cataluña. Como esta provincia, separada de lo restante de España, presentaba un teatro de guerra aparte de los demas, dió Napoleon el mando superior de las tropas allí enviadas á un general incomparable para la guerra metódica, y que siempre procedia con acierto, cuando obraba solo, el cual era el general Gouvion Saint-Cyr. No cabia hacer eleccion mas atinada.

De Alemania y Polonia era de donde habian de salir fuerzas mas considerables. Determinó Napoleon sacar de allí el primer cuerpo de ejército, ya trasladado á Berlin, mandándole el mariscal Victor, y el sexto, que habia sido mandado por el mariscal Ney y estaba á la sazón acampado en Silesia al mando del mariscal Mortier. Reservó para despues sacar de allí el quinto cuerpo de ejército, que sucesivamente habia estado al mando de los mariscales Lannes y Massena, y que, á las órdenes del mismo mariscal Mortier, seguia como el sexto acampado en Silesia. Napoleon, por lo pronto, le envió á Bareuth, una de las provincias de Franconia que aún conservaba por suya, y determinó dejarle allí disponible, para enviarle al Austria si ésta se decidia á entrar inmediatamente en guerra, ó para mandarle á España si el gobierno de Viena renunciaba á seguir haciendo armamentos. Los cuerpos de ejército primero y sexto reforzados por los reclutas sacados

Set. 1808.

Dáse al general Gouvion Saint-Cyr el mando de Cataluña.

Salen de Alemania para España los cuerpos de ejército 1.º y 6.º

Queda el 5.º cuerpo de ejército situado en un lugar intermedio para que á su tiempo pueda acudir á una u otra parte.

Set. 1808. de los depósitos no contaban menos que sobre cincuenta mil hombres, incluidas la artillería y caballería ligera correspondientes á cada division de ellos. Componíanse estos cuerpos, exceptuando un corto contingente de conscriptos, de soldados viejos ya probados, encajonados en cuadros á los cuales nada igualaba. Tambien pensó Napoleon sacar de Alemania una parte de la reserva general de caballería, y escogió el arma de dragones, reputándola excelente para empleada en España, porque podia hacer diferentes clases de servicio, y, siendo bastante firme para oponerse á la infantería española, era, con todo eso, menos difícil de manejar que la caballería pesada. Resolvió, al contrario, dejar en los llanos del Norte sus numerosos y esforzados coraceros, inútiles contra las poco firmes tropas del Mediodia, y necesarias contra las huestes aguerridas de las regiones septentrionales. Mandó que saliesen para España tres divisiones de dragones, y remitió el enviar al mismo punto las dos que aún le quedaban para el dia en que hubiese aclarado del todo los misterios de la política austriaca.

Quiso que los reyes sus hermanos, y tambien sus aliados, contribuyesen á una guerra que era parte de su sistema de obrar con las monarquías confederadas, y así pidió al rey de Holanda tres mil holandeses, á los príncipes de la Confederacion del Rhin siete mil alemanes, y al rey de Sajonia siete mil polacos, que habia contraído empeño largo tiempo antes de tomar á su servicio. Por fin, envió al Mediodia como tres mil y quinientos hombres de artillería é ingenieros con pertrechos por demas cuantiosos.

No eran tantas fuerzas todas las que iban marchan-

do á los Pirineos. Ya, como antes va aquí dicho, habia mandado Napoleon á España ocho regimientos viejos completos, comprendidos en los cien mil hombres á la sazón empleados en operaciones en las orillas del Ebro. Otros cuatro sacados de las riberas del Elba y de París, que eran los de línea, números 28, 32, 58 y 75, iban por los caminos de Francia, y habian de formar con el quinto de dragones una lucida division de siete ú ocho mil hombres, cuyo mando dió Napoleon al general Sebastiani, recién vuelto de Constantinopla. A estos doce regimientos viejos sacados sucesivamente de Alemania y Francia habia añadido otros dos mas, recibida la noticia de los desastres de José, siendo los de línea números 36 y 55, que estaban ya entonces aproximándose á Bayona con destino á reforzar la reserva del rey destinado á España. Por último, la guardia imperial habia de dar todavía cuatro mil hombres sobre los tres mil de ella que ya estaban en el cuartel general de José. Estas tropas juntas, no contando el quinto cuerpo de ejército, del cual aún era dudoso cómo se dispondria, ni las tropas de Junot recién llegadas, y á las cuales era necesario poner de nuevo en buen orden, formaban un total de ciento y diez á ciento y quince mil hombres, dignos del ejército grande de que eran procedentes. Napoleon iba á dar disposiciones para aumentar todavía su número, valiéndose de un modo hábil, por el cual les daba plazas de las de los depósitos, y á estos de las de la conscripción.

Necesario era discurrir cómo habrian de ser reemplazadas en el ejército de Italia, y principalmente en el grande del Norte, las tropas que de ellos se saca-

Set. 1808.

Formacion
de la
division de
Sebastiani
con varios
regimientos
sacados
de las orillas
del Elba.

Van
á España
nuevas
partidas de
la guardia
imperial.

Medios
empleados
por Napoleon
para

Set. 1808.
reemplazar
en los
ejércitos de
Italia y
Alemania las
tropas que
de ellos
había sacado.

ban, á fin de no dejarlos con demasiado escasa fuerza. El ejército grande, con la saca de los regimientos sucesivamente trasladados de Polonia á Alemania, y la de los cuerpos de ejército primero y sexto, y las divisiones de dragones, y con haberse licenciado las tropas auxiliares, quedaba muy reducido en número. Aún seguía en la Pomerania sueca y en Prusia el cuarto cuerpo de ejército mandado por el mariscal Soult, y compuesto de hasta treinta y cuatro mil hombres de infantería, tres mil de caballería ligera, ocho ú nueve mil de caballería pesada, y cuatro mil artilleros é ingenieros, siendo su fuerza total de cerca de cincuenta mil hombres. El mariscal Bernadotte, príncipe de Ponte-Corvo, seguía guarneciendo las ciudades anseáticas y las costas del mar del Norte con dos divisiones francesas de doce mil hombres, que eran las de Boudet y Gency, habiendo pasado la de Molitor al cuerpo de ejército del mariscal Soult, y con catorce mil españoles y siete mil holandeses, todos los cuales componían treinta y tres mil hombres. El mariscal Davout, con el tercer cuerpo de ejército, el mas lucido y mejor ordenado de todo el ejército francés, estaba ocupando el ducado de Posen, desde el rio Vistula al Oder, y contaba treinta y ocho mil hombres de infantería y nueve mil de caballería, entre cazadores, dragones y coraceros, ocupando además á Dantzick con la division de Oudinot, cuya fuerza era de diez mil granaderos y cazadores escogidos, y teniendo tambien tres mil artilleros é ingenieros, con todo lo cual constaba de hasta sesenta mil franceses. Mandaba tambien treinta mil sajones y polacos. El parque general de todo el ejército grande, junto en Magdeburgo y en las principales plazas de guer-

ra de Prusia, contaba entre siete y ocho mil hombres de servicio de toda clase. El total del ejército grande era, pues, de ciento y ochenta mil hombres, de los cuales ciento y treinta mil eran franceses, y cincuenta mil entre polacos, sajones, españoles y holandeses. Si á tal conjunto se agregaba el quinto cuerpo de ejército situado en Silesia, y que ascendía á cerca de veinte y cuatro mil hombres, podia avaluarse el ejército grande en doscientos mil soldados de primera calidad, muy suficientes con el ejército de Italia á vencer al Austria, aun cuando el emperador Alejandro no diese á su aliado socorro alguno, ó se le diese de corto valor. No bastaba todo ello, sin embargo, á enfrenar la mala voluntad universal del continente respecto á Napoleón, porque, si solamente el Austria mostraba su odio y deseo de sacudir el yugo de la dominacion francesa, Alemania toda empezaba á sentir una aversion profunda á sus dominadores, mal disimulada, así en los países sujetos á ser parte de la Confederacion del Rhin, como en todos los demas.

Napoleon quiso volver á poner sin demora los ejércitos de Alemania é Italia en un pié de fuerza efectiva casi igual á la que antes tenian, antes de sacarles las fuerzas que de ellos habia tomado. Por su desgracia, si podia hacerlos iguales en cantidad á lo que habian sido, no así en calidad, porque enviaba á ellos reclutas en lugar de soldados viejos. Era, con todo, tan sobresaliente el fondo de aquellos cuerpos, y tal todavía en ellos el número de gente aguerrida, que, con enviarles conscriptos, no los dejaba sensiblemente flacos en fuerzas. Empezó, ejecutando el convenio que acababa de hacer con la Prusia, por aproximar al Rhin las tropas

Enviando
Napoleon
conscriptos
al ejército
grande,
le repone en
punto
á número.

Set. 1808. que tenia en Alemania. Los cuerpos de ejército 1.º y 6.º destinados á España iban , por su órden , de marcha á Maguncia , á seis marchas de distancia uno de otro, para no servirse mutuamente de estorbo en el camino que habian de andar. El cuerpo de ejército del mariscal Soult fué traído á Berlin á ocupar el lugar del primero que acababa de salir de la misma capital. El del mariscal Davout hubo de venir á tomar en las riberas del Oder y en Silesia el lugar desocupado por el 6.º y 5.º, de los cuales el uno iba, como poco atrás va aquí dicho, de marcha para Maguncia, y el otro para Bareuth. El general Oudinot hubo de desamparar á Dantzick con sus batallones de granaderos, y de dirigirse á la Alemania central, quedando encargados de reemplazarle en la misma Dantzick los polacos y sajones. Este movimiento, que daba principio al cumplimiento del convenio hecho con la Prusia, hacia mas fácil el llegar refuerzos al ejército francés, acortando en la mitad la distancia que de Francia le separaba.

Pónese en ejecución definitivamente el decreto que mandaba que constasen todos los regimientos de cinco batallones.

Napoleon atendió desde luego á poner definitivamente en fuerza y vigor el decreto dado el año anterior, por el cual señalaba á cada regimiento de infantería cinco batallones. A consecuencia de esta resolucion, determinó tener cuatro batallones completos en todos los regimientos del ejército grande, dejando á orillas del Rhin el quinto, que era el de depósito. Para España dispuso que cada regimiento tuviese tres batallones de campaña en el cuerpo, el cuarto en Bayona como primer depósito, y el quinto en lo interior de Francia como depósito segundo. Igualmente los ejércitos de Italia y Nápoles habian de tener cinco batallones por regimiento, cuatro de ellos en Italia y el quin-

to ó en el Piamonte ó en los departamentos del Mediodia de Francia. Set. 1808.

Para todo ello fué forzoso apelar de nuevo á la conscripcion. Quedaban cerca de sesenta mil hombres que sacar de las conscripciones anteriores de 1807, 1808 y 1809, la última de las cuales habia sido decretada en enero del año corriente de 1808. Napoleon pidió ademas la de 1810, empezando así á tomar con mas de un año adelantado las conscripciones que llamaba á las armas. Tuvo, sin embargo, la prevencion de no disponer inmediatamente de mas que de una parte de los mozos. Con las dos conscripciones sacadas, una de sesenta mil hombres correspondiente á los años de 1807, 1808 y 1809, y otra de ochenta mil, correspondiente á 1810, quedaba compuesta una fuerza total de ciento y cuarenta mil hombres, de los cuales eran aplicados al ejército grande cuarenta mil, al de España treinta mil, al de Italia veinte y seis mil, y diez mil á las cinco legiones de reserva, con otros tantos á la guardia imperial; todo lo cual montaba á ciento y diez y seis mil hombres para la infantería, quedando catorce mil para la caballería, y diez mil para la artillería, ingenieros, trenes y equipajes.

Apela
de nuevo
Napoleon
á la
conscripcion.

Es sin duda notable que Napoleon levantase diez mil hombres para la guardia imperial. Esta tropa de preferencia, vuelta á Francia, estaba descansando en París, y en general era menos empleada que lo demas del ejército. Napoleon resolvió hacerla una escuela de la milicia, enviando á ella mozos escogidos para formar de ellos batallones de fusileros. Luego que estos conscriptos hubiesen pasado un año ó dos en París ó Versailles en las filas de la guardia imperial, habrian de ha-

Set. 1808.

ber adquirido el espíritu, disciplina, y lucida presencia propias de tal cuerpo. No por esto dejó de mandar que se llenasen como de ordinario las plazas de la misma guardia, destinando á ella veinte hombres por regimiento, escogidos entre todos los del ejército, á fin de conservar la excelente composicion de tropa tan lucida, y de dejar abierta una carrera, que era una promocion para los soldados viejos privados de otro medio de adelantar su fortuna.

Por lo pronto, no llamó Napoleon al servicio mas *que ochenta mil hombres, de ellos sesenta mil correspondientes á las conscripciones antes decretadas, y solo veinte mil de la de 1810.* Dispuso, ademas, principiar llamando á las filas á los conscriptos de las clases atrasadas, y mandó que pasasen á Bayona veinte mil de ellos, sacados casi todos de los departamentos meridionales de Francia. A la misma ciudad mandó que fuesen los cuadros de los cuartos batallones para empezar sin tardanza á adestrar á los mismos conscriptos, ya robustos como mas entrados en años, con lo cual preparaba los refuerzos que habian de tener los cuerpos que fuesen entrando en España. Gracias á tanta prevision, pronto habria de constar el ejército grande de cerca de doscientos mil franceses, no contando el quinto cuerpo de ejército; de cien mil el de Italia, y de hasta doscientos y cincuenta mil el de España, habiendo de este último cien mil situados en las riberas del Ebro, ciento y diez mil que venian de marcha, y cuarenta mil haciendo su aprendizaje militar en los cuartos batallones.

Mientras eran llevadas á cumplido efecto estas disposiciones, hizo Napoleon salir al momento de los de-

pósitos toda cuanta fuerza disponible habia en ellos para dejar lugar en los cuadros, y enviar á todos los cuerpos el primer contingente de reclutas. Fueron formados y puestos en camino tres regimientos de marcha, yendo uno á Berlin para el mariscal Soult, á cuyo mando estaba el primer cuerpo de ejército; otro á Magdeburgo para el mariscal Davout que gobernaba el tercer cuerpo, y otro tercero á Dresde para el mariscal Mortier, encargado del cuerpo 5.º Dos mas puestos en camino, para Maguncia el uno, y para Orleans el otro, fueron destinados á llenar las plazas de los cuerpos de ejército primero y sexto. Era este un refuerzo inmediato de cerca de doce mil hombres, perfectamente enseñados, para los varios cuerpos de ejército que habian ó de quedarse en Alemania ó de pasar á España.

Ordenó al mismo tiempo Napoleon, para facilitar que llegasen á tener cuatro batallones de campaña los regimientos que dejaba en Alemania, á todos cuantos tenian sus compañías de granaderos y cazadores en la division de Oudinot recogerlas inmediatamente, y, para resarcir á la misma division de lo que perdia, le destinó las compañías de granaderos y cazadores de los regimientos cuyo destino seguia siendo dentro de Francia, los cuales aún no habian dado al general Oudinot sus compañías de preferencia. Vióse, de resultas de todo ello, un movimiento extraordinario de tropas de aqui para allá, en todas direcciones, yendo y viniendo soldados viejos y nuevos, unos hácia el Norte, y otros hácia el Mediodia, desde las márgenes del Vístula á las del Ebro, y sucediéndose entre sí con tan poca confusion, quanto consentian distancias tan largas, y un número de gente tan crecido.

Set. 1808.

Festejos
dispuestos
para
el ejército de
Napoleón.

Atento siempre Napoleon al solaz y esparcimiento del soldado, y sabiendo que, si bien éste no tiene apego á la vida, cuando ha habido acierto para aguerrirle, gusta de gozar de ella mientras la conserva, mandó disponer lucidísimos festejos para las tropas que venian atravesando á Francia desde las orillas del Rhin hasta los Pirineos. Ordenó que en Maguncia, Metz, Nancy, Reims, Orleans, Burdeos y Perigueux hiciesen los ayuntamientos regocijos de carácter enteramente militar, cuyo costo prometió él cubrir en secreto. A este objeto destinó mas de un millon de francos sacado del Tesoro del ejército, cuidando de que apareciese ser de los ayuntamientos todo el mérito de tan bizarro hospedaje. Cantábanse en los banquetes dados á las tropas canciones guerreras, donde solo se hablaba de las heroicas hazañas del ejército francés, y de la grandeza de Francia, única parte consentida á la política en tales solemnidades. Allí soldados viejos procedentes de las riberas del Niemen con destino á las del Tajo se encontraban con mozos de diez y ocho ó diez y nueve años salidos de las del Sena ó del Loira para las del Elba ó del Oder, y que ya tenian dada al olvido la pena sentida al apartarse de sus casas; y unos y otros en mútuas despedidas se deseaban feliz fortuna en la afanosa carrera de lides y gloria. En general venian mas contentos los que iban hácia el Mediodia, solo por la razon de que donde iban tendrian mejores vinos, ¡á tal punto rayaba el olvido de sí mismos en aquellos soldados destinados á una perdicion casi cierta, y por ellos muy bien prevista!

Grandes
remesas de

A enviar tanta gente agregó Napoleon la remesa de copiosísimos pertrechos á las cercanías de los Pi-

rineos. Nada de esto era necesario mandar á las del Rhin, porque en los largos años que por alli se habia guerreado, habia llegado á hacerse un acopio considerableísimo en aquella frontera, de suerte que apenas habia lo acopiado en la plaza de Magdeburgo, venida á ser casi francesa por corresponder al reino de Westfalia, y habia habido necesidad de remitirlo mas atrás hácia Erfurt, Maguncia y Estrasburgo. Pero en Perpiñan, Tolosa y Bayona todo estaba aún por hacer, siendo cosa nueva la guerra en la parte del mediodia de Francia, particularmente una guerra de tal tamaño. Por consiguiente, dispuso Napoleon juntar en Bayona cantidades crecidísimas de paños, lienzos, cueros, fusiles, cañones, tiendas y ollas de campaña, granos, forraje y ganados. Dispuso que cada soldado, sobre llevar en su mochila tres pares de zapatos, hubiese de encontrar dos pares mas al llegar á los Pirineos, lo cual se le concedia casi siempre por via de gratificacion. Ordenó hacer una fabricacion extraordinaria de zapatos, capotes y galleta, persistiendo en su máxima de que teniendo el soldado calzado, abrigo y galleta, tiene lo indispensable, y con esto puede hacerse de él cualquiera cosa. Mandó comprar un crecido número de bueyes y mulas, para el sustento de las tropas y para los acarreos. Por fin, cuidó de destinar cuantiosos auxilios al reparo y conservacion de los caminos, que se estropeaban con el enorme peso y roce de los carruajes que por ellos transitaban. Estas órdenes habian de estar cumplidas en la segunda mitad de octubre, habiendo de emplearse en las vistas de Erfurt la mitad primera del mismo mes. A fines de él, suponía Napoleon que llegaria á pasar el Ebro, marchando en seguida sobre

Set. 1808.

pertrechos de
guerra
hácia España

Set. 1808. Madrid al frente de ejércitos formidables, y restableciendo á su hermano en el trono de Felipe V.

Costo de los armamentos mandados hacer por Napoleon.

Era necesario para cubrir gastos tan cuantiosos recursos de no menor cuantía. Ya á esto habian proveydo de antemano la victoria, y el buen gobierno y administracion de la Hacienda, pero, no por eso, era menos cierto que iba á ser distraida de su primer destino y gastada una parte notable de los tesoros allegados con tanta prevision para fecundar el suelo francés, y dotar bien á las principales familias del imperio. Así resultaban á Napoleon de sus yerros en el negocio de España dos consecuencias igualmente dolorosas, pues desparramaba sus soldados viejos desde el Norte al Mediodia de Europa, y disipaba las riquezas allegadas por su hábil economía. El presupuesto que á fuerza de tantos cuidados habia logrado reducir á un guarismo de setecientos y veinte millones de francos (sobre 2.736.000,000 de rs.) (descontados los gastos de recaudacion, que eran de ciento y veinte millones de francos (sobre 456.000,000 de rs.) y los de departamento que eran de treinta (sobre 164.000,000 de rs.) excedia ya de estas proporciones para montar á ochocientos millones de francos (3.040.000,000 de rs.), y aún mas, sin contar lo que siguiesen dando los extrangeros, porque el ejército grande se mantenía en parte de las contribuciones que pagaba la Prusia. Los ingresos, que en un reinado de tanta paz en lo interior de Francia iban en incesante aumento, acababan de tener baja en uno de sus ramos mas productivos, que era el de aduanas, de las cuales se habia esperado sacar ochenta millones de francos, y era dudoso que llegase á sacarse treinta, primer efecto de los tremendos decretos de Milan, por

Queda otra vez roto el equilibrio entre gastos

los cuales quedaba prohibida, de nuevo modo y con mas rigor que antes, la entrada en el continente de frutos ultramarinos de procedencia inglesa. Iban, pues, menguando los ingresos, y á la par creciendo los gastos. Verdad es que á ello debia proveer el tesoro del ejército.

El último ajuste hecho con la Prusia prometia dar de sí recursos crecidos. En suministros hechos allí mismo iban gastados cerca de noventa millones de francos, y, en dinero procedente de las contribuciones, doscientos y seis millones de los mismos, con lo cual era casi de trescientos millones de francos la saca hecha á Alemania para mantener los ejércitos franceses. Quedaban en la caja de contribuciones, ó, diciéndolo de otro modo, en el tesoro del ejército, cerca de ciento y sesenta millones de francos en valores recibidos, ó para cobrarse en breve, y ademas ciento y cincuenta millones de los mismos que adeudaba la Prusia, siendo el total como de trescientos millones. Pero esta suma no estaba disponible en su integridad, porque, sin contar los ciento y cuarenta millones que habian de pagarse en letras de cambio ó libranzas, en los ciento y sesenta millones que se daban por dinero contante, habia veinte y cuatro ya recibidos en el tesoro por atrasos de sueldos, y setenta y cuatro pagados á la caja de servicio de los ochenta y cuatro que se le debian por el préstamo que ella habia hecho con destino á poner término á los descuentos de las obligaciones de los receptores generales. Restaban, pues, sesenta y dos millones de que poder disponer inmediatamente, y, ademas, otros veinte procedentes de la contribucion del Austria, pero invertidos en algunos préstamos hechos

 Set. 1808.

é ingresos
en el
presupuesto
del gobierno
francés.

A qué
montaba el
total
del dinero
contenido en
el tesoro
del ejército.

Set. 1808. ya á varias ciudades , ya á la misma España. Así eran muy limitados los recursos á la sazón existentes , pues los ciento y cuarenta millones, cuyo pago habia estipulado la Prusia en letras de cambio, y títulos, no habian de ir entrando en caja sino sucesivamente, y en un plazo de diez y ocho meses. Verdad era que los ingresos del Tesoro eran recibidos con cabal regularidad; que la Caja de servicio rebosaba en dinero, gracias al crédito de que gozaba ; que por el ajuste hecho con la Prusia el ejército grande estaba pagado por completo para todo el año de 1808 , y que , si bien se divisaba que habrian de quedar apurados los recursos, hasta entonces en nada aparecia ahogo. No por esto habia dejado Napoleon de dar con la guerra de España un golpe tan sensible á sus rentas cuanto el que habia dado á sus ejércitos , porque, asi como estos , aquellas iban á debilitarse con atender á muchos objetos separados.

Manda
Napoleon
hacer
compras de
rentas para
mantener
en alto precio
los fondos.

Resultaba de tan fatal guerra una carga nueva, que habia querido Napoleon echarse sobre los hombros por razones políticas muy controvertibles, y no menos controvertidas con su ministro del Tesoro M. Mollien. Aunque cuidaba con el mayor esmero el Emperador francés de ocultar al público lo acaecido en España , llevando la reserva á punto de ocultar hasta las victorias para dejar mas ignoradas las derrotas, algo de ello venia á saberse en Francia, ya por los periódicos ingleses , de los cuales entraban algunos , á pesar de estar muy vigilante la policia para estorbarlo, ya por cartas de oficiales á sus familias , donde escribian, como suele suceder , segun el efecto demasiado grande que en ellos hacian las ocurrencias recién pasadas. Así venian

á parar en ser sabidos los hechos principales, como que un ejército francés habia tenido una grande desgracia en Andalucía, que una escuadra habia capitulado en Cádiz, y que José, despues de haber entrado en Madrid, estaba á la sazón en Vitoria. Ahora pues, las resultas generales de las cosas importan mas que las circunstancias de ellas, y, en suma, era de todos sabido que la empresa ensayada para hacerse con la corona de España, en vez de ser, como todos habian creido al principio, una mera toma de posesion, se habia vuelto una guerra encarnizada contra una nacion entera, auxiliada por todo el poder de los ingleses. Siendo consecuencia inevitable de la nueva guerra la division de las fuerzas de la Francia, como que sentian las gentes confusamente que ya el imperio francés no era fuerte como antes, que sus contrarios, en el año anterior abatidos, podrian levantar cabeza, y que era posible ver puesto de nuevo en duda lo que ya parecia resuelto. Si el interés suele á menudo ser ciego, suele, con todo, adquirir del instinto cierta perspicacia, que, á la larga, le hace ver muy claro. Por esto, el movimiento mercantil de los fondos públicos, si en lo general descubre los locos sueños y no mas cuerdas esperanzas de las horas que corren, viene, andando el tiempo, á indicar la opinion juiciosa y fundada que se forma de la situacion de las cosas el interés bien alumbrado por la razon. Así, no obstante los esfuerzos de Napoleon para disimular el estado verdadero de las cosas de España, despierta la sagacidad de los que manejan dinero desmentia al lenguaje usado de oficio por el gobierno, y bajaban notablemente los fondos. Recien hecha la paz de Tilsit, habian éstos subido á un

Set. 1808. precio nunca conocido hasta entonces, llegando al de 94 la renta del cinco por ciento, y manteniéndose á tanta altura con algunas leves variaciones hasta los momentos en que, trayendo en pos de sí la bárbara expedición inglesa á Copenhague la criminal invasión de la Península, habian quedado desvanecidas las esperanzas de la paz general, con lo cual bajó la misma renta desde noventa y cuatro á ochenta por ciento, y aún á setenta despues del levantamiento de España. Así juzgaba el interés, infundiendo en él miedo la política del Emperador francés, y diciendo los hechos verdades muy duras, que él no podia excusarse oír, á pesar de todo su poder tan tremendo y respetado. Como sucede siempre, al movimiento natural del valor de los fondos se habia agregado otro facticio producido por la especulacion en ellos, de modo que vino su precio á bajar mas que lo á que autorizaba una prevision razonable, porque, si Napoleon habia cometido una falta gravisima, aún podia remediarla y salvarse, con tal que no le agregase otras de mayor gravedad todavía.

Guerra
en que vence
Napoleon
á los
jugadores á
la baja.

Pero no era él hombre que cejase ante la nueva especie de contrarios que se le presentaban, y así resolvió entrar en lucha con ellos. —Quiero (dijo á M. Mollien) hacer una campaña contra los *bajistas*;—porque la fea gerigonza del agiotaje era ya conocida entonces como lo es hoy, bastando, en efecto, haber pasado por una revolucion para que se haga vulgar, pues para los agiotistas son las revoluciones el mas espacioso y mejor campo en que pueden ejercitarse. Dispuso, pues, Napoleon, á pesar de M. Mollien, cuyo entendimiento, habituado á proceder con regularidad, se resistia á echar mano de arbitrios, que se hiciesen compras ex-

traordinarias de fondos para subirles el precio. Para ello recurrió al tesoro del ejército, el cual suponía él ser inagotable, así como juzgaba invariable en sus favores la victoria que le había llenado aquel tesoro. Por esto mandó hacer compras considerables de fondos por cuenta del tesoro del ejército, sin contar otras que hacia la Caja de Amortizacion, raras entonces, y no en períodos regulares, y discurrió que, obrando así, hacia una cosa tan ventajosa al ejército cuanto á los mismos acreedores del Estado, porque para aquel se proporcionaba un modo de imponer el dinero á un rédito de seis ó siete por ciento, y á estotros mantenía el valor de sus prendas á un precio bastante alto. Esto aparte, considerados los hábitos de aquella época, poco habia que tildar en semejante operacion, no habiéndose entonces llegado todavía á saber que las compras hechas por el Estado deben serlo continuas y cotidianas como un acto regular del manejo de una casa, y no casuales como una especulacion ó jugada.

Como no tenia Napoleon á mano los fondos del ejército, mandó á la Caja de servicio adelantar el dinero, lo cual hizo la caja anticipando hasta treinta millones de francos para compras de fondos. No se contentó con esto el Emperador. En el Banco, despues de emitidas sus nuevas acciones, habia capitales parados á que no se encontraba colocacion, no creciendo los descuentos á proporcion del capital con que Napoleon habia constituido aquel establecimiento mercantil. Al precio á que estaban los fondos, comprarlos era imponer el dinero á cerca de 7 por 100, lo cual daba mas provechos todavía que los descuentos de pagarés. Exigió, pues, Napoleon, del Banco que comprase fon-

Hace
Napoleon
que compre
fondos
públicos el
Banco de
Francia.

Set. 1808. dos en cantidad crecida , lo cual fué hecho con docilidad , siendo por otro lado operacion conforme al interés bien entendido de aquella Compañia , como lo era al del Estado , por no poder haber entonees modo alguno tan provechoso de colocar capitales , cuanto lo venia á ser el que el Emperador dictaba. Por medio de tales compras combinadas con acierto, y llevadas á ejecucion con arrojo y perseverancia , quedaron vencidos los jugadores á la baja , y de ellos varios hasta arruinados, subiendo otra vez los fondos públicos hasta á 80 por 100, precio en el cual creia Napoleon interesado el honor de su gobierno en conservarlos , porque estar mas altos era á sus ojos la exuberancia de prosperidad que él habria de volver pronto al imperio, y mas bajos, daban una señal de decadencia que él no queria tolerar. Resolvió que á cada bajar de los fondos á un precio inferior al de 80 por 100, volviése el Tesoro á empezar á hacer compras. Así, á pesar de todas las tentativas de los jugadores á la baja , jugadores los peores de todos , porque están sin cesar especulando sobre la disminucion de la riqueza pública , se sostuvieron los fondos, en fuerza del poder de tan singular especulador, que tenia á su disposicion dos clases de recursos juntas, la del tesoro y la de la victoria. Se alegró él de tal triunfo, como de si hubiese ganado una batalla á los rusos ó á los austriacos.—Ya están vencidos los *bajistas*. No volverán á probar fortuna, y, entretanto, habremos conservado á los acreedores del Estado el capital que tienen derecho de pretender conservar , porque yo quiero que cuenten con 80 por 100 , á lo que se agrega que hemos proporcionado á la caja del ejército un buen modo de imponer sus caudales.—Luego,

Resultas
de la guerra
sobre el
precio de los
fondos hecha
por Napoleon
á los
jugadores á
la baja.

mandó dar varios destinos de receptores de partido á muchos de los vencidos en la pasada lid sobre los fondos. Era , con todo, sintoma singular de los tiempos y digno de notarse el que presentaba á la vista la lucha declarada en que se ponian los especuladores con la política de Napoleon , en dias en que la opinion del público ya inquieta se reducía á mostrar su cuidado con sordos rumores. Debería él haber dado oídos á tal leccion, aun con ser salida de origen tan poco elevado, porque la verdad es buena y saludable, venga de donde viniere.

En estas atenciones de toda clase se habia embestado la última parte del mes de agosto , y casi todo el de setiembre. Las vistas de Erfurt se iban acercando. En este intervalo, las manifestaciones diplomáticas del emperador francés habian conseguido el objeto que él se proponia. Intimidada el Austria desde la vuelta de Napoleon á Paris se habia amansado notablemente, porque las declaraciones hechas por el gobierno francés, confirmadas por el llamamiento á las armas de los contingentes alemanes , como le ponian á la vista cierta y próxima la guerra, le habian inspirado sérias reflexiones. Convenia , por otro lado , á la potencia austriaca aplazar á otros dias lo que habia resuelto , porque , si habia de lanzarse á blandir otra vez las armas , mas le valia esperar á que se hubiesen trasladado de las cercanías del Rhin á la Península cien mil franceses , y , ademas, á que ella misma hubiese dado nuevo grado de perfeccion á sus preparativos. Se prestó, pues , sin vacilar , á dar satisfacciones que alcanzasen á aplacar el enojo de Napoleon , y dilatasen á otro momento el romper de la guerra. Atribuyó sus armamentos á un

Set. 1808.

Efecto de las
declaraciones
de Napoleon
en la
diplomacia
europea.

Respuesta
del Austria
al gobierno
francés.

Set. 1808. supuesto arreglo y planta nueva del ejército austriaco, empezado á llevar á efecto, segun decia, por el archiduque Cárlos, el cual le estaba prosiguiendo con perseverancia desde dos años hasta entonces, no habiendo quien tuviese derecho de extrañar ó llevar á mal semejante proceder. Tocante á la indulgencia con que trataban los ingleses en el mar Adriático á la bandera austriaca, era cosa de que bien podria dar razon, no el haber entre ambos Estados una connivencia secreta, y, si solo, ciertos restos de consideraciones que guardaba Inglaterra á una aliada suya antigua. Por último, en lo relativo al reconocimiento de José por rey de España, eludió las proposiciones de la diplomacia francesa, remitiendo de uno á otro dia la respuesta, so pretexto de que aún no habia podido fijarse la atencion del emperador Francisco en tan grave negocio.

Napoleon no se equivocó en punto al sentido y sinceridad de las respuestas que le daba el Austria, pero de su lenguaje coligió claramente que en aquel mismo año no obraria como enemiga, y que él tendria tiempo de hacer una campaña con vigor sumo allende los Pirineos. Por otra parte, en Erfurt iba á cerciorarse de esto completamente. La Prusia se habia apresurado con empeño á ratificar el convenio para la evacuacion de su territorio, aun con los artículos secretos que á tan estrechos límites reducian su estado militar, pero pedia como un favor insigne que se le concediesen nuevas moratorias para el pago de los ciento y cuarenta millones de francos que aún le quedaban por satisfacer á la Francia. Esto esperaba conseguir de la intervencion personal y directa del emperador Alejandro en Erfurt, porque todos esperaban ó temian algo de las famosas

Respuesta
dada á
Napoleon
por la Prusia.

Set. 1808.

vistas anunciadas á toda Europa y llegadas á ser objeto de la conversacion de las gentes , negando unos que las habria , y afirmándolo otros , guiado cada cual en su opinion por su deseo. Habia quien suponía que á ellas asistirian otros soberanos , como eran el rey de Prusia ó el emperador de Austria , que no habian sido convidados , porque , fuera de los soberanos de Francia y Rusia , no habian sido llamados allí , ni aun concediéndose que fuesen solicitándolo ellos , otros príncipes que los menores , de los cuales aún eran de esperar rendidos obsequios y aumento de lustre á la ceremonia.

En medio de tales hablillas contradictorias de gente curiosa y desocupada , lo cierto era que iban á tener efecto las vistas en el dia 27 de setiembre en Erfurt , distante de Weimar pocas leguas. El emperador Alejandro , que tanto las habia deseado , mal podia negarse á celebrarlas cuando con ellas le brindaban. Por otra parte , sus negocios le consentian tener las vistas , porque las cosas de la guerra comenzaban á tomar mejor vuelta para él en Finlandia , los ingleses habian desocupado el mar Báltico , y los sucesos iban precipitándose en Oriente. Habia , pues , aprovechado con gusto la ocasion que se le ofrecia de ver otra vez á Napoleon y de conseguir de él , al fin , la conversion en realidades del todo ó de parte de sus proyectos , y deseos mas halagüeños. El señor de Romanzoff , mas ardoroso que él , si serlo cabia , en punto á buscar el cumplimiento de iguales deseos , habia aprobado tanto cuanto su señor las importantes vistas proyectadas , á las cuales debia ir acompañando á su soberano. Habia resuelto Alejandro llevar consigo , ademas de su ministro Romanzoff , al gran duque Constantino , en calidad de

Preparativos
que hace el
emperador
Alejandro
para pasar á
Erfurt.

Personajes
que lleva
consigo á

Set. 1808.

Erfurt el
emperador
Alejandro.

Quiere
Alejandro ir
autorizado,
al pasar por
Koenigsberg,
para dar
algun consue-
lo á los reyes
de Prusia.

militar, y al empleado superior de su palacio imperial, el señor de Tolstoy, hermano del embajador de Rusia en París, asistiendo á estos dos personajes algunos ayudantes de campo. Tambien habia mostrado deseo de que viniese con él á Erfurt M. de Caulaincourt, á quien habia contraido la costumbre de ver todos los dias, así como la de hablar con él con cabal franqueza. Antes de ponerse en camino, solo habia solicitado que le diesen modo de que á su paso por Koenigsberg pudiese decir algunas palabras nuevas de consuelo á los reyes de Prusia, tan arruinados y sumergidos en profunda desdicha. El convenio de evacuacion de su territorio, si bien servia á estos príncipes de suma satisfaccion por dejar libres del yugo á sus pueblos, los desconso- laba por lo que en dinero se les exigia. Alejandro tenia la debilidad, hija por otra parte de un noble y generoso afecto, de querer siempre decir á las gentes á quienes veia algo que les fuere grato, y mas particularmente necesitaba hacerlo así, tratándose de los reyes de Pru- sia, cuya desdicha era para él una reconvencion pe- renne. Insistió, pues, en que se le autorizase para ha- cer á su paso por Koenigsberg algunas promesas de alivio, pretension á la cual M. de Caulaincourt, falto de instrucciones sobre el particular, solo pudo acceder con suma timidez y contemplaciones, conseguido lo cual, lo dispuso todo el monarca ruso para estar en Erfurt el dia 27 de setiembre, deteniéndose solo un dia de visita en la malaventurada córte de Prusia.

En San Petersburgo, el partido contrario de la alian- za con Francia, gozoso por demas al saber las dificul- tades con que ésta tropezaba en España, y sacando argumentos de las que tenia que vencer en Finlandia

la misma Rusia, así como lamentando con afectacion los padecimientos de su comercio, vituperaba amargamente las vistas de Erfurt, diciendo que, despues de los indignos actos de Bayona, era poco decorosa conducta ir á tanta distancia á verse con el autor de tales indignidades, sin duda para ratificar todo cuanto habia hecho y todo cuanto en lo sucesivo hiciese. Especialmente el enviado de Austria se habia propasado, hablando sobre esto de tal modo que hubo necesidad de reprimirle. La córte de la emperatriz madre solo se habia contenido á medias, pero sí, hasta cierto punto, obedeciendo á la voluntad de Alejandro expresa y formalmente declarada. Sin embargo, la emperatriz madre, dando rienda á sus afectos, en el último momento, como á vista del peligro que corria su hijo, en el cual aparentaba creer, habia hecho violentas reconvencciones al señor de Romanzoff, diciéndole que llevaba á Alejandro á su perdicion, y que tal vez sucederia al emperador de Rusia en Erfurt, lo que en Bayona habia sucedido á los desdichados reyes de España. Aun al mismo emperador ruso no habia podido su madre dejar de manifestar sus temores, pero él se los habia desvanecido, portándose mas como hijo agradecido que como soberano absoluto, si bien ofendido de que juzgasen tan mal su conducta, y las consecuencias que podria dar de sí. Suposiciones tan extrañas probaban dos cosas: la ceguedad de las córtes antiguas y la fuerza que habia dado Napoleon con su proceder en Bayona á las preocupaciones que le eran contrarias.

Alejandro no hizo aprecio alguno de tales temores, y partió de San Petersburgo con su hermano y algunos ayudantes de campo, habiendo enviado delante á los

Set. 1808.

Oposicion que se muestra en San Petersburgo á las vistas de Erfurt.

Partida del emperador Alejandro y su rápido viaje

Sct. 1808.

atravesando
á Polonia y
Alemania.

señores de Romanzoff y de Caulaincourt. Iba el emperador ruso corriendo la posta con tanta sencillez cuanta celeridad. Habíase convenido que, estando Napoleon en Erfurt en territorio suyo propio, habria de tomar á su cargo el cuidado material de todo lo concerniente á las pompas de las vistas, no teniendo Alejandro que llevar allí cosa alguna fuera de su persona y las de sus oficiales y servidumbre. Viajaba el soberano de Rusia en una carretela sencilla, con mas prisa que los correos que van ganando horas. El 18 de setiembre se detuvo en Koenigsberg, y dió muestras de sentirse muy lastimado de las desdichas de sus aliados antiguos, casi reducidos á vivir menesterosos en una de las extremidades de su reino, hecho lo cual, prosiguió sin demora su viaje hasta Weimar.

Donde quiera que habia tropas francesas tenia preparado el czar un recibimiento lucidísimo, estando puestos sobre las armas todos los cuerpos de ejército, con uniformes de gala, y dando vivas á Alejandro y á Napoleon. Pasábales revista el monarca ruso, y les daba la enhorabuena por su hermoso y marcial continente que tan bien cuadraba con su valor, dejándolos hechizados con su afabilidad y suma gracia. Napoleon habia enviado á recibirle en los límites de la Confederacion del Rhin, que entonces se dilataban hasta Bromsberg, al mariscal Lannes, recién hecho duque de Montebello. Colmó Alejandro de halagos á aquel militar antiguo, y le cautivó, pues no obstante ser Lannes terco en sus ideas revolucionarias, no por esto dejaba de recibir con mucho gusto testimonios visibles y merecidos que caian sobre él desde lo alto de los tronos.

Alejandro llegó el 25 de setiembre á Weimar, córte de una princesa de su familia , donde quiso estarse hasta el 27 , dia señalado para las vistas en Erfurt.

Set. 1808.

Llegada del emperador Alejandro á Weimar.

Napoleon , por su parte , habia salido de Paris; precedido , acompañado y seguido de todo lo principal en mérito y fama de su ejército y de su córte. M. de Talleyrand era uno de los personajes que habia enviado delante para dar al lenguaje y modos de cuantos á las vistas asistiesen el sesgo y formas que le convenia que llevasen. Aunque ya estaba Napoleon descontento de algunas hablillas de M. de Talleyrand sobre las cosas de España , asunto de que trataba el ex-ministro de echarse fuera , por ver que habia tomado mala vuelta , habia , con todo , querido llevarle consigo para valerse de él , si se necesitaba , en varias comunicaciones delicadas , para las cuales no era á propósito M. de Champaigny. Iban tambien con él muchos generales y diplomáticos. Estaba allí representada Alemania por una turba de príncipes coronados. Ya desde el 26 se habia dado prisa á presentarse en Erfurt el rey de Sajonia. La ciudad de Erfurt , poblacion pequeña , antes posesion de un príncipe eclesiástico , y acostumbrada , como Weimar y otras varias capitales estudiosas de Alemania , á un sosiego inalterable , se habia convertido de subito en un lugar por demas animado y brillante , y poblado de soldados , oficiales , trenes lucidos y gente de librea. Era comun allí tropezar , como con simples particulares paseantes , con reyes , príncipes y señores muy principales , así de los tiempos antiguos como de los nuevos. Napoleon habia despachado á aquel lugar con anticipacion todo lo necesario para cubrir con el

Personajes que lleva consigo Napoleon á las vistas de Erfurt.

Qué espectáculo ofrecia á la vista entonces Erfurt , poblacion pequeña , antes de eclesiásticos.

Set. 1808.

Llegada
de Napoleon
á Erfurt
el 27 de
setiembre.

Encuén-
transe los dos
emperadores
en el camino
de Weimar
á Erfurt.

lustre de festejos y recreos elegantes y magníficos la parte formal y grave de los negocios. Llegó allí el 27 de setiembre á las diez de la mañana. Recibidas en córte las autoridades civiles y militares de las cercanías que habian acudido á hacerle rendimientos, y hecho lo mismo con los diplomáticos de toda Europa, los potentados de la Confederacion del Rhin y el rey de Sajonia, salió de Erfurt á caballo, al mediar del dia, seguido de un estado mayor crecidísimo, para ir á recibir al emperador Alejandro que venia de Weimar, en coche abierto. Weimar dista de Erfurt cuatro ó cinco leguas, y á las dos de esta última poblacion, divisó Napoleon á su aliado. Al descubrir el emperador francés el carruaje en que venia el ruso, echó su caballo á galope, como para dar mejor testimonio de su vivo deseo de verle. Llegados ambos emperadores á corto trecho uno de otro, los dos se apearon y se dieron un abrazo, con aparentes muestras de verse con extremado placer, el cual era sin duda sincero, porque, sobre tener grande necesidad de conferenciar sobre sus negocios, se miraban con aficion recíproca. Habia allí preparados caballos para Alejandro y su comitiva, y así, montando los dos emperadores, entraron á caballo en Erfurt al lado uno de otro, conversando con verdadera efusion de ánimo, preguntándose por sus familias como si las de uno y otro fuesen del mismo origen, y antes se hubiesen conocido y querido; en suma, cautivando con su presencia al numeroso gentío que habia acudido de los lugares vecinos, y estaba ansioso de verlos, y gozosísimo de mirarlos tan bien avenidos, por ser esto para aquellas gentes una prenda de que no volverian á ver talando sus hermosos campos los for-

midables ejércitos que dos años antes estaban allí mismo haciéndose cruda guerra.

Set. 1808.

Llegado que fué á Erfurt Napoleon, presentó al emperador Alejandro todos los personajes admitidos á asistir á aquellas vistas, dando principio por los reyes y principes, hecho lo cual, le acompañó en su vuelta al palacio que le habia destinado. En el alojamiento de Napoleon era donde habian de comer todos los dias ambos emperadores, por ser aquel quien hospedaba al soberano del Norte. En la misma tarde se sentaron á una mesa espléndidamente servida, Napoleon, Alejandro, el gran duque Constantino, el rey de Sajonia, el duque de Weimar, el principe Guillermo de Prusia, y, por último, la turba de principes reinantes y personas tituladas de las carreras civil y militar. Aquella noche se iluminó el pueblo, y fué representada en el teatro la tragedia de *Cinna* por los actores trágicos mas perfectos en su profesion que en tiempo alguno ha tenido Francia. Era el intento de Napoleon que empezasen las representaciones de tragedias francesas con una que daba á las gentes por espectáculo el de la clemencia diestra del fundador de un imperio, desarmando á los partidos y uniéndolos en obediencia á su poder.

Habian convenido los dos emperadores en que, en medio de las fiestas, habrian de aprovechar por mañana y noche el tiempo, dedicando alguno á hablar con libertad de los gravísimos negocios que tenian que arreglar. Ya Napoleon, al venir á Erfurt, habia tomado su partido tocante á los objetos esenciales de que habia de tratarse en aquellas vistas, y tenia de antemano formado su plan. En punto al Oriente, habia abandonado del todo el pensamiento de una particion de Turquía,

Cómo se pasa en Erfurt el dia primero de las vistas.

Resolucion de Napoleon al pasar á Erfurt en punto á las materias de que habia de tratar con el emperador Alejandro.

Set. 1808.
Renúnciase
al
pensamiento
de repartirse
á Turquía,
y concédese á
la Rusia
que se haga
inmediata-
mente con las
provincias
linderas del
Danubio.

habiendo conocido, al cabo de algunas discusiones á que por pura complacencia se habia prestado, serle imposible entenderse con la Rusia sobre tal materia, porque, no dándole á Constantinopla, nadá le daba, aunque le diese todo lo demas del imperio turco, siendo así para Alejandro como para el señor de Romanzoff, el punto único de su codicia la posesion de ambos estrechos por los rusos, y darle á Constantinopla era darle cien veces mas que lo debido, pues venia á ser poner en manos del emperador del Norte la suerte futura de Europa, y una conquista cuyo lustre oscurecia todas las del mismo Napoleon. Pero éste habia conocido que, pagando al contado, si viene bien valerse de esta expresion, esto es, sacrificando desde luego una parte del territorio turco codiciado con tanta pasion por la Rusia, causaria en esta y á su soberano un placer bastante grande para dejarla satisfecha y captarse del todo su buena voluntad en las horas que corrian. Esto bastaba á los intentos de Napoleon (1).

Así, pues, substituir á una vision magnífica, pero peligrosa para toda Europa, una realidad de mucho menor tamaño, pero inmediata, era por entonces su plan para seducir al emperador ruso. Todo cuanto este soberano y el señor de Romanzoff le habian dicho desde muchos meses antes probaba que, no obstante

(1) Napoleon, en punto á poder, era avaro, y, como los avarientos, cuando consentia en que otro tomase algo para sí, solia arrepentirse de ello y envidiar y codiciar la ganancia agena. Esto le perjudicó. Nó tase, por confesion del mismo M. Thiers, á cuán poco queria reducir los provechos de la Rusia á tiempo que él tomaba para sí reinos enteros, de los de mas antigüedad y lustre. Pero era yerro grave, y extraño en cabeza tan superior creer que los demas habrian de consentir en su engrandecimiento no siendo para lograr ellos por su parte igual grandeza.

lo exaltado de sus esperanzas, se dejarían disuadir sin grande dificultad del proyecto de particion del imperio turco, visto cuán dificultoso era avenirse sobre ello, y, con tal que les dejasen en seguida y definitivamente una extension de territorio que les convenia, cuya posesion era fácil, y cuyo asiento estaba en las riberas del Danubio. Sin duda, conceder esto era conceder mucho á la ambicion rusa, pero venia á ser lo que podia dársele con menos peligro, y cosa desabrida para el Austria, cuyo disgusto no debia dar pena, así como cosa indispensable á quien se habia traído tan graves apuros en España. En la situacion á que habia venido la Francia por los sucesos recién ocurridos en la Peninsula, se hacia indispensable este sacrificio, y, reduciéndole á ciertas proporciones, quedaba tal, que, de seguro, no excedia, y aun no igualaba á las ventajas que por su parte sacaba el poder francés.

En recompensa, estaba Napoleon resuelto á exigir de la Rusia una alianza íntima, así para la paz como para la guerra, y una mancomunidad absoluta de esfuerzos contra el Austria y la Gran Bretaña. Esta mancomunidad no podia menos de lograrse, porque, dando Napoleon á la Rusia las provincias de Valaquia y Moldavia, indisponia inevitablemente á Alejandro con los gobiernos austriaco y británico. Logrado ésto, y ya indispuestos unos con otros por causa tan esencial, necesario se hacia avenirse franceses y rusos para hacer frente á sus contrarios, de lo cual era el medio infalible una alianza ofensiva y defensiva.

Al resignarse, pues, Napoleon á dejar á los rusos hacerse dueños de las provincias linderas del Danubio, conseguia, de seguro, que viniesen las conferencias de

Set. 1808. Erfurt al paradero de él apetecido. Bien formado ya su plan, no le era difícil, con su arte profundo de llevarse consigo las voluntades y avasallarlas cuando á ello queria dedicarse, reducir á Alejandro á coadyuvar á sus intentos.

Primeras conversaciones formales de Napoleon con Alejandro.

Cómo habla Alejandro.

Dados los primeros momentos de las conferencias á protestas de uso comun, entraron pronto y con calor ambos soberanos en los gravísimos negocios que los ocupaban. Comenzó Alejandro á repetir lo que solia decir, sobre ser conveniente y necesario unirse los dos imperios. Afirmó de nuevo que en su ánimo no quedaba ya señal de pasion celosa, pero que, como Francia acababa de engrandecerse de un modo enorme, él tenia que desear algo para la Rusia en compensacion, lo cual no queria él tanto por sí mismo, quanto para hacer llevaderas á sus súbditos las grandes mudanzas hechas en Occidente. De los singularísimos sucesos de Bayona, y de la repentina y violenta ocupacion de Roma apenas dijo algunas palabras, contentándose con decir que los principes de España y el pontífice romano eran pobres personas, y merecedoras de su mala suerte por su incapacidad, pues que por su ceguera habian llegado á hacerse incompatibles con el estado en que á la sazón estaba Europa. Sin embargo, añadía Alejandro, era necesario haber comprendido, al punto que él le comprendía, el sistema político de Napoleon para allanarse con tanta facilidad á no extrañar las catástrofes de que acababa de ser testigo el mundo, y se hacia forzoso que mudanzas no menos notables en Oriente llamasen la atencion de los rusos distrayéndola de lo que en Occidente habia pasado. En cuanto á los enemigos de la Francia, declaró Alejandro que á todos

los miraba como á contrarios suyos , porque , segun deseaba Napoleon , se habia puesto en guerra con Inglaterra , y en punto al Austria casi nada le quedaba que hacer para volverse su adversario declarado , pues estaba pronto á usar , para tenerla á raya , de las manifestaciones mas tremendas y decisivas , y , si estas no alcanzaban , á pasar de las palabras á las obras , ó , diciéndolo de otro modo , á la guerra , solo con la condicion de que hubiese de dejarse á la córte de Viena la culpa de la agresion primera , en vez de tomar esta sinrazon á cargo propio.

A tales protestas de celo y amistad respondió Napoleon con toda la efusion de ánimo posible , declarando ser los mismos sus intentos. Por su parte , mostró estar resuelto á todos los aumentos razonables de la Rusia , pero se aferró en la imposibilidad de avenirse respecto á ciertos proyectos , y en los embarazos con que estaban luchando á la sazón ambos imperios , embarazos que les aconsejaban no acometer en aquel momento grandes empresas de mudar de dueños extensos territorios , pues , ciertamente , habia ya hechas en el mundo mudanzas de demasiado tamaño para agregarles otra prodigiosa , como seria la de repartirse el imperio turco , y repartírsele todo. Examinando Napoleon por menor todos los proyectos que tan alborotado tenian el espíritu de Alejandro , y tambien el del señor de Romanzoff , fué sucesivamente tratando de los varios planes de particion propuestos , y , para reducir mas fácilmente al emperador Alejandro á ver como él veia las cosas , se mostró , como siempre lo habia estado , perentorio en punto á Constantinopla , ó , dicho de otro modo , á dejar á Rusia señora de los estrechos , sin

Qué dice
Napoleon.

Set. 1808.

dar la menor esperanza de que cedería en punto tan grave. En seguida, expuso cuán dificultoso sería á la misma Rusia darse inmediatamente á la ejecucion de tal proyecto, al cual, de seguro, no accedería el Austria, por muchas y grandes ofertas que le hiciesen, pues mejor querría arrojarse á una guerra desesperada que consentir que se repartiesen franceses y rusos el imperio turco. Así Inglaterra, Austria, Turquía toda levantada, España, y hasta buena parte de Alemania se unirían para estorbar, por la última vez, á fuerza de armas tal mudanza en el mundo todo. No era aquella hora oportuna para escogerla los dos imperios á fin de llevar á remate obra tan gigante. La Rusia estaba tropezando con algunos obstáculos en Finlandia, que, como España, habia parecido al principio tan fácil de sujetar. Verdad era que tenia la Rusia un ejército en las cercanías del Danubio, bastante poderoso, sin duda, para hacer frente á los turcos, pero no si estos se levantaban todos contra sus enemigos, y por último se quedaria con pocas fuerzas que oponer al Austria. A esta, pues, y con ella á Inglaterra y á España, y á varias potencias de Alemania que tratarían de alborotarse, tendria que resistir Napoleon solo, y, si no cabia duda de que podria hacerlo, y bien, porque se hallaba con poder suficiente á confundir á todos sus contrarios, no era cordura emprender tantas cosas á un tiempo. Ni habia para qué, no debiendo empeñarse en busca de un objeto, quimérico á fuerza de ser grande, y en punto al cual no podrian ambos imperios llegar á avenirse. Cosas habia que hacer mas sencillas y practicables, y de cierto mas satisfactorias, pudiéndose, por ejemplo, convenir en que se hiciese Rusia

con algunas provincias, que ya de antemano era sabido cuáles habrían de ser y á cuya adquisicion no era difícil lograr que se prestase gustosa la política de otras potencias europeas, consiguiéndose todo ello hasta sin valerse de otros medios que los pacíficos, y con ventajas para la Rusia de las mas brillantes é inesperadas. Si, por ejemplo, se hacia el imperio ruso con las provincias de Finlandia, Moldavia y Valaquia, habría alcanzado, imperando Alejandro, aumentos notables de territorio que igualarian su reinado en punto á gloria con los de mas lustre para su patria. Francia nada apetecia en adelante, siendo el colmo de sus deseos que reinase en España José y ejerciesen la potestad temporal en Roma los franceses. Ni una sola mudanza mas de territorio deseaba, para probar lo cual iba á repartir entre los príncipes de la Confederacion del Rhin los territorios alemanes que le quedaban de resultas de la desmembracion de la Prusia. Bastaba á Francia con sus fronteras naturales, y aún España, de que acababa de apoderarse, no era para ella un aumento de territorio, sino un complemento de su sistema federativo, pues, al cabo, quedaba siendo independiente y potencia separada, regida por un príncipe de la casa de Bonaparte, en vez de estarlo por uno de la estirpe de Borbon. Tantas ventajas para Rusia y Francia juntamente eran fáciles de conseguir por solo medios políticos, y haciendo no mas que un esfuerzo con las armas en Finlandia los rusos, y en España los franceses. Probable era, en efecto, que la Europa, cansada ya de tantas revueltas, preferiria, viendo estrechamente unidos á dos imperios tan poderosos, vivir en paz á lanzarse á la guerra de nuevo. Y la paz, quedando afian-

Set. 1808. zadas á la Rusia la posesion de Finlandia, Valaquia y Moldavia, y á Francia la realizacion cumplida de su sistema federativo con la sujecion de España á José, era por cierto un término harto hermoso y apetecible, que llenaria de júbilo al universo, rendido de cansancio. Pero, si fuese imposible la paz con tales condiciones, podrian ambos imperios, conquistadas que fuesen por el uno la Finlandia, y por el otro la España, arrojarse á probar la suerte futura, desconocida y de portentosa grandeza que se les presentaba en Oriente, prueba en que entrarían con mas desahogo en sus movimientos y mas dueños de escoger los medios conducentes al logro de sus propósitos. Por otra parte, Alejandro era jóven, y Napoleon no viejo, y ambos tenian tiempo de aguardar y remitir á otra ocasion sus grandes proyectos relativos al Oriente.

Una vez admitida la situacion extraña que así habia juntado á los dos soberanos de Oriente y Occidente, para tratar tales negocios, no cabia cosa mas juiciosa que un sistema semejante. Acabar lo empezado antes de lanzarse á nuevas empresas era un acto de prudencia inspirado á Napoleon por el primer revés que habia tenido, y que asimismo contribuia á hacerle grato el sentirse algo cansado de guerrear. ¡Pluguiese al cielo que hubiese aprendido mas de las primeras lecciones que le habia dado la fortuna!

No en una conversacion sola, sino en varias, pudieron decirse uno á otro Napoleon y Alejandro todas las cosas de que acaba de hablar la presente historia. En cuanto al emperador ruso, negándole á Constantinopla, nada quedaba capaz de lisonjearle en la participacion del imperio turco. Todo cuanto habia que hacer

era aplazar la resolucion de materia tan grave, en que estaba encerrada la suerte del mundo antiguo, á época en que la Rusia tuviese que contemplar menos á las potencias de Occidente. Pero substituir á proyectos tan agigantados, y aun por demas fantásticos, una cosa real y verdadera como era la dádiva de las provincias linderas del Danubio (1), con tal que esto no fuese una promesa vana, y, sí, un don cierto é inmediato, tambien era lo suficiente á satisfacer al Czar, y, bien mirado, este soberano, en sus momentos de buen juicio, conocia serle tal dádiva lo mas conveniente, porque, aceptándola y no mas, nada habria que dar á Francia de las costas de Oriente, ni en Albania, ni en la Morea, ni en Tesalia, ni en Macedonia, ni en Siria, ni en Egipto. El imperio de los sultanes viejo y debilitado seguia siendo á modo de una presa siempre á mano para el momento en que hubiese quien la devorase, y, por lo pronto, recibia la Rusia una dádiva real y efectiva, que, en otro cualquiera tiempo, no siendo en aquellos tan prodigiosos, habria parecido magnífica, y cuya posesion por nadie seria llorada ni pagada con compensacion alguna dolorosa de hacer, pues que fuese España de la casa de Borbon ó de la de Bonaparte,

Set. 1808:

Sustituye
Napoleon
realidades á
gratas
visiones para
captarse la
amistad
de Alejandro.

(1) Notarán los lectores que siempre habla M. Thiers de que Napoleon daba ó concedia á Alejandro las provincias linderas del Danubio, como si Napoleon las tuviese de hecho, ó alegase derecho á ellas, por lo cual se ve que, en sentir del historiador aquí traducido, era del héroe su idolo el mundo todo, siendo dar é consentir que otros tomasen de aquí ó de allí.

Fuera de esto, causa risa ver cuán persuadido se muestra M. Thiers de que, con lograr la Rusia las provincias de Finlandia, Moldavia y Valaquia, venia á ganar tanto cuanto adquiria Francia haciéndose senora de la península española y de los Estados romanos con la gran ciudad cabeza del mundo antiguo, y en lo espiritual del orbe católico.

Set. 1808. negocio era que importaba, sin duda, mucho al poder británico, pero nada al ruso.

Podia, pues, Alejandro coadyuvar á los nuevos intentos de Napoleon, encontrando al hacerlo con que satisfacerse abundantemente. Faltaba, en verdad, en ello lo maravilloso, lo cual, para imaginacion tan viva como era la del juvenil soberano de Rusia era mucho para perdido. Ventajas sobremanera positivas, faltándoles lo maravilloso, perdian á sus ojos todo atractivo, corriendo, por esto, peligro la alianza con Francia de ser una amistad ardiente de aquellas que el czar trocaba con suma prontitud en tibias. Habia, sin embargo, algo que con aquel emperador jóven era capaz de suplir, en parte, la falta del hechizo que tenian todos los planes de particion, y era que le iban á dejar al instante satisfechos sus deseos, los cuales, como apetitos de mozo, aspiraban á lograr satisfaccion sin demora. Pero el ministro del czar, conde de Romanzoff, aunque anciano, y ya en los años últimos de la vida, tenia en sus deseos el mismo ardor juvenil que su soberano, pues apetecia lo que él y como él, é inmediatamente, sin que pasase un dia antes de ver cumplido su anhelo, como si, á su edad, temiese no tener tiempo para disfrutar de su gloria, siendo, en efecto, de mucha y muy alta para un discípulo antiguo de Catalina dar al imperio ruso las bocas del Danubio. El encanto, pues, que supo sustituir Napoleon al de lo maravilloso, era el de lo pronto, siéndole necesario dar, y dar sin tardanza alguna, para que tuviese la dádiva su precio verdadero.

Sustitúyese
en el ánimo
de Alejandro

Admitido este nuevo ajuste, Alejandro y el señor de Romanzoff se arrojaron con inaudito ímpetu á la

idea de conquistar las provincias de Moldavia y Valaquia, apareciendo resueltos á sacar de Erfurt, no ya una vana promesa, sino una realidad de que pudiesen dar público anuncio á su vuelta á San Petersburgo (1).

Hasta entonces habia consentido Napoleon en que estuviesen ocupando las provincias de Moldavia y Valaquia los rusos, pero no sin dar por ello algunas quejas, ni sin dejar entender que seria consecuencia forzada de su tolerancia dilatarse la ocupacion de la Silesia por los franceses. Ya no habia de tratarse de cosa semejante. Era necesario que por un tratado formal consintiese la Francia en que la Rusia tomase definitivamente para sí las provincias linderas del Danubio, y que contrajese el empeño, no solo de ratificar esta conquista, sino de hacer que la ratificasen la Turquía y el Austria y hasta la misma Inglaterra, cuando con ella se viniese á tratos. Así que, iba la Rusia á romper las treguas con los turcos, y á adelantar sus ejércitos hasta la falda de los Balkanes, y aún mas allá, y hasta Andrinópolis y Constantinopla, si fuese necesario, para sacar de la Puerta otomana el sacrificio que se le exigia. En caso de que intentase oponerse el Austria, caerian sobre ella hasta confundirla los imperios francés y ruso de comun acuerdo. En cuanto á la Inglaterra, como estaban en guerra con ella, no tenian que tomar partido alguno nuevo en aquel negocio. Tocaba á Napoleon,

Set. 1808.

y del señor de Romanzoff á la pasion quimérica de repartir el imperio turco la de ser dueños de Moldavia y Valaquia sin demora alguna.

(1) En el archivo de la secretaria de Estado existen cartas de M. de Champagny muy curiosas, donde, contando á Napoleon las conversaciones que habia tenido el mismo M. de Champagny con el señor de Romanzoff, le da la idea mas singular de la impaciencia del ministro ruso. De ellas irán copiados mas adelante los varios pasajes que pintan tal impaciencia con cabal verdad.

Oct. 1806. haciéndole llevar algun revés sangriento en el suelo español, compelerla á llevar á bien todo cuanto se emprendiese en lo demas del continente.

Napoleon no tenia objecion que hacer á estas ideas. Dar sin tardanza era lo que pensaba, porque habia comprendido cuán necesario se habia hecho excitar una pasion nueva en el alma de Alejandro. Solo deseaba usar de alguna prudencia al publicar lo que se resolviese en Erfurt para no perjudicar á la tentativa de paz general que intentaba él sacar por resultas de aquellas vistas. Aceptó, pues, por principio que la Rusia inmediatamente se pusiese en posesion de la Moldavia y la Valaquia. El modo de publicar este negocio quedaba ya reducido al modo de extender el documento donde se anunciase, lo cual fué dejado á cargo de los ministros de uno y otro soberano.

Mútua satisfaccion que se manifiestan en su trato ambos soberanos, despues de haberse avenido en la esencia de los negocios.

Alejandro y el señor de Romanzoff, satisfechos así sus deseos, sintieron un gozo casi igual al gusto que tenian en figurarse tres meses antes conquistada por la Rusia Constantinopla. Habia, con esto, Napoleon conseguido su propósito de contentar á Alejandro con una dádiva corta, pero inmediata, casi tanto como podria presentándole en perspectiva ganancias magníficas, pero de logro dudoso. En convenir en los puntos que acababan ahora de referirse pasaron los ocho ó diez dias primeros de las vistas. Así, al separarse uno de otro ambos soberanos, aunque sin cesar se habian tratado con fino y cortés afecto, todavía se dieron muestras de sentir superior satisfaccion cada cual de su nuevo amigo. Particularmente Alejandro daba señales de mezclar con la política el cariño, y, en paseo, en la mesa, en el teatro, mostraba familiaridad, amistad, deferencia, y en-

tusiasmo á su ilustre aliado, expresándose cuando hablaba de él con admiracion tal que á todo el mundo pasmaba.

En Erfurt habia la concurrencia de soberanos mas extraordinaria de todas cuantas recuerdan las historias. A los emperadores de Francia y Rusia, al gran duque Constantino, al príncipe Guillermo de Prusia y al rey de Sajonia se habian agregado los reyes de Baviera y Wurtemberg, el rey y reina de Westfalia, el príncipe primado canciller de la Confederacion del Rhin, el gran duque y gran duquesa de Baden, los duques de Hesse-Darmstadt, de Weimar, de Sajonia-Gotha, de Oldemburgo, de Mecklemburgo-Strélitz, y de Mecklemburgo-Schwerin, con varios mas que seria largo de enumerar, acompañándolos sus ministros y palaciegos. Comian todos los dias en casa del emperador francés, sentado cada cual en el puesto correspondiente á su esfera. Por la noche iban todos al teatro en uno que habia mandado Napoleon componer y adornar para tal solemnidad. Remataba el pasar de la noche en la posada del emperador de Rusia. Habiendo notado Napoleon que Alejandro sentia alguna dificultad en oír, por tener tardo el sentido del oído, habia mandado poner uno como estrado donde está la orquesta en los teatros modernos, y allí estaban sentados los dos emperadores, haciéndose muy visibles, por haber á derecha é izquierda asientos para los reyes, y quedándose á la espalda, ó, dígase, en el patio, los príncipes, ministros y generales, lo cual dió márgen á decir mas de una vez que en las vistas de Erfurt habia habido en el patio del teatro una concurrencia de reyes. Representada que fué la tragedia de *Cinna*, siguieron las de *Andró-*

 Oct. 1808.

Nueva
concurrencia
de príncipes
y grandes
personajes
en Erfurt.

Oct. 1808. *maca, Británico, Mitridates y Edipo.* Al representarse esta última hubo un lance singular que llenó de asombro y satisfaccion al auditorio. Lleno Alejandro del contento que habia acertado á producir en su ánimo Napoleon, dió á éste una muestra de lisonja la mas dulce y afable que dar cabe, pues, al oír un verso de Edipo que dice:

La amistad de un grande hombre es don del cielo

el emperador ruso, haciendo de modo que lo viesen todos los espectadores, asió la mano de Napoleon, y se la apretó con fuerza. Tan oportuna prueba de aprecio causó en la concurrencia un movimiento de sorpresa y aprobacion unánime.

Habia llegado á Erfurt un personaje á quien tales testimonios de amistad, dados con tanta ostentacion, tenian inquieto, atormentado y lleno de vivas ansias, el cual era el baron de Vincent, enviado de la córte de Austria. Venia allí diputado por su soberano, en la apariencia, para hacer un acto de cortesía, dando la bienvenida á los dos grandes monarcas que habian venido tan cerca del imperio austriaco, y, en la realidad, para observar lo que pasaba, penetrar, si era posible, en los arcanos de aquellas vistas, y aún quejarse, con la mesura debida, de que hubiese sido algo desairada el Austria, como dando á entender que, si hubiese sido convidado allí el emperador Francisco, se habria dado priesa á asistir, sin que pudie e su presencia menoscabar el lustre de la concurrencia, ni perjudicar su aprobacion al cumplimiento de lo que se resolviese.

Napoleon tenia dictada de antemano la conducta que habia de seguirse con el enviado austriaco. En pri-

Llegada
á Erfurt del
baron
de Vincent
ministro
plenipoten-
ciario
del Austria,
y conducta
que allí tiene
este
personaje.

Guárdase
en Erfurt
profundo

mer lugar, para dejar bien guardado el secreto de lo que pasase en las vistas, solo era sabido de cuatro personas, las de los dos emperadores y las de los dos ministros los señores de Romanzoff y de Champagny. Alejandro y el señor de Romanzoff, por estar interesada en ello su ambicion, Napoleon por estarlo su politica toda, y M. de Champagny por su reserva á toda prueba, eran incapaces de dejar traslucir el secreto de las negociaciones, el cual habia sido ocultado hasta á M. de Talleyrand, de quien iba desconfiando Napoleon cada dia mas, particularmente cuando se trataba de relaciones con el Austria. A este personaje habian dicho que era el objeto de las vistas estrechar la amistad entre los dos imperios de Francia y Rusia, y sentar en un convenio los principios que habrian de unirlos, pero el objeto positivo de las resoluciones le habia sido encubierto con sumo cuidado. Al baron de Vincent nada absolutamente decian, y, cuando él se quejaba de que hubiesen dejado excluido de aquella reunion de emperadores á su señor, recibia por respuesta, sin muchas contemplaciones, que semejante exclusion era consecuencia de los inexplicables armamentos del imperio austriaco; que quien deseaba asociarse á un sistema político debia, por fuerza, mostrársele favorable, y no con trazas de estar preparando contra él las fuerzas todas de sus Estados; y que todo cuanto ganaria el Austria con la conducta que estaba teniendo era irse viendo cada dia mas separada de los negocios graves de Europa, no quedándole, si queria amigos íntimos, otro recurso que el de ir á buscar la amistad de la Inglaterra.

Oct. 1808.

secreto de lo
que se hace
reservándose
del baron
de Vincent.

La situacion del baron de Vincent se iba poniendo

Oct. 1808.

Mala
situacion en
que se vé
el baron
de Vincent,
cuyos apuros
van
creciendo de
dia en dia
por
un cálculo de
Napoleon
y de
Alejandro.

á cada instante mas en falso, y Napoleon usaba de suma malicia para causarle mas apuros y hasta humillaciones, aunque en la cortesía exterior se esmeraba con él, ayudándole en todo esto lo mejor que podia Alejandro. No tenia el de Vincent otro recurso que acudir á M. de Talleyrand, el cual cada dia se mostraba mas adicto al Austria, y se esforzaba por desvanecer los temores del enviado austriaco, afirmándole que nada harian los emperadores francés y ruso, y que, si afectaban intimidación, lo hacian únicamente á fin de conservar la paz que á todos hacia suma falta. Solian concurrir todos los personajes congregados en Erfurt á casa de la princesa de La Tour y Taxis, hermana de la reina de Prusia, y señora del mayor mérito, que recibia en su casa la sociedad de mas lustre, asistiendo allí con frecuencia el mismo emperador Alejandro. En aquella casa era costumbre insinuar lo que no se queria decir francamente en las conferencias diplomáticas; clase esta de comunicaciones en que trabajaba mucho M. de Talleyrand, como dirá esta narración de aquí á muy poco. Allí se lucian el ingenio, la sutileza, la gracia, andando mezclados con los reyes, ministros y generales, los mejores ingenios de Alemania, como eran Goëthe y Wieland, que habian acudido allí siguiendo á los principes de Weimar sus ilustres patronos. Allí se afanaban las gentes por adivinar lo que no podian averiguar, rastreando de cada palabra que se soltaba algun pensamiento altamente importante relativo á la guerra ó á la política. El desdichado baron de Vincent se deshacia allí mismo haciendo averiguaciones, observaciones y conjeturas de varias clases, con visibles angustias que daban mucho gusto á los dos emperadores, de-

seos entonces de castigar al Austria por su conducta tan hostil cuanto imprudente.

Pareciendo á Napoleon segura ya su concordia con la Rusia, á trueco de hacerle una cesion formal é inmediata de las provincias linderas del Danubio, y siendo forzosa consecuencia de esta concordia enemistarse la potencia rusa con la austriaca, resolvió el emperador francés, sin salir de Erfurt, varias cuestiones muy dudosas para él hasta entonces tocante al modo de distribuir sus fuerzas. Mandó que saliese inmediatamente de París y de otros puntos, donde estaba situada, la lucida division de Sebastiani, que habia de estar compuesta de algunos de los regimientos viejos destinados á España, y que todavía no se habia puesto en marcha para Bayona. Dió igual órden á la division de Leval, compuesta enteramente de alemanes auxiliares, y dispuso que ésta y la anterior estuviesen ya en Bayona, al acabar octubre. Se resolvió, por último, en punto al 5.º cuerpo de ejército, mandándole ir, en vez de á Baireuth, definitivamente á las orillas del Rhin, y de ellas á los Pirineos. Asimismo, á las tres divisiones de dragones puestas ya en camino para España agregó dos mas, dejando en Alemania de fuerza de caballería á los coraceros con buena parte de la ligera. Eran estas disposiciones resultas naturales de su buena inteligencia con la Rusia, y de su deseo de acabar desde luego con los *españoles é ingleses, cayendo sobre ellos con un golpe irresistible de tropas.*

Habia ya diez dias que estaban juntos los dos monarcas, y solo les quedaba que hacer extender las condiciones de lo que en comun habian acordado, cosa nada fácil con la nueva pasion de disfrutar al momento

Déjase
á cargo de los
señores de
Champagny
y
Romanzoff

Oct. 1808. de las ventajas conseguidas que se habia apoderado del espíritu de Alejandro y del de Romanzoff su ministro. Ambos soberanos, á fin de no alterar su union, á cada hora mas cordial, con disputas sobre menudencias, convinieron en dejar á cargo de sus ministros, los señores de *Romanzoff y Champagny*, el extender el convenio que habia de contener sus nuevas resoluciones, y se pusieron en camino el 6 de octubre para pasar dos dias en la córte de Weimar, donde habia mucho que les estaban preparados magníficos festejos. Los señores de Romanzoff y Champagny se quedaron en Erfurt en conferencia particular para proceder á la tarea importante que les estaba encomendada (1).

extender
el nuevo
convenio.

Combinase
el proyecto
del convenio
de tal modo
que resulte
la paz y no
la guerra de
la alianza con
la Rusia.

Napoleon, como antes va aqui dicho, queria que de las vistas de Erfurt saliese una union entre él y la Rusia firme, y, sobre todo, evidente, que impusiese respeto á sus contrarios, y, quitándoles toda esperanza de vencer, los compudiese á la paz. Concedia á la Rusia, en pago de lo que ella le consentia en España é Italia, que fuesen suyas las provincias de Finlandia, Valaquia y Moldavia en todos casos, así en el de hacerse la paz como en el de seguir la guerra, pero tenia pensado que, si era posible asegurar al imperio ruso tantas ventajas por medios pacíficos, se probaria á lograrlo antes de arrojarse á una guerra general en que entraria el mundo entero,

(1) Ya va dicho en esta historia que escribia M. de Champagny al emperador francés cartas particulares, donde le iba contando lo que pasaba en la negociacion dia por dia, esto, aun cuando estaba Napoleon todavia en Erfurt con su ministro. Como era natural, siguió esta correspondencia, cuando pasó á Weimar Napoleon. Aqui, pues, esta historia no está reducida á conjeturas, pues cuenta, siguiendo documentos auténticos, muy por menor lo pasado en aquellas vistas, donde fué lo resuelto de importancia no menor que la grandeza del espectáculo dado allí á Europa.

y, señaladamente, la Turquía y el Austria. Estaba Napoleón convencido de que, siendo la unión de las dos provincias Rusia y Francia completa, sincera y bien patente, habría de arriar bandera el Austria á vista de tal alianza, porque era fuerza que quedase hecha polvo entre ambos imperios, si trataba de moverse, y que, una vez allanada á todo el Austria, tendría á su vez que ceder Inglaterra viéndose obligada á firmar la paz marítima, tomando él á su cargo compelerla á tanto sacrificio por otros varios medios. Quería que, desde luego, fuesen hechas á Inglaterra proposiciones de paz, y hechas solemnemente en nombre de ambos emperadores, de modo que llegasen á completa noticia del público inglés, y, mientras de estas proposiciones se estuviese tratando, se proponía, libre ya de todo temor por su alianza con la Rusia, dejar en Alemania solo una parte muy corta del ejército grande, trasladar todo lo restante de éste al campamento de Boloña, ir él mismo puesto al frente de ciento y cincuenta mil hombres de tropa veterana á la Península, con lo cual ascendería á doscientos y cincuenta mil hombres el total de las fuerzas francesas empleadas allende los Pirineos, hacer trizas á los levantados españoles, y derrotar completamente á los ingleses desembarcados en España. Con tantos medios juntos pensaba que podría constreñir á Inglaterra á venir á tratos. Verdad era que tendría que reducirla á pasar por dos hechos considerabilísimos, que eran el establecimiento de la casa de Bonaparte en el trono de España, y la posesión de las provincias linderas del Danubio por la Rusia, tal que quedasen los turcos y sus amigos privados de toda esperanza de arrojarlos de ellas. Pero, por otra parte, ya

Oct. 1808. la Inglaterra habia manifestado á la Rusia estar, en cierto, modo dispuesta á concederle que fuesen suyas la Moldavia y la Valaquia. No veia, pues, Napoleon, en sus propósitos obstáculo alguno insuperable para lograr la paz, particularmente si conseguia él dar los grandes golpes que tenia esperanza de que llevasen los españoles y los ingleses.

Por esto habia discurrido que fuese hecha una proposicion á la Inglaterra en nombre de los dos emperadores *unidos*, segun habia de decir un manifiesto, *para la guerra y la paz*, y que ofreciesen ambos negociar un ajuste general fundado en el *uti possidetis* (1). Era cómodo este fundamento de las negociaciones, pues, dejando á Inglaterra todas sus conquistas ultramarinas, inclusa Malta, aseguraba á Francia la posesion de España y Nápoles, y á Rusia la de Finlandia y las provincias linderas del Danubio. Para asegurar á la Rusia la conservacion de estas provincias, habria de hacerse á la Puerta otomana una declaracion, diciendo estar resuelto á no desprenderse de ellas el imperio ruso, declaracion á que darian fuerza la de los ejércitos de la misma nacion allí presentes, y los consejos de la Francia. Si no se conseguia que atendiese á estos consejos la Puerta otomana, la Francia la abandonaria á la Rusia,

(1) Es chistoso pensar cómo entendia Napoleon el *uti possidetis* en esta ocasion, y mas chistoso que su modo de entenderle parezca á M. Thiers natural y acertado. Cuando desde Erfurt proponia Napoleon la paz, ni un palmo de tierra ocupaban sus tropas en Portugal, y solo señoreaban en España desde el Ebro á los Pirineos. Sin embargo, creia que poseia todo cuanto codiciaba. El *uti possidetis* en octubre de 1808 habria sido reconocer á Portugal bajo la casa de Braganza, y la mayor parte de España con todas sus posesiones ultramarinas bajo el cetro de Fernando el cautivo. El *uti possidetis* de Napoleon era el *uti volo, uti jubeo*, ó, segun el repetido verso

Sic volo, sic jubeo: stet pro ratione voluntas.

N. DE A. A. G.

con lo cual no quedaria la menor duda tocante al éxito de lo emprendido. Oct. 1808.

En todos estos puntos estaban de acuerdo los dos Emperadores, y en la extension por escrito de lo convenido no podian caber dificultades, porque no las hay para expresar lo que está claro en el pensamiento. Pero quedaba un punto importante, en que parecia dificultoso avenirse. Napoleon, al conceder positiva é inmediatamente á la Rusia la posesion de Moldavia y Valaquia, queria, con todo, que aquella difiriese algunas semanas el comunicar lo resuelto á la Puerta, porque, si ésta sabia lo que le estaba preparado, de seguro habria de exasperarse, de dar aviso de ello á Inglaterra, y de echarse en los brazos de los ingleses (1), y viendo Inglaterra que nacia para ella un aliado nuevo, encontraria en la union de España, Austria y Turquía probables ventajas en una contienda renovada, lo cual la dispondria á desechar la paz propuesta. Al contrario, con una espera de pocas semanas solamente, seria fácil reducir á la Inglaterra á entrar en negociaciones, y, una

(1) Lo que sigue es lo que escribia á M. de Champagny Napoleon sobre este negocio.

• *No puede haber disputa que no recaiga únicamente sobre la frase añadida al artículo séptimo. Sin embargo, no pasa ello de ser una consecuencia inmediata del paso que se ha dado, porque, si se presta la Inglaterra á entrar en una negociacion, es evidente que, con llegarle la noticia de que una potencia de tal magnitud, como es el imperio turco, se pone de su parte, subirá mucho de punto en sus pretensiones. ¿ A que viene volver á abrirle sin motivo los puertos de Siria, Egipto, el África y la Morea? Serian saqueados los depósitos de comercio franceses, y encarcelados ó muertos muchos miles de hombres, é interrumpido el comercio, todo ello sin el menor provecho de la Rusia. Y, si llegase á hacerse la paz entre la Rusia y la Puerta mientras se está negociando con la Inglaterra, seria esto un incidente con mas inconvenientes que ventajas, pues veria la Inglaterra mas claro en punto á los negocios tratados en Erfurt, y el tratado hecho con la Puerta la enteraria de que la particion está aplazada á término lejano, siendo por consiguiente menor su susto. Todo, pues, aconseja ejecutar escrupulosamente el artículo propuesto.* »

Oct. 1808. vez entrada en ellas, no le seria ya tan fácil la salida, siendo natural que el pueblo inglés anhelase ver acabadas las hostilidades, y dudoso que, al saber la misma potencia ser la última condicion de la paz dejar á la Rusia dos provincias venidas ya á su poder, trocase las ideas de paz que ya tenia por otras de guerra por atender á un negocio en el cual no tomaba personalmente grande empeño. Consistia, pues, la dificultad de la negociacion proyectada en la cláusula adicional, ó sea, en la demora de algunas semanas á que queria Napoleon sujetar la impaciencia rusa.

Dificultad en el modo de extender el convenio que detiene á ambos emperadores

El emperador Alejandro descansaba sobre este particular en su ministro, cuyo ardor, aun siendo él un anciano, igualaba al suyo. Habiéndose abocado M. de Champagny con el señor de Romanzoff, le encontró dispuesto á consentir en cualquiera cosa, sin vacilar, pero, al llegar á pedirle por via de precaucion que difiriese dar comunicacion de lo resuelto á la Puerta otomana, el ministro ruso se mostró rebelde, cuanto cabe serlo. En sentir del señor de Romanzoff, una demora nueva, al cabo de haber estado esperando quince meses desde que se habia hecho la paz de Tilsit, no podia sufrirse. Quince meses habia que estaba la Francia haciendo promesas á la Rusia sin concederle cosa alguna, y obligándola á seguir con los turcos en un estado de tregua. Sin las instancias de la Francia, proseguia el ministro ruso, ya habrian marchado sobre los Balkanes los ejércitos moscovitas y reducido á la Turquía á ceder provincias que no era ella capaz de conservar ni de gobernar. Todo cuanto habia sacado la Rusia de la union de Tilsit era ver puesto un estorbo al uso de su poder, y esto le habia sido demasiado perjudicial para que á ello

quisiese sujetarse de nuevo. No habia venido el Emperador con su ministro desde tan larga distancia como la que separa de Erfurt á San Petersburgo, venciendo la oposicion de muchos, despreciando aciagos pronósticos, y haciendo no cortos sacrificios de su dignidad, sino para que finalmente terminase un *statu quo* tan molesto y aflictivo.

En balde respondia M. de Champagny que se trataba de una dilacion meramente de algunas semanas, y que iban á salir correos para Lóndres, no pudiendo tardar mucho en llegar de allí la respuesta; que, en caso de acceder la Inglaterra á la propuesta de una negociacion, pronto se veria si admitia ó no por fundamento de ella el *uti possidetis*; que, siendo éste admitido, bien merecia aguardar con paciencia un poco para así conseguir, sin recurrir á la guerra, las preciosas ganancias de territorio proyectadas, y que si, por el contrario, era desechado tal fundamento de tratos, podrian al instante entablarse en Constantinopla los que allí habrian de venir á parar, ya por medios pacíficos, ya por los de la guerra, en adquirir Rusia la posesion de las tan apetecidas orillas del Danubio. De todas estas razones ni una sola queria admitir el ministro ruso por buena y valedera.—¡ Siempre demoras! repetia con acento casi lastimero. Para nosotros no hay mas que imponernos demoras quien á ninguna se ha sujetado en los negocios de Madrid ni en los de Roma. Y aún, si se nos señalase un plazo fijo, bien claro, vencido el cual hubiese de acabar toda incertidumbre, pase. Pero nos obligan á tener paciencia hasta el momento en que ya no presente la negociacion esperanza de avenirse. Negociaciones ha habido que han durado años, y

Oct. 1808. habrá de sernos forzoso seguir años enteros en estado de treguas con los turcos.—

M. de Champagny se quedó asombrado del ardor é impaciencia de aquel ministro anciano, dominado por una pasion violenta de las que á veces se apoderan de los viejos, despojándolos de la gravedad propia de sus años, sin darles por eso la gracia hechicera de la juventud (1). Era asimismo evidente que estaba en él hermanada la desconfianza con el ardor de sus deseos, estando receloso de que á él y á su señor tal vez querian con el nuevo aplazamiento tenerlos embaucados.

No pudiendo avenirse los dos ministros en el modo de extender el convenio proyectado

Notando M. de Champagny en el ministro ruso que ponía en la adquisicion de la Moldavia y la Valaquia la gloria de los años de su vejez, y que seria mas pertinaz y vivo en sus pretensiones que el mismo Alejan-

(1) Véase lo que sobre este punto decia al emperador francés M. de Champagny.

«Erfurt 6 de octubre de 1808.

• Tratando este negocio con la mejor fé posible, y bien persuadido yo de que la demora solicitada, que sujeta á la negociacion con Inglaterra cualquiera paso relativo á la posesion de las dos provincias, es tan del interés de la Rusia cuanto del de la Francia, confiaba en desaparecer la desconfianza del señor de Romanzoff, pero no he podido hacer la menor mella en su entereza. El que está pronto á coger una presa que por largo tiempo ha estado codiciando se hace sordo á todas las razones que pueden diferir el goce de lo que apetece. Treinta años lleva el señor de Romanzoff de estar pensando en hacerse con estas provincias. Lograrlas es el triunfo de su sistema y el punto donde él pone su reputacion y honor. Al lado de este interés todo lo demas para él seria nada. El emperador Alejandro, como no está movido por pasion alguna personal, y como mira por el interés de su imperio con igual empeño en varios puntos, debe de ser mas accesible, con mucho, á la fuerza de las razones que por su propio bien le aconsejan demorar, no ya el goce, sino la simple toma de posesion de unas provincias que no pueden irsele de las manos. En nada, pues, he quedado convenido con el señor de Romanzoff, y, aun cuando hubiese yo estado autorizado para ceder, no habria cedido, asi como él no lo ha hecho. Miro como inútil volver á hablarle de ello antes de la llegada de V. M. En lo demas estamos ya de acuerdo ó poco menos.

•Firmado

»CHAMPAGNY.»

dro, juzgó oportuno esperar al regreso de los dos monarcas, y dejar que el emperador de los franceses ejerciese el natural ascendiente que ya tenia sobre el de Rusia para recabar de éste la insercion en el tratado de una prevencion por él reputada indispensable.

Los dos emperadores con todo su séquito de reyes y príncipes habian pasado á Weimar para estarse allí los dias 6 y 7 de octubre, y volver el dia 8 á sus importantes negocios. Entre Erfurt y Weimar está la selva de Ettersburgo. En ella tenia preparada el gran duque de Weimar una fila de lindas tiendas de campaña para las testas coronadas que venian á visitarle. Por delante de estas tiendas habia de pasar una manada numerosísima de animales montaraces como ciervos, gamos y liebres encerrados en redes y obligados para escaparse á recibir los tiros que les disparasen los hués-

Oct. 1808.

esperan á
que vuelvan
á Erfurt
los dos
emperadores

Viaje
de Napoleon
y Alejandro
á Weimar.

Festejos
que allí les
hacen.

« Erfurt 8 de octubre de 1808.

» SEÑOR :

» Dos horas de conferencia con el señor de Romanzoff no han dado de sí cosa alguna de provecho. Al parecer, él está aferrado en su sistema, y quiere las provincias turcas, y las quiere á cualquier precio, y mas hoy que mañana. Solo pone reparos no tanto al artículo 6.º que V. M. desea conservar extendido, segun está escrito en la adición propuesta al artículo 7.º del contra-proyecto, la cual consiste en las palabras siguientes :

« No se dará aviso alguno á la Puerta de las intenciones de la Rusia, » hasta haber tenido noticia del éxito de las proposiciones hechas por las » dos potencias á la Inglaterra. »

» Estas palabras asustan mucho al señor de Romanzoff, no pareciéndole admisible demora alguna, y menos una por plazo indeterminado. ¿Cuándo y cómo ha de ser sabido, dice, el efecto de tales proposiciones? ¿Lo primero que de sí dieren nos pondrá en el caso de aguardar á lo segundo, y luego á lo tercero, de forma que vaya sucesivamente aplazándose de uno á otro término el arreglo de nuestros negocios con la Turquía? Este raciocinio aplica él á todo cuando se habla de las contemplaciones que es forzoso guardar á los franceses establecidos en las tierras de Levante. Me preguntaba: pero ¿intentais esperar á que se vuelvan á Francia? Y ¿cuándo podrán volverse? La paz con Inglaterra le parece difícil, y por eso no quiere sujetar á ella la que haga la Rusia con Turquía. Tambien me ha hablado de cuán necesario es causar admiracion y gusto en los

Oct. 1808.

pedes convidados á la fiesta. Alejandro no habia disparado un solo tiro en toda su vida, tal era la suavidad de sus costumbres y aficiones. Sin embargo, dejó muerto un venado, y otras muchas piezas de caza cayeron á los tiros de tan ilustre compañía de cazadores. Esperaba á ambos emperadores en Weimar un acogimiento suntuoso. Hubo un banquete espléndido, terminado el cual, se pasó á un baile á que concurrió la sociedad mas brillante de Alemania. Asistieron á esta fiesta Goëthe y Wieland. Dejó Napoleon á los concurrentes para irse á un rincon de la sala á conversar muy por extenso con los dos célebres escritores de Alemania, á los cuales habló del cristianismo, y de Tácito, el famoso historiador, terror de los tiranos, cuyo nombre pronunciaba él sin miedo, segun él mismo decia sonriéndose, y en seguida sostuvo que Tácito habia re-

rusos con la certeza de tan importantes conquistas, y aún me ha parecido que teme suceda lo contrario si no vienen á ser tales las resultas del viaje del emperador Alejandro. Me han dejado que adivine yo estos temores en vez de declarármelos, pero lo que asomaba en su mente á cada instante era la desconfianza, desconfianza así de lo que pueda sobrevenir como de nuestras intenciones. Por lo mismo, daba menos importancia al artículo 6.º Poco le importa, en efecto, el modo de que en este artículo se vale la Francia para consentir en la posesion de las provincias linderas del Danubio por la Rusia, pues el artículo siguiente permite á ésta proceder al logro de su objeto y lograrle. Por lo mismo le asusta mas una demora por plazo indeterminado, pues teme exponer á azares lo que estima casi ganado en este momento. Mas se prestaría á consentir en una demora por plazo fijo. Quiere que todo sea estipulado con precision. «Lo vago de los artículos de la paz de Tilsit, dice, nos ha traído harto perjuicio, pues va desperdiciado un año, siendo esto lo único que ha resultado de vuestra alianza con nosotros.»

»Esta obstinacion del señor de Romanzoff no es repentina ni de las que pasan, pues, al contrario, es hija de largas reflexiones que solo han tenido un objeto, de un esperar llevado con impaciencia, y, por último, de la opinion de que en el momento actual nada puede oponerse al logro de los intentos de la Rusia. No tengo esperanza de vencerle.

»Soy con respeto, etc.

»Firmado

»CHAMPAGNY.»

cargado un poco las tintas de la fea pintura de sus tiempos y que no era pintor bastante sencillo para ser *fiel*. Pasando de ello á la literatura moderna, la comparó con la antigua, y dió muestras de ser siempre el mismo en punto á artes como en punto á política, esto es, parcial de las reglas y de la belleza bien ordenada, y tratándose del drama imitado de *Shakespeare* en que están mezcladas la tragedia con la comedia y lo terrible con lo burlesco, dijo á Goëthe.—Me admiro de que tan buen entendimiento como es el vuestro no guste de que estén los géneros bien fuertemente demarcados.—Palabras profundas que pocos críticos de nuestros dias son capaces de comprender (1).

Terminada esta larga conversacion, en que acreditó sus modos graciosos y afables en grado altísimo, y, en la cual dió á conocer á aquellos dos literatos eminentes que les habia sacrificado la sociedad de gente de la mas alta esfera, se apartó de ellos Napoleon dejándolos lisonjeados, como debian estarlo, de haber recibido tan alta muestra de atencion. A las vistas de Erfurt debieron ambos ser agraciados con la orden de la Legion de Honor, distincion que por todos títulos

(1) Aquí el historiador francés quiere hacer de su héroe un gran crítico, así como era sin duda un varon grande, sin par en la guerra, superior en la política, en todo nada comun, y hasta cuando manejaba la pluma escritor de altísimas dotes, aunque no de estilo bueno ó correcto. Pero, el mismo M. Thiers, entendimiento privilegiado como le era el del héroe cuyos hechos cuenta, no es un gran crítico, de lo cual es prueba lo que sienta aquí ahora. Esos géneros *bien demarcados* no se notan no ya ni en las sublimes, aunque á veces defectuosas obras dramáticas de *Shakespeare*, ni en el teatro español antiguo, ni en el alemán moderno, sino ni en las mismas tragedias griegas, modelo de la verdadera sencillez y elegancia clásicas. Pero, M. Thiers, adorando cuante es de los dias del Imperio, sin duda, así como tiene por elocuente al amanerado y flojo M. de Fontanes, estima buenas composiciones dramáticas las de un *Bri-faut*, un *Arnault* ó un *Joui*.

Oct. 1808.

merecian, y la cual, con ser dada á tales personajes, nada perdía de su lustre.

Fiesta dada
á Napoleon
en el campo
de batalla
de Jena.

Al dia siguiente fué dada á Napoleon otra fiesta mas en el mismo campo de batalla de Jena, entre esta poblacion y la de Erfurt. Tal deseo habia de contentar á Napoleon, si bien quizá olvidaban los que así le festejaban su propia dignidad, pues se ponian á recordar una batalla de las mas terribles ganada por los franceses á los alemanes. Estaba armada una gran tienda de campaña en el monte de Landgrafenberg, donde habia pasado acampado Napoleon la noche del 13 al 14 de octubre, dos años antes, estando en el dia de estas fiestas muy cercano el del aniversario de la desgraciada batalla de Jena. En el pabellon ó gran tienda destinada á Napoleon, habia colocado un plano de la misma batalla. Allí estaba servido un almuerzo-comida, y, dedicados que fueron mil recuerdos á aquella jornada por los muchos concurrentes que en ella habian tenido parte, habiendo por la suya Napoleon expresádose con mesura decorosa respecto de sus huéspedes alemanes, echaron todos á la derecha por el llano de Apoldau, situado entre el campo de batalla de Jena y el de Awerstaedt, y famoso por la inaccion allí manifestada por el mariscal Bernadotte. En el mismo llano estaba preparada otra cacería mas que embebió algunas horas de la mañana. Pusiéronse en seguida en camino los monarcas y su séquito para Erfurt. Antes de separarse Napoleon de las alturas desde las cuales domina la vista la ciudad de Jena, quiso dejar en aquellos lugares una memoria de su beneficencia, que pudiese, andando el tiempo, venir á ser inscripta al lado de las memorias tremendas que allí mismo habia él dejado de

Oct. 1808.

la anterior campaña. Habian prendido fuego en la malhadada Jena las granadas hácia allí disparadas. Napoleon dió una suma de trescientos mil francos (1.140,000 reales vellon) para resarcir los perjuicios que habia causado haciendo la guerra en aquel punto.

Vuelto á Erfurt el emperador francés, tenia, al dia siguiente, que atender de nuevo á los graves negocios que le habian llevado á Alemania, trayendo allí mismo desde tan larga distancia al soberano de Rusia. De ellos habló Alejandro á Napoleon, pero éste encargó sobre todo, á M. de Champagny que insistiese pertinazmente en que se procediese con extremada prudencia en las comunicaciones que hubiesen de hacerse á Constantinopla, y que no se diese á Inglaterra aliados que la dispusiesen á perseverar en la guerra. En lo tocante á haber de ser de Rusia las provincias linderas del Danubio, autorizó á M. de Champagny á extender el artículo del convenio en los términos mas positivos, y propios para desvanecer recelos tocante á la certeza de la conquista, pero difiriendo él llevarla á cabo de modo que fuese posible dar principio á las negociaciones en Lóndres.

Al cabo de conversaciones frecuentes, fué Napoleon templando un tanto la impaciencia de Alejandro, y dejó á cargo de M. de Champagny templar algo la del conde de Romanzoff. Quería, con todo, tener satisfecho al soberano jóven su aliado, porque se proponia sentar su política en aquella hora, no solo en hacer real y verdadera la alianza con la Rusia para la paz y la guerra, sino en ponerla patente al mundo. Y así, no obstante estar necesitado de dinero, no se resistió á conceder nueva rebaja de las cargas impuestas á la

Esfuerzos de Napoleon para que lo convenido en Erfurt sea puesto por escrito de modo que no imposibilite enteramente hacer la paz en Lóndres.

Napoleon, para contentar á Alejandro,

Oct. 1808. Prusia. Habíase estipulado en el convenio de 8 de septiembre la evacuacion definitiva del territorio prusiano, excepto tres plazas que servian de fianzas y eran las de Stettin, Custrin y Glogau, mediante ciento y cuarenta millones de francos (sobre 532.000,000 rs. vn.) pagaderos en dos años. Al firmar el rey de Prusia con apresurado empeño este convenio que le valia ver libertado su territorio, habia dicho que, con todo, no renunciaba á implorar de la generosidad de su vencedor el alivio de una carga que su reino estaba imposibilitado de llevar. Así él como la reina habian suplicado á Alejandro que aprovechase la ocasion de sus vistas con Napoleon para recabar de éste una rebaja mas, y, el emperador ruso, fácil en olvidar, pero bondadoso, habia prometido hacer lo que le pedian, y habria tenido gran pesar si no hubiese salido airoso de su demanda, porque hasta la dádiva de las bocas del Danubio habria perdido á sus ojos parte de su precio, si, á su vuelta al Norte, hubiese de encontrar pintadas quejas y reconvencciones en el semblante de los infelices poco antes sus aliados. Habia, pues, pedido á Napoleon la rebaja de cuarenta millones de los ciento y cuarenta y la sustitucion de un plazo de varios años al de dos para el pago y saldo final del completo de la suma adeudada. Hasta tenia extendida de su propio puño la carta en que Napoleon habia de participarle este favor, atribuyéndole á su intervencion personal y apretante. Napoleon sabia que acceder á esto era uno de los mejores modos de obligar al emperador Alejandro, y, hecha toda la resistencia necesaria para dar mas valor al sacrificio que hacia, consintió en rebajar veinte millones de la suma total debida, y alargar á un año mas el

concede
á la Prusia
nueva rebaja
de las contri-
buciones que
ésta
le adeuda.

Oct. 1808.

plazo para el pago. De este modo, en vez de ciento y cuarenta millones de francos en dos años no habia de pagar la Prusia mas que ciento y veinte en tres, la mitad en dinero, y la mitad en libranzas. La carta extendida por Alejandro, y enmendada por Napoleon, quedó escrita así como aquel la habia propuesto.

Tratando así ambos soberanos de complacerse mutuamente, y mas satisfechos cada dia de verse tan bien avenidos en sus intentos, salvo en las dificultades relativas á circunstancias de menos valer, tenian sin embargo que tratar de una proposicion mas, negocio en que no queria Napoleon ser él el primero que hablase. Pensábase en un enlace de familia por donde la alianza política de ambos príncipes se hiciese, si no mas firme, mas visible á las gentes, siendo el enlace contraer matrimonio Napoleon con una hermana del emperador Alejandro. Napoleon habia pensado mas de una vez en repudiar á Josefina para casarse con una princesa que pudiese darle hijos y herederos, y siempre se detenia en su propósito, siéndole obstáculos el cariño que le unia con la compañera de sus años juveniles, y el embarazo de escoger nueva consorte. Sin embargo, una vez y otra volvía á su propósito, y en los momentos de que vá ahora hablando esta historia, mas que en otro alguno, debia tratar de tal negocio, pues tenia á su lado al soberano en cuya amistad y alianza intentaba él fundar la fábrica de su política; soberano casi de su misma edad y que tenia hermanas casaderas, cuyas buenas prendas celebraban todos. Si conseguia Napoleon hacer semejante casamiento, creia en su interior que seria juzgado por las gentes todas dueño definitivamente de la córte de Rusia, y que, in-

Proposiciones relativas á un proyecto de matrimonio de Napoleon con una hermana de Alejandro.

Oct. 1808. fundiendo universal temor, obligaria á la paz á sus contrarios. Con todo eso, aunque pasaba mañana y tarde junto con Alejandro, y aunque éste y él vivian en la mas íntima confianza, nunca Alejandro habia hablado de un asunto en que tanto se interesaba su amigo. Como Napoleon, en su grandeza, creia que honraba á todos aquellos con quienes se unia (1), era demasiado altivo para hacer la primera proposicion sin seguridad plena de que fuese aceptada. Todos los dias estaban hablando Alejandro y él de su union que nada seria capaz de romper, porque su poder solo podia causar recelos á la Inglaterra, á la cual tenian uno y otro apretada por los mares, ó al Austria, á la cual tenian en igual aprieto, el uno por la parte del Isonzo y el otro por la del Danabio, y no podian tropezar con mas enemigos que con una de estas dos potencias ó con ambas juntas. Por toda clase de razones políticas debian, pues, estar unidos íntimamente. A ello se agregaban razones personales, pues se habian visto, apreciado y hasta llegado á quererse mutuamente, adunándose uno á otro en todo, en intentos y aficiones, siendo ambos jóvenes, y presentándoseles delante espaciosa y larga la carrera de la vida, de suerte que ten-

(1) En parte lo creia Napoleon, pero en parte no, pues, cuando la vanidad y orgullo le alucinaban, venia á desvanecer un tanto sus ilusiones su superior entendimiento, sin contar con que á su vanidad personal halagaba enlazarse con persona de familia de reyes, siendo evidente que en el ánimo de los hombres el respeto y aprecio á una cuna ilustre, si acaso es preocupacion, es preocupacion general, antigua, amigada y con trazas de ser duradera, porque vano es cuanto se hace para extirparla. Napoleon, deseando casarse con una princesa de estirpe imperial ó real antigua, y no con la hija de algun contemporáneo ilustre, que por sus hechos y méritos se hubiese encumbrado desde humilde ó mediana esfera, demostraba que, si creia el honrar á quien quiera con el cual se enlazase, tambien se estimaba honrado por emparentar con personas de ilustre sangre.

drian tiempo de dar algun dia principio y hasta remate á los proyectos que sobre las cosas de Oriente habian formado.—Romanzoff es viejo, decia Napoleon á Alejandro, y desea con impaciencia gozar lo que apetece, pero vos sois jóven y podeis aguardar.—Romanzoff es un ruso del tiempo antiguo, respondia Alejandro, y tiene pasiones que yo no tengo. Yo quiero mas civilizar mi imperio que dilatarle. Deseo las provincias linderas del Danubio mas por mi nacion que por mí propio. Sabré esperar los otros aumentos de territorio necesarios á mi imperio. Pero vos, añadia á Napoleon, tambien es fuerza que disfruteis de las grandes cosas que habeis llevado á cabo; y, que, al fin, ceseis de exponer vuestra preciosa cabeza á las balas. ¿No teneis harta gloria ya, harto poder? ¿Tuvieron acaso mas Alejandro ó César? Disfrutad lo ganado, y remitid al tiempo venidero lo restante de vuestros proyectos.—A tales protestas de desinterés correspondia Napoleon con otras de amor de la paz y descanso. Parecia que ya Alejandro no codiciaba á Constantinopla, y que Napoleon habia cobrado repugnancia á las guerras, batallas y conquistas. Ambos príncipes, paseándose solos los dos por las cercanías de Erfurt, á algun trecho delante de sus servidores, se daban á hacerse confianza de asuntos de su mayor intimidad, llegando Alejandro en estos desahogos hasta á hablar de sus afectos mas secretos. Mas de una vez habian dicho entre uno y otro cuán sensible era que Napoleon no tuviese un hijo, pero, al acercarse tanto al paradero á que queria Napoleon llevar la conversacion, Alejandro se paraba en el camino. Con todo, no ignoraba el Czar lo que se habia hablado despues de hecha la paz de Tilsit, así en

Intimidad entre ambos emperadores, la cual, con todo, se detiene al llegar á cierto límite.

Por qué no se atreve Alejandro á pasar de aquel punto.

Oct. 1808.

París como en San Petersburgo , sobre haber un proyecto de casamiento entre Napoleon y la gran duquesa Catalina , la mayor de las hermanas de Alejandro. Si este soberano habia usado de tanta reserva, no era porque, en medio de estar encaprichado por la alianza con Francia, se hubiese resistido á dar su hermana por mujer á Napoleon , pues viéndola unida con el vencedor de toda Europa no la habria estimado mal casada. Pero columbraba que habria de tener sobre ello desabrimientos con su madre , y no se atrevia á ofrecer lo que temia no poder dar.

No conociendo Napoleon el secreto de tan obstinada reserva , estaba á pique de concebir algun despecho , y aun próximo á mostrar enojo , no obstante el grandísimo interés que tenia en aparecer enteramente de acuerdo con el emperador Alejandro. Para tal ocurrencia, y para ella no mas, se hacia útil en Erfurt M. de Talleyrand , porque, si era capaz de descubrir al baron de Vincent los negocios mas reservados del gobierno, y si por este motivo no le daba Napoleon conocimiento de ellos mas que en alguna parte (1) , era asimismo la única persona capaz de insinuar con arte lo que no quisiese decirse claro , y para hablar de matrimonio con la dignidad conveniente entre los dos mayores po-

Escoge Napoleon á M. de Talleyrand para hacer indirectamente las proposiciones que no quiere él hacer en derechura.

(1) En efecto, M. de Talleyrand, como va dicho en la presente historia, sabia en general que estaban los negociadores tratando de un convenio donde habian de quedar firmemente asentados los principios en que descansaria la alianza de Francia con Rusia, pero ignoraba que el punto principal era la dádiva de la Moldavia y la Valaquia, é ignoraba, sobre todo, que el punto respecto al cual habia contestaciones, era la dilacion de algunas semanas á que Napoleon queria sujetar á la Rusia antes de dar pasos no disimulados tocante á las provincias que habian de ser cedidas á la misma potencia.

tentados del orbe, no cabia encontrar un tercero mas hábil.

A él hubo, pues, de recurrir el emperador francés para decidir á Alejandro á hacer una proposicion que no queria hacer él por sí propio. M. de Talleyrand, que tenia repugnancia á representar un papel en las desavenencias de la familia imperial, temiendo indisponerse con unos ó con otros, no abrigaba la menor inclinacion á tener parte en un divorcio de todos previsto y llegado á ser materia de conversacion entre cuantos hablaban de cosas políticás. Napoleon, para llevarle á tratar contra su gusto de tan desabrido negocio, se manejó de un modo singular.—¿Sabeis, le dijo, que Josefina os acusa de andar tratando del divorcio, y por ello ha concebido un odio implacable á vuestra persona?—M. de Talleyrand clamó quejándose de semejante calumnia. A esto le replicó Napoleon que no habia para qué disculparse, pues *fuerza seria llegar á tratar de ello mas tarde ó mas temprano, teniendo él, no obstante su amor á la emperatriz, que verse obligado á contraer nuevo matrimonio, del cual pudiese tener por heredero un hijo, enlazándose al mismo tiempo con una de las familias reinantes de Europa; que nada seria en Francia firme y estable mientras no se viese seguridad en lo futuro, no habiéndola todavia, pues todo estribaba en su persona, y que le habia llegado el tiempo, antes de hacerse viejo, de tomar una consorte y tener en ella un hijo. Tal conversacion por fuerza habia de ir á parar inmediatamente en la familia reinante de Rusia y en un enlace conyugal con ella.* M. de Talleyrand dió elogios y enhorabuenas á Napoleon por el acierto con que habia hecho su persona

Oct. 1808. tan grata á Alejandro, triunfo que igualaba, cuando menos, al que habia alcanzado en Tilsit del mismo modo. En efecto, el emperador ruso no se cansaba en casa de la princesa de La Tour y Taxis, donde solia con frecuencia asistir, de expresar cuánto admiraba á Napoleon, no solo por la grandeza de su entendimiento, sino por su buena gracia, ingenio y bondad.—No es solamente, no paraba de decir, el hombre mas grande del mundo, sino tambien el mejor y el mas amable. Le creen las gentes ambicioso y aficionado á la guerra. No hay tal cosa. Si se mete en guerras, solo lo hace por necesidad política ó porque se le lleva consigo su situacion.—Así hablaba, y M. de Talleyrand no se descuidaba en contárselo á Napoleon.—Pues si me tiene ese cariño, replicó el emperador francés, oido que hubo á M. de Talleyrand, que me dé pruebas de él uniéndose conmigo con lazo mas estrecho y dándome por mujer á una de sus hermanas. ¿Por qué en medio de los desahogos de nuestra íntima amistad, en estos dias, no me ha dicho de ello una sola palabra? ¿Y por qué trata así de rehuir entrar en esta conversacion?—Fácil era ver que Napoleon queria que M. de Talleyrand tomase á su cargo la comision de que se trataba, y emplease en ella toda la finura y habilidad de que le habia dotado la naturaleza para decir las cosas ó hacer á otros decirlas. Encargóse de ello, en efecto, M. de Talleyrand, y no perdió tiempo para traer al emperador Alejandro á hablar del asunto deseado en las frecuentes ocasiones de verle y hablarle que tenia. El emperador ruso, en quien era empeño presumido tener el don de agradar á todos, y muy particularmente á las personas de talento, y con mas

Oct. 1808. dominacion absoluta, y nada cedia de ella á persona alguna del mundo. Ahora, pues, si por deferencia personal á su hijo callaba aquella señora en punto á la conducta politica que entonces seguia el emperador, no llegaba al punto de aprobarla, y dar á la misma politica tal prenda como era una de sus hijas, enviándola á sentarse en el trono ocupado pocos años antes por María Antonia de Austria, si bien levantado ya hasta á exceder en altura al de Luis XIV, era una condescendencia que el Emperador no se atrevia á prometerse. Dijo ademas Alejandro que él, sin duda, lograria disponer á la gran duquesa Catalina á prestarse gustosa á tal enlace, pero que no podia lisonjearse de vencer á su madre, y que compelerla, haciendo él alarde y uso de su voluntad soberana, seria empresa superior á sus fuerzas, todo lo cual era la causa de haber él guardado tanta reserva sobre tan grave negocio; pero que si, dejando esto aparte, era empeño de Napoleon que hiciese semejante tentativa, la haria sin responder de su buen éxito.—Muy satisfecho M. de Talleyrand de haber traído las cosas á este punto, creyó que tocaba ya á ambos soberanos dar remate á la obra comenzada, é insinuó al emperador Alejandro que en tal materia convenia hablase él primero. Dada á conocer por Alejandro la primera dificultad, no podia éste ya tener repugnancia á hablar de tal negocio, pues ya no estaba expuesto á contraer un empeño con que le fuese imposible cumplir. Así que, prometió hablar de ello con Napoleon en la primera conversacion que tuviesen.

Explicanse
uno con otro
los dos

En Erfut se veian los dos monarcas todos los dias, y aun varias veces en un mismo dia, y tenian prisa

especialidad que á otros á M. de Talleyrand, conversaba con éste á menudo, y con sumo gusto. M. de Talleyrand no esperó la llegada de una ocasion oportuna, sino que la trajo él, porque eran los dias de las vistas contados y pocos, y así entabló con Alejandro la conversacion anhelada, dilatándose mucho en hablar de la alianza que en Erfurt era el asunto principal de todo cuanto se decia, y pasando á tratar de los medios de hacerla mas firme y duradera, y tambien mas evidente, porque para ser verdaderamente eficaz habia de ser lo uno y lo otro, medios que estaban claros, pues consistian en agregar á los lazos politicos los de familia, y eran fáciles de abrazar, porque Napoleon estaba obligado, mirando por el interés de su imperio, á contraer nuevo matrimonio para tener un heredero directo.—Ahora, pues, añadia, para pasar Napoleon á nuevas bodas ¿con qué gran familia podria enlazarse con mas conveniencia y decoro que con la reinante en Rusia, cuya cabeza habia venido á ser su íntimo amigo?—Alejandro recibió esta proposicion con las muestras mas lisonjeras de buen afecto á Napoleon, protestando ser grande su deseo personal de estrechar los lazos que con él le unian, pues quien le habia hecho su amigo particular poca dificultad debia tener en hacerle su cuñado. Pero añadió que los límites de su poder no alcanzaban á tanto, pues, si bien era falso lo que decian muchas gentes en San Petersburgo de la influencia que sobre él tenia su madre, y si bien, como dijo á M. de Talleyrand, era él amo, y amo único en los negocios del imperio, no así en los de su familia. La emperatriz madre, princesa rígida de costumbres, y digna de respeto, ejercia sobre sus hijas una

Oct. 1808.

Hace M. de Talleyrand á Alejandro algunas insinuaciones relativas á un enlace de familia entre el emperador francés y el ruso.

Respuesta de Alejandro á las insinuaciones de M. de Talleyrand.

de decirse todo cuanto habia que decir, porque iba acercándose el fin de las vistas. En uno de sus amistosos desahogos, se explicó Alejandro con Napoleon sobre el negocio delicado de que le habia hablado M. de Talleyrand, y le expresó cuánta satisfaccion tendria en añadir un lazo mas á los muchos con que estaban ya unidos ambos imperios, y de cuánto gusto seria para él tener en París una persona de su familia, é ir allí á dar un abrazo á su hermana, yendo al mismo tiempo á tratar los negocios de ambos Estados. Pero repitió á Napoleon lo que habia dicho á M. de Talleyrand sobre la naturaleza de los obstáculos que tendria que vencer en tal materia, y sobre el respeto y consideraciones que tenia que guardar á su madre, á quien nunca osaria compeler sobre asuntos de familia. Esto no obstante, prometió dedicarse á vencer la repugnancia de la emperatriz viuda, y dió á entender que cualquiera cosa podria lograrse de la córte de Rusia teniéndola satisfecha, y que ella lo estaria si la nacion rusa lo estuviese. Oyó Napoleon con sumo gozo estas palabras, y correspondió á ellas con testimonios sobremañera cariñosos. Prometiéronse uno á otro los dos emperadores ser algun dia mas que amigos, y aun hermanos. Pintóse en el semblante de ambos una señal de nueva satisfaccion, pareciendo todavía mas prendados que antes el uno del otro (1).

Era ya el 12 de octubre, y era forzoso vencer, al

Oct. 1808.

emperadores
sobre el
negocio de
que habia
hablado
M. de Talley-
rand por
mandado de
Napoleon.

Convenio
secreto de

(1) El autor de la presente historia ha oido en sus mocedades, de boca misma de M. de Talleyrand, contadas estas cosas segun van aqui referidas, y cotejando estos informes verbales con los documentos de oficio, se ha cerciorado de cuánta verdad habia en lo que oyó y en lo que él refiere.

Oct. 1808. fin, las dificultades últimas que presentaba poner por escrito lo convenido. Los dos emperadores habian dado á sus ministros, los señores de Romanzoff y de Champigny, autorizacion para dar al tratado la última mano, y así ellos, en el mismo dia 12, se pusieron de acuerdo en el convenio siguiente que hubo de quedar en la mas completa reserva.

Erfurt
firmado el 12
de octubre.

Los emperadores de Francia y Rusia renovaban su alianza de un modo solemne, y se prometian uno á otro hacer de mancomun la paz ó la guerra.

Toda proposicion que se hiciese á uno de los dos habia de ser comunicada por él al otro inmediatamente, y no recibir respuesta que no fuese de ambos y hecha de concierto.

Los dos emperadores convenian en hacer á la Inglaterra una proposicion solemne de paz, proposicion inmediata, pública y lo mas ruidosa posible, á fin de dificultar que el gobierno británico la desechase.

El fundamento de las negociaciones habia de ser el *uti possidetis*.

La Francia no habia de consentir en otra paz que en una que asegurase á la Rusia la posesion de Finlandia, Moldavia y Valaquia.

La Rusia no habia de consentir en otra paz que en una que asegurase á la Francia, ademas de lo que ésta ya poseia, la corona de España en las sienes de José.

Inmediatamente despues de firmado el convenio, podria empezar la Rusia á hacer con la Puerta las gestiones necesarias para alcanzar por la paz ó por la guerra la posesion de las dos provincias linderas del Danubio, pero los plenipotenciarios (y así se habian avenido sobre el punto principal) habian de entenderse

sobre el lenguaje que habrian de usar para no romper la amistad existente entre la Francia y la Puerta Otomana. Oct. 1808.

Ademas, si para hacerse con las provincias linderas del Danubio encontraba la Rusia al Austria oponiéndosele con las armas, ó si la Francia, por su parte, de resultas de lo que estaba haciendo en Italia y en España, venia á romper con el Austria, la Francia y la Rusia se ofrecian una á otra un contingente de fuerzas contra la misma potencia, y le harian la guerra de mancomun.

Por fin, si resultaba de las conferencias de Erfurt la guerra y no la paz, los dos emperadores prometian volver á verse antes de cumplirse un año.

En estos términos extendieron el convenio los señores de Champagny y de Romanzoff el 12 de octubre por la mañana. La frase ambigua en punto á la prevencion con que habia de procederse para no turbar la union existente entre la Francia y la Puerta era un medio para libertar á la Rusia de toda dilacion, sin que por ello se obrase en Constantinopla con tal precipitacion ó dureza que se imposibilitase el buen éxito de las negociaciones que iban á entablarse en Lóndres.

No bien sacó el conde de Romanzoff de manos del ministro francés la codiciada presa, cuando trató de asegurar á la Rusia su posesion definitiva, logrando que al instante fuesen puestas las firmas al convenio. Sin embargo, como fuese necesario sacar dos copias de un documento tan reservado, no tuvo paciencia para esperar á que fuesen copiadas en la secretaría de M. de Champagny, y para mas prontitud hizo sacar una copia en su misma casa. Escritas que fueron las copias, se

Empeño
y apresura-
miento del
conde
de Romanzoff

Oct. 1808. fué á toda priesa aquella misma tarde á hacérselas firmar á M. de Champagny, y corrió, fuera de sí de gozo, á enseñárselas á su soberano.

para que sea firmado el convenio de Erfurt.

Fin de las vistas, y con qué testimonios de aprecio de uno á otro soberano terminan.

Quedaba conseguido el objeto de las vistas de Erfurt, pues los dos emperadores se habian puesto de acuerdo, y, sobre todo, daban muestras de estarlo. Alejandro se creia ya al fin dueño de las provincias de Moldavia y Valaquia, y Napoleon se figuraba que habia ya cautivado completamente al jóven su aliado, ó cuando menos lo bastante para que no fuese posible liga alguna en su daño, ni hubiese cosa que temer del Austria hasta la próxima primavera. Aun abrigaba esperanzas de que saliese la paz de la estrecha alianza ostentosamente proclamada entre las dos mayores potencias del orbe. A las desabridas noticias de Bailen habia sustituido en las conversaciones de toda Europa la relacion maravillosa de la reunion de reyes que habia habido en Erfurt. Estaban los dos monarcas completamente satisfechos el uno del otro, y aun no faltaba esperanza de que se agregase algun dia el vínculo de una union mas dulce á los lazos de amistad politica por los cuales iban á quedar ligados de alli en adelante. Determinaron, pues, ambos dedicar todavía el dia 13 á su trato amistoso é íntimo, y separarse el 14, empleando el tiempo que aun habian de pasar juntos en multiplicarse testimonios de afecto, y en colmar de presentes á los servidores de ambos monarcas. Conociendo bien Alejandro que el general de Tolstoy se portaba en su embajada en París mas que como embajador como soldado, habia convenido en enviar por su sucesor al príncipe de Kourakin, viejo ya, cortesano rendido, incapaz de indisponer á su so-

Oct. 1808.

berano con Napoleon , y que estaba á la sazón sirviendo la embajada de Rusia en Viena. Pero quedó asimismo convenido que , á fin de seguir mas de cerca las negociaciones con Inglaterra, y de retrasar lo menos posible las gestiones que estaban haciéndose con la Puerta, hubiese de pasar á Paris el mismo conde de Romanzoff, para desde allí recibir respuestas, y escribir réplicas sin mas demora que la del tiempo necesario para los viages desde Lóndres á la capital de Francia. Napoleon mismo hubo de extender en Erfurt, de su propio puño, la minuta de la carta al rey de Inglaterra, que mancomunadamente habrían de dirigirle y firmar los dos emperadores, y las notas con que habían de apoyarla de modo que se evitase toda demora.

Queda destinado á pasar á Paris el conde de Romanzoff para seguir allí con menos desperdicio de tiempo las negociaciones con Inglaterra.

El general de Tolstoy estaba en Erfurt. Napoleon dispuso recibir allí sus nuevas credenciales y darle muestras de favor por donde la revocacion de su nombramiento quedase sin la menor señal de ser desaire. Para esto le regaló piezas de porcelana de Sevres , y tapices de la fábrica de los Gobelinos , con que habia estado alhajado su propio cuarto en Erfurt. Colmó tambien de presentes y condecoraciones á toda la córte de Alejandro. Este acreditó ser no menos espléndido, pues dió la banda de San Andrés á los personajes principales de la córte de Napoleon, y con profusion retratos, cajas y diamantes.

La única persona que no participaba de tales distinciones era el enviado de Austria, baron de Vincent. Este, no obstante haber hecho increíbles esfuerzos para averiguar el secreto de lo pactado en Erfurt, nada cierto habia podido saber, pues, si bien estaba enterado de que habian los dos soberanos dádose mil testimo-

Oct. 1808. nios de aprecio y buen afecto , y asentado en un convenio formal los principios fundamentales de su alianza, ignoraba qué territorios se habian concedido el uno al otro , y cuáles negociaciones iban á entablar , suponiendo en su ignorancia harto mas que lo que real y verdaderamente habia. El Emperador francés le dió audiencia de despedida , renovándole sus reconvencciones , y repitiéndole que el Austria quedaria para siempre excluida de los negocios de Europa , mientras apareciese con intentos de apelar á las armas. Encargóle llevar al Emperador de Austria la carta siguiente, donde expresaba todo cuanto pensaba entonces.

Audiencia de despedida del baron de Vincent y carta de Napoleon al emperador de Austria.

«Erfurt 14 de octubre de 1808.

»Señor mi hermano : Doy gracias á Vuestra Magestad imperial por la carta que se ha servido escribirme, y que me ha sido entregada por el señor baron de Vincent. Nunca he dudado de las rectas intenciones de Vuestra Magestad , pero no por eso he dejado de temer por un momento ver renovadas entre nosotros las hostilidades. En Viena hay un partido que finge tener miedo para precipitar al ministerio de Vuestra Magestad á actos de violencia , que serian origen de desdichas superiores en lo grandes á las que las han precedido. En mi mano ha estado desmembrar la monarquía de Vuestra Magestad , ó dejársela con menos poder que tenia, y no he querido hacer tal cosa. Así, lo que es hoy Austria lo es con aprobacion mia. Esto es la prueba mas evidente posible de que están saldadas nuestras cuentas, y de que nada mas exijo de Vuestra Magestad. Sigo y seguiré pronto á ser garante de la integridad de la monarquía austriaca.

»Nunca haré cosa que sea contra el interés real y ver-
»dadero de sus Estados, pero Vuestra Magestad debe
»no volver á poner en contestacion lo que ya está ter-
»minado de resultas de quince años de guerra, y debe
»prohibir cualesquiera proclamas ó gestiones que pro-
»voquen á hostilidades. El último y general alista-
»miento hecho por Vuestra Magestad podria haber
»causado la guerra, si hubiese sospechado yo que tales
»armamentos y preparativos estaban hechos en combi-
»nacion con la Rusia. Acabo de licenciar las tropas
»de la Confederacion. Cien mil hombres de las mias
»van á Boloña para renovar mis proyectos contra In-
»glaterra. Absténgase Vuestra Magestad de hacer ar-
»mamento alguno que pueda causar inquietud y hacer
»una diversion en favor de la Inglaterra. Cuando tuve
»el gusto de ver á Vuestra Magestad y ajustamos el
»tratado de Presburgo, hube de creer, con bastante
»motivo, que quedaban para siempre terminadas nues-
»tras desavenencias, y que podria yo entregarme á la
»guerra marítima sin ser en ella inquietado ni distraido.
»Desconfie Vuestra Magestad de los que le hablen de
»los peligros de su monarquía, y con ello turben su
»felicidad, la de su familia y la de sus pueblos. Éstos
»son únicamente los hombres peligrosos, pues traen
»los peligros que aparentan recelar. Siguiendo Vuestra
»Magestad una conducta franca, recta y sencilla, hará
»felices á sus pueblos, y disfrutará la felicidad, que
»forzosamente ha de sentir serle necesaria al cabo de
»tantas turbaciones, á lo cual se agregará quedar se-
»guro de que en mí tendrá un hombre resuelto á nunca
»hacer cosa que sea contra su principal interés. Mues-
»tre V. M. en sus actos tener confianza y la inspirará.

Oct. 1808.

»Hoy la mejor política consiste en la sencillez y la ver-
 »dad. Confieme Vuestra Magestad sus inquietudes si
 »llegan á causárselas, y yo al momento las desvane-
 »ceré. Permitame Vuestra Magestad que en conclusion
 »le diga que dé oídos á sus propias opiniones y afectos,
 »en los cuales es muy superior á sus consejeros.

»Ruego á Vuestra Magestad que, al leer esta carta,
 »la tome en buen sentido, y no vea en ella mas que de-
 »seos del bien y reposo de Europa y de Vuestra Ma-
 »gestad.»

A esta carta, aunque tan altiva tan atenta (1), agre-
 gó Napoleon una peticion formal de que fuese recono-
 cido rey de España José, lo cual era el medio mas se-
 guro de poner en claro cómo estaba dispuesta el Aus-
 tria, y de, ó hacerla entrar en su sistema, ó ponerla en
 grave apuro, del que la obligaria él á salir por la paz ó
 por la guerra cuando le acomodase llevar las cosas al
 último extremo.

Habiéndose despedido de los dos emperadores los
 demas soberanos que habian venido á Erfurt, habian

(1) Singular es que á M. Thiers parezca atenta la carta que ante-
 cede. Sin duda alguna no es groseramente descortés, pero, si, insultante por el tono de maestro que en ella toma Napoleon hablando á un
 soberano independiente y aún poderoso, y pocos años antes el primero
 en gerarquía de todos los de Europa. Ahora, pues, no cabe atencion
 cuando se falta al respeto. Da, por otra parte, risa y tambien enojo,
 que Napoleon diga que *consiste la mejor política en la sencillez y la
 verdad*, y que á su historiador parezca bien y justa tal frase, recien
 pasados los sucesos de Bayona en que Napoleon habia procedido con
 la mas consumada perfidia, segun confiesa antes M. Thiers, aunque
 ahora lo olvidó.

Una circunstancia hay notable en esta carta, y es su semejanza en
 estilo con la que se habia supuesto escrita por Carlos IV á su hijo Fer-
 nando en Bayona. Napoleon no creía que fuesen conocidas ciertas
 artes suyas, y quizás no erraba en no creerlo, pues lograba engañar;
 y hoy es, y todavia engaña con la admiracion que inspira, así como
 con el miedo que infundía engañaba entonces.

ido volviéndose sucesivamente á sus Estados. El 14 Oct. 1808. por la mañana montaron á caballo Alejandro y Napoleon, á la vista de numeroso gentío que de todas partes acudia á verios, y de la tropa puesta sobre las armas, y salieron de Erfurt, yendo el uno al lado del otro, como habian entrado en la misma poblacion. Anduvieron juntos algun trecho del camino, y luego, apeándose, y dejando sus caballos á unos mozos, se pasearon juntos un breve rato, repitiéndose otra vez en pocas palabras lo que en varias se habian dicho sobre cuán provechosa, fecunda y grande era su alianza, sobre cuánta aficion se tenian mutuamente, y sobre el deseo y esperanza de ambos de estrechar los lazos que los unian, al cabo de la cual conversacion se dieron un abrazo, no sin cierta clase de tierna tristeza. En tal modo de sentir no era todo cálculo, aunque algo habia en su amistad de razon de Estado, ambicion é interés. Nunca los hombres, ni aun los mas dados al disimulo, son tan falsos ni están tan destituidos de sensibilidad quanto los supone el vulgo, que se cree profundo solo con sospechar en todo malas intenciones. Separáronse, pues, uno de otro Alejandro y Napoleon enternecidos, y se apretaron con sincero afecto la mano, subido en su coche el primero, y desde su caballo el segundo. Alejandro salió para Weimar y San Petersburgo, y Napoleon se volvió á Erfurt, y de allí á París. No habian de volver á verse, y de cuantos proyectos formaron en aquellas vistas ni uno solo habia de tener efecto cumplido.

Sepáranse
Alejandro y
Napoleon.

Vuelto Napoleon á Erfurt despidió á los príncipes y demas personajes principales que allí seguian, y, poco despues, subiendo á su coche, dejó silenciosa y solita-

Oct. 1808. ria aquella poblacion pequeña , por breves dias sacada de su sosiego para llenarse de brillo , ruido y tráfigo, que pronto cesaron, sucediéndoles la pacífica oscuridad antigua. Será, con todo, Erfurt por siempre célebre, por haber sido teatro donde se dió al mundo representacion tan prodigiosa de las grandezas humanas.

Vuelta
de Napoleon
á París el 18
de octubre.

Salido Napoleon de Erfurt el 14 de octubre, ya estaba en San Cloud el 18 por la mañana. Con las vistas que acababa de tener con el emperador Alejandro habia logrado el fin de sus deseos, pues dejaba al Austria contenida, á lo menos por lo pronto, tenia tiempo de hacer en la Península una campaña corta y decisiva, y veia sustituido al mal efecto causado por los sucesos de España pensamientos menos dolorosos, y borrado por lo acaecido en Erfurt, de todos sabido, el desastre de Bailen, muy conocido en toda Europa, pero poquísimo en Francia, á lo cual se agregaba que ante las fuerzas de Francia y Rusia unidas, era de creer aterrorizada la Inglaterra consintiese en prestar á las proposiciones de paz oido favorable.

Salen
para Lóndres
dos correos,
uno ruso
y
otro francés.

Recien llegado Napoleon á San Cloud, empezó á llevar á ejecucion el proyecto de negociacion con la Gran Bretaña. Ordenó al encargado del mando de las fuerzas navales en Boloña embarcar del modo mas ostensible posible los dos mensajeros procedentes de Erfurt, que llevaban el carácter de correos del emperador de Rusia el uno, y del de los franceses el otro. El mensaje de que eran portadores para M. Canning, y que contenia una carta de los dos Emperadores al rey de Inglaterra brindándole con la paz, llevaba en el sobreescrito de afuera, que iba dirigido por SS. MM. el Emperador de los franceses y el Emperador de todas

las Rusias á S. M. el Rey de la Gran-Bretaña. Iban los correos con órdenes de decir en todas partes , y particularmente en Inglaterra , que venian de Erfurt , donde habian dejado á ambos Emperadores juntos , y que en el camino habian encontrado tropas numerosas dirigiéndose al campamento de Boloña. De este modo queria Napoleon que cayese sobre el ministerio británico la responsabilidad de no hacerse la paz , y que al mismo tiempo diese cuidado á los ingleses la idea de ser posible , de nuevo , una expedicion de desembarco desde el punto mismo donde se estaba preparando pocos años antes (1).

Proponíase estarse en Paris el número de dias necesario para el cumplimiento de las órdenes que habia dado , y , hecho esto , ponerse en camino para España , á fin de dirigir allí las operaciones militares con la ac-

(1) Mal se comprende cómo pudo Napoleon tener esperanzas de que se prestaria á la paz Inglaterra. Hombre de tan superior entendimiento no parece que podia incurrir en tal error , si ya no es que le anublaba el juicio la soberbia. Si , gobernando los whigs , y aún M. Fox , tan amante de la paz , conoció la Gran-Bretaña serle imposible hacer con la Francia imperial una paz segura y verdadera , ¿ cómo , siendo ministros los tories , estando tan subidas de punto las pretensiones del Emperador francés , y teniendo éste dos enemigos poderosos y distantes entre sí que le llamaban la atencion , en suma , habiendo tenido en España revescos , y amenazándole por la parte del Austria peligros , habia el ministerio británico de prestarse á un ajuste que desde luego le era afrentoso , y á la larga le prometia grandes desventuras ? No cabe en lo posible creer que ignorase Napoleon cómo pensaba el pueblo de la Gran-Bretaña , á pun'to de figurarse que le indispondria con su gobierno con solo que esparciesen rumores de paz dos correos de gabinete. En 1806 , fuerza es repetirlo , volaron los sombreros al aire en señal de regocijo en la Bolsa de ventas de fondos (*stock exchange*) de Londres , al saber que estaban rotas las negociaciones é iba á proseguir la guerra. Y eso que entonces no habia habido batalla de Bailen , ni defensa de Zaragoza , ni tener los franceses que evacuar un reino como Portugal , ni todas las esperanzas que con mas ó menos motivo halagaban á los contrarios de Napoleon en 1808 , así como no se habia hecho el conquistador francés indigno de confianza , como lo era despues de su pèrvida conducta en Bayona.

Oct. 1808. *tividad y vigor de que él solia usar, y de que entonces mas que en ocasion alguna anterior necesitaba dar muestras, para quitar á Inglaterra el recurso del levantamiento de los españoles, y tener mas pronto disponibles sus ejércitos en caso de emprender de nuevo las hostilidades el Austria, lo cual juzgaba él posible que sucediese en la primavera siguiente. Era, entretanto, su anhelo dilatar la llegada de esta nueva crisis. Dar terrores á Inglaterra y desvanecérselos al Austria para infundir á aquella deseos de paz, y retraer á estotra de la idea de entrar en guerra, era el doble pensamiento que habia dictado sus últimas resoluciones.*

Convíertese
el ejército
grande en
ejército
del Rhin.

Para esto hizo nueva distribucion de las fuerzas que habia dejado en Alemania. Quitóles el nombre de *ejército Grande* para darle otro menos pomposo, que fué el de *ejército del Rhin*, y las puso bajo el mando del mariscal Davout, de todos sus mariscales el mas capaz para mantener un ejército en buen orden y disciplina. Quedó disuelto el cuerpo de ejército del mariscal Soult, el cual recibió orden de pasar en persona á España. De las tres divisiones del mismo cuerpo de ejército, la una mandada por el general Saint-Hilaire fué agregada al del mariscal Davout, ó sea al nuevamente llamado ejército del Rhin, y las otras dos, que obedecian á los generales Carra-Saint-Cyr y Legrand, dirigidas á Francia con trazas de ir al campamento de Boloña, pero muy pausadamente, de forma que pudiesen, siempre que de ello hubiese necesidad, ponerse en poco tiempo en las riberas de la parte superior del Danubio. Las divisiones de Boudet y Molitor recibieron orden de ir hácia Estrasburgo y Leon, como si fuesen de camino á Italia, pero de modo que les fuese

posible pasar en breve á Suabia y Baviera. El mariscal Davout con las tres divisiones que antes tenia á sus órdenes, mandadas por los generales Morand, Friant y Gudin, con la de Saint-Hilaire recién sacada del cuerpo de ejército del mariscal Soult, con la lucida division de Oudinot, toda ella de gente escogida ó de preferencia, con todos los coraceros, con crecido número de caballería ligera, y con una artillería magnífica, hubo de quedarse ocupando la orilla izquierda del Elba, estando acantonada la caballería en Hannover y Westfalia, y la infantería en las provincias de Franconia y Sajonia que habian sido parte del reino de Prusia. Iba á constar este ejército del mariscal Davout de sesenta mil hombres de infantería, doce mil coraceros, ocho mil húsares y cazadores á caballo, y diez mil soldados de artillería é ingenieros, que en total serian hasta noventa mil combatientes, la mejor gente de todos los ejércitos de Francia. En las riberas del mar del Norte quedaban seis mil franceses y otros tantos holandeses mandados por el principe de Pontecorvo, Bernadotte. Las cuatro divisiones que iban de vuelta á Francia podian, con solo hacer un movimiento de conversion por su izquierda, pasar á reforzar con no menos que cerca de cuarenta mil hombres á las fuerzas destinadas á sostenerse en Alemania. Con la planta nueva que añadía un quinto batallon á cada regimiento, en virtud de lo cual podia salir á campaña el cuarto, y con hacer uso de la conscripcion nueva, habia de ascender el ejército de que va ahora hablando esta historia hasta contar cerca de ciento y ochenta mil hombres.

Gracias á la misma nueva planta, todos los regi-

Oct. 1808.

mientos de Italia que tenían juntos en el cuerpo sus cuatro batallones habian de componer un total de cien mil hombres, de ellos ochenta mil de infantería, doce mil de caballería, y los restantes de artillería é ingenieros. Napoleon mandó aprovechar los últimos dias de octubre para que se incorporasen en las filas los conscriptos antes de llegar el invierno. Quería que en Italia estuviese todo pronto en el mes de marzo. El ejército de Dalmacia, titulado antes segundo cuerpo del ejército grande, desde que, despues de la batalla de Austerlitz, habia sido destinado, á las órdenes del mariscal Marmont, á ocupar las provincias dálmatas, pasó á llamarse primer cuerpo de ejército del de Italia, el cual con esto hubo de ascender hasta á ciento y veinte mil hombres.

Así Napoleon, desvaneciendo los temores del Austria con la distribucion y direccion que dió á sus fuerzas, se mantuvo, con todo, preparado á hacerle frente. Por otra parte, para dar susto á la Inglaterra, hizo grande ostentacion del movimiento de las dos divisiones de Carra-Saint-Cyr y Legrand hácia el campamento de Boloña.

Distribúyese
en ocho
cuerpos de
ejército el
de España.

Dió Napoleon al mismo tiempo las últimas órdenes relativas á cómo habia de componerse el ejército de España. Distribuyóle en ocho cuerpos de ejército, cuyo mando supremo se proponia él tomar, siendo el príncipe Berthier su mayor general, como solia. El primer cuerpo de ejército del antes grande, que habia ido de Berlin á Bayona en fines de octubre, siguió llamándose primer cuerpo del ejército de España, mandándole el mariscal Victor. El cuerpo mandado por el mariscal Bessières pasó á ser segundo del mismo ejér-

cito, siendo destinado á obedecer al mariscal Soult. El cuerpo del mariscal Moncey recibió el título de tercero del mismo ejército de España. La division de Sebastiani, agregándosele los polacos y alemanes, y mandando á éstos y aquella el mariscal Lefebvre, hubo de ser el cuerpo cuarto. El cuerpo quinto del ejército grande, bajo el mando de Mortier, que por orden expedida en Erfurt habia pasado de las márgenes del Rhin á los Pirineos, conservó su puesto y numeracion, siendo quinto cuerpo de ejército en el de España. El antes sexto cuerpo del ejército grande, recién llegado de Alemania, compuesto como lo estaba de las divisiones de Marchand y Bisson, y mandado por el mariscal Ney, fué tambien sexto cuerpo de ejército del nuevo, agregándole una tercera division lucidísima al mando del general Dessoles, formada de algunos de los regimientos viejos trasladados á la Península, con lo cual vino á quedar el mismo cuerpo con mas número de gente que el que antes en cualquier tiempo habia contado. El general Gouvion-Saint-Cyr, con las tropas de Duhesme encerradas en Barcelona, la columna de Reille, que se habia quedado delante de Figueras, y las divisiones de Pino y Souham, trasladadas del Piamonte al Rosellon, hubo de ser el séptimo cuerpo del ejército de España. Junot, con las tropas vueltas por mar de Portugal, armadas de nuevo y reforzadas, así como provistas de caballos y artillería, formó el octavo cuerpo del mismo ejército. El mariscal Bessières tomó á su cargo el mando de la reserva de caballería, compuesta de catorce mil dragones y dos mil cazadores á caballo. El general Walther tomó el mando de la guardia imperial, cuya fuerza era de hasta diez mil hombres. Todo

Oct. 1808. ello componia un conjunto de ciento y cincuenta mil hombres de tropas veteranas, que, juntas con los cien mil hombres que ya estaban allende los Pirineos, formaban el total enorme de doscientos y cincuenta mil combatientes. Tales esfuerzos se veia precisado á hacer Napoleon, porque, al comenzar su empresa de invadir á España, la habia acometido con un ejército harto corto en número y no bien aguerrido.

Del refuerzo de ciento y cincuenta mil hombres destinados á España, á lo menos cien mil salidos de Alemania é Italia á fines de agosto estaban ya en las faldas de los Pirineos en los últimos dias de octubre, siendo estas tropas los cuerpos de ejército primero, cuarto, sexto y séptimo, la guardia imperial y los dragones. El quinto cuerpo de ejército, mandado por el mariscal Mortier, que habia salido de Alemania bastante despues que los otros, y el octavo mandado por el general Junot, recién desembarcado por los ingleses en la Rochela, estaban todavía en marcha.

José, como poco antes va aquí referido, no habia parado de discurrir y ejecutar movimientos errados, ya por su derecha, ya por su izquierda, sin sacar de tal imitacion de las maniobras del Emperador su hermano otras resultas que cansar sin el menor provecho sus tropas, y quitarles toda confianza en la autoridad á la cual obedecian. Para dar digna cima á su cuitada campaña de otoño en las riberas del Ebro, habia proyectado, ó consentido que en su nombre proyectasen, un movimiento de ofensiva sobre Madrid, dejando á los azares de la guerra las comunicaciones del ejército con Francia, y á Napoleon el cargo de restablecerlas con los ciento y cincuenta mil hombres que traia de Ale-

Oct. 1808.

mania é Italia. Napoleon supo con lástima tan desvariada idea, y le escribió con este motivo, tratando del arte en que él era el mayor maestro conocido, cartas admirables y sobremanera instructivas, donde le mandaba estarse quieto en Vitoria, y dejar á los levantados españoles de su derecha mandados por el general Blake adelantar hasta Bilbao, y á los de su izquierda, que seguian á los generales Palafox y Castaños, adelantarse hasta Sangüesa, y aún mas allá, si querian, porque habiendo él de llegar muy pronto al centro, que era en Vitoria, con un golpe tremendo de fuerzas, podria revolver contra ellos, cogerlos por la espalda, desbaratarlos del todo, y acabar, como decia él, la guerra de un solo golpe. Sabió antes que el Emperador francés de París para Bayona el mayor general Berthier, para arreglar allí la plana mayor del ejército, y poner cada cuerpo en el lugar debido, de suerte que Napoleon, al llegar, no tuviese otra cosa que hacer que dar órdenes para los movimientos. Napoleon, habiendo abierto el Cuerpo Legislativo con corto aparato (1), y dado á M. de Talleyrand por encargo el de recibir á los miembros de uno y otro cuerpo, verlos, y tratarlos de continuo, dirigiéndolos por la senda tranquila y laboriosa que á la sazón seguian, y asimismo dejando á cargo de los señores de Romanzoff y Champagny el seguir la grande negociacion proyectada con Inglaterra, salió de París para pasar á Bayona.

Partida
de Napoleon
para España
el 29 de
octubre.

(1) Bien deberia esta historia decir algo de lo que entonces pasó en el Senado y Cuerpo Legislativo de Francia. Pero quizá lo calla por no recordar la vil sumision que entonces mostraron aquellos cuerpos.

Oct. 1808.

Sus parientes y allegados, y todos cuantos tenían empeño en la conservacion de su preciosa vida, le vieron con cierta clase de temor ir á exponerse á una tierra de fanáticos, donde el general Gobert habia muerto de un tiro disparado de entre unos matorrales. El, por su parte, reposado y sereno, y no haciendo mas caso de una bala de fusil disparada de entre matas, que habia hecho de los centenares de balas de cañon que surcaban el campo de batalla de Eylau, salió lleno de confianza y lisongeándose de que en breve podria causar á los ingleses algun desastre que los humillase.

Órdenes
dadas
en el ramo
de marina
para
que salgan á
la mar varios
cruceros.

Antes de ponerse en camino habia dado órdenes en el ramo de marina. Viéndose obligado á renunciar á sus agigantados proyectos por los mares, concebidos cuando se figuraba que podria dominar á España sin dificultad, y hacer de ella que contribuyese á sus gigantes expediciones, de nuevo se habia reducido á disponer meros cruceros. Habia mandado salir á la mar varias fragatas con el encargo de dejar en las colonias soldados y viveres, y de traer de ellas azúcar y café por cuenta del comercio, dándose de paso al corso. Habia mandado, ademas, establecer dos cruceros de alguna fuerza, mandado uno de ellos por el contra-almirante L'hermite, que con tres navíos y algunas fragatas saldria de Rochefort, y el otro al mando del capitán de navío Troude, que, asimismo, con tres navíos y algunas fragatas daría la vela del puerto de Lorient, los cuales ambos habian de tocar en las orillas del Guadalupe y Martinica, de desembarcar en ellas tropas y viveres, y de traer de allí frutos ultramarinos, dirigiéndose á su vuelta al puerto de Tolon. Por último, mandó á su escuadra de Flessinga que zarpase á la primera

Oct. 1808.

ocasion favorable, y se dirigiese, ó por el canal de la Mancha, ó, dando vuelta á las islas Británicas, al Mediterráneo. Seguía resuelto á probar, antes de hacer la paz, una grande empresa contra Sicilia para agregarla al reino de Nápoles. Murat acababa de apoderarse de la isla de Cáprea, y Napoleon no carecia de esperanzas de ver enteramente formado otra vez el reino de las Dos-Sicilias, bajo un príncipe belicoso ayudado por la marina francesa.

Mientras iba de viaje para España el Emperador francés, habian de seguir, estando él ausente, las negociaciones, segun va poco antes referido en esta historia, dirigiéndolas los señores Champagny y de Romanzoff, con arreglo á consejos de M. de Talleyrand. Costó trabajo á los correos salidos de Boloña aportar á Inglaterra, porque estaban dadas órdenes rigurosas á todos los cruceros de la marina británica de no dejar pasar buque alguno parlamentario. Sin embargo, un oficial de marina muy hábil, que mandaba el bergantin donde iban embarcados los mensajeros, atravesó sin tropiezo la línea de los cruceros ingleses, y fué á desembarcar en las Dunas. Al principio hubo dificultades para dar entrada á los dos correos, pero luego fué dada licencia para pasar á Lóndres al ruso, mandando al francés quedarse en el lugar á que habia arribado. Al cabo, por mandado de M. Canning, tuvo tambien éste último permiso de pasar á Lóndres. Fueron tratados ambos correos con sumas atenciones, pero quedaron bajo la vigilancia de un correo inglés, que no se apartó de su lado un solo instante, y salieron despachados de vuelta, á las cuarenta y ocho horas de su llegada, con un mero acuse de recibo para los seño-

Intentos
de
negociacion
con
Inglaterra.

Cómo
son recibidos
en Lóndres
los correos
francés y
ruso.

Oct. 1808. res de Champagny y de Romanzoff, participándoles que luego se daría respuesta al mensaje de los dos Emperadores.

Un recibimiento hecho con tanta desconfianza, acompañado de usarse tal precaucion con los dos correos, no daba señales de tener los ingleses el menor deseo de abrir comunicaciones con el continente. En efecto, no estaban los ánimos dispuestos á la paz al otro lado del estrecho de Calés. Aunque, en general, la nacion inglesa se mostraba siempre dispuesta á aceptar proposiciones de paz, siempre que eran hechas algunas á su gobierno, y aunque solia vituperar la obstinacion de su ministerio en proseguir la guerra, en esta ocasion mostraba muy otras inclinaciones. Nacia esta diferencia en la disposicion de las gentes de varias causas. En primer lugar, si, recien hecha la paz de Tilsit, habia asustado á los ingleses la guerra que amenazaba con todo el continente, así como habia sucedido en 1801, pronto se les habia desvanecido el temor, viendo que las consecuencias de la guerra general no eran, bien mirado, para la Gran-Bretaña muy graves, porque no por ello tenia que habérselas con un solo contrario mas real y efectivo, y, siguiendo en ser dominadora del Océano, podia burlarse de los esfuerzos de todos sus adversarios. Lo poco que estos podian contra el poder británico llenaba á los ingleses de altivez, estando su gobierno desahogado para hacer cualesquiera movimientos, por lo mismo que á nadie tenia que guardar contemplaciones, y creyéndose capaz de acometer mas empresas, únicamente con la mira á su propio provecho. Si es verdad que parecia cerrado para Inglaterra el continente desde uno

Muéstrase la nacion inglesa, contra su costumbre, nada inclinada á la paz.

á otro extremo, no lo estaba tanto que no se introdujesen, así por la parte del Norte, como por del Mediodía, y señaladamente por Trieste, copiosa cantidad de géneros. Los novísimos sucesos de España procuraban á los ingleses ventajas inmensas mercantiles, abriéndoles los puertos de la Península, y asegurándoles el aprovechamiento casi exclusivo de las colonias españolas que todas se habían levantado contra el rey José. Hallóse, pues, allí de súbito Inglaterra con una salida grandísima para sus mercaderías, y con una ocasion de, ó tomar para sí, ó impeler á hacerse independientes, las hermosísimas colonias de España; brillante desquite del levantamiento de los Estados-Unidos; de modo que había venido á parar lo hecho en España por Napoleon, aún habiendo forzado á la Rusia á declararse contra la Gran-Bretaña, en no dar á ésta un solo contrario mas, pues, cerrándole mal los puertos del Norte de Europa, le había abierto los del Mediodía, y con ellos los de toda la América española. Además, el alzamiento de España acababa de levantar en el continente un aliado de la Inglaterra, y éste el único que desde 1802 había conseguido sobre tropas francesas la menor ventaja notable. No hay pueblo en el mundo que con mas facilidad se encapriche apasionado en favor de una cosa ó persona que el grave pueblo de la Gran-Bretaña, y estaba entonces enamorado de los levantados españoles, así como lo ha estado en nuestros dias de todos cuantos en donde quiera se han levantado contra sus gobiernos respectivos. Admiraba en ellos el generoso desinterés y el valor incomparable, y, no viendo en la victoria de Bailen mas que las resultas, sin averiguarle las causas,

Oct. 1808. estaba á punto de declarar á los que triunfaron en aquella jornada como iguales á los franceses , cuando menos. El Austria , aunque en las apariencias habia roto sus relaciones con el gobierno británico , seguia , á la callada , dándole muestras de estar con él en buena inteligencia , no paraba en sus armamentos , y , segun era probable , iba á empezar otra vez la guerra con Francia. Notábanse , pues , reviviendo por todas partes las antes casi muertas esperanzas de una contienda , y , como conocian esto los ingleses , no era momento aquel de pensar en una paz , cuya condicion primera habia de ser dejar definitivamente sujeta á Napoleon la segunda potencia marítima del continente , que era entonces todavía España. Por fin , un acaso , una mera casualidad , tenia acaloradas en la misma hora todas las cabezas inglesas. El convenio de Cintra habia parecido una debilidad indigna de los generales británicos , pues , comparando el público inglés tal convenio con la capitulacion de Bailen , y sentido de no haber alcanzado sobre los franceses una ventaja tan completa cuanto lo habia sido la conseguida por los españoles , porque sustentaban que el general Junot despues de la jornada de Vimeiro estaba en situacion no menos mala que la del general Dupont despues de la refriega de Bailen , lo cual era falso , estaba indignado de que al general del ejército francés de Portugal hubiesen sido concedidas condiciones cien veces mas ventajosas que las á que hubo de acceder el general de los franceses en Andalucía , y sentia con pasion viva quedar privado del placer que se habia prometido gozar , placer sin igual para ánimos de ingleses , cual era el de ver desfilar por las orillas del Támesis un ejército francés prisionero.

Gran desate de enojo en Inglaterra contra el convenio de Cintra , y poca disposicion en el pueblo y gobierno inglés á tener contemplaciones con la Francia.

Era, en punto al convenio, tal en Inglaterra la ira con el ministerio, que rayaba en demencia, de suerte que habia sido forzoso nombrar un tribunal militar, ó gran consejo de guerra, para juzgar á los generales ingleses victoriosos. El mismo sir Arturo Wellesley veia en mal lugar su opinion, así como la de sir Hew Dalrymple, por la conducta seguida con Junot, si bien al primero daban todos alabanza por sus operaciones militares. Por cierto, cuando la opinion del pueblo británico, en vez de vituperar, como antes, el encarnizado ódio de su gobierno á los franceses, le culpaba por haberse extremado con ellos en la indulgencia, no era la hora oportuna para hacer proposiciones de paz. El ministerio de M. Canning y lord Castlereagh, que seguia y llevaba al extremo el sistema político de M. Pitt, habria temido verse acusado, aun con mas violencia que los generales, si en tales circunstancias hubiese prestado la menor atencion á ofrecimientos de paz hechos por el gobierno francés. Así, ya por una causa y ya por otra, iban sucesivamente malográndose las ocasiones de avenirse Napoleon con la Gran-Bretaña; en 1806, cuando vino á Paris lord Lauderdale, por estar entonces la Francia resuelta á proseguir y llevar á remate la conquista del continente; y en 1807, recién hecha la paz de Tilsit; y en 1808, al terminar las vistas de Erfurt, por estar Inglaterra resuelta á continuar y llevar á efecto cumplido la conquista de los mares. Sin embargo, no obstante estar entonces poco dispuesta Inglaterra á entrar en tratos, no se habia atrevido el gobierno británico á la faz de toda Europa y de la nacion inglesa á negarse perentoriamente á dar oidos á palabras de paz. Así que, pasados algunos dias de la

Oct. 1808.

llegada de los correos, respondió á los señores de Champagny y de Romanzoff en un message, de que fué portador á París un correo de gabinete inglés.

Respuesta
dada por
el ministerio
británico
al message
de los dos
Emperadores

Decia el message del gobierno británico que la Inglaterra, si bien habia recibido con frecuencia proposiciones de paz, que habia tenido poderosos motivos para no creer sinceras, nunca se negaria á dar oidos á tal clase de proposiciones, aunque, si, exigia que fuesen conformes á su honor las que se le hiciesen. Y en esta ocasion, renunciando á argumentar sobre el principio fundamental de las negociaciones, el cual era el del *uti possidetis*, que daba poco lugar á la censura, por ser el mismo asentado por el gobierno británico en todas las épocas anteriores, sentaba el message que el honor y el deber dictaban á la Inglaterra exigir que fuesen comprendidos en la negociacion todos sus aliados, y, así como los demas, los levantados españoles, á pesar de que no estaba ligada con ellos por un tratado formal y solemne. Pero, á falta de semejante lazo, el comun interés, la generosidad y las numerosas relaciones con ellos contraidas no consentian desampararlos. Con esta condicion, declaraba M. Canning, que estaba pronto el gobierno inglés á nombrar plenipotenciarios, y á enviarlos al lugar que para negociar se señalase.

Exige
la Inglaterra
por
condicion
esencial de
una
negociacion
de paz que
sean com-
prendidos en
ella los
levantados
españoles.

Bien sabia el gobierno británico que, al solicitar que fuesen parte en las conferencias que habrian de abrirse para tratar de la paz los levantados españoles, imposibilitaba toda negociacion, porque entre los reyes de España José y Fernando VII no cabia imaginar avenencia, siendo entre ellos todo ó nada, Madrid ó Francia, así para el uno como para el otro.

Recibido que hubieron los señores de Romanzoff y de Champagny esta respuesta, acompañada de disculpas dadas solo al conde de Romanzoff por que no respondia el rey de la Gran-Bretaña en derechura al mismo emperador de Rusia, y, sí, los ministros ingleses al ruso y francés, atendiendo á que uno de los dos Emperadores no estaba reconocido por la Inglaterra, se vieron en no leve apuro. Cargar con la responsabilidad de dar una afirmativa ó una negativa rotunda á la condicion esencial propuesta por los ingleses, la cual era hacer parte en las negociaciones á los levantados españoles, hubo de parecerles grande atrevimiento, aun cuando obrasen siguiendo los consejos de M. de Talleyrand. Así pues, resolvieron referirse sobre ello á Napoleon, y entretanto procedieron con M. Canning, como éste habia procedido con ellos, y se contentaron con acusar pura y simplemente el recibo de la carta del gobierno inglés, remitiendo á otro dia enviar la respuesta.

El conde de Romanzoff, que desde luego tenia tanta priesa de llevar á feliz terminacion las negociaciones con la córte de Lóndres, para poder hacerse cuanto antes con las provincias linderas del Danubio, ya venido á París, y públicamente empeñado en una tentativa de paz con la Inglaterra, ponía de todas veras su amor propio en darle próspero remate, estando, por otra parte, bien y claramente estipulado en el convenio de Erfurt que, en todos los casos posibles, habian de ser seguramente de la Rusia las provincias de Finlandia, Moldavia y Valaquia. Fué, pues, de parecer, conviniendo en ello los señores de Talleyrand y de Champagny, de que en el mensaje inglés y en la pre-tension en él contenida de que tuviesen parte en la

Oct. 1808.

Apuro
del conde de
Romanzoff
y de M. de
Champagny
rela-
tivamente á
la condicion
propuesta
por el
ministerio
inglés.

Remítense
á Napoleon
ambos
ministros
sobre
la respuesta
que
hay que dar.

Sosiegase
en el conde
de
Romanzoff
la
impaciencia
de que
llegue á estar
la Rusia
en posesion
de las
provincias
linderas del
Danubio,
con
la esperanza
de llevar
á feliz
término las
nego-
ciaciones
emprendidas
con
Inglaterra.

Nov. 1808. negociacion propuesta todos los aliados de Inglaterra, incluso los levantados españoles, nada habia tan absoluto en la forma que hiciese imposible entenderse las opuestas partes. Fundados los tres en este motivo, escribieron al Emperador francés, suplicándole que diese una respuesta tal que permitiese entablar los tratos y verificarse una reunion de plenipotenciarios.

Desea el ministro ruso dar largas á las negociaciones, y lo expresa así con sus compañeros escribiendo á Napoleón.

Dado Napoleón enteramente á las atenciones de la guerra deja á los señores de Romanzoff, de Champagny, y de Talleyrand, dirigir la negociacion como mejor les parezca.

Napoleon estaba en aquellas horas á orillas del Ebro, embebido todo en la guerra, y lleno de esperanzas de acabar con los españoles é ingleses, y, dominado ya por estos pensamientos nuevos, no daba la importancia que habia dado poco antes á los tratos con Inglaterra. El mensaje de M. Canning no le dejaba la menor ilusion, y solo contaba para vencer la obstinacion del gobierno de Lóndres con hacer que llevase un gran desastre el ejército británico. Por lo mismo, estaba mas dispuesto á dejar al cuidado ageno proseguir el empezado trato de paz, y así permitió á los tres diplomáticos que estaban en París responder segun creyesen mas conveniente, con tal que los levantados españoles quedasen formalmente excluidos de ser parte en las negociaciones. Dictó, pues, y remitió un modelo de respuesta, autorizando á los señores de Champagny, de Romanzoff y de Talleyrand á enmendarla á su gusto, lo cual hicieron ellos moderándola notablemente. El nuevo mensaje de los gobiernos francés y ruso, llevado á Lóndres por los mismos correos que el anterior, refutaba algunas expresiones ofensivas del mensaje inglés, y luego admitia sin dificultad á todos los aliados de Inglaterra á tener parte en la negociacion, menos á los españoles levantados, que no eran otra cosa que rebeldes, y no podian representar á Fernando VII, pues

éste estaba en Valencey, desaprobando el levantamiento, y confirmando la renuncia que habia hecho de la corona de España.

Al recibir el gobierno británico esta segunda nota, temiendo desanimar á sus nuevos aliados, ya en España, ya en Austria, con rumores de paz que enfriasen el ardor fanático de los unos, ó detuviesen los preparativos de guerra de los otros, resolvió romper de pronto una negociacion que no estimaba útil ni sincera. Como tenia en su poder documentos que probaban no querer la Francia conceder cosa alguna á los levantados españoles, que en Inglaterra tenian á su favor en sumo grado el aura popular, nada recelaba desagradable en el parlamento, planteándose en él la cuestion como habia de plantearse. Así que, respondió con una declaracion perentoria muy ofensiva á Rusia y Francia, y cuya esencia y tenor eran decir que no era posible paz alguna con dos córtes, de las cuales una destronaba y encarcelaba á los reyes legítimos, aun siendo sus amigos, y la otra dejaba tratar indignamente á los soberanos, naciendo su tolerancia de motivos interesados; que, dejando esto aparte, las proposiciones de paz hechas á la Inglaterra eran ilusorias, y solo imaginadas para desanimar á los pueblos generosos que ya habian sacudido el yugo opresor de la Francia, y los que estaban preparándose á sacudirle, y que debian ser consideradas las comunicaciones como definitivamente rotas, prosiguiéndose la guerra con el vigor que requerian las circunstancias.

Veíase claro que, contando en aquella ocasion la Inglaterra con estar cercana la renovacion de las hostilidades, habia recelado entibiar, si seguia las nego-

Nov. 1808.

Súbita
resolucion
del gobierno
británico,
el cual,
dando á las
pro-
posiciones de
paz por
respuesta la
negativa á
aceptarlas
acaba con
toda
negociacion.

Nov. 1808. ciaciones, el ardor de los españoles y austriacos. M. de Talleyrand tuvo el pesar que solia tener, el cual redundaba muy en su honor, todas cuantas veces veia malograrse una tentativa de paz. El conde de Romanzoff quedó picado de las alusiones ofensivas á su córte hechas por el gobierno inglés, y pesaroso de no haber salido con su intento, pero consolado de ver á la Rusia ya en libertad de dar inmediatamente principio á sus operaciones en Oriente. M. de Champagny, dado todo con vivo celo á su Emperador, cuyas ideas admiraba, y en cuya fortuna seguia confiado, no vió en la negativa de la Inglaterra mas que una ocasion de nuevas guerras y nuevos triunfos para su señor, á quien reputaba invencible. El público, apenas enterado de lo que pasaba, reparó poco en ello, puestas su atencion y esperanzas únicamente en las resultas decisivas que de sí iba á dar la presencia de Napoleon en España.

Mientras así respondia la Inglaterra á las declaraciones de la Rusia y de la Francia, no se mostraba el Austria mas amistosa en sus respuestas, pues, aunque protestaba ser su intencion mantenerse en paz, y, en efecto, proseguia, con menos ruido, en sus preparativos de guerra, recibia con amargura la proposicion hecha por los dos gobiernos para que reconociese por rey de España á José, y declaraba que, hasta tener conocimiento de lo que habia pasado en Erfurt, no declararia su sentir respecto á la mudanza hecha en el trono español, añadiendo que le era indispensable saber con certeza lo resuelto entre los Emperadores ruso y francés para proceder á las claras y con pulso en lo que resolviese. Así en la forma como en la esencia de esta declaracion se mostraba el enojo profundo de que

estaba poseido el gobierno austriaco. Era, pues, evidente que tendria Napoleon tiempo de hacer una campaña en la Península, pero de hacer una y no mas. De la superioridad de su mente, y del mérito de sus tropas esperaban las gentes que la campaña fuese decisiva. El público francés, acostumbrado á la guerra, y acostumbrado, sobre todo, mientras era regido por aquel su señor omnipotente, á dormir arrullado por el estampido de los cañonazos, cuyos lejanos ecos solo anunciaban victorias, permanecia tranquilo y confiado, no obstante lo triste y aún lo aciago de la guerra emprendida allende los Pirineos contra el fanatismo de una nacion entera. El lustre del espectáculo dado al mundo en Erfurt todavia tenia deslumbrados á todos, y les encubria que la situacion de las cosas era una llena de peligros reales y verdaderos.

FIN DEL LIBRO TRIGÉSIMOSEGUNDO.

LIBRO XXXIII.

SOMOSIERRA.

Llegada de Napoleon á Bayona.—Mal cumplimiento dado á gran parte de las órdenes que habia expedido. — Cómo remedia este mal. — Va Napoleon á Vitoria.—Ardor de los españoles en sustentar una guerra que habian empezado consiguiendo ventajas.—Proyecto de que arme España quinientos mil hombres.—Rivalidad entre las juntas provinciales y formacion de una junta central en Aranjuez.—Direccion de las operaciones militares de los españoles.—Plan de campaña de los mismos.—Distribuyen los levantados sus fuerzas en tres ejércitos que llaman de la izquierda, del centro, y de la derecha.—Encuentro prematuro entre el cuerpo de ejército del mariscal Lefebvre y el ejército del general Blake delante de Durango.—Combate de Zornoza.—Son arrollados los españoles.—Llegado Napoleon á Vitoria, mejora la posicion de sus cuerpos de ejército, y forma el proyecto de dejar á sus contrarios adelantarse á envolverle por sus dos alas, y caer él con impetu sobre Burgos, revolviendo en seguida sobre Blake y Castaños y cogiendo á uno y otro por la espalda.—Ejecucion de este proyecto.—Marcha sobre Burgos el segundo cuerpo de ejército francés mandado por el mariscal Soult.—Batalla de Burgos, y toma de esta ciudad.—Los mariscales Victor y Lefebvre opuestos al general Blake, le persiguen con furioso empeño.—Da Victor con Blake en Espinosa y le desbarata y dispersa su ejército.—Movimiento del tercer cuerpo de ejército francés mandado por el mariscal Lanres sobre el español de Castaños.—Maniobra hecha por la espalda de Castaños, para lo cual va enviado á los montes de Soria el mariscal Ney.—Batalla de Tudela y derrota de los ejércitos españoles del centro y de la derecha.—Libertado ya Napoleon de los grandes ejércitos de los levantados españoles, adelanta hácia Madrid, sin atender á los ingleses, á los cuales desea atraer á internarse en la Península.—Marcha á la cordillera de Guadarrama.—Brillante combate de Somosierra.—Preséntase el ejército francés delante de las tapias de Madrid.—Esfuerzos de Napoleon para excusar á la capital de España los horrores de una toma por asalto.—Ataque dado á Madrid, y rendicion de esta capital.—No quiere Napoleon que entre en Madrid su hermano ni entra él.—Disposiciones del Emperador francés en lo político y en lo militar.—Abolicion de

Nov. 1808.

la inquisicion, de los derechos feudales y de una parte de los conventos.—Vienen á Madrid con sus tropas los mariscales Leiebyre y Ney, y pasa á Castilla la Vieja el mariscal Soult á operaciones ulteriores contra los ingleses.—Operaciones en Aragon y Cataluña.—Lentitud irremediable en el sitio de Zaragoza.—Campana del general Saint-Cyr en Cataluña.—Pasa este general la frontera.—Sitio de Rosas.—Marcha hecha con habilidad para no acercarse á las plazas de Girona y Hostalrich.—Encuéntanse uno con otro en Cataluña los ejércitos francés y español y dándose batalla en Cardedeu.—Entra el general Saint-Cyr triunfante en Barcelona.—Sale de allí inmediatamente el mismo general á tomar el campamento español del Llobregat, y alcanza victoria en Molins del Rey.—Continuacion de los sucesos en el centro de España.—Llegada del mariscal Lefebvre á Toledo y del mariscal Ney á Madrid.—Noticias del ejército inglés traídas por desertores del mismo.—Reunido el general Moore en Benavente con la division de sir David Baird adelanta yendo al encuentro del mariscal Soult.—Maniobras de Napoleon para caer sobre un costado de los ingleses y envolverlos.—Salida de Madrid del mariscal Ney con las divisiones de Marchand y Maurice-Mathieu, y de Napoleon con las de Lapisse y Dessoles y la guardia imperial.—Pasa Napoleon el puerto de Guadarrama.—Tempestad, lodazales profundos y dilaciones inevitables.—Avisado el general Moore del movimiento de los franceses, se pone en retirada.—Va siguiéndole Napoleon hasta llegar á Astorga.—Recibe correos de Paris el Emperador francés que le obligan á pasar á situarse en Valladolid.—Encomienda al mariscal Soult la obra de perseguir al ejército inglés.—Retírase el general Moore, yendo el mariscal Soult dándole alcance.—Desórdenes y destrozos en esta retirada.—Encuentro de los opuestos ejércitos en Lugo.—Vacilacion del mariscal Soult.—Llegada de los ingleses á la Coruña.—Batalla de la Coruña.—Muere en la batalla el general Moore y embárcanse los ingleses.—Pérdidas de los ingleses en la recién concluida campana.—Ultimas instrucciones que da antes de salir de España Napoleon, el cual se pone en camino para Paris.—Plan para conquistar la parte meridional de España, dando antes al ejército francés un mes de descanso.—Movimiento del mariscal Victor sobre Cuenca para dejar definitivamente el centro de España limpio de fuerzas de los levantados.—Batalla de Uclés, en que cae prisionera de guerra la mayor parte del ejército del duque del Infantado, que antes era de Castaños.—Obrando la influencia de tales prósperos sucesos, entra por fin en Madrid José, con consentimiento de Napoleon, y es bien recibido en la capital de España.—Parece España dispuesta á someterse.—Solo Zaragoza presenta un punto de resistencia en las regiones del centro y norte de España.—Con qué clase de dificultades tropiezan los sitiadores de la capital de Aragon.—Pasa el mariscal Lannes, por orden de Napoleon, á activar las operaciones del sitio de Zaragoza.—Vicisitudes y horrores del sitio por siempre memorable de la capital de Aragon.—Heroismo de españoles y franceses.—Rendicion de Zaragoza.—Carácter y fin de la segunda campana de los franceses en España.—Qué probabilidades favorables tenia José de llegar á reinar.

Llegada
de Napoleon
á Bayona.

HABIENDO salido de Paris para Bayona muy apresurado Napoleon, encontró á su paso estropeados y

perdidos los caminos por lo malo de la estacion y la gran cantidad de carros del ejército que por ellos habia pasado, así como faltas de caballos las casas de postas, de lo cual se enojó mucho contra las direcciones del uno y otro servicio. Llegado que fué á Montde-Marsan montó á caballo para atravesar las Landas corriendo á la ligera. El 3 de noviembre llegó á Bayona á las dos de la madrugada. Al momento mandó venir al principe Berthier para saber de éste la situacion de las cosas todas, y para que él mismo le diese parte de si estaban cumplidas sus órdenes. Nada habia sido ejecutado como él lo habia dispuesto, ni con la presteza que lo queria, no obstante ser el soberano mas previsor y absoluto del mundo, y el mejor obedecido por los empleados.

Habia exigido que estuviesen juntos en Bayona hasta veinte mil conscriptos de las clases atrasadas, todos sacados de la parte meridional de Francia, á los cuales destinaba á formar los cuartos batallones (1) de los regimientos que estaban en España en servicio activo. A lo mas habian llegado cinco mil hombres de esta gente. Contaba con encontrar cincuenta mil capotes, ciento y veinte y nueve mil pares de zapatos, y una cantidad á estas proporcionada de vestuarios, debiendo llegar lo demas segun fuese haciendo falta, y solo se halló con siete mil de los primeros y quince

Nov. 1808.

En
qué estado
lo encuentra
todo.

No está
cumplida
una parte de
las órdenes
dadas por
Napoleon
y por qué no
lo está.

(1) Ya habrán visto los lectores de esta historia en el libro de ella que antecede que Napoleon habia aumentado todos los regimientos hasta hacer que constasen de cinco batallones, disponiendo que hubiese cuatro de éstos en activo servicio en los empleados en Alemania, quedando el quinto de depósito á orillas del Rhin, y que los empleados en España tuviesen consigo tres batallones allende los Pirineos, otro en Bayona de primer depósito, y el quinto en lo interior de Francia en calidad de segundo depósito.

Nov. 1808.

mil pares de los segundos. Ahora pues, lo que él tenía en mas precio, segun en otro lugar de la presente historia va dicho, y particularmente para campañas de invierno, era el calzado y capotes de la tropa, por lo cual hubo de quedar muy descontento de que así faltasen. Cuando tan poco adelantado estaba el surtido de vestuario, el de provisiones era crecidísimo, lo que era un disparate, porque Castilla rebosaba en víveres, siendo en ella abundantísimos los granos y el ganado, sin contar el vino, el cual es inútil decir que es el mas rico producto de los campos de la Península. Las mulas, que habia mandado Napoleon comprar en grandísima cantidad, eran todas de cuatro años y medio, por no haber otras; edad muy tierna para que estuviesen aptas á hacer buen servicio; siendo esto de sentir todavía mas que todo lo restante, porque cabalmente hacian mayor falta en España los medios de transportar en ruedas, por la mala calidad de los caminos, y por ser comun hacerse á lomo de bestias casi todas las conducciones. Además, habia Napoleon dado órdenes de que las tropas procedentes de Alemania se reconcentrasen entre Bayona y Vitoria, y no comenzasen operacion alguna, y hasta de que se consintiese á los levantados adelantarse por los costados derecho é izquierdo de los franceses á envolverlos, siendo parte de su plan dejar á los generales españoles en su ridícula pretension de cercar á sus contrarios empeñarse muy adelante por las alas del ejército francés. Esto no obstante, las lucidas tropas sacadas del ejército grande habian sido desparramadas precipitadamente por todos los pueblos donde veian amenazar peligros los tímidos generales que asistian á José. Por

último, el mariscal Lefebvre, á cuyo cargo estaba el mando del primer cuerpo de ejército, cediendo al aliciente de una ocasion que se presentó de pelear con los españoles en Durango, los habia desbaratado; ventaja de ningun valor para Napoleon, que siempre gustaba, y á la sazón tenia necesidad, de alcanzar triunfos extraordinarios.

Por grandes que fuesen los tropiezos que habia encontrado Napoleon, mal podia, sin injusticia, achacarlos, ó á su imprevision propia, ó á descuido de sus servidores, pues dependian de la misma naturaleza de las cosas, que desde algun tiempo hasta entonces iban siendo forzadas en todo cuanto él emprendia. En efecto, habia dado, á lo mas, dos meses de término para hacer en las inmediaciones de los Pirineos preparativos de una guerra de desmesurada grandeza; y si dos meses bastaban quizá para tanto en las orillas del Rhin, ó por las faldas de los Alpes, donde habia tantos años que estaban aglomerándose todos los recursos del Imperio, eran plazo muy corto cerca de los Pirineos, pues en el espacio de trece años corridos desde 1795 no se habia dirigido allí cantidad alguna notable de cosas pertenecientes á una campaña, habiendo estado Francia y España en todo aquel tiempo en paz continua una con otra. Por otra parte, los empleados en la administracion militar, no conociendo todavia la naturaleza y necesidades del pais que iba á ser nuevo teatro de la guerra, enviaban, por ejemplo, víveres donde deberian haber enviado vestuario. Agregábase á esto haber mudado muy de repente las cantidades de todo lo necesario, pues, con haber una fuerza antes de sesenta ú ochenta mil conscriptos pasado á ser de hasta

Nov. 1808. **doscientos y cincuenta mil hombres**, la prevision de todos se quedaba corta. Por otro lado, si estaban desparramadas en varios lugares las tropas en vez de estar concentradas en Vitoria, nacia ello de que el estado mayor de José, donde no figuraban todavía los alentadísimos generales formados por Napoleon en su propia escuela, se turbaba, no bien veía una apariencia de peligro, y enviaba las tropas recién llegadas donde quiera que asomaba fuerza enemiga. Por último, aun el mismo mariscal Lefebvre solo se habia dejado llevar de su intempestivo deseo de trabar batalla, porque, donde no estaba en persona Napoleon, se aflojaban los lazos del mando hasta quedar con poca fuerza (1).

(1) Aquí vendrá bien citar una carta muy curiosa del mariscal Jourdan, jefe del estado mayor de José, á cuyo cargo estaba mandar todo el ejército francés, cuando Berthier y Napoleon estuviesen ausentes.

El mariscal Jourdan al general Belliard.

— Vitoria 30 de octubre de 1808.

» Mi querido general. A pesar de la mala voluntad de todos y de cada uno de por sí, están el general Morlot en Lodosa, y el mariscal Ney en Logroño. El enemigo nos ha dejado tiempo de ir de aquí para allí, y situarnos segun nos conviene.

» El general Sebastiani habia recibido orden de dejar en Murguía el regimiento de dragones núm. 4, pero, como cada cual hace lo que mas le acomoda, se ha llevado consigo, segun me han dicho, la mitad del mismo regimiento con su coronel, de modo que va á meter la mitad de un regimiento de dragones en una tierra donde es casi imposible andar á caballo. ¡Ah! mi querido general, si pudieseis contribuir á sacarme de la maldita galera en que estoy, me hariais un favor grandísimo. ¡Por cuán afortunado me tendria en irme á plantar mis coles si hubiesen de seguir las cosas como están y van!

» El rey ha recibido esta noche pasada una parte del mariscal Victor dado desde Mondragon. Este señor mariscal se queja con algo de acoloramiento de que se le tenga detenida en Durango una de sus divisiones. Tal vez habria preferido encontrarse con el enemigo en Mondragon y Salinas. Cada cual tiene su gusto y ve las cosas á su modo.

» Grandes deseos tiene el rey de mandar atacar al enemigo en Durango, pero, segun creo, teme que el Emperador desaprobe que así se haga. No sé todavía qué resolverá Su Magestad, pero, de cierto, es seguro el triunfo si se da el ataque. Verdad es que si esperamos toda-

Napoleon gastó el día 3 de noviembre en manifestar de viva voz ó por escrito su extremado descontento á los empleados que tan mal habian entendido y cumplido sus órdenes, y, lo que era mejor, en remediar desaciertos y dilaciones mas ó menos inevitables que daban motivo á su disgusto (1). Mandó rescindir todas

Nov. 1808.

Napoleon, empleado un día en remediar el mal cumplimiento dado á sus órdenes, sale de Bayona para Vitoria.

vía unos pocos días, y nos hace el señor Blake el favor de estarse donde ahora está, trabajo habrá de costarle salir. La obstinacion de este general me parece cosa muy extraordinaria. ¿Espera acaso refuerzos venidos por mar? Siendo así, bueno seria desbaratarle desde luego. Pero ¿cómo ha de tomar un partido quien no es dueño de tomarle?

»Os escribo, mi querido general, todo cuanto pienso, todo cuanto sé, y todo cuanto pasa. No tengo otro deseo ni otro interés que ver triunfar las armas del Emperador, y al rey sentado en el trono de España. Si puede ser de algun provecho lo que os escribo, haced uso de ello como mejor os pareciere.”

(1) Tambien vendrá á cuento poner aquí dos cartas de Napoleon al ministro Dejean, notables por expresar qué pensaba el Emperador en punto á la administracion por el Estado y las contratas.

Al ministro Dejean, director de la administracion de la guerra.

“ Bayona 4 de noviembre de 1808.

»Os acompaño un parte que me da el comisario ordenador. Por él veréis cuán indignamente servido estoy. Todavía no tengo mas que mil y cuatrocientos vestuarios, y siete mil capotes en vez de cincuenta mil, y quince mil pares de zapatos en lugar de ciento y veinte mil. De todo carezco: el vestuario va lo peor posible, y mi ejército va á salir á campaña desnudo, pues nada absolutamente tiene. Los conscriptos no están uniformados, y vuestras órdenes y partes no pasan de ser papel emporcado. Lo que necesitaba yo eran convoyes; y debían estar algunos ya de camino en toda regla, viniendo al frente de ellos un oficial, ó un oficinista, con lo cual habria seguridad de que llegasen.

»Adjuntos os remito oficios del prefecto de la Gironda, y un parte que da el inspector de revistas Dufresne: por estos documentos vereis que todo se vuelve robo y despilfarro. Mi ejército está desnudo, y, con todo, así sale á campana. No por esto he dejado de gastar mucho dinero, pero ha sido como tirarle al agua.”

Al ministro Dejean, director de la administracion de la guerra.

“ Tolosa 5 de noviembre de 1808.

»Los víveres que hay en Bayona exceden á lo que puede consumirse. En España no hay falta de viveres, y, sobre todo, no la hay de ganados ni de vino. Acabo de dar orden de que no venga la reserva de

Nov. 1808. las contratas no llevadas á cumplido efecto por los asen-
tistas , y crear inmediatamente en Burdeos talleres de
sastre donde se empleasen los paños de las fábricas de
las provincias vecinas en hacer uniformes. Dió órden
para que no enviasen allí mas granos ni ganado , á fin
de que fuesen empleados en el vestuario y calzado to-
dos cuantos recursos habia , apresuró la marcha de los
conscriptos para llenar con ellos los cuadros , mandó
construir en Bayona barracas para acuartelar en ellas
los cuartos batallones , pasó revista á las tropas que
iban llegando , y envió á las direcciones y administra-

bueyes , porque es inútil , y con que no venga se ahorran dos mi-
llones.

»Lo que necesito es capotes y zapatos. Nada me haria falta si se hu-
biesen cumplido mis órdenes , pero ninguna ha tenido cumplimiento,
porque el comisario ordenador no es hombre seguro , y solo se trata
aquí con bribones. Es preciso que venga á Bayona un comisario orde-
nador superior á toda sospecha. No quiero contratas. Ya sabeis que
las contratas solo dan de sí picardias.

»He rescindido la contrata para vestuario hecha en Burdeos. Enviad
allá un director que me los haga por mi cuenta , ayudándole el pre-
fecto, el cual buscará sitio donde se trabaje , y oficiales de sastre. Obrad
convencido de que las contratas son solo para robar los que las hacen,
y que, cuando se paga, no hay para qué hacer contratas, siendo el mejor
sistema el de la administracion por el gobierno.

»Lo que hay que hacer para el gran taller de sastres es lo que
hacen en los regimientos , poner un comisario de guerra honrado á di-
rigirle , y á la órden de este cuatro ó cinco maestros de sastre , como
empleados en el taller , quedando encargados tres empleados superiores
de los que están en Burdeos de recoger las piezas de ropa , y recibir
solo las buenas. Para esto no hay necesidad de hacer contrata , pues
basta poner dinero á disposicion del comisario.

»Por el decreto vereis que solo se necesita que tenga el comisario
de guerra un buen adjunto que ponga su concepto en hacer que ande
bien el taller , y dos guarda-almacenes , y otros dos maestros de sas-
tre salidos de los regimientos , honrados y de experiencia. Con estos
cinco individuos irá perfectamente el taller , y quiero uniformes tan
bien hechos como lo están los de la guardia imperial.

»En cuanto á la actividad , si hay voluntad de hacer diez mil ca-
sacas al dia , se harán , porque solo será menester para ello traer ofi-
ciales de sastre de toda Francia. Si os hubiéseis arreglado á estos prin-
cipios todo iria perfectamente. Mas vale tarde que nunca. Sirvaos de
regla que no quiero mas contrata , y , cuando no mande hacer los ves-
tuarios en los regimientos , habrá que hacer lo que aquí mando.”

Nov. 1808.

ciones de postas y caminos varias instrucciones luminosas é imperativas, hecho todo lo cual, en el dia 4 de noviembre atravesó la frontera y fué á hacer noche en Tolosa de Guipúzcoa, desde donde pasó al dia siguiente á Vitoria, y al cuartel general de José que allí estaba. Viajó á caballo, escoltándole la caballería de la guardia imperial, y entró en Vitoria de noche, siendo su deseo no recibir el menor obsequio, y alojarse fuera de la poblacion, por ser mas de su gusto vivir al aire libre, y estar lo menos posible al lado de su hermano, de quien no se desviaba por frialdad ó aversion, sino por cálculo, pues conocia que José á su lado estaba como en un puesto inferior, segun él lo habia notado cuando estuvieron juntos en Bayona, y deseaba que á la vista de los españoles apareciese José en el lugar primero. Asimismo, queria ser en España nada mas que un general de ejército revestido de todos los derechos de la guerra, y que los ejerciese sin piedad alguna hasta que la nacion española se le sujetase. Asi consentia en tomar para sí el oficio del rigor, y hasta de la crueldad, proporcionando á José el de la magestad y dulzura. Con tales intentos, lo mas cuerdo que hacer podia era no vivir con su hermano.

No bien llegó á Vitoria y se desprendió de los brazos de José, que le tenia sumo cariño, mandó venir ante sí á los generales, y particularmente á los oficiales franceses y españoles que mejor conocian los caminos de España para dar principio desde luego á las operaciones decisivas que habia proyectado.

Para comprender las notables operaciones que en estas circunstancias dictó, y que no fueron de las menos acertadas de su vida militar, se hace forzoso saber

Motivos que tenia Napoleon para no dejarse ver al lado de José sino lo menos posible.

Llegada de Napoleon á Vitoria.

Nov. 1808.

lo que habia pasado en España, corriendo los meses de setiembre y octubre; meses empleados así en París como en Erfurt en negociaciones, preparativos de guerra y movimientos de tropas.

Qué habia
ocurrido en
España
durante los
meses de
setiembre y
octubre.

Exaltacion
en
los ánimos
españoles
de resultas
del triunfo
de sus
armas en
Bailen.

Los españoles, al doble entusiasmados por el inesperado triunfo de Bailen, y por la retirada del rey José á las márgenes del Ebro, estaban como delirando de alegría y orgullo. Se figuraban haber vencido, no ya á unos pocos conscriptos agobiados por el calor, y mal gobernados por un general desdichado, sino al ejército francés y á Napoleon mismo. Suponíanse invencibles, y no pensaban en menos que en juntar un ejército de quinientos mil hombres (1), y llevarle hasta traspasar los Pirineos é invadir á Francia. En sus negociaciones con los ingleses, que sabian haber salido vencedores en Portugal, pero en quienes miraban con desprecio el convenio hecho en Cintra, comparándole con el de Bailen, hablaban de dirigir empresas contra las provincias francesas del Mediodia. Aceptaban y aun deseaban tener por auxiliar un ejército inglés, pero sin suponer que en ello consistiese la salvacion de España, la cual tomaban á su cargo llevar á efecto cumplido sin necesidad de ser ayudados por los extrangeros. Quien conozca lo que es la jactancia española tan grande en todos tiempos, y se la figure exaltada por

(1) Esta idea de poner en campaña los españoles hasta quinientos mil hombres de infanteria con cincuenta mil de caballeria está tomada de un manifesto dado por la Junta Central, recién instaurada, escrito elocuente del aventajado escritor don Manuel José Quintana, pero obra en la cual quien llevó la pluma se dejó arrebatar demasiado por su ardiente amor de patria y vivo estro poético, consintiéndoselo la Junta. No fué un proyecto, pues, maduro el tener tan crecido ejército.

un triunfo increíble , apenas podrá formarse cabal idea de las locas ponderaciones con que celebraban su fortuna los levantados (1).

Lo mas urgente para ellos , y tambien lo mas dificultoso , era constituir un gobierno , porque , desde la partida de la familia Real á Compiègne y Valencey , y la retirada de José á las inmediaciones del Ebro , no habia en España otra autoridad que la de las Juntas formadas en cada provincia ; autoridad extravagante , repartida en doce ó quince centros contrarios unos de otros . En Madrid , que lo era antes único del gobierno del rey , solo habia quedado el Consejo Real ó de Castilla , tan despreciado , quanto aborrecido ; por no haber opuesto á la usurpacion extrangerá mas que un tanto de mala voluntad , y muchas tergiversaciones . Estaba , á la sazón , en España el Consejo en la situacion en que habian estado en Francia , al comenzar la revolucion , los Parlamentos antiguos , de que se habian servido antes de 1789 los fautores de novedades , y de que , ya despues , no querian hacer caso , porque se habian quedado muy cortos en punto á lo que entonces se deseaba . Pero el cuerpo antiguo de que va ahora hablando

Nov. 1808.

Dificultad que para darse un gobierno encuentran los levantados españoles.

Esfuerzos del Consejo de Castilla para hacerse con la autoridad suprema.

(1) No ciega el amor de su patria al que hace esta traduccion , como ciega el de la suya á M. Thiers , y , porque no le ciega , confiesa que suelen pecar de jactanciosos los españoles . Pero ¿ acaso no son tachados de lo mismo los franceses , y con justo motivo , señaladamente los del Mediodia de Francia ? Los gascones han dado origen á la voz gasconade , que vale lo mismo que fanfarronada ó baladronada en francés , y los ingleses , tomando esta voz en el mismo sentido , ademas han hecho de ella un verbo , significando en lengua inglesa *to gasconade* , echar fieros ó bravatas con exceso hiperbólico . M. Thiers no es gascon , pero , si , provenzal , y los provenzales , como gente del Mediodia , suelen pecar de lo mismo que los gascones . Hay , pues , repetidísimas pruebas de jactancia francesa en esta historia al referir las hazañas del ejército de Napoleon en todas sus campañas .

Nov. 1808.

esta narracion, dotado, como todos los de su clase, de una ambicion sufrida y tenaz, no tenia perdida la esperanza de apoderarse de la potestad suprema, y se figuró haber dado con la ocasion de conseguirlo con motivo del asesinato cometido en la persona de un anciano llamado don Luis Viguri, antes intendente de la Habana, y que privaba con el Príncipe de la Paz; olvidado largo tiempo habia, pero por su desdicha recordado al pueblo por un criado antiguo suyo traidor á su amo. Habiendo sido muerto el infeliz don Luis, y arrastrado por las calles su cadáver, dejóse sentir en todos cuán necesaria era una autoridad pública, y el Consejo llamó á Madrid á los generales vencedores de los franceses para que ayudasen á sustentar las leyes con la fuerza, proponiendo al mismo tiempo á las Juntas que enviase cada una de ellas á Madrid un representante á formar en la misma capital auna con el Consejo, un gobierno central de España (1).

Llama
el Consejo á
Madrid á los
generales
vencedores.

Entrada
en Madrid de
don Pedro
Gonzalez de
Llamas
con los
valencianos,
y de
Castaños con
los
andaluces.

Diéronse, en efecto, priesa los generales españoles á venir á hacer su entrada triunfante en Madrid, llegando primero los valencianos y murcianos, supuestos vencedores del mariscal Monecy, mandados por don Pedro Gonzalez de Llamas, y poco despues Castaños con los andaluces, vencedores harto reales y verdaderos del general Dupont. Fué extremado el entusias-

(1) Aquí hay una equivocacion. Aun antes de ser asesinado Viguri, habia puesto el Consejo por las esquinas de Madrid un manifiesto ó proclama, obra no mal escrita, donde se tomaba en la capital la autoridad superior gubernativa, á la sazón vacante, sin que hubiese en cuerpo ó individuo alguno derecho á ejercerla. No le tenia el ambicioso tribunal que se la tomaba, pero, con todo, por los madrileños fué su pretension bien admitida y obedecido él en sus mandatos.

mo con que fueron recibidos estos últimos, y merecido tambien, si es digna la fortuna del aprecio debido al mas alto merecimiento. Pero no estaban las juntas de *humor de sufrir la preponderancia del Consejo de Castilla*, ni de contentarse con una mera participacion en el poder bajo la direccion superior de un cuerpo con ellas malquisto. Así le dieron por respuesta todas ellas (menos una, que fué la de Valencia) hacerle violentas reconvencciones, y declararse resueltas á no reconocer una autoridad que antes lo era solo para el gobierno interior, y de Tribunal supremo, y que, novísimamente, no se habia portado de un modo propio para lograr de la confianza de la nacion un poder que no le daban las leyes antiguas. Anduvieron, pues, las Juntas tratando entre sí *por medio de enviados que unas á otras se diputaban* cuál forma de gobierno central escogerian. Pero sobre esto andaban tambien divididas así en ideas como en pretensiones. Todas ellas tenian celos de sus vecinos, y la de Sevilla estaba á tal punto desavenida con la de *Granada, porque cada una de las dos se atribuia la gloria del triunfo alcanzado en Bailen*, que llevaron ambas la violencia hasta estar á punto de declararse la guerra, á la cual habrian dado principio, á no ser por *la cordura y esfuerzos de Castaños*. Además, la Junta sevillana se figuraba destinada á ser el centro del gobierno de España, tanto en razon de sus servicios, cuanto por su situacion geográfica, que la tenia á larga distancia de los franceses, y así era su intento ir atrayendo á sí á las demas, y que se le fuesen sucesivamente adhiriendo. Las juntas de la España septentrional, divididas en dos partidos nada amigos entre sí, correspondiendo al uno las de Galicia, Leon y

Nov. 1808.

Niéganse las Juntas á corresponder al llamamiento del Consejo de Castilla y á formar un gobierno central bajo los auspicios del mismo cuerpo.

Rivalidades entre las Juntas.

Pretensiones de las Juntas del Norte de España.

Nov. 1808. Castilla la Vieja, y formando el otro únicamente la de Asturias, propendian, con todo, á avenirse, y se declaraban favorables, una vez ya unidas, á poner el gobierno de España en el norte de la Península. Las juntas de Extremadura, de Valencia, de Granada y de Zaragoza, menos ambiciosas, mas cuerdas, y de no inferior merecimiento, no tenían ambicion exclusiva de la clase que se mostraba en las otras, y se declaraban á favor de un gobierno único situado en el centro de España, aunque no en Madrid, para huir del predominio del Consejo de Castilla.

Las Juntas de Extremadura, de Valencia, de Granada y de Zaragoza, quieren que haya en España un gobierno único establecido en el centro de la Península, y logran que revalezca su deseo.

Fórmase y establécese en Aranjuez la Junta Central.

Todas las juntas pararon, al cabo, en entenderse, por medio de los enviados de unas á otras, y convinieron en diputar á un lugar señalado, que habia de ser Ciudad-Real, Aranjuez ó Madrid, dos representantes por junta, á fin de componer una Central de gobierno de toda España. Fué aprobado por todas este acuerdo, y los dos representantes nombrados por cada una de ellas, antecediendo varios disturbios, pasaron á Madrid unos y á Aranjuez otros. Los de Sevilla, que seguian mirando con mas celos á los demas, por ser los mas ambiciosos, no quisieron pasar adelante de Aranjuez y pararon en lograr de los otros que se fuesen con ellos. Era, por otra parte, lisonjero á aquellos suplentes de la Magestad Real ausente establecerse en la residencia antigua de los reyes, y remedarlos hasta en las formas exteriores de su dignidad y poder.

Constituida la Junta Central en Aranjuez, presidiéndola el conde de Floridablanca, en tiempos antiguos ministro de Cárlos III y Cárlos IV, hombre ilustre, de talento, ciencia y habilidad, pero muy viejo ya, por desdicha, y ajeno al tiempo en que se estaba, se decla-

ró revestida de toda la autoridad Real, y tomó para sí en cuerpo el tratamiento de Magestad, dando el de Alteza á su presidente, y á cada uno de sus vocales el de excelencia con ciento y veinte mil reales de sueldo. En el principio constaba este cuerpo de veinte y cuatro miembros, pero, poco despues, hubo de componerse de hasta treinta y cinco. Fué su acto primero mandar al Consejo de Castilla, así como á todas las demas autoridades españolas, que le reconociesen como depositario de la potestad suprema. El Consejo de Castilla, al cual gustaba poco ver creada semejante autoridad, trató al principio de resistirse á reconoeerla, y, poniendo por objecion al reconocimiento la declaracion formal de que, atendiendo á las leyes del reino, era la Junta Central demasiado numerosa para ser Consejo de regencia, y que, mirada como Congreso nacional, mal podia hacer las veces de las Córtes, pidió que éstas fuesen convocadas. Ya ha habido ocasion de dar á advertir en la presente historia que en el levantamiento de España á favor de su rey habian roto y dado muestra de sí pensamientos y afectos democráticos, de modo que los españoles, tomando el nombre de Fernando VII, en realidad de verdad obedecian á las pasiones por que eran movidos en 1793 los franceses (1). Así, nada sonaba á

Pone el Consejo de Castilla algunos reparos á la formacion de la Junta Central, los cuales son mal recibidos.

(1) Aquí confunde M. Thiers las cosas, al querer formar un juicio de la revolucion de España en 1808 otro que el que formaban en general sus paisanos, y que el que forma él mismo, con frecuencia, al pintar á la España levantada contra Napoleon como pura y exclusivamente movida por odio á las innovaciones y á los extranjeros, y por deseos de mantener en pié la forma antigua de gobierno, el poder desmedido del trono, y la prepotencia del clero y privilegios de la nobleza.

Fuerza es repetir que, si de esto habia no poco entre los fautores del levantamiento y los que con ardor le sustentaban, asimismo habia, por el lado opuesto, personas, si cortas en número, poderosas por la influencia que ejercieron, resueltas á aprovechar el levantamiento para hacer en España reformas de clase igual á las que prometia Napoleon, y aun

Nov. 1808. los oídos españoles tan bien cuanto la palabra Córtes. Pero del Consejo de Castilla todo era tomado en mala parte, por lo cual vieron las gentes en lo que él proponía una como trampa para acabar con la Junta y ponerse el Consejo en su lugar, y por esto á la declaración de aquel cuerpo respondió un ruido universal de odio y desprecio. El apoyo de los generales era á la sazón la única fuerza eficaz, y todos ellos estaban á devoción de la Junta Central compuesta de las de provincia que los habían elevado al mando, y con las cuales se habían ellos entendido, de forma que todos se

Los generales y la nación española aceptan por gobierno el de la Junta Central.

á crear un gobierno limitado de que fuese gran parte el poder popular, cosa la última muy fuera del pensamiento del emperador francés, y muy contraria á sus doctrinas de gobierno y á sus intenciones.

Así, desocupada por los franceses la capital de España, dando muestras de sí todas las opiniones, las despues calificadas de liberales se declararon, y desde luego contaron con un número, si no muy crecido, muy respetable de secuaces. Sacó á luz Quintana sus poesías patrióticas, que no había osado publicar, ni podía haber publicado reinando Carlos IV, ó siendo poderosa la inquisición, porque en ellas estaban contenidas expresiones de violenta oposición á las dos potestades espiritual y temporal, segun eran ambas reconocidas por los españoles. Fué publicado el Semanario patriótico y gozó de grandísimo crédito é influjo, porque, siendo acalorado é ilustrado defensor de la independencia, aun los muchos que no aprobaban, y los infinitos que no entendían, sus doctrinas democráticas y filosóficas admiraban y celebraban en sus páginas la mas elocuente defensa del levantamiento del pueblo contra la intentada usurpación del trono, la afrenta hecha al honor español y el peligro de la independencia nacional. Al mismo tiempo, salían á luz escritos de diversa y contraria índole, donde las reformas que prometían los franceses eran desaprobadas y escarnecidas, sustentándose doctrinas favorables al poder absoluto en lo civil y en lo religioso. Un lazo unía tan discordes pareceres y deseos, y era el propósito de sustentar la guerra contra el comun enemigo.

Pero las pasiones demagógicas de que habla M. Thiers, suponiendo que el pueblo español, pretextando ser monárquico y amante de Fernando VII, era y quería una cosa muy diferente, existían entonces en muy pocos. No hay que confundir con ellas los excesos cometidos por la plebe, la cual los comete siempre que domina, sea cual fuere la causa que abraza. Cabalmente los de ideas mas monárquicas solían ser los principales culpados en desmanes tan atroces. Lo que, sí, es cierto, es que con el levantamiento perdió el pueblo español la costumbre de obedecer, y adquirió la de mandar, lo cual allanó el camino á los que luego intentaron dar formas, reglas y consistencia al poder popular ya existente.

pusieron del partido de la Junta, menos el anciano don Gregorio de la Cuesta, pertinaz en ser desabrido é intratable y en odiar á las autoridades hijas del levantamiento y alborotadas que acababan de formarse, prefiriéndoles el Consejo de Castilla, del que habia sido gobernador en los tiempos pasados. Aún pensó Cuesta por algun tiempo en entenderse con Castaños para tomar entre ambos el gobierno de España en la parte militar, dejándole en lo político á cargo del Consejo de Castilla. Pronto acreditaron los sucesos que mas habria valido que así fuese, pero Castaños no tenia el arrojo necesario para aceptar los ofrecimientos de su colega, y por otra parte él, como elevado al mando por la junta de Sevilla, era del partido de las Juntas. Vióse, pues, obligado á ceder don Gregorio de la Cuesta, y falto enteramente de apoyo el Consejo de Castilla hubo de seguir su ejemplo.

La Junta Central de Aranjuez, ya en el pleno ejercicio del poder supremo desde los dias últimos de setiembre, se puso á gobernar á su manera á la malaventurada España.

Debia haber sido la primera y única atencion de la Junta atender á levantar tropas, á darles buena planta y orden, y á dirigirlas con acierto. Pero, en una nacion donde hasta entonces habia habido poquísimo gobierno, y donde una revolucion súbita acababa de destruir lo poco que de él habia, la autoridad central nada ó casi nada podia en el punto esencial, esto es, en juntar y poner en buen orden las fuerzas, pudiendo, cuando mas, algo en cuanto á dirigirlas. Era, seguramente, grandísimo entonces el entusiasmo de los españoles, y tan estrepitoso cuanto cabe imaginarle, pero, como va

Composicion
de
los ejércitos
del levanta-
miento
de España.

Nov. 1808. á verse en seguida en esta historia, es el entusiasmo corto recurso efectivo y se queda muy inferior á lo que dá de sí una ley regular, que, haciendo al Estado dueño de todos los ciudadanos, los llama á servir, de grado ó por fuerza, con las armas á su patria. España, que, en sus circunstancias en aquella hora, podia haber puesto en campaña cuatrocientos ó quinientos mil hombres, gente de suyo muy valerosa, apenas puso unos cien mil, mal equipados, todavía peor disciplinados é incapaces de hacer frente, aun siendo cuatro contra uno, á las tropas francesas de inferior valia. Al cabo de mucho ruido é inquietud, los únicos que se alistaron fueron los jóvenes estudiantes de las universidades, algunos campesinos obedientes al influjo de los frailes, y un corto número de las personas mas alborotadas de las ciudades y villas populosas. En algunas provincias, pasaron los nuevos alistados á engrosar las filas de la tropa de línea, y en otras formaron, con el nombre de *Tercios*, vocablo antiguo sacado del uso de los ejércitos antiguos de España, batallones especiales que servian al lado de la tropa de línea. La Andalucía, tan ufana con su triunfo, habia formado un ejército de cuatro divisiones mandadas por los generales Castaños, La Peña, Coupigny y otro. Valencia y Murcia enviaron á las órdenes de Gonzalez de Llamas parte de los voluntarios que habian resistido al mariscal Moncey. Extremadura, que no habia figurado todavía en las filas de los levantados salidos á campaña, formó una division mandada por los generales Galluzo (1) y conde de Bel-

Coántos
y quiénes se
alistaron
en España,
cuando mas
influa en los
ánimos el
entusiasmo.

Ejércitos
de
Andalucía,
Granada y
Valencia.

Division
de
Extremadura

(1) A Galluzo llama M. Thiers Galuzzo, probando esta menulencia cuán mal conoce el castellano, en el que no es posible duplicar la zeta y que le equivoca con el italiano.

Nov. 1808.

veder, éste último mozo inexperto, en la cual entraron á la par con voluntarios muchos desertores de las tropas españolas que estaban en Portugal. A esta division fueron agregados los mozos alistados en la Mancha y lo demas de Castilla la Nueva. Cataluña siguió levantando sus compañías de miguletes y sus somatenes que tenian encerrado y muy apretado al general Duhesme en Barcelona. Aragon, respondiendo á la voz de Palafox, y animado por la resistencia hecha en Zaragoza, formó un ejército en mediano órden, componiéndose de tropa de línea y del paisanaje aragonés, gente la mas gallarda y atrevida de toda España. Las provincias del Norte, Galicia, Leon, Castilla la Vieja y Asturias, aprovechando un núcleo considerable de tropas de línea, vueltas unas de Portugal y otras de las que componian la guarnicion del Ferrol, las pusieron bajo el mando de los generales Blake y la Cuesta, quedando resarcidas del revés llevado en Riosseco por los triunfos del levantamiento de España en lo restante de la Península. Tambien tuvieron un refuerzo inesperado, que era el de las tropas del marqués de la Romana, escapado con su ejército de las costas del mar Báltico por cierta especie de milagro, bien digno de ser referido.

Ejércitos
de Galicia,
Asturias,
Leon
y Castilla la
Vieja.

Ya se acordarán los lectores de esta historia de que las tropas españolas enviadas á tener parte en la custodia de las riberas del Báltico habian sido desparramadas por las provincias de Dinamarca, donde era su destino hacer frente á los ingleses y suecos. Intimándose á estas tropas que les era forzoso prestar juramento de fidelidad á José, comenzaron á murmurar. Las que estaban en la isla de Seeland, inmediata á Copenhague, se levantaron, trataron de matar al general Fririon,

Milagrosa
evasión de
las tropas
españolas
del marqués
de la Romana
desde
Dinamarca
á Asturias.

Nov. 1808. bajo cuyo mando estaban, no dando mas que con su ayudante de campo, al cual quitaron la vida, y declararon que no querian reconocer por su rey á un usurpador. El rey de Dinamarca mandó desarmarlas. Pero la mayor parte del cuerpo de ejército español estaba en la isla de Fionia y en la península de Jutlandia. Las tropas situadas en estos dos lugares, trabajados sus ánimos muy de antemano por agentes españoles que habian venido allí cerca en buques ingleses, habian resuelto escaparse del yugo del dominador del continente, y para ello echarse de súbito sobre un puerto de la costa, donde se darian priesa á tomarlas á su bordo las escuadras británicas. El marqués de la Romana, hombre de cabeza ardiente y singular, muy lleno de la lectura de los autores de la antigüedad, y de alguna instruccion, pero de poca sensatez, hervoroso, mas que alentado, era cabeza de la conjuracion (1). A una señal

(1) Aquí M. Thiers, queriendo pintar al marqués de la Romana, copia, segun se vé á las claras, los retratos del mismo personaje hechos por el conde de Toreno y Jovellanos; retratos de mano de enemigo, aunque parecidos, por haber sido, en verdad, el marqués ligero, extravagante, y no gran general, ni cuerdo político, aunque, sí, buen literato y patricio celoso. Pero M. Thiers, que de Jovellanos apenas conoce el nombre, y que, como es evidente, no quiere ó no puede entender bien al conde de Toreno, al sacar la copia del retrato hecho por éste, no sigue con fidelidad al original, sino que adorna y desfigura la imagen siguiendo á su imaginacion ó á su capricho. Fuera de esto, no fué obra del marqués, segun el texto de esta historia dice, la resolucion de los españoles que estaban sirviendo á los franceses en Dinamarca de venirse á su patria á tener parte en la guerra que habia declarado á Napoleon el pueblo español unánime en su intento de volver por su honor ultrajado y salvar su independencia puesta en peligro. Los oficiales, y aun los soldados del mismo ejército, aun sin anuencia de su general, formaron tan noble y justo proyecto y le llevaron á cabo. Hasta dicen los enemigos del marqués que éste, en vez de favorecerle, primero le fué contrario, y si bien otros dan por calumnioso tal cargo, lo cierto es que el de la *Romana* fué, cuando mas, aprobador y ejecutor de la fuga, y no el que la concibió primero.

Pero dejando esto aparte, no parece posible que M. Thiers desconozca cuán digna de alabanza y aun de admiracion fué la conducta seguida en este suceso por la division española de la Romana. Mas justicia

dada, acudieron al puerto de Nyborg, donde es el embarcadero para atravesar el gran Belt, todos los trozos de los regimientos españoles, y, encontrando allí como un centenar de barcos pequeños de que se apoderaron, pasaron á la isla de Langeland, donde, puestos al amparo de las escuadras inglesas, ya nada tenían que temer. Otras partidas desparramadas por Jutlandia acudieron por su lado á Fredericia, pasaron el pequeño Belt en barcos que tomaron por fuerza, atravesaron la isla de Fionia para pasar á Nyborg, y de Nyborg se fueron á la isla de Langeland, punto señalado para concurrir á él todos aquellos fugitivos. La caballería, dejando á sus caballos abandonados en los campos, siguió á la infantería á pié, y llegó con ella al lugar donde estaban convenidos en juntarse todos. Avisados los ingleses, tenían ya junto el número de buques necesario para un pasaje corto, y en breve trasladaron á los fugitivos á la costa de Suecia, donde ya los dejaron en salvo. De allí á poco, juntos ya todos los medios para su transporte, los trajeron de Suecia á España en los

le ha hecho *M. Merimée* en su comedia «*Los españoles en Dinamarca*» escrita con el nombre de *Chera Gazul*. Ciertamente que hombres puestos á larguísima distancia de su patria, con noticias inciertas de ella, obligados por la ley militar á continuar en el servicio que estaban haciendo, rodeados de fuerza numerosa obediente á Napoleón y de una poblacion amiga del mismo Emperador, con solo saber vagamente que sus compatriotas, viendo ofendida y amenazada de males su patria, se habian levantado contra el gigante poder francés, se resolviesen á arrostrar peligros presentes y á ir á buscar otros en los campos de batalla de España, haciendo imágen de la patria distante y levantada sus banderas, ante las cuales juraron fidelidad á la causa que estaban sustentando sus conciudadanos, cosa fué de que da pocos ejemplos la historia, y hecho aplaudido y admirado entonces por las gentes imparciales de todos los países. Pero á *M. Thiers*, segun aparece, cosa hecha contra Francia ó contra Napoleón no puede ser digna de aplauso. Patriotismo feroz y aun descabellado es éste. Del enemigo es debido conocer y respetar los merecimientos, y aun hay cierto lauro en triunfar de contrarios apreciados y apreciables.

Nov. 1808. dias primeros de octubre, al cabo de tres meses de maravillosas aventuras. De los catorce mil españoles que estaban sirviendo en las costas del mar Báltico habian vuelto á España entre nueve y diez mil, y los cuatro ú cinco mil restantes se habian quedado en Dinamarca desarmados y prisioneros.

Fórmase un consejo de generales que esté al lado de la Junta Central de Aranjuez.

Plan de campaña abrazado en este consejo.

En unos momentos en que los españoles tomaban por un triunfo la ventaja mas leve, y por pruebas ciertas de heroismo y de superioridad mental la menor señal de valor ó de entendimiento, hubo de parecerles el marqués de la Romana un héroe cumplido, y un claro varon digno de ser conmemorado por Plutarco. Pero, si tan prontos estaban á admirar, no lo estaban menos á tener celos unos de otros, y, por ejemplo, Castaños, que, no obstante ser con frecuencia irresoluto, era, con todo eso, el de mas inteligencia y juicio entre sus generales, motivo por el cual deberia haber sido encargado de la direccion general de la guerra, no obtuvo el mando supremo del ejército. Cada junta tenia su héroe al cual no queria poner bajo el mando del de la vecina, y hubieron, pues, todas de unirse á crear un consejo de guerra que asistiese al lado de la Junta de Aranjuez, formándole los generales principales ú otros que á estos representaban. No es posible decir cuántos planes ridiculos fueron propuestos en el tal consejo. Pero el que fué preferido, por ser remedo del de Bailen, fué uno que consistia en envolver al ejército francés retirado á orillas del Ebro y concentrado cerca de Vitoria, pasándose adelante por sus dos alas, y yéndose para ello, por un lado por Bilbao, y, por el otro, por Pamplona. Verdad es que, de resultas de la configuracion rara casi siempre de los valles que en las sierras grandes son ra-

males unos de otros, el ejército francés situado en el camino que viene de Bayona á Vitoria y pasa por Tolosa y Mondragon, tenia á su derecha el valle cuyo centro ocupa Bilbao, y cuyo nombre es el de Vizcaya, y á la izquierda otro, cuya entrada ocupa la plaza fuerte de Pamplona, y cuyo nombre es el de Navarra. Viniendo de Bilbao por Durango es fácil caer en Mondragon á espaldas de Vitoria, y dejar así cortado el camino real, que era la línea principal de comunicacion del ejército francés. Tambien, á quien sale de Pamplona es fácil venir á caer en Tolosa, y cortar la carretera de Francia, y hasta desembocar en Francia misma por San Juan de Pié de Puerto. Si daban los españoles con tropas francesas tan cobardes que retrocediesen delante de gavillas indisciplinadas mandadas por generales incapaces, cierto es que eran fundadas sus esperanzas de cercar al ejército francés, hacer prisioneros á José, á su córte y á los cincuenta ó sesenta mil franceses que aún estaban en las inmediaciones del Ebro, trayendo en seguida cautivo á Madrid al hermano de Napoleon! Seguramente tal venganza habria sido de gran lustre y muy legítima, pues cautivo estaba Fernando VII en Valencey. Pero las casualidades no se repiten, y el suceso de Bailen era una casualidad que no habia de ocurrir segunda vez, porque todos los ejércitos españoles juntos no habrian podido con los soldados y generales franceses retirados á las cercanías del Ebro, y menos podrian con los soldados que Napoleon traia consigo. Para forzar el paso de los puertos que hay entre Bilbao y Mondragon, y entre Pamplona y Tolosa, era forzoso abrirse paso por entre las fuerzas de los mariscales Victor y Lefebvre por un lado, y por entre las

Nov. 1808.

de los mariscales Ney y Lannes, y los generales Mouton, Lasalle y Lefebvre-Desnoëttes por el otro, generales todos que iban al frente de los soldados viejos del ejército grande, y á esta gente no habia en Europa tropas que hubiesen acertado con el secreto de vencerla. Así, los españoles, siguiendo su plan, sin ser probable por titulo alguno que envolviesen á los franceses, dejaban á estos desahogados para desembocar desde Vitoria, que era su centro, y arrojarse con gran golpe de fuerza ya por su derecha, ya por su izquierda, sobre uno ú otro de los ejércitos de sus enemigos, separados entre sí por larguissimas distancias é imposibilitados de darse mútuo socorro, á los cuales se les haria pasar por el desastre por que intentaban ellos que pasase el ejército su contrario. Pero no podian ver una cosa tan clara y sencilla los inexpertos generales de España, para quienes era una maniobra militar de hechizo irresistible, desde lo acaecido en Bailen, la de rodear á un ejército francés, y, como allí, hacerle prisionero. Prevaleció, pues, en el consejo de guerra el plan de que ahora va aquí hablado, y era un prodigio que allí prevaleciese plan alguno, por ser extremadamente numerosas y vehementes las contradicciones entre quienes le componian. Quedó, pues, convenido que adelantasen á un tiempo los ejércitos por los montes de Vizcaya y de Navarra, desde Bilbao por un lado y desde Pamplona por el otro, para dejar á José cortado en Vitoria y hacer con él lo que se habia hecho con el general Dupont. Resuelto así, pasóse á distribuir las fuerzas de que el gobierno disponia, las cuales, segun las esperanzas de los españoles, deberian ser, cuando menos, de cuatrocientos mil hombres.

Formáronse cuatro cuerpos de ejército, siendo el primero el de la izquierda del general Blake, en el cual habia un número considerable de tropas de linea de la division antes mandada por Taranco, y del departamento de marina del Ferrol, juntos con las cuales iban los voluntarios de Galicia, Leon, Castilla la Vieja y Asturias, señalándose entre ellos los estudiantes de Salamanca y otras universidades, y el paisanaje asturiano. Bien constaria este ejército de la izquierda de treinta y cinco mil hombres, no contando la division de la *Romana*, y, tomando en cuenta esta division, de cuarenta y cinco mil, si bien la caballería procedente del Norte, por haber dejado allí los caballos, estaba desmontada é incapaz de hacer servicio. El ejército del general Blake hubo de adelantar, faldeando por la parte del Mediodía las montañas de Asturias y Santander, desde Leon hasta Villarcayo, y tratando en seguida de atravesar la misma cordillera por Espinosa de los Monteros, para entrar en el valle de Vizcaya é ir á caer en Bilbao. Hubo de formarse, puesto en comunicacion con este ejército, otro llamado del centro, al mando del general Castaños, el cual constaria de las tropas de Castilla, puestas en orden por la Cuesta, y mandadas despues y entonces por Pignatelli, de las de Extremadura gobernadas por Galluzo y el general jóven conde de Belveder, de las dos divisiones de Andalucía que seguian á las órdenes de La Peña, y por último, de las tropas de Valencia y Murcia que habia traído consigo á Madrid Gonzalez de Llamas. Estas tropas, descontando de ellas las de Extremadura, que se habian quedado algo atrás, ascenderian á unos treinta mil hombres. Hubieron de situarse estas fuerzas á lo largo de la ribera del Ebro,

Nov. 1808.

Distribucion de los ejércitos de los levantados españoles conforme al plan de campaña por ellos abrazado.

Ejército español de la izquierda mandado por los generales Blake y la Romana.

Ejército del centro al mando de Castaños.

Nov. 1808.

Ejército
de la derecha
á las órdenes
de Palafox.

desde Logroño hasta Calahorra. Las de Extremadura tuvieron orden de pasar á ocupar á Burgos con los restos de las Guardias Reales Walonas y Españolas, las mejores tropas de España, todo lo cual compondria un total como de doce mil hombres. El ejército de la derecha, formado en Aragon al mando de Palafox, y compuesto de valencianos, de algunas tropas de Granada y de aragoneses, cuya fuerza era de cerca de diez y ocho mil hombres, hubo de pasar el Ebro por Tudela, y, siguiendo las orillas del riachuelo Aragon, de acercarse á Pamplona por Sangüesa. El ejército del centro, mandándole Castaños, habia de juntarse con el de la derecha para obrar *en masa* sobre Sangüesa, en la hora de ejecutarse definitivamente el proyecto de cercar al ejército francés. Detrás de estos tres ejércitos estaba resuelto formar otro cuarto destinado al officio de reserva, y compuesto de aragoneses, valencianos y andaluces; ejército que no llegó á ponerse en linea, y cuya fuerza efectiva no vino á ser conocida. Por último, á la derecha, y mas lejos, esto es, en Cataluña, habia tropas en completo apartamiento del plan general de campaña, como lo está por su situacion aquella provincia, las cuales consistian en compañías de migueletes, en regimientos venidos de las islas Baleares, y en soldados españoles procedentes de Lisboa, quedando á cargo de todas ellas disputar la posesion de aquella parte de España al general Duhesme, teniéndole bloqueado en Barcelona. Pero, reduciéndose á enumerar las fuerzas que obraban en el teatro verdadero de la guerra, que eran las de la izquierda mandadas por Blake, las del centro á las órdenes de Castaños (inclusa la division de Extremadura), y las de Aragon

al mando de Palafox, no resulta por suma total mas que cien mil hombres, que venia á ser todo cuanto contaba España en soldados disciplinados y voluntarios arduos; confusa mezcla de tropas de línea, con bastante instruccion para conocer los defectos que habia en su órden y arreglo, y sentir por ello desaliento, de paisanos casi todos campesinos, y de estudiantes faltos de enseñanza militar, sin idea alguna de la guerra, prontos á huir al primer encuentro de veras recio, todos mal equipados, no bien armados, con escaso sustento, y capitaneados por generales incapaces, ó sospechosos porque tenian juicio, celosos unos de otros, y en completa discordia. No alcanzaba el gran valor de la gente española á remediar tanta insuficiencia, y, si no venian á dar ayuda á la dinastia antigua el clima, un ejército extranjero, las circunstancias generales de Europa, ó los yerros políticos de Napoleon, no era de los hombres armados en su defensa de quienes podia con razon esperar verse restablecido en el trono perdido.

Iba, sin embargo, preparándose el medio principal de salvacion para España, el cual consistia en el auxilio de la Inglaterra. Esta, dejando ya á Portugal libertado de los franceses, estaba resuelta á no contentarse con este primer esfuerzo, pues, acosada á instancias por los agentes españoles que le habian enviado las Juntas, y descubriendo en el levantamiento de la Península una poderosísima diversion que tendria ocupada buena parte de las fuerzas francesas, así como no perdiendo la esperanza de que resuscitase una liga en el continente, y cayese sobre Napoleon ya debilitado, juzgaba oportuno dar á los españoles todos los auxilios posibles. Así, habia despachado á Santander, á la Co-

Obran
en union con
las fuerzas
españolas las
inglesas.

Nov. 1808.

Razones
que deciden
al gobierno
inglés á
enviar un
ejército
á España.

ruña y á otros puertos de la Península, armas, municiones, pertrechos de guerra y víveres, y se preparaba á enviar dinero. No descuidando el interés de su comercio cuando miraba por el de su política, habia ademas inundado la Península de mercaderías inglesas. Una razon mas, aun cuando no hubiesen sido, como eran, decisivas las que ahora en esta historia acaban de especificarse, habria bastado para determinarla á obrar con bríos y vigor, y era el convenio de Cintra, á la sazón objeto de vituperio para el público británico. Y así, aunque la expedición á Portugal, tal cual salió, habia sido una de las mejor dirigidas y mas afortunadas de todas cuantas habia llevado á ejecución la Inglaterra en la tierra firme, era, con todo, forzoso remediar el mal efecto que habia producido, como habria sido necesario poner remedio á una desdicha. O ya por esta necesidad, ó por estar sobremanera entusiasmados los ingleses en favor de la causa de España, el gobierno británico estaba obligado á hacer grandísimos esfuerzos. Por esto resolvió enviar á España un ejército considerable. Mucho le habria convenido para teatro de las operaciones militares de sus tropas la parte meridional de España, por estar mas segura, mas distante de los franceses y mas vecina á Portugal; pero, cuando iban acudiendo las fuerzas contrarias al imperio francés á las inmediaciones del Ebro, y cuando se lisonjaban muchas gentes de acabar definitivamente á las mismas puertas de Francia con los ejércitos del rey José, á los cuales se suponía desanimados y casi destruidos, habria sido nueva vergüenza, peor que la de Cintra, desembarcar tímidamente en Cádiz, ó adelantarse desde Lisboa por Yelves á Sevilla. Por estos motivos quedó resuelto,

Queda
escogido por
teatro de las
operaciones
del ejército
inglés la
provincia de
Castilla
la Vieja.

como principio, que hubiese de juntarse un ejército inglés en Castilla la Vieja. Para formarle, fué dispuesto lo siguiente :

Habian quedado en Lisboa y sus cercanías como unos diez y ocho mil hombres de la expedicion inglesa á Portugal, terminada con la batalla de Vimeiro. Sir Juan Moore, que venia de los paises del norte de Europa con diez mil hombres, hecha en vano una tentativa para emplearlos en Suecia, habia desembarcado en Lisboa, pocos dias despues del convenio de Cintra, con lo cual ascendia á una suma de veinte y ocho mil hombres el número de tropas británicas que ya estaban en Portugal. Era sir Juan Moore un oficial entendido y juicioso, perspicaz, irresoluto en el consejo, aunque valerosísimo en el campo de batalla, hombre lleno de lealtad y pundonor, y dignísimo de mandar un ejército inglés. Este general, si ninguna parte habia tenido en las glorias de la recién terminada expedicion, estaba, por otro lado, libre de ser objeto de las preocupaciones excitadas contra quienes la habian dirigido, por haber llegado cuando todo estaba acabado, y así recibió sin inconveniente el nombramiento de general en jefe, cargo del cual era merecedor mas que otro alguno, si no hubiesen los ingleses tenido á sir Arturo Wellesley. Pero sir Arturo tenia á la sazón cuentas que ajustar con la opinion del público, y así quedó aplazado á otro dia el papel que le tocaba hacer en España, dándose entretanto á sir Juan Moore el mando principal de las tropas inglesas. De los veinte y ocho mil hombres juntos ya en Portugal, veinte mil fueron destinados á la nueva expedicion á las provincias septentrionales de España. Doce ó quince mil, entre los cuales habia al-

Nov. 1808.

Fuerzas
que compo-
nian el
ejército
inglés, y de
dónde salian
á campaña.

Reúnese
el mando del
ejército inglés
en sir Juan
Moore.

Nov. 1808. guna caballería, hubieron de desembarcar en la Coruña, mandándolos sir David Baird, oficial antiguo del ejército inglés en la India. Formarian todas estas fuerzas un conjunto de treinta y cinco ó treinta y seis mil hombres, de excelentes tropas, que solas ellas valian tanto cuanto todas las fuerzas que tenia levantadas España. Fué puesto á las órdenes de sir Juan Moore un convoy numerosísimo de transportes destinado á seguir á las tropas inglesas en sus movimientos, á llevarlas á los puntos donde debian acudir si preferia su general ir por mar, y á tenerlas provistas, fuese cual fuese el camino que siguiesen, de víveres, municiones y caballos así de montar, como de tiro. Quedó al buen juicio del mismo general el cuidado de dirigir las operaciones segun mejor le pareciese, con tal que las siguiese en la parte del norte de la Península y que se concertase con los generales españoles para el mejor éxito de la campaña.

Habian sido enviados á Madrid sir Cárlos Stuart y lord Guillermo Bentinck á dar algunos buenos consejos á la Junta Central, y lograr que fuesen con algun concierto las operaciones militares de ambas naciones.

Libre sir Juan Moore para hacer lo que mejor creyese, podia transportar por mar desde Lisboa á la Coruña los veinte mil hombres que habia de sacar del ejército de Portugal, y juntarlos en el puerto últimamente nombrado con los quince mil de sir David Baird, y tambien podia atravesar á todo Portugal por los caminos por donde habian venido los franceses al invadirle. Hechas juiciosas reflexiones, se resolvió á venirse á España por tierra, porque casi todos los buques ingleses estaban en aquellos dias ocupados en llevar á

Qué camino toma sir Juan Moore para pasar á Castilla la Vieja.

Francia el ejército de Junot, y, por otra parte, embarcar de nuevo el ejército inglés por fuerza habria de perjudicar al buen orden y arreglo que ya tenia. Además, el camino de la Coruña á Leon estaba exhausto de todo de resultas de acabar de pasar por él Blake con su ejército, y, cuando mas, habia en él lo suficiente para el sustento de la division de sir David Baird. Poniéndose sir Juan Moore en camino antes de empezar las lluvias de la otoñada, y yendo adelante pausadamente, con sus tropas, en trozos pequeños, tenia esperanza de llegar en buen estado á Castilla la Vieja, y de dar á sus tropas con el viaje lo que hace mas falta á tropas inglesas, que es la paciencia y fuerza para las marchas. Resolvió, pues, llevar su ejército por los dos caminos de sierra que van á desembocar no lejos de Salamanca; el de Coimbra en Almeida, y el de Abrantes en Alcántara, y á su artillería y caballería mandó ir por la tierra llana que se extiende desde Lisboa á Yelves, pasando despues de Yelves á Badajoz, de Badajoz á Talavera, y de Talavera á Valladolid. Lisonjébase de que así tendria reunida en todo el mes de octubre su infantería y caballería en el centro de Castilla la Vieja. El cuerpo de ejército de sir David Baird, que contaba alguna mas caballería, habia de desembarcar en la Coruña y de pasar desde allí por Lugo á Astorga, viniendo á juntarse con el ejército principal de su nacion en las cercanías del Duero. Formado este plan, púsose en marcha sir Juan Moore á fines de setiembre, y zarpando al mismo tiempo de Inglaterra sir David Baird, hizo rumbo á la Coruña.

Fuerza es hacer á los españoles justicia, diciendo que, ó por presuncion, ó por patriotismo, y, lo que

Nov. 1808.

es mas probable, por ambas cosas juntas, trataban con los ingleses con altivez, aceptando sus auxilios con ciertas reservas, y con la condicion de no poner en sus manos los departamentos de marina y arsenales de España. Nunca habian consentido en dar entrada en Cádiz á cinco mil hombres que ofreció poner allí sir Hew Dalrymple, y, cuando apareció á la vista de la Coruña el cuerpo de ejército de sir David Baird, le fué negado entrar en puerto tan importante, siendo forzoso escribir á Madrid á fin de lograr autorizacion para que allí desembarcase, autorizacion que al cabo le fué concedida á instancias de sir Cárlos Stuart, y lord Guillermo Bentinck.

Pero, mientras costaba trabajo á los ingleses lograr que fuesen recibidas en tierra las tropas que les habian pedido, y mientras los generales españoles, ya con artes y trazas con la Junta, ya maquinando contra ella, siendo unos rivales de otros, todavía oponian dificultades á un plan que habian abrazado como por ímpetu y malgastaban el tiempo en una confusion increíble, por una carta del estado mayor francés interceptada por los numerosos hombres armados que andaban recorriendo los caminos, supieron que en octubre y noviembre iban á entrar en España cien mil franceses de refuerzo, sin contar los ya llegados, y que, afanándose, como hacian, sin obrar, dejaban irse la ocasion de sorprender al ejército francés, segun ellos se le figuraban, esto es, rendido de cansancio, muy menguado en número, y postrado de ánimo de resultas del suceso de Bailen. El gobierno de los levantados, que todo lo hacia por ímpetus, como suelen los gobiernos alborotados y débiles, al recibir tal noticia, dió, como

Cae en poder de los españoles un parte del ejército francés que les descubre los peligros de que están amenazados porque van á llegar tropas francesas en crecido número.

Con tal noticia revive y dá impulso á todo la

debía suceder, un vivo y repentino impulso á las cosas. Nov. 1808.
 Cesaron las disputas: dióse orden de salir para el ejército á los generales, ya estuviesen desavenidos entre sí, ya acordes: envióse á Castaños á las cercanías del Ebro: y apresuróse la llegada á Madrid y la salida de Madrid para Búrgos de los extremeños, poniéndose en movimiento cuanto se pudo y del mejor modo que fué posible.

Junta,
 acelerando el
 dar principio
 á las
 operaciones
 de la guerra.

Bien era menester no desperdiciar el tiempo, y, sin embargo, todavía se desperdió no poco, pues no llegaron los españoles á ponerse en estado de emprender operaciones formales hasta estar próximo á su terminacion el mes de octubre. El general Blake, aunque no tenia todavía juntas sus fuerzas, fué el primero á ponerse en línea, y, habiendo faldeado las montañas de Astúrias y Santander sin internarse por ellas, las habia atravesado por Espinosa y amagado mas de una vez á Bilbao. Los castellanos mandados por Pignatelli guardaban las orillas del Ebro en las inmediaciones de Logroño. Los murcianos y valencianos mandados por Gonzalez de Llamas, y las dos divisiones de Andalucía á las órdenes de La Peña, se extendian á lo largo de las márgenes del mismo rio, desde Tudela hasta Calahorra y Alfaro. Los aragoneses y valencianos de Palafox pasaron buen trecho allende el Ebro, y se situaron en la ribera del rio Aragon, poniendo su cuartel general en Caparroso.

Siguiendo el plan en que estaban todos convenidos, era forzoso que Castaños y Palafox se concertasen para reunirse en el punto extremo del ala izquierda de los franceses, cerca de Pamplona, lo cual urgia, porque Blake, ya muy empeñado por haberse adelantado mu-

Nov. 1808.

cho por la derecha de sus contrarios, podia correr gran peligro sino se apresuraban los suyos á dar ocupacion á una parte de las fuerzas sus enemigas. Pero entre Castaños y Palafox no era fácil la avenencia, queriendo cada cual de los dos llevarse al otro consigo. Castaños temia dejar la linea del Ebro demasiado desamparada de tropas, y Palafox queria ser puesto en situacion de poder invadir á Navarra con crecido número de fuerzas. Por fin, haciendo ambos un movimiento hácia adelante, habian pasado los rios Ebro y Aragon y situándose por un lado en Logroño y por otro en Lerin.

Pero era ya tarde, y los franceses que, antes de recibir refuerzos, no habrian sufrido por mas largo tiempo la irreflexiva audacia de sus adversarios, ya, cuando de dia en dia se les iban juntando las mejores tropas del mundo, menos dispuestos estaban al sufrimiento. Bien se acordarán los lectores de esta historia de que Napoleon, aun antes de poner en movimiento cuatro cuerpos de ejército del suyo principal ó *grande*, habia ido sucesivamente enviando á España, de Alemania y Francia, varios regimientos viejos, y que de los últimos que habian llegado habia sido formada primero la division de Godinot y despues la de Dessoles, que habia de ser la tercera del cuerpo de ejército del mariscal Ney. Con esta sola estaba el intrépido mariscal cercano al Ebro, esperando la llegada de su cuerpo de ejército completo.

No obstante haber prohibido Napoleon operacion alguna militar antes de estar él presente, porque deseaba ver á los españoles ganar mucho terreno por ambas alas de su ejército, y empeñarse á punto de serles imposible volverse atrás; los generales de José, no pudiendo tolerar el espectáculo de los movimientos de sus

contrarios, habian querido darles un golpe. Para ello dieron orden á los mariscales Ney y Moncey de volver á hacerse dueños de la línea de los rios Ebro y Aragon. En cumplimiento de esta orden, habia ido Ney sobre Logroño, el 25 de octubre, y, entrando en la poblacion á bayoneta calada, se habia llevado por delante arrollados á los castellanos de Pignatelli. Aun habia pasado el Ebro, y obligado á los levantados á replegarse hasta Nalda, á la falda de los montes que separan la provincia de Logroño ó la Rioja de la tierra de Soria. Por su parte, el mariscal Moncey habia enviado sobre Lerin á los generales Wathier y Maurice-Matthieu con el regimiento del Vístula y el de línea número 44. Estos generales habian arrollado á los españoles hasta encerrarlos en el pueblo y castillejo de Lerin, y luego, cortándoles todo auxilio, los habian hecho prisioneros en número como de unos mil hombres (1). Por donde quiera habian sido desbaratados los españoles con tales brios y prontitud, que harto mostraban ser imposible á las fuerzas formadas en el levantamiento de España oponer resistencia formal al ejército francés, gobernado como solia estarlo.

Nov. 1808.

Combates en
Logroño y
Lerin.

En aquellos mismos momentos iban entrando en España el primer cuerpo de ejército francés, al mando del mariscal Victor, el cuarto, al del mariscal Lefebvre, y el sexto, destinado á estar á las órdenes del mariscal Ney, incluidas en este último las dos divisiones

(1) En Lerin no se portaron los españoles flojamente, como, por desgracia, hicieron en muchos combates de los inmediatamente posteriores. Hizo allí una brillante defensa el batallon de tiradores de Cádiz, cuerpo de nueva creacion.

Nov. 1808. de Bisson y Marchand , con que tanto se habia señalado en varios paises.

Apenas habia acabado José de pasar revista en la llanada de Vitoria á la lucida division de Sebastiani del cuerpo de ejército de Lefebvre , cuando , olvidando las instrucciones de su hermano , la habia enviado por su derecha , y por el camino de Durango , al valle de Vizcaya , á fin de contener al general Blake que le tenia algo inquieto por la parte de Bilbao. No se contentó con esto , pues , dando crédito á los campesinos españoles , que , cuando habia cerca de veinte mil hombres de los suyos , avisaban , ó por baladronada , ó por credulidad , que bien habria ochenta mil , no habia juzgado bastante mandar allí el cuerpo de ejército de Lefebvre , y , para dejar mas seguras sus espaldas , habia enviado por Mondragon á Durango la division del general Villatte , una de las del cuerpo de ejército del mariscal Victor. Por último , habiendo asomado en Bayona la cabeza del sexto cuerpo de ejército , se habia dado priesa á enviar la division de Bisson por San Juan de Pié de Puerto sobre Pamplona , para quedar bien seguro por su izquierda , como acababa de quedar por su derecha de resultas de la posicion en que habia situado al mariscal Lefebvre. En aquellos mismos instantes la guardia imperial , recién llegada en número de diez mil hombres , iba situándose en escalones desde Bayona á Vitoria.

Disposiciones tan intempestivas fueron causa de que hubiese un nuevo combate imprevisto , por la derecha , entre el general Blake y el mariscal Lefebvre , así como habia habido uno por la izquierda entre Pignatelli y los mariscales Ney y Moncey. El general Blake , como

poco antes va aquí dicho, pasadas las montañas de Santander por Espinosa, habiéndose hecho dueño de Bilbao, se habia adelantado hasta mas allá de Zornoza, situándose en unas alturas que hacen frente á Durango. Como aún no se le hubiese reunido la division de La Romana, estaba allí con unos veinte ó veinte y cinco mil hombres, la mitad de ellos de tropa de línea, y la otra mitad de paisanos y estudiantes. Habíase dejado atrás por su derecha cerca de quince mil hombres en los valles adyacentes, entre Villaro, Orozco, Amurrio y Balmaseda, para guardar los puertos por donde hay paso á los llanos de Vitoria, y por los cuales podrian presentarse otras columnas francesas.

Llegado el general español á dar vista al cuerpo de ejército del mariscal Lefebvre, á poca distancia de Durango, en el camino que va á Mondragon, y hallándose tan cercano al fin que tenia encargo de lograr, el cual era envolver al ejército francés, comenzó á titubear, como suele hacer en el momento decisivo quien ha emprendido una obra superior á sus fuerzas.

Los soldados de Blake, mas audaces que él por ser mas ignorantes, mostraban un arrojo que él no tenia, y desde lo alto de su posicion insultaban á los franceses con gran vocerío y los amenazaban con gestos. La impaciencia de la gente así insultada, en la cual habia poca costumbre de sufrir insultos de sus contrarios, subió al último punto, y excitó la del viejo Lefebvre, que, en su grosera agudeza, no sentia dar algun buen golpe al ejército español antes que el emperador llegase. Tenia este mariscal consigo la division de Sebastiani, compuesta de cuatro regimientos viejos de infantería (los de línea números 32, 58, 28 y 75) y de un

 Nov. 1808.

Encuentros
prematuros
entre el
general Blake
y el mariscal
Lefebvre.

Nov. 1808. regimiento de dragones, cuya fuerza total efectiva era de cerca de seis mil hombres; la division de Leval, de alemanes de Hesse y Baden, y de holandeses, en número de siete mil, y, por último, y solo en calidad de auxiliar, la division de Villatte que constaba de cuatro regimientos viejos, con cerca de ocho mil hombres efectivos, de los mejores soldados del ejército francés. Sobraba con todo ello para vencer al ejército español entero, aunque faltaba de las filas buena parte de la gente, por venir cansada de una marcha larga.

Combate
de Zornoza.

Estaban los españoles situados delante de Durango en una línea de lomas, cuyo costado derecho podia ser envuelto por ser mas flaco en apoyo. El mariscal Le-fevre puso en el centro de su línea la division de Se-bastiani, y en sus dos alas los alemanes, mezclados con la division de Villatte para que esta les diese ejemplo. Dió principio al ataque por su izquierda, tirando á envolver la derecha de los españoles, parte mas flaca en la posicion de estos, segun acaba aquí de decirse. El 31 de octubre, por la mañana, en medio de una niebla espesa, el general Villatte, con dos regimientos de su division, que eran los de línea números 94 y 95, y con parte de los alemanes, cayó con tanta furia sobre la posicion de los españoles, que sorprendidos estos apenas le resistieron, pues, si bien en el terreno donde estaban tenian no pocos obstáculos naturales que oponer á los franceses, se dejaron ir arrollando de puesto en puesto hasta lo hondo del valle. Una hoguera encendida por el general Villatte habia de servir de señal al centro y á la derecha de los suyos, los cuales vinieron sobre sus contrarios con no menos denuedo que los de la izquierda. Una granizada de granadas disparadas en

medio de la niebla ya habia causado temor á los españoles. Echáronse sobre ellos con ímpetu sus enemigos, y con tanta prontitud los arrollaron en las cumbres que ocupaban, y cuesta abajo, pasadas estas, que apenas hubo tiempo de alcanzarlos. Era el modo de pelear de aquella gente hacer fuego á las columnas enemigas que venian marchando, y luego dar á huir en confuso desórden á lo hondo de los valles. Peleando en un llano, la caballería los habria acuchillado por millares. Pero en los montes escarpados donde se peleaba todo cuanto podia hacer la infantería francesa era acribillarlos á balazos cuando huian, con puntería mucho mas certera que la de los poco diestros fugitivos. Perdieron estos entre muertos y heridos de mil y quinientos á mil y ochocientos hombres, dejando fuera de combate solo como unos doscientos de sus contrarios. Pero varios millares de los vencidos, poseidos de terror, se dispersaron, pasada esta primera refriega, empezando á entender y á mirar con menos gusto la guerra con los franceses, no ciertamente porque careciesen de valor natural, sino porque los hombres privados de la disciplina nunca conservan en los peligros la firmeza conveniente, sin la cual es imposible toda operacion en la guerra.

Prosiguiendo el mariscal Lefebvre su victoria, al dia siguiente de ella entró en Bilbao, donde no trataron de resistirle los españoles, que le dejaron allí prisioneros algunos soldados, juntamente con varios heridos, y muchos pertrechos de los suministrados por los ingleses. Los habitantes de Bilbao poseidos de terror habian huido, unos á los montes vecinos, y otros á buques de todo porte, de los que abundaban en aquellas aguas. Siguiendo el alcance hasta Balmaseda el mariscal Le-

Nov. 1808. febvre, no se atrevió á ir mas adelante, porque llegó al puerto que por Espinosa lleva á los llanos de Castilla, y habiendo ya peleado sin orden de hacerlo, habria sido exceso extender todavía mas sus operaciones. Situó, pues, en Balmaseda la division de Villatte, que no era de su cuerpo de ejército, sino del del mariscal Victor, y se replegó con toda la fuerza de su mando á Bilbao á buscar sustento, poco abundante en aquellos montes donde viven las gentes de maiz y leche.

Enojo
de Napoleon
al ver dado
principio á
las
operaciones
antes de
su llegada.

Tal era la situacion de las cosas en el momento de la llegada de Napoleon á España. No habian entendido los suyos de modo alguno su intencion, la cual era que se dejasen ir envolviendo por ambos costados derecho é izquierdo, para tener mayor seguridad, al desembarcar desde Vitoria, de coger por la espalda á los dos principales ejércitos españoles. El movimiento hecho por los mariscales Ney y Monecy en las cercanías del Ebro habia dado de sí echar á alguna distancia á Castaños y á Palafox, haciéndoles un gran servicio con sacarlos de los lugares donde estaban empeñados. El movimiento que se habia tomado la licencia de hacer el mariscal Lefebvre, haciendo á Blake recogerse de Bilbao á Balmaseda, le sacaba de una situacion de la cual nunca habria salido si le hubiesen dado tiempo de empeñarse mas completamente. Ademas, estaban las tropas francesas desparramadas en diferentes direcciones, y estas no de las escogidas con mas tino. Los cuerpos de ejército primero y sexto, que querria Napoleon haber tenido inmediatamente á mano en la llanada de Vitoria, estaban dispersados en varios lugares muy distantes unos de otros. El primer cuerpo de ejército tenia en Vizcaya la division del general Villatte, una de las que

le componian. El sexto tenia en Pamplona la division de Bisson y otra suya , que era la de Marchand, en el camino de Vitoria, con toda su artillería.

Llegado Napoleon á Vitoria el 5 de noviembre , y habiendo expresado alli, como en Bayona, su desabrimiento al verse tan mal obedecido , dió el dia 6 todas las órdenes necesarias para remediar los yerros cometidos en su ausencia. Si no hubiese encontrado tropiezo en la ejecucion de sus planes de resultas de operaciones intempestivas , habria opuesto al general Blake, solo á fin de tenerle á raya, el cuerpo de ejército del mariscal Lefebvre (que era el primero), y á Palafox y Castaños, igual y únicamente para detenerlos un tanto , el del mariscal Moncey (el tercero), y luego, juntando bajo su mando inmediato el segundo , que era el del mariscal Soult, y antes habia sido de Bessières, el primero mandado por el mariscal Victor, el sexto , que estaba á cargo del mariscal Ney, la guardia imperial y los catorce mil dragones, y desembocando con ochenta mil hombres sobre Búrgos, habria cortado por el centro los ejércitos españoles, revuéltose en seguida contra ellos, y alternativamente cogíolos por la espalda, envolviéndolos hasta dejarlos aniquilados. Por su desgracia, tal plan, aunque no estuviese desbaratado, no podia ya ser llevado á efecto de un modo seguro y cabal, en primer lugar porque, con haberse empezado á pelear antes de tiempo, se habian detenido un poco los generales españoles, no internándose, como pensaban, en Vizcaya el uno y en Navarra los otros; y, en segundo lugar, por haber quedado muy desparramados los cuerpos de ejército franceses, de resultas de haberlos empleado en los momentos mismos en que acababan de

Nov. 1808. llegar á España. Sin embargo , ni Blake retirado hasta detrás de Balmaseda , ni Castaños y Palafox echados á la misma orilla del Ebro , conocian lo peligroso de su situacion ni hacian cosa alguna para salir de ella. Era, pues , todavía factible el plan de Napoleon , el cual dió disposiciones conformes á su propósito de cortar por el centro la línea española en dos trozos, para caer despues sobre ambos sucesivamente. Mandó al mariscal Victor que, con el primer cuerpo de ejército puesto á su cargo, una division del cual , que era la del general Villatte, habia sido distraida de su camino para reforzar al mariscal Lefebvre , diese apoyo á éste , si de ello habia necesidad, por el camino de Vitoria á Orduña, volviéndose despues por Orduña á Vitoria á juntarse con el centro del ejército francés. Tales cosas contaban las gentes por allí de las fuerzas de los españoles que no juzgaba Napoleon ser mucho oponer hasta dos cuerpos de ejército, que eran el primero y segundo, al de Blake, el cual, segun quienes en menos le avaluaban, habria de contar cincuenta mil hombres, habiendo quien hasta de sesenta mil le suponía. Con todo eso, los dos mariscales, siguiendo el plan de Napoleon, mas debian tener á raya á Blake que compelerle á retroceder, hasta llegar el momento decisivo en que saliese del centro del ejército la señal de arrojarse á él y desbaratarle.

Ordenes
dadas á los
mariscales
Victor
y Lefebvre.

Ordenes
dadas
al mariscal
Moncey.

Napoleon, arregladas así las operaciones de su ala derecha, atendiendo á su izquierda, ordenó al mariscal Moncey que estuviese pronto á comenzar las operaciones cuando recibiese órden de hacerlo, pero que, hasta entonces, se ciñese á cubrir la línea del Ebro desde Logroño á Calahorra. Devolvióle la division de Morlot, separada por unos pocos dias de su cuerpo de ejército,

Nov. 1808.

y agregó á ella un refuerzo de dragones, y, por último, habiendo la division de Bisson, una de las dos del sexto cuerpo de ejército mandado por el mariscal Ney, tomado el camino de Pamplona, equivocando un movimiento, la mandó pasar á la misma ciudad á descansar, y en seguida ir sobre Logroño á dar apoyo al ala derecha del mariscal Ney, haciendo estancia interinamente en el pueblo mismo. Esta division pasó á ser de otro general, y mudó de nombre, tomando el de Lagrange que vino á mandarla. Tocábale, algo despues, reunirse al mariscal Ney, y entretanto habia de contribuir á tener á los españoles á raya en las cercanías del Ebro.

Asegurado así Napoleon por ambos costados derecho é izquierdo, sin adelantar por uno ú otro, resolvió desembocar por su centro seguido de los cuerpos de ejército segundo y sexto, mandados por los mariscales Soult y Ney, de la guardia imperial, y de la mayor parte de los dragones. El cuerpo de ejército del mariscal Soult, antes de Bessières, contenia muchos soldados nuevos, y tambien la division de Mouton, compuesta de cuatro regimientos viejos, á los cuales nadie en España era capaz de resistir, de lo que daba la batalla de Rioseco buen testimonio. El cuerpo de ejército de Ney, aunque le faltase la division de Bisson enviada fuera de propósito á Pamplona, y despues situada interinamente en las cercanías del Ebro, aun así estaba compuesto de la division de Marchand, suya constantemente, y de la de Dessoles, recién formada con regimientos viejos que sucesivamente habian sido destinados á España. Estas tropas no tenian quien las igualase en el mundo. Con estos dos cuerpos de ejér-

Ordenes para
el
movimiento
del centro.

Nov. 1808. cito, con su guardia y con la reserva de caballería, tenia Napoleon cerca de cincuenta mil hombres que echar sobre Burgos, fuerza muy superior á la necesaria para hacer pedazos el centro de los ejércitos españoles.

Nuevo incidente que otra vez suspende la ejecucion de los planes de Napoleon.

Estas disposiciones, dadas definitivamente en los dias 6 y 7 de noviembre, fueron todavía suspendidas por haber sobrevenido un incidente nuevo. Aunque estaban muy desconcertados los generales españoles de resultas de haber sido atacados con tanto denuedo, el uno en Zornoza y los otros en Logroño y Lerin, no por ello renunciaban á la ejecucion de su plan, pero andaban disputando mucho mas que antes sobre el modo de ejecutarle, y pidiéndose mutuamente refuerzos. Blake, particularmente, como habia sido mas reciamente atacado y veia sobre sus costados los cuerpos de ejército de Lefebvre y Victor, habia clamado porque se le auxiliase desde el centro y ala derecha de los suyos. Pero habia que dar un rodeo de cincuenta ó sesenta leguas para poner en comunicacion la línea española del uno al otro extremo, y así, Castaños y Palafox, previo un consejo de guerra celebrado en Tudela, habian respondido que les era imposible ir á dar socorro al ejército de Galicia, y se habian ceñido á mandar al cuerpo de ejército de Extremadura que se apresurase á llegar á ponerse en línea, y cubriese el ala derecha de Blake, situándose en Frias. Habian prometido asimismo entrar en accion cuanto antes pudiesen, para llamar sobre sí la mayor parte de las fuerzas francesas.

Reforzado Blake hácese adelante de nuevo.

Entretanto, Blake, echado de Bilbao y Balmaseda á las angosturas por donde se desemboca en Vizcaya,

se habia parado allí, donde se le habian incorporado los doce ó quince mil hombres que estaban en Villaro y Orozco, cuando él peleaba en Zornoza, y con ellos la division de La Romana. A pesar de lo que habia perdido este general en muertos y heridos, y sobre todo en dispersos, pérdida que no bajaba de seis ó siete mil hombres, aún tenia consigo treinta y seis mil que poner en línea. Hízose, pues, otra vez adelante en el día 5 de noviembre, yendo sobre Balmaseda, donde habia dejado el mariscal Lefebvre la division de Villatte, para replegarse él sobre Bilbao, donde estaria con mas sosiego.

El mariscal Lefebvre, una vez cometido el yerro de haberse adelantado antes de tiempo, no podia cometer uno mas grave que el de retroceder de repente sobre Bilbao, dejando á la division de Villatte desamparada en Balmaseda. Bien era menester soldados tan firmes como eran aquellos, y un contrario tan poco temible como eran los levantados españoles, para que no resultase una desdicha de disposiciones tan erradas.

No habia obrado con mas acierto, por su parte, el mariscal Victor, pues, enviado por Orduña á Amurrio á sostener por su costado al mariscal Lefebvre, habia mandado al general Labruyère con una brigada á Oquendo, y le habia mantenido allí sin ocurrírsele ir él tambien en persona á dirigirle. Metido el general Labruyère entre aquellos montes escarpados, donde costaba trabajo saber el lugar en que se estaba, agregándose las nieblas del invierno á lo tenebroso de los sitios, privado de toda direccion, é ignorante del número de enemigos que tenia á su frente, no se habia atrevido á internarse, y, habia dejado que le pasasen

Yerro de los mariscales Lefebvre y Victor, y peligro que corre la division de Villatte.

Nov. 1808. por delante las tropas que daban apoyo por su costado á Blake durante el combate de Zornoza, sin resolverse á hacer algo para cortarles la retirada. En los dias siguientes se habia quedado en su puesto, viendo á lo lejos á Balmaseda, y descubriendo la division de Villatte sin pensar en juntarse con ella, así como teniendo al mismo tiempo á la vista la de Sebastiani, que desde Bilbao estaba haciendo reconocimientos por el camino de Orduña, de suerte que, en vez de juntarse las tropas francesas para acabar con Blake, única operacion juiciosa, ya que habian cometido el yerro de entrar con él en accion antes de recibir para ello órdenes del cuartel general, estaban desparramadas entre Bilbao, Balmaseda y Oquendo, expuestas con estarlo á llevar grandes reveses.

No se reducian á esto las faltas cometidas por el mariscal Victor, pues, como le corriese prisa incorporarse al cuartel general para hacer servicio á la misma vista de su Emperador, y como viese en las instrucciones que tenia que podia ponerse de nuevo en camino para Vitoria luego que no fuese necesaria su presencia en Vizcaya, habia mandado al general Labruyère venirse con él, para pasar otra vez, y de vuelta, los montes, abandonando á la division de Villatte, la cual se quedaba sola y desamparada en Balmaseda. Así empezaba la série de faltas, hijas del egoismo y rivalidades de los generales franceses, las cuales, siendo la perdicion de la causa de Francia en España, vinieron á serlo de la ruina del poder francés en Europa toda.

Mientras así ejecutaba el mariscal Victor su movimiento retrógrado, el general Blake, reforzado, como acaba de decirse en esta narracion, por las tropas de

su ala izquierda y las de La Romana, habia resuelto hacerse adelante, y disputar la posicion de Balmaseda á la division de Villatte, la cual sabia que estaba allí sola. La estancia del mariscal Lefebvre en Bilbao, y la retirada del mariscal Victor sobre Vitoria, le facilitaban en grado sumo una tentativa de semejante naturaleza. En efecto, el 5 de noviembre se adelantó al frente de mas de treinta mil hombres, coronó de tropas las alturas que ciñen á Balmaseda, á fin de envolver el pueblo antes de atacarle, y de hacer prisioneros á los franceses que le ocupaban. Pero el general Villatte, que mandaba una soberbia division de cuatro regimientos veteranos, habia visto otros contrarios y otros peligros que los que le amenazaban en Vizcaya. Eran en él iguales la serenidad y la pericia. Resuelto, pues, á asegurarse la posesion de las alturas de Gueñes, situadas á corto trecho detrás de Balmaseda, y que dominan la comunicacion entre el mismo pueblo y el de Bilbao, puso allí en escalones tres regimientos de los suyos, y dejó en el mismo Balmaseda el de ligeros, número 27, á disputar la entrada en el pueblo todo cuanto tiempo fuese posible. Dadas estas disposiciones, dejó á los españoles acercarse y los recibió con un fuego á que no estaban ellos acostumbrados. Los que intentaron entrar á fuerza en Balmaseda hubieron de volverse horrorosamente maltratados por el regimiento número 27, dejando los contornos del pueblo cubiertos de muertos y heridos. Entretanto, como fuesen coronándose de enemigos las lomas vecinas, y no llegase de Bilbao el mariscal Lefebvre, creyó oportuno el general Villatte retirarse, y, mandando al regimiento número 27 volverse de Balmaseda á las alturas de Gueñes, se replegó en

 Nov. 1808.

Ataca
á Balmaseda
el general
Blake y hace
allí una
bizarra
defensa la
division de
Villatte.

Nov. 1808. masa con los otros cuatro de su mando, por el camino de Bilbao. Los españoles, que intentaron acercársele demasiado, fueron recibidos con sumos bríos y pagaron caro su temerario atrevimiento. Tuvo, sin embargo, la division de Villatte hasta doscientos hombres fuera de combate, aunque mató ó hirió setecientos á sus contrarios. Si hubiese estado allí cerca el mariscal Lefebvre, ó si el mariscal Victor, en vez de retirar la brigada de Labruyère del puesto que ocupaba, desde el cual bien podia haber caido sobre Balmaseda, hubiese venido con todo su cuerpo de ejército sobre el mismo punto, fácil era que en aquel mismo dia quedase el ejército de Blake envuelto y prisionero.

La accion de Balmaseda, que no tenia otra importancia que la de haber corrido peligro una division francesa fuera de propósito, llegada de boca en boca al cuartel general, con las ponderaciones ordinarias en noticias comunicadas de tal manera, causó en Napoleon grande aumento de enojo con generales que tan mal entendian y ejecutaban sus pensamientos (1). Mandó á

(1) Vá á poner aqui en seguida el autor de esta historia unas órdenes, que dan razon clara de la situacion de las cosas entonces, y prueban lo que pensó de la conducta de los dos mariscales el mismo Napoleon, juez infalible, que de ordinario mas pecaba de indulgente que de severo con los dos generales suyos de quienes se va aqui ahora hablando,

El mayor general al mariscal Lefebvre.

“ Vitoria 6 de noviembre de 1803, á las doce del dia.

»Muy enojado está el Emperador del movimiento errado de retirada de Bilbao. No esperaba Su Magestad esta falta capital de un mariscal tan celoso de su servicio. No duda Su Magestad de que si hubiéseis puesto vuestro cuartel general en Balmaseda, y acampádoos con vuestras tres divisiones para obrar segun requiriesen las circunstancias, habriais ya hecho ocho á diez mil prisioneros al enemigo, y juzga que la conducta que acabais de tener es tanto mas extraordinaria cuanto que, al hablar de los graves inconvenientes que llevan consigo los mo-

Nov. 1808.

su mayor general Berthier reprender duramente á todos ellos, y ordenó al mariscal Lefebvre que volviese sobre Balmaseda, y al mariscal Victor que otra vez fuese para Vizcaya, cayendo ambos sobre Blake con el mayor vigor posible, y acabando con él si encontraban ocasion de hacerlo. No obstante su proyecto de romper por el centro la línea enemiga antes de obrar contra sus extremidades, no queria ponerse en movi-

Ordnes
dadas por
Napoleón
para
remediar el
incidente
nuevo que
acababa
de sobrevenir
en Vizcaya.

vimientos de retirada, habeis empezado á hacer una de no menos que cinco leguas.

»El Emperador manda que os junteis con la division de Villatte para caer con vigor sobre el enemigo. Si no hubiéseis atacado, señor mariscal, el dia 31, y si hubiéseis dejado tiempo para dar todas las disposiciones necesarias, estaria hoy muy adelantada la campaña de España. El Emperador es de parecer de que en vuestra conducta un celo excesivo os ha llevado á faltar á las reglas de la milicia, atacando sin orden de hacerlo, pero Su Magestad no comprende que pueda dejarse entero al enemigo cuando se ha alcanzado sobre él alguna ventaja. Bien puede ser que el Emperador necesite de sus tropas, y, cuando estas están en un empeño, no puede dejarse una division sola y desamparada con el enemigo al frente, mientras por otro lado va haciéndose un movimiento de retirada. Cree Su Magestad que con disposiciones semejantes es fuerza que se pierda el provecho de las ventajas conseguidas. El Emperador opina que el tiempo en que las tropas de los generales Villatte, Labruyère y Ruffin estaban delante y cerca del enemigo, maniobrando para cortarle, no era el oportuno para que os retiráseis, y en circunstancia tal parece á Su Magestad muy fuera de su lugar que estén las tropas del cuarto cuerpo de ejército ociosas en Bilbao.

»Mañana va sobre Burgos el mariscal Soult, y de allí irá sobre Reinosa y Santander. Marchad, pues, con prontitud, señor mariscal. El fin que se propone el Emperador es que no haya un momento de sosiego hasta que quede aniquilado el cuerpo de ejército de Blake, y echado á recogerse á Asturias.

»Si se retira el enemigo por Balmaseda, Villarcayo y Santander, habeis de ir dándole alcance vivo y duro, y de echarle sobre los cuerpos que van á atajarle el camino en Reinosa.

»ALEJANDRO.»

El mayor general al mariscal Victor.

Vitoria 6 de noviembre de 1808, á las doce de la noche.

»He dado cuenta al Emperador de vuestro parte del 6, que, segun dice vuestro ayudante de campo, fué dado á las doce del dia. Su Magestad ha sabido con sumo descontento que, en vez de haber sostenido al general Villatte, le hayais dejado solo peleando con el enemigo, falta tanto mas grave cuanto que sabeis que el mariscal Lefebvre ha come-

Nov. 1808. miento sin ir seguro de que no vendria á turbar sus operaciones una falta cometida en una de sus alas.

Vuelve sobre
Balmaseda
el mariscal
Lefebvre.

Recibidas que hubo el mariscal Lefebvre estas convenciones de su Emperador, y sabedor del peligro que corria el general Villatte, dióse priesa á ir sobre Balmaseda. Embebió el dia 6 en juntar todas las tropas destacadas por las cercanías de Bilbao para echar de la costa á los ingleses, y el 7 por la mañana se en-

tido la de dejar expuesta una division de vuestro cuerpo de ejército, replegándose él con las otras dos del suyo, sobre Bilbao. Sabiais que la division de Villatte corria gran peligro en Balmaseda, supuesto que el general Labruyère habia estado en comunicacion con ella el dia 5 por la mañana. Y ¿cómo es que, en lugar de acudir en persona al frente de vuestras tropas á dar socorro á una de vuestras divisiones, habeis dejado una operacion tan importante á cargo de un general de brigada, y éste no de vuestra mayor confianza, y que solo llevaba consigo la tercera parte de vuestras fuerzas? ¿Cómo es que, habiendo recibido en todo el dia 5 la noticia de que estaba liroteándose con los españoles la division de Villatte, en vez de ir á darle auxilio, hubisteis de suponer gratuitamente que el mismo general habia salido victorioso del combate? Su Magestad pregunta desde cuándo acá han venido el fuego de fusilería y el ruido de un ataque á ser pruebas de haberse retirado el enemigo. Sin embargo, las instrucciones del mariscal Jourdan eran precisas, en punto á que no fuéteis para Miranda antes de estar cerciorado de que iba de retirada el enemigo, y, en lugar de hacerlo así, señor mariscal, os habeis puesto en camino cuando teniais prueba cierta de que el enemigo estaba combatiendo. Sabeis que el principio primero de la guerra dicta que, siendo dudoso lo que ocurre, se acuda al socorro de un cuerpo del propio ejército que esté atacado, pues de acudir puede depender que se salve ó no. Aun suponiendo otra cosa, no podia tener inconveniente vuestro movimiento, supuesto que la órden contenida en vuestras instrucciones de ir sobre Miranda era meramente hipotética, y que así el no cumplirla de ninguna manera podia influir en proyecto alguno del general bajo cuyo mando supremo estais.

»Yed, pues, lo que ha sucedido, señor mariscal: la columna delante de la cual ha retrocedido el general Labruyère ha caido sobre el general Villatte, quien acometido por su frente y por su costado, solo ha debido su salvacion á su intrepidez, y despues de haber hecho gran matanza en el enemigo, perdiendo por su parte poca gente, se ha retirado sobre Bilbao, y está delante de la misma poblacion y á dos leguas de ella desde el 5 por la noche.

»Manda el Emperador que, sin demora, os pongais en marcha para caer sobre Orduña, y que vayais á la cabeza de vuestras tropas, llevando reunido vuestro cuerpo de ejército, y que maniobreis para ponerlos en comunicacion con el mariscal Lefebvre, el cual debe de estar en Bilbao.

caminó á Balmaseda por Sodupe y Gueñes con las divisiones de Villatte, Sebastiani y Leval, francesas las dos primeras, y la tercera de alemanes, cuya fuerza total era de cerca de diez y ocho mil hombres, y casi sin artillería ni caballería, no siendo posible llevar la una ni la otra por aquellos valles angostos donde apenas habia medios de transportar las municiones de la infantería.

Iba el camino por lo hondo del valle, y el mariscal Victor se adelantó, llevando á la izquierda del mismo camino la division de Villatte, en la carretera la de Leval, y á la derecha la de Sebastiani, algo mas delante esta que las otras dos. Entró á fuerza desde luego, la misma division de Sebastiani en el pueblo de Sodupe, y, pasando mas allá, encontró en las alturas de Gueñes á Blake con algo mas de veinte mil hombres y tres piezas de artillería. Treparon al momento á lo alto de las lomas las tropas del general Sebastiani, no obstante el fuego de los españoles, no muy de temer, porque disparaban desde lejos para tener tiempo de ponerse pronto en fuga. Llegados á las cumbres los franceses no pudieron hacer prisioneros, pues los españoles, harto mas ágiles que ellos, aunque ellos lo eran en extremo, corrían á todo correr cuesta abajo por el otro lado de los montes. Mientras iban así siendo tomados los puestos de la derecha, tambien iban quedando vencidos los obstáculos que habia en el mismo camino, y diez mil españoles, envueltos por el rápido movimiento de sus contrarios, se quedaban atrás en las lomas de la izquierda, separados del cuerpo de batalla de los suyos. Mandó entonces el mariscal pasar el riachuelo que corría por lo hondo del valle á uno

Combate
de Gueñes.

Nov. 1808: de los regimientos de la division de Sebastiani, que era el de línea número 28, el cual de este modo vino á quedar á la espalda de aquellos diez mil españoles, á tiempo que el general Villatte iba á acometerlos por su frente. Pero los franceses, que, como siempre, encontraron á los levantados prontos á hacerles fuego cuando aún estaban fuera de tiro, en ningun punto pudieron alcanzar á sus contrarios, y, casi sin recibir daño, pudieron hacer muy poco. Mataron, sin embargo, ó hirieron algunos centenares de españoles, y á muchos mas obligaron á huir en confuso desorden, infundiéndoles disgusto al uso de las armas.

Blake, que habia vuelto sobre Balmaseda con cerca de treinta y seis mil hombres, llevaba consigo algunos menos al retirarse otra vez á las angosturas de la sierra. Pero si hubiese tropezado con el cuerpo de ejército del mariscal Victor por su espalda, ni toda la agilidad de sus soldados los habria libertado de ser envueltos, quedando los mas de ellos prisioneros. Al dia siguiente, que era el 8, se habia puesto, por su parte, en camino el mariscal Victor, yendo al fin que deberia no haber perdido de vista mientras entraba el mariscal Lefebvre en Balmaseda. Ya estaban los dos juntos y en situacion de emprender contra el ejército español todo cuanto puede emprenderse. Era la única dificultad con que tropezaban la de hallar sustento, porque, en medio de aquellas asperezas, donde hay poca tierra cultivada, carecian los franceses de todo. Ni padecian menos escaseces los españoles. En tan comun miseria unos y otros robaban y asolaban pueblos y campos. Balmaseda y las poblaciones vecinas habian sido destrozadas, y en parte quemadas, con el objeto

de calentarse al fuego los soldados de ambos opuestos ejércitos. Nov. 1808.

Napoleon supo el 9 por la mañana que sus tropas, vuelta á tomar por ellas la ofensiva, no tenian otra cosa que hacer que presentarse para que desapareciese del frente de ellas el enemigo. Aunque anteriormente creia él poco en el valor de los levantados, sin embargo, antes de haber adquirido experiencia completa de lo que eran, habia usado en sus movimientos de precauciones muy superiores á lo necesario. Pero ya entonces no titubeó, y el 9 por la mañana dió orden al mariscal Soutl de ir sobre Burgos con el 2.^o cuerpo de ejército y gran golpe de caballería. Mandaba la ligera del mismo cuerpo de ejército, compuesta de cazadores y polacos de la guardia imperial, el general Lasalle, oficial de gran brillo. Fuele agregada la division de Milhaud, compuesta de cuatro lucidos regimientos de dragones. Compondrian todas aquellas fuerzas una total de diez y siete ó diez y ocho mil infantes y cuatro mil caballos. Acababa de saber Napoleon que habian llegado á Burgos las tropas de Extremadura, y mandó al mariscal Soutl que, sin esperar al mariscal Ney ni á la guardia imperial, se hiciese adelante, arrollase á las tropas españolas que tenian la osadía de acercársele tanto, y les quitase la posesion de Burgos.

El mariscal Soutl, ya desde el dia anterior en Brieviesca, habia sin tardanza dado orden á las tres divisiones de Mouton, Merle y Bonnet de reunirse en el camino de la misma poblacion á Burgos cerca de Monasterio. Llevaba delante la caballería de Lasalle, y con su cuerpo de batalla la de Milhaud. Pasado Burgos para quien viene de Francia comienzan los llanos de Casti-

Ejecuta al fin Napoleon su proyecto de cortar por el centro el ejército español.

Combate de Burgos.

Nov. 1808. lla, y para pasear éstos á galope, dando alcance á los españoles fugitivos, habia traído consigo Napoleon tan grande cantidad de dragones.

El 10 á las cuatro de la madrugada puso el mariscal Soult en movimiento su cuerpo de ejército en el camino de Monasterio á Burgos, yendo á la cabeza la caballería ligera de Lasalle, y la valerosa division de Mouton, en segunda línea la de Bonnet con los dragones de Milhaud, y de retaguardia la de Merle, la mas distante de las tres divisiones. Habian salido de Burgos como doce mil hombres del ejército de Extremadura para pasar á las cercanías del Ebro por la parte superior de su corriente, y situarse en Frias á cubrir el ala derecha del general Blake, segun lo resuelto en el consejo de guerra celebrado en Tudela. Seis mil hombres del mismo ejército extremeño se habian quedado en Aranda de Duero, que está en la carretera de Madrid. Los doce mil españoles que así se habian puesto delante de Burgos eran, como todas las tropas de su nacion en aquellos dias, una mezcla de tropa de línea y veterana, y de voluntarios, campesinos, estudiantes y de otras clases. Habia, es verdad, entre ellos algunos batallones de Guardias Españolas y Walonas que eran los mejores soldados de España. Llevaban consigo estas tropas una artillería numerosa, bien dispuesta en caballos y cureñaje y cajas, y no menos bien servida, pero iban mandadas, por estar ausente su general Galluzo, por el conde de Belveder, jóven inexperto que se habia ido sobre los franceses con la presuncion mas loca posible.

Al amanecer, la caballería de Lasalle, que iba á la cabeza del cuerpo de ejército del mariscal Soult, tro-

pezó con las avanzadas españolas, se tiroteó con ellas á carabinazos, y se replegó sobre la division de Mouton, por haberse encontrado con obstáculos que solo es dado vencer á la infantería. Siguiendo el camino real, y cerca de la misma ciudad de Burgos, habia á la izquierda de los franceses un rio de poco caudal, llamado el Arlanzon, que lame la falda de las alturas pobladas de árboles donde estaba la Cartuja, quedando en el centro el bosquecillo de Gamonal por donde atraviesa el mismo camino real, y á la derecha las alturas del soto de Villimar, cuya cumbre ocupa el castillo de Burgos, fortaleza antigua, y en cuya falda tiene la misma ciudad su asiento. Tenian los españoles pobladas de guerrillas las alturas á derecha é izquierda del camino, y lo principal de su infantería en el bosquecillo de Gamonal, cortando el paso de la carretera, con la caballería en el linde del bosque y la artillería algo mas adelante. No bien llegó allí cerca el mariscal Sault, cuando puso en movimiento la division de Mouton á fin de vencer el principal obstáculo que se le oponia, que era el bosque de Gamonal. Situó algo atrás la caballería para arrojarla sobre los españoles en la hora en que estuviese ya allanado el obstáculo del bosque, y algo mas atrás todavía la division de Bonnet para tomar las cumbres ocupadas por sus enemigos, si estos intentaban defenderlas. El ilustre general Mouton se arrojó sin vacilar al bosque de Gamonal con sus cuatro regimientos veteranos, los de ligeros números 2 y 4, y los de línea 15 y 36. Disparando con viveza la artillería española, se llevó al principio algunas filas de sus contrarios, pero éstos, marchando con la bayoneta calada sobre el bosque de Gamonal, le entraron, á pesar

Nov. 1808.

Posicion
de Gamonal
á corto trecho
delante de
Burgos.

Nov. 1808.

Espantosa
derrota de
los españoles.

de las guardias españolas y walonas que le defendian, y le dejaron á su espalda en un abrir y cerrar de ojos. Viendo esto el ejército español se dispersó por completo con prontitud nunca vista, abandonando todos sus cañones y banderas, de suerte que las tropas que iban dándole alcance recogieron entre los árboles mas de veinte bocas de fuego (1). Abandonaron igualmente los vencidos las alturas, y la turba de sus fugitivos se echó, ya dentro de Burgos, ya á la otra orilla del Arlanzon para huir con mas presteza. Entonces los generales Lásalle y Milhaud atravesaron el Arlanzon, parte de sus tropas vadeándole, y otra parte por los puentes que hay sobre él, hecho lo que, se arrojaron á galope sobre los dispersos soldados del ejército extremeño, de los cuales acuchillaron á un número muy crecido. La infantería del general Mouton entró en Burgos dando alcance á los españoles, recibió algunos tiros disparados de varios conventos, los cuales saqueó, y se hizo dueño, así como de la ciudad, del castillo que no habian tenido sus enemigos la prevencion de poner en estado de

(1) La derrota de los españoles en Gamonal fué completa, y mal disputada la victoria. Pero su general, el conde de Belveder (á quien hace marqués M. Thiers, equivocando, como hace á cada paso, nombres y títulos españoles, y acreditando con estos sus errores en menudencias que los comete de mayor entidad en cosas mas graves) era un jóven inexperto, sus tropas bisonas, incluso los batallones de la Guardia Real, que eran dos y de nueva formacion, y su número inferior al que le dá el historiador francés, siéndole aún en esto superiores los franceses que en lo demas les hacian tanta ventaja.

Y; aquí de una vez para todos, renunciando á la tarea, si acaso necesaria, difícil hasta acercarse á lo imposible de empedrar de notas los pies de las columnas de esta obra, conviene decir que, si por un lado es cierto que en la campaña de noviembre de 1808, viéndose los ejércitos españoles acometidos por tropas que en todo tenian sobre ellos superioridad, se entregaron al desaliento, por otro lado, no se portaron mal hasta el punto que M. Thiers supone, ni fueron en otros puntos tan débiles como en Gamonal y despues en Somosierra, puntos en que eran pocos y malas las fuerzas españolas que habia.

defensa. Tal victoria alcanzada con solo haber acometido la division de Mouton, dió á los franceses, ademas de la ciudad de Burgos y su castillo, doce banderas, treinta bocas de fuego y cerca de novecientos prisioneros, sin contar los fugitivos que fueron muertos ó heridos, ó cogidos en el llano, avaluándose en mas de dos mil los que recibieron la muerte ó heridas al otro de Burgos por las espadas de los ginetes franceses. Con soldados tan ágiles para la fuga no habia otro modo de disminuir la fuerza de sus ejércitos que el de acuchillar á los fugitivos, siendo imposible lograr de otra manera hacer prisioneros. Dedicóse el mariscal Soult á restablecer el órden en Burgos, donde hubo al principio extremada confusion, por estar allí revueltos unos con otros vencedores y vencidos, y haber desaparecido de su recinto casi todos sus moradores. Sin embargo, dentro de pocos dias recobró aquella importante ciudad su antiguo ordinario aspecto.

Impaciente Napoleon por hacer del punto central de Burgos el eje de sus operaciones, se habia dado priesa en el dia 10 á llevar mas adelante su cuartel general. El 10 habia hecho noche en Cubo, y en todo el dia 11 entró en Burgos. Durante su estancia en Vitoria habia tenido cuidado de mandar construir en Miranda de Ebro, Pancorbo y Briviesca puestos que eran medio fortalezas, capaces de contener cada uno un hospital, un almacen y un depósito de municiones, y donde pudiesen las columnas de marcha descansar, repararse y dejar la gente cansada ó enferma con seguridad de que no cayesen sobre ella las guerrillas. Ya, en efecto, habia conocido, con su sólita viveza de penetracion, que en una tierra donde eran tan

Pasa
Napoleon
á Burgos.

Nov. 1808. poco temibles las tropas regladas, y donde tantos daños causaban las partidas sueltas de hombres armados, correrian sumo peligro las comunicaciones de su ejército. Por esto no daba un solo paso adelante sin atender á asegurar sus comunicaciones.

Cómo trata
Napoleon
á las
autoridades
y á los
habitantes
de Burgos.

Napoleon entró en Burgos de noche y de incógnito, persistiendo en su idea de dejar á José los honores debidos á un rey, y tomar él solo sobre sí lo odioso de los rigores de la guerra (1). Dió orden de quemar el

(1) Va aquí á continuacion una carta mas de Napoleon, que juzga el autor de esta historia digna de salir á luz en ella.

» *El Emperador al rey de España.*

» Cubo 10 de noviembre de 1808.

»A la una de la madrugada salgo de aquí para llegar de incógnito, antes que amanezca, á Burgos, donde daré disposiciones para el día, porque nada vale una victoria si no se aprovecha la ventaja adquirida.

»Creo que debeis pasar á Briviesca en el día de mañana.

»Tanto quanto creo que para mí debe haber pocas ceremonias, juzgo necesario que para vos las haya. Para mí no cuadran con mi profesion de la guerra, y por otra parte no las quiero.

»Me parece que deben venir diputaciones á presentárseos y recibiros lo mejor posible. A mí llegada lo dispondré todo para el desarme general y para quemar el pendon que ha servido para la proclamacion de Fernando. Dad vos impulso para dar á conocer que esto no es cosa de risa.

»Me escriben que ha quedado aniquilado el ejército de Extremadura. Es una canalla infame (*) y fanfarrona que no ha resistido á la acometida de una brigada del general Mouton.

»Si sabeis algo de la parte de Orduña ó de los mariscales Lefebvre y Victor, enviádmelo á decir. La esperanza de saber algo de allá me ha hecho detenerme aquí.

»El general Dejean, que manda mil caballos en Miranda, tiene orden de proteger á su paso á los españoles que están con vos, y que tal vez se habrán puesto en camino para Burgos, así como de la tesorería, etc.

» NAPOLEON. •

N. DE M. THIERS.

(*) Sin poderlo remediar se enciende en ira un buen español, y aún debería suceder lo mismo á toda criatura imparcial, pero amiga de la justicia y enemiga de quien á ella falta, al ver calificada de canalla á gente armada en defensa de su patria, y, si no diestra ni aún valerosa en una lid, por faltarle los requisitos de soldados, defendiéndose contra

Nov. 1808.

pendon que habia servido para proclamar rey á Fernando, recibió al clero y autoridades de la ciudad con extremada dureza, y se presentó como conquistador irritado, que habia adquirido todos los derechos de la guerra, y estaba resuelto á ejercerlos todos, y solo dispuesto á aflojar algo de su rigor en cuanto la clemencia de José pudiese recabarlo de él.

Habia existentes almacenadas en Burgos y en sus cercanías grandes cantidades de lanas (1) pertenecientes á los mas ricos hacendados de España, como eran los duques de Medinaceli, de Osuna y del Infantado, el príncipe de Castelfranco (2) y otros á quienes se proponia Napoleon tratar con el mas duro rigor, perdonando á todos los de inferior esfera. Mandó confiscar las lanas de que ahora aquí se habla, cuyo valor era de no menos que doce ó quince millones de francos (sobre de 45.600,000 rs. á 57.000,000 rs.) Era su proyecto venderlas á los comerciantes de Bayona á in-

Echase
Napoleon
sobre
las lanas
pertenecien-
tes á los mas
ricos
hacendados
españoles.

un agresor culpado á la par de violencia y de perfidia. Y, sin embargo, á M. Thiers, que culpa la conducta de Napoleon en Bayona, parece muy puesto en rizon que se llame infame canalla á los soldados españoles.

N. DE A. A. G.

(1) Con gran frescura cuenta M. Thiers este robo hecho á individuos particulares. No todos aquellos á quienes fueron quitadas sus lanas eran de las personas á las cuales daba entonces Napoleon, y hoy mismo tiene su historiador el descaro de no negar él, la calificacion de traidores. Aún á estos supuestos traidores, para confiscarles los bienes, debia preceder sentencia. Pero Napoleon en materia de propiedad no era escrupuloso. En punto á confiscaciones gustaba de ellas á tal punto que, en 1815, cuando vuelto al trono desde la isla de Elba pretendia imperar con potestad limitada y dar culto á las doctrinas llamadas liberales, se resistia á que fuese abolida la pena de confiscacion contra los enemigos del Estado.

N. DE A. A. G.

(2) Al príncipe de Castelfranco hace M. Thiers duque, suponiéndole titulo español. Va corregido esto en la presente traduccion, así como innumerables equivocaciones de la misma clase.

N. DE A. A. G.

Nov. 1808.

fimo precio , para favorecer la fabricacion de paños en Francia, aplicando luego el producto de esta venta, ya á indemnizar de sus pérdidas á los franceses que habian padecido en Valencia , Cádiz y otros varios pueblos de España , ya á acrecentar el tesoro del ejército. Hasta entonces habia dado al Senado todas las banderas tomadas á ejércitos enemigos. Quiso que al Cuerpo Legislativo cupiese parte en tales trofeos y le regaló doce banderas tomadas á las guardias españolas y walonas, deseando en lo posible atenuar en Francia el disfavor con que era allí mirada la guerra de España.

Dádiva hecha al Cuerpo Legislativo de las banderas tomadas á las guardias españolas y walonas.

Disposiciones relativas á las operaciones militares dadas por Napoleon luego que llegó á Burgos.

Pero todo esto era para él meramente cuidados accesorios , siendo en aquella hora su atencion principal y mas urgente la direccion de las operaciones militares. Llegado el 11 á Burgos , en el mismo dia envió al general Lasalle con su caballería ligera sobre Lerma y Aranda á llevarse por delante arrollados los españoles hasta las faldas de las sierras de Guadarrama , dejando limpias de ellos aquellas tierras, y allanando el camino para que cayesen las columnas francesas sobre sus ejércitos por la espalda. Mientras enviaba á Lasalle delante de él como en linea recta , mandaba al general Milhaud ir por la derecha con sus dos mil dragones sobre Valladolid, con encargo de acuchillar á los fugitivos , de hacerlos prisioneros , de deponer en todas partes las autoridades que obraban en nombre de Fernando VII, y de crear otras nuevas en el de José. Pero lo mas urgente para él, y lo que llevó inmediatamente á efecto, fué, dando un dia solo de descanso á las tropas, enviar de Burgos hácia Reinosa al mariscal Soult con el segundo cuerpo de ejército á que cayese sobre la espalda de Blake. En efecto, una vez llegados los france-

Nov. 1808.

ses á Burgos, se hacia tiempo de que revolbiesen á derecha é izquierda á coger por la espalda á los ejércitos españoles, empezando por el que mandaba el general Blake, pues con éste era con el que á la sazón estaban en operaciones activas los generales franceses, siendo importante ir sobre él si habia de llegarse á tiempo de cortarle la retirada. Ordenó, pues, Napoleon al mariscal Soult salir de Burgos á marchas forzadas el 12 por la mañana, y haciendo un movimiento algo á retaguardia por su derecha ponerse por Huermece y Canduela sobre Reinosa. Era probable, habiendo sido ya derrotado el ejército español de Blake, que tropezase con él, cuando fuese retirándose, el mariscal Soult, y si, en vez de retirarse en buen orden los vencidos, venian, como suelen ejércitos no regulares, dispersos en bandadas de fugitivos, cogeria el mariscal francés algunas de las reliquias de la derrota. Desde Reinosa habia de ir el mismo mariscal sobre Santander (1) á sujetar á Asturias. En esta marcha del mariscal Soult veia Napoleon dos ventajas, siendo una y la primera envolver el ejército de Blake, y la segunda volver el segundo cuerpo de ejército francés á su destino primitivo de ocupar á Castilla la Vieja y el reino de Leon, tierra de él conocida, y donde estaba acostumbrado á seguir la guerra. Era asimismo la intencion del emperador francés, cuando hubiesen dado remate á sus operaciones en Vizcaya los mariscales Lefebvre y Victor, incorporárselos trayéndolos por Vitoria, donde tenian su artillería que no habian podido llevar consigo por las sierras, y luego por

Movimiento que tiene orden de hacer el mariscal Soult sobre Reinosa para coger á Blake por la espalda.

Qué intentaba hacer Napoleon con el cuerpo de ejército del mariscal Soult.

(1) Es de notar que para M. Thiers Santander está en Asturias.

Nov. 1808. **Miranda y Burgos hácia Madrid.** Como iba el mariscal Soult con toda su artillería, no habiéndose visto obligado á dejársela atrás porque marchaba por el camino real, llevaba consigo todo lo necesario para las operaciones que le estaban encomendadas.

Orden dada para acelerar la entrada en España del cuerpo de ejército del general Junot á fin de agregarle al del mariscal Soult en operaciones contra los ingleses.

Napoleon pensó en aquel mismo dia en los medios de dar al mariscal un refuerzo considerable. Corrian en Burgos voces vagas relativamente á los ingleses, y varios prisioneros, preguntados sobre ellos con prolijo cuidado, habian respondido que venian ya por los caminos por donde se comunica Portugal con España. Otros habian hablado de haber desembarcado ingleses en la Coruña, los cuales venian por Astorga á Leon. Las mismas noticias daban cartas interceptadas en el correo. Era evidente que, sin saber la hora en que se daría con ellos, habria de encontrárselos en los llanos de Castilla la Vieja, ó ya los que estaban en Portugal viniesen de Lisboa sobre Salamanca, ó ya los desembarcados en Galicia pasasen de la Coruña á Astorga. No los creía Napoleon tan cerca, cuando en efecto lo estaban, porque el plan del ejército británico iba ejecutándose puntualmente. Ya algunas tropas de las de sir Juan Moore habian traspasado á Badajoz y Almeida, y las de sir David Baird, al fin recibidas en la Coruña, venian marchando sobre Lugo y Astorga. Pero importaba poco á Napoleon que estuviesen á mas ó menos distancia de él los ingleses, siendo, al contrario, su deseo verlos internarse en la Península, de modo que no pudiesen volver atrás, idea con la cual todo lo tenia dispuesto para acabar con ellos. Habia resuelto juntar con las fuerzas del mariscal Soult el cuerpo de ejército del general Junot, vuelto de Portugal á Francia

por mar, con arreglo al convenio de Cintra, llevado lealmente á ejecucion por los ingleses, aunque tanto le hubiesen desaprobado. Ya habia dado órdenes para que el mismo cuerpo de ejército fuese armado otra vez y puesto de nuevo en orden hasta estar pronto en estado de salir á nueva campaña. Expidió de Burgos nuevas órdenes para que la division del general Delaborde, primera de aquel cuerpo de ejército, pasase el Bidasoa el 1.º de diciembre, y para que la siguiese inmediatamente la segunda mandada por el general Loison, quedando la tercera, cuyo mando acababa de ser dado al general Heudelet, y que no estaba tan pronta para salir á campaña como las otras dos, con orden de seguir á éstas cuanto antes pudiese. No dudaba Napoleon de que el cuerpo de ejército de Junot, ya bien aguerrido, ardiese en deseos de vengarse de la jornada de Vimeiro, y le juzgaba muy capaz de tomar de ella cumplida venganza. Resistiendo á los ingleses por su frente los cuerpos de ejército del mariscal Soult y del general Junot, podria el emperador francés desde Madrid, donde se proponia estar muy en breve, hacer sobre los costados y espalda de ellos alguna maniobra que seria tanto mas decisiva cuanto mas se hubiesen adelantado las tropas británicas. No atendió, pues, á ellas en aquel momento, pues fácil era haber previsto que vendrian, sino para preparar medios de detenerlas despues en su marcha.

Salido que hubo el mariscal Soult de Burgos, y quedándose allí Napoleon solo con la guardia imperial y parte de los dragones, apresuró el movimiento sobre la misma ciudad de las dos divisiones del mariscal Ney, destinándolas á operaciones que de allí á poco habiau

Nov. 1808.

de ejecutarse por la espalda de Castaños, cuando ya hubiese acabado con el general Blake y pudiese dejar flaco en fuerzas su centro en provecho de su ala izquierda. Habia dispuesto el itinerario del mariscal Ney sobre Burgos por Haro, Pancorbo y Briviesca.

Marchan los mariscales Lefebvre y Victor contra el general Blake.

Mientras enviaba al mariscal Soult á Asturias á coger por la espalda al general Blake, seguian los mariscales Lefebvre y Victor dando alcance al mismo general español por Vizcaya. No habiendo encontrado el mariscal Lefebvre resistencia formal en Gueñes el 7, habia estado el 8 en Balmaseda, y adelantado hasta cerca de Bárcena la division de Villatte que le habia sido prestada por unos pocos dias. Por su parte, el mariscal Victor, reprendido por haber pensado en alejarse de Vizcaya, habia vuelto por Orduña, Amurrio y Oquendo sobre Balmaseda, y el 9 se habia juntado, cerca de este último pueblo, con el cuerpo de ejército del mariscal Lefebvre, siéndole compensacion de la nueva direccion que tomaba recobrar la division de Villatte, y poder encontrarse con un enemigo ya desalentado y vencerle. En el dia 9 se vió con el mariscal Lefebvre, al cual prometió concertar con él su marcha. Pero al dia siguiente 10, temiendo que, con estar tan cerca del otro mariscal, podria verse otra vez privado de la division de Villatte, dióse priesa á caer á todo trance sobre el ejército de Blake arrollándole hasta las angosturas por donde se desemboca en Vizcaya, y llegado á éstas, le fué por ellas siguiendo sin perder un instante, hasta que, al mediar el segundo dia, llegó, atravesados ya los montes, cerca de Espinosa, pueblo pequeño, importante por su situacion, pues venia á estar asentado en el punto donde se cortan y cruzan

Reúnense por pocas horas los dos mariscales en Balmaseda, y luego van sobre el general Blake cada uno por su lado.

Llega á Espinosa el mariscal Victor siguiendo al general Blake.

todos los caminos de los llanos y de las sierras. Desde Espinosa, en efecto, puede irse por un buen camino ó á Bilbao ó á Santander, queriendo pasar de la tierra llana á la montuosa, y quien, por el contrario, quiere bajar de los montes á los llanos puede ir por camino igualmente bueno ó á Villarcayo ó á Reinosa, yendo así á parar ó á Burgos ó á Leon. Bien merecia, pues, aquel lugar que en él se detuviese el general Blake y disputase su posesion con tenaz empeño. Y no menos merecia que diese el mariscal Victor una batalla para apoderarse de él, debiendo contar por otra parte con que allí se le incorporaria, si de ello hubiese necesidad, el mariscal Lefebvre, no obstante haberse separado de él sin verle, y aun sin darle aviso. El mariscal Lefebvre le habia seguido al mismo valle llevando un camino paralelo, pero algo mas á la izquierda y mas atrás, muy ofendido de que su colega, puesto en marcha de súbito, nada le hubiese dicho ó enviado á decir tocante á las operaciones que habian de ejecutar de consuno. Por fortuna, con uno solo de los dos cuerpos de ejército enviados contra Blake bastaba para acabar con el general español: en tan mal orden estaban, y tan mala calidad tenian sus tropas y tan irresistibles eran las que acababa Napoleon de entrar en España.

Llegado el mariscal Victor al promediar el dia 10 á Espinosa de los Monteros, encontró allí al general Blake puesto en alturas á que era difícil llegar, y donde se habia situado el general español con no poca inteligencia. Quedaban todavía á Blake treinta ó treinta y dos mil hombres de los treinta y seis mil que llevaba cuando habia revuelto hácia Balmaseda, y seis piezas de artillería que no habia traído consigo, sino recibiendo

Nov. 1808.

Situacion
de Espinosa
en el centro
de todos los
caminos.

Batalla
de Espinosa.

Primera
jornada.

Nov. 1808.

do de Reinosa, siendo imposible pasar la artillería por aquellos montes. Por eso no la llevaban ni uno ni otro de los opuestos ejércitos, los cuales peleaban sin ella y sin caballería, con solo la fusilería ó á bayoneta calada, pudiendo apenas ir seguidos de unas pocas mulas que les llevaban galleta y cartuchos.

El general Blake tenia á su izquierda unas lomas escarpadas y pobladas de arbolado, en su centro un terreno accesible, pero lleno de cercados, y á su derecha una mesa bastante elevada, si bien no tanto quanto las lomas de su izquierda, como éstas cubierta de árboles, y ademas respaldada á un riachuelo llamado el Trueba, que saliendo de los montes lamia la falda de aquellos puestos. El pueblo de Espinosa, por el cual atraviesa el Trueba, venia á quedar cabalmente á la espalda del centro del ejército español. El fin, pues, á que debian encaminarse los franceses era desbaratar una ú otra ala del ejército su contrario, arrollarla sobre el centro de los mismos y llevárselos todos por delante revueltos hasta Espinosa, donde solo habia un puente no bastante á dar paso á un ejército puesto en huida. Lo avanzado de la hora, y lo corto de los dias de noviembre, no daban la menor esperanza de que todo ello pudiese ser ejecutado en un solo dia.

Desembocando por el camino de Edesa el general Villatte, que hacia cabeza en el cuerpo de ejército del mariscal Victor, descubrió el ejército español en los tremendos puestos en que estaba situado, con sus seis bocas de fuego en el centro de su línea, y le encontró no poco animoso, no obstante haber sido siempre vencido desde que habian vuelto á empezar las operaciones. El general francés echó adelante la brigada

de Pauthod, compuesta de los regimientos número 27 de ligeros, y 63 de línea, dando por orden al primero arrollar á los españoles sobre las lomas en que tenían apoyada su izquierda, y al segundo presentarse en batalla delante del centro de su enemigo para tenerle á raya. Con la segunda brigada compuesta de los regimientos números 94 y 95 de línea, y mandada por el general Puthod, se arrojó á la altura poblada de arbolado en que apoyaban su ala derecha los españoles. Era forzoso á los franceses ir sin artillería sobre un ejército que tenia consigo alguna, aunque poca, y tomar todos los puestos enemigos con fuego de fusilería ó á bayoneta calada. Por su fortuna, el terreno lleno de árboles que habia delante no se prestaba al uso de otras armas que las de que en aquella hora podian valerse los franceses. Los soldados del marqués de La Romana, situados en aquella mesa, se defendieron con no poco valor, y, amparados por los bosques, hicieron un fuego bastante mortífero á las tropas sus contrarias. Pero el general Puthod con los regimientos números 94 y 95 de línea venció todos cuantos obstáculos halló á su frente, llegó á poner pié en la mesa, y penetró en los bosques, desalojando de ellos á los españoles, á algunos de los cuales precipitó en las aguas del Trueba, mientras obligaba á los otros á recogerse, aunque en bastante buen orden, á su centro respaldado al pueblo de Espinosa. En tanto que la brigada francesa de la izquierda sustentaba tan recia pelea contra la derecha de sus contrarios, el regimiento número 27 de ligeros, que era de la brigada de la derecha de los mismos, habia estado todo el dia tiroteándose con los españoles en la

Nov. 1808.

falda de la altura ocupada por la derecha de éstos, y el de línea francés número 63 habia tenido mas de una vez que embestir á bayoneta calada para contener al centro de sus enemigos. No dejaba de ser dura de sostener tal refriega, y aun podria haber sido peligrosa con no tan buenas tropas como eran las francesas, porque seis ó siete mil de éstas peleaban con mas de treinta mil españolas. Pero llegando el mariscal Victor con las divisiones de Ruffin y Lapisse se habia dado priesa á apoyar por ambos costados derecho é izquierdo á la division de Villatte, y aun iba á empeñar formalmente la batalla, cuando, levantándose una niebla como á las cinco de la tarde, quitó á los dos ejércitos verse el uno al otro, remitiendo al dia siguiente la terminacion de la contienda comenzada. Creyéndose vencedores los españoles, segun tenian por costumbre, porque no habian quedado enteramente vencidos, encendieron hogueras entre clamores de alegría con que cantaban su victoria. Poco habia de durarles su contento.

Segunda
jornada.

En el dia siguiente 11, el mariscal Victor, al amanecer, dió de nuevo principio á la batalla, resuelto á que esta vez fuese decisiva. Contaba en sus tres divisiones diez y siete ó diez y ocho mil hombres de infantería presentes en el campo de batalla, lo cual era sobrado para algo mas de treinta mil españoles que le hacian frente. Desde el dia anterior habia mandado á los regimientos números 9 de ligeros y 24 de línea de la division de Ruffin, apoyándolos con el de línea número 96, sustituirse á los de la misma calidad números 94 y 95, que habian pasado todo el dia peleando. Estos tres regimientos del general Ruffin sustituidos á la brigada de Puthod tenian por encargo com-

pletar la victoria del ala izquierda francesa en la mesa por cuya espalda corría el río Trueba. El mariscal había mandado á la primera brigada de la division de Lapisse mandada por el general Maison, uno de los oficiales mas bizarros y entendidos de todo el ejército francés, dar apoyo por el costado derecho de los suyos al regimiento número 27, desalojar á los españoles de las lomas escarpadas y arboladas en que tenían situada su ala izquierda, y desde allí arrollarlos sobre Espinosa, donde no les quedaria otro lugar para huir mas que el puente del mismo pueblo. Por el centro había mandado al regimiento número 8 de línea de la division de Lapisse sostener al número 63 de la de Villatte, y había dejado de reserva al número 54, último de la misma division de Lapisse, para enviarle donde hiciese falta.

Al amanecer, poniéndose en marcha el general Maison al frente del regimiento número 16 de ligeros, que competía en ardimiento con el 27 de los mismos de la division del general Villatte, trepó, á pesar de un vivo fuego hecho desde alto abajo, á las lomas que estaban á la derecha de los franceses, y haciéndose dueño de ellas á bayoneta calada, mató á los españoles varios generales, y un crecido número de oficiales y soldados, hasta que, ayudándole el número 45, los hubo dejado arrollados sobre su centro, ó dígase sobre Espinosa. En el mismo instante el regimiento número 63, cuyo mando llevaba el esforzado Mouton-Duvernet, y el número 8, iban echando á los españoles de cercado en cercado por el terreno algo mas rebajado y espacioso donde estaba el centro de la posicion que ocupaban. Tomando sucesivamente varias tapias

Nov. 1808. de huertas los soldados franceses, arrollaron al fin á sus contrarios sobre Espinosa, en el momento en que el general Maison ya los habia arrollado al mismo punto, y les quitaron sus seis piezas de artillería. La brigada francesa de la izquierda gobernada por el general Labruyère habia desempeñado con igual acierto y felicidad su encargo, y encerrado en una hondonada de las que formaba el cáuce del Trueba al ala derecha de los españoles, la cual quedaba apiñada allí formando un conjunto ó masa con la forma de un cuadrado lleno ó un dado, forma tomada, al parecer, para resistir mejor al embate de sus enemigos. Echados así los españoles por todos lados á un tiempo sobre Espinosa, pararon en caer en una espantosa confusión, huyendo desordenados por todas partes, apiñándose muchos en el puente de Espinosa para pasarle, y arrojándose otros, en no menos número, á las aguas del Trueba para vadearle. Vióse entonces, no una retirada, sino una derrota sin igual de treinta mil hombres despavoridos, echándose unos sobre otros, y huyendo frenéticos de terror. En un llano y con caballería habria sido facilísimo hacerlos prisioneros, ó dejarlos bien acuchillados á casi todos. Disparando los soldados franceses de arriba á bajo á aquellas turbas espesas, ó llevándoselas por delante á bayonetazos, les mataron ó hirieron como unos tres mil hombres, pero solo lograron hacerles algunos centenares de prisioneros, no pudiendo alcanzar á la carrera á gente tan ágil en andar por los montes. Habian perdido los vencedores cerca de mil y cien hombres entre muertos y heridos, pérdida muy crecida sobre la ordinaria habiéndoselas con españoles, y debida á la na-

Espantosa
derrota de los
españoles
y dispersion
completa
del ejército
del general
Blake.

turalaleza del terreno que habia sido necesario ganar á viva fuerza, pero tenian lograda una ventaja superior á la de coger prisioneros, que era la de haber puesto en completo desórden el ejército de Blake. Este general, desesperado y privado de casi todos cuantos oficiales superiores servian á sus órdenes, muertos ó heridos los mas de ellos, se habia quedado sin ejército absolutamente, diseminándose los asturianos en confusa huida por el camino de Santander, escapando por Reinosa y por Leon las reliquias de las tropas de linea de La Romana y del ejército de Galicia, y huyendo otra parte de su gente por el camino de Villarcayo, esperanzada de no dar con los franceses por aquellos lugares. Los mas de los fugitivos, habiendo tirado los fusiles, iban corriendo á campo travieso resueltos á no volver á empuñar las armas. Verdad es que podia volverles el valor con no menos priesa que la con que les habia faltado, pero, al cabo, quedaba del todo deshecho, y para largo tiempo, el ejército de Leon y Castilla destinado á cortar por Mondragon la línea de operaciones del ejército francés.

Entretanto, habiendo desembocado por su parte el mariscal Lefebvre de los montes al llano por otro camino que el seguido por el mariscal Victor, se habia venido, guiándole el ruido de la fusilería, á dar auxilio á su colega, de quien no habia recibido parte alguno. Acudia con bastante diligencia para cubrirle por su izquierda, pero, viendo no ser ya necesario darle apoyo, habia tomado el camino de Villarcayo, que le indicaban como el menos trabajoso para llegar á Reinosa. En el camino alcanzó á una parte de las tropas de Blake, que iban por allí retirándose, y mandando al ge-

Nov. 1808. neral Sebastiani embestirlas, éste las dispersó y les cogió muchas armas, algunos heridos y aun cierto número de prisioneros sanos, tras de lo cual llegó aquel cuerpo francés á Villarcayo el 11 al caer la tarde.

Rendido de cansancio el cuerpo de ejército del mariscal Victor se detiene en Espinosa.

El mariscal Victor pasó en Espinosa las últimas horas del día 11 y todo el 12, no pudiendo llevar mas adelante á soldados rendidos de cansancio por las marchas que habian hecho en aquellos montes, y que traian hecho pedazos el calzado, y consumidos casi todos sus cartuchos, y enteramente la galleta que llevaban á cuestras. Habia, por otra parte, poca esperanza de alcanzar á los cinco ú seis mil hombres que aún quedaban al general Blake, por la velocidad con que caminaban, y por ser en ellos fácil y comun dispersarse y disolverse. A la caballería francesa, ya esparcida por los llanos de Castilla, ó al mariscal Soult, como no llegase tarde, tocaba detener á aquella gente y hacerla prisionera. El general Blake, llegado que hubo á Reinosa, donde estaban todos los depósitos del ejército español, no se detuvo allí, y por caminos de sierra se esforzó á ponerse en la carretera de Leon.

Marcha del mariscal Soult desde Burgos sobre Reinosa, y su entrada en las montañas de Santander.

El mariscal Soult, salido de Burgos el 13 por la mañana, habiendo ido por Huermece á Canduela, tropezó con una gavilla de foragidos de hasta dos mil hombres, que iba escoltando cuarenta y dos carros de fusiles, y muchos equipajes y heridos, y encomendando la destruccion de esta gente á los dragones, que hicieron en ella grande matanza, fué á hacer noche á medio camino de Reinosa, pueblo en que entró en el día siguiente 14, y donde encontró todos los pertrechos del ejército de Blake, treinta y cinco bocas de fuego, quince mil fusiles, y un considerable acopio de municiones y víve-

res procedentes de los ingleses. Allí vino á juntarse con él el mariscal Lefebvre, con el cual se concertó, y hecho así, tomó el camino de Santander para ir, en obediencia de las órdenes que tenia, á sujetar las vecinas montañas y las de Asturias. Nov. 1808.

Tan dificultosas estaban las comunicaciones, que no supo Napoleon hasta la noche del 13 al 14 la batalla decisiva dada el dia 11 en Espinosa al ejército de Blake. No habia dudado ni por un instante del triunfo de sus armas, pero comenzaba á descubrir, con harto pesar suyo, que la victoria, si bien constantemente segura, peleándose con los españoles, no daba de sí, por razon de lo difícil que era alcanzarlos, las ventajas que era comun conseguir con otras gentes. Estaba persuadido de que, aun cuando llegase á tiempo á Reinosa el mariscal Soult, no haria otra cosa mas que hacer completa una dispersion que ya casi lo era, y coger muy pocos prisioneros. Nada habia, pues, que esperar, no siendo de los filos de las espadas de los ginetes franceses. Por esto mandó Napoleon al general Milhaud órdenes de pasar con sus dragones á todos los caminos de Castilla la Vieja, y ordenó á las demas divisiones de la misma arma ir á juntarse con el general Milhaud, á fin de dar alcance por todos lados y acuchillar sin compasion á todos cuantos fugitivos del general Blake *pudiesen alcanzar.*

Destruida así el ala izquierda de los españoles, era fuerza pensar en revolver contra la derecha de los mismos, y darle tan duro golpe quanto el que á la otra se habia dado. Para ello ordenó Napoleon al mariscal Victor, dado que hubo descanso al primer cuerpo de ejército en Espinosa, y habiéndose antes cerciorado de

Uso que hace Napoleon de su caballería para atravesar á Castilla la Vieja á carrera.

Destruida el ala izquierda de los españoles revuelve Napoleon contra la derecha de los mismos.

Nov. 1803.

que ya en adelante el mariscal Soult no tendria que habérselas mas que con fugitivos, que tomase el camino de Burgos, y viniese, segun habia sido su primer destino, á juntarse con el cuartel general. Mandó al mariscal Lefebvre, que se estaba continuamente quejando de estar escaso de tropas, porque habia dejado dos mil alemanes en Bilbao, y ya no tenia consigo la division de Villatte, sin tener todavia en lugar de ésta los polacos, situarse en Carrion con los nueve ó diez mil hombres de infantería que le quedaban, descansar en aquel punto, y recoger allí mismo su artilleria y rezagados, dejando así puestos en comunicacion al mariscal Soult, que iba á recorrer á Asturias, á la caballería de Milhaud destinada á barrer de enemigos los llanos de Castilla, y al cuartel general que estaba preparándose á emprender operaciones desde Burgos sobre Aranda. En efecto, puesto en Carrion el mariscal Lefebvre estaba á distancias casi iguales de Reinosa, Leon, Valladolid y Burgos, y cuando viniese el cuerpo de ejército de Junot á ponerse en su lugar por los costados del mariscal Soult, se proponia Napoleon traerle mas cerca del camino de Madrid viniendo por Aranda ó por Segovia.

Movimiento
que manda
hacer
Napoleon
al mariscal
Ney para
que caiga
sobre
la espalda
de Castaños.

Napoleon, supuesto que muy en breve habian de incorporársele el cuerpo de ejército del mariscal Victor, y que tenia á corta distancia al mariscal Lefebvre para tenerle en enlace con el cuerpo de ejército del mariscal Soult, no tuvo ya reparo en alejar de sí al mariscal Ney, enviándole á hacer operaciones por la espalda de Castaños. Quedándose él en Bayona solamente con la guardia imperial y parte de la caballería, en el 14 por la mañana envió al esforzado mariscal, al

frente de las divisiones de Marchand y de Dessoles sobre Lerma y Aranda. Era su proyecto, una vez llegado á Aranda el mariscal Ney, mandarle pasar hácia su izquierda á Osma, Soria y Agreda, con lo cual le situaba á la espalda de Castaños, cuyo cuartel general estaba entonces en Cintruénigo, entre Calahorra y Tudela. Llevaba orden el mariscal Ney de ir sobre Aranda sin pérdida de tiempo, pero sin apresuramiento, de tal modo que llegase allí muy descansado, amparándole una pantalla grandísima formada por numerosa caballería, que iba á dilatarse por los llanos hasta la falda de Guadarrama; cordillera que está algo delante de Madrid, y divide á la una de la otra Castilla.

Al mariscal Moncey encargó Napoleon que no hiciese el menor movimiento en las cercanías del Ebro para no causar susto á Castaños, pero que estuviese pronto á empezar las operaciones no bien viese la primer señal mandándole hacerlo. Estaban juntas en Logroño, como algo mas atrás queda aquí dicho, la division antes de Bisson pasada á ser de Lagrange, una de las del cuerpo de ejército de Ney, que se habia quedado algo retrasada. A ésta devolvió el Emperador francés su artillería, le dejó la caballería de Colbert, que antes estaba adicta al sexto cuerpo de ejército, y le agregó la brigada de dragones del general Dijon. Como esta division reunida con su fuerza completa en Logroño habia descansado allí bien, solo tenia que dar un paso para incorporarse al mariscal Moncey, el cual, teniéndola consigo, mandaria ya una fuerza de hasta treinta mil combatientes, parte de ellos tropas veteranas; fuerza sobrada para llevarse por delante á

Ordenes
dadas
al mariscal
Moncey
sobre lo que
debe hacer
teniendo á
su frente
á Castaños y
á Palafox.

Nov. 1808.

Destínase
al mariscal
Lannes
el mando
superior de
todas
las fuerzas
que han
de
obrar contra
Castaños
y Palafox por
su frente.

Castaños y á Palafox arrollándolos sobre Ney, cuando éste viniese de Soria, poniéndolos entre dos fuegos y haciéndolos pedazos. Saliendo bien tan acertada maniobra, debia caer prisionero todo el ejército de Castaños, en cuanto era posible hacer prisionero un ejército en España, donde siempre lograban escaparse los soldados saliéndose de sus filas. Pero para el buen éxito de la misma maniobra era necesario que el mariscal Moncey, siguiendo pronto á moverse, se mantuviese quieto, y que el mariscal Ney apresurase su marcha de modo que estuviese ya á la espalda de Castaños antes que éste advirtiese que allí se encaminaba. Napoleon, aunque estimaba mucho al mariscal Moncey, no le creia, con todo, bastante resuelto para contar con él á punto de encomendarle el mando de una operacion de la mas alta importancia. Tenia consigo al ilustre Lannes, que empezaba á convalecer de las resultas de una caida muy peligrosa que de su caballo habia dado, y á este mariscal estaba destinado el mando de todas las tropas francesas puestas en las inmediaciones del Ebro. Entre Lannes y Moncey, pues, tremendas manos de hierro, iba el ejército español de la derecha á quedar cogido, y, segun era probable, aniquilado. Napoleon esperó para dar las últimas órdenes á que el mariscal Ney, vuelto ya á salir de Burgos, hubiese llegado á Lerma y Aranda, desde donde tenia por encargo torcer á su derecha tomando el camino de Soria.

Mientras mostraba Napoleon tanta actividad, pues no bien habia llegado á Vitoria, y perdido todo temor en punto á lo ocurrido á la division de Villatte en Balmaseda, habia adelantado al mariscal Soult hasta Bur-

gos, y no bien se vió dueño de Burgos, cuando habia enviado al mismo mariscal sobre Blake, y, recién desbaratado este general español, mandaba al mariscal Ney sobre Castaños, á tal diligencia y tanta ciencia en las maniobras usadas contra ejércitos, á los cuales bastaba acometer de frente para vencerlos, poco podrian oponer la Junta Central de Aranjuez, su Consejo de generales, y los realistas demagogos que al mismo gobierno servian y dirigian. Todos ellos, al saber la derrota de Blake y la dispersion del ejército del conde de Belveder, se quedaron pasmados y conmovidos de un modo extraordinario, como si no hubiesen sido de esperar tales sucesos. La Junta no imitaba enteramente á los soldados cobardes, que al huir asesinan á sus oficiales acusándolos de traidores (accion de la cual dará en breve la presente historia nuevos y atroces ejemplos), pero obedecia á un pensamiento casi de la misma especie, quitando sin la menor contemplacion sus mandos á los generales vencidos. En medio de la confusion habitual de sus deliberaciones, declaraba á Blake, el mejor oficial de cuantos habia en el ejército de Galicia, indigno de mandar, y daba por pago á su celo, una separacion dura. Otro tanto hacia con el afortunado vencedor de Bailen, con Castaños, el mas juicioso y entendido general de España, dando por pretexto de su separacion tildarle de irresoluto, porque se resistia á aprobar las locas proposiciones de los hermanos Palafox. No era ciertamente Castaños entre los generales españoles el mas atrevido, pero veia, con la clara luz de un hombre ilustrado, la situacion de las cosas, y juzgaba que de adelantarse los españoles por las cercanías del Ebro, segun se habia resuelto, solo

Nov. 1808.

Trato
que da la
Junta central
á
los generales
vencidos,
quitando el
mando
á Blake y á
Castaños
para dárselo
al marqués
de
la Romana.

Nov. 1808.

podrian seguirse desdichas; y , advirtiendo cuán pujantes se mostraban en las cercanías de aquel rio los franceses, que en las del Guadalquivir aparecian tan desmayados , deseaba que á tan poderosos contrarios fuesen opuestos , ó en las provincias meridionales de la Península , ó en las vecinas al mar , los obstáculos del clima , de las distancias , y de los auxilios de la Gran-Bretaña , desaprobando la clase de guerra que le obligaban á seguir, con dos divisiones del ejército de Andalucía, por otra parte bastante buenas, y con una turba de campesinos y estudiantes indisciplinados, contra los primeros ejércitos de Europa. A todos los planes de la Junta Central, fundados en la presuncion mas ciega, tenia él objeciones que hacer, y de las mas puestas en razon, por lo cual, siendo un contradictor tan incómodo con pretensiones de exceder en juicio á sus conciudadanos, ya habia perdido su gloria y valimiento. Decian algunos en el ejército , y repetian otros en Madrid, que en las filas del ejército español abundaban los traidores , y que de todos cuantos en ellas servian Castaños merecia ser vigilado con mas recelo. Las cartas interceptadas por los cuerpos avanzados franceses estaban llenas de juicios tan desvariados. Por consecuencia de ellos fueron privados del mando los generales Castaños y Blake , dándose el de todos los ejércitos á uno solo , al dichoso ídolo de los demagogos españoles, que era el marqués de La Romana, fugitivo de Dinamarca. El mando en un solo general habria sido acertadísima disposicion, si hubiese habido un solo militar español capaz de tanto cargo; y, siendo las cosas como eran, en el estado de los ejércitos de los levantados , era Castaños el único á quien tocaba en-

sayar el mando supremo. Pero era mirado con celosa envidia por su feliz suerte en Bailen , y aborrecido por su buen juicio , cuando el estrafalario marqués de La Romana , formando todos los dias planes extravagantes, y haciéndose grato con su exaltacion novelesca, á lo cual se agregaba realzar su mérito su evasion, en cierto grado maravillosa , no haber quien de él tuviese celos , por faltarle el lauro de haber alcanzado victoria alguna , y serle agenos los odios nuevamente concebidos, porque habia vivido lejos de las causas de que nacia , fué reputado digno de ser elegido para mandar así el ejército de Blake como el de Castaños. Estaba, con todo , imposibilitado de encargarse del mando que se le conferia , pues se habia visto obligado, haciendo larguísimas y trabajosísimas marchas, á retirarse á Leon, seguido de siete ú ocho mil fugitivos , si bien es cierto que tenia fundadas esperanzas de reunir la gente dispersa , y contar pronto á sus órdenes quince ó veinte mil hombres. Pero como Leon , donde estaba , dista mas de cien leguas de Tudela , no podia mandar los ejércitos del centro y de la derecha, y entretanto hubo Castaños de conservar el mando. Don Tomas de Morla , el pérfido y arrogante capitan general de Andalucía, de quien tanto habian tenido que quejarse los franceses por su conducta con los capitulados en Bailen, habia sido nombrado director de las operaciones militares , y asistia al lado de la Junta, siendo llamado á avenir unos con otros á los generales españoles y á los ingleses , que iban á empezar con ellos la campaña.

Habiendo empleado Napoleon los dias 15, 16 y 17 de noviembre en recoger noticias de sus varios

Ultimas
órdenes que
da Napoleon

Nov. 1808.

á los
mariscales
Ney
y Lannes
para acabar
con los
ejércitos
españoles del
centro y de
la derecha.

cuerpos de ejército, y cerciorado ya por las que habia recibido de que el mariscal Soult habia entrado en Santander sin el menor tropiezo, y de que el mariscal Lefebvre estaba situado en Carrion, y el mariscal Victor venia de marcha sobre Burgos, y el mariscal Ney acababa de llegar á Aranda cubierto por la pantalla de la caballeria francesa, dió orden á este último mariscal de salir de Aranda el dia 18, é ir de allí á San Esteban, y de San Esteban á Almazan. Ordenóle que, llegado ya á este último pueblo, estuviese con cien ojos y cien oidos atendiendo á cuanto pasase en Soria y Calatayud, para averiguar si venia retirándose Castaños, y si era el camino de Pamplona á Madrid, que va por Soria, ó el de Zaragoza á la misma capital, que pasa por Calatayud, el punto en que deberia situarse para estar en el dia 22 ó 23 puesto á la espalda del ejército español, porque en uno de los mismos dos dias habia de caer sobre Castaños y Palafox Lannes, al frente de treinta mil hombres, con el ímpetu y poder que él solia, hasta llevárselos por delante por el uno ú otro camino de los aquí poco antes mencionados. Visto lo que eran los lugares y las circunstancias, las instrucciones de Napoleon eran tan precisas quanto cabia en lo posible. En aquel mismo dia mandó el Emperador francés salir á Lannes, que apenas podia tenerse en su caballo, con orden de pasar á Logroño, y de juntar allí la infanteria de la division de Lagrange, y la caballería de los generales Colbert y Dijeon con las tropas del mariscal Moncey, arrojándose con veinte y cuatro mil infantes, dos mil artilleros y cuatro mil caballos sobre Castaños y Palafox, y arrollándolos hasta hacerlos tropezar en las bayonetas del mariscal Ney.

Los dos mariscales empezaron inmediatamente á ejecutar el movimiento que les era mandado. Saliendo el mariscal Ney de Aranda el 18, llegó el 19 al caer la tarde á San Esteban, y el 20 á Berlanga. Si era siempre cosa dificultosa saber bien por dónde se iba en España, crecian las dificultades al separarse del camino real de Madrid é internarse por la montuosa tierra de Soria, atravesando la cordillera intermedia entre la de los Pirineos y la de Guadarrama. Era forzoso pasar por la espalda de los mismos montes para venir á caer cerca de la márgen del Ebro y detrás de Castaños. Adelantando por aquella tierra menos frecuentada, y donde, como era natural, dominaban con mas fuerza las costumbres rancias de España, era fuerza que tropezase el mariscal Ney con una poblacion mas enemiga, y mas reservada, yendo expuesto mas que en otra parte á recibir noticias engañosas. Huian los habitantes al acercarse los franceses, á los cuales dejaban vivir solo de lo que á fuerza tomaban, sin pensar en estarse en sus casas á hacer menor el daño que les causasen sus contrarios con proveer á éstos de lo que les hiciese falta. Los que no habian huido, que eran muy pocos, hablaban con énfasis de los ejércitos de Castaños y Palafox, suponiéndolos unos de sesenta, y otros hasta de ochenta mil hombres. Cada cual en sus noticias los ponía en un cuartel general diferente. No decian si venia Castaños retirándose sobre Madrid, ó si, en caso de venir de retirada hácia la misma capital, pasaria por Soria ó por Calatayud. Napoleon en sus instrucciones habia dado por posibles ambas hipótesis, y el mariscal Ney estaba en una incertidumbre extrema. Con las divisiones de Marchand y de Dessoles, solo

Nov. 1808.

Marcha
del mariscal
Ney
á Soria.

Nov. 1808. tenia bajo su mando de trece á catorce mil hombres, y, siendo, como era, tan denodado, y hombre que en Guttstadt habia hecho frente á sesenta mil rusos con quince mil franceses, todavía se preguntaba á sí mismo si habria acertado con el camino por donde se retiraria Castaños, ó si no era muy de temer que éste y Palafox, replegándose juntos antes de ser derrotados, se le presentasen delante con sesenta ú ochenta mil hombres, poniéndole en situacion de gravísimo apuro. Iba, pues, marchando á pasos contados, en escucha y acecho de todo cuanto alrededor de él ocurría, pidiendo al cuartel general noticias que no podia tomar en los lugares donde estaba. El 24 habia ya entrado en Soria con una de sus divisiones, y esperaba allí para el dia siguiente la llegada de la segunda, á la cual habia mandado dar un rodeo por su derecha, á fin de tener noticias ciertas de Calatayud. Vacilaba el intrépido mariscal por la vez primera en su vida, admirado y cortado al llegar á sus oídos los varios rumores que corrian por aquella tierra de ignorancia, ponderaciones y aventuras. Sin embargo, el tiempo urgía, porque en el dia 22 ó el 23 habrian de haber entrado en batalla con Castaños y Palafox las tropas francesas que estaban cercanas al Ebro.

Marcha
del mariscal
Lannes
sobre Tudela.

Por su lado el mariscal Lannes, montando á caballo antes de estar completamente convalecido, habia salido el dia 19 de Burgos, y al cerrar la noche del mismo estaba en Logroño. Habia dado á la division del general Lagrange, á la caballería del general Colbert y á la division de dragones del general Dijeon, órden de que empleasen el dia 20 en concentrarse en los contornos de Logroño, y el 21 por la mañana pa-

sasen el Ebro, bajando en seguida por la ribera derecha del mismo rio hasta ponerse en frente de Lodosa, donde habia de desembocar el mariscal Moncey. Vuelto á salir Lannes mismo para Lodosa, habia visto allí á Moncey puesto á sus órdenes por solo algunos dias, y le habia mandado estar pronto el 21 por la tarde para pasar el puente de Lodosa y juntar sus tropas con las del general Lagrange.

Fueron puntualmente ejecutadas las instrucciones dadas al mariscal Lannes, y el 21, al caer la tarde, el general Lagrange, bajado que hubo por la orilla derecha del Ebro, iba llegando delante de Lodosa cuando salia desembocando de allí el cuerpo de ejército del mariscal Moncey. El total de esta fuerza junta era de diez y ocho á veinte mil hombres entre infantería y caballería. El mariscal Lannes habia dado al general Lefebvre-Desnoëttes el mando de toda su caballería, compuesta de los lanceros polacos, de los cosacos y dragones provisionales; de los caballos ligeros que habia traído consigo el general Colbert, y de los dragones viejos que traía del fondo de Alemania el general Dijeon. La infantería se componia de la division de Lagrange, antes de Bisson, de las tropas nuevas del cuerpo de ejército del mariscal Moncey á que posteriormente habian sido agregados los regimientos números 14 y 44 de línea, y de las legiones del Vístula. Los soldados nuevos ya habian llegado á ser casi dignos de compararse con los antiguos, siendo su única falta carecer de buena oficialidad, como sucede siempre á los cuerpos nuevamente creados, cuyos cuadros están formados con oficiales escogidos de entre los ya retirados del servicio. Mandólos Lannes acamparse to-

Nov. 1808.

dos al raso para que emprendiesen su marcha al amanecer del día siguiente. Cada soldado llevaba en la mochila pan para cuatro días.

Efectivamente, al día siguiente 22 de noviembre, se puso en camino la fuerza toda de que acaba aquí de hablarse, bajando por la orilla derecha del Ebro hacia Calahorra. Iba Lannes á la cabeza con Lefebvre-Desnoëttes seguido de los lanceros polacos que habian llegado á ser el terror de los españoles (1). Llegados los franceses á dar vista á Calahorra, divisaron á sus contrarios retirándose sobre Alfaro y Tudela, donde era razon esperar encontrarlos situados para esperar la batalla al día siguiente. Hizo Lannes á los suyos apretar el paso, y al caer de la tarde pasó á hacer noche en Alfaro. No era posible hacer marcha mas larga en aquel mismo día, pero, por otro lado, saliendo de Alfaro al amanecer del siguiente podia llegarse á Tudela bastante temprano para dar allí batalla. Las divisiones de Maurice-Mathieu, Musnier y Grandjean formaban la izquierda francesa á lo largo de la ribera del Ebro. Las de Morlot y Lagrange formaban la derecha de los mismos, y fueron á hacer noche en Corella. Iba la caballería delante de la infantería en esta marcha.

Batalla
de Tudela.

Al día siguiente 23, mandó Lannes á los suyos ponerse en camino para Tudela á las tres de la madrugada. Para no perder tiempo, salió él mismo á galope con Lefebvre y los lanceros polacos, deseando adelantarse á sus tropas, y reconocer los puestos de sus contrarios,

(1) Rareza, pero rareza comun, y propia de la inconsecuencia humana, es ver á los polacos tan amantes de la independencia y gloria de su patria con tal empeño feroz en sujetar y deshonorar á la nacion española.

si éstos se hacian firmes en ellos para recibir allí la batalla. Nov. 1808.

Los generales españoles habian pasado largo tiempo en contestaciones sobre cuál plan les seria mejor seguir, queriendo Palafox tomar la ofensiva en Navarra, y Castaños al contrario no pasar el Ebro, pues llegaba éste último á decir que mas valdria retroceder é irse mas al centro de España para evitar batallas campales con los franceses. En este estado de disputa los cogió de sorpresa el movimiento de Lannes, viéndose compelidos á aceptar la batalla por los clamores de la plebe española que los llamaba traidores si no peleaban. Habian llegado las cosas á tal punto, que los aragoneses mandados por Oneil aún no habian pasado otra vez el Ebro hácia el Mediodía por Tudela el 25 por la mañana, de modo que entre el ala derecha de los españoles compuesta de estas tropas y la punta del ala izquierda compuesta de los andaluces habia de distancia cerca de tres leguas. Castaños se dió prisa á formar á unos y á otros en batalla en las alturas que hay delante de Tudela, las cuales van bajando hasta las cercanias de Cascante, á formar llanos espaciosos poblados de olivares.

Llegado Lannes á ponerse frontero á los puestos donde estaban situados sus contrarios, divisó á su mano izquierda, en las alturas que están delante de Tudela, y á corto trecho del Ebro, un número crecido de españoles. Cabalmente eran los aragoneses que iban acabando de pasar el rio, amparados por una artillería numerosa. Por el centro descubrió, en collados de alguna menos elevacion, y resguardado por un olivar, otro gran golpe de tropas que eran las valencianas, murcianas

Cómo era el terreno delante de Tudela, donde se habian situado los españoles.

Nov. 1808. y castellanas. Mas allá, á la derecha, y á mucha distancia hácia Cascante, se descubria en el llano tercero gran conjunto de fuerzas, y era las divisiones de Andalucía mandadas por La Peña y Grimarest que todavia no se habian puesto en linea. El total de estas tropas seria como de unos cuarenta mil hombres.

Disposiciones de ataque dadas por Lannes.

Sin demora resolvió Lannes tomar las alturas que tenia á su izquierda, y, cuando estuviese ya cerca de conseguirlo, romper el centro de sus contrarios, y revolver en seguida á la derecha sobre la parte del ejército español que se divisaba hácia Cascante y contra la cual se proponia enviar su retaguardia, compuesta de la division de Lagrange que se habia quedado atrás á muy largo trecho.

Al momento mandó á la division de Maurice-Mathieu, una de las de mejor calidad de tropas y de las de mejor oficialidad del ejército, ir contra las alturas de su izquierda, á las cuales servia de apoyo el Ebro, y se quedó con las divisiones de Musnier, Grandjean y Morlot de reserva para que cayesen, cuando de ello fuese tiempo, sobre el centro de sus enemigos. Quedaba la caballería francesa desplegada en el llano, parte de ella con frente á la derecha para tener mejor á raya el ala izquierda de los españoles que estaba hácia Cascante, y para dar á la division de Lagrange tiempo de incorporársele.

Ataque dado á las alturas que estaban á la izquierda de los franceses por la division de Maurice-Mathieu.

Los generales Maurice-Mathieu y Habert, llevando por delante un batallon en guerrillas, se adelantaron á la cabeza de un batallon del Vístula, y del regimiento de linea, número 14, cuerpo viejo que habia asistido á la jornada de Eylau, y al cual daba poquisimo temor entrar en batalla con españoles. Lannes habia dado

Nov. 1808.

orden de hacer poco fuego de fusilería á enemigos superiores en número y situados en puestos ventajosos. Así, no bien hubieron las guerrillas francesas obligado á las españolas á replegarse á las alturas de la izquierda, cuando los generales Maurice-Mathieu y Habert formaron sus tropas en columnas de ataque, y empezaron á subir á lo alto. Los aragoneses mas valientes y entusiasmados que los demas españoles, y mas comprometidos por sus anteriores hechos, estaban obligados á mantenerse firmes, y, en efecto, se defendieron con cierto grado de encarnizamiento, sirviéndose primero bien de su artillería contra los franceses, y disputándoles despues el campo de uno en otro altillo, así como matándoles ó hiriéndoles bastantes de su gente. Pero la division de Maurice-Mathieu, sostenida con vigor, los obligó, despues de dos horas de pelear, á retroceder hácia Tudela. Cuando vió Lannes que por aquel lado no era ya dudoso su triunfo, puso en movimiento la division de Morlot que acababa de llegarle, y mandando á la de Grandjean apoyarla, las echó á ambas contra el centro de los españoles, compuesto, como poco antes va aquí dicho, de los valencianos, murcianos y castellanos. Los obstáculos del terreno, que eran muchos, opusieron á la division de Morlot mas de una dificultad que vencer, pero, como en ella abundaban los soldados jóvenes y llenos de ardimiento, los superó todos, aunque perdiendo trescientos ó cuatrocientos hombres, y echó á los españoles sobre Tudela, donde tenia orden de penetrar por otro lado el general Maurice-Mathieu.

Manda Lannes romper el centro de los españoles.

Convirtiósese entonces todo en una derrota general, porque desbaratados los españoles por las divisiones de Maurice-Mathieu y Morlot, y echados de las alturas

Derrota del ala izquierda y centro de los españoles.

Nov. 1808. que rodean á Tudela á la misma poblacion , ó por un espacioso llano poblado de olivares que se extiende algo mas allá , huyeron en asombroso desórden, dejando en el campo muchos muertos y heridos, y aun prisioneros en número muy superior al acostumbrado, con toda su artillería , y un parque abundantísimo en municiones y carros de equipajes.

Da alcance á los españoles la caballería francesa.

Lannes con la division de Musnier y los dragones resiste al ala izquierda de los españoles que todavia no habia entrado en batalla.

Eran las tres de la tarde. Lannes mandó al mariscal Moncey ir dando alcance á los vencidos por el camino de Zaragoza con las divisiones de Maurice-Mathieu, Morlot y Grandjean, la caballería ligera de Colbert, y los lanceros polacos mandados por el general Lefebvre-Desnoëttes. Pasando esta caballería por el claro abierto en el centro enemigo, se arrojó á galope sobre los fugitivos por todas las sendas trilladas entre los olivares del contorno de Zaragoza. Quedóse Lannes con la division de Musnier y los dragones á hacer frente al ala izquierda de los españoles, compuesta de las tropas de La Peña que aparecian á lo lejos por la parte de Cascante.

Castaños, llevándosele consigo la derrota, no habia podido juntarse con su ala izquierda, donde estaba solo La Peña con respetable fuerza de infantería de la misma que habia caido sobre Dupont por la espalda en Bailen, y que tenia la soberbia de aquel triunfo y no el mérito de haberle alcanzado. Puso La Peña en línea sus tropas en un llano en que podia desplegar la caballería. Echó Lannes sobre los españoles á los dragones de la brigada de Dijon, los cuales, dándoles repetidas cargas, los tuvieron á raya esperando la llegada de la division de Lagrange que aún no habia entrado en la pelea. Llegó por fin esta division á hora ya muy

avanzada. Formándola el general Lagrange en escalones, muy cercanos los unos á los otros, pasó al momento á atacar á Cascante. El mismo iba gobernando el regimiento número 25 de ligeros, que formaba el primer escalon de los suyos. No miraban tales regimientos veteranos, que habian estado en la jornada de Friedland, como empresa dificultosa la de vencer á los supuestos vencedores de Bailen. El regimiento número 25 fué sobre Cascante á bayoneta calada, arrolló á la division de La Peña y la echó sobre Borja, á la derecha del camino de Zaragoza. Yendo embistiendo el general Lagrange al enemigo al frente de su division, recibió un balazo en el brazo.

La noche dió fin á la batalla, que, así por la derecha como por la izquierda, habia parado en ser derrota completa de los españoles. Los aragoneses habian sido arrollados sobre Zaragoza, y los andaluces sobre Borja, y por este pueblo hácia el camino de Calatayud. La retirada general de los vencidos hubo de ser divergente, aun cuando los pensamientos y afectos de sus generales no los hubiesen dispuesto á separarse unos de otros, despues de haber llevado un revés juntos. Valió la jornada de Tudela y Cascante á los vencedores la posesion de cuarenta bocas de fuego, y tres mil prisioneros, casi todos ellos heridos, por no poder detenerlos la caballería sino acuchillándolos, sin contar dos mil entre muertos y moribundos que estaban tendidos en el campo de batalla. En esta ocasion, como en Espinosa, fué la dispersion de los españoles la principal ventaja alcanzada por los franceses, que en los dias siguientes, sin embargo, cogieron todavía muchos prisioneros hechos como los demas con los filos de las espadas de sus ginetes.

Nov. 1808.

Duro ataque dado por la division de Lagrange y derrota del único cuerpo español que se mantenía entero.

Retíranse en confuso desórden los españoles, unos hácia Zaragoza y otros hácia Calatayud.

Nov. 1808.

Recae Lannes enfermo y deja al mariscal Moncey y al general Maurice-Mathieu el encargo de dar alcance á los españoles.

Motivos que habian detenido al mariscal Ney en su marcha por la tierra de Soria.

Al dia siguiente por la mañana, no estando Lannes capaz de resistir la fatiga de seguir á caballo, por haberlo hecho antes de tiempo, dió por encargo al mariscal Moncey que siguiese el alcance de los aragoneses hasta Zaragoza con las divisiones de Maurice-Mathieu, Morlot y Grandjean, y parte de la caballeria. Dió el mando de la division de Lagrange, por haber sido herido este general, al esforzado Maurice-Mathieu, y le agregó la de Musnier, los dragones y los lanceros polacos, mandando á todas estas tropas, cuyo mando superior llevaba el mismo Maurice-Mathieu, perseguir á Castaños picándole la retaguardia hasta Calatayud y Sigüenza, ciudades situadas en el camino de Zaragoza á Madrid. Tenia esperanzas, aunque todavía nada habia sabido del paradero del mariscal Ney, de que tropezarian con él los andaluces expiando su victoria de Bailen á manos de tan duro guerrero.

El mariscal Ney, por su desgracia, en la incertidumbre en que estaba, sin saber qué camino tomar, si el de Soria á Tudela ó el de Soria á Calatayud, esperando del cuartel general órdenes ulteriores que no le llegaban, habia hecho estancia en Soria, no solo durante todo el dia 22 para juntar allí sus dos divisiones, sino tambien el 23 y el 24 para recibir noticias, de modo que hasta el 25 no se habia resuelto á ir sobre Agreda, punto en que solo distaba una jornada de Cascante. Con solo que hubiese salido el 25 por la mañana podria en toda la tarde y prima noche del mismo dia ó en el siguiente temprano haber estado puesto á la espalda de Castaños. Pero las instrucciones del cuartel general, no obstante ser clarisimas, habian dejado al mariscal demasiada latitud en sus resoluciones. Las úl-

timas noticias que habia él tenido en Soria respecto á las fuerzas de Castaños, habian causado en su espíritu una verdadera confusion. Habíanle dicho (1) que el general español traia consigo hasta ochenta mil hombres,

Nov. 1808.

(1) Aquí á continuacion van insertas varias cartas del cuartel general francés, relativas á un hecho tan importante de la carrera del ilustre mariscal Ney, las cuales prueban en cuánto aprecio tenia Napoleon á tan gran capitán, y de qué modo juzgó los motivos de su vacilacion en estos sucesos. Verán desde luego los lectores que las instrucciones dadas á Ney fueron clarísimas y muy positivas, que le fueron señaladas las fechas con la mayor precision, y que, si hubo al principio incertidumbre sobre mandarle ir por el camino de Soria ó por el de Calatayud, ya el día 21 habian cesado estas dudas en el cuartel general, y le fué mandado ir á Agreda, que está en el camino de Soria. Es evidente que las falsas voces que oyó el mariscal en Soria fueron la única causa de sus vacilaciones. Esto aparte, el modo mejor de juzgar un hecho tan importante, es consultar los documentos originales. A esto debe añadirse que para la inculpacion hecha al mariscal Ney de haber perdido el tiempo por celos del mariscal Lannes no hay el menor fundamento, aunque es inculpacion hecha á los generales franceses en España, á menudo con justicia. La parte mejor del triunfo habria cabido al mariscal Ney, si hubiese salido con la empresa puesta á su cargo, pues habria hecho prisionero á Castaños. La causa verdadera de la conducta del mariscal fué la que dió el mismo Napoleon y la que va dada en la presente historia. Bien será pasar por el fallo de un juez tal como era Napoleon, sobre todo cuando, al juzgar, no cedia á un impetu de enojo, porque, sobre ser infalible en materias militares, tenia la ventaja de ver de cerca los sucesos, de saber todos los hechos, y de no consentir que en él influyese consideracion alguna. Esto aparte, aquí en seguida van los documentos, hasta ahora inéditos, viendo los cuales podrán juzgar con acierto los lectores.

El mayor general al mariscal Ney, en Aranda.

«Burgos 18 de noviembre de 1808, á las doce del día.

»El Emperador manda que salgais mañana, antes de amanecer, con vuestras divisiones, toda vuestra artillería, el regimiento de cazadores á caballo, número 26, y la brigada de caballería del general Beaumont que pondrá á vuestras órdenes el mariscal Bessiéres, y que vayais á San Esteban de Gormaz para pasar desde allí á Almazan ó á Soria, segun estimáreis mejor y con arreglo á las noticias que recibiereis. En Almazan interceptareis la comunicacion en el camino de Madrid á Pamplona y quedareis situado á la espalda del general Castaños. Yendo de camino, y particularmente en Almazan, tendreis las noticias mas exactas. Si supiereis, ó ya que el general Castaños se ha retirado sobre Madrid, ó ya que lo ha hecho de Calahorra ó de Alfaró, y que pasa su línea de comunicacion con Madrid por Zaragoza ó por Calatayud ó por Daroca, es el primer objeto á que vais destinado sujetar la ciudad de Soria, de la cual importa mucho ser dueño antes de ir mas adelante. Para ello os dirigireis á la misma ciudad, la desarmareis, y le derriba-

Nov. 1808. y que Lannes habia sido derrotado; y engañado el arrojadísimo mariscal por tales nuevas temió esta vez excederse por lo temerario. El 25 de noviembre, habiendo pasado en Soria los dias 23 y 24, se habia puesto

reis las murallas viejas, prendereis á todos los de las Juntas, formareis en ella un gobierno compuesto de la gente de mas decoro, y mandareis á la ciudad que envíe una diputacion al rey. Os pondreis en comunicacion con el mariscal Lannes, que va marchando con la division de Lagrange, la brigada de Colbert, y todo el cuerpo de ejército del mariscal Moncey, sobre Calahorra, Alfaro y Tudela. El mariscal Lannes irá sobre Lodosa el 21, y estará ya allí el 22, y juntándose con el cuerpo de ejército del mariscal Moncey, pasará á Calahorra, y el 23 caerá sobre Tudela. Vos, señor duque, habeis de estar el 21 por la noche en Almazan, y el 23 en Soria. El Emperador llegará el 21 á Aranda. Así, el 22 estará la izquierda del ejército en Calahorra, el centro, que le formareis vos en Almazan ó en Soria, y la derecha en Aranda.»

El mayor general al mariscal Ney, en Almazan.

«Burgos 21 de noviembre de 1808, á las cuatro de la tarde.

»Los mariscales Lannes y Moncey han de atacar el 22 al enemigo en Calahorra. Debeis, pues, continuar vuestro movimiento sobre Agreda para quedar hácia la espalda del enemigo y juntaros con el mariscal Lannes si fuere necesario.»

El mayor general al mariscal Ney, por Agreda.

«Aranda 27 de noviembre de 1808, á las diez de la mañana.

»Segun parece, despues de la batalla de Tudela, el ejército de Aragon se ha recogido á Zaragoza, y el de Castanos se ha retirado sobre Tarazona, y si el 23 hubiéseis estado en Agreda le habriais hecho prisionero.

»Su Magestad me encarga reiteraros la órden de dar alcance á Castanos: no le perdais de vista, idle picando la retaguardia, y no descanseis hasta que vuestro ejército se lleve un trozo del suyo.

»No deis oido á las voces que corren entre los españoles. Decian que habia en Tudela mas de ochenta mil hombres, y ni cuarenta mil habia, contando los paisanos armados, y todos han dado á huir no bien se ha ido sobre ellos, abandonando sus banderas y armas. No es tal canalla capaz de hacerlos frente, y nadie en España puede resistir á vuestras dos divisiones, yendo vos mandándolas. No perdais de vista á Castanos, y quitadle algo de sus fuerzas: á eso vais.»

El mayor general al mariscal Ney, por Agreda.

«Aranda 28 de noviembre de 1808, á las siete de la noche.

»El Emperador me encarga daros órden de perseguir á Castanos picándole la retaguardia. Si va él sobre Madrid, seguidle allá. No os

en marcha en fuerza de instrucciones reiteradas de cuartel general, y habia llegado el 25 por la noche á Agreda y el 26 á Tarazona, donde, con harto pesar suyo, habia sabido el error en que habia caido, y ha-

separeis de su rastro. El Emperador pasará mañana el puerto de Somosierra, y su proyecto es cortar, si puede, á Castaños cerca de Guadalajara. Pero es esencial, señor mariscal, que vayais vos dándole al cance, y no le dejéis caer sobre el cuerpo francés que va á Madrid, y que podría tener que habérselas al mismo tiempo con los ingleses, pues segun las noticias recibidas, éstos se van poniendo en movimiento. El cuartel general del Emperador estará mañana en Boceguillas y pasado mañana en Buitrago. Así, señor duque, lo que os toca hacer no es ni defender ni ganar terreno, ni ocuparle, sino seguir al ejército de Castaños, embestirle y pelear con él, sobre todo si se encamina á Madrid.»

El mayor general al mariscal Ney, en Guadalajara.

«Chamartin 8 de diciembre de 1808.

»Los ingleses van huyendo á todo huir, pero hemos estado aquí por breve tiempo en situación algo peligrosa. Habeis cometido una falta en llegar tarde por aquí, y otra en no haberos atendido al espíritu de las primeras instrucciones que recibisteis y que os enteraban de que el mariscal Lannes habia de atacar al enemigo el 23, y de que estábais destinado á cortar á Castaños y perseguirle, y, por consiguiente, á caer con rapidez sobre Agreda sin deteneros dos dias, como lo habeis hecho en Soria, desperdiciando el tiempo.

»Su Magestad no aprueba que hayais juntado vuestro cuerpo de ejército con el del mariscal Moncey; pues deberiais haber seguido á Castaños y dejado al duque de Conegliano poner sitio á Zaragoza. No puede entender el Emperador cómo, habiendo salido de delante de Zaragoza el 2, no habeis dejado al mariscal Moncey la division de Dessoles, por lo cual le habeis expuesto á tener que hacer un movimiento de retirada. Por fin, lo pasado pasado está, y Su Magestad conoce vuestro celo lo bastante para no estar descontento de vos, y os pondrá en caso de remediarlo todo. El Emperador ha dudado sobre si daría orden á Dessoles y á los polacos de volver sobre Zaragoza por no cansar sus tropas demasiado. Su Magestad ha preferido variar sus proyectos ulteriores, y acaba de mandar al mariscal Mortier que vaya sobre Zaragoza.»

El Emperador al mariscal Lannes.

«Aranda 27 de noviembre de 1808.

»Vuestro ayudante de campo ha llegado el 26 á las ocho de la mañana con el parte de la brillante accion de Tudela. Os doy la enhorabuena por ella. El mariscal Ney, en esta circunstancia, no ha hecho lo que yo deseaba, pues llegado á Soria el 22 á mediodia, debia, segun las órdenes que llevaba, haber estado en Agreda el 23 á hora temprana. Pero habiéndose dejado engañar por la gente del pais, y dado crédito á mil

Nov. 1808.

bérsele malogrado una ocasion de alcanzar importantísimas ventajas. Lo que le sucedia habia sucedido en España á todos los generales franceses que se dejaban engañar por las ponderaciones de los españoles, aunque se esforzase, pero en balde, Napoleon á ponerlos sobre sí en este punto, repitiéndoles que las tropas de los levantados eran canalla por encima de las cuales debian pasar con poco cuidado y esfuerzos. De esto dió el mismo Napoleon un ejemplo de alli á pocos dias en una ocasion memorable (1).

Juntan
sus fuerzas
los
mariscales
Moncey
y Ney
delante de
Zaragoza.

El mariscal Ney se juntó al fin con el mariscal Moncey, que venia muy flaco en fuerzas por haberse separado de él las divisiones de Lagrange y Musnier enviadas á dar alcance á Castaños. Queriendo el mariscal Ney, cuando menos, sacar ventaja de estar don-

necias patrañas que le contaban, creyendo lo que le decian de haber ochenta mil hombres de tropas de línea, etc., ha temido exponerse, y se ha estado los dias 23 y 24 en Soria. Le he dado orden de salir al instante diciéndole que nada tema. Debe de haber llegado el 25 á Agreda. Habia oido el fuego de cañon de vuestra batalla el 23 y el 24, y habia creido, sin razon para ello, que habiais sido derrotado, de lo cual no habia indicios fundados. Le he dado orden de que siga el alcance de Castaños picándole bien la retaguardia. Ahora voy á traerme conmigo el cuerpo de ejército del mariscal Victor, que habia enviado hácia Aragon, para poder yo al fin ir sobre Madrid.

N. DE M. THIERS.

(1) Aquí es forzoso á quien hace esta traduccion, si bien á pesar suyo, por no gustar de hacer cargos á un hombre insigne muerto trágicamente, decir que fué achacada por muchos la lentitud del mariscal Ney á haberse detenido á saquear á Soria con sus tropas. Este cargo hasta impreso está, pues así lo dijo el Semanario patriótico en uno de sus números, dado á luz en Sevilla en 1809. Pudo ser calumnia que la detencion naciese de tal causa, pero que fué saqueada Soria es un hecho. M. Thiers calla en punto al cargo y al saqueo. Quizá lo hace porque la memoria de Ney es para muchos franceses sagrada, y, sobre sagrada, útil, por usarse como arma de partido, habiendo sido tan ilustre guerrero juzgado y muerto en quebrantamiento de la justicia, pues amparaba su vida una capitulacion solemne y clara, circunstancia esta que debia haberle libertado de la pena que llevó por su verdadera y grave culpa en haber faltado á la fé prometida á Luis XVIII.

N. DE A. A. G.

de estaba, convino con el mariscal Moncey en ayudar á éste á dar principio al sitio de Zaragoza donde se habian encerrado los hermanos Palafox y los aragoneses fugitivos. Entre tanto el general Maurice-Mathieu se llevaba por delante con igual celeridad que vigor á las reliquias del ejército de Castaños que iban retirándose en confuso desorden sobre Calatayud. Lannes se quedó en Tudela enfermo, si bien ofreciendo á Napoleon que otra vez montaria á caballo, aun antes de estar aliviado de su dolencia, si se necesitaba en alguna parte hacer frente á los ingleses y arrojarlos al mar. Muy de apetecer habria sido, en efecto, que hubiese encomendado Napoleon á tan buen general la obra de perseguir á aquellos tan terribles enemigos de su Imperio.

Solo el 26, y esto, como siempre, de resultas de la dificultad en las comunicaciones, recibió Napoleon noticias de la alentada conducta del mariscal Lannes en Tudela, de estar dispersos los ejércitos españoles del centro y de la derecha, y de no haber sido ejecutado el movimiento mandado hacer al mariscal Ney. Como estimaba á este mariscal, uno de los primeros capitanes de su tiempo, solo atribuyó su yerro á las ideas equivocadas que de España y los españoles se formaban los generales franceses, y, á pesar de no haberle salido bien la destrisima maniobra por Soria que él habia dictado, no por eso dejó de considerar acabados ya los ejércitos españoles, y estarle franco el camino para Madrid desde entonces en adelante. Efectivamente, los aragoneses mandados por Palafox eran, cuando mas, capaces de defender á Zaragoza. Los andaluces, al mando de Castaños, iban retirándose en número de ocho ó nueve mil hombres sobre Ca-

Libertado ya Napoleon de los ejércitos españoles del centro y de la derecha se resuelve á ir inmediatamente sobre Madrid.

Nov. 1808.

latayud, y no podían hacer otra cosa que dar aumento á la guarnicion de Madrid, replegándose sobre la misma capital por Sigüenza y Guadalajara, si les dejaban tiempo para ello. El marqués de la Romana, seguido de seis ó siete mil fugitivos faltos de todo, iba trabajosamente metiéndose en el reino de Leon por medio de sierras cubiertas de nieve. Por fin, en el camino de Madrid quedaban solo pobres reliquias del ejército de Extremadura, que habia llevado delante de Burgos tan duro golpe.

Solo un obstáculo podria haber detenido á Napoleon, y era el ejército inglés, del cual tenia noticias vagas é inciertas sobremanera. Pero el ejército británico no estaba aún en estado de acometer empresa alguna. Sir Juan Moore, que venia gobernando sus dos principales columnas de infantería por la parte septentrional del territorio portugués, habia llegado á Salamanca con trece ó catorce mil hombres de infantería rendidos de cansancio de la larga marcha que habian hecho, y muy puestos á prueba por privaciones á que no estaban acostumbrados los soldados ingleses. No llevaba el general sir Juan Moore consigo un solo soldado de á caballo, ni una sola pieza de artillería, pues ésta con su caballería toda venian por el camino de Badajoz á Talavera, dándoles escolta una division de infantería. Por último, sir David Baird, que habia desembarcado en la Coruña con once ó doce mil hombres, iba adelantándose con timidez hácia Astorga, y todavía estaba á sesenta ó setenta leguas de distancia del general su superior. Estas tres columnas no acertaban con lo que debian hacer para juntarse en una, y en su separacion y apartamiento no estaban capaces ni dese-

sas de venir á las manos con sus enemigos. Hasta venian muy poco animados los ingleses por todo cuanto á su paso encontraban y veian, porque los castellanos viejos, en vez de recibir á éstos sus huéspedes con entusiasmo, como estuviesen muy aterrados de resultas de la derrota de Blake, les hicieron un acogimiento muy tibio, y de nada querian proveerlos, no siendo á trueco de monedas inglesas de oro, ó de pesos duros de plata españoles, cobrándose al tiempo mismo de hacer los suministros. Así que, el juicioso Moore habia escrito á su gobierno desengañándole en punto al levantamiento de España, y haciéndole ver que se habia empeñado el ejército inglés en aventuras por demas peligrosas.

Napoleon ignoraba estas circunstancias, y solo sabia que iban entrando en España ingleses por Portugal y por Galicia, pero persistia en su plan de atraerlos á internarse en la Península, á fin de envolverlos de resultas de alguna gran maniobra, teniéndolos entretanto á raya por su frente el mariscal Soult y el general Junot, que con sus cuerpos de ejército se habian quedado atrás de los suyos. Para proceder así era el mejor centro de operaciones Madrid, desde donde era fácil emprender operaciones por la derecha sobre Portugal y Galicia, lo cual era un motivo mas de ir sin tardanza sobre la capital de España. Para ello dió órdenes Napoleon, no bien supo la victoria alcanzada por los franceses en Tudela.

Primeramente mandó al mariscal Ney, á quien queria tener á mano para emplearle en ocasiones de *cuan-
tía y especialmente contra los ingleses, separarse del sitio de Zaragoza, venirse sobre Madrid por el camino mismo por donde venia Castaños, y perseguir á éste*

Órdenes
dadas á los
mariscales
Ney,
Moncey,
Soult,
Lefebvre y
Mortier, por

Nov. 1808.

estar
Napoleon
próximo á ir
sobre
Madrid.

con impetu y teson hasta dejarle sin un solo soldado. Ordenó al general Maurice-Mathieu, que venia dando alcance á Castaños con parte de las tropas del mariscal Moncey, que se detuviese y devolviese al mismo mariscal las tropas de su cuerpo de ejército, para que éste con todas sus divisiones emprendiese de nuevo los trabajos del asedio de Zaragoza. Otra vez dió priesa al general Saint-Cyr, á cuyo cargo estaba la guerra de Cataluña, para que acelerase las operaciones que habian de ponerle dentro de Barcelona, levantando el bloqueo puesto por los españoles á una plaza fuerte tan importante. Dadas estas disposiciones por su costado izquierdo, envió Napoleon á los del ala derecha de sus ejércitos de España las instrucciones siguientes.

El mariscal Lefebvre, situado en Carrion, á fin de tener en comunicacion el centro del ejército francés con las fuerzas del mariscal Soult á cuyo cargo estaba sujetar á Asturias, recibió orden de seguir el movimiento general de los suyos sobre Madrid, y de pasar con los dragones de Milhaud á Valladolid y Segovia, á fin de cubrir el cuartel general imperial por su costado derecho. El general Junot, cuya primera division venia ya acercándose, hubo de apresurar su marcha para venir á ocupar los lugares que desamparaba el mariscal Lefebvre en las faldas meridionales de las montañas de Santander y Asturias, donde iba á presentarse de nuevo el mariscal Soult, dejando antes á toda Asturias sujeta. Los dos cuerpos de ejército de que acaba ahora de hablar esta narracion, uno de los cuales, antes mandado por el mariscal Bessières, habia conquistado á toda Castilla la Vieja, cuando el otro al mando de Junot cerca de un año antes se habia hecho

dueño de Portugal, tenían encargo, obrando juntos á las órdenes del mariscal Soult, de habérselas con los ingleses, primero en la misma Castilla la Vieja y en Leon, y despues en Portugal, segun fuesen las operaciones que contra ellos se emprendiesen. Por último, como empezase ya á asomar por Bayona la cabeza del quinto cuerpo de ejército francés, último de los suyos que habia salido de Alemania, ordenó Napoleon al mariscal Mortier, que le mandaba, que viniese á situarse en Burgos en el lugar que iba á quedar desocupado por trasladarse el cuartel general á Madrid.

Arreglado así todo por sus alas y espalda, fué Napoleon en derechura sobre Madrid. Solo llevaba consigo el cuerpo de ejército del mariscal Victor, la guardia imperial y parte de la reserva de caballería, todo lo cual no llegaba á ser cuarenta mil hombres, pero con ello le sobraba ante los contrarios que tenia que vencer para abrirse paso á la capital de España.

Habiendo primero enviado al mariscal Victor á la izquierda del camino de Madrid para dar apoyo al mariscal Ney por la espalda de éste, le mandó despues venirse por Ayllon y Riaza al mismo camino, tomándole en el punto mismo donde empieza á subir para atravesar las sierras que dividen una de otra á ambas Castillas. Ya habia enviado al general Lasalle con la caballería ligera hasta la falda de los mismos montes, y allí mandó tambien á los dragones de Lahoussaye y de Latour-Maubourg. Por último, mandó que hacía allí fuese la guardia imperial, cuyos fusileros al mando del general Savary, que ya solia mandarlos desde la campaña de Polonia, adelantaron hasta Boceguillas á observar á las reliquias del ejército del conde de Belveder

Nov. 1808. refugiadas entre Sepúlveda y Segovia. El 23 salió el mismo Emperador francés de Burgos para Aranda.

Disposicio-
nes dadas
por la Junta
central en
Aranjuez
para cubrir
la capital de
España.

Derrotado el ejército español en Burgos, quedaba Madrid descubierto á los franceses; pero no figurándose todavía la Junta central en su presuntuosa ignorancia que pudiese venir tan pronto Napoleon sobre la capital de España se habia contentado con despachar á los pueblos de las vecinas sierras todas cuantas fuerzas habia disponibles en las inmediaciones. Estaban, pues, reunidas en las cumbres de los montes y en uno de los puertos angostos que dan paso del uno al otro lado de la sierra, las reliquias del ejército de Extremadura y la poca tropa que habia quedado en Castilla la Nueva del ejército de Andalucía. Todo ello componia una fuerza total de doce ó trece mil hombres, cuyo mando fué encomendado á un oficial hábil y valiente llamado D. Benito San Juan. Este habia situado á la otra falda de la sierra, y al pié del mismo puerto á que llegaba el camino por donde habian de venir los franceses, un poco á la derecha de estos, una como vanguardia de tres mil hombres en el pueblo de Sepúlveda, y habia repartido los nueve mil restantes por el puerto de Somosierra, en las alturas y hondonadas de las angosturas que habian de intentar pasar sus contrarios. Parte de su gente, apostada á ambos lados del camino que subia en numerosas revueltas, habia de detener á los agresores franceses con los fuegos cruzados de su fusilería. Los otros estaban atajando el paso de la caizada, hácia donde es mas dificultoso de atravesar el puerto, con diez y seis piezas puestas en batería. Podia ser considerado aquel obstáculo como uno de los mas graves con que puede tropezarse en la

Previsiones
hechas por
los españoles
para hacer
inexpugnable
el puerto
de Somo-
sierra.

guerra. Los españoles se figuraban ser invencibles en su posición de Somosierra, y aun la misma Junta contaba con la resistencia que allí harían sus defensores lo bastante para haber resuelto no salir de Aranjuez. Tenía la misma Junta, por otra parte, esperanzas de que Castaños, cuyo ejército se obstinaba en no creer enteramente destruido, tendría tiempo de venir por el camino de Guadalajara á ponerse detrás de los montes, entre Somosierra y Madrid, y de que haciendo los ingleses un movimiento correspondiente al de Castaños se darían prisa á venir unos por Avila y otros por Talavera á cubrir á la capital de España. Ya va aquí dicho cuán poco fundadas eran tales esperanzas.

Cumplidas puntualmente las órdenes dadas por Napoleón para su marcha sobre Madrid, pasó el Emperador francés en persona el día 29 á la falda de las sierras que dividen á una Castilla de otra, y asentó su cuartel general en Boceguillas. El general Savary se había adelantado á hacer un reconocimiento sobre Sepúlveda, no para dispersar las tropas españolas que allí estaban, sino para enterarse de cuáles eran su fuerza é intenciones. Hechos unos pocos prisioneros, se había retirado, porque no llevaba orden de ir mas adelante. Admirados los españoles de haber quedado dueños del campo, habían enviado á Madrid la noticia de que habían alcanzado sobre la guardia imperial una ventaja considerable.

Llegado Napoleón el 29 á medio día á Boceguillas, montó á caballo, se entró por el puerto mismo de Somosierra, le reconoció por sus propios ojos y dejó dadas las disposiciones convenientes para el día siguiente por la mañana. Ordenó á la división de Lapisse echarse á

Llegado Napoleón á la falda de los montes reconoce por sí propio la posición de Somosierra.

Nov. 1808.

la derecha de la calzada para tomar al amanecer el puesto de Sepúlveda, y á la de Ruffin salir á la misma hora, y emprender la subida de las cuestas de Somosierra hasta llegar al mismo puerto. A cargo del regimiento de tropas ligeras, número 9, estaba ir siguiendo de altura en altura la gran ladera de la mano derecha, y el de línea, número 24, tenia orden de hacer lo mismo por la de la mano izquierda, de suerte que, poniéndose á retaguardia de las obras de defensa puestas á uno y otro lado del camino, las dejasen inutilizadas. Al regimiento de línea, número 96, tocaba ir en columna cerrada por medio de la misma carretera. A éste habia de seguir la caballeria de la guardia imperial, y tras de ella Napoleon con su estado mayor. Los fusileros de la guardia imperial llevaban á su cargo apoyar este movimiento.

En la estacion avanzada del año en que se estaba, no obstante haberse puesto el tiempo hermosísimo, solo habia sol á mediados del dia. Desde las seis hasta las nueve de la mañana cubria toda aquella tierra una niebla espesa, particularmente en la parte de la sierra, y, al despejarse el cielo, como á las nueve y media de la misma mañana, aparecia un sol resplandeciente, dando al ejército francés dias de verdadera primavera. Napoleon, mandando atacar á Sepúlveda á las seis de la mañana, contaba con que tendria en su poder aquel puesto accesorio á las nueve, hora en que llegaria á lo alto del puerto la columna que iba á tomar á Somosierra. Era de suponer que, gracias á la niebla, llegarían allí los franceses sin ser vistos, y empezarian á hacer fuego en los montes cuando en las faldas de los mismos ya hubiesen cesado de hacerle.

Al día siguiente 30, la columna enviada á tomar á Sepúlveda apenas tuvo tiempo de detenerse, pues los tres mil hombres situados en aquel puesto para defenderle huyeron desordenados hácia Segovia á juntarse con los otros fugitivos de la division del conde de Belveder.

La columna que iba subiendo las cuestas de Somosierra llegó, sin ser advertida, muy cerca del punto donde estaba situado el grueso de la fuerza española. Entonces, disipándose de repente la niebla, no quedaron poco admirados los españoles al ver que por ambos costados derecho é izquierdo iban embistiendo los regimientos franceses, 9.^o de ligeros y 24 de línea. Desalojados los defensores de Somosierra de un puesto tras de otro, se sostuvieron muy flojamente en una y otra ladera. Pero su fuerza principal, situada en medio del mismo camino detrás de diez y seis piezas de artillería, hacia un fuego muy mortífero á la columna de sus contrarios que venia por la calzada. Queriendo Napoleon enseñar á sus soldados que tenian poco que temer peleando con españoles, á los cuales debian embestir de frente y arrollar donde quiera que se les pudiesen delante, mandó á la caballería de su guardia imperial tomar á galope todo cuanto tenia á su frente. El general Montbrun, bizarro oficial de caballería, se adelantó á la cabeza de los caballos ligeros polacos, tropa escogida, nueva y de gente moza, formada por el mismo Napoleon en Varsovia, para que en su guardia hubiese gente de todas las naciones y de toda clase de vestuarios y armamento. Seguido de aquellos jóvenes animosos el general Montbrun se arrojó á galope sobre las diez y seis piezas de artillería españolas, ar-

Nov. 1808. rostrando un fuego horroroso de fusilería y metralla. El primer escuadron llevó una descarga, que le desordenó, derribándole en las filas como treinta ó cuarenta ginetes. Pero los escuadrones que venian detrás, pasando por encima de los heridos, llegaron á las piezas, acuchillaron á los artilleros y se hicieron dueños de las diez y seis bocas de fuego. Lo restante de la caballería francesa se arrojó á perseguir á los españoles, pasado ya el puerto, y con ellos bajó al terreno del otro lado de la sierra. El valeroso San Juan, herido en mas de un lugar, y cubierto todo de sangre, se esforzaba en vano por detener á sus soldados. Fué esta derrota completa (1) y asombrosa como lo habian sido las de Espinosa y Tudela. Cayeron en poder de los vencedores las banderas y artillería, doscientas cajas de municiones, y casi toda la oficialidad de los vencidos. Los

(1) La toma del puerto de Somosierra, que tanto motivo ha dado de blasonar á la jactancia francesa, á veces no inferior á la española, fué empresa sobremanera fácil, atendiendo á cuán pocas y malas eran las tropas españolas encargadas de guardar aquel paso. Habianse alli juntado sólo escasos desechos de los ejércitos de Andalucía y Castilla, á los cuales se agregaron fugitivos atemorizados de la batalla de Gamonal ó Burgos. Los franceses, muy superiores en número, así como en calidad, venian mandados inmediatamente por su hábil y glorioso Emperador, el cual, artificioso á la par que grande, no se de-día de adquirir fáciles triunfos, juntándolos iguales á sus mas dificultades y esclarecidas hazañas. Esto le sucedió en Somosierra, y á tan desigual pelea y mal disputada ventaja dá su historiador importancia, á punto de escoger para título de un libro de la obra presente tan pobre victoria. Los elogios que dá M. Thiers al general español D. Benito San Juan (convertido despues por el mismo historiador en *D. Juan Benito*, lo cual va corregido en esta traduccion) tienen sin duda motivo, porque no suele el historiador francés encarecer merecimientos de generales ó políticos de los *levantados españoles*. Así, las alabanzas dignamente dadas al valeroso *San Juan* llevan por objeto afear el infame asesinato de que fué víctima de allí á poco el mismo general en Talavera. A lo menos en culpar tal maldad procede bien M. Thiers, pero éste no sabe que el *Semanario patriótico* en Sevilla, bajo el gobierno de los *levantados*, y bajo el patrocinio especial de la Junta, vituperó con el calor debido la muerte infame dada al general San Juan por soldados cobardes.

soldados de estos se dispersaron á derecha é izquierda por la sierra, pero los mas tiraron á la derecha, yendo á refugiarse á Segovia. Nov. 1808.

En aquella tarde estaba ya en Buitrago toda la caballería francesa con el cuartel general de su ejército. Los franceses fueron los que primero dieron á los españoles noticia del desastre ocurrido al que estos calificaban de ejército de Somosierra. Quedó Napoleon gozosísimo de haber probado á sus generales lo que eran los levantados españoles y lo que eran los soldados franceses, y qué caso debia hacerse de estos y de aquellos, así como de haber superado un obstáculo que bien pudo haber sido estimado muy temible. Los polacos habian perdido sobre cincuenta hombres entre muertos y heridos, casi encima de las mismas piezas de artillería. Napoleon los colmó de recompensas, y comprendió en la reparticion de sus favores al oficial M. Felipe de Segur, que, en la carga dada, habia recibido varias heridas leves, y que, en señal de honor, salió destinado á llevar al Cuerpo Legislativo las banderas cogidas en Burgos y Somosierra.

Resultas
del combate
de
Somosierra.

Napoleon se dió prisa á dilatar su caballería hasta las puertas de Madrid, y á pasar él en persona al mismo lugar á tratar de hacerse dueño de la gran poblacion capital de España, por medio de una mezcla de persuasion y fuerza, porque deseaba excusar á Madrid los horrores que causaria ser tomada por asalto. Por fortuna, no podia defenderse la misma capital, y por otro lado, el alboroto que en ella se estaba mostrando habria imposibilitado defenderla, aun cuando hubiese tenido murallas capaces de resistir al formidable enemigo que la amenazaba.

Nov. 1808.

Sabedora
la Junta
central del
combate de
Somosierra
sale de
Aranjuez
para
Badajoz.

De qué
medios
hacen uso en
Madrid para
resistir á los
franceses.

Caida Madrid
en poder
de la plebe,
es teatro de
desórdenes
horrorosos.

Al saber los españoles que habia sido tomado Somosierra, se les desvaneció de súbito la presuncion (1), dándose priesa la Junta central á salir de Aranjuez y encaminarse á Badajoz, y anunciando á la nacion española, al ponerse en camino, que iba resuelta á preparar en las provincias meridionales de la Península medios de resistir á los enemigos, medios de cuya fuerza era prueba el suceso de Bailen, segun el mismo gobierno decia. Pero no por esto dejó de quedar resuelto disputar la posesion de Madrid al conquistador del Occidente. La parte violenta y alborotada del pueblo madrileño así lo tenia dispuesto, y hablaba de matar á quien quiera que propusiese capitular con el enemigo. Estaban encargados principalmente de defender la poblacion D. Tomás de Morla y el marqués del Castelar, de concierto con una junta que celebraba sus sesiones en la casa de Correos, y estaba compuesta de gentes de todas clases. Quedaban en Madrid, de tropas de línea, unos tres ó cuatro mil hombres, no de la mejor calidad, pero con la guarnicion se habia juntado para la defensa una plebe frenética de la misma capital y de los pueblecillos vecinos, la cual habia pedido armas, y logrado que se le diesen, aunque, puestas en sus manos, eran inútiles para la salvacion comun, y temibles solo para la gente honrada y decente. Algunos de aquellos hombres furiosos, figurándose haber no-

(1) La Junta central ya habia tratado de salir de Aranjuez, y el 28 de noviembre al amanecer habia dado órdenes para hacer su viage, á las cuales se empezó á dar cumplimiento. Pero hubo de detenerse, por las contemplaciones que era entonces necesario guardar á la opinion popular. Así el gobierno veia el peligro, aunque el público no. Lo mismo sucede donde quiera que impera el vulgo, no siendo la presuncion achaque peculiar del pueblo español de aquellos dias.

tado en los cartuchos que les habian repartido, un polvo negruzco que decian ser arena y no pólvora, habian tomado por blanco de su ira al marqués de Perales (1), señor muy principal, y por largo tiempo muy querido de la gente baja, porque en sus aficiones licenciosas públicamente se daba á pretender á las mujeres mejor parecidas del pueblo. Una de éstas, á quien él habia dejado por otra, le acusó de haber, segun se suponía, adulterado el contenido de los cartuchos, y de ser cómplice en una traicion urdida para entregar á Madrid á los franceses, oido lo cual, la turba sangui-naria se echó sobre el infeliz marqués, y le mató, como ya habia dado muerte á tantos desde la hora de la re-volucion de Aranjuez, á lo que se siguió arrastrar su cadáver por las calles. Dado que se hubieron á sí propios esta satisfaccion los bárbaros dominadores de Madrid, hicieron apresuradamente algunos preparativos de defensa dirigidos por personas inteligentes. Madrid no está fortificada, sino, como estaba París pocos años há, antes de ejecutarse los grandes trabajos que la han puesto invencible, ceñida de un muro sencillo ó tapia sin baluartes ni esplanadas. La tal tapia fué aspillerada, y las puertas que hay en ella atrincheradas ó parapetadas, poniéndose en todas artillería. Hubo particular cuidado en fortificar las puertas de Alcalá y de Atocha que dan al camino real por donde debian venir los franceses (2). Detrás de las puertas fueron abiertos fosos

Nov. 1808.

Muerte dada
al marqués
de Perales.Hácese
en las puertas
de Madrid
algunas
obras
defensivas.

(1) El texto califica al marqués de Perales de corregidor de Madrid, lo cual no era, y por eso va enmendado en esta version.

N. DE A. A. G.

(2) Este es un error conocido. La puerta de Atocha está cabalmente al lado opuesto al por donde vinieron los franceses. La de Alcalá á un costado del frente por donde llegaban los mismos.

N. DE A. A. G.

Dic. 1808. ó zanja, y levantados parapetos en las calles que van á parar en las mismas puertas, á fin de que, aun vencida la primera resistencia, quedase detrás otra que vencer todavía.

Entre las puertas de Alcalá y de Atocha se levantan, en terreno elevado que domina y hace frente á Madrid, los jardines y palacio del Buen Retiro, separados de la capital por el famoso paseo del Prado. Fué aspi-llera la cerca del Retiro, y amontonando y apisonando junto á ella tierra, pudieron ponerse en aquella como muralla algunos cañones, alojándose en todo aquel sitio, como por via de guarnicion, una muchedumbre fanática, capaz de hacer destrozos, pero no buena defensa. Juntando las mujeres sus esfuerzos con los de los hombres, comenzaron á desempedrar las calles y á subir las piedras á los balcones y tejados de las casas para dejarlas caer sobre los que viniesen asaltando. Tocaban á rebato las campanas de dia y de noche para mantener animosos y alborotados á los madrileños. El duque del Infantado habia sido enviado muy recatadamente fuera de Madrid á buscar el ejército de Castaños y traérsele á la capital de España.

Aparece el ejército francés á las puertas de Madrid el 2 de diciembre.

Tanto alboroto no era un medio de oponer á Napoleon una resistencia formal. Este llegó el 2 de diciembre bajo las mismas murallas de Madrid, al frente de la caballeria de su guardia y de los dragones de Lahoussaye y de Latour-Maubourg. Era aquel dia aniversario de su coronacion, y lo era tambien de la batalla de Austerlitz, fecha memorable mirada con cierta especie de supersticion por Napoleon mismo y por sus soldados. Estaba el tiempo completamente sereno. Al ver la lucida caballería francesa á su glorioso caudillo,

rompió en unánimes aclamaciones que fueron á con- fundirse con los rabiosos alaridos de los españoles al ver venir sobre ellos sus contrarios. Mandaba la caballería imperial francesa el mariscal Bessières, duque de Istria. El Emperador francés, mirado que hubo un poco con atencion á la capital de España, mandó á Bessières enviar un oficial de estado mayor á intimar á Madrid que le abriese las puertas. Costó mucho trabajo al oficial parlamentario, jóven todavia, entrar en la poblacion. Un carnicero extremeño, que estaba guardando una de las puertas, pretendia que no debia venir á tal comision menor personaje que el mismo duque de Istria. Habiendo querido el general Montbrun, que estaba allí cerca, demostrar lo ridiculo de tal pretension, tuvo necesidad de desenvainar la espada para defenderse. Entrado el parlamentario en la poblacion, se vió asaltado por el pueblo, é iba á ser muerto, cuando la tropa de línea, conociendo que le iba su honor en que fuesen respetadas las leyes de la guerra, le salvó la vida sacándole de entre los asesinos. La Junta comisionó á un general español para llevar una respuesta negativa á la intimacion hecha. Pero exigieron los que hacian de cabezas de la plebe que fuesen treinta de los suyos á escoltar y vigilar al general, mas que á protegerle, porque aquella muchedumbre furiosa en todas partes veia traiciones. Rodeado así el enviado español, se presentó al estado mayor imperial, y fácil fué colegir, viendo cuán cortado venia, á qué tiranía estaban sujetos él y todos los hombres de bien y de juicio en Madrid en aquellas horas. Como mas de una vez dijesen á este general que no podia Madrid resistir al ejército francés, y que, con intentar hacer resistencia

Dic. 1808.

Manda
Napoleon
intimar la
rendicion á
Madrid.

Die. 1808. solo se lograba exponer á ser pasada á cuchillo, de resultas de un asalto, á una poblacion de mujeres, niños y ancianos, el cuitado callaba y bajaba los ojos, porque delante de los testigos que estaban observándole no se atrevia á dar muestras de lo que pensaba y sentia. Fué, pues, despedido este general con su menguado séquito, anunciándole que se iba á romper el fuego.

Resistiéndose á entregar á Madrid la Junta encargada de su defensa, dispone Napoleon que se dé á la misma capital el primer ataque.

Napoleon no tenia todavía consigo mas que su caballería y esperaba á su infantería al caer de la tarde. Él mismo, á caballo, hizo un reconocimiento, dando la vuelta á Madrid, y dispuso un plan de ataque que pudiese dividirse en varios actos sucesivos, para repetir las intimaciones á la plaza en los intermedios, y hacerse dueño de la capital de España, infundiendo terror mas que usando de los tremendos medios que para casos tales tiene la guerra.

Al caer la tarde, habiendo llegado las divisiones de Villatte y de Lapisse, del cuerpo de ejército del mariscal Victor, dió el Emperador francés disposiciones para tomar el Buen Retiro, que domina á Madrid por la parte de Oriente, y las puertas de los Pozos, Fuencarral y el Conde Duque, que la dominan por la del Norte. Entró la noche, y brillaba clara y hermosísima la luna. A las primeras horas de ella se situaron bien los franceses para el asalto, disponiendo el general Senarmont la artillería para batir las tapias del Buen Retiro, de suerte que estaba todo pronto para un golpe primero recio y duro. Préviamente, el general Maison, á cuyo cargo estaba combatir las puertas de los Pozos, Fuencarral y el Conde Duque, se hizo dueño de todas las fortificaciones exteriores con un fuego por demas

vivo y certero. Pero, al llegar á las puertas, se detuvo esperando la señal para asaltarlas. Dic. 1808.

Napoleon, antes de empezar el ataque, todavía diputó á Madrid otro oficial, que lo era español, y de los hechos prisioneros en Somosierra, y llevaba una carta de Berthier al marqués del Castelar que desempeñaba el mando militar de la capital de España, carta donde iban mezcladas espresiones blandas con amenazas. No tardó en llegar la respuesta, que fué negarse á la entrega, dando por razon ser necesario, antes de resolverse, tomarse tiempo de consultar á las demas autoridades y al pueblo. Entonces Napoleon, al amanecer del 3, fué á situarse en las alturas, donde tenia á su izquierda el Buen Retiro, y á su derecha las puertas de los Pozos, Fuencarral y el Conde Duque, y desde allí mandó el ataque. Una batería española, servida con acierto, cubrió de balas el lugar en que estaba, obligándole á desviarse de él algun trecho, porque no debia caer tanto varon por tales balas. No bien cedió la niebla matutina al sol resplandeciente que desde muchos dias hasta aquel estaba de continuo luciendo, cuando fué sobre el Retiro el general Villatte, encargado de las operaciones de la izquierda francesa. Habiendo derribado á cañonazos el general Senarmont la cerca de aquellos hermosos jardines, entró por ellos á bayoneta calada la infanteria francesa, y pronto desalojó de aquel lugar á cuatro mil paisanos de las clases ínfima y media que habian tenido la presuncion de querer defenderle. Fué casi ninguna la resistencia, y atravesando las columnas francesas sin dificultad todo el Buen Retiro inmediatamente desembocaron al Prado. Este paseo magnífico se extiende desde la puerta de

Ataque
dado al Buen
Retiro y á las
puertas de
Alcalá
y de Atocha.

Dic. 1808.

Atocha á la de Alcalá, viniendo en cierto modo á estar á espaldas de ambas. Las tropas francesas ocuparon estas puertas apoderándose de toda la artillería con que estaban armadas, hecho lo cual, las compañías de preferencia se arrojaron á las primeras trincheras de las calles de Atocha, Carrera de San Gerónimo, y Alcalá, de las que se apoderaron, no obstante haber sido defendidas por un fuego vivísimo de fusilería. Fué forzoso tomar por asalto algunos palacios, situados en las mismas calles, y pasar por las armas á los que los estaban ocupando y defendiendo.

Ataque dado
por
el general
Maison
á las puertas
de
Fuencarral,
el
Conde-Duque
y
San Bernar-
dino.

Por la derecha de los suyos el general Maison, que habia tenido que pasar toda la noche resistiendo á un fuego mortífero para mantenerse dueño de las casas de las afueras, atacó las puertas de Fuencarral, el Conde Duque y San Bernardino, á fin de hacerse dueño de un espacioso edificio que servia de cuartel á los guardias de Corps, y cuyas paredes, robustas como las de una fortaleza, eran capaces de resistir á la artillería. Logró entrar dentro de Madrid y cercar completamente el cuartel, pero sufriendo un fuego espantoso. No bastando á abrir brecha en las paredes de aquel edificio la artillería de campaña, se adelantó el general Maison á la cabeza de una partida de gastadores á derribar las puertas á hachazos, pero habia amontonados detrás de ellas tantos materiales que fué imposible forzarlas. Entonces mandó el general hacer desde las cercanías un fuego vivísimo de fusilería á aquel edificio. Veinte y una horas llevaba de estar entre un vivo fuego el general Maison, cuando le acertó una bala de fusil en un pié quebrándosele. Ya habian caido muertos ó heridos delante del terrible cuartel como doscientos franceses, cuando

su Emperador les mandó detenerse antes de dar un asalto general. Veíase Napoleon ya dueño de las puertas de Fuencarral, el Conde Duque y San Bernardino atacadas por el general Maison, y de las de Alcalá y de Atocha atacadas por el general Villatte, y le bastaba con su artillería situada en las alturas del Buen Retiro para rendir en breve tiempo á la infeliz capital de España. Sin embargo, á las once de la mañana suspendió la pelea, y envió nueva intimación á la junta de defensa, dándole aviso de que estaba todo pronto para abrasar á Madrid y hacerla polvo si seguía resistiéndose, pero de que, si bien él estaba pronto á dar un ejemplo terrible á las ciudades de España que intentasen cerrarle sus puertas, todavía prefería deber la rendición de Madrid á la razón y humanidad de los que en ella estaban mandando.

La toma del Buen Retiro y de las puertas de la parte de Oriente y de la del Norte, había ya hecho grande efecto en los ánimos de los defensores de Madrid. Ni un solo hombre de razón entre ellos dudaba cuáles serían las consecuencias de ser la capital tomada por asalto. Hasta la misma plebe había experimentado en las puertas de Atocha y Alcalá cuán poco ganaba con disparar desde las casas á los franceses, y así iba aplacándose un poco en los espíritus la violencia. La junta de defensa aprovechó la ocasión para disputar al cuartel general francés á don Tomás de Morla y don Bernardo de Iriarte.

Napoleon recibió á estos diputados puesto al frente de su estado mayor con rostro frío y severo. Sabía que don Tomás de Morla era el capitán general de Andalucía, bajo cuyo mando había sido violada la capitulación de Bailen, y se proponía usar con él de un len-

Dic. 1808.

guaje tal que resonase en toda Europa. Intimidado Morla al verse delante del varon extraordinario á quien iba enviado, y cuya ira se mostraba en su semblante, aunque algo reprimida, le dijo que todos los hombres de juicio en Madrid estaban convencidos de la necesidad que habia de entregarse, pero que seria necesario que se retirasen las tropas francesas de la poblacion y se dejase á la Junta tiempo para sosegar al pueblo y reducirle á soltar las armas. — «En balde es que empleeis »el nombre del pueblo, respondió á esto Napoleon con »voz llena de enojo. Si no podeis conseguir serenarle »es porque le habeis alborotado y enloquecido á fuerza »de decirle mentiras. Juntad á los curas, á los priores »y superiores de los conventos, y á los hacendados »principales, y que de aquí á las seis de la mañana del »dia de mañana se entregue Madrid, ó, sino, verá su úl- »tima hora. No quiero ni debo retirar mis tropas. Ha- »beis dado muerte á los desdichados prisioneros fran- »ceses que habian caido en vuestras manos. Há pocos »dias no mas que dejásteis ser muertos y arrastrados »por las calles dos criados del embajador de Rusia, »porque eran franceses de nacimiento. La torpeza y »cobardia de un general habian puesto en vuestro po- »der tropas que habian capitulado en el campo de ba- »talla de Bailen, y la capitulacion ha sido violada. Y »vos, señor de Morla, ¿qué carta fué la que escribís- »teis al general de quien hablo? Bien os venia hablar »de saqueo á vos, que habiendo entrado en el Rosellon, »en 1793, os llevásteis hasta las mujeres, y las repar- »tísteis, como botin, entre vuestros soldados. ¿Qué »derecho teniais, por otra parte, para hablar de seme- »jante manera? La capitulacion de Bailen os lo prohibia.

» Ved cuál ha sido el proceder de los ingleses que distan
 » mucho de preciarse de ser rigidos observantes del dere-
 » cho de gentes. Se han quejado del convenio de Cintra,
 » pero le han dado puntual cumplimiento. Violar los
 » tratados militares es renunciar á toda clase de civili-
 » zacion: es ponerse á la par con los beduinos del de-
 » sierto. ¿Cómo os atreveis á pedir una capitulacion, vos
 » que habeis violado la de Bailen? Ved cómo la injus-
 » ticia y falta á la fé vienen á redundar en perjuicio de
 » quienes de ella son culpados. Yo tenia una escuadra
 » en Cádiz, que era aliada de España, y contra ella
 » volvisteis los morteros de la ciudad en que mandábais.
 » Tambien tenia yo un ejército español entre los míos,
 » y mas quise verle irse á los navíos ingleses, y tener
 » luego que precipitarle de los riscos de Espinosa que
 » desarmarle. He preferido tener nueve mil enemigos
 » mas á faltar á la fé y al honor. Volvéos á Madrid. Os
 » doy de tiempo hasta mañana á las seis de la misma.
 » Venid otra vez entonces, si no teneis que hablarme
 » del pueblo mas que para darme parte de que está su-
 » miso. Si no, vos y toda vuestra tropa sereis pasados
 » por las armas (1). »

(1) Estas (*) palabras son textualmente las de Napoleon, que constan muy por extenso en el Monitor de aquellos dias.

N. DE M. THIERS.

(*) Poca autoridad es por cierto la del Monitor de aquellos dias, en que ninguna libertad habia en Francia para desmentir al gobierno cuando faltaba á la verdad, como era notorio que hacia muy á menudo. Pero importa poco si fué lo que dijo Napoleon lo que el Monitor estampó. Al cabo dijo el diario de oficio lo que el déspota queria se tuviesen por sus palabras. Lo que importa es ver alabado aquí sin rebozo á Napoleon, y alabado con notable inconsecuencia por quien ha confesado no haber sido bueno su proceder en Bayona, de que nació la guerra de España.

En el discurso de Napoleon, no obstante ser de varon tan grande, abundan los desatinos, porque ni él, siendo quien era, podia justificar

Dic. 1808.

Palabras tan tremendas y asimismo tan merecidas, horripilaron á don Tomás de Morla, quien, vuelto que hubo á la puerta, no acertaba á disimular su turbacion, siendo necesario que en vez de él fuese don Bernardo de Iriarte el que diese cuenta á la Junta de la comision que ambos á dos habian desempeñado en el cuartel general francés. Era tan evidente la imposibilidad de proseguir en la resistencia que la Junta, no obstante estar discordes los pareceres de sus vocales, resolvió por mayor número de votos sujetarse al vencedor, y que otra vez fuese á presentarse á Napoleon don Tomás de Morla para decirle que se entregaba Madrid con algunas condiciones de leve importancia. En esta misma noche del 3 al 4 dispuso el marqués del Castelar escapar con sus tropas de la clemencia del vencedor así como de su enojo, y, siguiéndole sus soldados y todos los que mas se habian comprometido contra los franceses, se salió por las puertas del Occidente y Mediodia que éstos habian dejado sin fuerza alguna delante. Al dia siguiente, aunque el pueblo furioso continuaba lanzando alaridos de rabia, habiéndose dado á la gente armada orden de no hacer ya mas resistencia, y siendo este mandato obedecido, fueron entregadas las puertas de la capital de España al general Belliard. Tomó po-

su conducta, y al intentar hacerlo mentía ó deliraba. Delirio era en verdad pretender que fuese tratada su nacion como aliada por los españoles cuando él á su aliado Fernando habia tratado como al peor enemigo. Delirio era hablar de su modo de guardar la fé vituperando en otros la perfidia quien acababa de ser tan pérfido con los reyes y el pueblo de España. Mentira era que él habia querido dejar escaparse á las tropas del marqués de la Romana, pues, si no las desarmó, fué porque ni sospechar pudo en su soberbia que no le quisieron por señor aquellos soldados. Por último, la insolencia de la victoria y la rabia por los desastres pasados son las cosas que mas resaltan en este discurso del Emperador francés á don Tomás de Morla.

sesion de los principales barrios de Madrid el ejército francés, y pasó á alojarse en sus mas capaces edificios, particularmente en los conventos, á expensas de los cuales exigió Napoleon que viviese. Ordenó que se hiciese un desarme general é inmediato de los madrileños. Luego, sin dignarse él de entrar en Madrid pasó á alojarse con su guardia en Chamartin en una casita de campo perteneciente al duque del Infantado. A José mandó que pasase la sierra, y viniese á residir, no dentro de Madrid, sino fuera, en el Real sitio del Pardo, que dista de la capital dos leguas españolas. Era su intencion tener lleno de pavor á Madrid, sujetándole á una ocupacion militar prolongada antes de volverle el gobierno civil con su rey nuevo. Su conducta en estas circunstancias fué á la par que hábil dura.

Quería, sin llegar á ser cruel, pero, sí, infundiendo miedo, poder poner á la nacion española en el aprieto de, ó aceptar los bienes que él le traía, ó temer castigos terribles por obstinarse en la rebelion. Ya habia mandado confiscar los bienes de los duques del Infantado, Osuna, Medinaceli é Híjar, del marqués de Astorga conde de Altamira, del marqués de Santa Cruz, del príncipe de Castelfranco y de don Pedro Ceballos. Castigaba á muchos de éstos por haber estado al servicio de José, y abandonádole de allí á poco. Estaba Napoleon resuelto á usar de particular severidad con los que se pasasen del servicio de su causa al de la contraria, y que agregasen á la resistencia, en sí muy legitima, la traicion que nunca lo es. Pero el príncipe de Castelfranco, y el duque del Infantado solo habian pecado de débiles y don Pedro Ceballos habia procedido como traidor. Por esto habia dado orden de pren-

Dic. 1808.

Entró la
de
los franceses
en Madrid
el 4 de
diciembre.

Desarme
general del
vecindario
de la capital
de España.

No quiere
Napoleon
entrar él
en persona
en Madrid,
ni consiente
á su hermano
José
que entre
todavía.

Válese
Napoleon
de medios
encaminados
á intimidar
á los
españoles.

Die. 1808. der á Ceballos donde quiera que fuese encontrado, pero él huyó, lo que no pudieron hacer por falta de tiempo el príncipe de Castelfranco y el marqués de Santa Cruz, los cuales fueron presos. Lo fué igualmente y puesto en consejo de guerra el marqués de San Simon, quien, siendo francés de nacimiento, habia incurrido en la pena á que están sujetos los que hacen armas contra su patria. Mas el Emperador francés no tanto queria ser duro quanto intimidar enviando á prisiones como reos de Estado á los hombres á quienes mandaba prender y condenar. Mandó asimismo que fuesen presos á Francia el presidente, los fiscales del Consejo Real ó de Castilla. Del mismo modo trató á algunos alborotadores del pueblo que habian tenido parte en las muertes hechas en soldados franceses, y en personajes españoles, víctimas de la rabiosa furia de la plebe (1).

(1) Párrafos son los que anteceden escandalosos, por faltarse en ellos hasta un punto increíble á la justicia, y á la exacta verdad. Prescindase en él de equívocas como es la de equivocar los títulos de los señores españoles mal tratados por Napoleon, calificando de duques al marqués de Santa Cruz y al conde de Altamira, aunque esto ya muestra cuán mal enterado está el autor de las cosas de España al pretender hablar de ellas con veracidad y acertado juicio, y aunque se reirian los franceses de una historia española donde fuera llamado el general conde de Sebastiani, *el duque de Sebastiani*, ó el mariscal Soult *conde de Dalmacia* en vez de *duque*. Pero lo grave ó importante de esta parte de la obra de M. Thiers es ver aquí disculpados y hasta aprobados actos contrarios á toda ley. Si Napoleon, como él decia, entrado que hubo en la Península y ya vencedor en ella, habia adquirido el derecho de disponer de España por haberla conquistado, en lo cual parece que conviene su historiador, mal podia castigar como á rebeldes ó traidores á quienes con las armas ó de otro modo se habian opuesto á la conquista antes de estar la misma conquista consumada. Si, al revés, subsistian, en fuerza y vigor, suponiéndose que habian sido legítimas, como él lo suponía, las cesiones de la corona de España hechas en Bayona, Napoleon, mero auxiliar de su hermano por él calificado de soberano independiente, ninguna jurisdiccion podia ejercer en España. Aun los decretos que dió haciendo reformas saludables adolecian del defecto de proceder de autoridad ilegítima. Y para castigar claro está que no tenia facultades, ni aun las tenia su hermano no siendo por medio de los tribunales y con arreglo á las leyes, segun disponia la llamada Constitucion de Bayona. No era, pues, lo que hacia Napoleon en Chamar-

Al mismo tiempo dió nueva orden para que el desarme del pueblo de Madrid fuese general y completo cuanto serlo cabia. Exigió tambien, como algo mas atrás vá aquí dicho, que los conventos hospedasen á una parte de su ejército y la mantuviesen á sus expensas.

Mientras usaba de cierto rigor aparente, quiso dar golpe á lo general de la nacion española con la idea de los bienes que de la dominacion francesa habrian de ve-

Dic. 1808.

Los rigores
de Napoleon
con algunas
personas

tin otra cosa que un abuso de la victoria y de la fuerza. Si, como dice aquí su historiador, la resistencia á él era muy legitima (lo cual no concedia el emperador francés, y lo cual, por descuido, á cada paso está no concediendo M. Thiers, pues levantados ó rebeldes llama á los que resistian) y no lo era pasarse del uno al otro campamento, materia era esta en que debian entender las leyes de España y las autoridades competentes del rey del mismo Estado, don José Primero. Y si la guerra hecha á Napoleon por España habia anulado todo acto anterior, dando la victoria al emperador francés los derechos de conquistador que estaba ejerciendo, no habia traicion ni cosa parecida á rebelion, pues solo comenzaba la obligacion de ser fieles al nuevo poder en la hora en que éste quedase definitivamente asentado, ó despues que dominasen sus armas al territorio que hubiese hecho resistencia á la agresion en-caminada á la conquista. Dejando ya esto aparte, no se concibe por qué ley ó razon justa se ensañaba Napoleon y se ensaña M. Thiers mas que contra otros contra don Pedro Ceballos. Este, en verdad, habia publicado un escrito refiriendo lo ocurrido en Bayona, si con alguna inexactitud, con verdad en la esencia de las cosas, y el escrito habia corrido por Europa muy en perjuicio del concepto del emperador francés; pero Napoleon no ejercia la potestad suprema para vengarse de los perjuicios hechos á su fama, y M. Thiers no pretende que lo hecho en Bayona fuese conforme á las reglas de la justicia. Ni aumenta mucho el crimen achacado á Ceballos que su escrito, por faltar materia para extenderse mucho, mereciese ser calificado no de libro, si no de *Folleto* (*pamphlet*). Pero si Ceballos, en sentir de M. Thiers, era traidor, no se acierta por qué eran solamente débiles el duque del Infantado y otros. A todos ellos era comun con Ceballos haber recibido empleos de José y aun servidole por breve plazo, y despues pasándose á servir la causa de su patria. Aún tenia el del Infantado razones particulares para no haber aceptado el nombramiento de coronel de Guardias de José, como le aceptó, pues al cabo él, mas que Ceballos, privaba con Fernando, y habia tenido mas parte en aconsejar al destronado monarca el viaje á Bayona. La verdad es que todos los condenados por Napoleon creyeron que España se sujetaria á éste, y que en tal caso bien podrian servir á su hermano, pero que, viendo levantada la nacion española y habiendo de escoger entre servir al gobierno de la nacion ó al de los extranjeros enemigos, prefirieron lo primero. A quien podia castigar Napoleon, con alguna apariencia de derecho, era al marqués de San Simon (no duque, como le llama M. Thiers, que hasta hablando de franceses tropieza y cae en errores) pues era nacido en Francia, si bien ya desde su juventud servia en España, y á ese perdonó la vida, á ruegos de su

Dic. 1808.

van acompañados de providencias que habian de ser otros tantos bienes para toda la nacion española.

nirle. Así que, en una série de decretos resolvió la supresion de los registros ó aduanas entre provincia y provincia, la abolicion del Consejo Real ó de Castilla, sustituyéndose inmediatamente el plantear un tribunal de recursos de nulidad ó de *casacion*, la del tribunal de la Inquisicion, llamado de la Fé, la prohibicion de que tuviese persona alguna dos ó mas encomiendas, la supresion de los derechos de señoríos, y la reduccion de los

hija, el conquistador francés. Pero en el ensañarse contra otros españoles, fuera de aquellos de quienes ya en esta nota va hablado, traspasó todavía mas, si cabe, Napoleon, no solo las leyes, sino las reglas de lo justo y aun de lo decente. Como esta historia aquí mismo confiesa, fueron llevados presos á Francia antiguos magistrados, hombres ya ancianos y respetables, á algunos de los cuales costó la vida un rigor que con descaro califica pocos renglones despues M. Thiers de solo *aparente*. Entre estas victimas se cuenta una muy ilustre, confundida por el desalumbrado y ligero autor de esta historia entre los alborotadores del pueblo que habian tenido parte en las muertes hechas en soldados franceses y personajes españoles de nota. Alúdese aquí ahora, entre otros, al distinguido escritor y poeta don Nicasio Alvarez Cienfuegos, cabalmente hombre extremado en su adhesion á las doctrinas religiosas y políticas de la filosofía francesa del siglo XVIII, parcial por lo mismo de muchas de las reformas que Napoleon prometia, aunque opuesto á recibirlas con afrenta y mengua de la honra é independenciam de su patria, y en quien habia la circunstancia de haber celebrado en una de sus odas con exceso de entusiasmo á Bonaparte, cuando éste era general de los ejércitos republicanos franceses en Italia. Cienfuegos, oficial de la secretaria de Estado en 1808, y encargado de cuidar de la redaccion de la Gaceta, habia consentido que en ésta, corriendo mayo de 1808, fuese puesto un artículo, con fecha de Leon, donde se contaba haber sido proclamado rey en esta ciudad Fernando VII, con general arrebatado alborozo, noticia dada á luz cuando estaban ya consumándose los atentados de Bayona. Por ello fué llamado Cienfuegos delante de la autoridad francesa que gobernaba en Madrid, y reprehendido y amenazado hasta con que se le arcabupearia sin demora. Pero si entonces fué puesto en libertad tan ilustre escritor y buen español, pocos meses despues, entrado que hubo Napoleon en Madrid, fué preso y enviado á Francia, costándole el destierro la vida, pues falleció á poco de haber pisado el suelo francés, mercedendo que de él haya dicho otro poeta, que tuvo la debilidad de ponerse al servicio de Napoleon despues de haber cantado las glorias de Bailen, que en el lugar de su muerte descansaba

La inexorable sombra de Cienfuegos.

A tal hombre, y á algunos otros de tanto ó poco menos valer, infama con ligereza M. Thiers, al aprobar la atroz violencia de que fueron victimas.

conventos existentes en España á la tercera parte del número que tenían.

El deseo de usar de contemplaciones con el clero y alta nobleza de España habia sido causa de que hubiese titubeado en punto á hacer tan grandes reformas, cuando todavía estaba en Bayona ocupado en dar una constitucion á España. Pero, levantados generalmente contra él los españoles, y llegadas á ser tan graves, cuanto cabia imaginarlas, las dificultades que tenia él que vencer, ya no habia motivo de guardar miramientos á esta ú esotra clase, y solo debia pensar en captarse con benéficas y sabias leyes y providencias el buen afecto y aprobacion de la parte sana é ilustrada de la nacion española, dejando á cargo del tiempo y de la fuerza ganarle la sumision de las demas partes.

Promulgados tan benéficos decretos, declaró á varias diputaciones que vinieron á presentársele que él, por su parte, ningun motivo tenia de entrar en Madrid, no siendo en España otra cosa que un general extranjero, bajo cuyo mando estaba un ejército auxiliar de la nueva dinastía; que, por lo tocante al rey José, no le volveria á los españoles hasta no creerlos dignos de tenerle por su monarca por volverse á él con sincero afecto, ni le pondria otra vez en el palacio de los reyes de España para verle de nuevo lanzado de allí; que, si estaban resueltos los madrileños á darse de corazon al servicio del mismo príncipe por haber llegado á apreciar con mas ilustrado juicio los bienes que le prometia el nuevo soberano, se les devolveria, pero no sin que antes le prestasen juramento de fidelidad sobre los santos Evangelios todos los vecinos cabezas de familia congregados al intento en las parroquias de la capital, y que,

Medios
que emplea
Napoleon
para hacer
que
los españoles
deseen por
rey á José
antes
de dárselos
otra vez
por tal.

Dic. 1808. no siendo así, renunciaria á imponer á los españoles un rey á quien ellos se resistian á tener por tal, pero que, habiendo él conquistado á España, usaria del derecho de conquista, disponiendo de ella segun le conviniese, y, como era probable, desmembrándola y tomando para sí todo cuanto creyese bueno agregar al territorio de la misma Francia.

Comienza
Napoleon
á formar un
ejército
español para
José.

Atendió, ademas, el Emperador francés á formar para su hermano José una fuerza militar que fuese principio de un ejército. Mandó juntar en un solo regimiento compuesto de varios batallones todos los alemanes, napolitanos y soldados de otros pueblos que desde algunos años antes estaban militando al servicio de España, y que nada deseaban tanto quanto encontrarse de nuevo con una paga segura. Habia de titularse este regimiento «el Real Extranjero,» habiendo de constar de cerca de tres mil y doscientas plazas. Ordenó que se juntasen todos los suizos al servicio de España, que seguian siéndole fieles, ó se sentian inclinados á entrar á servir á José, en un regimiento, cuyo nombre fuese el de Reding, por haber un oficial de este mismo apellido mostrándose muy adieto á los franceses. Habia fundada esperanza de que llegase á contar hasta cuatro mil y ochocientos hombres este regimiento suizo. Dispuso juntar en otro, que se llamase el Real-Napoleon á todos los soldados españoles que hubiesen abrazado la causa de José, cuyo número presumia ser de cuatro mil y ochocientos. Por último, con el nombre de Guardia Real de España, creó un cuerpo compuesto de franceses, que, despues del suceso de Bailen, habian entrado á servir bajo Castaños para escapar del cautiverio. Suponia que, juntando con esta última gente algunos cons-

criptos sacados de Bayona, compondrian todos ellos una fuerza efectiva de tres mil y doscientas plazas. Ya con esto habia un núcleo de hasta diez y seis mil soldados, que seria de algun precio con tal que los pagasen bien y atendiesen á darles buena planta y órden.

Dadas estas disposiciones, esperó Napoleon á ver qué efecto tenian, permaneciendo él entretanto personalmente en Chamartin, y dejando á José en el palacio del Real sitio del Pardo, donde vivia éste en apartamiento, pero con toda la etiqueta de rey, siu tener que inclinarse á la soberania superior del Emperador de los franceses. Mientras llegaban á entenderle los españoles, continuó Napoleon dando órdenes en la parte militar para conquistar enteramente la Península.

Habia traído consigo á Madrid el cuerpo de ejército del mariscal Victor, compuesto de las divisiones de Lapisse, Villatte y Ruffin, y, ademas, la guardia imperial y la mayor parte de los dragones. Como corriese la voz de que el ejército de Castaños venia retirándose por Calatayud, Sigüenza y Guadalajara hácia Madrid, habia enviado al puente vecino á Alcalá la division de Ruffin y con ella una brigada de dragones. En efecto, lo que quedaba del ejército de Castaños, tras el cual venia dándole alcance con furia y teson el general Maurice-Matthieu al frente de las divisiones de Musnier y de Lagrange y de los lanceros polacos, alcanzado en Bubberca, donde acometido por ambos hubo de tener una pérdida considerable, se iba replegando sin órden sobre Guadalajara, no contando ya mas que nueve ó diez mil hombres de los veinte y cuatro mil de que constaba estando en Tudela. En lugar de Castaños, separado del mando por la Junta, mandaba aquella

Operaciones militares de Napoleon, despues de haberse hecho dueño de Madrid.

Dic. 1808. gente el general La Peña. Mudando así estas tropas súbita y violentamente de general, y exacerbadas con su derrota y sus trabajos, se habian amotinado, y venido á parar en tomar definitivamente por cabeza al duque del Infantado que, segun poco há vá dicho en esta narracion, se habia salido de Madrid con secreto para traer refuerzos á los defensores de la misma capital. La entrada de los franceses en Madrid, y aparecerse la division francesa de Ruffin con los dragones en el puente vecino á Alcalá, no dejaban á aquel antes ejército del centro otro recurso que el de retirarse sobre Cuenca, donde no corria peligro de ser molestado hasta que se resolviesen los franceses á ir sobre Valencia, cosa que no podia ser por algun tiempo.

El ejército de Castaños pasado á ser del duque del Infantado tiene que retirarse definitivamente á Cuenca.

Véanse obligadas á retirarse hasta Talavera las reliquias del ejército de Extremadura.

Viendo Napoleon alejarse de Madrid aquel ejército del centro, al cual se habian dispersado las tres cuartas partes de sus tropas, habia dejado á sus dragones el cargo de coger todos cuantos se quedasen atrás y traídose consigo á la division de Ruffin, del cuerpo de ejército de Victor, al cual destinaba á ir sobre Aranjuez y Toledo, de donde saldria á dar alcance al ejército de Extremadura. Quería, libre ya de todo cuidado su costado izquierdo con haberse recogido á las cercanias de Cuenca el ejército que habia sido de Castaños, dejar en la misma seguridad el derecho, echando mas allá de Talavera á las reliquias del ejército de Extremadura vencido en Burgos y en Somosierra. Mandó, pues, que saliesen las divisiones de Ruffin y de Villatte, precediéndolas la caballería ligera de Lasalle y los dragones de Lahoussaye, y dejó en Madrid las divisiones de Lapisse y la guardia imperial. Lasalle fué sobre Aranjuez y Toledo, y Lahoussaye sobre el Escorial para ahuyentar á las desor-

denadas reliquias del ejército de Extremadura. Este, al empezar su retirada, iba ya en derrota completa, y mas hubo de ir cuando se sintió picada la espalda por las puntas de las espadas de los ginetes franceses. Volvióse, pues, toda aquella gente una porcion de gavillas confusas, que, como hacen todas las tropas incapaces de pelear, se vengaron en sus caudillos de su propia cobardía. Fué su primera victima el desdichado don Benito San Juan, el cual habia sido el último en abandonar el campo de batalla en Somosierra, estando ya cubierto de heridas, y que con los fugitivos de aquella accion habia ido á juntarse en Segovia con lo poco restante de las tropas ahuyentadas de Sepúlveda y las derrotadas junto á Burgos por el mariscal Soult. Estas varias turbas se acercaron algo á Madrid por el camino que vá de Segovia al Escorial, pero, al saber la rendicion de la capital, huyeron hácia Toledo. Juntóse por allí con ellas la guarnicion de Madrid mandada por el marqués del Castelar. Excedia á todo cuanto cabe creer la indisciplina de esta gente, que iba robando y asolando cuanto encontraba al paso, mas todavía que los vencedores, siendo la tierra que así trataban su patria, á la cual tenian por obligacion defender. Llenos de vergüenza y dolor por tal espectáculo los que venian mandándolos, quisieron poner algun orden en la retirada y libertar á los habitantes de los desmanes á que estaban expuestos. Pero los malvados á quienes intentaban contener se pusieron á acusar á sus oficiales de traidores que los habian vendido. El valeroso don Benito San Juan, que fué de todos el mas severo, por ser de todos el mas valiente, se atrajo mas que otros el furioso odio de aquellos perversos, y, habiendo intentado en Talave-

Matar
al valiente
don Benito
San Juan
sus propios
soldades.

Dic. 1808. **ra reprimir sus excesos, fué acometido en el humilde cuarto donde estaba alojado, traído arrastrando á la calle y al camino, y allí colgado de un árbol, donde, durante algunas horas, los monstruos que le habian desamparado en la pelea estuvieron acribillando á balazos su cadáver. A tales hombres confiaba España en su ceguedad patriótica su defensa contra un rey que para los españoles tenia el pecado de ser extranjero (1).**

Llegado pronto á Talavera el general Lasalle, que venia constantemente con su caballería á toda carrera, echó hasta el puente de Almaraz á tan indisciplinadas gavillas. El puente, en cuyas inmediaciones habian hecho los españoles algunas obras de fortificacion, no podia ser tomado sino con infanteria, y á su vista hubo de pararse el general Lasalle, y de esperar á que nuevas órdenes de su Emperador dictasen nuevas operaciones en la region meridional de la Peninsula.

Mientras así eran vencidos y desbaratados los ejércitos españoles, reuniéndose el de Palafox á Zaragoza, el de Castaños á Cuenca, el de Extremadura al puente de Almaraz, y el de Blake á la tierra de Leon y Asturias, con lo cual habian vuelto á ser los franceses en pocos dias dueños de la mitad de España; los ingleses, á quienes habian prometido sus aliados que solo vendrian á España á coger trofeos, y, cuando mas, dar complemento á una victoria segura, se veian en cruel em-

Apuro
en que se
veia
el ejército
inglés
de resultas
de haber en-
trado
Napoleon en
Madrid.

(1) No tenia solo ese pecado, pues al extranjero Felipe V habian servido con celo los españoles de la corona de Castilla. Tenia, sí, el pecado de ser traído á reinar contra la voluntad del pueblo, de resultas de un acto de dolo y violencia, y para sustituirse á otro rey querido.

barazo, porque hasta entonces no habian podido conseguir juntar en un cuerpo de ejército los varios trozos del suyo. Lo único que en este punto habian adelantado era juntar con la infantería venida por Ciudad Rodrigo y Salamanca, la artillería y caballería que habian pasado por Bajadoz y Talavera al mando del general Hope. Este, por algunos momentos, habia estado á punto de verse metido entre los escuadrones del general Lasalle, pero, haciendo con habilidad una marcha por las sierras, se habia escapado, y por Avila llegado al fin á juntarse cerca de Salamanca con el general su superior. Juntas así sus fuerzas, tenia sir Juan Moore bajo su mando sobre diez y nueve mil hombres. Pero le quedaban otras tropas que incorporar á las suyas, y eran las de sir David Baird, que con cerca de once mil hombres, salido de la Coruña, habia llegado á Astorga. Seguía, con todo, el general inglés firme, como cuando mas, en su propósito de retirarse, porque con treinta mil hombres no podia hacer frente á los franceses, estando ya los ejércitos españoles completamente destruidos en todas partes. El deseo de libertarse del peligro y de incorporar á sus fuerzas las de sir David Baird le habia inspirado la saludable idea de dejar su línea de retirada á Portugal para ponerse en otra que le llevase á Galicia, de donde sacaba la doblada ventaja de tener una tercera parte mas de tropas consigo, y de aproximarse á un buen puerto de mar en que pudiese embarcarse. Inclínabase, pues, á ir por Toro sobre Benavente, mandando á sir David Baird que fuese sobre este último punto desde Astorga. Además, obrando así, hasta llegaba en la apariencia á amenazar las comunicaciones de los fran-

Dic. 1808. ceses, pues solo le faltaba un paso que dar para ponerse en Valladolid ó hasta en Burgos, cuando en realidad de verdad iba por el camino de la Coruña, esto es, por el del mar, su mas seguro refugio. Gracias á este movimiento, cuando hacia mas segura su retirada, parecia como que alguna cosa intentaba en favor de la causa de España, con lo cual lograba tener algo que responder á las instancias de M. Frère, que, convertido en fanático admirador del gobierno de los levantados, no paraba de hacer reconvencciones al ejército inglés acusándole de estarse ocioso. El desdichado sir Juan Moore, hombre á la par juicioso y valiente, muy acostumbrado á la guerra metódica, á quien habian prometido que seria recibido por los españo'es con entusiasmo, y que encontraria todo linaje de auxilios, y victorias fáciles, hallándose con aquellos en cuyo socorro venia desmayados, huyendo por todos lados, sin tener con que sustentar á otros, y teniendo apenas con que sustentarse ellos, estaba en un estado de asombro, descontento y disgusto, que no es posible pintar, y solo veia su seguridad en ponerse en retirada por el camino mas corto. Fuera de esto, no disimulaba á su gobierno verdades tan desabridas.

Napoleon, al principio, habia atendido poco á los ingleses, aunque sabia que venia un número crecido de ellos de Lisboa y de la Coruña, porque queria, antes de todo, acabar con los ejércitos españoles, y despues deseaba que el ejército británico se internase mucho en la Península para estar él mas seguro de envolverle y hacerle prisionero. Sin embargo, por bien concebido que estuviese este plan, si pudiese él haber sabido á qué punto de desórden y desaliento habia llegado el

ejército inglés, habria hecho mejor en caer sobre él acabando con sir Juan Moore en Salamanca, y con Hope en la sierra de Avila. Pero en la guerra no es posible saberlo todo, y solo se sabe lo que se colige de ciertos indicios, de los cuales estaba falto entonces Napoleon para poder conjeturar con exactitud la situacion en que estaban los ingleses; cosa no de admirar, pues Moore mismo, entre un pueblo amigo, tambien ignoraba completamente los movimientos del ejército francés. No obstante, habiendo averiguado Napoleon por las correrías hechas por su caballería que estaban los ingleses entre Talavera, Avila y Salamanca, y que desde las orillas del Tajo iban subiendo á las del Duero, conoció ser llegado el momento de emprender contra ellos la campaña, y lo dispuso todo á fin de juntar las fuerzas necesarias para acabar completamente con ellos.

Mandó, pues, al mariscal Lefebvre pasar de Valladolid á Segovia, y bajar luego de Segovia al Escorial, con lo cual estaria casi en Madrid. Era su intencion situarle en el Escorial, Toledo y Talavera, á fin de traerse á Madrid el cuerpo de ejército del mariscal Victor. El mariscal Lefebvre acababa al fin de incorporarse la division polaca que hasta entonces se habia quedado atrás, y tambien á los holandeses, á los cuales habia dejado largo tiempo por los confines de Vizcaya. Así, con los dragones de Milhaud y la caballería de Lasalle, iba el mariscal Lefebvre á formar el ala derecha del ejército francés sobre Talavera, contando, con todas sus fuerzas juntas, sobre quince mil hombres.

Preparándose Napoleon á habérselas con el ejército inglés, de cuya firmeza tenia noticia, queria tener á mano uno de sus mejores cuerpos de ejército mandado

Dic. 1808.

Atiende, por fin, Napoleon á los ingleses, y trae á Madrid las fuerzas necesarias para empezar contra ellos una campaña.

Pasa el mariscal Lefebvre de Valladolid á Talavera.

Dic. 1808. por uno de sus mas alentados generales. El cuerpo que deseaba era el sexto; el general el mariscal Ney. Como hubiese reprendido á este mariscal por la lentitud con que habia hecho su marcha por la tierra de Soria, tenia deseos de contentarle dándole que vencer á los ingleses. Ya le habia llamado de las cercanías de Zaragoza á las de Madrid, y dándole por encargo picar de camino la retaguardia á las tropas de Castaños. Ordenóle, pues, acelerar su marcha para que pudiese descansar algun tiempo en Madrid antes de hacerse á la derecha yendo sobre las riberas del Tajo ó las del Duero.

Iba, pues, Napoleon á reunir en el mismo Madrid los cuerpos de ejército de Victor, Lefebvre y Ney, la guardia imperial, y una fuerza crecidísima de caballería, lo cual muy en breve le pondria capaz de dar un golpe decisivo. El haber llamado á sí al mariscal Ney con todo el sexto cuerpo de ejército, inclusa la division de Lagrange, que para la jornada de Tudela habia estado agregada interinamente al mariscal Monecy, dejaba á éste último imposibilitado de continuar el sitio de Zaragoza, porque no tenia ya fuerzas bastantes para mantenerse dueño del campo, mientras á la par combatia á la ciudad. Dió, pues, Napoleon al mariscal Mortier orden de desviarse con el quinto cuerpo de ejército y pasar á situarse á orillas del Ebro para proteger el asedio de Zaragoza, pero dejando á cargo exclusivo del mariscal Monecy las operaciones contra la ciudad.

Acababa de llegar á Vitoria la lucida division de Delaborde, primera del cuerpo de ejército del general Junot. Napoleon la envió á Burgos, y dió orden á la de Heudelet, segunda del mismo cuerpo de ejército, y que venia siguiendo muy de cerca á la primera, de que

Recibe
orden de
venir
á Madrid el
mariscal
Ney.

Vá delante
de Zaragoza
el quinto
cuerpo de
ejército
francés.

Reciben
orden de ir
hacia Burgos
las tropas
del general
Junot.

á toda priesa se adelantase siguiendo el mismo camino. Igual destino tuvieron los dragones de Lorge que hasta entonces habian ido agregados al quinto cuerpo de ejército. Los de Millet, que venian algo mas atrás, fueron llamados á Madrid. Mandó Napoleon al mariscal Soult hacer una marcha en consonancia con estos varios movimientos. Este mariscal habia entrado en Asturias y ahuyentado con su presencia á las reliquias de los asturianos venidas de Espinosa, llegando á internarse hasta el campo de Colombres. En varios combates vivos y repetidos habia hecho buen número de prisioneros y cogido muchas municiones y mercaderías que habian amontonado los ingleses en los puertos de Cantabria. Napoleon le ordenó pasar de vuelta las montañas y bajar al reino de Leon, donde, juntándose con el cuerpo de ejército del general Junot y con los dragones de Lorge y Millet, habia de hacer frente á los ingleses, si estos se adelantaban por el costado derecho del ejército francés, ó de ir sobre ellos con vigor si se retiraban delante de las tropas salidas de Madrid, y, en este caso, hasta de invadir á Portugal dándoles alcance. Así, con tres cuerpos de ejército, y además la guardia imperial, y una caballería numerosa en Madrid, y con dos cuerpos de ejército y un número tambien crecido de caballería por su derecha, y algo atrás, estaba preparado á empezar una campaña contra los ingleses por todos lados, y podia perseguirlos por donde quiera que se retirasen. Solo esperaba la llegada de los mariscales Lefebvre y Ney para acudir apresurado de Madrid á operaciones nuevas. Entretanto, seguia hermosísimo, cuanto estarlo cabe, el tiempo, pareciendo el mes de diciembre uno de verdadera prima-

Dáse
al mariscal
Soutl órden
de venir
definitiva-
mente á
Castilla la
Vieja.

Dic. 1808.

vera, así en Madrid como en lo demas de Castilla. Los cuerpos franceses hacian marchas largas sin experimentar inconveniente alguno de los ordinarios en estacion tan adelantada. Napoleon, que todos los dias paseaba á caballo por el contorno de Madrid sin entrar una vez sola en la poblacion (1), pasaba revista á sus tropas, y atendia á proveerlas de todo cuanto habian perdido en sus marchas y refriegas, cuidando, sobre todo, de formar un depósito á modo de plaza fuerte en el Buen Retiro, desde donde pudiesen los suyos tener sujeto á Madrid, y donde estuviesen guardados y seguros los enfermos y pertrechos del ejército francés. Constante en su cuidado de tener bien segura la linea de operaciones, acababa de mandar hacer en Somosierra, en lo alto del puerto donde él habia peleado y vencido, lo mismo hecho antes por su mandado en Miranda, Pancorvo y Burgos, y otro tanto mandó hacer en el Buen Retiro, altura que hace frente á Madrid y le domina. Habia dispuesto que fuesen rodeados de fortificaciones de campaña aquel palacio y sus hermosos y espaciosos jardines, que se hiciese ademas un reducto fortificado junto á la fábrica de la China (establecimiento donde se trabajaba porcelana (2) por

(1) Sábese que Napoleon entró en Madrid de incógnito, y que entre otras cosas, visitando el Real Palacio, y notando su magnificencia, dijo á José de vuelta al Pardo á verle: «Mon frère, vous serez logé mieux que moi.» Hermano, mejor casa que yo tengo tendrás tú.

N. DE A. A. G.

(2) M. Thiers dice donde se imitaba la porcelana de China. Aquí, como el historiador francés entiende poco el castellano y pretende saberle, se equivocó, como suele, pues el nombre de *china* era el que se daba en España á toda porcelana para distinguirla de la loza, siendo así que en la fábrica del Retiro mas que los trabajos de los chinos eran imitados los de Sajonia ó los de la fábrica francesa de Sevres.

N. DE A. A. G.

cuenta de los reyes de España) y que en el mismo reducto se dejase lugar bastante para tener allí los heridos del ejército francés, los pertrechos de su artillería y sus viveres. Mandó además poblar de abundante artillería aquellas obras para que, si algunas de ellas fuesen tomadas de rebate, hubiese necesidad de hacer un sitio en regla para apoderarse del reducto.

Mientras pasaban cerca de Madrid las cosas según acaba de declarar la narración presente, ocurrían otros no menos notables acontecimientos en Aragón y Cataluña. En el primero, dada la batalla de Tudela, el constante ir y venir de aquí para allí de los varios cuerpos de ejército franceses tuvo por algún tiempo al mariscal Moncey falto de medios de seguir con eficaz empeño las operaciones del sitio de Zaragoza, porque, en el día siguiente al de la batalla, hubo de enviar tropas á dar alcance al ejército de Castaños, empleando en esto las divisiones de Musnier y Lagrange mandadas por el general Maurice-Mathieu á suplir la falta de las del mariscal Ney que no habían llegado todavía. Quedóse de resultas el mariscal Moncey con solo las divisiones de Grandjean y Morlot que no contenían arriba de nueve ó diez mil hombres. Verdad es que había llegado allí el mariscal Ney procedente de Soria, y brindándose á contribuir al sitio de Zaragoza con las dos divisiones de Dessoles y Marchand. Pero, en el día mismo en que iba de consuno con el mariscal Moncey á empezar las operaciones de ataque contra la famosa capital de Aragón y á tomar el monte Torrero, le llegó del cuartel general la orden de perseguir á las tropas de Castaños con el mayor ímpetu y tesón posibles, y de volver sobre Madrid al ir dándoles alcance. Si Na-

Sucesos
en Aragón y
Cataluña.

Dic. 1808.

poleon , estando tan distante de Aragon , hubiese podido saber lo que allí pasaba , habria dejado á cargo del mariscal Ney el sitio de Zaragoza , y al del general Maurice-Mathieu el de seguir el alcance de los de Castaños. Este último general francés con las divisiones de Musnier y Lagrange habria venido á Madrid con un número de tropas casi igual al que traia el mariscal Ney con las divisiones de Dessoles y Marchand , y asi , ademas , se habria excusado hacer un movimiento inútil de fuerzas que se cruzaban unas con otras por volverse atrás las del general Maurice-Mathieu hácia Zaragoza , y separarse de la misma capital de Aragon el mariscal Ney para venir á Madrid por Calatayud. Pero en la guerra se multiplican los accidentes y los movimientos equivocados en razon del número y de las distancias , y Napoleon iba de dia en dia aumentando los azares de tales equivocaciones por ir dando á sus operaciones una extension prodigiosa. El mariscal Ney , teniendo á gran dicha , como sucedia á todos los generales obedientes á tan gran capitán , venir á servir á su lado , se dió prisa á cumplir las órdenes recibidas , y se separó del mariscal Monecy , á quien dejó enteramente solo con sus dos divisiones , y sumamente pesaroso de no poder emprender operacion alguna contra Zaragoza por haber quedado con escasa fuerza , tanto mas cuanto que , al pasar el mariscal Ney cerca de donde estaba el general Maurice-Mathieu , le tomó la division de Lagrange y solo le devolvió la de Musnier , y aun se llevó consigo los famosos lanceros polacos , tan acostumbrados á guerrear en Aragon , sin dejar al mariscal Monecy otra caballería que la de los regimientos provisionales antes adictos al cuerpo de ejército de su mando. No

recobrando el mariscal Moncey de sus divisiones otra que la de Musnier, se vió obligado á diferir las operaciones contra Zaragoza. Verdad es que entretanto venia de Pamplona á Tudela, cuidando de ello el general Lacoste, la artillería de grueso calibre, la cual era en seguida transportada por el canal de Aragon desde Tudela á las inmediaciones de Zaragoza. Pero tambien iban los aragoneses, por su parte, reponiéndose de su derrota, y fortificándose en su capital. Así tantas demoras por las dos opuestas partes servian de preludio á un sitio memorable.

En Cataluña habia habido asimismo sucesos de gravedad no menos dignos de noticia que los referidos poco há en la presente historia. Retirado que se hubo José á las cercanías del Ebro, el general Duhesme, el cual en los primeros tiempos en que estaba en Barcelona no cesaba de hacer salidas, ya hácia adelante por las riberas del Llobregat, ya hácia atrás por las inmediaciones de Gerona, habia quedado en la capital de Cataluña bloqueado y apretado á punto de no poder pasar de sus puertas. Las dos divisiones de Lechi y Chabran, muy reducidas en número por la guerra y los trabajos, apenas contaban ocho mil hombres de infanteria, y con la artillería y caballería no pasaba aquel cuerpo de ejército de tener, cuando mas, nueve mil y quinientos. Todos los esfuerzos hechos para abastecer á Barcelona por mar habian sido infructuosos, porque eran los ingleses dueños del golfo de Rosas, estando la ciudadela de este pueblo defendida por tres mil españoles de tropa de linea. Véase, pues, expuesto el general Duhesme á quedarse muy pronto sin víveres así para sus tropas como para la numerosa poblacion de la gran ciudad

Sucesos
en Cataluña.

Dic. 1808. que ocupaba. Por este motivo habia dado tanta priesa al general Saint-Cyr para que se apresurase en sus operaciones y fuese con la mayor diligencia á dar socorro á Barcelona.

Fuerzas dadas al general Saint-Cyr para sujetar á Cataluña.

El general Saint-Cyr, á fin de atravesar á Cataluña, toda ella levantada contra los franceses y guardada por numerosos cuerpos de tropas, llevaba, ademas de la division de Reille cuya fuerza era de cerca de siete mil hombres, la italiana de Pino que contaba cinco mil, la francesa de Souham de seis mil, la napolitana de Chabot de tres mil, y sobre esto unos mil artilleros y dos mil caballos, lo cual componia un total de veinte y tres ó veinte y cuatro mil combatientes. Si llegaba á juntar sus fuerzas con las de Duhesme, levantando el bloqueo puesto á este último general, habria de tener bajo su mando de treinta y cuatro á treinta y seis mil hombres para sujetar y tener sujeta á una provincia de la mayor importancia, como era Cataluña, de todas las de la Península la mas difícil de conquistar, ya por estar lleno su suelo de obstáculos naturales, ya por ser los catalanes gente por demas atrevida é inquieta, y que temia ver perjudicada su industria si era demasiado estrecha la union entre el imperio francés y España.

Fuerzas españolas empleadas en la defensa de Cataluña.

El ejército español que defendia aquella provincia, ejército cuya fuerza no era posible avaluar de otro modo que aproximativamente, ascendia á cerca de cuarenta mil hombres. Componíanle alguna tropa de línea venida de las islas Baleares y transportada á Cataluña en buques de la marina inglesa, soldados asimismo antiguos procedentes de Portugal y traídos á su nuevo destino en barcos de la misma nacion, una division del ejército formado en Granada mandada por el general

Reding, otra de aragoneses al mando del marqués de Lazan, hermano de Palafox, y, por último, las tropas regladas que antes habia en el Principado. Tenia el mando supremo de estas fuerzas el general D. Juan de Vives, que habia hecho una campaña contra los franceses en la guerra de la Revolucion, y blasonaba mucho de haber alcanzado sobre ellos ventajas. Auxiliaban á las tropas voluntarios llamados miguelotes formados en batallones cuyo nombre era el de tercios, y que hacian el servicio de tropas ligeras; gente ágil, valerosa, certera en el tiro, que, corriendo por los costados y espalda del ejército español, le hacian numerosos é importantes servicios. A estas fuerzas habia que añadir los somatenes, especie de milicia compuesta de todos los habitantes del pais, que, segun uso antiguo, acudian todos á las armas al primer toque de campanas, llamado de *somaten*, á defender sus pueblos grandes y pequeños, y á ocupar y disputar los pasos principales de su tierra quebrada. Las tropas de línea, los miguelotes, los somatenes, auxiliados en su resistencia por un terreno áspero y fragoso, en el cual escaseaban mucho las cosas necesarias al sustento, oponian á un enemigo obstáculos superiores en lo graves á todos cuantos podian encontrarse en las demas provincias de España. A esto debe agregarse que estaba Cataluña poblada de plazas fuertes que dominaban todas las comunicaciones por mar y tierra, como eran el castillo de Figueras, del cual eran dueños los franceses, y Rosas, Gerona, Hostalrich y Tarragona, que estaban en poder de los españoles.

Dic. 1808.

Así el estar tan apartada como su configuracion tenian aquella provincia en el estado de ser cosa aparte

Por qué motivos habia sido

Dic. 1808. de lo demas de España, y un teatro de guerra distinto. Por esto habia encomendado Napoleon su conquista á un general excelente cuando obraba solo, y peligroso cuando tenia vecinos, á los cuales siempre solia dar poca y mala ayuda, y celoso mezquinamente á punto de figurarse que envidioso Napoleon de su gloria le enviaba á Cataluña á fin de desconceptuarle, pero, dejando aparte estas faltas, hábil capitán, en sus combinaciones profundo, y para operaciones de guerra metódica el primero entre los militares de su tiempo, entendiéndose que aun en esto no va incluido Napoleon, superior á toda comparacion con cualquiera general de los de su siglo.

escogido el
general
Saint-Cyr
para la
guerra de
Cataluña.

Los recursos allegados en Cataluña se resentian, como en las demas partes, de la precipitacion con que habian sido hechos los preparativos de la guerra de España. Los pertrechos de la artilleria eran escasos, y habia carencia absoluta de calzado y vestuario para la tropa. La division de Reille era un cuerpo allegadizo de gente de todo linage de tropas y naciones, inconveniente, por otra parte, compensado por el mérito del oficial que la mandaba. La de Souham, no obstante estar formada con cuadros antiguos, abundaba en conscriptos. La italiana de Pino se componia de soldados de la misma nacion ya aguerridos y educados en la escuela del ejército grande. Eran malisimos y casi de ningun servicio los medios de acarreo en una tierra donde no se encontraba recurso alguno en el mismo terreno. Nada habia allí, sin embargo, que no hubiese en una y otra Castilla, donde estaba Napoleon mandando en persona. Con todo eso, el general Saint-Cyr lo suponía hecho todo con malicia y en su daño,

y que Napoleon, desde la cumbre de su poder y gloria, trataba de escatimarle los triunfos, y particularmente de hacer que fuesen los de su general menos rápidos que los que él mismo alcanzase (1).

Las instrucciones del general Saint-Cyr le dejaban carta blanca tocante á las operaciones que habria de ejecutar en Cataluña, y solo en un punto eran imperiosas, el cual consistia en hacerle necesario que levantase el bloqueo puesto á Barcelona, cuanto antes fuese posible. Como eran los franceses dueños de Figueras, solo tenian tres plazas fuertes que tomar yendo de Francia á Barcelona, la de Rosas, á su izquierda

Razones que tuvo el general Saint-Cyr para poner sitio á Rosas antes de internarse él en Cataluña.

(1) Dá vergüenza, al leer las Memorias del mariscal Saint-Cyr sobre su campaña en Cataluña, obra, por otra parte, muy digna de noticia y alabanza, tropezar en ellas con mil pequeñeces al lado de reflexiones juiciosas y profundas. El autor de esta historia ha leído toda la correspondencia del mismo general con el cuartel general del Emperador, y afirma que en ella están desmentidos completamente todos los asertos del mismo Saint-Cyr, entendiéndose los que se refieren á haber tratado el Emperador francés de escatimarle recursos para que los triunfos del general en Cataluña no oscureciesen los del soberano en Castilla (*). Dá lástima, en verdad, ver que persona de tan grande entendimiento se rebaje hasta hacer suposiciones tan ruines. Napoleon no gustaba de la conlicion insociable del general, luego mariscal Saint-Cyr, pero hacia justicia á sus prendas eminentes, y no tenia de él celos. En la Historia de César escrita por Napoleon se nota que éste á veces tenia quizá celos de César ó de Alejandro, pero de aquí no bajaba un punto en materia de celos.

N. DE M. THIERS.

(*) El general Gouvion Saint-Cyr priva poco con M. Thiers porque censuró alguna vez á Napoleon, y porque en 1815, en la época llamada de los Cien días, prefirió al servicio del Emperador el de Luis XVIII, del cual posteriormente fué ministro.

Sin embargo, al referir su campaña en Cataluña, no deja el historiador francés de abultarle los triunfos, de rebajarle el número de fuerzas que le seguian, y de suponer mas numerosos que eran y menos animosos que se mostraron á los españoles. Con todo, fuerza es convenir en que fué mal disputada por estos últimos la campaña de fines de 1808 y principios del año siguiente. Habria, sin embargo, que corregir algo, y no poco, en la narracion de M. Thiers, pero seria largo, y baste remitir al lector á la relacion de la misma campaña, hecha en la Historia del conde de Toreno.

N. DE A. A. G.

Dic. 1808. en el camino de la marina, y las de Gerona y Hostalrich, á su derecha, en el camino de tierra adentro. Estas plazas, en region montuosa, estaban de tal modo situadas que era dificultoso no tropezar con ellas quien hubiese de seguir caminos transitables para la artillería. Sin embargo, detenerse á hacer tres sitios en regla antes de levantar el bloqueo de Barcelona era cosa impracticable. Así que, el general Saint-Cyr resolvió emprender solo el sitio de Rosas, por dos motivos, harto fundados ambos para disculpar la dilacion que del sitio emprendido habia de resultar, siendo el primero que el castillo de Figueras sin la plaza de Rosas no era un punto de apoyo suficiente para los franceses por el lado de los Pirineos que está dentro de España, porque la guarnicion de esta última fortaleza habria estado sin cesar molestando al castillo de Figueras, por no ser posible entrar en él ó salir de allí cosa ó fuerza alguna sin apoderarse antes de la plaza fuerte vecina, y consistiendo el segundo motivo en que era el golfo de Rosas el abrigo ordinario de las fuerzas navales inglesas que por la parte del mar tenían bloqueada á Barcelona, y cuya presencia allí no consentia ser socorrida la misma ciudad con viveres. Como iba el general Saint-Cyr destinado á hacer su principal estancia en la capital de Cataluña, queria no pasar en ella un solo dia con hambre, punto á que temia el general Duhesme en aquella hora verse reducido.

El general Saint-Cyr, á pesar de las instancias con que del estado mayor general de Napoleon le apretaban sin cesar para que usase de diligencia en sus operaciones, determinó llevar á cumplido efecto el sitio de

Pasa
el ejército
francés
la raya de
España por
el de-

Rosas antes de internarse en Cataluña. Pasó la raya en los días primeros de noviembre, en los mismos momentos en que, según en esta historia va dicho, empezaba la fuerza principal del ejército francés á obrar activamente en Castilla, y cuando estaban los mariscales Lefebvre, Victor y Soult habiéndoselas con Blake y el conde de Belveder. La division de Reille, situada desde luego en la Junquera, pasó el día 6 á ponerse sobre Rosas. Siguióla inmediatamente la de Pino escoltando los trenes de artillería de grueso calibre. La de Souham, que era la tercera, fué á situarse detrás del Fluviá, riachuelo que riega el llano del Ampurdan. Estaba á cargo de esta última division cubrir el sitio de Rosas amparando á los sitiadores contra cualesquiera fuerzas españolas que tuviesen tentaciones de molestarlos. Mientras los ejércitos franceses de Castilla y Aragon estaban disfrutando de un tiempo hermosísimo, el de Cataluña hubo de tener sobre sí furiosos aguaceros, que por muchos días tuvieron anegadas aquellas tierras haciendo imposible todo movimiento á las tropas. Llevaron con paciencia tales trabajos los soldados franceses, mandándolos un general que en las filas del ejército del Rhin habia aprendido á sufrirlo todo, y á exigir de cuantos le seguian que todo lo sufriesen sin murmurar siquiera.

Dic. 1808.

partamento
de los
Pirineos
orientales.

Hasta el 12 de noviembre estuvieron los franceses imposibilitados de moverse, pero, pasadas ya las lluvias, se acercaron á Rosas, y encerraron dentro de sus murallas á la guarnicion. Esta era de cerca de tres mil hombres, siendo gobernador de la plaza un buen oficial, asistido de hábiles ingenieros, que, por otra parte, nunca han faltado en España. La plaza de Rosas es

Configu-
racion de la
plaza
de Rosas.

Dic. 1808. un pentágono situado entre el mar y unos arenales en el centro de un golfo ancho y hondo, resguardado de los vientos por allí mas peligrosos. A la entrada de este golfo hay un fuerte, llamado del Boton, construido en una altura, el cual con su artillería protege la parte mejor del fondeadero. La division de Mazuchelli envió á dos de sus batallones á dar principio al ataque del fuerte de que acaba ahora aquí de hablarse. Allí, así como delante del cuerpo de la plaza, hubo necesidad de arrollar hasta encerrarla dentro de las murallas á la guarnicion, á la cual sostenia el fuego de la escuadra inglesa, compuesta de seis navíos de línea y de varios buques menores.

Abrese
trinchera
delante
de Rosas en
la noche
del 18 al 19
de
noviembre.

Hechas por los sitiados algunas salidas, en que los rechazaron los sitiadores con sumo denuedo, fueron abiertas las trincheras delante de Rosas en la noche del 18 al 19 de noviembre por los dos frentes opuestos de Oriente y Poniente, y de tal modo que quedase cortada la comunicacion entre la plaza y el mar por los fuegos de las trincheras. En el término de pocos dias, una batería plantada cerca de la ribera del mar dejó tan peligroso el fondeadero para los ingleses, que éstos se vieron obligados á desviarse de allí, abandonando á la guarnicion á sus propios recursos.

El pueblo de Rosas, pequeño y compuesto de unas pocas casas de pescadores y comerciantes de inferior clase, estaba situado á la parte de Levante, fuera del recinto de la fortificacion. Este pueblo fué atacado en la noche del 26 al 27. Los españoles, que de portarse tan flojamente en el campo raso pasaban de repente á ser alentadísimos peleando al abrigo de muros, se defendieron con sumos brios, y no se retiraron hasta

llevar perdidos trescientos hombres, dejando doscientos prisioneros. Costó este combate á los vencedores cuarenta y cinco hombres entre muertos y heridos. Rendido el pueblo, no tenia la guarnicion del castillo apoyo alguno fuera.

Entretanto, iban adelante las operaciones contra el fuerte del Boton. A fuerza de brazos habian subido los franceses á los altos algunas piezas de grueso calibre, con las cuales desmantelaron el fuerte obligando á su guarnicion á desocuparle. El 3 de diciembre fué abierta la tercera paralela delante del castillo de Rosas. El 4 quedó plantada la batería de brecha, y ya solo quedaba que hacer dar el asalto, cuando pidió capitulacion la guarnicion, al cabo de haber estado diez y seis dias abiertas las trincheras. Habia sido la resistencia honrosa á los defensores y conforme á todas las reglas de la guerra. Hicieron los franceses en Rosas dos mil y ochocientos prisioneros, y cogieron muchos heridos, y un crecido número de pertrechos traídos allí por los ingleses. Gracias á tan importante conquista, venia á ser la comunicacion por mar de los franceses con Barcelona, si no segura y cierta, á lo menos practicable en alto grado, de suerte que, apoyándose ellos en Figueras y Rosas, tenian asegurada por la marina y por tierra la línea de sus operaciones.

Durante este sitio, habia recibido el general Saint-Cyr, ya del general Duhesme, ya del cuartel general imperial, vivas instancias para que fuese sobre Barcelona. Habíase resistido á hacerlo con su sólita terquedad mientras no cayese en su poder Rosas, pero, habiendo capitulado ya esta plaza, no tenia motivo de

Dic. 1808.

Toma
del fuerte del
Boton.

Ríndese
Rosas al cabo
de diez y seis
dias de estar
abierta
contra ella la
trinchera.

Dic. 1808.

Tomada
Rosas, se
resuelve el
general
Saint-Cyr á
ir hácia
Barcelona á
socorrerla.

diferir la operacion que se le mandaba. En efecto, cuando bloqueado el general Duhesme apenas tenia con que sustentarse, y cuando Napoleon habia ya llegado á Madrid (en donde entró en el mismo dia que el general Saint-Cyr en Rosas), haciase urgente que el ala izquierda de los ejércitos franceses no se quedase atrás de su ala derecha, para que por ambos lados quedase como envuelta Zaragoza. Tomada Rosas, no tubeó ya el general Saint-Cyr en ir para Barcelona.

Habia enviado al Rosellon su caballería, por no tener con que darle sustento en el Ampurdan, pero le dió orden de volver para llevarla consigo á Barcelona. La artillería, no obstante serle de mucha ventaja en los encuentros que iba á tener con el ejército español, era una carga muy estorbosa para pasearla por Cataluña, sobre todo teniendo él que no ir por el camino real cerrado por las plazas de Gerona y Hostalrich de que no eran dueños los franceses. Tomó el general Saint-Cyr por partido un acto de grande atrevimiento, que fué dejar su artillería en el castillo de Figueras, mandando él ir en su ejército llevados del diestro los caballos de tiro destinados al servicio de las piezas, porque, habiéndole escrito el general Duhesme desde Barcelona que en el parque de aquella ciudad habia grande abundancia de pertrechos, y que, llevando allí caballos, habia lo bastante para formar un tren de artillería completo, resolvió que solo fuesen con sus tropas caballos, mulas y soldados de á pié, pero ni un solo carruaje. A cada soldado dió raciones de viveres para cuatro dias, y cincuenta cartuchos, y se dispuso á emprender su marcha equipado así á la ligera. Si en la arrojada marcha que iba á hacer tropezaba con el ejército español, estaba

Toma
el general
Saint-Cyr la
resolución
arrojadísima
de salir
á campaña
sin su
artillería.

resuelto á abrirse paso á bayoneta calada, porque para él la verdadera victoria era llegar á Barcelona, donde le esperaba un ejército francés abundantemente provisto de todos los pertrechos necesarios, y juntando con el cual el suyo vendria á quedar con superioridad suma para cualquier suceso que ocurriese.

Arreglado todo de esta manera, adelantó hácia el Fluviá el 9 de diciembre, dejándose algo á la espalda la division de Reille, que le era indispensable en Rosas y Figueras para tener bien guardada su línea de operaciones, y siguió su marcha con quince mil infantes, mil y quinientos caballos, y mil artilleros, que en total serian diez y siete ó diez y ocho mil hombres. Ya habia hecho algunas tentativas contra la division de Souham, que correspondió á ellas con mucho vigor, una vanguardia numerosa compuesta de un cuerpo de aragoneses al mando del marqués de Lazan, y de alguna otra fuerza, destacada de las tropas del general Vives, mandada por el general Alvarez. El general Saint-Cyr se llevó por delante esta vanguardia desde las orillas del Fluviá hasta las del Ter, y la obligó á retirarse precipitadamente. Presentábanse al general francés dos caminos, ambos dificilísimos de seguir, porque en el de tierra adentro, que era el de su derecha, habria de tropezar con Gerona y Hostalrich, al tiro de cuya artillería era, si ya no imposible, muy peligroso pasar, y en el de la marina, ó de su izquierda, habia el grave inconveniente de tener que ir por delante de las fuerzas navales inglesas, que harian fuego á cuantos transitasen por los lugares descubiertos por el lado del mar, á que se agregaba que los mi-queletes juntarian con el fuego de los buques británi-

Dic. 1808.

Pasan
los franceses
el Fluviá el
9 de
diciembre.

Logra
el general
Saint-Cyr
ocultar de sus
contrarios
el camino
que toma, á
punto de
engañarlos
com-
pletamente.

Dic. 1808. cos el de su fusilería. Resolvió, pues, el general Saint-Cyr alternar en seguir ya el uno ya el otro camino, tomando por algunos de travesía, que los ponian en comunicacion á ambos. Por lo pronto, trató de persuadir á los españoles de que iba sobre Gerona con la intencion de sitiarla hasta tomarla, como habia hecho con Rosas. En efecto, el día 11 se hizo adelante dirigiéndose á la plaza aquí últimamente nombrada, y, no bien vió que acudia allí muy apresurada la vanguardia española, cuando hurtando á ésta el cuerpo, se hizo á la izquierda, encaminándose á La Bisbal, camino por donde iba á Palamós, que está en el de la marina. El 11 por la noche llegó á La Bisbal, y el 12 salió de allí para Palamós, habiendo tropezado en el puerto ó coll de Calonja con algunos miqueletes y somatenes, que le hicieron un fuego muy vivo por sus costados. Los soldados de aquel cuerpo de ejército, bien mandados, y animados por las ventajas que ya habian conseguido, iban con desahogo, aunque muy cargados, de humor alegre, y apercebidos á cualquiera empresa.

Sin embargo, si hubiesen tenido los españoles algun conocimiento práctico de la guerra, deberian haber escogido para detener con todas sus fuerzas al general Saint-Cyr la hora en que éste, separado ya de la division de Reille, todavia no habia podido juntarse con la de Duhesme, y en que se aventuraba sin artillería contra enemigos que la tenian muy numerosa. Verdad es que no hay plan bueno para quien no tiene tropas capaces de sostenerse en línea, y no es menos cierto que los oficiales españoles ignoraban las particularidades de la marcha del general Saint-Cyr, no

habiendo entre ellos uno dotado de la habilidad suficiente para adivinarlas. Pero, aún así, es incontestable que el momento en que debía estar el general francés menos capaz de resistir era aquel en que iba alejándose de los Pirineos sin haber todavía acercándose á Barcelona, y que, dado ser conveniente buscar ocasion para tener con él un encuentro, la ocasion que debía haber sido escogida era aquella, juntando los españoles sus fuerzas todas para esperarle en los pasos que habia de atravesar yendo á Barcelona. Pero los levantados habian destacado como unos diez mil hombres á las cercanías del Fluvia, y tenian empleado lo restante de sus fuerzas en bloquear á Duhesme en Barcelona. *El general Clarós que tenia el mando en Gerona, al ver al general Saint-Cyr desembocar sobre aquella plaza, se habia contentado con despachar un aviso á don Juan de Vives.*

Firme el general Saint-Cyr en llevar á efecto cumplido sus intentos, salió el 1 por la mañana para Palamós, y recibiendo á su paso por la ribera del mar el fuego de algunas lanchas cañoneras inglesas, que hicieron en los suyos muy poco daño, se encaminó á Vidreras, tomando de nuevo el camino principal de tierra adentro, porque suponía que, engañados los españoles con haberle visto ir de La Bisbal hácia Palamós, caerian con gran golpe de fuerza sobre la marina.

Sucedió efectivamente lo que él habia previsto, pues un cuerpo mandado por Milans, enviado desde el bloqueo de Barcelona, fué siguiendo la ribera del mar por Mataró, y acudieron igualmente á la costa partidas de tropa salidas de Hostalrich, miqueletes y somatenes, á fin de defender de consuno con los in-

Dic. 1808. gleses los pasos principales donde creían que habrían de tropezar con los franceses sus contrarios.

El general Saint-Cyr, echando por camino de travesía, fué de Palamós á Vidreras, avistando en el camino á las tropas del marqués de Lazan y de Alvarez, á los cuales habia engañado induciéndolos á irse hácia Gerona, y á los que, con esto, redujo á ir siguiéndole de lejos, en vez de atajarle el paso, precisados á acamparse á su espalda, á distancia tal que hacia imposible entre ellos un encuentro. No podia aquella fuerza española entrar en batalla con diez y siete ó diez y ocho mil franceses mandados con igual habilidad que brios.

Logra el general Saint-Cyr á fuerza de marchas y contra-marchas no llevar los fuegos de las plazas de Gerona y Hostalrich.

Iba adelante el general Saint-Cyr, siguiéndole los diez mil hombres de Alvarez y Lazan, que antes tenia por su frente, y teniendo á su izquierda las varias fuerzas enemigas que guardaban la marina, como va en una cacería un jabalí rodeado de cazadores. El camino que habia tomado iba á parar en derechura á Hostalrich bajo los fuegos de la misma plaza. Gracias á ir los franceses tan á la ligera, pudieron pasar las alturas vecinas á Hostalrich sin pisar el camino abierto, y sin mas inconveniente que caer entre ellos algunas balas de cañon, de que no recibieron un daño superior al muy corto que antes les habian hecho las lanchas cañoneras inglesas. Dejado atrás á Hostalrich, hicieron alto en sus cercanías el dia 14, y en el 15 prosiguieron su marcha hácia Barcelona, habiendo logrado no recibir daño de las dos plazas fuertes situadas en el camino de tierra adentro, y no teniendo ya otra cosa que temer que el grande ejército de don Juan de Vives. En efecto, en la tarde del 15 tropezó el general

Dic. 1808.

Pasan los franceses la angostura de Treinta-Pasos.

Saint-Cyr con una fuerza destacada del mismo ejército salida del bloqueo de Barcelona á las órdenes de Milans, el cual trataba de defender la entrada de la angostura de Treinta-Pasos. Dióse priesa el general francés á forzar aquel puesto para no tener que intentar pasarle cuando estuviese allí todo el ejército español, con el cual esperaba por momentos encontrarse en el camino, estando ya solo á dos jornadas de distancia de Barcelona.

Avisado don Juan de Vives por el parte que con diligencia le habian enviado de la venida del general Saint-Cyr, habia al fin salido á oponérsele, dejando el bloqueo de Barcelona. El general español mandó salir con alguna delantera á Milans, seguido de cuatro ó cinco mil hombres, y él mismo se puso en marcha con cerca de quince mil, de los cuales era parte la division de Reding, procedente de Granada, donde se habia formado. Lo restante del ejército español de Cataluña se quedó por las cercanías de Barcelona y las orillas del Llobregat.

El general don Juan de Vives pasó á situarse para recibir la batalla en Cardedeu, en alturas pobladas de arbolado, por donde pasa el camino real de Barcelona. Allí estaba con los quince mil hombres que habia traído consigo de su campamento, y esperaba por su derecha á Milans, que con cinco mil mas vendria á incorporársele. Cubria las cercanías una nube de miqueletes. Tenia, pues, el general francés para abrirse paso á Barcelona que arrollar y desbaratar aquel ejército de tropas regladas, situado en excelentes puestos, surtido de una artillería numerosa, y auxiliado por guerrillas de atrevidos y diestros tiradores.

Levanta al fin don Juande Vives el bloqueo de Barcelona, y sale con todas sus fuerzas al encuentro del general Saint-Cyr.

Dic. 1808.

Batalla
de Cardedeu
que dan y
ganan
los franceses
sin llevar
consigo
artillería.

Pronto se resolvió el general Saint-Cyr, porque de andarse tanteando las cosas solo habria logrado dar aliento á los españoles y quitársele á los franceses, poniendo en claro para unos y otros cuál era real y verdaderamente su situacion, pues los primeros tenian artillería y los segundos solamente fusilería, y ademas, deteniéndose, habria dejado á Clarós, Alvarez y Lazan tiempo de alcanzarle, y embestirle por la espalda, mientras hacia lo mismo Vives por el frente. Dió, pues, á la division de Pino, que era la delantera de su ejército, órden de no desplegar en batalla, ni disparar, con lo cual desperdiciaria tiempo y municiones, que á la par le harian falta, sino de trepar con ciego ímpetu por la áspera cuesta de Cardedeu, y de abrirse por allí paso á bayoneta calada. Por desgracia, antes de ser comunicadas y bien comprendidas las órdenes del general superior, la brigada de Mazuchelli, primera de la division de Pino, habia desplegado en batalla á la izquierda del camino de Barcelona, recibiendo el fuego de la division de Reding, la mejor del ejército español, que le habia hecho no poco daño. El general Saint-Cyr envió sin la menor tardanza á la extremidad izquierda de la misma brigada la division francesa de Souham formada en columna cerrada, con órden de caer á bayoneta calada sobre los enemigos, sin desplegarse. Por delante de sí, en derecha, y por el mismo camino real, mandó á la brigada de Fontana, segunda de la division de Pino, hacer otro movimiento igual yendo asimismo en columna cerrada sobre el centro de los españoles. Por la derecha del mismo camino envió dos batallones á amagar á la punta del ala izquierda del ejército su contrario. En tanto su caba-

lleria, pronta á embestir donde quiera que se lo consintiese el terreno, seguia adelante por los claros que habia entre una y otra columna.

Estas órdenes cumplidas con precision y no comun denuedo dieron de sí ventajas prontas por demas y completas. La columna de Souham en la punta de la derecha de la línea francesa, y la brigada de Fontana en el centro de la misma, se arrojaron con tantos bríos á la línea española, que en un abrir y cerrar de ojos la rompieron y desbarataron, dejando libre de peligro por ambos costados á la brigada de Mazuchelli, que inoportunamente habia desplegado en batalla. Los dragones italianos y los franceses del regimiento núm. 24, arrojándose á galope, acometieron á los españoles que iban ya de vencida, y los pusieron en asombroso desórden. Huyeron por todos lados los vencidos, dejando en el campo de batalla seiscientos muertos, ochocientos heridos, mil y doscientos prisioneros, toda su artillería, sin salvar de ella una sola pieza, y un parque de municiones de que tenian suma necesidad los vencedores. Llevándose consigo á los generales Vives y Reding la derrota de los suyos, ambos escaparon como por milagro, retirándose el uno á la marina, donde se embarcó para volverse á su campamento de las riberas del Llobregat, y yéndose el otro por el camino de Barcelona, del cual logró pasar, gracias á la ligereza de su caballo. Esta batalla ganada en menos de una hora dió á los franceses, sobre todo cuanto necesitaban en pertrechos, la posesion del camino de Barcelona, y un ascendiente irresistible sobre sus contrarios. El marqués de Lazan, Alvarez y Clarós llegaron al caer de la tarde á la espalda del vence-

Grandes
ventajas que
á los
franceses dió
la batalla
de Cardedeu.

Dic. 1808. dór, pero ya muy tarde para tomar parte en la pelea, y, como ésta hubiese terminado, hicieron lo que únicamente podían hacer, que fué retirarse unos á Gerona, é irse otros dando rodeos al campamento de la ribera del Llobregat.

Entrada
del general
Saint-Cyr
en Barcelona,
y gran
gozo de los
dos ejércitos
franceses al
juntarse
uno con otro.

Solo quedaba á los franceses una jornada que andar para entrar en Barcelona. Importábales mucho llegar allá para proporcionarse sustento, porque habian consumido toda cuanta galleta llevaban. El general Saint-Cyr, poniendo en los caballos de la artillería y caballería á todos los heridos capaces de ser movidos, y reducido á dejar á merced de los somatenes á los que no lo estaban, se puso en camino para Barcelona, donde entró el dia 17, con grande asombro de los españoles, y no menor alegría de los soldados de Duhesme, á quienes llenaba de viva satisfaccion ver llegado un ejército francés á levantar el bloqueo en que habian estado. Abrazábanse unos á otros arrebatados de gozo los del ejército francés, prometiéndose las mas felices resultas de estar ya así reunidos.

El general Saint-Cyr, ademas de la artillería tomada en Cardedeu, la encontró en Barcelona en gran número, de excelente calidad, y muy fácil de ser tirada por los caballos que él traía consigo. Habia tenido muy corta pérdida de gente, y contaba, cuando menos, diez y siete mil hombres bajo su mando en estado de hacer servicio activo. No tenia el general Duhesme por su parte en igual estado de salir á campaña menos de nueve mil, sin contar los heridos y enfermos. Era, pues, la fuerza efectiva de los franceses en Barcelona de hasta veinte y seis mil hombres, en número iguales, y en calidad muy superiores á todos cuantos los españoles

podian oponerles. El estar así concentrados era gloriosa consecuencia de una marcha hecha con igual arrojo que pericia.

Aunque no estaban en Barcelona tan escasos los recursos en víveres, cuanto lo habia supuesto el general Duhesme, ponderando sus apuros para excitar el celo de los que tenian á su cargo levantar el bloqueo puesto á la capital de Cataluña, con todo eso, no convenia á los franceses estarse largo tiempo encerrados en la ciudad si querian no padecer hambre. Estaba en efecto el general Saint-Cyr resuelto á aprovechar su victoria, buscando en todas partes al ejército español para acabar con él enteramente, é ir en seguida sitiando una tras de otra todas las plazas fuertes de aquellas provincias. Así, dió descanso á sus soldados en los dias 18 y 19 de diciembre, pero el 20 salió de Barcelona y fué sobre las orillas del Llobregat.

No le pesaba, cuando daba á sus tropas tiempo de descansar y reponerse, dársele asimismo á los españoles para que se concentrasen en el campamento que desde mucho tiempo antes tenian formado en la ribera del Llobregat, á corta distancia de Barcelona. Si á un contrario temible dicta la razon tratar de dividirlo, la misma razon aconseja, al revés, que se procure tener junto con toda su fuerza á uno mas hábil para huir que para pelear, á fin de acabar con él de un solo golpe. Salió, pues, á campaña el general Saint-Cyr con su cuerpo de ejército y la division de caballería de Chabran, una de las de Duhesme, dejando á su derecha la otra del mismo general con el cargo de seguir guardando á Barcelona. Bastábaule veinte mil hombres para desbaratar á todos cuantos se le pusiesen delante.

Llegado á Barcelona el general Saint-Cyr, resuelve, en vez de quedarse allí encerrado, salir á dar batalla al ejército catalan.

Salí de Barcelona el general Saint-Cyr para acabar con el campamento de los españoles á orillas del Llobregat.

Dic. 1808.

Batalla
de Molins del
Rey
y victoria de
los franceses.

El 20, al caer la tarde, dió vista al Llobregat, cuya orilla fué siguiendo desde Molins del Rey hasta San Feliú. En este último lugar estaban los españoles con algo mas de treinta mil hombres y numerosa artillería, situados en lomas pobladas de árboles; y amparados por el Llobregat, solo vadeable en algunos pocos parajes. El puente de Molins del Rey, por el cual pasa el camino real de Barcelona á Valencia, estaba en buen estado de defensa, con fortificaciones á que era muy difícil llegar. Si los españoles hubiesen tenido buenas tropas, deberian haberse creído bien situados y seguros en tales puntos.

El general Saint-Cyr se manejó para tomarlos con el arte propio de su ciencia y pericia, siendo uno de los primeros tácticos de su siglo. El 21 de diciembre por la mañana situó la division de Chabran delante de Molins del Rey, mandándole plantar allí una batería, como si en aquel lugar hubiese de entrar en formal batalla, y no omitir cosa alguna para persuadir á los españoles de que era aquel el punto por donde real y verdaderamente iba á atacarlos. Mandóle tambien que, cuando viese que habian pasado el Llobregat algo mas abajo las otras columnas de los suyos, se echase impetuosamente sobre el puente, le tomase y pasase á ponerse en el camino de Valencia, que cabalmente caia á la espalda de los españoles. Mientras así disponia de la division de Chabran, envió mas abajo y hácia la izquierda á la de Pino, con órden de vadear el Llobregat por Llors, y mandó ir todavía mas abajo á la de Souham con encargo de pasar por el vado de San Juan Despi el mismo rio. Pasado el Llobregat, habian estas dos divisiones de envolver los puestos ocupados por sus

contrarios, de asaltarlos con desnudo, y de tomarlos. Con este movimiento habrian de ir á caer los españoles sobre la division de Chabran, como habria sucedido, si esta hubiese cumplido las instrucciones que llevaba, y habrian sido hechos prisioneros, sin que pudiese escapar de ellos mas que un número muy corto.

Fué ejecutado puntualmente lo dispuesto por el general Saint-Cyr, á lo menos en una parte. El general Chabran fingió bien, segun le estaba mandado, que iba á atacar á Molins del Rey. Tambien las divisiones de Pino y Souham pasaron el Llobregat por los dos lados que les habian sido indicados, lo cual las puso al mismo pié de los puestos donde estaban situados sus enemigos, dejando á estos ya envueltos. Llegadas delante de aquellos puestos elevados ambas divisiones, comenzaron á subir á ellos con serenidad y firmeza, despreciando un fuego bastante certero, que probaba haber recibido ya alguna instruccion militar aquellas tropas españolas. En el momento de ir á cerrar con ellas los franceses, pasando la segunda linea española formada en columna por los claros que dejaba la primera, maniobra ejecutada con no poca precision, pareció dispuesta á detener á sus enemigos. Pero, al ver caladas las bayonetas francesas, se rompió, y las reservas españolas, no esperando para hacer fuego á que desocupasen aquel terreno los suyos, hicieron á estos mas daño que á sus mismos contrarios. Entonces se dió á huir en confuso desórden toda aquella gente, abandonando su artillería y parque de municiones, y tirando los soldados sus fusiles y mochilas. Si en aquel instante, convirtiendo el general Chabran su ataque de falso en verdadero, segun le estaba mandado, hubiese

Die. 1808.

Resultas
que dá de sí
la batalla
de Molins del
Rey.

tomado á Molins del Rey á tiempo, y desembocado por la espalda de los españoles, ni uno solo de estos habria logrado ponerse en salvo. Verdad es que el general Chabran tomó aquel puesto, pero sobrado tarde para que diese todas las ventajas apetecidas su salida á ocupar el camino de Valencia. Fué, sin embargo, aquella batalla para los españoles una horrorosa derrota que dió al vencedor cincuenta bocas de fuego, una cantidad crecidísima de fusiles echados á tierra por los fugitivos, y sobre mil y doscientos ó mil y quinientos prisioneros hechos por la caballería francesa, entre los cuales estaba el general español Caldagués. Fué la dispersion de los vencidos completa, como lo habia sido en Tudela y Espinosa.

De todo el ejército del general Vives solamente unos quince mil hombres se juntaron en Tarragona, faltos de armas y enteramente decaído el aliento. Desde aquel dia quedó el general Saint-Cyr señor del campo en Cataluña, sin que obstáculo alguno le impidiese pasearla toda ella por cualesquiera lados, haciendo los sitios que juzgase oportuno llevar á ejecucion. Barcelona, sujeta ya, nada podia intentar.

Una plaza fuerte tomada en un sitio hecho en regla, una marcha por demas arrojada y dificultosa por tierra llena de enemigos, dos batallas ganadas, y adquirido un ascendiente decisivo por los franceses, eran las ventajas notables alcanzadas por el ejército del general Saint-Cyr desde el 6 de noviembre hasta el 21 de diciembre; ventajas que compensaban sobradamente algunas dilaciones que tachaban algunos en un general tan hábil. Mas apriesa que él era dable haber obrado, pero mejor no.

Dic. 1808.

Situacion
general de los
franceses en
España á
fines de
diciembre de
1808.

Habian , pues , quedado los franceses , vencida la primera mitad del mes de diciembre , libres para moverse con todo desahogo en Cataluña , ocupados en Aragon en ir preparando el sitio de Zaragoza , y dueños de Asturias y de Castilla la Vieja , donde estaba el mariscal Sault , y asimismo de Castilla la Nueva , ocupada por lo principal del ejército francés , de modo que enviaban partidas de caballería por toda la Mancha hasta la falda de Sierra Morena. Solo les restaba un paso que dar para invadir la parte meridional de la Península , pero , antes de hacerlo , queria Napoleon tener á mano los cuerpos que esperaba , ya para caer sobre los ingleses por la espalda , si se internaban en España por las provincias del Norte , ya para entrarse él por las del Mediodía si el ejército británico se retiraba á Portugal ; alternativa esta última posible y aun muy de creer , atendiendo á las noticias contradictorias dadas por los desertores y prisioneros.

Pero , en las horas mismas en que estaban teniendo cumplido efecto en Cataluña las ventajas alcanzadas por los franceses de que acaba de hablar la presente narracion , habian llegado al Emperador francés los cuerpos que venian marchando á incorporársele , y tambien partes mas circunstanciadas que le daban luz en punto á su situacion. El mariscal Ney habia entrado en Madrid con las divisiones de Marchand y Lagrange (pasada esta última á ser de Maurice-Mathieu por haber quedado herido el que la mandaba.) La de Dessoles , algo atrasada durante algunos dias por haber ido á poner en paz la provincia de Guadalajara , habia dejado en esta misma provincia el regimiento de línea , número 55 , con artillería y una partida de dragones ,

Dic. 1808. hecho lo cual, habia pasado á Madrid siguiendo al sexto cuerpo de ejército. El mariscal Lefebvre, al cual se habia incorporado, como poco antes va aquí dicho, la division polaca de Valence, habia bajado por el puerto de Guadarrama al Escorial, y sido enviado á Talavera, llevando delante la caballeria ligera de Lasalle y los dragones de Milhaud. Tenia, pues, Napoleon juntos en Madrid los cuerpos de ejército de Victor, Ney y Lefebvre, la guardia imperial y las divisiones de dragones de Latour-Maubourg, Lahoussaye y Milhaud, todo lo cual ascendia á unos setenta y cinco mil hombres, capaces de ponerse inmediatamente en marcha. Bastábale esto para dar un golpe decisivo. Algo mas atrás estaban la division de Delaborde llegada ya á Burgos, la de Loison que á ésta seguia, los dragones de Lorge y los de Milhaud, situados aquellos mas allá y estotros mas acá de la capital de Castilla la Vieja, y, por último, el mariscal Soult, venido de vuelta de Asturias al reino de Leon con las divisiones de Merle y Mermet y alguna caballeria. Estaba Napoleon esperando por momentos tener noticias ciertas de los ingleses para tomar respecto á ellos un partido definitivo.

El general sir Juan Moore, á quien no costaba menos trabajo que al mismo Emperador francés saber la verdad en tierra cuyos naturales nada decian á los franceses por ódio, y muy poco á los ingleses por su repugnancia á los extranjeros (1), aun siendo estos auxiliares,

(1) Aquí M. Thiers, si yerra, como hace, yerra fundándose en buenos testimonios, como son los partes y cartas de sir Juan Moore, los escritos históricos y políticos de muchos ingleses, y la preocupacion comun que supone ser grandísimo el odio de los españoles á todos los extranjeros. Pero los ingleses en España, en 1808, eran recibidos, en general, no solamente sin desvio, sino con agasajo y entusiasmo. Fre-

habia venido á parar en resolverse á seguir un plan de campaña. Dándole temor su situacion en medio de ejércitos franceses, y mal satisfecho de sus aliados, á los cuales habia creído llenos de ardor y celo y prontos á darle ayuda, y veia abatidos y consternados sin darle cosa que no fuese á precio de oro, habia dispuesto retirarse, y en efecto se habria retirado, sino se lo hubiesen estorbado ruegos de la Junta central retirada á Sevilla, y mas todavía haber el ministro plenipotenciario inglés en España M. Frère apoyado con intimaciones hasta imperiosas (1) las instancias de la misma Junta. El juicioso general inglés, que, segun va dicho en la narracion presente, habia separádose de su línea de comunicacion con Portugal para ponerse en una que lo fuese con Galicia, y encaminádose á las cercanías del Duero para incorporarse allí á sir David

Dic. 1808.

Los ingleses,
al cabo
de largo
vacilar, to-
man al fin
por partido
ponerse en
marcha
sobre
Valladolid.

cuenta era en muchos pueblos, al entrar ellos en los cafés y fondas é ir á pagar, decirles que estaba pagado el gasto que habian hecho por otros concurrentes, lo cual causaba extrañeza y aun solia ofender á los isleños, no entendiendo una clase de obsequio tan ajeno de sus costumbres. Sus tropas solian ser recibidas con muestras del mayor gozo. Mientras mandó los ejércitos británicos el lord Wellington fué muy bien servido de espías, y á menudo con celo desinteresado. Es verdad que sir Juan Moore encontró menos buen acogimiento que otros de sus compatriotas, porque su entrada y estancia en España coincidieron con sucesos que todo lo trastornaron, infundiendo pavor sumo, y causando increíble desconcierto. Despues, en la retirada del ejército inglés los excesos cometidos por la soldadesca dieron margen á crueles venganzas. Además, sir Juan Moore, entre grandes prendas, tenia los defectos de descontentadizo y desabrido. En Suecia, de donde vino á España, habia tenido grandes desavenencias y altercados con el rey Gustavo. Creia hallar el entusiasmo novelesco que en los españoles suponía la fama, y halló solo realidades, nunca iguales á lo que el entusiasmo promete ó pinta. Se figuraba posible tener en la pobre y desordenada España las conveniencias que abundan en la rica y ordenada Inglaterra. Quería dar á su ejército lo que los españoles no daban á los suyos ni aun veían en los franceses. De ahí sus yerros.

N. DE A. A. G.

(1) Los partes dados por sir Juan Moore publicados por su familia, no pueden dejar duda alguna en este punto.

N. DE M. THIERS

Dic. 1808.

Baird, acababa de variar un tanto su resolución, porque habia determinado ir sobre Valladolid, dándose con esto mas apariencias de amagar á cortar las comunicaciones de los franceses, y sirviendo, por lo mismo, á la causa de los españoles de cierto modo, aunque sin exponerse á no lograr juntarse con sir David Baird, ó á hacer dificultosa su retirada á la Coruña. Una vez resuelto á esto, el general inglés habia marchado de Salamanca hácia Valladolid, dando orden á sir David Baird de venir por Benavente á incorporársele. Pero, no bien habia comenzado este movimiento, cuando, habiendo algunos españoles asesinado á un oficial francés portador de órdenes de Napoleon al mariscal Soult, y vendido por unos cuantos (1) *luis* estos papeles á la caballería inglesa, supo que el mariscal Soult bajaba de Asturias al reino de Leon, á donde llegaría con fuerzas inferiores á las del ejército británico, porque, segun decian los papeles interceptados, solo llevaba consigo entonces el mariscal dos divisiones de infantería, lo cual, con la caballería que le acompañaba, no

Un parte interceptado caido en poder de los ingleses, causa que resuelvan ir sobre el mariscal Soult.

(1) Una de las que mas deben admirar en esta obra de M. Thiers, y quizá en grado superior al de sus atroces injusticias, es cómo se contradice. Anuncia que Napoleon cometió faltas y culpas, y cuando llega el caso de hablar de las que cometió, señaladamente de las segundas, sintiendo cierta especie de pena ó de repugnancia á empañar el lustre de su ídolo, busca disculpas hasta convertir en alabanza lo que debería ser vituperio. Del mismo modo, aunque en contrario sentido, le sucede con los españoles. En general hace de ellos algunos elogios, pero, acalorándose al ver que resistian á sus compatriotas y á su héroe, en cada caso particular no hay linage de infamia ó bajeza que no les atribuya. Así aquí, sobre culparlos de asesinatos los infama como vilmente venales é incapaces de dar un aviso á sus aliados no siendo por el interés del oro. Para completar lo ridiculo de estos denuestos, pues la ridiculez compete en ellos con la insolencia, habla de *luis* en tratos entre ingleses y españoles. Sin duda M. Thiers, como buen francés, cree que las cosas de su tierra deben ser la medida del valor para los de otras. Quizá si escribe una historia griega ó romana, contará por *luis* los talentos ó los *sextercios*.

podria componer arriba de quince mil hombres, cuando los ingleses, junta ya la fuerza principal de su ejército con la de sir David Baird, debian de tener hasta veinte y nueve ó treinta mil. En tal situacion, en que mas debia sir Juan Moore apetecer un encuentro que evitarle, no por eso dejó de resolver, acelerando su union con sir David Baird, hacerla algo mas atrás que lo que habia pensado al principio, y llevarla á efecto, en vez de cerca de Valladolid, en las inmediaciones de Benavente, pasando por Toro, siendo Benavente el lugar á que habia mandado ir al general su subalterno. Ejecutado este movimiento segun le habia ideado, llegó el 18 á Castro-nuevo, y en el mismo dia lo hizo sir David Baird á Benavente. El 20 de diciembre estaban ya juntas en Mayorga todas las fuerzas inglesas, que eran de cerca de veinte y nueve mil hombres, de ellos veinte y cuatro mil de infantería, tres mil de caballería, y dos mil artilleros con cincuenta bocas de fuego; excelente ejército que ya en Portugal habia adquirido la costumbre de medir sus fuerzas con las de los franceses. Sir Juan Moore se dió prisa á escribir al marqués de la Romana, que acababa de salir de Leon con las reliquias del ejército de Blake en busca de un abrigo en Galicia, que no le dejase solo con los franceses al frente, estando, como estaba pronto, á venir con ellos á las manos. El marqués de la Romana, promovido á la sazón al mando superior de los ejércitos españoles, y encargado especialmente del de los de Castilla la Vieja, Leon, Asturias y Galicia, habia llegado á juntar como unos veinte mil hombres faltos absolutamente de todo é incapaces de hacer frente al enemigo, de lo cual ellos mismos estaban convencidos, pues no tenian por en-

Dic. 1808. tonces deseo alguno de encontrarse con los franceses. Por eso los llevaba el marqués por Leon y Astorga hácia Galicia, donde tenia esperanzas de ponerlos de nuevo en órden al amparo de las montañas; amparo mas seguro que en otro tiempo, por ser en lo crudo del invierno. El general inglés, menos pesaroso de verse sin tal apoyo, que asustado de que le fuese estorbo aquella gente fugitiva en los caminos de Galicia, única línea de retirada ya para su ejército, logró del general español, á fuerza de instancias, que se volviese á Leon. Trajo allí, en efecto, el marqués de la Romana cerca de diez mil hombres, los menos faltos de todo, y los que estaban mejor ordenados y mas alentados entre cuantos habian compuesto el ejército de Blake, de que tantas maravillas se habian prometido sus compatriotas. El general español llegó hasta á enviar su vanguardia, compuesta de cinco ó seis mil hombres, á Mansilla, lugar inmediato al rio Ezla.

Adelanta
sir Juan
Moore hácia
Sahagun
yendo al en-
cuentro del
mariscal
Soult.

Junto el general sir Juan Moore con sir David Baird y mandando ya veinte y nueve mil hombres de buenas tropas, á que se habian agregado cerca de diez mil españoles, útiles á lo menos como tropas ligeras, comenzó á ir con paso lento y cauteloso hácia el mariscal Soult, deseoso, y á la par temeroso, de encontrarse con él, pues lo deseaba al pensar cuán corto número de soldados seguia al mariscal, y lo temia al acordarse de cuán crecidas fuerzas tenian en España los franceses y de con qué arte superior sabia Napoleon moverlas. El 21 pasó el general inglés á Sahagun, donde el general Paget, su subalterno, hizo algunos prisioneros á un destacamento de los dragones franceses de Lorge.

El 19 de diciembre supo Napoleon con cabal certeza, por desertores que habian sido del ejército del general Dupont, que el ejército inglés, con una fuerza, segun decian ellos, de entre quince y veinte mil hombres, habia salido de Salamanca para pasar á Valladolid. Al mismo tiempo, partes recibidos de su caballería le enteraron de haber sido hechos prisioneros algunos ingleses delante de Segovia (1), los cuales era de suponer que pertenecian al cuerpo de ejército mandado por el general Hope que se habia visto obligado á dar tantos rodeos para juntarse con sir Juan Moore en Salamanca. Napoleon sabia, ademas, con igual certidumbre que otro ejército inglés habia pasado de la Coruña á Astorga. Suponia, pues, que el ejército inglés podria contar sobre treinta mil hombres, y, al principio, no acertaba á darse á sí mismo razon de sus movimientos, porque hasta entonces le habia creido mas dispuesto á recogerse á Portugal que á echarse sobre la espalda de los franceses. Pero en breve dió con la verdad, coligiendo de su marcha hácia el norte que queria mudar de linea de retirada, haciendo la suya por el camino de la Coruña. Al instante, tomó sobre ello su partido, con la presteza en resolverse y el acierto que eran en él constantes.

Lejos de darle inquietud saber que estaban los ingleses puestos en su linea de operaciones, deseaba verlos mas empeñados todavía que lo que estaban, á fin de

Dic. 1808.

Recibe
aviso Napo-
oleon
por unos
desertores en
el 19 de
diciembre,
de la marcha
de los
ingleses.

Prontitud
y tino de sus
determina-
ciones.

(1) Imposible parece que ignorase Napoleon que la division inglesa de Hope habia estado algunos dias en el Escorial en los últimos de noviembre. Así que es probable que M. Thiers, ignorando esta circunstancia, suponga á su héroe menos bien enterado de la situacion de los ingleses que lo que real y verdaderamente estaba.

Dic. 1808. caer él mismo sobre ellos por la espalda. Ordenó al mariscal Soult y á todos los cuerpos que iban de marcha sobre Burgos ó estaban mas allá , como eran la division de Delaborde del cuerpo de ejército de Junot, y los dragones de Lorge, que se concentrasen entre Carrion y Paiencia , y empleasen el tiempo , no en ir mas adelante, sino en reunirse, porque mas queria él llamar á los ingleses que espantarlos. Por su parte él, haciendo con suma viveza un movimiento por atrás, dispuso pasar el puerto de Guadarrama que está entre el Escorial y Segovia, ó digase á la derecha de Madrid, y arrojarse sobre un costado de los ingleses, si ellos, por fortuna, se internaban en Castilla la Vieja para entrar en batalla con el mariscal Soult. Si, como de ello corria la voz , habian llegado á Valladolid, era posible, yendo con rapidez por el Escorial á Villacastin, Arévalo y Tordesillas, envolverlos y hacerlos prisioneros sin que uno solo escapase. Pero era necesario usar de suma diligencia por aquel lado , y aprovechar el tiempo, que seguia siendo hermosísimo en Madrid y sus cercanias, para ejecutar una operacion tan decisiva.

Maniobra
de Napoleon
dirigida
á envolver á
los ingleses.

Sale
de Madrid el
mariscal
Ney á pasar
el puerto
de Guadar-
rama con las
divisiones
de Marchand
y Maurice-
Mathieu.

Pónese
en marcha
Napoleon
con la
division de
Dessoles, la
de Lapisse
y la guardia
imperial.

Enterado Napoleon de todo el 19 de diciembre, mandó al mariscal Ney ponerse en camino el 20 con dos divisiones , las cuales, sobre la ventaja de llevar á su frente al mariscal, tenian la de ser de las mejores del ejército grande. Habian de agregarse al mariscal Ney en el camino los dragones de Lahoussaye que irian en su busca por Avila. La division de Dessoles y la de Lapisse, esta última sacada del cuerpo de ejército del mariscal Victor, habian de ir en seguida, tan apriesa cuanto lo consentia el estar á la sazón estas tropas en los contornos de Madrid. En caso de confirmarse las

noticias, todavía inciertas, con arreglo á las cuales habia sido resuelto un movimiento de tanta consideracion, tenia proyectado el Emperador francés ponerse él en camino con toda la guardia imperial de á pié y de á caballo y una numerosísima reserva de artillería para juntarse con el mariscal Ney, y acabar con los ingleses, si lograba alcanzarlos. Así, llevaria consigo sobre cuarenta mil hombres, y como el mariscal Soult podia juntar unos veinte mil, sobraba con esto para vencer completamente á los ingleses y hacerlos á todos prisioneros por medio de bien pensadas maniobras.

Napoleon dejó á cargo del mariscal Victor guardar á Madrid y Aranjuez con las divisiones de Ruffin y Villatte, y ademas la alemana de Leval que no habia llevado consigo á Talavera el mariscal Lefebvre. Agregó á estas divisiones la de dragones de Latour-Maubourg, la mas numerosa del ejército. Al mariscal Lefebvre, que tenia bajo su mando en Talavera la lucida division francesa de Sebastiani, y otra polaca muy buena, con la caballería de Lasalle y los dragones de Milhaud, todo lo cual componia doce mil infantes y cuatro mil caballos excelentes, dió orden de ir con la mayor prontitud posible al puente de Almaráz, uno de los del Tajo, y de arrojar de él al ejército de Extremadura echándole hasta mas allá de Trujillo, y quedando así libre de este estorbo para largo tiempo, hecho lo que, habria de irse, como hurtando el cuerpo, por su costado derecho, á caer en el camino de Ciudad-Rodrigo, pasando por Plasencia. Podria ser, en efecto, que los ingleses vencidos, pero no envueltos, escogiesen para retirarse el camino de Portugal, y que entonces se lograra con esta maniobra cortarles por Ciu-

Dic. 1808.

Qué fuerzas quedan en Madrid á guardarla y defenderla.

Movimiento del mariscal Ney dirigido á caer sobre los ingleses por la espalda.

Dic. 1808. dad-Rodrigo la retirada. Por mas de un lado era, pues, probable conseguir que encontrase atajado el camino á la ribera del mar el ejército británico. El español que habia sido de Castaños , retirado á Cuenca , si acaso pensaba en intentar alguna operacion, tenia á su frente al mariscal Victor con las divisiones francesas de Ruffin y Villatte , la alemana de Leval y los dragones de Lahoussaye , fuerza bastante á contenerle. Fuese como fuese , quedaban ademas instrucciones , en virtud de las cuales á la primera señal pidiendo auxilio haria un movimiento retrógrado sobre Aranjuez y Madrid el mariscal Lefebvre.

Napoleon, prevenido así á todo, y mas y mas firme en su opinion en punto á la marcha que se habian propuesto hacer los ingleses, salió en persona nuevamente á campaña el 22 , enviando antes su guardia imperial siguiendo á las divisiones de Dessoles y Lapisse. Reiteró á su hermano la órden de que siguiese residiendo en el sitio Real del Pardo , no juzgando oportuno todavía devolverle á los madrifeños , ni substituir el gobierno civil al militar en la capital de España.

Napoleon , saliendo de Chamartin el 22 por la mañana , atravesó con rapidez por el Escorial (1) y llegó al pié de los montes de Guadarrama cuando la infantería de su guardia iba empezando á subir el puerto. El tiempo, hasta allí hermosísimo, se habia vuelto de pronto horroroso, y esto en los momentos en que habia necesidad de hacer marchas forzadas. Así, ya se mudaba

Pasa el
ejército de
Napoleon el
puerto de
Gua-
durama.

(1) No hubo de pasar por el Escorial, que no está en el camino, pues dista de él dos leguas españolas.

para Napoleon la fortuna; pues, habiéndole dado antes el sol de Austerlitz, ahora le daba la ventisca de Guadarrama, en circunstancias en que no tenia un instante que perder si habia de alcanzar á los ingleses, como si estuviese decretado que Francia, afortunada siempre contra las ligas de toda Europa, no habia de serlo una vez sola contra Inglaterra su implacable enemiga. Viendo Napoleon á la infantería de su guardia arremolinarse á la entrada del puerto, donde asimismo iban á atascarse los carros de su artillería, echó su caballo á galope, y fué á ponerse á la cabeza de la columna, á la cual encontró detenida por la ventisca furiosa. Decia la gente de la tierra que no podia pasarse el puerto sin gravísimo peligro. Poco era todo aquello para detener al vencedor de los Alpes, el cual mandó á los cazadores de á caballo de su guardia apearse y echar delante formados en columna cerrada, y asistidos por buenos guias. Puestos aquellos denodados ginetes delanteros á todo el ejército, pisando la nieve con sus piés y los de sus caballos, abrian camino á los que venian siguiéndolos. El mismo Napoleon subió el puerto á pié entre los cazadores de su guardia, apoyándose, cuando se sentia causado, en el brazo del general Savary. El frio, que en lo riguroso igualaba al de Eylau, no le quitó pasar el puerto de Guadarrama con su guardia. Su intencion primera habia sido ir á pernoctar en Villacastin, pero hubo necesidad de hacerlo en el pueblecillo de el Espinar, donde tuvo por alojamiento una mala casa de posta, de las que hay muchas en España. De las mulas donde iba su equipaje se sacó algo que darle de comer, y él lo partió con sus oficiales, hablando alegremente con ellos de la série de aventuras extraor-

Dic. 1808. dinarias de su carrera , cuyo principio habia sido en la escuela de Brienne , y cuyo fin nadie podia divisar , y tambien quejándose á veces de sus oficiales de caballería , que , habiendo andado reconociendo el terreno entre Valladolid , Segovia y Salamanca durante algunas semanas , no le habian dado parte , á tiempo , de estar cercano el ejército inglés , habiendo sido necesario que unos desertores de Dupont , á quienes trajo allí el acaso , viniesen á enterarle de un hecho tan importante para sus operaciones ulteriores.

Llegada
de Napoleon
á
Villacastin.

Al dia siguiente 23 pasó el Emperador francés con su guardia á Villacastin. Pero puestos ya los franceses al otro lado de la sierra encontraron , en vez de nevadas , lluvias , y , en lugar de hielos duros , lodos espantosos. Se hundian los soldados en las tierras de Castilla la Vieja empapadas en agua como se habian hundido en las de Polonia dos años antes. La infantería iba adelante con trabajo , la artillería de ningun modo. Al dia siguiente 24 no pudo el ejército francés pasar de Arévalo. El mariscal Ney , que con dos divisiones de infantería y los dragones de Lahoussaye iba delantero en la columna , aunque llevaba á los suyos dos dias de anticipacion , no habia podido pasar de Tordesillas.

Llegada
del
Emperador
francés á
Tordesillas.

Cansado Napoleon de esperar , quiso pasar en persona á su vanguardia á dirigir desde allí los movimientos de sus diversos cuerpos de tropas , y se separó de su guardia imperial y de las divisiones de Dessoles y Lapisse que llevaba á su lado , para irse con las avanzadas. Llegado á Tordesillas , puesto al frente de sus cazadores á caballo , el 26 recibió allí un parte del mariscal Soult escrito en Carrion doce horas antes , donde le decia el mismo mariscal haber llegado allí en aquel

dia, procedente de Asturias, y habiendo ido de Potes á Saldaña, y que tenia por su costado izquierdo la division de Delaborde en Paredes y los dragones de Lorge en Frechilla. Añadia que tenia aviso de estar los ingleses entre Sahagun y Villalon, á una marcha de distancia de las tropas francesas. Llevaba consigo el mariscal Soult veinte mil hombres de buena infantería y tres mil de caballería, despues que hubo juntado sus fuerzas con las de los generales Delaborde y Lorge. Estaba, pues, capaz de defenderse, pero no de dar un golpe contundente á los ingleses, á los cuales tenia delante de sí en número de hasta veinte y nueve ó treinta mil soldados.

El parte del mariscal Soult llenó á Napoleon de esperanza y tambien de ansias vivas.—Si los ingleses, respondió al mismo mariscal, se han quedado un dia mas en el puesto donde estaban, perdidos son, porque voy á caerles encima por un costado.—Efectivamente, en aquel mismo dia entraba el mariscal Ney en Medina de Rioseco, y marchaba sobre Valderas y Benavente. Napoleon ordenó al mariscal Soult ir dando alcance á los ingleses y picándoles la retaguardia si se retiraban, pero si, al revés, venian sobre él, hacerse atrás á una marcha de distancia, porque *mientras mas se empeñasen* (decia él) *mejor seria*.

Por desgracia, la fortuna, que tan bien habia servido á Napoleon, no queria darle la satisfaccion de que hiciese prisionero á todo un ejército inglés, á pesar de que merecia tanto triunfo por la habilidad y el atrevimiento con que habia dispuesto sus operaciones. El general sir Juan Moore, que habia llegado el 23 á Sahagun, y estaba disponiéndose á hacer una marcha mas

Dic. 1808.

Va
el mariscal
Soult
al encuentro
de
los ingleses.

Apura la
situacion de
los ingleses
amenazados
de quedar
cogidos entre
el mariscal
Soult
y
el mariscal
Ney.

Aviso
llegado
al general

Dic. 1808.

sir Juan
 Moore,
 por el cual
 resuelve
 levantar el
 campo.

para venir á las manos con el mariscal Soult, á quien esperaba coger de sorpresa, y muy inferior á él en número, habia tenido noticias por dos lados, sabiendo por uno que estaba mandado tener gran cantidad de forraje á disposicion de la caballería francesa en Palencia, y por otro, refiriéndose á aviso recibido de las cercanías del Escorial por el marqués de la Romana, que iban encaminándose á las sierras de Guadarrama columnas muy numerosas, claramente para ir del Mediodia al Norte, ó sea pasar de Castilla la Nueva á la Vieja. Recibidas estas dos noticias el 23 por la noche, habia dado el general inglés contraorden en punto al movimiento que tenia dispuesto hacer sobre Carrion, y se mostraba resuelto á esperar antes de internarse mas por España. Al dia siguiente 24, como creciesen los rumores que anunciaban venir aproximándose numerosas fuerzas francesas, habia temido sir Juan Moore alguna gran maniobra de Napoleon, y al momento se habia resuelto á efectuar su retirada. La habia comenzado el 24 por la tarde, poniendo en marcha su infantería, y continuado el dia siguiente con su caballería y retaguardia. Sir David Baird se habia retirado á las cercanías del Ezla, pasando por la barca de Valencia, y el grueso del ejército inglés á las mismas inmediaciones de aquel rio pasando por el puente de Castro-Gonzalo. Ambos pasos iban á Benavente. Habia el general inglés, al mismo tiempo, rogado al marqués de la Romana que defendiese bien el puente de Mausilla echado sobre el mismo rio, á fin de que no le envolviesen los franceses, lo cual era pedirle que se dejase dar un duro golpe para salvar al ejército inglés. Al levantar sir Juan Moore el campo, tuvo cuidado de escribir al gobierno

español de Sevilla y al suyo de Lóndres, que, si se retiraba, era despues de haber ejecutado una importante maniobra, con la cual habia hecho á la causa de España un gran servicio, pues, llamando á Napoleon hácia el Norte, habia dado un desahogo á la region meridional de la Península, y tiempo á las fuerzas en ella juntas de ponerse en órden y salir otra vez á campaña.

Un modo tan presuntuoso (1) de representar las cosas, nada ordinario en el general sir Juan Moore, nacia en éste del deseo de dorarlo feo de la campaña que estaba condenado á hacer, porque, en verdad, cuando hubo llegado al teatro de las operaciones militares, é ilustrádose Lien en punto al valor de los ejércitos españoles, solo habia pensado en replegarse, primero hácia Portugal y luego hácia Galicia. No habia, pues, propuéstose otro objeto en su movimiento hácia el Norte, que suponía ser una maniobra importante hecha para bien de los españoles, que el de mudar de línea en su retirada, dejando la que llevaba á Oporto para tomar la que iba á la Coruña.

Fuera de esto, el 26 estaba en Benavente, zafado ya de la red en que habia intentado cogerle Napoleon, pues en el mismo dia no habia pasado el mariscal Soult de Carrion, ni el mariscal Ney de Medina de Rioseco. Pasado que hubieron en la noche del 26 y madrugada del 27 los rezagados ingleses, sas equipajes, y

Retírase
sir Juan
Moore sobre
Benavente.

(1) El general sir Juan Moore, que para M. Thiers es un portento de juicio y un modelo de veracidad cuando habla de los españoles, se vuelve presuntuoso cuando tiene él para el historiador francés atrevimiento de decir que ha hecho una maniobra acertada, llamando la atención de Napoleon al norte de España. Y lo bueno es que, segun aparece, tenia razon sir Juan Moore en lo que hizo y dijo.

Dic. 1808. los cuerpos mas atrasados de su caballería, volaron ellos el puente, fábrica del gobierno antiguo de España, hecha en tiempo en que los reyes, asistidos de buenos ministros, ejecutaban obras de utilidad y hermosura. Fué esto materia de grande lástima y no menor disgusto para los españoles.

No pueden llegar los franceses hasta el día 29 á Benavente donde estaban el 27 los ingleses.

Combate con la retaguardia inglesa en el cual cae prisionero el general Lefebvre-Desnoëttes.

Consumido Napoleon de impaciencia de alcanzar á los ingleses, iba en la vanguardia de su ejército con los cazadores de á caballo, pero no pudo llegar hasta el día 28 á Valderas, ni hasta el 29 á las cercanías de Benavente. Sir Juan Moore, que mandaba un ejército, aunque muy firme muy tardo en moverse, é incapaz de pelear sin haber antes comido bien, ó de comer sino llevaba consigo mucho equipaje, habia desperdiciado el día 28 en Benavente haciendo desfilar á su vista los inmensos pertrechos que le servian de embarazo en su marcha. El 29 iba saliendo de la misma Benavente con una retaguardia de tropas ligeras y caballería, cuando acudieron sobre él de Valderas los cazadores de á caballo de la guardia imperial francesa, y á su frente el impetuoso Lefebvre-Desnoëttes, acostumbrado á echarse sobre los españoles sin contar cuántos eran, y á desbaratarlos, fuese cual fuese su número. Llevaba consigo este general cuatro escuadrones de los mismos cazadores á caballo de la guardia. Venia muy hinchado con las recias y constantes lluvias del invierno el Ezla, que corre á corta distancia de Benavente y cuyo puente en Castro-Gonzalo acababa de ser destruido. Lefebvre-Desnoëttes, buscado que hubo un vado y encontrádole, atravesó el rio con sus escuadrones, y arrojándose á galope sobre los ingleses por la espalda, se puso á acuchillarlos. Pero no habia repara-

do en la caballería inglesa, que en gran fuerza estaba junta en la retaguardia de su ejército, y en aquel momento iba saliendo de Benavente cubriendo á los suyos en su retirada. Esta caballería, que constaba de hasta tres mil caballos, revolvió sobre Lefebvre-Desnoëttes casi toda y le rodeó con sus cazadores. No desmayó el general francés, pues embistió con cuantos se le pusieron delante para atajarle en su camino cuando trataba de pasar de vuelta el Ezla, hecho lo cual, se echó á nado con su gente, resuelto á recogerse á la otra orilla, por serle imposible pelear con tres mil ginetes no llevando él arriba de trescientos. Los mas de sus soldados lograron escaparse, pero quedaron de ellos unos treinta ó muertos ó prisioneros, y el mismo general, que se habia lanzado al rio el último de todos los suyos, iba á perecer ahogado, por no poder sostenerle su caballo herido de una bala de fusil, cuando le salvaron la vida dos ingleses haciéndole su cautivo, y llevándosele en seguida delante del general sir Juan Moore, á quien le presentaron como un glorioso trofeo. El general inglés tenia la cortesía natural en personas de naciones grandes y cultas, y así recibió con infinitos miramientos al bizarro general que mandaba la caballería ligera de Napoleón, sentándole á su mesa, y regalándole un sable indio magnífico. El cuerpo de batalla del ejército inglés prosiguió, en tanto, su marcha á Astorga, á donde habia recibido tambien orden de ir sir David Baird por su lado.

Mientras salia de apuros el ejército inglés, volando puentes; el español de la Romana que se portaba como quien guerrea en tierra propia, no habia echado abajo el puente de Mansilla, que está asimismo sobre el Ezla,

Desbarata
completa-
mente
el mariscal
Soult
á la
retaguardia

Dic. 1808. algo delante de Leon, como lo estaba sobre el mismo rio el de Castro-Gonzalo á algun trecho delante de Benavente. Aunque el marqués de la Romana en punto á priesa de huir no tenia menos que los ingleses, habia, con todo, ^qdejado en el puente de Mansilla una retaguardia de hasta tres mil hombres. Este puente estaba en el camino por donde venia procedente de Sabagun el mariscal Soult. El 29, dia mismo en que ocurrió la desgracia del general Lefebvre-Desnoëttes, el general Franceschi, que mandaba la caballeria ligera del mariscal Soult, se echó á galope sobre el puente de Mansilla, cuyo paso se habia cometido el descuido de no atajar, y, arrollando una línea de infanteria que estaba guardando el mismo puente, atravesó por él dando alcance á los fugitivos, embistió y desbarató á otra segunda línea de infanteria apostada en la orilla opuesta, le quitó su artilleria, dejó muertos ó heridos algunos centenares de españoles é hizo mil y quinientos prisioneros, cogiendo muchas piezas de artilleria, á lo cual se siguió ir sobre la misma ciudad de Leon y obligar á los que en ella estaban á desocuparla. Habian, pues, pasado el Ezla los franceses por todos los puntos, y aunque todavia les oponian numerosos y graves obstáculos las montañas de Galicia, cuya entrada está inmediata, pasado Astorga, su ligereza en marchar les daba casi seguridad de alcanzar al ejército inglés si no les faltaba bajo los piés el terreno. Pero seguian las lluvias, y los caminos, destruidos por el paso de ambos ejércitos, el de la Romana y el de sir Juan Moore, podian ponerse intransitables.

Llegado Napoleon á Benavente, no traia allí consigo, por desgracia, el grueso de su fuerza, porque el

española
que habia
dejado en el
puente
de Mansilla
el marqués
de la
Romana.

mariscal Ney, los generales Lapisse y Dessoles, y la guardia imperial, aunque se daban mucha priesa por ir á la par con él, mal podian seguir ni á su persona ni á sus cazadores de á caballo. El 31 de diciembre de 1808 estaba él en Benavente, y el mariscal Soult, que habia tomado el camino de Leon, habia venido á estar mucho mas cerca del enemigo. Napoleon le habia mandado ir dando alcance á los ingleses sin descansar, pero estaban hondísimos los lodazales y los soldados se metian en ellos hasta media pierna.

El 1.º de enero de 1809, año dedicado á ser no *menos fecundo en lances sangrientos que los mas señalados* en el mismo siglo por grandes matanzas, iba el mariscal Bessières delante de Napoleon corriendo con siete ú ocho mil caballos sobre Astorga, mientras se encaminaba al mismo punto por el camino de Leon el general Franceschi, primero de las tropas del mariscal Soult. Llegaron uno y otro á Astorga el mismo dia 1.º al entrar la noche. Nada alcanza á dar idea del desórden que se veia en el camino, y mas todavía en el pueblo. A pesar de las vivas instancias que habia hecho al marqués de la Romana el general sir Juan Moore para que le dejase despejado el camino de Astorga á la Coruña y fuese á encerrarse en Asturias para molestar desde allí á los franceses por su ala derecha, el general español no habia atendido á tales deseos, sino, al revés, ido él tambien á tomar el camino de la Coruña, por ser, en su sentir, mas seguro refugio que el de Asturias el de Galicia, que estaba mas lejana, y mejor amparada por los montes. Habian, pues, venido á concurrir en el camino de Astorga ambos ejércitos inglés y español, tan diferentes uno de otro en costumbres,

Enero 1809.

Llega
Napoleon
á Astorga el
1.º de enero
de 1809.

Horroroso
espectáculo
que
presentaban
á la vista los
caminos
por donde
habian
pasado
retirándose
los ingleses.

Enero 1809.

índole y aspecto, y estaban sirviéndose mutuamente de estorbo, hacinadas al paso sus reliquias. Veíanse, donde quiera, españoles andrajosos parados, no de cansancio, sino de heridas que habían recibido de los *ginetes franceses, é ingleses incapaces de andar y casi todos ellos borrachos*, con un número inmenso de carretas tiradas por bueyes, y cargadas, ya de los harapos de los españoles, ya de los ricos y cuantiosos pertrechos que los ingleses llevaban consigo. Numeroso botín había allí que hacer, pero daba en rostro á los soldados franceses, sobre todo lo demás, el lastimoso espectáculo que ofrecía á la vista una cantidad muy crecida de hermosos caballos muertos á tiros y tendidos en el camino, porque los ingleses, al ver rendidos de cansancio á los que montaban, les disparaban un pistoletazo y seguían retirándose á pié, prefiriendo matar á aquellos animales, sus compañeros en la guerra, á dejarlos para que de ellos se sirviesen sus contrarios. Nunca habrían tenido valor para tal cosa los soldados de caballería franceses. Todas las habitaciones en el camino aparecían destrozadas. Como no encontrasen los ingleses á los naturales de la tierra que atravesaban dispuestos á darles todo cuanto tenían, los llamaban ingratos, y en seguida los robaban y les quemaban las casas, pereciendo ellos mismos con frecuencia borrachos perdidos con el vino de España en las casas incendiadas por sus propias manos.—¡Ingratos nosotros! respondían los desdichados españoles. En defensa de su causa propia han venido y se van sin defendernos.—Los españoles habían llegado á punto de mirar á los soldados franceses casi como á libertadores.

Descontento
de
los españoles
con
los ingleses.

Contristaba mas tal espectáculo en Astorga que en

otros puntos. Era inmensa la cantidad de efectos que dejaban los ingleses. El número de enfermos y rezagados de los mismos habia crecido en proporcion á las distancias que llevaban andadas. No habia producido en ellos el menor efecto una proclama de su general sir Juan Moore, en que, usando éste el lenguaje de la firmeza y del honor, les prohibia merodear, robar y emborracharse, porque, perdiendo el ejército británico con el cansancio y precipitacion de su marcha la disciplina, perdía lo único que le mantiene unido y le hace respetable. No siendo la satisfaccion que habria de causar á los franceses hacerle prisionero, no cabia otra mayor que la de verle trocado de tan arreglado y firme en tan desordenado, abatido, miserable y entregado á enormes excesos.

Napoleon, que iba siguiendo muy de cerca á su vanguardia, entró en persona en Astorga en el dia siguiente 2 de enero. Háblele alcanzado en el camino un correo procedente de Francia, y él, sin demora, habia querido allí mismo enterarse de las noticias que le traía, para lo cual, mandando encender una hoguera de campaña, se habia puesto á leer el contenido de los papeles que acababan de llegarle. Leyó en ellos una noticia de que nunca habia declarado, y era ser probable una gran guerra con Austria al comenzar la primavera. Ya no eran cosa oculta ni la buena amistad del gobierno austriaco con el inglés, disimulada cuando aquel temia descubrir sus proyectos, ni los armamentos de la misma potencia, negados, y aun detenidos, cuando temió que revolviesen de pronto sobre las márgenes del Danubio las tropas del ejército grande de Napoleon, pero continuados ya viendo que tenia el Emperador fran-

Enero 1809.

Indisciplina
y desórden
del ejército
británico en
su retirada.

Recibe
Napoleon
yendo
de camino á
Astorga
noticias de
Francia que
le precisan á
detenerse.

Enero 1809.

cés empeñada en lo interior de la península española la parte mas considerable y mejor de sus fuerzas. Engañábase, con todo, el Austria al suponer que los franceses que habian quedado entre los rios de Elba y Rhin no bastaban para confundirla, de lo cual iba á hacer de allí á poco nueva y terrible experiencia. Pero, desperdiciada la ocasion de estar empeñados los franceses en las cercanías del Vistula, no queria el gobierno de Viena desaprovechar otra en que lo estaban en las inmediaciones del Tajo, y así iba armando, tan á las claras que no cabia ya duda sobre cuáles eran sus intentos. Al mismo tiempo se anublaba el horizonte por el Oriente. Por negociaciones pacíficas era locura lisonjearse de conseguir de los turcos lo prometido á los rusos. Además, la Rusia, si bien constante en ser fiel á la alianza con la Francia, recibiendo por ella el precio estipulado en las provincias linderas del Danubio, y si no ménos firme en insistir con el Austria en sus ruegos de que ésta no expusiese á Europa á nuevas guerras, no mostraba ya, con todo, el anterior entusiasmo en favor de la amistad con el gobierno francés, una vez acabado lo maravilloso en los provechos que de ella esperaba, y tratándose, en vez de lograr á Constantinopla, de adquirir solo á Bucharest y á Jassy. Buenas conquistas eran estas últimas, por cierto, pues, corridos desde entonces acá casi cuarenta años, todavía no es dueño la Rusia de una ni de otra de estas capitales, pero al cabo todo ello no pasaba de ser, segun se creia entonces, una mera realidad, y no, como se deseaba, un prodigio. Seguía repitiendo el gobierno ruso que, si el Austria se declaraba agresora, se juntaria con los franceses para hacerle arrepentirse de su conducta, pero ya

Enero 1809.

no daba muestras de sus afectos con calor tan vivo, y, aun siendo otra cosa, harta ocupacion tendria hácia la parte superior del Danubio para no dejar exclusivamente á cargo de los franceses las operaciones hácia la parte superior del mismo rio, de modo que debia suponer Napoleon que sobre él solo cargaria el trabajo de vencer y confundir al Austria, Alemania é Inglaterra. Erale, pues, forzoso emplear los meses de enero, febrero y marzo en tener prontos para la guerra sus ejércitos de Alemania é Italia. Con tan corto tiempo bastaba para su maravilloso talento de dar á las cosas vida y órden, pero no sobraba. Así, se puso en camino para Astorga pensativo, no pudiendo encubrir lo distraido y ocupado de su pensamiento, lo cual mostraba á punto de dar golpe á cuantos andaban á su lado.

Llegado que hubo á Astorga, varió enteramente de proyectos. Ya se entiende que del de dar alcance á los ingleses picándoles con viveza la retaguardia no desistió, pero, sí, de ir él dirigiendo en persona el alcance. Dejóle á cargo del mariscal Soult, el cual, yendo por el camino de Leon, estaba mas cercano á Astorga que el mariscal Ney que iba por Benavente. Puso á las órdenes del primero de estos mariscales las divisiones de Merle y Mermet que ya estaban con él, y las de Delaborde y Heudelet que componian el cuerpo de ejército de Junot y acababan de incorporársele. La de Bonnet, formada de regimientos provisionales, se habia quedado en Asturias. Pero la division de Merle (antes de Mouton) y la de Mermet, eran ambas sobresalientes. Todo el cuerpo de ejército de Junot habia venido á quedar repartido en las dos divisiones de Delaborde y Heudelet, y estaba muy aguerrido por la

Renuncia
Napoleon
á ir dando
alcance
en persona á
los ingleses,
y deja
el hacerlo á
cargo
del mariscal
Sout
auxiliado por
el mariscal
Ney.

Enero 1809. campaña que últimamente habia hecho en Portugal. La division de Heudelet quedaba algo rezagada, pero la de Delabarde ya se habia incorporado al mariscal Soult, que tenia bajo su inmediato mando tres lucidas divisiones de infantería, cuya fuerza era de cerca de veinte mil hombres. Napoleon le agregó los dragones de Lorge y de Lahousaye, los cuales, juntos con la caballería de Franceschi, componian hasta cuatro mil caballos. Recibido el refuerzo de la division de Heudelet, debia tener el mariscal Soult treinta mil soldados, pero hasta entonces solo contaba veinte y cuatro mil bajo su mando. El mariscal Ney, al frente de las divisiones de Marchand y Maurice-Mathieu, tenia orden de auxiliarle, si se necesitase. Napoleon ordenó al mariscal Soult que persiguiese á los ingleses con ímpetu y teson sin omitir cosa alguna para estorbarles que se embarcasen.

Deja
Napoleon la
division
de Lapisse
en Castilla
la Vieja,
y envia la de
Dessoles á
Madrid,
quedándose
él haciendo
estancia en
Valladolid.

Napoleon mandó en seguida á la division de Dessoles volver hácia Madrid á guardar la misma capital, y desde ella hacer frente á todo evento. Dispuso que se quedase la de Lapisse en Castilla la Vieja para no dejar esta provincia enteramente sin tropas francesas. A la guardia imperial ordenó ir á Benavente, y allí fué él mismo, pasando en seguida á Valladolid, donde trató de establecer su residencia personal para gobernar desde allí los negocios de España y de toda Europa.

En efecto, ya no habia manobra grande que hacer en la obra de ir dando alcance á los ingleses, en la cual solo se necesitaba marchar apriesa, é ir sobre ellos con vigor, de lo que era tan capaz uno de los generales del Emperador francés, cuanto lo era él mismo, particularmente si hubiese sido el mariscal Ney. Pero

éste, por desgracia, estaba demasiado atrás para que pudiese ser puesto principalmente á su cargo el alcance. Lo cierto es que Napoleon, no creyendo ya necesario ir él en persona siguiendo á los ingleses, estimó que mejor estaria establecido en Valladolid, porque en esta ciudad podia dirigir la guerra de España, y estaba en el camino por donde venian los correos de Francia, cuando, si hubiese hecho su estancia en Astorga ó en Lugo, habrian tenido que rodear mas de cien leguas los correos para llegar á él, quien mal podria seguir dirigiendo sus ejércitos en España y estar atendiendo á la par á los de Italia y Alemania. Pasó, pues, á Valladolid con su guardia imperial, á la cual queria acercar al teatro de la nueva guerra en Alemania tanto cuanto él acercaba su propia persona.

Habiendo quedado disuelto el cuerpo de ejército de Junot, á fin de dar mas fuerza al del mariscal Soult, resolvió resarcir al general Junot dándole el mando de las tropas que estaban sitiando á Zaragoza, las cuales en su entender estaban mandadas por el mariscal Moncey con suma flojedad. A este mariscal destinaba á operaciones en el reino de Valencia, tierra que le era ya conocida. El mariscal Lefebvre, al cual estaba ordenado echar á los españoles del puente de Almaraz, y llevárselos por delante hasta Trujillo, habia, en verdad, héchose dueño del puente, pero en seguida habia tenido la singular idea de irse para Ciudad-Rodrigo sin haber recibido orden de hacer tal cosa, y equivocando una indicacion que le habia hecho Napoleon hasta tomarla por una instruccion definitiva. Haciendo este movimiento, habia dejado cortado en dos trozos su cuerpo de ejército por la corriente del Tietar salido de

Enero 1809.

madre, y enviado un trozo á Toledo, mientras en persona con el otro iba sobre Avila. Muy descontento de esto Napoleon habia puesto á las órdenes del estado mayor de José el cuerpo de ejército del mariscal Lefebvre, no pudiendo ya tenerle encomendado á oficial de tan corta capacidad, aunque de tanto valor en un dia de batalla. Quedó, pues, el cuerpo de ejército de que acaba ahora de hablarse aquí repartido entre Madrid, Toledo y Talavera, esperando á que, terminadas las operaciones en la region del Norte de España, pudiese atender á la del Mediodía. Dadas estas disposiciones, se trasladó Napoleon, como poco antes va en esta narracion dicho, á Valladolid, para dedicarse allí á dar nuevo arreglo y órdenes á sus ejércitos de Alemania é Italia, á la par que dirigia á los de España.

Va persiguiendo á los ingleses el mariscal Soult.

El mariscal Soult, con las divisiones de Merle, Mermet y Delaborde, la caballería de Franceschi y los dragones de Lorge y Lahoussaye, se habia puesto á dar alcance al general sir Juan Moore. Por desgracia se habia puesto el camino por donde iba casi intransitable de resultas de recios y continuados aguaceros, y del paso de los dos ejércitos inglés y español. Tropezaban á cada instante los franceses con convoyes de municiones, armas, víveres y enseres de campamento de pertenencia de los ingleses, pero llevados por mozos de mulas españoles, que, al ver relucir los cascos de los dragones del ejército francés, se ponian en huida. También era comun recoger por centenares soldados ingleses rendidos de cansancio ó perdidos de borrachera, que se dejaban sorprender en un estado de absoluta incapacidad de hacer resistencia alguna.

El 31 de diciembre ya habia pasado sir Juan Moo-

re de los llanos, y empezaba á entrar por los montes en Manzanal, distante pocas leguas de Astorga. El día 1.º de enero llegó á Bembibre, donde en balde intentó hacer uso de toda su autoridad para sacar á sus soldados de las bodegas y casas que habian invadido antes que llegasen los dragones franceses. El mismo general inglés habia salido en persona de Bembibre, yendo constantemente en la retaguardia de su ejército con la caballería y la reserva, pero sin lograr que le siguiesen todos los suyos, de los cuales un buen número cayó en manos de sus perseguidores. Acudiendo á todo galope los dragones franceses cayeron sobre una larga hilera de soldados ingleses, casi todos ellos borrachos, y sobre una turba de españoles, ancianos, niños y mujeres, que iban desamparando sus casas sin saber en dónde buscarian asilo, llenos de miedo de sus aliados que huian y los robaban, y de sus contrarios que venian sobre ellos hambrientos, espada en mano, y ajenos de toda contemplacion con poblaciones contra ellos levantadas. Los que tenian valor para quedarse se daban por ello la enhorabuena luego que podian comparar la humanidad de los soldados franceses con la brutalidad de los ingleses, á quienes ningun freno sujetaba, á pesar de los honrosos esfuerzos de su general y oficiales para mantenerlos en buena disciplina.

Llegado á Ponferrada el general sir Juan Moore, tenia que escoger entre el camino de Vigo y el de la Coruña, que ambos iban á parar á hermosísimos puertos, muy propios para que en ellos se embarcase un ejército numeroso. Prefirió el de la Coruña, porque por él necesitaba hacer tres jornadas menos para lle-

Puesto el general sir Juan Moore entre el camino de Vigo y el de la Coruña resuelve echar por este último.

Enero 1809.

gar al punto del propuesto embarque. Habia conseguido del marqués de La Romana que se fuese por el camino de Vigo, que va por Orense, dejando escueto el de la Coruña. Agregó á las tropas del general español tres mil hombres de las suyas ligeras al mando del general Crawford, á los cuales destinó á ocupar á Vigo, por si, algo despues, tuviese él necesidad de revolver hácia allá, y allí embarcarse. Despachó correos sobre correos para pasar á sir Samuel Hood, que mandaba la escuadra inglesa en Vigo, orden de enviar de aquel puerto al de la Coruña todos los transportes ingleses.

Combate
en Pietros
entre
los franceses
y la
retaguardia
inglesa.

El 3 de enero pasó sir Juan Moore á Villafranca. Deseando pararse allí, y dar á las tropas que con él iban algun descanso, resolvió empeñar un combate de retaguardia en Pietros, lugar que está delante de Villafranca, en una posicion militar excelente para defenderse en ella con ventaja.

El camino, pasando por un desfiladero muy angosto, va á dar á un llano abierto, y atraviesa el pueblo de Pietros, para subir luego á un alto cubierto de viñedos, lugar que escogió el general inglés para situar allí en firmes puestos tres mil hombres de á pié, seiscientos de á caballo y una artillería numerosa.

El general Merle con su lucida division, y el general Colbert con su caballería ligera, llegaron al desfiladero, por el cual echaron delante á la infantería para triunfar de la resistencia que allí pudiese oponerse. Pero los ingleses estaban situados mas allá, en la segunda posicion, pasado el llano. Atravesaron, pues, los franceses sin tropiezo por la angostura, y, echando la caballería delante de la columna, arrancó á

Enero 1809.

galope por el llano. En él encontraron una multitud de guerrillas inglesas, y se vieron en la necesidad de esperar á su infantería que, llegando en breve, asimismo se desparramó en guerrillas para hacer á las de sus contrarios retirarse. Impaciente por poner en línea las tropas el general Colbert, estaba ocupado en ir él mismo, situando unas compañías de cazadores de á pié, cuando recibió un balazo de fusil en la frente, y espiró de allí á poco entre bien sentidas muestras de su dolor por verse arrebatado, no á la vida, sino á la brillante carrera que delante de sí veía abierta á sus esfuerzos.

Muere
el general
Colbert en el
combate
de Pietros.

El general Merle, desembocado que hubo en el llano con su infantería, atravesó el pueblecillo de Pietros, y fué en seguida á asaltar los puestos ocupados por los ingleses, enviando á embestir con ellos de frente una columna de bastante fuerza, mientras entrándose por las viñas una nube de guerrillas trataba de envolver por la derecha á sus contrarios. Hecho un fuego vivísimo de fusilería, se retiraron los ingleses dejando en el campo algunos muertos, heridos y prisioneros. Perdieron los franceses en este combate con la retaguardia enemiga como unos cincuenta hombres entre muertos y heridos, pero su pérdida principal fué la del general Colbert, oficial de mérito eminente. No permitieron las tinieblas de la noche á los franceses ir adelante, y los ingleses, aprovechando la oscuridad, desocuparon á Villafranca y pasaron á Lugo, puesto, según decían las gentes, de gran ventaja para la defensiva. Al entrar los franceses en Villafranca encontraron la población toda destrozada por sus contrarios, que habían derribado las puertas de las bodegas, hecho pe-

Enero 1809.

dazos lo que habia en las casas, y bebidoso todo cuanto vino pudieron, habiéndose quedado muchos de ellos metidos en todos los rincones del pueblo, á pesar de reiterados esfuerzos hechos por sus oficiales para llevárselos con los suyos. Cayeron allí prisioneros del ejército que iba en el alcance varios centenares de los fugitivos, con los cuales fué cogida una cantidad no corta de municiones y equipajes.

Continuó en el siguiente dia el alcance sin poder los franceses sacar ventaja en su marcha á los ingleses, á pesar de que excedia mucho en poder para andar la infantería de los primeros á la de los segundos, calidad de que no permitian aprovecharse el mal estado de los caminos y la dificultad de llevar por ellos la artillería. Vivian los soldados franceses de lo que les dejaban los ingleses, despues de dejar robados y reducidos á la desesperacion á sus infelices aliados.

Llegan
á
Lugo ambos
ejércitos
francés é
inglés.

Siguiendo así muy de cerca á sus contrarios, llegaron los franceses el 5 de enero al caer la tarde á dar vista á Lugo, habiendo cogido en el camino mucha artillería y una suma crecida de dinero que habian despeñado los ingleses por los precipicios. Llenáronse los soldados franceses los bolsillos, para lo cual no tuvieron recelo de bajar á los barrancos mas hondos. Asi pudieron hacerse con una cantidad considerable en pesos duros, que montaba cerca de un millon y ochocientos mil francos (sobre 6.840,000 rs. vn.)

Resuelve
el general sir
Juan Moore
pararse
en Lugo y
presentar allí
batalla á
los franceses.

En el dia 5 por la tarde se presentó el ejército inglés formado en batalla delante de Lugo. Sintióse el general sir Juan Moore muy apretado por los franceses, y esperando cada dia tener que venir á las manos con ellos, así como viendo deshacérsele su ejército

en fuerza de la excesiva rapidez con que iba marchando, tomó una resolución que deben tomar con frecuencia quienes van en retirada, y fué pararse en un puesto ventajoso, y en él presentar la batalla á sus contrarios. Con soldados firmes como lo son los ingleses, y situados en lugares excelentes para la defensiva, muchas razones tenia para prometerse alcanzar victoria. Quedando vencedor, alejaba de sí á los franceses por no pocos dias, daba lustre á su retirada con una hazaña gloriosa, volvía á sus soldados el perdido aliento, y podia dar fin en paz á su retirada á la Coruña. Saliendo vencido, solo perdía el llevar de una sola vez todos los males que corría grave peligro de ir llevando uno á uno en su retirada precipitada. Por otra parte, en la guerra, y en los casos en que así lo dicta el sano juicio, debe un general arrostrar una derrota, como deben los soldados arrostrar la muerte. Fuera de esto, era imposible escoger situacion mejor que la de Lugo para llevar á ejecucion semejante designio. La ciudad de Lugo, cercada de murallas antiguas, está asentada en una altura, que por un lado remata en un tajo sobre el cáuce del rio Miño, y por otro tiene por linde un riachuelo hácia el cual va el terreno bajando. Hay en esta cuesta numerosos cercados que facilitan su defensa. En tal campo de batalla formó el general inglés en dos líneas los diez y seis ó diez y siete mil hombres de infantería que aún tenia consigo. Pasó su artillería á su frente y pobló de guerrillas los numerosos cercados que cubrían su posición, por donde era menos difícil asaltarla. Llamó á sí á toda su caballería, que llevaba delante de la infantería desde que habia entrado en tierra quebrada y fragosa, y así

Enero 1809. pudo presentar á sus contrarios cerca de veinte mil hombres, situados á pié firme delante de Lugo. Tantos, y no mas, le quedaban de los veinte y ocho ó veinte y nueve mil que tenia en Sahagun. Habia separado del grueso de su ejército cinco ó seis mil, enviados unos á Vigo y otros hácia la Coruña, y perdido cerca de tres mil en la retirada.

Pasa el mariscal Soult tres dias delante de los puestos ocupados por los ingleses en Lugo sin atacarlos.

Al llegar los franceses á Lugo el 5 al caer de la tarde, apenas divisaban á sus enemigos. Paráronse en frente de ellos en San Juan de Corbo, lugar no menos fuerte que el ocupado por los ingleses, y en el cual podian, sin perderlos de vista, esperar en plena seguridad que se les incorporasen todos los suyos que se habian quedado rezagados.

Al dia siguiente 6, las dos divisiones de Mermet y Delaborde, que iban siguiendo á la de Merle, llegaron á ponerse en línea, pero habiéndose dejado atrás la mitad de su fuerza efectiva, y, con tal cantidad de rezagados, su artillería y sus convoyes de municiones. En estado tal no era posible pensar en atacar á los ingleses, á los cuales eran inferiores sus contrarios en tres cosas, en número, en artillería, y en la calidad del terreno en que habrian de dar la batalla.

Sin embargo, iban por momentos llegando á los franceses sus rezagados y su artillería, así que ya al dia siguiente 7 estaban en mucha mejor situacion para venir á las manos. Pero advirtiéndolo el mariscal Soult lo fuerte de los puestos ocupados por los ingleses, pues por un lado tenian un tajo sobre el Miño, y por el otro una subida muy difícil de tomar, por estar cubierta de numerosos cercados, vaciló, y remitió el pelear al dia siguiente 8. En este último dia tenia ya

juntos casi todos sus recursos, faltándole solo una parte de su artillería, pero como siguiese dándole cuidado la dificultad que había en apoderarse de los puestos ocupados por sus enemigos, todavía difirió la batalla para el otro día, que era el 9, á fin de hacer él por su derecha sobre el costado izquierdo de los ingleses un movimiento de caballería capaz de romperlos.

Mucho presumir de la paciencia de sir Juan Moore era imaginar que, habiendo llegado á Lugo el 5, y pasado allí los días 6, 7 y 8, se atreviese también á pasar el 9. En efecto, el general inglés, habiendo aprovechado tres días enteros para enviar adelante sus equipajes, y la parte de su gente que estaba más cansada, y para restaurar el aliento perdido en sus soldados, así como para volver por el honor de sus armas, con haber en tres días seguidos otras tantas veces ofrecido la batalla á sus contrarios, se creyó dispensado de seguir tentando á la fortuna. Lograda buena parte de las ventajas que se había propuesto conseguir deteniéndose, levantó inmediatamente el campo en la noche del 8 al 9 de enero, teniendo cuidado de dejar encendidas hogueras en su campamento, y una retaguardia crecida para engañar á los franceses.

Estos, al día siguiente 9, advirtieron estar desocupada la posición de Lugo, donde entrando, hicieron numerosas presas en víveres y varios efectos. Cogieron asimismo en Lugo de setecientos á ochocientos prisioneros, que, á pesar de órdenes reiteradas de sus superiores, no habían sabido retirarse á tiempo. Duró poco en el ejército inglés el restablecimiento de la disciplina conseguido por el general sir Juan Moore, porque desde Lugo á Betanzos en los días 9, 10 y 11,

EL FO 1809.

Habiendo esperado sir Juan Moore tres días en Lugo que le ataquen los franceses resuelve, al fin, levantar el campo.

Entrada de los franceses en Lugo.

Enero 1809.

Llegada
del general
sir Juan
Moore á la
Coruña.

Pesar
del general
inglés
al ver que
no hau
podido llegar
todavía
á la Coruña
los
transportes
ingleses.

Previénense
los ingleses á
defenderse
en
la Coruña.

se le dispersaron cuerpos enteros, y los dragones franceses cogieron cerca de dos mil ingleses prisioneros con una cantidad crecida de equipaje. El 11 llegó el general inglés á Betanzos, y salvando al fin los cerros, que, como un cinto, tienen rodeada á la Coruña, bajó á las playas de la hermosa y espaciosa ensenada, en lo hondo de la cual tiene la misma ciudad su asiento. Por desgracia, en vez de descubrir allí la multitud de velas que ver esperaba, divisó unos pocos buques de guerra, buenos, cuando mas, para dar convoy á un ejército, pero no para trasportarle á su bordo. Los vientos hasta entonces contrarios habian impedido que el gran conjunto de transportes subiese de Vigo á la Coruña. Viéndose sin buques sir Juan Moore quedó lleno de cruel ánsia, y el ejército inglés de tristeza. Previnieronse, sin embargo, los ingleses á defenderse en la Coruña, mientras se presentaban los transportes. Corre entre la Coruña y los cerros por donde á ella se llega, un rio de corto caudal, pero ancho, y en su embocadura pantanoso, cuyo nombre es el rio Mero. Tenia encima un puente, que era el de Burgo, el cual volaron los ingleses. Igualmente volaron, con horroroso estampido, que sonó en la ensenada, y la alborotó como un turbion de viento furioso, una cantidad crecidísima de pólvora acopiada por ellos mismos en un almacén situado á buen trecho de las murallas. Hecho esto, situaron las mejores tropas que tenian en el cinto de cerros que rodean á la Coruña. Aunque la primera línea de estos es muy elevada, y podia ser defendida con gran ventaja por estar á larga distancia de la ciudad, corria riesgo de ser envuelta, y así fué abandonada á los franceses, que presurosos venian siguiendo.

Enero 1809.

Situóse, pues, el ejército británico en otros collados no tan altos, y tanto mas vecinos á la Coruña que venian á rematar en la ciudad misma. En la playa juntaron todos los enfermos, heridos y estropeados, con los pertrechos, para embarcarlos sin demora en los pocos buques de guerra, y transportes fondeados desde algun tiempo antes en la ensenada. De este modo se quedó el general sir Juan Moore lleno de cruel perplejidad, esperando una mudanza en el viento, no habiendo la cual, iba á verse reducido á capitular.

Solamente la vanguardia de los franceses era la fuerza que el 11 por la tarde habia venido en seguimiento de los ingleses al puente de Burgo, sobre el rio Mero, y visto volar el mismo puente. Hasta el dia siguiente 12 no se presentaron; primero, la division de Merle, y luego sucesivamente las de Mermet y Delaborde. Detenido el mariscal Soult por el rio, envió á alguna distancia por su izquierda la caballeria de Franceschi á buscar paso por la corriente, el cual llegó al fin á descubrir, pero tal que no era transitable para la artillería. Mandó ir por su derecha algunas tropas á la misma ribera del mar, tratando de plantar allí baterías, cuyas balas llegasen al fondo de la ensenada, y hasta el muelle de la Coruña, lo cual era dificultoso, por distar de allí la ciudad largo trecho.

Obligado el mariscal Soult á habilitar el puente de Burgo, gastó en hacerlo los dias 12 y 13, operacion que habia de dar á sus rezagados y pertrechos tiempo de incorporársele. El 14, habiendo conseguido poner transitable el puente volado, pasó por él parte de sus tropas al otro lado del rio Mero, y traspasando la línea de los cerros mas altos, que le habian abandonado

Llega
el mariscal
Soult
delante de la
Coruña.

Enero 1809.

sus contrarios, vino á situarse en sus vertientes, frontero á otros collados de menos altura y mas cercanos á la Coruña, que estaban ocupados por las fuerzas inglesas. La division de Mermet venia á hacer la punta del ala izquierda de las francesas, la de Merle el centro, y la de Delaborde la derecha, pegada ésta á la misma ensenada de la Coruña, á la cual podian empezar á molestar algunas balas de unas baterias que plantó en la costa.

Nuevas dilaciones del mariscal Soult antes de dar batalla á los ingleses.

Sin embargo, no creyéndose todavía el mariscal Soult con bastante fuerza, pues solo contaba á su mando, á lo mas, diez y ocho mil hombres, cuando los ingleses, aun despues de todo lo que habian perdido, destruido, y hasta embarcado, todavía tenian diez y siete ó diez y ocho mil puestos en batalla, quiso esperar á que se engrosasen sus filas con los rezagados de su gente, y á que se pusiese en línea toda su artillería. Los ingleses, por su parte, estaban aguardando que pareciese á la vista el convoy, el cual tardaba mucho en llegar, causándoles su tardanza la mayor angustia. Llegaron los oficiales principales del ejército británico á proponer á sir Juan Moore que abriese una negociacion á modo de la de Cintra, por donde, como en aquella capitulacion fué permitido á los franceses, pudiesen ellos retirarse, quedando su honor á salvo. Pero como ninguna probabilidad tenian de salvarse, si no les llegaban pronto los transportes, era dudoso que lograsen condiciones satisfactorias de sus contrarios. Por esto el general sir Juan Moore se resistió á toda idea de entrar en tratos, y resolvió fiar su suerte á la fortuna, que, en efecto, le concedió, como muy en breve dirá la narracion presente, la salvacion de su ejér-

cito, si no ya la de su persona, dándole gloria á precio de su vida. Enero 1809.

En los dias 14, 15 y 16 de enero, habiendo mudado el viento, aparecieron sucesivamente centenares de velas en la ensenada, pasando á situarse como apiñados los transportes en las cercanías de los muelles de la Coruña, fuera de tiro de las baterías de los franceses. Bien los veian éstos desde las alturas que ocupaban, y á su vista fué extremado el ardor en los soldados, que con altos clamores pedian se aprovechase el tiempo que aún quedaba para embestir á los ingleses, pues ya iban á escapárseles. El mariscal Soult, llegado el dia 12 á ponerse frente á frente con su enemigo, habia gastado los dias 13, 14 y 15 en mejorarse en sus puestos, en esperar la parte de su gente mas rezagada, y particularmente, en situar en la punta de su ala izquierda, en un puesto por demas ventajoso, una batería de doce piezas, que, cogiendo atravesada á la línea de los ingleses, la enfilaba toda.

El 16 por la mañana, reconocidos por el mariscal definitivamente los puestos ocupados por los ingleses, resolvió hacer una tentativa de pasar mas allá de su línea por un lado hasta envolverla. Estaban numerosas guerrillas de la division de sir David Baird guardando un pueblecito llamado Elvina, situado á la extremidad de la izquierda de los franceses, y de la derecha de los ingleses, en una hondonada que separaba al uno del otro ejército. Al promediar el dia 16, poniéndose en movimiento por órden del mariscal Soult la division francesa de Mermet, fué sobre el pueblecillo de Elvina, mientras una batería de los suyos, tirando por encima de ellos, hacia en toda la extension de la línea

Resuélvese
al fin
el mariscal
Soult
á atacar á
los ingleses.

Batalla
de
la Coruña.

Enero 1809.

contraria horroroso estrago. La division de Mermet llevada adelante con sumo denuedo desalojó del pueblo de Elvina á los ingleses compeliéndolos á cejar. En aquel momento, acudiendo el general sir Juan Moore al campo de batalla resuelto á pelear animosamente antes de reembarcarse, hizo al centro de su línea, compuesto de la division de Hope, adelantarse sobre el pueblo de Elvina á socorrer á sir David Baird, y al mismo tiempo envió á la extremidad de su ala derecha una parte de la division de Fraser á estorbar que envolvese la caballería francesa los puestos ocupados por el ejército británico.

Deja
el mariscal
Soutt
indecisa la
batalla.

Teniendo contra sí la division de Mermet fuerzas superiores, hubo de volver rechazada. Entonces, el general Merle, cuyas tropas formaban el centro del ejército francés, entró en batalla seguido de sus regimientos veteranos. Encarnizóse la pelea, siendo tomado y perdido varias veces el pueblo de Elvina. Cubrióse de gloria el regimiento francés de ligeros, núm. 2, en los repetidos ataques allí dados, y acabó el dia sin quedar con ventaja clara uno ú otro de los ejércitos combatientes. El mariscal Soutt, que tenia á su derecha la division de Delaborde, echando la cual sobre el centro de los ingleses sin duda habria acabado con todos ellos, mandó, sin embargo, cesar la pelea, como si no quisiese poner en empeño lo que le quedaba de sus tropas, y titubeando, segun las apariencias, en punto á pedir á la fortuna demasiados favores contra enemigos que iban á retirarse.

Acabó, pues, la pelea al caer el dia, habiendo sido sangrienta la refriega, en que perdieron los franceses de trescientos á cuatrocientos hombres entre muertos y

heridos, y los ingleses cerca de mil y doscientos por el terrible efecto hecho en ellos por la artillería de los primeros. El general sir Juan Moore, yendo él mismo guiando sus regimientos á lo mas vivo del fuego, recibió un balazo de cañon que le partió el brazo derecho, quebrándole la clavícula. Llevado en unas parihuelas á la Coruña, espiró al entrar en ella, dando así fin á una campaña que podria haber sido trágica para Inglaterra si hubiese sido dirigida con menos acierto. Murió gloriosamente el general británico, muy llorado de su ejército, que, si alguna vez desaprobó su conducta, en todas hacia justicia cabal á su prudencia y firmeza (1). Tambien el general sir David Baird habia quedado mortalmente herido. El general Hope tomó el mando su-

Enero 1809.

Muerte
del general
Sir
Juan Moore.

(1) En la batalla de la Coruña no se atreve M. Thiers á decir que fueron rechazados los franceses, quedando dueños del campo, si bien solo por breves horas, los ingleses; pero al cabo el historiador francés tampoco supone haber alcanzado allí victoria los suyos. Bien es cierto que dice que fué á morir á la Coruña sir Juan Moore, pero no que fué sepultado fuera de sus muros, lo cual descubre que, despues de la pelea, aún señoreaban el terreno de fuera de las puertas de la ciudad los ingleses. Así estos miran á sir Juan Moore, como á un héroe muerto siendo vencedor, al modo que Epaminondas en Mantinea, ó Wolfe en Quebec. La poesía inglesa moderna, tan rica en obras de mérito eminente, cuenta como una de las producciones que mas la honran unos versos compuestos con motivo de la muerte del mismo sir Juan Moore. Y sea lícito citar como prueba del punto á que la vanidad francesa alcanza en cuanto á no confesar glorias adquiridas peleando contra franceses, que, novísimamente, en un periódico de Paris destinado á señoritas jóvenes, entre varios trozos de poesía inglesa, italiana, alemana y aun castellana allí insertos, está la composicion á que acaba de hacerse referencia en la presente nota, y cuyos versos finales son:

We raised not a tomb, we carved not a stone
But we left him alone with his glory.
No alzamos tumba, ni esculpimos losa,
Que solo con su gloria le dejamos.

y que á esta obrilla se pone por título: «Versos á la muerte de un capitán» por no hablar de la gloria de sir Juan Moore, ganada rechazando á los franceses de delante de los muros de la Coruña.

Enero. 1809.

perior del ejército inglés, á cuyo embarque dió principio en aquella misma noche, entrado que se hubo en la Coruña. Bastaban las murallas de esta ciudad (1) á contener á los franceses dando así á los ingleses tiempo de zarpar del puerto.

Resultas de la campaña hecha contra los ingleses en diciembre de 1808 y enero de 1809.

Embarcóse en los dias 17 y 18 el ejército británico, dejando á sus contrarios, ademas de los heridos que le habian cogido en el campo de batalla de la Coruña, algunos enfermos, y otros prisioneros sanos, con crecida cantidad de efectos y pertrechos, habiendo perdido en la campaña hasta cerca de seis mil hombres, y ademas tres mil caballos muertos á manos de los mismos soldados que los montaban, é inmensa cantidad de efectos, pero nada ciertamente en punto al honor de sus armas, aunque, sí, gran parte de la consideracion política que gozaban los ingleses entre los españoles, pues se retiraban con la reputacion de ser, á lo menos por entonces, incapaces de salvar la causa de España.

Causa verdadera de no habersido enteramente destruido el ejército británico.

Si hubiesen sido perseguidos con mas viveza, ó menos favorecidos por la estacion, no habrian salido en salvo de la Península. Andando el tiempo, ha sucedido, como suele suceder, que algunos historiadores, discuriendo, pasados ya los sucesos, combinaciones en que cuando estaban pasando nadie pensaba, han tachado al mariscal Ney, como antes habia sido inculpado el mariscal Soult, de haber dejado embarcarse á los ingleses, á los cuales, segun dicen, habria sido fácil al-

(1) Pues si bastaban á detener á los franceses las murallas de la Coruña y los detuvieron, no se alcanza por qué dió batalla sir Juan Moore para embarcarse. Lo cierto es que por haber sido rechazados los franceses pudo embarcarse el ejército británico.

canzar haciendo prisionero á su ejército todo. Dudoso es, en primer lugar, atendiendo á lo inclemente del tiempo y al pésimo estado de los caminos, que hubiesen podido los franceses marchar con la rapidez necesaria para alcanzarlos, y que el mariscal Soult, cuyas tropas estaban continuamente en accion con su retaguardia, hubiese podido caer sobre ellos de modo que le tuviese de envolverlos. Aunque concedió al mismo mariscal la fortuna haber tenido parados delante de él á sus contrarios tres dias en Lugo y cuatro en la Coruña, para afirmar que fué una falta su vacilacion seria forzoso saber si su infantería, cuyos cuadros al entrar la noche solian llegar solo con la mitad de la gente, estaba suficientemente reunida, y en bastante buen estado su artillería para dar batalla con ventaja á un ejército inglés, igual en número al suyo y situado, siempre que habia llegado á avistarle, en puestos á que era dificultosísimo hasta llegar. Pero si cabe tal duda tratándose del mariscal Soult (1), no hay el menor lugar á tenerla en punto al mariscal Ney, el cual venia á algunas jornadas de distancia del ejército británico. Carece absolutamente de fundamento la suposicion de que podria haber tomado este último mariscal el camino de Orense,

(1) Es de notar cómo intenta M. Thiers culpar la conducta del mariscal Soult, lo cual hace ya solapada, ya desembozadamente, pero con mas frecuencia del primer modo, pues parece una constante censura maliciosa de las operaciones del general francés la relacion de su campaña contra los ingleses que contiene el texto de esta historia. No es exceso de malicia presumir que rivalidades modernas entre el mariscal y el historiador llevan á éste último á mirar con desaprobacion la conducta del primero aun en el ramo militar, y á expresar la misma desaprobacion con cierta maligna cautela. Digase esto como por despique de las muchas malas cosas que atribuye M. Thiers á los españoles, pero aquí el despique algo tendra de justicia.

Enero 1809.

envolviendo á la Coruña por Vigo. Ni el Emperador francés, que estaba por aquellos lugares, ni el mariscal Soult, que estaba facultado á requerir al mariscal Ney que le auxiliase, si de ello hubiese necesidad, imaginaron entonces que pudiese dar tal rodeo el mariscal Ney, quien para darle tendria que haber andado doble terreno que su colega por caminos intransitables, especialmente para la artillería. Y, en efecto, habiendo el mariscal Soult, ya en el 9 de enero cuando iban acabando su retirada los ingleses, manifestado deseo de que fuese sobre Orense la division de Marchand á observar los movimientos del marqués de la Romana y de los tres mil ingleses de Crawford, mandó el mariscal Ney hacer el movimiento solicitado por su compañero al mismo general Marchand, el cual no pudo llevarle á efecto sino con solo una parte de su infantería y sin un cañon siquiera. Ciertamente, si el mariscal Ney hubiese intentado meterse en aquel camino con todo su cuerpo de ejército, en él se habria quedado atollado.

Lo que podia, si, haberse hecho, y no se hizo, era marchar las tropas del mariscal Ney siguiendo á las del mariscal Soult muy de cerca, de manera que bastase con un solo dia para juntarse en uno los dos cuerpos de ejército. Ahora pues, en Lugo donde tuvieron los franceses tres dias de descanso y de tiempo para obrar, y delante de la Coruña, donde tuvieron cuatro, posible les habria sido dar batalla á los ingleses, llevando contra ellos cinco divisiones. El mariscal Ney, puesto por órdenes del cuartel general imperial á las del mariscal Soult, ofreció á éste ir á juntarse con él, y solo recibió de su parte, y ya tarde, un ruego de que le enviase una division de las suyas, cuando ya ésta no

podia servirle de mucho con su llegada (1), siendo ello un ejemplo nuevo entre otros de cuán discordes estaban los pareceres, y de cuánta falta de trabazon habia en las operaciones, cuando faltaba la presencia de Napoleon para dirigirlo todo. En el caso de que va ahora hablando la narracion presente fué la verdadera desdicha y el verdadero yerro no haber ido el Emperador francés en persona dando alcance á los ingleses, y haber dejado á cargo de sus generales unirse para aniquilarlos. Pero le llamaba entonces á otra parte la falta mayor y mas irreparable de su vida, que era la de acometer muchas empresas á un tiempo, pues, cuando deberia haber estado delante de Lugo á acabar allí con los ingleses, se veia precisado á irse á Valladolid á disponerse á hacer frente á los austriacos (2).

(1) *Las circunstancias á que se refiere aquí esta historia están probadas por la correspondencia entre los dos mariscales Soult y Ney.*

N. DE M. THIERS.

(2) Lo que sigue es lo que escribia Napoleon sobre este asunto al ministro de la Guerra del rey de España (*):

Al ministro de la Guerra.

« Valladolid 13 de enero de 1809.

» Por el Boletín vereis que el duque de Dalmacia ha entrado en Lugo el 9, y el 10 debe de haber entrado en Betanzos. Al fin parece que los ingleses tratan de embarcarse en la Coruña. Ya llevan perdidos tres mil prisioneros, sobre veinte piezas de artillería, y de quinientos á seiscientos carros de equipajes y municiones con parte de su tesorería, y tres mil caballos, muertos por sus propias manos, según su rara cos-

(*) Con sentimiento llama el que hace esta traduccion rey de España á José que nunca llegó á serlo ni aun de hecho verdadera y universalmente, pero quiere ser fiel en la verion de esta historia. Y nótese que aquí no es un documento del tiempo el que dá tal título á José, como sucede un renglon mas abajo, pues en tal caso copiar el documento no seria dar por bueno el título del monarca intruso: es, sí, el mismo historiador quien considera á José legitimo soberano de un pueblo que se negaba á admitirle por tal, por estribar su título en actos cuyo vicio confiesa el mismo M. Thiers.

N. DE A. A. G.

Enero 1809.

Propónese
Napoleón
volverse á
París.

Cuáles son
sus planes en
punto á la
prosecucion
de la guerra
de España.

Mas y mas apremiado Napoleon á cada hora por lo urgente de los sucesos que estaban pasando en Austria y Turquía, descubriéndole cercana nueva guerra general, se resolvió hasta á salir de Valladolid y pasar á París, dejando las cosas de España en estado en que bien tenia razon de prometerse ver pronto á toda la Península enteramente sujeta. En efecto, los ingleses se habian visto obligados á recogerse al Océano, y los franceses eran dueños de toda la parte septentrional de

tumbre. Todo me dá esperanzas de que antes de embarcarse serán alcanzados y deshechos. *A veces siento no estar allí yo en persona, pero dista aquel lugar de este mas de cien leguas, lo cual, con las demoras que causan en los correos los bandidos que siguen infestando el terreno por la espalda del ejército, me habria puesto á veinte dias de distancia para las noticias de Paris, y esto me dá cuidado, sobre todo, estando cerca la primavera, en que me temo que haya nuevos sucesos en el continente.* El duque de Elchingen está en segunda línea detrás del duque de Dalmacia: la fuerza de los ingleses es de diez y ocho mil hombres. Puede contarse con que estos han perdido entre cansados, enfermos, prisioneros y ahorcados por los españoles (*) la tercera parte de su ejército, y si á esto se agrega la pérdida de los caballos, con lo cual quedaron inutilizados los soldados de caballería, no creo que puedan presentar en batalla los ingleses arriba de quince mil hombres capaces de pelear, y de mil y quinientos caballos. De esto á los treinta mil hombres que contaba el ejército inglés va mucha distancia.»

Al rey de España.

• Valladolid 41 de enero de 1809.

»Me veo obligado á hacer estancia en Valladolid á fin de recibir mis estafetas de París en cinco dias. Los sucesos de Constantinopla, la situacion actual de Europa y la nueva formacion de nuestros ejércitos de Italia, Turquía y el Rhin exigen que no esté á mayor distancia. *Con mucho pesar mio he tenido que venirme de Astorga.*

»En Madrid hay como unos mil hombres de mi guardia, envídmelos.»

N. DE M. THIERS.

(*) Esta pérdida de los ingleses está abultada, segun se verá aun por el original de esta historia. Pero el hecho de ahorcar los españoles á los ingleses merece ser mas que puesto en duda. Sin embargo, casos ocurrieron en que unos excesos produjeron otros contra aquella gente á la sazón indisciplinada.

N. DE A. A. G.

España, hasta Madrid, estando por otro lado el general Saint-Cyr vencedor en Cataluña. Tenia proyectado Napoleon enviar á Portugal al mariscal Soult con el segundo cuerpo de ejército, en el cual acababa de quedar refundido el del general Junot, dejando al mariscal Ney en las montañas de Galicia y Asturias á reducir definitivamente á la obediencia á tierras tan ásperas y gente tan obstinada; situar al mariscal Bessières con infantería numerosa en las llanuras de ambas Castillas, y, mientras fuese sobre Lisboa el mariscal Soult, que hiciese lo mismo sobre Sevilla por Extremadura el mariscal Victor con tres divisiones y doce regimientos de caballería. Una vez ya apoderado de Lisboa el mariscal Soult, podia despachar una de sus divisiones por Yelves á ayudar al mariscal Victor á sujetar las Andalucías. Rendida Zaragoza, las tropas del cuerpo de ejército antes del mariscal Monecy empleadas en el sitio de la capital de Aragon podrian tomar el camino de Valencia, y completar por aquel lado la conquista de la parte meridional de España. Mientras eran hechos estos movimientos con tanta ciencia combinados, José, situado en Madrid con la division de Dessoles, tercera del cuerpo de ejército de Ney, y enviada de vuelta á la capital de España, y con el cuerpo de ejército del mariscal Lefebvre, compuesto de una division alemana, de otra polaca y de la francesa de Sebastiani, tendria consigo una reserva considerable con que darse á respetar en la capital de su reino, y asimismo con que acudir allí donde hiciese falta su presencia con tales fuerzas. Siguiendo estos planes, en dos meses de operaciones, si no venia á alterar la situacion de las cosas la intervencion de otras potencias europeas, quedaria su-

Enero 1809. jeta la Península, incluso Portugal, sin emplear en sujetarla un soldado mas fuera de los que dentro de ella estaban.

Dáse al ejército francés un mes de descanso antes de pasar á invadir la parte meridional de la Península.

Pero por lo pronto queria Napoleon dar á su ejército un mes entero de descanso, que, empezando á mediados de enero, concluyese al promediar febrero. Esto suponía que habria de durar el sitio de Zaragoza. Mientras corria este plazo, podria reunir sus tropas el mariscal Soult, agregándoles las partes del cuerpo de ejército de Junot que aún no se le habian incorporado, y tambien preparar su artillería; tendrian tiempo las divisiones de Dessoles y Lapisse destinadas á volver á Madrid de llegar allí y descansar, y se pondria la caballería en estado de marchar, quedando así capaz el ejército francés de comenzar sus operaciones en la parte meridional de la Península. La única operacion que habia mandado hacer sin la menor demora Napoleon era que fuese sobre Cuenca el mariscal Victor con las divisiones de Ruffin y Villatte á desbaratar á las reliquias del ejército de Castaños, que, al parecer, trataban de hacer alguna tentativa contra sus enemigos. Las órdenes que dió el Emperador francés fueron en consonancia con los intentos que poco antes van aquí declarados, pues mandó á las tropas del disperso cuerpo de ejército de Junot ir á incorporarse al mariscal Soult, preparar un corto parque de artillería de batir al mariscal Victor para que pudiese derribar las puertas de Sevilla, si esta capital le hacia resistencia, hacer depósitos de caballos para reponer los tiros de la artillería, y que saliesen de Bayona formados en batallones de marcha los conscriptos destinados á completar sus respectivos cuerpos; todo lo cual habia de ser llevado á

efecto en el mes de descanso concedido á las tropas. Enero 1809. Pareciéndole que el general Junot, pasado á suceder al mariscal Moncey en el mando del tercer cuerpo de ejército, y el mariscal Mortier que mandaba el quinto, no seguian con la debida actividad el sitio de Zaragoza, envió al mariscal Lannes, convalecido ya del mal causado por su caída, á encargarse del mando superior de ambos cuerpos de ejército aquí últimamente mencionados, á fin de que se fuese con mas vigor y concierto en la prosecución de un sitio venido á ser una operacion militar en que igualaba lo singular á lo terrible.

Por último, atendió Napoleon á disponer la nueva entrada en Madrid de José. Este príncipe se habia estado hasta entonces en el Pardo, con mucha impaciencia de entrar al fin en la capital de su reino, y sin atreverse á hacerlo ínterin no le autorizase á ello su hermano, á pesar de que todo el vecindario madrileño ánsiaba que entrase, estimando su vuelta prenda segura de un gobierno mas suave, porque con ella habia certeza de ver sustituido muy luego el civil al militar. En efecto, Napoleon en sus cálculos profundos (1) habia intentado que su hermano fuese deseado, y aun habia exigido que le presentasen en los libros de asiento de las parroquias de Madrid pruebas de haber prestado juramento de fidelidad á su hermano todos los vecinos cabezas de familia, diciendo, para motivar tal pretension, que no intentaba él imponer por fuerza á los españoles su hermano para rey, pero que si ellos no le querian por tal, no teniendo razon alguna para guardarles contempla-

Disposiciones para que haga José nueva entrada en Madrid.

(1) No eran tan profundos, pues iban tan errados. Nunca llegó José á ser deseado: al cabo de algunos años logró ser llevado con paciencia y no mas.

Enero 1809.

ciones, los trataria con arreglo á las leyes de la guerra, como á gente cuyo pais habia conquistado. Movidos los madrileños por este temor, y libertados de las influencias enemigas que en ellos excitaban ódio al rey nuevo, habian acudido á las parroquias á prestar sobre los Evangelios juramento de fidelidad á José. Pero este acto, aunque hecho en diciembre, no le habia dado todavía en enero al rey, por ellos deseado, aunque no querido. Por fin, consintió Napoleon en que hiciese José su entrada en la capital de España, pero quiso recibir él antes en Valladolid una diputacion de Madrid que viniese á traerle los libros donde estaban sentados los juramentos prestados en las parroquias. A esta diputacion recibió el Emperador francés con menos ceño que el que habia mostrado al recibir la otra enviada por la misma capital á sus puertas, en diciembre próximo anterior, pero le declaró, en términos muy explícitos, que si se veia obligado José por segunda vez á salir de su capital, ésta seria sujeta á una justicia militar cruda por demas y tremenda. Habia visto Napoleon clarísimamente, por entre la supuesta devocion del pueblo español á la estirpe de los Borbones, asomar las pasiones demagógicas que con fuerza se movian, las cuales para dar muestra de sí tomaban una forma singular, pues aparecia con las señales del realismo mas puro la demagogia mas violenta. En efecto, los españoles, en todo extremados, otra vez habian empezado á hacer muertes atroces para vengar los reveses que sus ejércitos llevaban (1). Tras de los asesinatos hechos en

Duras
providencias

(1) Aquí vuelve á confundir las cosas el historiador. Cabalmente los que así asesinaban eran, con raras excepciones, los mas sinceros y ar-

el marqués de Perales en Madrid, y en D. Benito San Juan en Talavera, habian venido los cometidos en Ciudad Real en D. Juan Duro, canónigo de Toledo, y amigo del príncipe de la Paz, y en Malagon en don Miguel Cayetano Soler, ex-ministro de Hacienda de Cárlos IV. Donde quiera que no estaban los ejércitos franceses temblaban las gentes honradas, no creyendo seguras sus vidas ó haciendas. Resuelto Napoleon á hacer un escarmiento duro en los asesinos, habia mandado prender en Valladolid como unos doce malvados, conocidos por participantes en todos los asesinatos cometidos, y señaladamente en la muerte dada al desdichado general D. Miguel de Ceballos, gobernador que habia sido de Segovia, y hécholos ajusticiar, desestimando instancias aparentes (1) para lograr su perdon, hechas por los principales sugetos del vecindario de

Enero 1809.

de Napoleon
para
contener á la
plebe de los
pueblos
en España.

dientes parciales del sistema antiguo de gobierno en España, en cuanto los consentia su rudeza é ignorancia desear ó aprobar sistema alguno. Esto aparte, fueron atroces los delitos á que la historia presente hace aquí referencia. Pero no es menos atroz la clase de justicia sumaria con que Napoleon, monarca extranjero, trataba de castigar delitos cometidos en tierras donde aun no dominaban sus armas. La crueldad feroz que respiran las cartas de Napoleon citadas á continuacion en esta historia desmiente á los que le atribuyen ser por condicion tierno y humano.

N. DE A. A. G.

(1) Por dónde se sabe haber sido tales instancias aparentes y no mas, difícil es adivinarlo. M. Thiers no tiene un medio de conocer las intenciones. Bien es cierto que Napoleon afirmó, como se verá aquí en seguida, que los de Valladolid tuvieron sumo gusto en ver desestimada su peticion de que perdonase á los presos culpados ó inocentes á quienes no tenia él derecho de castigar. Pero Napoleon pudo engañarse ó querer engañar, porque tampoco él adivinaba lo que los otros sentian y querian. Tal vez su historiador le atribuye el don de saber lo oculto con la prenda de decir siempre lo cierto.

N. DE A. A. G.

Enero 1809. Valladolid (1).—Es necesario, habia escrito repetidas veces á su hermano, que os deis á temer. Aquí me han pedido que indulte á unos pocos bandidos culpados de robos y muertes, pero han tenido gran placer en ver desestimada su peticion, y desde entonces ha vuelto

(1) *Al rey de España.*

« Valladolid 12 do enero de 1809.

»Lo que ha hecho Belliard es cosa excelente. Es preciso ahorcar como á unos veinte bribones. Mañana serán ahorcados aquí, por mi orden, siete, conocidos por haber cometido toda clase de excesos, y cuya presencia tenia afligidas á las gentes honradas que en secreto los han denunciado, y que van cobrando ánimo con verse libertados de tales hombres. En Madrid hay que hacer otro tanto. Si no se sale de unos cien alborotadores y bandidos nada hay logrado. Haced que sean arcabuceados doce ó quince, y que los demas vayan á Francia ó á presidio. Yo en Francia no he tenido paz sino despues de haber preso á unos trescientos alborotadores, asesinos de setiembre y malhechores, y enviádoslos á las colonias. Desde entonces se ha mudado el espíritu en la capital como se muda á un silbido una decoracion.»

Al rey de España.

« Valladolid 16 de enero de 1809.

»La sala de Alcaldes de Madrid ha absuelto ó condenado solo á prision á los treinta bribones presos por orden del general Belliard: Es preciso que los juzgue otra vez un consejo de guerra y que sean arcabuceados los culpados. Dad al momento orden de que sean trasladados á Burgos los que han sido del Consejo supremo de la Inquisicion (*) y del de Castilla con los cien bribones presos por mandado de Belliard.

»Las cinco sextas partes de los vecinos de Madrid son buenas, pero es necesario dar aliento á la gente honrada, y esto no se logra contemplando á la canalla. Aquí han hecho un empeño no creible para lograr el indulto de los bandidos condenados á muerte, pero yo me he negado á concederle y he mandado ahorcarlos, y despues he sabido que allí en sus adentros los suplicantes se han alegrado de no haber sido atendidos. Creo necesario, particularmente en los primeros momentos, que vuestro gobierno dé muestras de algun vigor contra la canalla. Esta solo quiere y estima á aquellos á quienes teme, y solo el ser temidos de la canalla puede daros á querer y estimar á toda la nacion.»

N. DE M. THIERS.

(*) Rara confusion de ideas, y no menos raro modo de proceder era revolver á los consejeros con los supuestos malhechores. Pero mas raro es que tales desvarios parezcan aciertos, y tales injusticias justicia al autor de la presente historia. Para M. Thiers es un Alcoran, y mas, si cabe, todo cuanto Napoleon dice ó escribe.

N. DE A. A. G.

á estar todo en paz y órden. Sed justo y fuerte á la par, y en igual grado ambas cosas, si quereis gobernar.—Napoleon habia exigido ademas que fuesen presos en Madrid como unos cien malhechores culpados de muertes hechas en franceses porque eran extranjeros (1), y en españoles por reputarlos traidores, y mandado que algunos de ellos fuesen arcabuceados, queriendo, por otra parte, que tales actos le fuesen imputados únicamente para que como por encima de la conocida muchedumbre del rey nuevo asomase tremendo á los malvados el terror que infundia el vencedor de Europa.

Dadas estas órdenes, salió Napoleon de Valladolid resuelto á atravesar el trecho que dista de aquella ciudad la de Burgos en posta á la ligera para ganar tiempo, por correrle suma prisa llegar á París. Habiéndole felicitado su hermano en el dia de año nuevo,

Sale
Napoleon de
Valladolid
el 17 de
enero.

(1) Cansa leer tantos y tan repetidos discursos sobre el odio de los españoles á los extranjeros, y mas cansa é irrita ver atribuido á este odio ciego y general la furia y el encono del pueblo español en 1808 con los franceses que los habian ofendido en todo cuanto los hombres aprecian y aman. Que hubo excesos vituperables en el modo de satisfacer esta pasion violenta é intensa mal se puede negar, pero la pasion misma nacia de justo motivo. No era puramente á extranjeros, por serlo, á los que se mostraban tan terribles enemigos los españoles, era, sí, á extranjeros que, entrados en España como huéspedes, y en calidad de tales cariñosamente recibidos, habian aspirado á ser señores y se habian vuelto y se mostraban, al ver resistida su pretension, crueles contrarios; era á los celosos secuaces y ejecutores de las órdenes de un hombre que con ser por otro lado tan grande, habia procedido contra los príncipes y el pueblo de España con una horrible mezcla de violencia y dolo.

Pero como la preocupacion vulgar á que cede aquí M. Thiers no es de él solo ni de los franceses, sino muy general, conviene hacer sobre ella algunas breves reflexiones.

Es falso, y de serlo da fé la historia, que tengan los españoles mucha mayor repugnancia á ser gobernados por extranjeros que otros pueblos. De origen extranjero y nacido fuera de España era el emperador Carlos V, y, no obstante las guerras de las Comunidades, fué al fin muy amado en España. Francés era Felipe V, y cuando él vino á reinar en España llevaba ésta mas de un siglo de ser acérrima y constante enemiga de Francia, y, sin embargo, fué amado de los castellanos con extremo, pues le sostuvieron en el trono á costa de grandes sacrificios

Enero 1809.

Qué escribe
á José sobre
el año de
1809.

en los términos siguientes: «Ruego á Vuestra Majestad
»reciba grato la expresion de mi deseo de que en todo
»el año que hoy entra, pacificada Europa por obra
»vuestra, haga la justicia debida á vuestras intencio-
»nes»... Respondió él: «Os doy gracias por lo que me
»decís, deseándome felicidades en el año nuevo. No
»tengo yo esperanza de que pueda estar pacificada Eu-
»ropa en el término del año que entra. Tan corta es
»mi esperanza de ello, que acabo de dar un decreto
»levantando cien mil hombres mas. El ódio de la In-
»glaterra, los sucesos de Constantinopla, en suma,
»todo me pronostica que aún no es llegada la hora de
»paz y sosiego.» Estaban como vaticinadas en estas
desabridas y melancólicas palabras, las terribles jor-
nadas de Essling y Wagram. Napoleon salió de Valla-
dolid el 17 de enero por la mañana, seguido de algunos
de sus ayudantes de campaña, y escoltado por varias

contra una liga poderosa. Por amor al mismo rey francés hizo el pueblo madrileño con el archiduque Carlos, pretendiente al trono, demostraciones de aversion iguales á las hechas en la primera entrada de José Napoleon en la capital de España. Entretanto la corona de Aragon mostraba igual celo sustentando la causa del archiduque, extranjero asimismo. Si de reyes pasamos á ministros y generales, los españoles los han tenido de fuera de su patria, á los cuales han estimado y respetado sobremanera. El duque de Saboya mandó en la batalla de San Quintin; Alejandro Farnesio, duque de Parma, estuvo al frente de las tropas españolas en Flandes; el genovés Ambrosio Spinola es celebrado por nuestros historiadores y poetas del siglo décimoséptimo, y era querido de las tropas españolas que mandaba. A principios del siglo décimo octavo tuvieron el puesto de primeros ministros el italiano Alberoni y el holandés Ripperda. Despues fueron ministros de Fernando VI el semi-irlandés Wall, y de Carlos III el genovés Grimaldi. Hoy está España contando entre los héroes de su armada al siciliano Gravina. Los extranjeros franceses, tan maltratados por los españoles durante la guerra de la independencia, habiau sido en 1807 y principios de 1808 recibidos en España con agasajo amoroso, por creerse que venian como amigos del príncipe de Asturias. Los mismos franceses, invadiendo á España en 1823, encontraron en la parte mas numerosa del pueblo español amigos que celebraron su venida. Los ingleses en 1812 fueron recibidos en Madrid con arrebatos de entusiasmo. Estos son hechos innegables.

partidas de la guardia imperial apostadas en el camino de Valladolid á Bayona. Viajó toda esta distancia á caballo. Por donde pasaba esparció la voz de que volveria dentro de veinte dias, y aun lo dijo así á José, prometiéndole estar de vuelta antes de pasarse un mes si no veia próxima la guerra con Austria.

José, conseguido de su hermano el permiso de pasar á establecer su cóрте en Madrid, hizo preparativos para su entrada solemne en la misma capital. Gustaba, como los demas hermanos del Emperador francés, del aparato, por estar ellos reducidos á buscar en pompas exteriores lo que él tenia en su propia gloria. José estaba falto de dinero y habia conseguido de Napoleon que le diese cerca de ocho millones de reales (dos millones de francos) en numerario, cuyo importe se sacaria del producto de las lanas confiscadas, parte del cual tocaba percibir á la tesorería de España. Napoleon se habia hecho con esta suma, mandando acuñar como moneda española gran parte de la plata labrada cogida en las casas de los señores principales, cuyos bienes, como de traidores, habia él secuestrado. Con todo eso, José deseaba hacer su nueva entrada en su capital bajo los auspicios de alguna ventaja de lustre alcanzada por los suyos. Haber sido arrojados fuera del territorio español los ingleses de resultas de la batalla de la Coruña, de la cual se decia haberles sido funesta, era ya un lance de la guerra de mucho brillo, y propio para quitar á los españoles toda confianza en los auxilios de la Gran Bretaña. Pero se estaba esperando de un dia á otro algun triunfo del mariscal Victor sobre las reliquias del ejército de Castaños recogidas cerca de Cuenca, y José lo dispuso todo para entrar él en Madrid no bien

Autorizado José por Napoleon á entrar de nuevo en Madrid, espera á ver antes las resultas de las operaciones del mariscal Victor contra el ejército de Castaños, que estaba refugiado en Cuenca y sus cercanias.

Enero 1809. hubiese sabido de alguna ventaja conseguida por aquella parte. La toma de Zaragoza habria sido el suceso mas feliz entre cuantos podian llegar á su noticia, pero no daba esperanzas de lograr todavía tal felicidad la singular obstinacion de aquella ciudad en defenderse.

Vá sobre
Cuenca
el mariscal
Victor.

Efectivamente, habia ido el mariscal Victor con las divisiones de Villatte y Ruffin hácia las riberas del Tajo, no bien la llegada de la division de Dessoles hubo consentido distraer de la misma capital algunos cuerpos de los que en ella estaban. Habíase encaminado por su izquierda á Tarancon para salir al encuentro á los españoles que se habian puesto en movimiento y venian de Cuenca. El motivo de tomar así en cierto modo la ofensiva el ejército antes de Castaños, pasado, cuando éste cayó en desgracia, al mando de la Peña, y posteriormente al del duque del Infantado, es el siguiente.

Motivos
del movi-
miento
ofensivo
hecho por las
tropas
españolas
refugiadas
en Cuenca.

Cuando asustado el general sir Juan Moore del paso arrojado que iba á dar, se habia hecho adelante por el camino de Burgos para amagar, segun él decia, á cortar las comunicaciones de sus contrarios, pero, en realidad de verdad, para acercarse al camino de la Coruña, habia tenido miedo de ver caer sobre él juntas todas las fuerzas de Napoleon, y solicitado por lo mismo que los ejércitos españoles de las provincias meridionales amenazasen ir sobre Madrid para llamar á aquellos lugares la atencion de los franceses. La Junta central, incapaz de mandar, y que solamente sabia transmitir de uno á otro punto las instancias que se hacian los ejércitos de los levantados pidiéndose auxilio, habia hostigado al ejército refugiado á Cuenca y sus inmediaciones para que hiciese algun movimiento de la clase de los que el general inglés indicaba. El duque del In-

fantado , constante en ser desdichado en la guerra , así como lo era en la política , se habia dado priesa á echar delante de Cuenca y por el camino de Aranjuez una buena parte de sus fuerzas. Aunque, al tomar el mando del ejército de manos del general la Peña , le habia encontrado reducido á solos ocho ó nueve mil soldados llenos de indisciplina y desmayo, habia conseguido restablecer entre ellos el órden hasta cierto punto, é ir sucesivamente aumentando el número de sus tropas, primero con dispersos que se le habian incorporado , y despues con refuerzos que le habian venido de Granada, Murcia y Valencia , con lo cual habia llegado á contar á sus órdenes hasta unos veinte mil hombres. Apretado por órdenes que recibia de la Junta central , habia enviado catorce ó quince mil hombres á Uclés , pueblo situado en el camino de Tarancon. Habia encomendado el mando de esta fuerza , que era la principal , con mucho , de su ejército , al general Venegas , que en la retirada hecha por Calatayud habia dado muestras de ser hasta cierto punto alentado. Proponíase el duque seguir á Venegas con cinco ó seis mil hombres.

El mariscal Victor, que por haber vuelto á Madrid la division de Dessoles podia disponer de la de Ruffin, habia enviado á ésta en derechura á Aranjuez á juntarse con la de Villatte, que ya, acompañada de los dragones de Latour-Maubourg , estaba en las mismas orillas del Tajo. El 12 de enero adelantó á Tarancon sus dos divisiones de infantería y sus dragones, lo cual compondria una fuerza como de doce mil hombres de las mejores tropas de Europa, capaces de desbaratar á un número de españoles triple ó cuádruple de aquel que iba á ponersele delante.

Enero 1809.

Maniobra
del mariscal
Victor para
en volver á
los españoles
en
sus puestos
junto
á Uclés.

Batalla
de Uclés.

Sabedor el mismo mariscal de que estaban esperándole en Uclés los españoles situados en puestos bastante fuertes, tuvo la idea de oponerles solamente los dragones de Latour-Maubourg y la division de Villatte, que bien bastaban para moverlos del lugar donde estaban, y de dar él mismo por su izquierda con la division de Ruffin un rodeo por la sierra de Alcázar, yendo por allí á cortarles la retirada, de suerte que no pudiesen escapársele.

El 13 por la mañana fué denodadamente sobre Uclés la division del general Villatte. Consistia la posicion tomada por los españoles en dos picos de bastante elevacion, entre los cuales está situado el pueblo de Uclés, al cual tenian pegado su centro, apoyando en ambos picos sus alas. Echóse á ellos impetuosamente el general Villatte con sus regimientos veteranos y los desalojó de todos los puntos en que estaban situados. Mientras por la izquierda de los franceses el regimiento de ligeros, número 27, desbarataba el ala derecha de sus contrarios, por el centro el de línea, número 63, tomaba á Uclés por asalto matando allí cerca de dos mil que le defendian, y á los frailes de un convento que habian hecho fuego á las tropas francesas. Por la derecha de éstas los regimientos de línea, números 94 y 95, maniobrando para envolver á los españoles, iban obligándolos á retirarse hácia Carrascosa, donde estaba esperándolos la division de Ruffin en las cañadas de la sierra de Alcázar. En efecto, huyendo los malaventurados vencidos con gran priesa hácia la sierra, tropezaron con la division de Ruffin que sobre ellos venia por una cañada angosta. Al momento se pararon y situaron como gente resuelta á defenderse con esfuerzo, pero, viéndose

Enero 1809.

embestidos de frente por los regimientos, número 9 de ligeros y número 96 de línea, y por el costado por el número 24 de esta última arma, hubieron de rendir las suyas. Parte de ellos intentó meterse por la cañada de donde habia desembocado la division de Ruffin, y ya iba á ponerse en salvo por aquel lugar ocupado solamente por la artillería del general Senarmont, la cual se habia quedado atrás por lo malo de los caminos. Podia esta artillería haber sido tomada por los fugitivos, pero el general que la mandaba, siempre resuelto y entendido como se habia acreditado de serlo en Friedland, discurrió formar sus piezas en cuadro, y, disparando por todos lados, logró detener á la columna que venia huyendo, y echarla con esto contra las bayonetas de la division de Ruffin. Cerca de trece mil hombres se entregaron prisioneros de resultas de tan brillante operacion, dejando en poder de los franceses treinta banderas con gran cantidad de artillería.

Brillantes
resultas de
la batalla de
Uclés.

Sin desperdiciar un momento fué sobre Cuenca el mariscal Victor á alcanzar á lo poco que restaba del ejército del duque del Infantado. Pero éste habia huido apresuradamente por el camino de Valencia, dejando en poder de los vencedores heridos, enfermos y pertrechos. Los dragones franceses cogieron las reliquias de aquel ejército, y acuchillaron á algunos centenares de él en la fuga.

Conseguida esta victoria, debia haber sosiego en Madrid para largo tiempo, siendo ademas prueba el suceso de Uclés de que costaria poco trabajo invadir la parte meridional de la Península. En esto, con todo, no podia pensarse por entonces, pues antes era forzoso que se estableciese José en Madrid, que descan-

Sabidas
la batalla de
la Coruña y
la de Uclés
se resuelve,
al fin, José
á hacer
su entrada
en Madrid.

Enero 1809. sase el ejército francés, y que se rindiese Zaragoza. Ya eran de todos completamente sabidos los sucesos de la Coruña, y que se habían retirado desordenados los ingleses, abandonados sus pertrechos y efectos, y habiendo perdido, ó en los caminos ó en el campo de batalla, la cuarta parte de su fuerza efectiva, sus principales oficiales, y el general que los mandaba. Haber sido hecho prisionero en Uclés todo un ejército español, triunfo verdaderamente igual al de Bailen (1), si pudiese haber tenido el mismo efecto el apresamiento de un ejército español que el de uno francés, era un nuevo trofeo muy propio para dar realce á la entrada del rey José en Madrid. Napoleon habia declarado ser su voluntad que fuese en cierto modo triunfal esta entrada. Habia puesto

(1) Mal cabe en los límites de una nota refutar de un modo cabal cuanto en el párrafo que antecede de la presente historia está contenido. Si la victoria de los franceses en Ucles fué grande y completa, lo cual no se pretende aquí negar, comparar tal jornada con la de Bailen solo parece posible en persona cuya cabeza, exaltada por la desabrida memoria de un gran revés padecido por los suyos, está en un estado de delirio real y verdadera. La batalla de Bailen arrojó á los franceses desde las riberas del Guadalquivir á las del Ebro; la de Uclés no dió á los vencedores dos palmos de terreno mas que lo que antes ocupaban. En aquella hubo de capitular un ejército entero, del cual se entregó prisionera una parte, que casi era la mitad, y la otra depositó las armas, y se obligó á desocupar las Andalucías: en estotra, tropas, que ciertamente componian la parte con mucho mas numerosa del ejército á que correspondian, envueltas por fuerzas contrarias muy superiores á ellas en calidad, dándose á huir, fueron cercadas, acuchilladas y perseguidas, viniendo á caer, si no todas ellas, casi su total en poder de sus contrarios. Pero de Bailen ni un solo francés se escapó salvo; y de Uclés el general Venegas que mandaba, con otros muchos, no fué prisionero, sin contar con que el duque del Infantado, á cuyo cargo estaba el mando superior del ejército que peleó, no tuvo con los suyos la suerte que cupo á Vedel y Dufour cerca de Guarroman. Bailen es nombre inmortal en la historia del mundo: á Uclés solo se le da haber sido teatro de una victoria de las muchas que se alcanzan en la guerra con mediano lustre y pocas resultas.

Esto en cuanto á la batalla de Uclés. De la entrada de José en Madrid, conseguido que hubieron su triunfo los franceses, y de las cosas que hizo Napoleon para preparar esta entrada, bien puede afirmarse que carecieron de la importancia que M. Thiers les atribuye. El juramento mandado prestar á José en las parroquias era acto forzado y

en asistencia de su hermano las divisiones de Dessoles y de Sebastiani para que el nuevo rey llevase consigo las tropas mas lucidas del ejército francés, y apareciese en medio de los españoles rodeado de las legiones veteranas que habian vencido á Europa entera.—*Les habia enviado corderos*, dijo con este motivo, y refiriéndose á los soldados de Dupont, nuevos y jóvenes todavía, y *los han devorado, y ahora les envio lobos (1) que á su vez los devoren*.— Al frente de tan terribles soldados entró José en Madrid el 22 de enero, entre repiques de campanas y salvas de artillería, presenciándolo los moradores de la capital de España, sumisos ya por la victoria de los franceses, casi resignados á obedecer al rey nuevo, y, si bien siempre lastimados en su alma, casi prefi-

Enero 1809.

Hace
su entrada
en Madrid
José el 22 de
enero.

cuya nulidad estaba patente. Si algunos servidores del rey intruso miraban como cuestion de gravedad y empeño que tuviese José mas ó menos independencia del poder de su hermano, lo general de los españoles le suponía dependiente á punto de ser siervo sumiso, y consideraba que la guerra pendiente era por si habia España de ser independiente ó de obedecer á un déspota extranjero. Es verdad que no fué José recibido en Madrid en febrero de 1809 como lo habia sido en julio de 1808, pero porque se mostrasen menores con él la indiferencia ó la aversion del pueblo no dejaban de existir el odio y la esperanza, si bien no con la vehemencia que antes. El trato dado á los numerosos prisioneros de Uclés probó como pensaban y sentian los madrileños, que acudian en turbas al Retiro donde estaban encerrados, á verlos, consolarlos y agasajarlos, despreciando el peligro de que se les comunicasen unas calenturas pestilentes que entre ellos hacian estragos, y que hubieron de cundir en la desdichada capital de España acabando con muchas vidas. Ni fué el desaliento, con ser grande, tanto cuanto debia. Entonces mismo solian venirse de Madrid á Sevilla á servir al gobierno legitimo, bajo cuya potestad no habian podido antes venir á ponerse, varios personajes de nota. Sea lícito á quien esto escribe citar á sus dos tíos carnales don Vicente y don Antonio Alcalá Galiano, tesorero general aquel y estotro alcalde de Casa y Córte, que salieron de Madrid en febrero de 1809 y merecieron por ello ser los primeros en una lista de proscriptos que hizo José de allí á pocos meses.

N. DE A. A. G.

(1) La calificacion de lobos no es mala y puede aceptarla un buen español: no así la de corderos á los que saquearon á Córdoba.

N. DE A. A. G.

Enero 1809.

riendo la dominacion extranjera á la de la plebe sanguinaria que pocos dias antes habia asesinado al infeliz marqués de Perales. Solo esta gente seguia irritada y era todavia de temer. Pero acababan de ser presos como unos ciento de sus cabezas ó capataces de los mas conocidos por sus delitos, y en el Retiro, haciendo frente á Madrid, iba levantándose una obra de fortificacion formidable, poblada de artillería, y capaz de reducir en el término de pocas horas á pavesas y polvo toda la capital de España. Fué, pues, recibido José con sumas consideraciones, y hasta con cierta satisfaccion por el gran número de habitantes pacíficos, aunque con rabia concentrada por la ínfima plebe que se sentia destronada al ver establecerse un gobierno arreglado, sintiendo mas ver caido su poder que el de Fernando VII. Pasó José á su palacio, donde vinieron á presentársele las autoridades civiles y militares de Madrid, una diputacion del clero y los grandes de España y otros señores principales que no habian querido ó no habian podido salir de la misma capital conquistada. Tanto pasaba José por ser protector de los españoles con el conquistador, que habia dejado caer sobre estos su brazo tremendo, que no era reputado delito ir á presentarse ante él. Pero allá en lo interior; tanto avasalla la gloria! habia mas propension á mirar con mejor afecto, si algo lo merecia de los españoles en la córte del emperador francés, la aterradora grandeza de Napoleon que la indulgente debilidad de José, siendo esta última solo el pretexto, y aquella el motivo real y verdadero que traia á muchos á hacer obsequios y rendimientos á las plantas del nuevo monarca.

Vióse, pues, José con bastante séquito en su pa-

lacio para creerse bien sentado en su trono. Aceptó de él un empleo el célebre don Tomás de Morla. Hubo quienes viniesen á rogarle que aliviase el peso de ciertas condenas. Llegáronle de Sevilla algunos avisos de que no era imposible que viniesen con él á tratos los españoles de Andalucía, porque, aún sin contar con que la Junta Central (1) por su modo de gobernar habia caído en el último grado de desprecio, este gobierno habia perdido al presidente que únicamente le daba algun lustre, habiendo fallecido el ilustre conde de Floridablanca. A quien no era sabedor de los arcanos del destino lícito, era engañarse en punto á la suerte de la dinastía nueva, puesta por fuerza en el sólio español, pudiendo creerse de ella que iba comenzando á asentarse al modo que las de Holanda, Nápoles y Westfalia.

(1) Aquí no se sabe qué es mas, si la audacia en el insulto ó la ignorancia de las cosas de España que muestra esta historia. Nunca la Junta Central, en la cual hubo mucho bueno y malo, así en su composición como en sus hechos, gobernó mejor que en el periodo corrido desde enero de 1809 en que se estableció en Sevilla hasta fines de julio del mismo año. La pérdida de Floridablanca la debilitó poco. Sin entrar en disputas sobre el mérito y los merecimientos del atamado ministro de Carlos III, es verdad sabida de todos que en 1808 estaba casi incapaz para el mando. Los amantes de reformas le miraban hasta con aversión, porque dado él á una devoción supersticiosa, y firme en sus máximas favorables al poder absoluto del rey, insistía en poner en fuerza y vigor la inquisición, y en oponerse á que se juntasen las Cortes. Pero la Junta Central contaba entre otros personajes muy respetables y respetados, uno, cuyo concepto entre sus compatriotas excedía notabilísimamente al de que gozaba Floridablanca. Háblase aquí ahora de don Gaspar Melchor de Jovellanos. Ni una vez le nombra en su historia M. Thiers. Si peca su silencio de malicia, ya se entiende qué merece: si de ignorancia, parece imposible en quien habla de la España de Carlos IV y de la España alzada contra Napoleon, ignorar que existía Jovellanos, y tanta ignorancia desautoriza al autor en cuanto dice. En verdad el general Sebastiani sabia de Jovellanos, pues en abril de 1809 le escribió para traerle al servicio de José, y le colmó de elogios. O M. Thiers sabe esto último ó no, y en ambos casos ¿qué debe juzgarse de su modo de escribir la historia?

Enero 1809.

En medio de tales apariencias de sumision , tenia suspensos los ánimos solo un suceso, dado con frecuencia por seguro , pero lento por demas en venir , y era la rendicion de Zaragoza, que, con tardar tanto, dejaba todavía alguna esperanza á los españoles tercios en resistir á los franceses. Si las tropas españolas , como va aquí dicho , huian en los campos de batalla teniendo en poco su honor militar y la antigua gloria de su patria , en Zaragoza militares y paisanos borraban las manchas y afrentas de las armas de sus compatriotas oponiendo á los soldados enemigos la mas gloriosa defensa que en tiempo alguno habia ó ha hecho á la invasion de los extraños una ciudad sitiada.

Ya queda dicho poco há en la presente historia cuántas inevitables demoras habia causado en el sitio puesto á la capital de Aragon haberse estado cruzando en sus movimientos delante de aquella ciudad las tropas francesas. No obstante haber éstas alcanzado victoria en Tudela ya el 23 de noviembre, quedándoles desde entonces abierto Aragon y quitado todo estorbo entre Pamplona y Zaragoza, el mariscal Moncey, privado al principio de dos divisiones de su cuerpo de ejército enviadas á dar alcance á Castañes , y, sí despues reforzado por habérsele incorporado el mariscal Ney, abandonado por éste en la hora en que iba á atacar las obras exteriores de fortificacion de Zaragoza , no habia podido ponerse á combatir de cerca á la capital de Aragon antes del 10 de diciembre. Al fin , el 19 del mismo diciembre, habiendo traído á juntar con las suyas sus fuerzas el mariscal Mortier, que tenia orden de proteger el sitio y aun de auxiliar á las tropas sitiadoras en casos graves, sin cansar sus soldados en los trabajos ó en

Sitio
de Zaragoza.

Primera
causa de las
dilaciones
que hubo en
este sitio.

los ataques, se habia aprovechado de tan limitado auxilio para apretar el cerco de la plaza y tomar los puestos de sus cercanías. El 21 de diciembre la division de Grandjean, haciendo una maniobra arrojada y hábil, se habia apoderado del monte Torrero, por el cual está dominada Zaragoza, y en donde habian levantado los aragoneses una obra de fortificacion, mientras la division de Soult del cuerpo de ejército del mariscal Mortier tomaba las alturas de San Lamberto, que están en la orilla derecha del Ebro, y la division de Gazan del mismo cuerpo, en la orilla derecha del mencionado rio se enseñoreaba de la posicion de San Gregorio, arrojando á los españoles hasta encerrarlos en el arrabal, y haciendo prisioneros ó pasando á cuchillo á quinientos suizos de los que seguian fieles al servicio de España. Esta jornada habia dejado á las tropas aragonesas definitivamente encerradas en el recinto de la misma ciudad, con lo cual habian podido los sitiadores dar principio á los trabajos de aproche. El mariscal Mortier, dado que hubo este auxilio á los trabajos del tercer cuerpo de ejército, volvió á hacer solamente su oficio de auxiliar, reduciéndose á proteger el sitio, y así, dejando la division de Gazan en la orilla izquierda del Ebro á bloquear el arrabal que está en aquel mismo lado, pasó á la ribera derecha con la division de Suchet, y fué á situarse á buen trecho del lugar donde se daban los ataques, estableciéndose en Calatayud, á fin de estorbar cualquiera tentativa que contra los sitiadores hiciesen los españoles, ya viniendo de Valencia, ya del centro de España. Bastaba esto para que las operaciones del sitio de la capital de Aragon estuviesen en union con las demas de los franceses en la Peninsula,

Enero 1809.

Operaciones
encaminadas
á encerrar en
la ciudad
á los
españoles.

Inaccion
del quinto
cuerpo
de ejército
francés
en los dias
primeros
del sitio
de Zaragoza.

Enero 1809. como partes acordes de un todo , pero no bastaba para que fuese adelante con actividad el sitio , porque el tercer cuerpo de ejército, compuesto , desde que de él se habia separado la division de Lagrange , de las tres de Morlot , Musnier y Grandjean , no constaba de mas de catorce mil hombres de infanteria , dos mil de caballeria , mil artilleros y otros tantos ingenieros. Con las dificultades que iba á ser necesario vencer habria habido necesidad de hacer uso de los ocho mil hombres de la division de Gazan empleados en bloquear el arabal de la orilla izquierda del Ebro , pero sin combatirle , y de los nueve mil de la de Suchet , á la sazón situados en Calatayud , á distancia de unas veinte leguas del sitio. Esta disposicion , que lo era de la autoridad suprema , siendo dada por Napoleon desde muy lejos , y nacida de su deseo de mantener el cuerpo de ejército de Mortier descansado y disponible para utilizarle en otros lugares , tenia , sobre el inconveniente anejo á planes hechos á larga distancia de los puntos donde han de ser llevados á ejecucion, el de no cuadrar con el estado real y verdadero de las cosas. Forzoso es repetir que para rendir á Zaragoza no sobraba con los treinta y seis ó treinta y ocho mil hombres de que constaban ambos cuerpos de ejército juntos.

Preparativos hechos por sitiados y sitiadores en Zaragoza para que fuese terrible la contienda en el sitio de la ciudad.

Por ambas partes habian sido aprovechadas tales demoras en preparar medios terribilísimos de ataque y defensa , fuera y dentro de la capital de Aragon. Ufanos y soberbios los aragoneses con la resistencia que pocos meses antes habian hecho , y bien enterados ya de cuánto valian sus murallas , estaban resueltos á vengarse con la tenaz defensa de su capital de todos los reverses que habian llevado en el campo raso. No bien fué

perdida la batalla de Tudela, se habian retirado en número de veinte y cinco mil á la misma Zaragoza y traídos allí consigo como quince ó veinte mil campesinos y lugareños fanáticos, y á la par contrabandistas de profesion, y diestros tiradores, capaces de ir matando desde los tejados y ventanas uno por uno á los soldados de los cuales huian en las llanuras. A estos se habian agregado muchos moradores de los pueblos vecinos, á quienes forzaba el terror á abandonar sus casas, de manera que la poblacion de aquella capital, solo de cuarenta ó cincuenta mil almas en tiempos ordinarios, era de mas de cien mil en aquellas horas.

Seguia mandando en Zaragoza Palafox, personaje valiente, presuntuoso, escaso en luces y ciencia, gobernado por dos religiosos (1) de buen talento, y auxiliado

Carácter
de don José
Palafox
que seguia
mandando
en Zaragoza.

(1) El padre Basilio Boygiero, no fraile sino clérigo secular de las Escuelas pías, mediano y dulce poeta, y varon piadoso (muerto infamemente por mandado de los franceses), aconsejaba, en verdad, á Palafox, pendientes los dos sitios de Zaragoza. No sabe quien esto escribe qué otro fraile dirigia la defensa de la capital de Aragon, pero sabe, sí, que muchos hábiles y esforzados oficiales y paisanos se señalaron en tan ilustres lides. Es ya cosa añeja, fuerza es repetirlo, é indigna de hombre tan insigne como es M. Thiers, á pesar de esta historia, ó diciéndolo con mas propiedad, á pesar de las gravísimas faltas de esta obra, pintar como guerra de frailes la de España, al fin de la cual fué abolida por las Córtes la inquisicion, y quedó la autoridad eclesiástica en pugna con el gobierno, sin contar con haberse dado entonces á España una constitucion copia de la francesa de 1791; constitucion que, si no vivió mucho, existió, y cuyo origen estaba en las ideas de reformas de los que adquirieron superior influjo sobre sus compatriotas durante la guerra de la independenciam. Acaso la bárbara crueldad de que usó el mariscal Lannes con los religiosos, ganado que hubo á Zaragoza, es causa de que M. Thiers hable de un modo que indirectamente disculpa al general de Napoleon. Pero Lannes, hombre de no muchas letras, de poca reflexion, cuya condicion y cuyos hábitos eran de soldado, obraba á ciegas, por impetu, cediendo á preocupaciones de aquellos dias y del campamento francés, y mostrándose dócil y celoso servidor de Napoleon, en quien creia como eren en un profeta falso sus secuaces. Otra cosa cabia esperarse de un hombre de no comunes luces, de lectura vasta, de experiencia, que escribe una historia al cabo de cuarenta años de pasados los sucesos que narra.

Enero 1809.

por sus dos hermanos el marqués de Lazan y don Francisco Palafox, dados ambos con ardiente celo á servirle, y con estas calidades y circunstancias ejercia él sobre la plebe aragonesa un imperio absoluto, particularmente despues de haberse hecho notorio que á la prudencia de Castaños, afeada hasta llamarla traicion, habia él valientemente opuesto su ardor temerario calificado por sus admiradores de heroismo. El pacifico vecindario acomodado de Zaragoza iba á ser sacrificado cruelmente en el horrible sitio próximo á empezar á la rabiosa furia de la muchedumbre, que por el conducto de dos frailes gobernaba á Palafox, á Zaragoza y al ejército que á ésta guarnecía. Habíanse hecho acopios cuantiosísimos de granos, vinos y carnes, contribuyendo á hacerlos tales el mismo temor de los habitantes de los lugares vecinos que, al huir, se habian llevado consigo á su capital todo cuanto en su poder tenian. Además, los ingleses habian enviado allí en grande abundancia municiones. Con todo esto eran infinitos los medios de prolongar la resistencia por un tiempo indefinido. Asimismo, para que durase ésta mas, habia puestas horcas en los lugares de mas nota de la poblacion, con amenazas de que en ellas serian colgados inmediatamente quienes quiera que hablasen de entregarse. En suma, nada habia omitido para que á la constancia natural en los españoles y á su verdadero y legítimo patriotismo se diese por auxilio otro patriotismo bárbaro y fanático.

Recursos
amontonados
en Zaragoza
para resistir
al asedio.

En el ejército de Aragon recogido en Zaragoza habia considerables fuerzas de tropa de línea, y muchos oficiales de ingenieros llenos de capacidad y celo. En las naciones de antiguo mérito y renombre en la mili-

cia, ya degeneradas de su valor antiguo, es comun mantenerse por mas tiempo en buen estado las armas que requieren estudios, y así los ingenieros españoles, tan hábiles en los siglos décimosexto y décimoséptimo, conservando buena parte de las calidades de los del tiempo pasado, habian levantado en Zaragoza obras de fortificacion numerosas y tremendas.

La capital de Aragon, como va dicho en el libro trigésimoprimeró de la presente historia, no era una plaza fuerte, pero por su situacion topográfica, y por la naturaleza de los edificios que la componian, podia adquirir gran fortaleza puesta en manos de un pueblo resuelto á defenderse hasta el último trance. Ceñíala un muro sin baluartes ni esplanadas, pero tenia por defensa al un lado el Ebro, en cuya orilla derecha está asentada, teniendo en la izquierda solo un arrabal, y al otro una continuacion de grandes y robustos edificios, como la casa de la Inquisicion y los conventos de Capuchinos, Santa Engracia, San José, San Agustín y Santa Mónica; verdaderas fortalezas que era necesario batir en brecha para penetrar en ellas, y amparadas por el riachuelo Huerva, que, corriendo en un cauce bastante hondo, lame el pié del muro de la ciudad por una mitad de su recinto y va luego á desaguar en el mismo Ebro. Dentro de la ciudad habia tambien conventos espaciosos, en lo robustos iguales á los cercanos á la muralla, y casas grandes, macizas, de una manzana entera, con casi todas las luces por la parte interior, y pocas ventanas en la exterior, como suele suceder en los países calurosos del Mediodia, condenadas ya de antemano á quedar hechas ruinas, pues resuelto estaba que, vencida por los sitiadores la defensa del muro, hu-

Configuración
de Zaragoza.

[Enero 1809. biese de volverse cada una un castillo que se defendiese hasta la extremidad postrera. No habia en Zaragoza una que no estuviese aspillerada, y corrida toda, por estar echados abajo los tabiques y paredes de aposento á aposento, á lo cual se agregaba estar llenas las calles de parapetos y trincheras con gran cantidad de piezas de artillería. Pero antes de verse reducidos los defensores de Zaragoza á esta defensa en lo interior, contaban con que resistirian largo tiempo en las fortificaciones hechas en la murallas y afueras, obras que no dejaban de ser fuertes.

Arrancando del Ebro y de la casa de la Inquisicion, situada á orillas del mismo rio, y en frente de los puestos ocupados por los sitiadores á su izquierda, se habia levantado, para suplir la falta de la muralla que allí estaba interrumpida, un muro ó tapia de piedra seca con esplanada que iba á parar de la Inquisicion á los conventos de Capuchinos y Santa Engracia. Hacia allí la ciudad un ángulo saliente, y, pegándose el rio Huerva á su muralla, seguia lamiéndole el pié hasta llegar á la parte inferior del Ebro, delante de la punta izquierda del campamento de los franceses. En el punto en que llegaba el Huerva á tocar á la ciudad, habia hecha una cabeza de puente en forma de cuadrado y ceñida de fuertes atrincheramientos. Desde aquel lugar, siguiendo el Huerva, se tropezaba, sobre el mismo riachuelo, y delante de su corriente, con el convento de San José, especie de fortaleza con cuatro frentes, que asimismo habia sido ceñida de un foso y una esplanada. Detrás de esta línea corria parte de la muralla, con esplanada tambien en algunos lugares, y toda poblada de artillería. Estaban cubiertas estas varias fortificaciones de

ciento y cincuenta bocas de fuego. Tenian , por consiguiente , los sitiadores que tomar, primero, la línea de los conventos y del Huerva , y luego , la muralla con esplanadas , y despues de ésta las casas , y que ir expugnando todos estos lugares uno por uno, arrostrando el fuego de cuarenta mil defensores, malos soldados, en verdad, muchos de ellos, pero gente otros de singular valor, abrigados por paredes, y todos ellos bien provistos de víveres y municiones, asi como resueltos á llegar á hacer ruinas una ciudad, en la cual nada tenian ni eran, pues Zaragoza tenia un vecindario amedrentado y sumiso. Por fin , la devocion supersticiosa de los aragoneses á una catedral vieja (1), antiquísima, que era la de *Nuestra Señora del Pilar*, persuadia á todos de que nada podrian los franceses contra el milagroso patrocinio de la Virgen.

El general Junot, que acababa de tomar el mando superior del ejército francés sitiador de Zaragoza, tenia, dejando aparte los ocho mil hombres de la division de Gazan reducidos á estar observando y bloqueando el arrabal de la orilla izquierda del Ebro, y los nueve mil de la de Suchet , situados en Calatayud , para hacer tal sitio contra cuarenta mil defensores de la ciudad sitiada solo catorce mil hombres de infantería, dos mil soldados entre artilleros é ingenieros, y otros dos mil

Fuerzas
de
los franceses
empleadas
en el sitio
de la capital
de Aragon

(1) La catedral del Pilar en Zaragoza es moderna, lo antiguo en ella es la imágen. Hay en la misma capital otra catedral antigua y bella, que es la de la *Seo*, pero ésta no es objeto de la devocion del vulgo. Debiera M. Thiers averiguar mejor la verdad antes de afirmar lo que en su historia cuenta. Pero hubo de parecerle que era propio de la devocion popular un edificio viejo, y memorable por lo anciano, y da por cierto lo que se le figura.

Enero 1809. de caballería (1), habiendo entre ellos soldados viejos y nuevos, franceses y polacos, pero todos ellos admirables tropas mandadas por excelentes oficiales, de lo cual va á dar esta historia muchas y claras pruebas.

Oficiales de ingenieros franceses á cuyo cargo estaba dirigir los trabajos del sitio de Zaragoza.

Mandaba los ingenieros franceses empleados en el sitio el general Lacoste, ayudante de campo de Napoleón, oficial de superior mérito, activo é infatigable, de grandes recursos mentales, al cual asistía el enton-

(1) Faltan datos con que desmentir aquí al historiador francés, pero quien reflexione un poco habrá de conocer ser falso lo que dice en este lugar rebajando el número de tropas francesas empleadas en el sitio de Zaragoza. Ya, hablando de la campaña de Prusia, ha notado el que esto escribe como achaque de la presente historia confesar por un lado gran superioridad de número en el ejército de Napoleón sobre sus contrarios, encarecer con fundadísimo motivo el prodigioso talento militar de su héroe, y, con todo eso, suponer en cada batalla ó combate que eran muchos mas que los franceses sus enemigos, lo cual sería muestra de torpeza en el general que á estos últimos gobernaba, siendo perfeccion del arte de la guerra aparecer con superiores fuerzas en un punto quien las tiene en total inferiores. Mas que antes aparece el historiador francés adoleciendo del achaque á que ahora se hace aquí referencia cuando trata de la campaña de Napoleón en la Península y señaladamente cuando cuenta los sucesos del segundo sitio de Zaragoza. Para ponderar la jactancia, y el desatino de los españoles alzados contra Napoleón y de las Juntas que los gobernaban, confiesa la grande inferioridad en número de los ejércitos de los levantados puestos en cotejo con los del emperador francés, en quien asimismo celebra haber traído tantas tropas á España como prueba y encarecimiento de su prudencia y habilidad en mover fuerzas enormes, dejando bien guardadas las riberas del Rin y del Pó, cuando traía un ejército crecido á traspasar los Pirineos. Sin embargo, pretende el mismo M. Thiers que, importando tanto á los franceses tomar á Zaragoza, cuya resistencia les menoscababa en gran manera el crédito de sus armas, y mostraba cuán opuestos estaban los españoles á llevar su yugo, todavía destinaron al asedio de la capital de Aragón un número de tropas corto para tal empresa, y que no hacia ni la mitad de las tropas sitiadas. Y si esto era así, y hecho como por gala para probar cuánto mas valia un francés que dos españoles, semejante modo de proceder desperdiciando sangre, tiempo y recursos era cruel y hasta loco en un héroe á quien pinta su panegirista como prudente y humano. Fuera de esto, es falso que llegase á cincuenta mil hombres el número de los defensores de Zaragoza, donde hubo treinta mil solamente. Y ha de ser falso que un cuerpo de ejército francés constase solo de diez y ocho mil hombres inclusa la caballería, cuando casi acababa de entrar en España, y no habia tenido pérdidas. Y no es menos falso que solo un cuerpo de ejército francés estuviese empleado en el sitio de Zaragoza, pues á él concurrieron dos casi constantemente.

ces coronel del mismo cuerpo Rogniat (1), y el comandante de batallón Haxo, que después vino á ser un general ilustre y conocido. Completaban esta oficialidad cuarenta individuos más de ella, notables á la par por lo instruidos y por lo valientes. El general Lacoste no había desperdiciado, para atender á los trabajos de su arma, el mes corrido en idas y venidas de tropas, pues había, al revés, hecho traer de Pamplona á Tudela por tierra, y de Tudela á las cercanías de Zaragoza por el canal de Aragón, veinte mil herramientas, cien mil sacos rellenos de tierra, y sesenta bocas de fuego de grueso calibre. También había empleado á sus soldados de ingenieros en hacer millares de salchichones. En estas varias operaciones había recibido completa ayuda del general Dedon, que lo era de artillería.

En la noche del 29 al 30 de diciembre, cuando Napoleón, yendo en seguimiento de los ingleses, había

Abren
los franceses
las trincheras
delante

Al referir el famoso sitio de que va ahora aquí hablándose, no desmiente el historiador francés sus hábitos. Empieza diciendo que los españoles en él se acreditaron de esforzados, y luego al contar cada refriega particular los pinta cediendo á un número corto de franceses, no obstante estar amparados por muros y tapias. Valgan estas pocas observaciones por las muchas que pudieran hacerse sobre la inexactitud con que van contados en esta historia los sucesos del sitio de Zaragoza, siendo imposible en notas ir refutando á M. Thiers paso á paso. Es asimismo de notar cómo rebaja el historiador francés el mérito del primer sitio puesto á la capital de Aragón, entonces casi indefensa y sin tropas, para ponderar solo el del segundo, lo cual consiste en que del primero volvieron los franceses desairados.

N. DE A. A. G.

(1) Quien quiera saber por qué de Rogniat no dice M. Thiers como de Haxo que llegó á ser general, sepa que Rogniat, autor de las Consideraciones sobre el arte de la guerra, se mostró poco afecto á Napoleón después de haber éste caído, y aun se atrevió á censurarle alguna vez y á elogiar á lord Wellington por su campaña en Portugal en 1810 y 1811.

N. DE A. A. G.

Enero 1809.

de Zaragoza
en la noche
del 29 al 30
de
diciembre.

Disponen
los sitiadores
hacer contra
Zaragoza
tres ataques,
falso el uno
y los otros
dos reales y
verdaderos.

traspasado la sierra de Guadarrama, y los mariscales Lefebvre y Victor tenían á los españoles ahuyentados hasta muy dentro de la Mancha y los confines de Extremadura, y cuando acababa el general Saint-Cyr de hacerse señor del campo de Cataluña, puesto de acuerdo el general Lacoste con su superior el general Junot, habia dado principio á abrir las trincheras, haciéndolo á ciento y sesenta toesas de la primera línea de defensa de Zaragoza, la cual consistia, como acaba de decir la presente narracion, en conventos fortificados, en trozos de muralla con sus correspondientes esplanadas, y en el cáuce del rio Huerva. El general se habia propuesto hacer tres ataques, dando el primero por su izquierda á la casa de la Inquisicion, el cual estaba á cargo de la division de Morlot, pero que mas habia de ser para divertir la atencion de los sitiados que para cosa verdadera y formal; el segundo por el centro al convento de Santa Engracia y cabeza de puente del rio Huerva, el cual estaba encomendado á la division de Musnier, y habia de ser grave y duro, y, en fin, el tercero por su derecha, confiado á la division de Grandjean, disponiendo que fuese el mas formal de los tres, cuyo objeto era el formidable convento de San José, porque, tomado éste, quedarian los sitiadores dueños de la otra banda del Huerva, y cercanos á la parte menos fuerte del muro de la ciudad, asi como á un barrio por donde habia fundadas esperanzas de entrar hasta al Coso, larga y ancha calle de Zaragoza que la atraviesa en gran parte, y es su principal comunicacion y en algun modo su centro. Abierta la trinchera con valentía, procedieron con diligencia los sitiadores á perfeccionar la primera paralela, y se prepararon á hacer la segunda

con la mira á acercarse al convento de San José por su derecha y á la cabeza del puente del Huerva por su centro.

El 31 de diciembre, habiendo hecho una salida las tropas regladas de la guarnicion, volvieron rechazadas. En campo raso no acertaban los españoles á recobrar su valor antiguo. El 2 de enero fué abierta la segunda paralela. Gastaron los sitiadores los dias siguientes en plantar en varias baterías las bocas de fuego que ya les habian llegado, para echar abajo la cabeza de puente del Huerva y el convento de San José, y responder con sus fuegos á los de la artillería española situada á la espalda de la primera línea de defensa de la plaza. Mientras iban haciéndose estas obras, á que concurrían mas de dos mil trabajadores al dia, dirigiéndolos los soldados de ingenieros, arrojaban los sitiados á las trincheras de sus contrarios un diluvio de granadas y piedras disparadas por morteros. A esto respondían los franceses con el fuego de sus guerrillas apostadas detrás de los sacos rellenos de tierra, y que tiraban con puntería muy certera á todas las troneras de las fortificaciones de sus enemigos.

El 10, concluidas ya las baterías francesas, rompieron el fuego, haciéndole unas directo y otras de rebote á la cabeza de puente del Huerva y al convento de San José. Aunque estaba bien servida la artillería española, la superioridad de la francesa logró en breve apagarle los fuegos, y abrir por el ataque de su derecha una brecha espaciosa en el convento de San José, y por el del centro el principio de otra en la cabeza de puente del Huerva. No estando practicable esta última, quedó diferido el darle asalto, pero no así al conven-

Enero 1809.

Abren los sitiadores de Zaragoza su segunda paralela el 2 de enero de 1809.

Enero 1809.

Dan
asalto al
convento de
San José
los franceses
el día 11 de
enero.

to de San José, por ser ya posible asaltarle, y porque de tomarle debía resultar adelantarse mucho y pronto en los aproches. Habiendo continuado el fuego hasta el 11 de enero á las cuatro de la tarde, y estando á esta hora enteramente practicable la brecha, se hicieron adelante denodadamente los franceses á probar el asalto del convento. En aquel mismo momento estaban haciendo los sitiados una salida, en la que fueron rechazados pronta é impetuosamente, pasando los franceses de súbito de la defensa al asalto. Tocó la dificultosa empresa de darle á los cazadores y granaderos de los dos regimientos veteranos de línea, números 14 y 44, acompañándolos dos batallones de los regimientos del Vistula. Mandábalos un oficial llamado Stahl, comandante de batallon en el número 14, y admirado con justos motivos del ejército todo. El convento, obra cuya forma era la de un cuadrado, se apoyaba por la derecha de los sitiadores en el Huerva. Tenia de guarnicion hasta tres mil hombres.

A la hora dicha, mientras el comandante de batallon Haxo, con cuatro compañías de infantería y dos piezas de á cuatro, salia á pecho descubierto de las trincheras, é iba á caer sobre la espalda del convento de San José, enfilando con su fuego el frente del edificio pegado á la corriente del Huerva, poniendo pavor á los defensores, y obligando á un buen número de estos á echarse al otro lado del rio, se adelantaba de frente el comandante de batallon Stahl hasta el mismo borde del foso, para arrojarse en seguida á la brecha. Pero con los escombros de la muralla habia quedado cegado el foso, cuya profundidad no era de menos de diez y ocho piés, y que formaba un tajo, porque

en España las tierras , siendo muy secas y firmes , se sostienen sin tener ribazos ni obra de cantería. El intrépido Junot , que asistia en persona al asalto , habia provisto á sus granaderos de unas pocas escalas , de las cuales se aprovecharon algunos para bajar al foso , mientras otros saltaban en él sin tomar la menor precaucion , hecho lo cual , todos , guiándolos el valeroso Stahl , se fueron presurosos para la brecha , despreciando el fuego que de ella llovía. Pero costándoles sumo trabajo subir , mientras intentaban empresa tan peligrosa , un oficial de ingenieros llamado Daguenez , seguido de cuarenta cazadores , pasea el fondo del foso , tuerce á la izquierda corriéndose por el lado de los fuertes laterales del convento , y descubre un puente echado sobre el foso que iba á lo interior de la obra asaltada. Visto que le hubo , subióse á él con sus cuarenta hombres , y embistiendo á la guarnicion del convento , facilitó al comandante de batallon Stahl la entrada por la brecha. Dueños del convento los franceses , mataron á balazos y bayonetazos , ó echándolos al rio , á trescientos españoles que allí encontraron , haciendo prisioneros á cuarenta.

Esta operacion , que habia durado , cuando mas , media hora , costó á los vencedores treinta muertos y ciento cincuenta heridos , estos últimos casi todos de mucha gravedad , lo cual prueba , atendiendo á cuán pequeña era la obra atacada , cuán reñida habia sido la pelea.

No bien fueron los franceses dueños de la misma obra , trabajaron para quedar allí afirmados en su posesion y al abrigo de cualquiera ataque que intentasen dar sus contrarios volviendo á la ofensiva , y de los ru-

Enero 1809. merosos fuegos de la plaza , la cual , segun iban aproximándose á ella , vomitaba con mas furia bombas , granadas y metralla. Cada dia costaba á los sitiadores entre cuarenta y cincuenta hombres , ó muertos ó muy gravemente heridos.

Asaltan
los sitiadores
el 16
de enero la
cabeza
de puente del
Huerva.

El 16 , reconocido estar ya practicable la brecha de la cabeza de puente del Huerva , resolvieron los sitiadores asaltarla , y se arrojaron á ella cuarenta cazadores de infantería polacos guiados por oficiales y soldados de ingenieros. Subieron á ella veloces , unos por escalas , y otros ayudándose con las manos. Mientras iban subiendo reventó de repente una mina hecha por los españoles , pero sin hacer daño á un solo soldado de los sitiadores , por haber quedado todos fuera del lugar donde la explosion hizo estrago. Logrando los que asaltaron la cabeza de puente entrarse en ella , arrojaron de allí á sus defensores , que se echaron al otro lado del Huerva , metiéndose en la ciudad y volando el puente.

Obras
emprendidas
para pasar el
Huerva
por los dos
puntos
por donde
habian
empezado
sus ataques.

Tomados por la derecha de los franceses el convento de San José pegado al Huerva , y por el centro de los mismos la cabeza de puente del ya nombrado rio , quedaron los sitiadores dueños de la línea de obras exteriores por lo que alcanzaba una mitad de su extension. Esto era lo mas importante , pues las operaciones de la izquierda del campamento francés no pasaban de ser un amago. Tocaba ya á los franceses pasar el Huerva por los dos puntos por donde estaban ya en su orilla , echar puentes abrigados por espaldones sobre el mismo riachuelo , de corto caudal y cáuce angosto , pero hondo y de escarpadas orillas , y batir en brecha los trozos de muralla que se extendian mas allá ,

rematando y apoyándose en el convento de Santa Engracia por un lado, y en el de San Agustín por el otro. Necesitaban, además, plantar nuevas baterías para oponerlas á las de la ciudad, que, según iban acercándosele, despedían mas balas y otras municiones, y hacían mas destrozo. En esto gastaron los sitiadores el tiempo corrido desde el 16 al 21 de enero.

Entretanto iban creciendo y agravándose los padecimientos, así dentro de la ciudad para sus defensores, como fuera para los que la sitiaban. El gran número de gente recogida en la población, y los heridos y enfermos hacinados en la misma, habían dado origen á una epidemia. Todos los días una lluvia espesa de balas, bombas y granadas hacía subir de número las víctimas del sitio, siéndolo muchas personas de las que no tenían parte en la defensa. Pero la plebe furiosa, azuzada por los frailes, tenía atemorizados á los moradores pacíficos, á cuyo entender era una barbarie inútil resistencia tal hecha sin esperanza. Las horcas puestas en los lugares principales de la ciudad cortaban la salida á la menor murmuración. Por otra parte, era común inventarse noticias con que se mantenía el aliento en los sitiados, diciéndose haber sido derrotado Napoleón por los ingleses, el mariscal Soult por el marqués de la Romana, y el general Saint-Cyr por el general Vives. A esto se añadía prometerse la llegada de un ejército poderoso á dar socorro á la ciudad, y anunciándose tales nuevas al son de cajas por la voz de pregoneros, sonaban al oír las feroces alaridos de gozo, que retumbaban en el mismo campamento de los sitiadores.

Padecimientos de sitiadores y sitiados.

Con lo que va aquí poco há referido de los sucesos

Enero 1809.

Esfuerzos
de
los hermanos
Palafox
para hacer
que
se levante en
ayuda
de Zaragoza
todo Aragon.

de la guerra basta para dar á conocer lo falso de tales noticias esparcidas adrede por Palafox y los frailes cuyos consejos seguia. Fuera de esto, no eran del todo falsas tales nuevas, porque habian salido de Zaragoza los dos hermanos de Palafox, el marqués de Lazan y don Francisco, llevando órdenes terribles para levantar la gente de las tierras vecinas por todos lados, de modo que por uno llegase el levantamiento hasta Tudela, y por el otro hasta Calatayud, Daroca, Teruel y Alcañiz. A todos los hombres capaces de tomar las armas les era mandado tomarlas, y de cada diez de ellos uno habia de venir, bajo el mando de oficiales escogidos, á formar un ejército que levantase el sitio de la capital aragonesa. Cada pueblo estaba obligado á dar paga y sustento á los hombres de él que se pusiesen en marcha. A los que se quedasen en sus lugares tocaba acabar con los convoyes de los franceses, matarles los soldados extraviados, y cortarles los víveres. Eran dadas tales órdenes con amenazas de las mas duras penas á los que en su ejecucion fuesen omisos ó rebeldes.

Cruelles
privaciones
que
padece los
soldados
franceses.

Forzoso es confesar que los aragoneses habian dado muestras de sumo celo patriótico para cumplir tales preceptos. Ya estaban en movimiento como veinte ó treinta mil hombres por la parte de Alcañiz, en la ribera derecha del Ebro, y por la de Zuera, la Perdiguera y Liciñena en la izquierda del mismo rio. A pesar de los esfuerzos de la caballeria francesa, no llegaban carnes al campamento de los suyos, porque los carneros enviados allí eran detenidos en el camino. Falto los soldados franceses de carne para hacer su rancho, y con solo una racion muy mermada de pan,

llevaban tan crueles privaciones sin quejarse, y veían sin decaer de ánimo estárseles preparando un sitio atroz que aún duraría uno ó dos meses. Sin embargo, estaban tristes, pensando cuán escasos eran en número, y considerando que sobre solos catorce mil de ellos habían de caer todas las penalidades del asedio, mientras los ocho mil de infantería de Gazan estaban reducidos á bloquear el arrabal de la orilla izquierda del Ebro, y los nueve mil de Suchet seguían descansados en Calatayud. Ya mas de mil y doscientos habían perecido víctimas de los trabajos ó de las balas. Los que recibían heridas ó caían enfermos eran trasladados al hospital de Alagon, lugar sucio é inficionado, donde solo había ropa de cama podrida, y poquisimos víveres ó medicamentos. El general Harispe, enviado allí á pasar revista de inspeccion á aquel establecimiento, se mostró humano, como debe y suele serlo un héroe, castigó severamente á los administradores culpados de tanto descuido, dió nuevo orden al hospital con prolijo esmero, y, á lo menos, proporcionó á los soldados franceses tener el consuelo de no estar en aquel asilo peor que estaban en las trincheras. El 21 llegó por fin delante de Zaragoza el ilustre mariscal Lannes, cercano entonces al término final de su carrera heroica, corriendo á la sazón el mes de enero de 1809, en el cual faltaban pocos mas para llegar al día de la terrible batalla de Essling. Era la presencia de tal general propia sobremanera para mantener el aliento en los soldados, y volverles la confianza si la habían perdido. El general Junot por su valor era muy del gusto de las tropas, pero éstas habían menester un caudillo, que, tomando á su cargo hasta modificarlas las órdenes de su Emperador, hiciese á

Llega el mariscal Lannes al campamento del ejército sitiador de Zaragoza.

Enero 1809. Modificando el mariscal Lannes las órdenes dadas por su Emperador hace que concurra á las operaciones del asedio de Zaragoza, y á dispersar á los levantados que desde afuera intentan darle socorro, el tercer cuerpo de ejército francés.

todas las fuerzas francesas de aquellas inmediaciones contribuir al buen éxito del sitio. Para ello sirvió mucho desde luego el mariscal Lannes, quien, gracias á estar revestido del mando superior, empezó haciendo al quinto cuerpo de ejército concurrir á la toma de la plaza, y á reprimir las correrías de los españoles, que por los campos contribuían á cortar los víveres al campamento francés. Mandó al general Gazan, situado con su division delante del arrabal de la orilla izquierda del Ebro, emprender el ataque del mismo arrabal en toda regla. Quitado ya este asilo á los habitantes de Zaragoza, tendrían éstos que recogerse á lo interior de la ciudad, y aumentarían en ella el hacinamiento de gente, mientras los sitiadores tendrían medios de abrasarla con sus fuegos desde la orilla izquierda del Ebro. Para dirigir esta operacion mandó el mismo mariscal al lado del general Gazan al coronel Dode, excelente oficial de ingenieros.

En seguida dió por orden el mariscal Lannes al mariscal Mortier, que se moviese de Calatayud, donde ningun servicio útil estaba haciendo, pues no podia venir fuerza alguna española por la parte de Valencia, y que pasase á la orilla izquierda del Ebro á dispersar á la gente azuzada que por allí se iba juntando, y que causaba inquietud á los sitiadores de Zaragoza.

Cumpliendo el mariscal Mortier las órdenes que le daba su colega y superior, pasó el Ebro el dia 23, y dejando al regimiento de línea, núm. 40, apoyando á la division de Morlot, la de menos fuerza del ejército sitiador, se adelantó con los regimientos de línea números 34, 64, y 88, el de húsares núm. 10, el de cazadores á caballo núm. 21, y diez bocas de fuego, por

Operaciones del mariscal Mortier contra los levantados de los campos de Aragon que intentan dar socorro á su capital.

el camino de la Perdiguera. Halló situada en puestos fuertes en Liciñena, á media falda de los montes, la mayor parte de un cuerpo de ejército de quince mil hombres, que de la parte septentrional de Aragon acudia á dar socorro á su capital sitiada. Componiase esta fuerza de alguna tropa de línea y de paisanaje de los pueblos vecinos, habiendo en ella partidas de los regimientos españoles de infanteria de Saboya, Prado, y Avila, batallones de Jaca, cazadores de Palafox y otros cuerpos, así de creacion antigua, como de pueva. El mariscal Mortier mandó al regimiento de línea número 64 ir sobre los españoles, y él lo hizo así de frente, mientras los números 34 y 88, tambien de línea, envolviéndolos por las alturas, los arrollaban al llano. No resistieron, embestidos así por dos lados, los españoles, y huyendo á todo correr por la llanura, fueron á pasar cerca del regimiento núm. 10 de cazadores á caballo, el cual se echó á escape sobre la turba fugitiva y la acuchilló desapiadadamente, dejando de ella tendidos en el suelo hasta mil y quinientos hombres. Cogieron los vencedores seis piezas de artillería y dos banderas. En aquellas mismas horas, habiendo pasado al camino de Zuera en direccion paralela á la que llevaba el mariscal Mortier el ayudante mayor Gasquet, con tres batallones de la division de Gazan, estaba desbaratando á otros tres mil españoles de aquel mismo ejército allegadizo, y cogiéndoles prisioneros y artillería. El mariscal Mortier, ahuyentada ya la gente que se habia levantado en el alto Aragon, bajó por las riberas del Ebro hasta Pina, dando órdenes de ir despejando de levantados el terreno, de tratar con contemplaciones á los pueblos sumisos, de quemar á los

Enero 1809.

que no lo estaban, y de mandar ganado escoltado por caballería al campamento del ejército sitiador de Zaragoza.

Mientras limpiaba así de enemigos la orilla izquierda del Ebro el mariscal Mortier, el general Junot habia enviado al general Wathier, á cuyo cargo estaba el mando de la caballería del tercer cuerpo de ejército, con mil y doscientos hombres escogidos de infantería, y seiscientos de caballería, á dispersar otra turba armada que se habia juntado de gente de ochenta pueblos de la jurisdiccion de Alcañiz, que en esta misma poblacion se habia situado, teniendo atrincheradas sus calles y aspilleradas todas sus casas. El general Wathier, embistiendo con ella, en tal situacion, como podria haber hecho en un llano al frente de su caballería, con tanto ímpetu llegó, que entró revuelto con los que huian del campo en la misma Alcañiz, donde, venciendo los obstáculos de los atrincheramientos y parapetos, pasó á cuchillo á mas de seiscientos de aquellos infelices, mientras dando alcance á otros sus ginetes los obligaban á recogerse á sus hogares. Fué saqueada Alcañiz, y enviado al campamento de los sitiadores de Zaragoza todo el ganado encontrado en los campos vecinos.

Gracias á estas varias expediciones, el ejército sitiador de la capital de Aragon ya nada tuvo que temer por su espalda. Sin embargo, no llegaron á él mas carneros que los que iban con buena escolta, y quedó siendo muy escasa en el campamento francés la carne.

Mientras por disposicion del mariscal Lannes eran llevadas á efecto estas operaciones por las cercanias de

Zaragoza, los trabajos de ingenieros del asedio, activados en extremo por el general Lacoste, y los oficiales superiores Regniat y Haxo de él dependientes, ya permitian á los franceses dar el asalto general, de resultas del cual habian de entrar en la ciudad sitiada, y de comenzar en ella la terrible guerra de casa á casa por la cual se señaló el asedio de que va ahora hablando la narracion presente.

Por el ataque de su derecha habian echado sobre el Huerva los sitiadores dos puentes de caballetes cubiertos de espaldones delante del mismo convento de San José, por ellos tomado en el asalto del 11 de enero. Pasado por allí el Huerva, se habian dirigido á un molino de aceite, edificio aislado, contiguo á la misma muralla de Zaragoza. Algo mas á su izquierda habian hecho un ramal de trinchera hácia otro punto del mismo muro. A aquellos dos lugares estaba dispuesto dar dos asaltos, no bien hubiese abierto en ellos brechas practicables la artillería.

Por el ataque del centro habian renunciado los franceses á hacer uso de la cabeza de puente del Huerva tomada á los sitiados, porque estaba flanqueada por los fuegos de la plaza, y así habian pasado el riachuelo por un recodo que hacia algo mas abajo, en frente del convento de Santa Engracia, y en la punta misma saliente del ángulo que formaba la ciudad por aquel lado. Una batería de brecha asestada al convento habia de dejar por allí, derribadas las paredes, paso franco á una columna de asalto. Dueños ya los sitiadores de las brechas, que habrian de ser dos por su derecha y una en el centro, tendrian tres pasos abiertos para entrar en la ciudad, y pasos que iban á tres calles an-

Enero 1809.

del asedio
de Zaragoza.

Pasan
los sitiadores
el Huerva
echándole
dos puentes
de caballetes
abrigados
con
espaldones.

Enero 1809. chas que corrian perpendiculares al Coso y en él remataban.

El 26 de enero tronaron á la par contra Zaragoza cincuenta bocas de fuego de grueso calibre, unas disparadas para abrir brechas á la derecha de los sitiadores y por el centro, y otras para que lloviese sobre la poblacion un diluvio de bombas, granadas y balas. Llevó la ciudad con firme valor tal lluvia, porque los españoles llevaban con ánimo sereno cualquiera daño viéndose abrigados por muros ó paredes, con tal que no viesen á sus contrarios ir sobre ellos á pecho descubierto, y en punto á los moradores pacíficos de la ciudad tenian sus males en tan poco, como si fuesen sus vidas las de los viles animales que todos los dias mataban para su sustento. Habiendo durado el fuego todo el dia 26 y parte del 27, quedaron practicables las tres brechas, y resolvieron los sitiadores dar el asalto general inmediatamente.

Dan
los sitiadores
el asalto
general á la
capital
de Aragon el
26 de enero.

Púsose sobre las armas todo el tercer cuerpo de ejército francés, y á su frente se pusieron Junot y Lanés. A la derecha de los sitiadores estaba en las obras de fortificacion de los mismos esperando la señal de embestir la division de Grandjean, compuesta principalmente de los regimientos de línea números 14 y 44. Por el centro aguardaba á oír la misma señal, con no menos impaciencia, la division de Musnier, cuya fuerza era casi toda de polacos. Esta se apoyaba en la de Morlot, formada en masa á su derecha para ayudar al ataque del centro. El regimiento de infantería de línea núm. 40, con el de caballería de coraceros núm. 13, estaban á la izquierda, ocupando el lugar que habia dejado vacante la division de Morlot, y uno y otro te-

nian á su cargo contener á los españoles si intentaban hacer una salida por la casa de la Inquisicion , punto al cual, hasta entonces, solo habian dado los franceses un ataque falso.

Al promediar el dia mismo dió Lannes la señal con tanta ansia deseada de los suyos, y al momento salieron de las obras de fortificacion de los sitiadores las columnas de asalto. Una fuerza de cazadores de los regimientos franceses de linea números 14 y 44, llevando delante una partida de gastadores, mandando esta gente el comandante de batallon Stahl, desembocó de el molino de aceite de que poco ha va hablado en esta narracion , y se arrojó á la brecha que estaba mas á la derecha de los sitiadores. Previendo los sitiados que de aquel edificio saldrian sus contrarios para subir al asalto, habian hecho minas debajo del terreno por donde habian de pasar los soldados franceses. Reventaron de súbito dos de estas minas con hórrido estampido , pero, por fortuna de las columnas de asalto, á espaldas de la primera de éstas, y sin matarle ni siquiera un hombre. Entonces se abalanzó la misma columna á la brecha y se apoderó de ella al punto. Pero intentando ir mas adelante, vióse detenida por un fuego de fusilería y metralla, que salia tanto de las casas sitiadas algo mas atrás, cuanto de varias baterías puestas en las entradas de las calles de la ciudad. Tan violento era el fuego que fué imposible resistirle ó arrostrarle, y así tuvieron necesidad los franceses, perdido que hubieron mucha gente, y habiendo quedado gravemente herido el valiente Stahl, de reducirse á establecerse en la brecha, poniéndola en comunicacion con el molino de aceite de que para dar el asalto habian sali-

Hácese dueños los franceses de la primera brecha en el ataque que por su derecha dan á Zaragoza.

Enero 1809.

do. Contribuyó á facilitarles este último trabajo la gran porcion de tierra removida por las minas de los sitiados que habian reventado poco antes.

Ganan los sitiadores la segunda brecha en el ataque que iban siguiendo por su derecha.

En la segunda brecha, abierta muy cerca de la primera, pero algo mas á la izquierda de los franceses, se arrojaron al asalto treinta y seis granaderos del citado regimiento núm. 44, mandados por un oficial denodado, cuyo nombre era Guettemann, los cuales, despreciando un diluvio de balas de fusil, pasaron la brecha misma y fueron á ocupar las casas vecinas á la muralla. Seguía á estos granaderos una columna que trató de desembocar á las calles de la ciudad allí inmediatas. Pero apenas se asomaban los sitiadores á puerta ó ventana alguna de las casas que habian ocupado, cuando los que tenian la temeridad de presentar fuera parte alguna de su cuerpo, caian derribados por las balas de un fuego horroroso de fusilería. Sin embargo, tomaron los franceses algunas casas de las contiguas á las que primero habian ganado, pasando de una casa á otra por comunicaciones interiores entre ellas abiertas, y así, haciéndose á su izquierda, lograron ponerse en la calle Quemada, una de las principales de Zaragoza, que arrancando de la muralla corria en derechura á rematar en el Coso. Pero la metralla de los atrinchamientos interiores no consentia ir adelante por allí, de modo que, habiendo sido mas afortunados los sitiadores en esta segunda brecha que en la primera, hubieron de contentarse con hacerse dueños de unas doce casas de resultas de haberla ganado.

Toman los franceses todas las obras de

No fué menos reñida la pelea por el centro, por donde las tropas ligeras de infantería del Vístula, guiándolas una partida de soldados y oficiales de ingenieros,

se arrojó á la brecha abierta en el convento de Santa Engracia, teniendo que andar á pecho descubierto un trecho de ciento y veinte toesas que habia desde el Huerva á las paredes del edificio, lo cual hicieron á paso redoblado arrostrando un vivísimo fuego. Llegados, con todo, sin tener excesiva pérdida á la brecha, treparon á ella sin otra dificultad que la del fuego de fusilería que recibían, pues los españoles, no obstante su singular valor cuando tenían delante de sí paredes, no llegaban á tener aliento para esperar á pié firme con la bayoneta calada á sus contrarios en lo alto de las brechas. Los denodados polacos revueltos con los gachadores franceses entraron en el convento, echaron de él á los que le ocupaban, desembocaron á la plaza de Santa Engracia, y hasta se entraron en las casas de aquel mismo sitio, llegando á un convento pequeño de allí poco distante, del cual asimismo se apoderaron. Dueños ya de la plaza de Santa Engracia, lo eran también de la ancha y espaciosa calle del mismo nombre que, como la Quemada, corre perpendicular al Coso y en él remata. Pero no les consintieron pasar mas adelante, sin haber de tener una pérdida enorme, numerosas baterías pobladas de artillería que sobre ellas vomitaban metralla, siéndoles forzoso para ganar por allí mas terreno apelar á la zapa y á la mina.

Desde el convento de Santa Engracia habia otro buen trecho de terreno descubierto hasta la punta del ángulo saliente que hace allí la muralla de la ciudad como en la mitad de su frente, y, no obstante estar todo aquel lugar minado, le atravesaron veloces los polacos y franceses con la increíble felicidad de que, reventando varias minas á un tiempo, abrieron en la

Enero 1809.

fortificación
de Zaragoza
por
el ataque del
centro.

Enero 1809.

tierra anchos huecos á modo de embudos, sin que uno solo del ejército francés recibiese de ellas lesion alguna. Tirando del ángulo de que acaba ahora aquí de hablarse hácia la izquierda de los sitiadores, corria un lienzo de muralla de piedra seca con foso y esplanadas, que iba á dar al convento de Capuchinos, y, siguiendo mas allá, á la casa de la Inquisicion. Si bien no era parte del plan de ataque tomar toda esta línea de fortificaciones, excitando un suceso imprevisto el ardimiento de las divisiones de Morlot y Musnier, ambas se arrojaron allí con temeridad inaudita. Como molestase mucho con sus fuegos á la division de Morlot una batería española puesta en el convento de Capuchinos, unos pocos carabineros del regimiento francés de tropas ligeras, núm. 5, se echaron á paso redoblado sobre la misma batería para libertarse de la molestia que les daba, y, siguiéndolos el regimiento entero, quedó por él la batería. Viendo esto el regimiento de línea, número 115, uno de los de creacion nueva del mismo ejército francés, no cabia en las trincheras de impaciente, y arrojándose al largo lienzo de muralla, que desde Santa Engracia se dilataba hasta el convento de Capuchinos, bajó al foso, trepó por la escarpa, se entró por las troneras de los cañones, tomó la muralla con toda la artillería que la poblaba, y aún llevó su osadía hasta entrarse en las mismas calles de Zaragoza. Entonces una plebe enfurecida, desde lo alto de las casas vecinas, va matando á tiros soldados franceses sin poder casi errar un golpe. Mas atrevidos los españoles en aquel punto que en los demas, se atreven á salir de sus atrincheramientos á recobrar el convento de Capuchinos, dirigiéndolos frailes, y azuzándolos mujeres.

Enero 1809.

Pero los sitiadores los rechazan con la bayoneta calada, y se quedan dueños del convento, si bien recibiendo en él un fuego horroroso de artillería, que en varios lugares derribó parte de las paredes abriendo anchurosos huecos. Si bien trataron los franceses de abrigarse con sacos rellenos de tierra, no pudiendo mantenerse sin otro abrigo en el lienzo de la muralla, hubieron de retirarse de él, pero sin dejársele del todo á sus contrarios, y procurando quedar allí establecidos.

En tan sangrienta refriega habian quedado los sitiadores dueños de toda la muralla que ceñia á la plaza sitiada. Si hubiese sido aquel sitio como todos, esto es, si hubiese consistido en apoderarse el sitiador de las obras de fortificación de la ciudad á la cual combatía, desde aquella hora habria quedado por los franceses Zaragoza. Pero los vencedores tenian que ir tomando una por una las manzanas de casas defendidas por una plebe frenética, y así entonces solo empezaban los horrores de aquella contienda. En la lid de aquel dia habian perdido los españoles entre quinientos y seiscientos hombres pasados á cuchillo, y doscientos prisioneros, con toda la línea de las murallas exteriores de la ciudad; y los franceses ciento y ochenta y seis muertos, y quinientos y noventa y tres heridos (1), esto es, cerca de ochocientos hombres puestos fuera de combate; pérdida crecidísima debida al excesivo ardimiento y heroica temeridad de sus tropas.

Hasta el mismo mariscal Lannes, admirado y hor-

Qué dió
de sí el asalto
general dado
á Zaragoza
el 26
de enero.

(1) Aquí van dados con cabal exactitud los números, porque constan con la misma de los partes que existen en el archivo de la secretaría de la Guerra.

Enero 1809.

rorizado al ver tan tremendo espectáculo, hubo de mandar á los oficiales de ingenieros que no consintiesen á los soldados ir sobre sus contrarios á pecho descubierto, prefiriendo perder tiempo á perder gente. Así que, mandó ir adelantando con la zapa y la mina, volando los edificios y economizando la sangre de sus soldados. Un guerrero tan grande y fuerte, pero humano á la par que valeroso, habia sentido un horror profundo de lo que habia visto (1).

Con haberse hecho dueños de tres puntos en la muralla los sitiadores quedaban dispensados de emprender nuevo ataque hácia la punta de su costado iz-

(1) Los partes que da el mariscal Lannes al mismo Napoleon acreditan lo que por el ánimo del primero pasaba. En ellos hay los pasajes siguientes: «Nunca, señor, he visto encarnizamiento igual al de nuestros contrarios en defender esta plaza. He visto mujeres venir á que las maten en la brecha. Hay necesidad de hacer un sitio á cada casa. Si no se fuese con grandísima precaucion, perderíamos mucha gente, porque tienen los enemigos dentro de la ciudad de treinta á cuarenta mil hombres, sin contar los moradores de ella. Somos dueños de la muralla desde Santa Engracia á Capuchinos, y hemos tomado en ella quince bocas de fuego.

» A pesar de cuantas órdenes he dado para que los soldados no se expongan mucho, es imposible contener su ardor. Por eso hemos tenido doscientos heridos mas que los que debíamos tener. (Cuartel general del sitio de Zaragoza 28 de enero de 1809.)»

» El sitio de Zaragoza en nada se parece á la guerra que hasta ahora hemos hecho. Es empresa en que se necesita grande prudencia y no menos vigor. Nos vemos obligados á ir tomando casa por casa, ó minándolas ó asaltándolas. Los infelices españoles se defienden en ellas con un encarnizamiento de que no es posible formarse idea. *En fin, señor, esta es una guerra que horroriza.* En este momento está prendido fuego á la ciudad en tres ó cuatro puntos, y llueven sobre ella las bombas, pero todo esto no intimida á nuestros contrarios. Estamos trabajando en los aproches del asalto del arrabal, que es punto de grande importancia. Confio en que, cuando le hubiéremos tomado, ya no seguirá resistiendo largo tiempo la ciudad. » Ayer una turba de algunos millares de paisanaje vino á atacar á los cuatrocientos hombres que han quedado en el Amurria. Mandé ayer por la noche al general Dumoustier salir para allí con una columna de mil hombres de infantería, doscientos caballos y dos piezas de á cuatro. Estoy seguro de que habrá ya dado fin de toda aquella canalla matándola ó dispersándola, porque tan valientes como son detrás de las murallas son cobardes en campo raso. »

N. DE M. THIERS.

quierdo contra la casa de la Inquisicion , siendo ya su única atencion ir tomando á los españoles las casas de la ciudad, é importándoles poco una muralla en la cual no consistia ya la defensa de los sitiados. Quedó, pues, de cuerpo de observacion por la izquierda de los sitiadores la division de Morlot, mientras las de Musnier y Grandjean , que ambas juntas contarían sobre nueve mil hombres , eran empleadas en ir con la zapa y la mina tomando casa por casa de la ciudad, y mientras delante del arrabal de la orilla izquierda del Ebro seguía el general Gazan sus trabajos de sitio para tomarle, quitando , tomado que fuese , á los habitantes de Zaragoza su último asilo. A este último general fué enviada parte de la artillería de batir de los sitiadores , que ya á estos de nada servía en la orilla derecha del rio , estando , como estaba , derribada y tomada la muralla , y peleándose solo de calle á calle.

Haciéndose las divisiones Musnier y Grandjean dos trozos de cuatro mil hombres cada uno, se relevaban en la horrorosa contienda de alternar en trabajar á la zapa y en pelear cuerpo á cuerpo en reducidísimo espacio. Nunca habían visto los hombres cosa semejante, ni aun en la época en que la guerra consistía en hacer sitios. Tenían los zaragozanos parapetadas y atrincheradas las puertas y ventanas de sus casas, y éstas por dentro con los tabiques y paredes de medianería derribados, con lo que se pasaban de unas á otras, teniendo hácia fuera aspilleradas las paredes para hacer por aquellos resquicios fuego á las calles, las cuales estaban cortadas de trecho en trecho por atrincheramientos armados con alguna artillería. Así, no bien asomaban á una calle los franceses , cuando llovían sobre ellos á modo

Principia
dentro
de la misma
Zaragoza
la guerra de
ir tomando
casa á casa.

Enero 1809.

de granizada las balas de fusil salidas de los cuartos altos y sótanos de las casas por mil rendijas, y las de metralla disparadas desde los atrincheramientos. A veces, queriendo ellos mismos obligar á los españoles á gastar sus municiones, se entretenian en sacar por una ventana un morrion puesto en la punta de una bayoneta para verle al instante quedar, como quedaba, acribillado á balazos (1). No tenian, pues, los sitiadores otro recurso que el de irse como los sitiados de casa en casa, adelante amparados por paredes contra enemigos que igualmente lo estaban, y yéndose con pausa para no perder todo el ejército en tan horrorosa clase de pelea. De ello resultaba hacerse larga la contienda, y á cada hora mas encarnizada.

Briosos
esfuerzos de
los españoles
para
recobrar los
puestos
que habian
perdido.

Los españoles, cuya rabiosa ira habia crecido hasta lo sumo con haber perdido la muralla, y ver por esto agravado su peligro, habian llegado á ponerse en un estado de verdadero frenesí. Ya no querian atenerse á la defensiva, y aspiraban á recobrar los puestos que les habian tomado. En el centro pretendian volver á hacerse dueños del convento de Capuchinos para envolver desde él la posicion de Santa Engracia. Por la derecha, conservaban todavía en su poder los de Santa Mónica y San Agustin, contiguos á las dos brechas ya ocupadas por los sitiadores, y hacian increíbles esfuerzos para sacar de las mismas brechas á sus contra-

(1) Esta circunstancia ha sido contada al autor de la presente historia por el ilustre mariscal Bugeaud, tan llorado, y que por siempre merece serlo. Era capitán de granaderos en el sitio de Zaragoza, y pocos dias antes de morir solia contar particularidades y menudencias de aquel sitio á quien estos renglones escribe.

rios allí abrigados. Los frailes, á cada hora mas activos, ayudados de algunas mujeres, de aquellas ardorosas á quienes su naturaleza irritable, cuando se dejan llevar de una pasion violenta, da una ferocidad superior á la de los hombres, guiaban á la pelea á turbas compuestas de los mas fanáticos de la plebe y de los mas resueltos entre los soldados. Así, en el ataque del centro, habiendo tratado de abrir con su artilleria una brecha en el convento de Capuchinos, que conservaban por suyo los franceses, una vez se atrevieron á ir á asaltarle á pecho descubierto, pero fueron rechazados á bayoneta calada, quedándoles en esta ocasion tan perdida la esperanza de lograr su propósito, que hubieron de renunciar para siempre á hacer tentativas semejantes.

El terreno y puestos ganados por los sitiadores hácia Santa Engracia fueron por ellos aprovechados siguiendo las ventajas adquiridas. Del convento citado de Santa Engracia arranca una calle bastante ancha, que tiene el mismo nombre y va en línea recta á rematar en el Coso. A ambos lados de ella habia espaciosos y robustos edificios, estando á la derecha de los sitiadores el convento de las Niñas de Jerusalem, y la casa de Locos, y á la izquierda de los mismos el convento de San Francisco. Si lograban los franceses tomar estos edificios, ya se ponian en el Coso, que, segun queda aquí dicho poco antes, es una calle ó paseo en extension y anchura muy superior á las demas de Zaragoza, y el centro de la concurrencia y la línea principal de las comunicaciones de la ciudad.

Pusiéronse, pues, los franceses á la obra de ir ganando casa á casa por ambos lados de la calle de San-

Enero 1809.

Trabajos
de ataque
siguiendo la
calle de
Santa
Engracia.

Modo
de hacer la
guerra

Enero 1809.

de casa á casa
puesto
en uso por
los
sitiadores.

ta Engracia para llegar á los edificios de gran bulto de que les era necesario apoderarse. Cuando entraban en una casa, ó ya por aberturas hechas en ella por los españoles, ó por las que ellos mismos hacian, se arrojaban á bayoneta calada á los que estaban defendiéndola, y los mataban si conseguian detenerlos, obligándolos, cuando no, á ponerse en huida. Pero con frecuencia se dejaban detrás, ya en los sótanos, ya en las boardillas, á hombres tereos en la defensa, cuya obstinacion los llevaba á quedarse en las casas de que ya ocupaban los sitiadores uno ó dos pisos. Entonces quedaban revueltos con los franceses los españoles, disparando éstos á aquellos desde abajo, ó desde arriba al través de los techos ó suelos, como combatientes acostumbrados á tal linage de guerra, y familiarizados con los peligros á él anejos, y dando muestras en tal modo de pelear de una habilidad y un valor que nunca habian mostrado en campo raso. Los franceses, valientes en toda clase de lides, pero deseosos de abreviar éstas, se valian para ello de varios medios, pues ya metian rodando bombas en las casas en que se habian apoderado de los pisos intermedios, ya ponian en las mismas sacos rellenos de pólvora, y volaban la parte de los tejados con los defensores que allí quedaban, y otras veces valiéndose de minas volaban las casas enteras. Pero, cuando así dejaban hechas muchas ruinas, tenian que caminar á pecho descubierto recibiendo de mil partes fusilazos. La experiencia adquirida en algunos dias hubo de enseñarlos á cargar las minas con poca pólvora, á fin de no hacer mas estrago que el necesario para abrir brechas.

Así fueron los sitiadores adelantando por la calle

de Santa Engracia hasta llegar al convento de las Niñas de Jerusalem, del cual procuraron hacerse dueños minándole. No tardaron sus mineros en descubrir que los habia españoles, los cuales venian hácia ellos á fin de anticiparse y ganarles la mano. Pero los franceses la ganaron á sus contrarios pegando antes fuego á las minas, con lo cual quedaron sepultados los españoles en las que habian sido hechas por ellos mismos. Abierta al fin una brecha en el convento de las Niñas de Jerusalem, entraron en él los sitiadores á bayoneta calada, matando muchos de los que le defendian, y haciendo de los mismos buen número de prisioneros. De este convento pasaron los franceses á tomar la casa de Locos, situada asimismo á su derecha en la calle de Santa Engracia. Pero necesitaban abrirse un paso á cubierto en el lado para ellos izquierdo de la misma calle, á fin de llegar á la gran mole del convento de San Francisco, tomado el cual ya estarian en un lado del Coso. Comenzaron, pues, á trabajar por aquel lado.

Mientras de este modo iban ganando terreno los sitiadores por el ataque del centro, pasando de convento en convento para llegar al Coso, no les era menos disputado el triunfo en el ataque por su derecha, en donde para sacar ventaja hubieron de valerse de los mismos medios. Ya habian tomado los conventos de Santa Mónica y San Agustín, volando á los españoles en el momento en que estos intentaban volarlos, gracias á la superioridad en conocimientos y práctica de los mineros franceses. Luego habian seguido constantes en los medios que usaban por las calles del mismo nombre de los dos conventos últimamente aquí citados, las cuales

Adelantan los franceses en el ataque de su derecha para llegar al Coso.

Enero 1809.

A fin
de detener á
los franceses
los españoles
quemán
parte de los
edificios
de Zaragoza.

ambas van á parar al Coso. Para detenerlos habian discurrido los españoles nuevo arbitrio , que era prender fuego á sus casas, que, por tener poca madera y los suelos de ladrillos, ardian muy despacio, y apenas permitian acercarse á ellas mientras estaban ardiendo por el calor que despedian. Veíanse, pues, los franceses obligados á ir adelante por las mismas calles, abrigándose con sacos rellenos de tierra. Pero los primeros que por ellas asomaban, antes de ampararse con un espaldon quedaban casi de seguro heridos ó muertos. Al tiempo mismo que así iban para el Coso por el ataque de una de las dos brechas de su derecha, siguiendo las calles de Santa Mónica y San Agustín, hacian idénticamente lo mismo por la calle Quemada, que llevaba al Coso desde la otra brecha, pasándose de una á otra acera, ya por debajo de tierra, valiéndose de las minas, ya amparados de los sacos rellenos de tierra, por el piso de la calle. Por las tres aquí últimamente nombradas, llegaron así á dos grandes edificios, que ambos daban al Coso, siendo el uno el fin de la misma calle, y el otro uno de sus costados, y allí fué necesario competir en viva y hábil lucha de valor, artificio, y violencia en los medios empleados, ya minando, y contraminando para volarse unos á otros sitiados y sitiadores, ya embistiéndose á bayoneta calada, ya disparándose tiros á boca de jarro. En estas mil refriegas, las mas singulares y extraordinarias de que cabe en la mente humana concebir idea, los soldados franceses, gracias á la viveza de su ingenio y á su denuedo, llevaban casi siempre lo mejor, y si con frecuencia perdian muchos de los suyos, nacia esto de que por su impaciencia se precipitaban al acometer, presentándose á pecho descubierto á

Feb. 1809.

contrarios que seguian resguardados. No perdian los sitiadores menos de cien hombres por dia entre muertos y heridos desde que empezó la guerra de casa en casa, y los españoles, expuestos al doblado mal de las lides, y de una dolencia epidémica, tenian cada dia que enviar al hospital hasta cuatrocientos de los suyos. En uno de estos ataques cayó muerto de un balazo de fusil, que le acertó en la frente, el valiente y hábil general Lacoste. Sucedióle en el mando de su arma el coronel Rogniat, y tambien fué herido. Igual suerte cupo al comandante de batallon Haxo.

En tal clase de operaciones fué embebido el tiempo que corrió desde el dia 26 de enero, en que fué el asalto general, hasta el 7 de febrero, en que fué al fin atacado el arrabal de la ribera izquierda del Ebro. El mariscal Lannes habia mandado al general Gazan que fuese con suma actividad por aquel lado, y el general, no obstante estar enfermo, ayudándole el coronel Dode, llegó á llevar sus aproches hasta estar en el dia 7 bastante inmediato al arrabal para batir en brecha un gran convento, llamado de Jesús, situado á corto trecho de la márgen del rio, aproximándose asimismo á otro edificio de igual clase, cuya toma habria de facilitarle casi inmediatamente la del arrabal entero. En efecto, el 7 ya pudieron los sitiadores romper el fuego con veinte piezas de artilleria de grueso calibre, con las cuales en dos horas abrieron una ancha brecha en el convento de Jesús que intentaban tomar, y echaron de él á cuatrocientos españoles que le ocupaban, precipitándose al momento dentro de sus paredes una columna de cazadores de infantería que se apoderó del edificio. Pero queriendo esta gente, llevada de su ardi-

Ataque
del arrabal
situado
en la ribera
de la
izquierda del
Ebro.

Feb. 1809. miento excesivo, ir mas allá del convento, que formaba él solo una manzana, y llegar, ó á las casas del arrabal, ó al segundo convento que tanto importaba á los sitiadores ganar, hubieron de volver rechazados por un fuego vivísimo de fusilería. Entonces resolvieron arrancar del convento ya ganado por ellos para dirigir desde allí trabajos de aproche al segundo, cuyo nombre era de San Lázaro, y que tocaba por su espalda á la margen del Ebro, y casi á la misma cabeza del puente que va del arrabal á Zaragoza. Desde allí les era fácil tomar el puente, cortar la retirada á las tropas que defendian el arrabal, y hacerse dueños de éste de un solo golpe. Enviaron, pues, los franceses toda cuanta artillería tenian en la orilla derecha del Ebro al general Gazan para que ejecutase cuanto antes pudiese la importante operacion puesta á su cargo.

Horrible
situacion de
los sitiados
en Zaragoza.

En el casco de la ciudad, y por los ataques de la derecha de los sitiadores y del centro, continuaba con el mismo encarnizamiento la guerra subterránea poco antes aquí descrita. Entretanto, por ambas opuestas partes comenzaban á hacerse sentir crueles padecimientos. Iba cebándose una epidemia en los ámbitos de Zaragoza, yaciendo ya en los hospitales mas de quince mil hombres de los cuarenta mil que la defendian. Morian al mismo tiempo los moradores pacíficos, sin que hubiese quien en ello reparase. Faltaba tiempo para sepultar los cadáveres y para recoger los heridos. Unos y otros quedaban abandonados entre los escombros, que despedian de sí á lo lejos un horrible olor pestilente, inficionando el aire. Palafox mismo, acometido de la enfermedad reinante, parecia cercano á su hora postrera, sin que por eso se advirtiese decaimiento en

Feb. 1809.

el mando de la ciudad sitiada. Los frailes(1) que en su nombre gobernaban, conservando sin menoscabo alguno su omnímodo poder sobre la plebe, hacian colgar de las horcas á las personas acusadas de desaliento y de aconsejar la entrega de Zaragoza. Lo general del vecindario miraba con horror y aversion tal situacion, pero sin osar decirlo. Los desdichados moradores de la capital de Aragon vagaban como sombras por las plazas y calles de su ciudad destrozada y asolada.

En tan extremados apuros solo piensan los hombres en los males propios, y no se hacen cargo de los ajenos, y menos siendo de sus contrarios, lo cual estorba conocer bien el estado de las cosas. Así, ignorando los soldados franceses lo que dentro de Zaragoza pasaba, y viendo que, al cabo de cuarenta y tres dias de continuo pelear, apenas habian conquistado dos ó tres calles, unos á otros se preguntaban qué seria de ellos si habia de conquistarse la ciudad entera por los medios hasta entonces empleados. — Aquí pereceremos todos, decian, ¿cuándo se ha visto guerra hecha de este modo? ¿En qué piensan nuestros generales? ¿Han olvidado su oficio? ¿Por qué no esperan á que vengan mas pertrechos y municiones para sepultar á esa gente furiosa debajo de montes de bombas, en vez de enviarnos al matadero uno á uno para conquistar unos cuantos sótanos y palomares? ¿No podria gastarse con mas provecho de nuestro Emperador nuestra vida, que dicen que le debemos, y que no nos negamos á sacrifi-

Mur-
muraciones
de
los soldados
franceses
que
logra acallar
sosegándolos
el mariscal
Lannes.

(1) Mentiras escandalosas. Militares y no frailes seguian dirigiendo la heroica defensa de la capital de Aragon.

Feb. 1809. car por él?— Esto decian por la noche en los cuerpos de guardia y alojamientos los de las divisiones de Grandjeand y Musnier, á quienes tocaba estar de descanso. Lannes los sosegaba y reanimaba con sus palabras, diciéndoles: —*Muchos estais padeciendo, amigos* míos, pero ¿creeis que no padecen igualmente vuestros contrarios? Para cada hombre que perdeis pierden ellos cuatro. ¿Suponeis que han de defender todas las calles de su ciudad porque hayan defendido algunas de ellas? Ya tienen cansados los brios, y así, dentro de pocos dias estareis triunfantes, y sereis dueños de una ciudad en que ha puesto la nacion española todas sus esperanzas. Vamos, amigos, añadia, haced algunos esfuerzos mas y habreis concluido con todas vuestras penalidades y fatigas.— Con todo, el heróico mariscal no pensaba lo que decia, pues, siendo con ellos general, y con su Emperador soldado, escribia á éste que ya no sabia cuándo tendria fin el sitio horroroso puesto á su cargo, porque era imposible señalarle término, habiendo casa cuya toma costaba dias.

Sin embargo, ni Lannes ni sus soldados, aunque se quejasen, alojaban en valor ó en actividad. En el ataque del centro, mientras iban por una mina de la casa de los Locos al espacioso convento de San Francisco, habian advertido que tambien los sitiados andaban mirando por aquella parte. Tenian los sitiadores cargada su mina con mas de tres mil libras de pólvora, y con la intencion de hacer mas destrozo de una vez, fingieron ir á dar un asalto para llamar allí á un número mas crecido de sus enemigos. Ocuparon al instante los españoles todos los pisos del convento esperando en él á sus contrarios á pié firme. Entonces, el sargento ma-

Horrible
explosion de
una mina
que vuela el
convento de
San
Francisco.

yor de ingenieros francés Breuille dió orden de pegar fuego á la mina, la cual reventó con horrorosa explosion, temblando al estampido toda Zaragoza, y volando por los aires una compañía entera del regimiento español de Valencia, á la par con las ruinas del convento de San Francisco. Quedaron todos horripilados á tal suceso. En seguida, arrojándose á las ruinas á bayoneta calada los sitiadores, por entre escombros, llamas y balas de fusilería, desalojaron de aquel puesto á los españoles que en él todavía quedaban. Pero refugiándose algunos de estos á un campanario y al tejado de la iglesia del convento, abrieron en este último un agujero, por el cual echando hácia abajo granadas de mano compelieron á los franceses á retirarse de allí por breve rato. Estos, al cabo, vinieron á quedar dueños del convento arruinado, á pesar de tal resistencia, con lo que ya estaban en un esquinazo del Coso. Sin tardanza, se pusieron á minar por debajo del mismo gran paseo ó calle, á fin de volar con explosiones no menos terribles las casas que por ambos lados le ceñían.

Al mismo Coso habian llegado igualmente los sitiadores por el ataque de su derecha, siguiendo las calles Quemada, de Santa Mónica y de San Agustin, y habiéndose hecho dueños del colegio de la Escuela Pia, minado el grande edificio de la Universidad, y por un costado adelantándose un tanto hácia el Ebro, á fin de juntarse con los suyos que estaban combatiendo el arrabal y ayudarlos á ganarle. La Universidad habia de ser volada en el dia mismo en que fuese el arrabal tomado.

Habia llegado el 18 de febrero, y llevaban cincuenta dias de tiempo las operaciones del asedio de

Feb. 1809.

situado
en la orilla
izquierda
del Ebro.

Zaragoza, habiendo gastado los sitiadores veinte y nueve en combatirla hasta ganar su muralla, y veinte y uno en ir conquistando terrenos por sus calles. Acercábase la hora en que, agotado ya el aliento de los españoles, algun lance grave del sitio les diese una razon decisiva para rendirse. Aquel mismo dia estaba destinado por los franceses en el casco de la ciudad á volar la Universidad, y en el arrabal á tomar el convento que llegaba á dar en el mismo puente del Ebro. En aquella mañana, puesto Lannes á caballo con el general Gazan á su lado, mandó dar principio al ataque del arrabal. Tronaron contra el convento objeto del ataque cincuenta bocas de fuego. Las paredes de aquel edificio, obra de ladrillo, tenian cuatropiés de espesas. A las tres de la tarde quedó abierta en ellas una brecha ya practicable, á la cual se arrojaron inmediatamente á paso redoblado un batallon del regimiento francés número 28 y otro del 105, que entraron en el convento, matando en él trescientos ó cuatrocientos españoles. Si hubiese sido la brecha tan espaciosa que pudiese pasar por ella toda la division de Gazan, estaban perdidos los siete mil españoles que guarnecian el arrabal, porque era muy fácil cortar á éste del casco de la ciudad con pasar los sitiadores de tomar el convento á hacerse dueños del puente vecino. Entraron, sin embargo, en el edificio ganado todas cuantas tropas francesas cupieron, y de él pasaron á tomar el puente. Viendo la guarnicion del arrabal que iba á quedarle cortada la retirada, trató de abrirse paso. Acudieron precipitadamente á la entrada del puente tres mil de ella, y, queriendo detenerlos los franceses, se mezclaron y revolviéron unos con otros, logrando parte de los es-

pañoles pasar, y quedando otra parte muy mal parada. Feb. 1809:
 Los cuatro mil que permanecieron dentro del arrabal, tuvieron que rendir las armas y que entregarle.

Tan brillante y decisiva operacion, dirigida por Lannes en persona, solo costó á los vencedores diez muertos y cien heridos, privando á la poblacion de Zaragoza de su principal asilo, y dejando el casco de la ciudad expuesto á ser abrasado por los fuegos de la ribera izquierda del Ebro. Mientras esto pasaba en el arrabal, puestas sobre las armas las tropas de la division de Grandjean, estaban aguardando el instante en que volase el edificio de la Universidad para abalanzarse á sus ruinas. Voló, en efecto, al impulso de una mina cargada de mil y quinientas libras de pólvora, con horroroso estruendo, y al momento, arrojándose al *asalto los soldados de los regimientos franceses, números 14 y 44*, quedaron dueños de la parte alta donde remata el Coso, y de ambos costados de esta calle por aquel punto. En el ataque del centro ya solo faltaba un dia para volar las casas y el suelo del Coso por donde esta calle promedia.

Vuela en el casco de Zaragoza el edificio de la Universidad en el ataque dado á la plaza por el centro.

Por obstinado que fuese el valor de los frailes y campesinos (1) que habian trocado gustosos el aburrimiento del convento ó las duras labores de la tierra por el alentado oficio de las lides, no podia su furia resistir á los repetidos reveses padecidos por los defensores de Zaragoza en el dia 18. Ya solo una tercera parte de los que en la poblacion llevaban armas se mantenian en pié. Los moradores pacíficos estaban desesperados y

Apuros y cansancio de los defensores de Zaragoza.

(1) Digase las tropas y moradores de Zaragoza.

Feb. 1809. Palafox casi moribundo. Cediendo, pues, al cabo, la junta de defensa al golpe de tantas calamidades juntas, *resolvió capitular y envió á los franceses un parlamentario* que se les presentó en el nombre de Palafox. Tanto habian repetido los malaventurados defensores de la capital de Aragon que estaban vencidos en lo demas de España los ejércitos franceses que habian llegado á creerlo. Venia, pues, el parlamentario de los sitiados con la solicitud de que se les permitiese enviar fuera de la ciudad sitiada un emisario á saber si real y verdaderamente estaban dispersos donde quiera los ejércitos españoles, y si habia venido á ser de todo punto y de veras inútil la resistencia de la desdichada Zaragoza.

Pide
capitulación
Zaragoza.

Respuesta
de Lannes
á los
zaragozanos.

Respondió á esto Lannes que él nunca decia cosa falsa, bajo palabra de honor, ni aun haciéndolo como astucia de las permitidas en la milicia, y, por lo mismo, que debian creerle los sitiados cuando afirmaba, como hacia, que estaban vencidos en todas partes los españoles desde los Pirineos hasta la Sierra Morena, prisioneras las reliquias del ejército del marqués de la Romana, embarcados los ingleses, y ya sin gente que le siguiese el duque del Infantado. A esto agregó que los sitiados habian de entregársele sin condiciones, no haciendo lo cual, en el dia siguiente volaria él toda la parte central del casco de Zaragoza.

Rendicion
de
Zaragoza.

En el mismo dia siguiente 20 de febrero, pasó la junta al campamento francés y consintió en la entrega de la plaza, conviniéndose en que la guarnicion, que aún quedaba en pié, saliese por la puerta del Portillo, la principal de la ciudad, entregase las armas y quedase prisionera de guerra, á no ser que quisiese entrar á servir al rey José.

El 21 de febrero desfilaron diez mil hombres de infantería y dos mil de caballería, pálidos, flaquísimos, y postrados, delante de los soldados franceses admirados y llenos de compasion al verlos. Entraron éstos en seguida en la infeliz ciudad encontrándola llena de ruinas y cadáveres podridos. De cien mil personas ó moradoras de Zaragoza ó refugiadas á su recinto, cincuenta mil habian muerto. Yacia derribada por el suelo la tercera parte de los edificios de la ciudad, y las otras dos terceras partes atravesadas de balas de artillería y manchadas todas de sangre despedian de sí miasmas mortíferos (1). Partíaseles el corazon á los soldados franceses, que asimismo habian tenido una pérdida dolorosísima, habiendo quedado fuera de combate hasta tres mil hombres de los catorce mil que habian tenido parte activa en el asedio. De cuarenta oficiales de ingenieros empleados en él habia veinte y siete muertos ó heridos, contándose en el número de los primeros el ilustre y desgraciado general Lacoste. Los soldados de

Horroroso estado en que estaba Zaragoza cuando cayó en poder de los franceses.

Grave y dolorosa pérdida de los franceses en el memorable sitio de la capital de Aragon.

(1) Resta añadir á lo dicho en el texto de esta historia sobre la toma de Zaragoza, que Lannes, á quien pinta M. Thiers como humano, usó de su triunfo con crueldad é injusticia. En los religiosos se cebó, mandando dar muerte á un número de ellos no poco crecido, porque miraba como rebelion la defensa hecha por los españoles y como digno, cuando no de castigo, de perdon como culpados, todos cuantos en ella habian tenido parte. Así, á algunas de tales atrocidades fueron dadas las formas de la justicia militar, siendo hechas por sentencia de consejo de guerra las mal llamadas justicias. Otros excesos sangrientos hubo, como fué matar á tiros á algunos de los prisioneros hechos en Zaragoza cuando, al llevarlos á Francia, vieron que por su estado corporal no podian seguir caminando, pero tales maldades fueron desenfrenos de la soldadesca y no obra de los que tenian en el ejército francés los mandos superiores. Todo ello, sin embargo, obra de franceses era, y no redundaba en buen crédito de la nacion á que los perpetradores de las muertes correspondian. A Palafox cupo por suerte ser encerrado en un castillo, tratándole con demasiada misericordia si era rebelde, y con extremada dureza si habia de considerársele, segun pedia la justicia, como á un esforzado defensor de la causa de su rey y de su patria.

Feb. 1809.

la misma arma de ingenieros estaban reducidos á la mitad de la fuerza que al empezar el asedio contaban. Ningun suceso de la historia moderna habia sido cosa parecida á este sitio, siendo forzoso ir á los tiempos de la antigüedad á buscar dos ó tres ejemplos de la misma clase, y encontrarlos en los sitios afamados de Sagunto, de Numancia ó de Jerusalem. Aún todavía excedia en horror el suceso moderno á los de las edades antiguas, tanto cuanto son superiores los medios de destruccion discurridos y usados por la ciencia del dia presente. Dice bien un autor antiguo que deliran los reyes y los pueblos, y es consecuencia de su delirio caer millares de víctimas inocentes.

Fué prodigiosa la resistencia hecha en Zaragoza por los españoles y lo fué, sobre todo, por lo obstinada, acreditando haber en ellos tanto valor natural, cuanto probaba su conducta en los campos de batalla faltarles en gran manera el valor adquirido en que consiste la fuerza de los ejércitos reglados. Pero fué todavía mas extraordinario en este sitio el valor de los franceses (1), que siendo solo quince mil hombres atacaron á cuarenta mil parapetados peleando sin fanatismo ni ferocidad, y solo llevados por la idea de la grandeza de su patria, de que eran á la sazón glorioso emblema sus banderas.

Tal vino á ser la terminacion de la segunda campaña de los franceses en la Península española cuyo principio fué en Burgos, Espinosa y Tudela, siendo su fin la rendicion de Zaragoza; campaña á la cual dió realce haber presentádose Napoleon en España, reti-

Carácter
y resultas de
la segunda
campaña de
los franceses
en la
Península
española.

(1) De ello sean jueces los que no sean ni franceses ni españoles.
N. DE A. A. G.

rádose precipitadamente los ingleses, y sometídose, en la apariencia, los españoles al rey José. En la campaña de que acaba ahora de hablar esta historia, habian sido admirables las maniobras de Napoleon, y no menos admirable la conducta de sus tropas, y, con todo eso, á pesar de haber sido grandes las ventajas alcanzadas, no igualaban á las antes conseguidas sobre los bien ordenados ejércitos de Austria, Prusia y Rusia. Parecia como que la inmensa suma de ciencia, experiencia y valor de los franceses venia á malográrseles empleada contra la inexperiencia y desórden de los ejércitos españoles, sucediendo como cuando á veces sirve de poco la habilidad de un maestro de esgrima contra la torpeza de un hombre que en su vida ha manejado una espada. Los españoles en el campo de batalla, lejos de mantenerse firmes delante de sus contrarios, huian dejándose sus fusiles, artillería y banderas, pero no se dejaban coger prisioneros, y quedaba á los vencedores que vencer los espaciosos llanos, los fragosos montes, y el clima abrasador de la Península, y el odio de los españoles á los extranjeros y su aficion á empezar de nuevo una guerra de aventuras de que salian bien con *huir; cosa fácil en gente tan ágil, y falta de equipaje; á lo cual se agregaba tener que vencer en algunas ocasiones resistencias hechas al abrigo de murallas y paredes, de la clase de la hecha por Zaragoza. Verdad es, con todo, que la capital de Aragon era el último esfuerzo de esta naturaleza que era de temer que hiciesen los españoles. Por infatigables que estos fuesen, bien podia lograrse cansarlos: aunque ciegos (1) bien era dable*

(1) Bien podia preguntarse á M. Thiers, en quien el amor de su patria llega á ser exceso, si en caso de que un soberano extranjero, siguie-

Feb. 1809. ilustrarlos hasta darles á conocer el precio grandísimo del gobierno que les daba el emperador francés al darles su hermano por rey. Recien ocurridos los sucesos de Espinosa, Tudela, Somosierra, la Coruña, Uclés y Zaragoza, estaban los españoles abatidos y desanimados, á lo menos por un plazo mas ó menos breve, y, si no viniese la política de los demas Estados de Europa á darles favor enmarañando de nuevo los negocios, iba á ser regenerada España por una estirpe de reyes venida de Francia su vecina. Pero los arcanos del destino de nadie eran conocidos, ni podian serlo. Napoleon, recibiendo en aquellos dias una carta del príncipe Cambacères deseándole felicidades en el año nuevo, habia dicho en su contestacion.—Para que podais descarme felicidades del mismo modo unas treinta veces, *ha de ser preciso tener juicio*.—Pero, habiendo así comprendido que debia tenerle, ¿acertaria á tenerle? En esto, fuerza es repetirlo, estaba todo el toque y el único toque de la dificultad. Solo él, de Dios abajo, tenia en sus manos la suerte de los españoles, alemanes, polacos é italianos, y, por desgracia, tambien la de los franceses así como la de los demas pueblos.

Mientras los ejércitos del emperador francés, descansado que hubieron por corto tiempo, se preparaban á arrojar á Lisboa desde la Coruña el del mariscal Soult, á Sevilla desde Madrid el del mariscal Victor, y á Valencia desde Zaragoza el de Aragon, fuerza será que

ra fuese de nacion mas ilustrada que la francesa, suponiendo esto posible, aunque hoy no la haya, tratase al monarca ó magistrado supremo del pueblo francés y al pueblo mismo como trató á España y á sus príncipes Napoleon, llamaria él ceguedad el acto de volver por la honra é independencia nacional, tomando satisfaccion de enormes agravios.

vaya esta historia siguiendo al varon cuyos hechos cuenta desde las cumbres del Guadarrama á las riberas del Danubio, y desde el campo de batalla de Somosierra á los de Essling y Wagram. Entonces aún tenia que esperar dias de ventura, por ser todavía tiempo de que fuese cuerdo, y porque aún no habia cometido los últimos yerros de su vida, cabalmente los mas irremediables. No era, en efecto, imposible, aunque fuese ya haciéndose dudoso al ver qué rumbo daba á las cosas (1), que quedasen por sus manos regenerada España, libertada Italia del yugo austriaco, y Francia en la grandeza á que él la habia sublimado; y que viniese él á ser sepultado en las orillas del Sena, sin haber antes descansado su cuerpo por breves años entre las aguas de los apartados mares.

(1) Este rumbo podia ser acertado ó desacertado, pero los medios por donde iba al rumbo tan apetecido eran inicuos. Despues de lo hecho en Bayona no merecian ni el emperador francés ni la Francia, que aprobaba sus acciones, ó cuando menos á ellas se prestaba dócil, ser felices: sentencia dada en esta misma obra por M. Thiers, y de él con frecuencia olvidada, aun á poco despues de haberla dado. Verdad es que no vino á ser España feliz, acabada que fué la guerra y conseguido que hubo su independencia, sobre dejar su honor ileso y hasta con nuevo lustre. Pero si faltas del rey Fernando, que se convirtió en 1814 en cabeza de partido cuando debería haber mediado entre todos, pues por todos habia sido servido igualmente, malograron las resultas de la guerra, y echaron la semilla de futuros males, esto no quita que la guerra justa en sus principios, hija de nobles pensamientos y generosos afectos, y no desacertada en sus fines, sea una página brillante en la poco feliz época que en el siglo XIX ha cabido y sigue cabiendo en suerte á la malaventurada España.

N. DE A. A. G.

INDICE

DE LOS LIBROS CONTENIDOS EN ESTE TOMO.

LIBRO XXXI.

BAILEN.

Situacion de España, pendientes los sucesos ocurridos en Bayona.— Disposiciones de las diferentes clases de la nacion española.— Sorda indignacion en los españoles, próxima á estallar á cada instante.— Publicanse de oficio las renunciaciones forzadas de Fernando VII y Carlos IV, y causa su publicacion efectos prodigiosos.— Levántanse simultáneamente Asturias, Galicia, Castilla la Vieja, Extremadura, Andalucía, los reinos de Murcia y Valencia, Cataluña y Aragon.— Formacion de Juntas en todas estas provincias; declaracion de guerra hecha por ellas á Francia; levantamiento de todo el pueblo español, y muerte dada á muchos capitanes generales.— Primeras providencias dictadas por Napoleon para reprimir el levantamiento de España.— Saca el Emperador francés de Paris, y de los campamentos de Boloña y Bretaña algunos regimientos viejos.— Envia á España tropas polacas.— Sujeta el general Verdier un levantamiento en Logroño; el general Lasalle otro en Valladolid, y el general Frère otro en Segovia.— El general Lefebvre-Desnoettes, al frente de una columna, compuesta principalmente de caballería, desbarata á los aragoneses en Tudela, Mallen y Alagon, pero de súbito tiene que pararse delante de Zaragoza que le resiste.— Combates dados por el general Duhesme en las cercanias de Barcelona.— Va sobre Valencia el Mariscal Moncey, y hace estancia en Cuenca.— Movimiento del general Dupont sobre Andalucía.— Encuétrase Dupont con los andaluces levantados situados en el puente de Alcolea, los arrolla, echa abajo las puertas de Córdoba y entra esta ciudad á viva fuerza.

—Saqueo de Córdoba.—Muerte dada á los enfermos y heridos franceses en los caminos todos.—Detiénese en Córdoba el general Dupont.—Situacion apurada de la escuadra del almirante Rosily en Cádiz esperando á los franceses que no llegan.—Atacada esta escuadra en la bahía de Cádiz por los españoles se ve forzada á rendirse, despues de haber hecho una animosa resistencia.—Rodeado el general Dupont de poblaciones levantadas, retrocede para acercarse a los refuerzos que ha pedido, y va á situarse en Andújar.—Inconvenientes de esta posicion.—Ignorancia absoluta que hay en Madrid en punto á todo cuanto pasa á los varios cuerpos del ejército francés, de resultas de haber sido muertos todos los correos.—Inquietud tocante á la suerte del mariscal Moncey y del general Dupont.—Salen la division de Frère á dar auxilio al mariscal Moncey, y la de Vedel á reforzar al general Dupont.—Envia Napoleon desde Bayona á España nuevos refuerzos.—Repártense por las fronteras columnas de gendarmería y guardia nacional.—Fórmase la division de Reille para desahogar al general Duhesme bloqueado en Barcelona.—Júntase un ejército de sitio delante de Zaragoza.—Compónese una division de tropas veteranas al mando del general Mouton para tener á raya la region septentrional de la Península y servir de escolta á José.—Pasa á España José Bonaparte.—Camina con lentitud.—Lléñase de tristeza al ver levantados contra él todos los que habian de ser sus súbditos.—Sucesos militares en las tierras que va atravesando.—Ataque dado sin fruto á Zaragoza.—Júntanse las fuerzas de los españoles levantados en el Norte, mandadas por los generales Blake y Cuesta.—Va sobre estos generales el mariscal Bessiéres.—Batalla de Rioseco y brillante victoria del mariscal Bessiéres.—José, bajo los auspicios de esta victoria, se apresura á entrar en Madrid.—Cómo es recibido.—Sucesos militares en la parte meridional de España.—Campaña del mariscal Moncey en el reino de Valencia.—Paso del puerto de las Cabrillas.—Ataca el mariscal á Valencia sin fruto.—Retirase el mariscal por la carretera de Murcia.—Importancia de los sucesos en Andalucía.—Sale la division de Gobert en seguida de la de Vedel á reforzar al general Dupont.—Situacion de este general en Andújar.—Dificultades que encuentra para su sustento.—Calor sofocante.—Va Vedel á situarse en Bailen, habiendo forzado el paso de Sierra Morena.—Situase Gobert en la Carolina.—Obstinacion del general Dupont en estar en Andújar.—Las fuerzas españolas de Granada y los otros reinos de Andalucía, ya unidas, se presentan el 15 de julio delante de Andújar, y hacen fuego de artillería á la ciudad sin trabar batalla.—Acude intempestivamente Vedel de Bailen á Andújar, y no mas oportunamente le envia Dupont de vuelta á Bailen.—Mientras queda Bailen desocupado, fuerza el general Reding el paso del Guadalquivir, y oponiéndosele el general Gobert muere en la pelea.—Reemplaza el general Dufour al muerto Gobert.—Corriendo la voz falsa de que se encaminan los españoles por un atajo á los puertos de Sierra Morena, acuden los generales Dufour y Vedel á la Carolina, y dejan por segunda vez desocupado á Bailen.—Consejo de guerra en el campamento de los españoles.—Queda resuelto en este consejo de guerra que, pues parece tan difícil atacar á Andújar, se vaya sobre Bailen.—Atacado Bailen por consecuencia de esta resolucion, es ocupado sin resistencia.—Al saber esta novedad el general Dupont marcha á Bailen.—Encuétrase allí con los españoles en gran fuerza.—Batalla de Bailen funesta á los franceses.—No pudiendo el general Dupont abrirse paso para juntarse con los generales sus subalternos, se ve forzado á pedir una suspension de armas.—Tardía é inútil vuelta de los generales Dufour y Vedel sobre Bailen.—Conferencias de que resulta la funesta capitulacion de Bailen.—Violacion de esta

capitulacion á muy poco de haberse firmado.— Los franceses que debian haber sido restituidos á Francia , con permiso de volver á usar de las armas , quedan detenidos como prisioneros. — Bárbaros tratamientos que padecen.—Terrible efecto de la noticia de estos sucesos en toda España.—Entusiasmo de los españoles y abatimiento de los franceses.—Espantado José se resuelve á evacuar á Madrid.—Retirada del ejército francés á las orillas del Ebro.— El general Verdier, entrada ya Zaragoza á viva fuerza , y hecho él dueño de buena parte de la ciudad , se ve obligado á evacuarla para juntarse con el ejército francés en Tudela.—El general Duhesme hace una tentativa inútil para ganar á Gerona , y, malográndosele, se ve obligado á encerrarse en Barcelona sin haber podido recibir auxilio del general Reille.—Rechazo de estos sucesos en Portugal.—Sublevacion general de los portugueses.—Esfuerzos del general Junot para reprimir el levantamiento de Portugal.—Apresúrase el gobierno británico á favorecer á los portugueses levantados.—Vienen á la Península varios cuerpos de ejército ingleses.—Desembarca Sir Arturo Wellesley en la desembocadura del Mondego.—Va el general inglés sobre Lisboa.—Brillante combate de tres mil franceses contra quince mil ingleses en Roliza.—Sale Junot al encuentro de los ingleses con fuerzas escasas.—Batalla de Vimeiro fatal á los franceses.—Capitulacion de Cintra, en que se estipula la evacuacion de Portugal por los franceses.—No queda á los franceses de toda la Península mas terreno que el comprendido entre el Ebro y los Pirineos.—Desesperacion de José, el cual manifiesta vivos deseos de volverse á Nápoles.—Pesar de Napoleon, tan pronta y cruelmente castigado por sus faltas.

De la pág. 1 á la 272.

LIBRO XXXII.

ERFURT.

Llega á conocimiento de Napoleon la capitulacion de Bailen cuando está él viajando por las provincias meridionales de su Imperio.—Explosion de su ira y pena al recibir la noticia de suceso tan funesto.—Da orden para que sea puesto preso el general Dupont cuando vuelva á Francia.—Cumple Napoleon la palabra que habia dado de visitar la Venda, donde es recibido con entusiasmo.—Llega á Paris el 14 de agosto.—Irritacion y audacia que producen en el Austria los sucesos de Bayona.—Explicase Napoleon con el conde de Metternich.—Quiere Napoleon forzar á la corte de Viena á que declare cuáles son verdaderamente sus intenciones antes de tomar él un partido definitivo en punto á la distribucion de sus fuerzas.—Obligado Napoleon á retirar de Alemania parte de sus tropas veteranas, consiente en desocupar el territorio prusiano.—Condiciones con que le desocupa.—Vése Napoleon en mas necesidad que en otro algun tiempo de hacerse á la corte de Rusia su amigo.—Expresa con frecuencia el emperador Alejandro deseos de tener nuevas vistas con Napoleon para entenderse con él en derechura sobre los negocios de Oriente.—Señálase para celebrar estas vistas la ciudad de Erfurt y por época

los últimos dias de setiembre.—Dispónese todo para dar el mayor lustre posible á las vistas de ambos emperadores.—Entre tanto hace Napoleon preparativos en la parte militar para hacer frente á todo evento.—Estado de las cosas en España durante la estancia de Napoleon en París.—Operaciones del rey José.—Cómo distribuye Napoleon sus fuerzas.—Pasan del Piamonte á Cataluna tropas francesas é italianas.—Salen de Prusia para España el 1.º y 6.º cuerpo de ejército.—Van al mismo punto todas las divisiones de dragones.—Nueva conscripcion.—Costo de estos armamentos.—Medios empleados para impedir una gran baja en los fondos públicos.—Efecto de las manifestaciones diplomáticas de Napoleon en las varias córtes.—Intimidada la de Austria, se contiene.—La Prusia acepta con alegría que le desocupen su territorio, pero al mismo tiempo pide que le den nuevo y final alivio de sus cargas pecuniarias.—Empeño apresurado del emperador Alejandro en pasar á Erfurt.—Oposicion de la madre del emperador ruso á este viaje.—Llegan los dos emperadores á Erfurt el 27 de setiembre de 1808.—Trátanse uno á otro con extrema-cortesía.—Afluencia de soberanos y grandes personajes en lo civil y lo militar que acude á Erfurt de todas las capitales de Europa.—Dáse allí al mundo un espectáculo magnífico.—Ideas políticas cuya aprobacion en Erfurt se propone Napoleon.—Intenta sustituir al proyecto quimérico de particion del imperio turco la concesion inmediata de la Moldavia y la Valaquia á Rusia.—Efecto que hace en la imaginacion de Alejandro este celo nuevo.—Entra en los intentos de Napoleon el emperador ruso, pero, pues ha de tener menos, quiere tenerlo pronto.—Excede á la impaciencia de poseer las provincias linderas del Danubio, despertada en el emperador Alejandro, la del anciano señor de Romanzoff su ministro.—Pónense de acuerdo ambos emperadores.—Satisfaccion reciproca y fiestas brillantes.—Llega á Erfurt el baron de Vincent, representante del Austria.—Dedicanse de consuno los emperadores Napoleon y Alejandro á poner al enviado austriaco en mala situacion.—Venidos ya uno y otro emperador, tratan de poner por escrito lo resuelto entre ellos de palabra.—Deseoso Napoleon de que salga de las vistas de Erfurt la paz general, quiere que se empiece por hacer proposiciones pacíficas á la Inglaterra.—Consiente Alejandro en ello, con tal que por hacerlo no se demore tomar el posesion de las provincias linderas del Danubio.—Encuéntrase dificultoso acertar con un modo de extender proposiciones que satisfagan á uno y otro deseo.—Convenio de Erfurt firmado el dia 12 de octubre.—Napoleon, para hacerse mas grato á Alejandro, concede á la Prusia una rebaja notable en las contribuciones de guerra que le estaba sacando.—Primer idea de un enlace matrimonial entre Napoleon y una hermana de Alejandro.—Disposiciones que manifiesta el czar en punto á este casamiento.—Satisfaccion de ambos emperadores, que se separan el 14 de octubre, habiéndose dado muy visibles testimonios de múlto buen afecto.—Salen de vuelta, Alejandro para San Petersburgo, y Napoleon para París.—Llega el emperador francés á San Cloud el 18 de octubre.—Da disposiciones antes de pasar á ponerse al frente del ejército de España.—Napoleon, perdido el temor de que en breve tiempo se le declare enemiga el Austria, saca de Alemania otro cuerpo de ejército mas, que es el 5.º.—Queda el ejército grande convertido en ejército del Rhin.—Composicion, planta y arreglo del ejército de España.—Salen de París para Bayona Napoleon y Berthier.—Quéíase en París el señor de Romanzoff para seguir la negociacion abierta con Inglaterra en nombre de Francia y Rusia.—Cómo es recibido en Lóndres el mensaje de los dos emperadores.—Esfuerzos de los señores de Champagny y de Romanzoff para eludir las dificultades que á la negociacion pone el ministerio británico.—

Temiendo la Inglaterra desanimar á los españoles y austriacos, rompe de pronto las negociaciones.—Respuesta amarga dada por el Austria á lo que desde Erfurt se le comunica.—Segun las intenciones que manifiestan las varias córtes, se vé claro que no puede Napoleon hacer en España mas que una campaña muy breve.—Cómo combina las cosas el emperador francés para conseguir en España en poco tiempo ventajas decisivas. 273 á la 411.

LIBRO XXXIII.

SOMOSIERRA.

Llegada de Napoleon á Bayona.—Mal cumplimiento dado á gran parte de las órdenes que habia expedido. — Cómo remedia este mal. — Va Napoleon á Vitoria.—Ardor de los españoles en sustentar una guerra que habian empezado consiguiendo ventajas.—Proyecto de que arme España quinientos mil hombres.—Rivalidad entre las juntas provinciales y formacion de una junta central en Aranjuez.—Direccion de las operaciones militares de los españoles.—Plan de campaña de los mismos.—Distribuyen los levantados sus fuerzas en tres ejércitos que llaman de la izquierda, del centro, y de la derecha.—Encuentro prematuro entre el cuerpo de ejército del mariscal Lefebvre y el ejército del general Blake delante de Durango.—Combate de Zornoza.—Son arrollados los españoles.—Llegado Napoleon á Vitoria, mejora la posicion de sus cuerpos de ejército, y forma el proyecto de dejar á sus contrarios adelantarse á envolverle por sus dos alas, y caer él con ímpetu sobre Burgos, revolviendo en seguida sobre Blake y Castaños y cogiendo á uno y otro por la espalda.—Ejecucion de este proyecto.—Marcha sobre Burgos el segundo cuerpo de ejército francés mandado por el mariscal Soult.—Batalla de Burgos, y toma de esta ciudad.—Los mariscales Victor y Lefebvre opuestos al general Blake, le persiguen con furioso empeño.—Da Victor con Blake en Espinosa y le desbarata y dispersa su ejército.—Movimiento del tercer cuerpo de ejército francés mandado por el mariscal Lannes sobre el español de Castaños.—Maniobra hecha por la espalda de Castaños, para lo cual va enviado á los montes de Soria el mariscal Ney.—Batalla de Tudela y derrota de los ejércitos españoles del centro y de la derecha.—Libertado ya Napoleon de los grandes ejércitos de los levantados españoles, adelanta hácia Madrid, sin atender á los ingleses, á los cuales desea atraer á internarse en la Peninsula.—Marcha á la cordillera de Guadarrama.—Brillante combate de Somosierra.—Preséntase el ejército francés delante de las tapias de Madrid.—Esfuerzos de Napoleon para excusar á la capital de España los horrores de una toma por asalto.—Ataque dado á Madrid, y rendicion de esta capital.—No quiere Napoleon que entre en Madrid su hermano ni entra él.—Disposiciones del Emperador francés en lo político y en lo militar.—Abolicion de la inquisicion, de los derechos feudales y de una parte de los conventos.—Vienen á Madrid con sus tropas los mariscales Lefebvre y Ney, y pasa á Castilla la Vieja el mariscal Soult á operaciones ulteriores

contra los ingleses.—Operaciones en Aragon y Cataluña.—Lentitud irremediable en el sitio de Zaragoza.—Campana del general Saint-Cyr en Cataluña.—Pasa este general la frontera.—Sitio de Rosas.—Marcha hecha con habilidad para no acercarse á las plazas de Gerona y Hostalrich.—Encuéntanse uno con otro en Cataluña los ejércitos francés y español y dándose batalla en Cardedeu.—Entra el general Saint-Cyr triunfante en Barcelona.—Sale de allí inmediatamente el mismo general á tomar el campamento español del Llobregat, y alcanza victoria en Molins del Rey.—Continuacion de los sucesos en el centro de España.—Llegada del mariscal Lefebvre á Toledo y del mariscal Ney á Madrid.—Noticias del ejército inglés traídas por desertores del mismo.—Reunido el general Moore en Benavente con la division de sir David Baird adelanta yendo al encuentro del mariscal Soult.—Maniobras de Napoleon para caer sobre un costado de los ingleses y envolverlos.—Salida de Madrid del mariscal Ney con las divisiones de Marchand y Maurice-Mathieu, y de Napoleon con las de Lapisse y Dessoles y la guardia imperial.—Pasa Napoleon el puerto de Guadarrama.—Tempestad, lodazales profundos y dilaciones inevitables.—Avisado el general Moore del movimiento de los franceses, se pone en retirada.—Va siguiéndole Napoleon hasta llegar á Astorga.—Recibe correos de Paris el Emperador francés que le obligan á pasar á situarse en Valladolid.—Encomienda al mariscal Soult la obra de perseguir al ejército inglés.—Retírase el general Moore, yendo el mariscal Soult dándole alcance.—Desórdenes y destrozos en esta retirada.—Encuentro de los opuestos ejércitos en Lugo.—Vacilacion del mariscal Soult.—Llegada de los ingleses á la Coruña.—Batalla de la Coruña.—Muere en la batalla el general Moore y embárcanse los ingleses.—Pérdidas de los ingleses en la recién concluida campana.—Ultimas instrucciones que da antes de salir de España Napoleon, el cual se pone en camino para Paris.—Plan para conquistar la parte meridional de España, dando antes al ejército francés un mes de descanso.—Movimiento del mariscal Victor sobre Cuenca para dejar definitivamente el centro de España limpio de fuerzas de los levantados.—Batalla de Uclés, en que cae prisionera de guerra la mayor parte del ejército del duque del Infantado, que antes era de Castaños.—Obrando la influencia de tales prósperos sucesos, entra por fin en Madrid José, con consentimiento de Napoleon, y es bien recibido en la capital de España.—Parece España dispuesta á someterse.—Solo Zaragoza presenta un punto de resistencia en las regiones del centro y norte de España.—Con qué clase de dificultades tropiezan los sitiadores de la capital de Aragon.—Pasa el mariscal Lannes, por orden de Napoleon, á activar las operaciones del sitio de Zaragoza.—Vicisitudes y horrores del sitio por siempre memorable de la capital de Aragon.—Heroismo de españoles y franceses.—Rendicion de Zaragoza.—Carácter y fin de la segunda campana de los franceses en España.—Qué probabilidades favorables tenia José de llegar á reinar. 413 á la 677.

California, Deseret y Nueva-México, y se autorizase al pueblo de Jacinto, previo el consentimiento de Texas, para redactar su Constitución y organizar su Gobierno con objeto de ser admitido después á formar parte de los Estados-Unidos. Este asunto se comenzó á discutir el día 22, dando lugar á un prolongado debate, y el 29 de enero presentó Mr. Enrique Clay una serie de acuerdos por los cuales esperaba dejar arreglada para siempre la cuestión de la esclavitud. Su plan se reducía en resumen á que se admitiera á California como Estado, á formar gobiernos territoriales en las nuevas regiones adquiridas, á fijar los límites de Nueva-México y Texas, á proponer que esta república pagase la deuda contraída antes de la anexión de los Estados-Unidos, á declarar improcedente la abolición de la esclavitud en el distrito de Columbia mientras existiere en Maryland sin el consentimiento del pueblo, del Estado y del distrito, á vigorizar la ley referente á la captura de esclavos fugitivos, y á declarar por último, que el Congreso no tenía derecho á impedir el tráfico de esclavos en los Estados que se dedicaban á él.

Mr. Clay, cuya salud estaba ya quebrantada por los años y los asíduos trabajos de su larga carrera pública, comenzó á redactar en 5 de febrero una defensa del plan que proponía, y con afectuosas palabras rogó al Senado que le escuchara atentamente, pues quería demostrar cuán funestas consecuencias podrían originarse si llegaba á disolverse la Union. Su discurso fué oído religiosamente, y la mayoría del pueblo aprobó sus ideas y sentimientos. En 13 de febrero remitió el general Taylor al Congreso la Constitución adoptada por California, pero este Estado, tan joven y vigoroso, no fué admitido entonces, como se

esperaba, á formar parte de la Union.

Juan C. Calhoun, así como su compañero Enrique Clay, era ya de una edad muy avanzada, pero aunque había perdido la salud y las fuerzas, presentó en el Senado en 14 de marzo un elocuente discurso, que por hallarse aquel muy débil, fué leído por Mr. Mason de Virginia. Calhoun defendía lo contrario que Mr. Clay, y como era de esperar de sus conocidas opiniones sobre los derechos del Sur, sostenía que sería conveniente disolver la Union, emitiendo el parecer de que la política del Norte era tan agresiva é injusta, que justificaba suficientemente la medida. Por notoria que fuese la rectitud y sinceridad de Mr. Calhoun, no participaban de sus opiniones ni aun los principales hombres del Sur, y era imposible que el pueblo americano aprobase su proyecto para arreglar las diferencias existentes. Añadiremos aquí de paso, que el elocuente Senador de la Carolina del Sur, cuya salud iba decayendo rápidamente, falleció el 31 de marzo. Mr. Calhoun se había consagrado la mayor parte de su vida al servicio de su país, y por poco aceptables que fueran sus opiniones entre la mayor parte de sus compatriotas, ninguna podía poner en duda su rectitud, su gran inteligencia y energía, y su sincero deseo de contribuir al bienestar de la patria (*).

Daniel Webster emitió también sus opiniones al tomar parte en los debates en 17 de marzo, y en términos que sentimos no poder trasladar aquí, combatió la esclavitud, dando á conocer que su mayor deseo era atenuar las consecuencias de aquella. Mr. Seward, de Nueva-York, y otros senadores tomaron parte en aquel importante debate.

Hacia fines de febrero, Mr. Foote de Mississippi presentó una proposición, pidiendo

(*) Las obras de Juan C. Calhoun se coleccionaron y publicaron en seis volúmenes que no dejarán de ser útiles é interesantes para el aficionado á la historia.

que el asunto de los gobiernos territoriales para California, Utah, y Nueva-México, se discutiera por un Comité especial de trece individuos, el cual debería también indicar los medios más convenientes para arreglar de una vez las enojosas diferencias á que estaba dando lugar la cuestión de la esclavitud. La proposición de Mr. Foote se discutió **1850.** varias veces, pero sin que se resolviera nada hasta el 18 de abril, en que se aprobó por treinta votos contra veintidos. Los acuerdos de Mr. Clay así como también otros presentados por Mr. Bell, del Tennessee, se pasaron al mismo Comité, el cual se componía de seis diputados del Norte y otros tantos del Sur, y de Mr. Clay que fué elegido Presidente.

El día 8 de mayo, Mr. Clay sometió á la consideración de sus compañeros, un proyecto para arreglar todas las diferencias, acompañando una serie de *bills* que tenían por objeto admitir á California como Estado, establecer gobiernos territoriales en Utah y Nueva-México, pagar á Texas una suma suficiente á fin de arreglar la cuestión de límites, dictar las órdenes más oportunas para la captura de esclavos fugitivos, y últimamente, abolir el tráfico de esclavos en el distrito de Columbia (*).

Al tratarse este asunto promovieronse enojosos y prolongados debates que duraron varias semanas sin que se resolviese cosa alguna, hasta que á principios de agosto se reconoció que no sería fácil conseguir la aprobación del *bill omnibus*, como así se llamaron los presentados por Mr. Clay (**).

(*) El Senador Benton pronunció en aquella ocasión un notable discurso combatiendo el plan de esclavitud propuesto por Mr. Clay. En la *Revista de los treinta años* se encontrarán los principales párrafos, vol. II, págs. 749-65.

(**) Los debates que sobre este asunto tuvieron lugar en el Senado en 22 de julio de 1850, se encontrarán en la *Vida, correspondencia y discursos de Enrique Clay*, vol. VI, páginas 529-67.

Entre tanto ocurrían importantes acontecimientos: la Convención de Nashville, organizada por los partidarios de la esclavitud, se reunió á principios de junio, mas aunque parecía que iba á originarse algún conflicto, no sucedió así afortunadamente, pues las proposiciones que se presentaron para el arreglo de la cuestión que entonces agitaba al país, no eran nuevas, ni tampoco importantes. Texas por su parte, trataba de adoptar una política que en su concepto debía resolver favorablemente la cuestión de límites con Nueva-México, pero esto no era cosa fácil, y el Presidente tomó sus disposiciones para que las leyes se respetaran religiosamente.

En medio de esta escitación cayó enfermo el general Taylor y á los cinco días, es decir en 9 de julio de 1850, entregó su alma á Dios á los sesenta y seis años de edad, y sin que le hubiera quedado tiempo de llevar á cabo los planes que se había propuesto al ser nombrado Presidente de los Estados Unidos. La muerte de aquel héroe fué en extremo sentida, y las honras fúnebres que se le hicieron, revelaban que aunque hubiese muchos que no participasen de sus opiniones políticas, ninguno ponía en duda que el general Taylor era un esclarecido ciudadano amante de su patria, y que había desempeñado siempre sus deberes con el mayor celo y rectitud.

Millard Fillmore dirigió en 10 de julio á las dos Cámaras del Congreso un breve, pero sentido mensaje deplorando sinceramente que la muerte del general Taylor, le elevase á la silla presidencial, y recomendando que se tributasen los debidos honores al ilustre difunto. En el mismo día **1850.** prestó Mr. Fillmore el juramento de costumbre, y el día 13 se verificaron los funerales. Mr. W. R. King fué elegido Presidente, *pro tempore*, del Senado, y habiendo